

28 m.

t. 74857

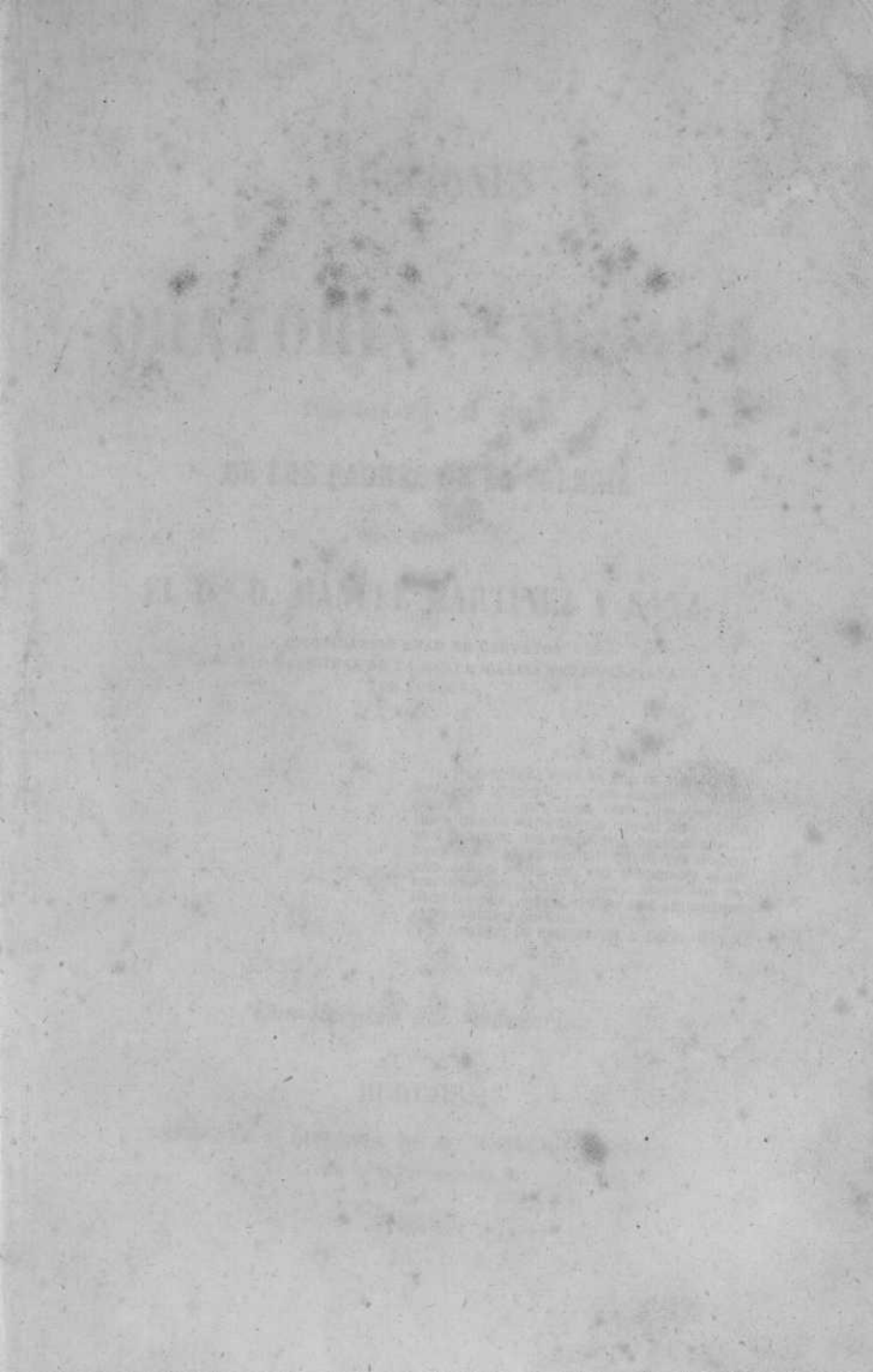
D G C L

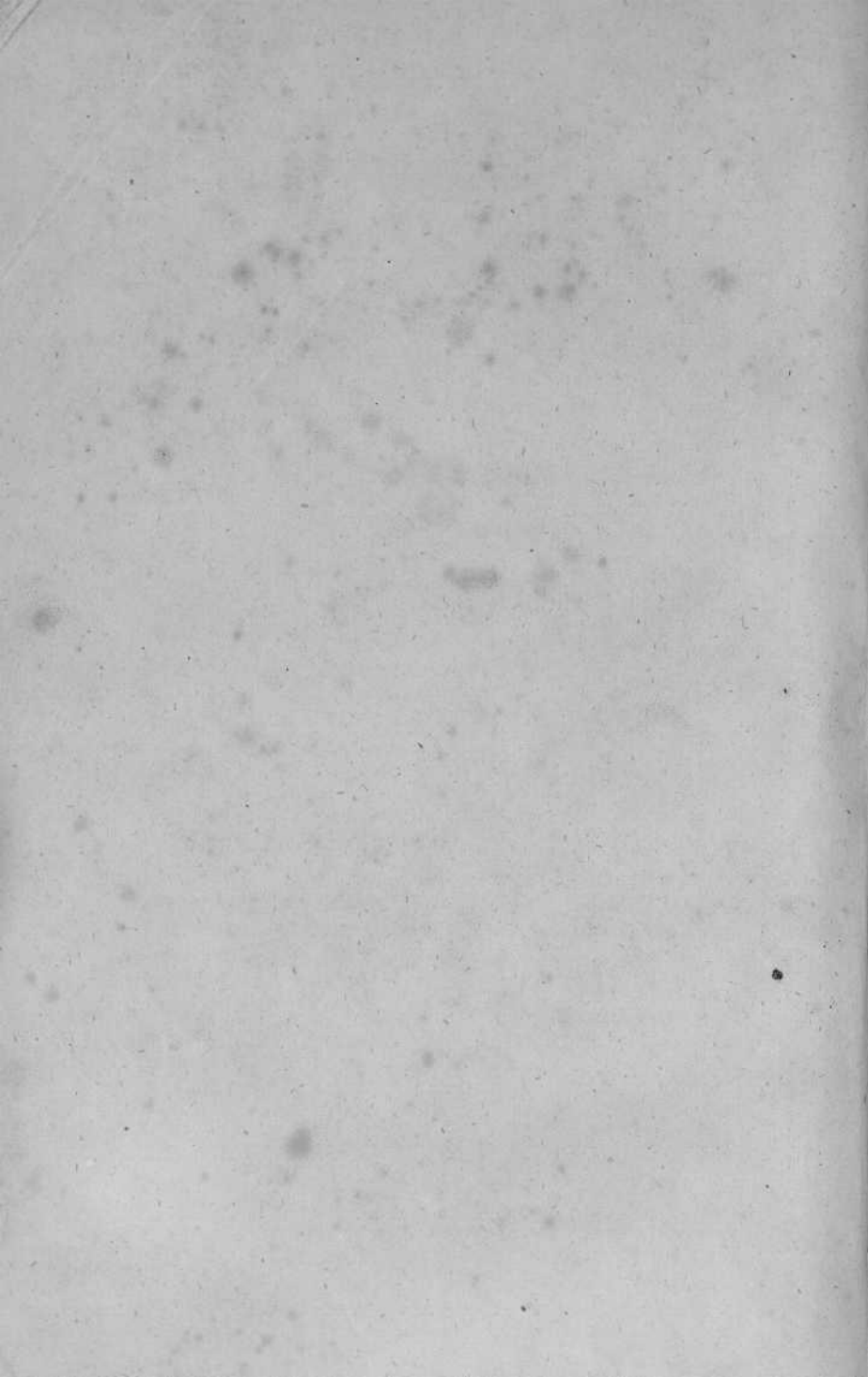
A

111

4







LECCIONES

DE

ORATORIA SAGRADA

TOMADAS DE LAS OBRAS

DE LOS PADRES DE LA IGLESIA

POR

EL D.^R D. MANUEL MARTINEZ Y SANZ,

DIGNIDAD DE ABAD DE CERVATOS
Y CANÓNIGO MAGISTRAL DE LA SANTA IGLESIA METROPOLITANA
DE BURGOS.

.... Quaecumque sunt de hac re observationes atque praecepta,.... cum accedit in verbis plurimis ornamentisque verborum exercitioris linguae sollertissima consuetudo, fit illa quae facundia vel eloquentia nominatur..... Sunt ergo ecclesiastici viri qui divina eloquia non solum sapienter, sed eloquenter etiam tractaverunt: quibus legendis magis non sufficit tempus, quam deesse ipsi studentibus et vacantibus possunt.

S. AUGUST. *De doct. christ.* L. IV. cc. III., V.

Con licencia del Ordinario.

BURGOS:

IMPRESA Y LIBRERIA DE D. ANSELMO REVILLA,
calle de la Paloma, núm. 8.

—
1859.



T. 74657
C. 1093799

R. 59428

EL CINE

ORATORIA SACRA

TRADUCIDA DE LOS ORIGINALES

DE LOS PADRES DE LA IGLESIA

EN

Es propiedad del Autor.

... (text is mirrored and illegible)

... (text is mirrored and illegible)

... (text is mirrored and illegible)

... (text is mirrored and illegible)

1873

APROBACION Y LICENCIA.

ARZOBISPADO DE BÚRGOS.—Habiendo hecho examinar detenidamente por Eclesiástico de toda nuestra confianza por su virtud y ciencia las lecciones de elementos de Oratoria Sagrada, escritas en idioma vulgar por el Dr. D. Manuel Martinez, Dignidad de Abad de Cervatos y Canónigo Magistral de nuestra Santa Iglesia Metropolitana, y visto no hallarse en ellas cosa alguna contraria á la fé y á las buenas costumbres, les damos nuestra aprobacion, concediendo á su autor nuestra licencia para que las pueda imprimir y publicar; bien persuadidos, como estamos, de que por la erudicion y copia de doctrina y ejemplos de los santos Padres que encierran, han de ser muy útiles para fomentar en los jóvenes, que se dedican á las ciencias eclesiásticas, la aficion al estudio de la Oratoria Sagrada y especialmente al de la Patrología. Dado en nuestro Palacio Arzobispal de Búrgos á treinta de Mayo de mil ochocientos cincuenta y nueve.—FERNANDO, *Arzobispo de Búrgos*.—Por mandado de S. E. I., el Arzobispo mi Señor, *Dr. D. Felix Martinez*, Srio.

PRÓLOGO.

EXPONEMOS en este libro la teoría de la elocuencia sagrada como la enseñaron y practicaron los Padres de la Iglesia, á fin de que los jóvenes, al hacer sus estudios elementales de oratoria, oigan juntamente la voz de tan eminentes oradores y tengan á la vista sus admirables ejemplos: con esto creemos hacer un servicio á los buenos estudios teológicos y á la elocuencia del púlpito.

Citamos alguna vez á Ciceron y Quintiliano, no por necesidad, pues en los santos Padres se encuentra toda la teoría del arte; sino porque aquellos escritores tuvieron la primera ocasion de consignar los principios; muchas de sus sentencias se han hecho proverbiales y hemos temido pasar por plagiarios, si al recordar ciertas doctrinas, no nos servíamos de los mismos términos que ellos emplearon.

Otras veces nos apoyamos en la doctrina y ejemplos de aquellos oradores paganos, para recomendar la doctrina y conducta que *A FORTIORI*, si así puede decirse, debe observar el orador cristiano.

Cuando se nos ofrece la ocasion, notamos lo exagerado de los elogios que los críticos franceses suelen hacer de sus oradores, y vindicamos para los santos Padres la gloria de la invencion en los pensamientos y sus formas, gloria que á menudo se atribuye equivocadamen-

te á los predicadores modernos. No intentamos con esto rebajar el mérito incontestable de los pocos oradores franceses de primer orden; lo cual seria injusto y mezquino: á lo que aspiramos es, á evitar que los jóvenes por estudiar imitaciones, aunque sean muy elocuentes, descuiden la consulta y el estudio del tipo original de la elocuencia cristiana, que está en las obras de los Padres de la Iglesia: no nos contentamos con que se complazcan en contemplar el reflejo de la luz; deseamos que fijen su vista en el magestuoso astro que la envía.

Las lecciones de elocuencia, sin ejemplos que las hagan visibles, carecen de vida y cuerpo; pero es preciso evitar tambien que desaparezcan y queden ocultas bajo multitud de citas y pasages copiados. Huyendo de ambos escollos hemos distribuido nuestro trabajo en dos partes: en la primera explanamos la teoría del arte tomándola de los santos Padres, de quienes aducimos, aunque en corto número, sentencias breves y ejemplos notables. En la segunda procedemos con mas libertad: hacemos copias y citas, no tantas como quisiéramos, pero sí cuantas caben en un libro elemental; porque al tratar de imprimir los numerosos pasages que teníamos copiados, se nos advirtió que iba á resultar un volúmen de dos mil páginas; dimension inconveniente por mas de un concepto para tratados de la naturaleza del nuestro. Nos hemos reducido á hacer mérito de unos mil pasages; de los cuales la mayor parte no hacemos mas que citarlos, aunque con tal exactitud que los que puedan consultar las mismas ediciones que hemos tenido á la vista, no tendrán mas trabajo que registrar los fólíos que indicamos; muchos los copiamos íntegros, y otros los extractamos ó analizamos.

Cada una de estas dos partes consta de XXXII. lecciones correlativas: los jóvenes pueden ampliar el estudio de la primera parte, consultando para cada leccion, la que lleva el mismo número en la parte segunda.

Esperamos ser juzgados con benignidad por las per-

sonas inteligentes, porque saben que, como dice S. Gerónimo, es difícil leer mucho y mas difícil aun elegir con acierto: «Deinde multo difficilius, adhibito iudicio, quæ optima sunt excerpere.» Afortunadamente la biblioteca de los Padres es un tesoro tan rico, que por poca que haya sido nuestra discrecion, necesariamente ha de ser bueno lo que hemos elegido: «E quibus etiamsi parva caperem, dignum aliquid memoria scriberetur.»¹

A los jóvenes que por su inexperiencia pudieran creer que les ofrecemos en este libro la suma de la elocuencia de los Padres, les advertimos desde ahora, que este juicio, por muy lisongero que fuera para nosotros, sería errado: jamás hemos tenido tiempo ni el talento necesario para hacer un estudio fundamental de las obras de los santos Padres: desde nuestra juventud hemos empleado muchas horas en tan interesante y deliciosa lectura: y hoy ofrecemos á la juventud el fruto que hemos recogido, como los exploradores de Canaán ofrecieron á sus hermanos la muestra de la feracidad de la tierra prometida. ¡Quiera Dios que los jóvenes no den oídos á las instigaciones de la pereza, como los Israelitas oyeron los consejos de la cobardía! ¡Ojalá que emprendan animosamente el estudio de los santos Padres! bien pronto conocerán que han entrado en un país que mana, como el de Canaán, arroyos de miel y de leche. «Venimus in terram, ad quam misisti nos, quæ re vera fluit lacte et melle, ut ex his fructibus cognosci potest.»²

1. S. Gerónimo, Prólogo del Comentario de S. Mateo, t. IV. f. 3.
2. Libro de los Números, c. XIII.

LECCION I.

Idea, naturaleza y definicion de la elocuencia.

El primer libro que debemos consultar para el estudio de la elocuencia, es nuestro propio espíritu. Los fenómenos que en él aparecen, de cuya existencia nos certiora nuestra conciencia intelectual y que á menudo han llamado la atencion de los Padres de la Iglesia, nos revelan las admirables facultades de nuestra alma: la de conocer la verdad se llama entendimiento y la de copiar en nuestro espíritu las imágenes de objetos corpóreos ó de combinarlas y producir otras nuevas á placer, se dice imaginacion; así como la de percibir los objetos sensibles con el auxilio de los sentidos corporales, se denomina sensibilidad externa; é interna, aquella misteriosa y delicada facultad, bajo cuyo influjo brotan los afectos en nuestra alma.

Alumbrado nuestro espíritu con la clara luz de la verdad, conmovido vivamente por las imágenes de la fantasia, excitado por las sensaciones, y agitado por afectos vehementes, se siente impelido, ora inclinándose hacia los objetos que se le ofrecen como buenos, ora apartándose de los que se le presentan como malos; y ese movimiento de afeccion ó de aversion es, lo que se llama

voluntad. Los productos de estas facultades son las ideas, las imágenes, las sensaciones, los sentimientos, las voliciones; fenómenos que aparecen y desaparecen y vuelven á aparecer á impulsos de la voluntad, y en virtud del poder que tenemos para reproducir los fenómenos que ya pasaron; potencia del alma que llamamos memoria.

Admirable es y misteriosa la fecunda actividad de las facultades de nuestro espíritu; pero mas misteriosa y admirable es aun la recíproca correspondencia entre unas y otras facultades, entre unos y otros fenómenos; «mi espíritu, exclamaba S. Agustin, es un arcano impenetrable: ¿qué soy, cuál es, Dios mio, la naturaleza de mi alma? ¡qué vida, fuerza, variedad, multiplicidad y vehemencia! ¡pequeño es mi espíritu para comprenderse á sí mismo! ¡qué admiracion! ¡qué pasmo! multa mihi super hoc oboritur admiratio, stupor apprehendit me.»

Esto pasa en el interior del hombre; mas este no ha sido criado para vivir encerrado en sí mismo: siente una propension, y á veces una necesidad de manifestar á otros lo que experimenta dentro de sí «conceptum sermonem tenere quis poterit?» ¹ Dios ha puesto el remedio junto á la necesidad, dotando al hombre de medios proporcionados para manifestar los secretos de su alma; la palabra, la accion, las voces inarticuladas, el gesto, y los movimientos espontáneos y á veces involuntarios son nuestros medios de expresion.

Las demas facultades del alma auxilian al entendimiento y le suministran elementos para sus operaciones; pero ninguna puede elevarse á la altura de aquella facultad superior, única que funciona en la region de las ideas, aunque por su misma excelencia puede descender y desciende á menudo al campo donde ejercen sus fuerzas las otras facultades; por manera que el entendimiento no solò percibe las ideas, sino que examina, analiza

1. Job, cap. IV. 2.

y clasifica los fenómenos que producen las demas facultades, á la vez que alumbra y dirige á estas.

Con la supremacia del entendimiento está acorde la superioridad de la palabra sobre los otros medios de expresion que el hombre tiene: estos jamás pueden expresar una idea, mientras que la palabra puede expresar de algun modo los fenómenos de las demas facultades; y esta excelencia de la palabra es lo que ha hecho que la accion, las interjecciones, el gesto, los movimientos, todos los medios de expresion se designen con el nombre comun de *LANGUAGE*, aunque distinguiendo el *ORAL*, del *LANGUAGE* de *ACCION*. El hombre cuyo espíritu enseñoreado de ideas verdaderas, vivas imágenes y afectos vehementes, acierte á transmitir con la palabra y con el *LANGUAGE* de accion la luz que á sí mismo le alumbra, ó el movimiento que siente al espíritu de otro hombre, será elocuente, porque la elocuencia, dice S. Agustin, es la facultad de hablar, expresando adecuadamente lo que sentimos. «*Eloquentia vero facultas dicendi est, congruenter explicans quæ sentimus,*» definicion que el Santo aclara en otros pasajes.

Hemos definido la elocuencia sin valernos de otros elementos que los que suministra la análisis de las dotes naturales del hombre: le es, pues, natural la elocuencia: así vemos alguna vez que hombres rudos y sin instruccion se expresan elocuentemente. Una madre vivamente interesada en la enmienda de su hijo extraviado, ó dolorosamente conmovida por la ingratitud de su hijo rebelde; un amigo fiel empeñado en apartar del precipicio á otro amigo desatentado; hombres en fin, sin estudio ni cultura alguna, pero agitados por sentimientos vehementes, se expresan con irresistible elocuencia: escenas de esta especie se presencian á menudo, pero no es posible reproducirlas en un escrito.

Léase el discurso con que la madre de S. Juan Crisóstomo retrajo á este del propósito de retirarse á la soledad con su amigo Basilio; ó la carta que S. Bernardo escribió á su sobrino Roberto para inclinarle á que vol-

viese al claustro que habia abandonado: despójense estos escritos de la galanura y excelente doctrina con que están enriquecidos, y se verá que por lo demas nada hay en el fondo que no hubiese dicho naturalmente, ó que no hubiera hecho sin necesidad de estudio, cualquiera madre ó amigo colocados en iguales circunstancias. Citamos adrede esas dos notables composiciones porque su análisis dará á conocer que la elocuencia como arte solo se diferencia de la natural en que aquella está nutrida de doctrina, y ennoblece las palabras, casi envilecidas por el uso vulgar.

La elocuencia, pues, nace y reside en nuestro espíritu; la expresion sensible es su cuerpo, su forma exterior, dice S. Agustin, «Verbo intus manenti ministerium vocis adhibemus.... ut per quamdam commemorationem sensibilem tale aliquid fiat etiam in animo audientis, quale de loquentis animo non recedit.» El estudio de la elocuencia ha de versar sobre los pensamientos, con cuyo nombre se designan en literatura todos los fenómenos del alma, y sobre la expresion de los pensamientos: á estos dos capítulos reducen aquel estudio los santos Padres: «modus inveniendi quæ intelligenda sunt, et modus proferendi quæ intellecta sunt.» S. Agustin.

LECCION II.

Del arte de la elocuencia.

El hombre es defectible en el egercicio de las facultades de su alma, y en el uso del lenguaje: todos, dice S. Agustin, tienen dotes naturales para ser elocuentes; pero unos se expresan ACÚTE, ORNATE, VEHEMENTER; y otros OBTÚSE, DEFORMITER, FRIGIDE.

Se dice comunmente que la observacion de estos di-

ferentes modos de expresarse ha inventado el arte de la elocuencia: esto es verdad; pero necesita alguna explicación, sin la cual los términos de la proposición carecen de exactitud. El entendimiento preside á todas las facultades del alma, las examina y dirige: mirada del alma, dice S. Agustin, cuando conoce, movimiento del alma cuando raciocina, obra suya es la filosofía de la razon, ó la lógica; la filosofía de los sentimientos humanos, ó la ciencia del buen gusto; la filosofía del lenguaje, ó la gramática con sus reglas de la sintáxis natural y figurada: la razon es una sola, una sola es la filosofía: pero la clasificamos como si hiciéramos muchas cosas de una sola, para auxiliar nuestra debilidad, haciendo fácil su estudio, y mas expedita nuestra comprensión.

Las prescripciones de la sana razon, que estan relacionadas con la elocuencia, se llaman reglas de bien decir, y á esas reglas compiladas y reunidas en un cuerpo de doctrina por filósofos observadores se dice retórica, ó el arte de bien hablar.

Poco importa averiguar quién fué el primero que compiló estas reglas: S. Atanasio, que, aunque por incedencia, explicó filosóficamente el origen de las artes, dice que el inventor de la retórica fué Corax de Syracuse. Algo mas importa acabar de conocer la esencia del arte de la elocuencia: arte que en sus principios, en su desarrollo y en sus pormenores lo toma todo de la naturaleza. La elocuencia y el arte de la elocuencia son una sola cosa, que se nos ofrece bajo distintos aspectos: la palabra ARTE que precede á la VOZ ELOCUENCIA no es mas que un término que expresa la elocuencia de una manera determinada, esto es, dirigida en su desarrollo por los preceptos de la sana razon. Háblese enhorabuena de la elocuencia y del arte como de cosas distintas, sin olvidar que esta manera de hablar y esa clasificacion solo sirven para hacernos mas perceptibles las ideas, y ayudar á nuestro limitado entendimiento; mas no por esto se crea que intentamos decir que el arte deje de ser natural; no por cierto: el arte lo mismo que la elocuencia

lo debe todo, absolutamente todo á la naturaleza, y quien de ella se aparte ó la pierda de vista; y quien de ella no reciba las inspiraciones y los preceptos, no poseerá la elocuencia natural, ni el arte de la elocuencia.

Desde muy antiguo se ha preguntado qué contribuye mas para la elocuencia, si la naturaleza ó el arte: esta cuestion interesa mas de lo que á primera vista parece. Blair dijo: «aun está indeciso, si para sobresalir por escrito ó de palabra contribuye mas la naturaleza ó el arte.»¹ Admira que Blair, á quien la literatura debe excelentes observaciones, escribiera esto, despues que Quintiliano dió su decision tan clara, como fundada. Si separamos, dice el último, las dos cosas, ciertamente la naturaleza podrá mucho aun sin el arte, mientras este sin aquella de nada servirá; pero si ambas se juntan, aunque en mediano grado, siempre diré que la naturaleza contribuye mas. No obstante si el orador es consumado, antes lo debe á la instruccion y al arte que á la naturaleza, semejante á la tierra que si es estéril de nada le aprovechará su labor; pero si es fecunda por naturaleza podemos esperar algun fruto, aunque le falte el cultivo; y cuando sobre ser fecunda se le junta el cultivo, este servirá de mucho mas que su natural fecundidad.² Lo mismo opina Ciceron: «cuando el arte se agrega á la naturaleza, hace prodigios.»³

El ánimo de nuestros jóvenes lectores habrá reposado con la lectura de estos pasages: bien lo necesitarian despues de haber estudiado el principio de esta leccion en la cual quizá nos hemos apartado de la sencillez necesaria en tratados elementales; pero hemos tenido presente lo que corresponde al celo de maestros hábiles, quienes explicarán con la claridad apetecible una doctrina que no hemos querido ni debido omitir, porque es de

1. Lecciones sobre la retórica y las bellas letras: lecc. 1. t. 1. pág. 6. Madrid 1804.

2. Instit. oratorias libro II. cap. XX. t. 1. pág. 140. Madrid 1799; y en el proemio p. 8.

3. Pro Archia poeta n. VII. tomo V. pag. 555. Madrid 1797.

suma importancia, como todo lo que en las artes de imitacion tiende á dar la preferencia á la naturaleza sobre el arte; harto propensos son de suyo los jóvenes á considerar el arte como cosa distinta de la naturaleza y aun á preferirle á esta. En el curso de estas lecciones tendrémos ocasion de aducir repetidos pasages en los que los santos Padres han juzgado y reprendido con severidad el exceso de arte en la elocuencia sagrada: sepan entretanto los jóvenes que antes que se redactara el arte de la elocuencia existia ya esta y hubo elocuentes oradores; y no olviden que la elocuencia no ha nacido del arte: el arte fué, dice S. Agustin, el que nació de la elocuencia. No se nos acuse de desdeñosos para con el arte: damos la preferencia á la naturaleza; pero lejos de desdeñar el arte, nos proponemos recomendar su estudio en estas lecciones, siguiendo los preceptos de los santos Padres y consultando sus egemplos. San Gerónimo ha expresado en pocas palabras lo que valen en la elocuencia la naturaleza y el arte. «Oratio autem etsi de bonæ indolis ingenio sit profecta, et distincta inventionibus, et ornata flore verborum, tamen nisi auctoris sui manu limata fuerit et polita, non est nitida, non habet mixtam cum decore gravitatem, sed in modum divitum rusticorum, opibus suis magis arguitur, quam exornatur.»

LECCION III.

Elocuencia sagrada.

Sobre cualquier materia se puede hablar con elocuencia; pero atendiendo á los asuntos sobre que versan comunmente los discursos públicos, hase clasificado aquella en varios géneros; uno de ellos es la elocuencia sagrada; para definirla con exactitud, debemos buscar su origen y estudiar sus principios constitutivos.

Habló Dios, y brotó á raudales la luz que alumbró el mundo material; las tinieblas no envolverán ni apagarán esta luz, cuya vida es aquel *FIAT* perdurable, que segun S. Ambrosio, es la voluntad misma del Criador. Y con ser esta luz tan admirable, no es sin embargo un débil reflejo de aquella luz inaccesible que ilumina el mundo de las inteligencias. « *Yo soy la verdad*, dijo Jesucristo, *yo soy la luz del mundo* » ¹ ¡verdad eterna! ¡luz inextinguible que alumbró al mundo moral! Pero los seres que le componen son libres y abusan á veces de su libertad: así la luz fué rechazada, las tinieblas no la comprendieron; ² y sin embargo no la extinguieron porque esta luz es inmortal, como es invariable y eterno el amor del Hijo de Dios. Jesucristo volverá, cumplida que sea su mision, al seno de su eterno Padre, sin que la luz deje por esto de alumbrar á los hombres, aun á los que esten sentados en las tinieblas de la muerte: ³ mas cuando Jesucristo haya subido á los Cielos ¿quién quedará en este mundo que, sin profanarla, pueda levantar la antorcha de la luz divina?

«Lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios.» ⁴ Entre los dones con que enriqueció al hombre uno de los mas misteriosos es el lenguaje; hecho sensible que todos conocen, del que ninguno duda y que de nadie es comprendido. Los santos Padres se han complacido en contemplarle, y de él se ha servido San Agustin para explicar la posibilidad del misterio de la Encarnacion. El verbo, dice, ó concepto de mi alma, siendo espiritual, sin apartarse de mi espíritu, y permaneciendo allí donde nació, pasa por medio de la palabra, vehículo material y sensible, al espíritu de otro hombre y está en él sin dejar de estar en el mio.

El milagro de la palabra, como le llama S. Agustin, fué convertido en otro mayor milagro cuando Jesucristo dijo á los Apóstoles y á sus sucesores «id y enseñad á

1. S. Juan c. XIV. 6. c. VIII. 12.—2. S. Juan c. I y III.

3. S. Lucas c. I. 79.—4. S. Luc. XXVIII. 27.

todas las gentes...yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos; predicad el Evangelio á todas las criaturas.»¹ Y la palabra sin dejar de ser el vínculo misterioso de la sociedad humana, comenzó á ser el instrumento de la palabra divina, el vínculo de union entre Dios y la humanidad: el Verbo eterno, segun los santos Padres, se encarnó en cierto modo segunda vez, tomando para cuerpo suyo la palabra del hombre.

«Prædicate Evangelium omni creaturæ:» analicemos, ó mas bien, meditemos con respeto estas palabras. Dios manda y el mandato de Dios lleva en sí mismo el auxilio para que, quien há de obedecer, pueda cumplirle. Hombre es á quien se manda y hombres son tambien á quienes se ha de predicar; hay pues en la predicacion mucho que es divino y algo que es humano: discernamos, como lo hicieron S. Pablo y S. Agustin, la accion de Dios y la de sus obreros «discernens operationem operariorum et Creatoris.»

La mision, la doctrina y los auxilios para el que predica y para los que oyen, son cosas divinas; el predicar y el oír la predicacion son cosas humanas. Cuanto aquí hay de divino es invariable y eficaz; respetable siempre, é incensurable; bajo cuyo concepto la predicacion ha sido siempre una misma cosa, asi en los tiempos apostólicos como en el siglo de oro de la elocuencia cristiana; en la edad media como en los tiempos modernos; en una lengua culta y en una lengua tosca; en los labios del justo y en los del hombre que no lo es. No sucede lo mismo respecto á aquello que en la predicacion hay de humano: esto varía segun cambian los tiempos ó son distintas las dotes personales del orador, y aqui cabe la diligencia y la industria del hombre; bajo este aspecto, aunque el ministerio de la predicacion es siempre augusto y venerable, puede ser egercido de una manera imperfecta, está sugeto al examen de

1. S. Math. XXVIII. 19. 20. S. Marcos XVI. 15.

los hombres competentes, y aun, con necesidad y causa razonable, puede ser censurado, si bien, dice Fenelon, «se debe respetar la palabra de Dios, y deben aprovecharse todas las verdades que anuncia el predicador evitando el espíritu de crítica, no sea que se amengue la autoridad del ministerio.»¹

Con estos principios está conforme la conducta de los santos Padres quienes han exigido de parte del orador cristiano virtud y ciencia, y de parte de los fieles religioso respeto á la palabra divina cualesquiera que fuesen la vida y las dotes del predicador; mas no por esto se han abstenido de elogiar ó censurar á los buenos ó malos predicadores, no han dejado de estudiar la manera de predicar convenientemente, y han dado al intento reglas de buen gusto y sana crítica: con su ejemplo y con sus lecciones han enseñado la elocuencia del púlpito, y lejos de deprimirla la han ensalzado reduciéndola á un arte; el arte de predicar la palabra de Dios.

LECCION IV.

De la elocuencia sagrada como arte.

Temen algunos que las reglas del arte, fijando demasiado la atencion del predicador, embaracen el movimiento del espíritu, sin el cual no puede haber verdadera elocuencia. No pensaba así S. Gregorio Nacianceno; en su juicio las reglas del arte facilitan el trabajo del orador, que sin este auxilio semeja en sus pasos al hombre que tiene los pies impedidos. Es cierto que el jóven podrá verse entorpecido cuando aprende el arte, y hasta que le posea completamente; pero llegará tiempo, dice S. Agustin, en que las reglas faciliten sus adelantos, y

1. Diálogo 1. sobre la elocuencia. Tolosa de Francia 1823 p. 3.

sea elocuente sin pensarlo, ni aun reflexionar sobre los preceptos del arte.

Piensen otros que el arte de la elocuencia y la predicacion del Evangelio son cosas que se repelen mutuamente: esta opinion procede ó de falta de reflexion, ó de una disimulada aversion al estudio y al trabajo. Nace de la irreflexion cuando se cree que la elocuencia consiste en una estéril locuacidad, ó en el arte de engañar; mas ni lo uno ni lo otro merecen el bello nombre de elocuencia: á lo primero llama S. Gerónimo CHARLATANERIA y á lo segundo denomina S. Agustin SOFISTERIA: los santos Padres han distinguido y definido exactamente la verdadera y la falsa elocuencia, encomiando la primera y condenando la segunda: dar á conocer lo que en esta materia han enseñado y practicado tan insignes varones es nuestro objeto.

Desde luego observaremos con S. Agustin: si la elocuencia sirve para probar la verdad y la mentira, para persuadir lo bueno y lo malo ¿quién será tan necio que abandone esta arma á merced de los enemigos de la verdad y de la virtud, sin servirse de ella para la defensa de tan sagrados objetos? «¿Quis ita desipiat...? ¿Cur non bonorum studio comparatur, ut militet veritati, si eam mali ad obtinendas perversas vanasque causas in usus iniquitatis et erroris usurpant?»

Causaba grande admiracion al Crisóstomo y al Nacianceno que creyéndose necesario para muchos negocios de la vida el poseer varias artes, que se aprenden á costa de estudios, fatigas y dispendios, pretendiesen algunos que el importante y delicadísimo ministerio de la predicacion, que tanto contribuye para la salvacion de las almas, hubiera de ejercerse sin arte y sin estudio. ¿Por qué, dicen, no se ha de imitar la sencillez de S. Pablo que decia de sí mismo: «No vine con sublimidad de palabra ni de sabiduria á anunciaros el testimonio de Cristo. Porque yo no he creído saber algo entre vosotros, sino á Jesucristo, y este crucificado.... y mi conversacion, y mi predicacion no fué en palabras persuasivas

de humano saber, sino en demostracion de espíritu y de virtud; para que vuestra fé no consistiese en sabiduria de hombres, sino en virtud de Dios.¹ Aunque tosco en el lenguaje, mas no en el saber?»² Siempre he venerado, decia S. Gerónimo, la santa sencillez; pero el que quiera imitar en la predicacion el lenguaje sencillo de los apóstoles, que comience por imitar su vida y por hacer milagros como los hacian aquellos varones en quienes la santidad cubria la sencillez, y los cuales deshacian los sofismas resucitando muertos: «et syllogismos Aristotelis, contortaque Chrysippi acúmina, resurgens mortuus confutabat.» Poco caso haría yo de la elocuencia, decia S. Gregorio Nacianceno á sus envidiosos adversarios, si tuviera el poder de hacer milagros. Preciso es, exclama S. Juan Crisóstomo, desconocer los planes de Dios y su sábia providencia, para atreverse á comparar los tiempos presentes con los apostólicos y los predicadores de hoy, con los de aquella época en que el Señor confirmaba la predicacion con milagros portentosos, quitando á los incrédulos presentes y futuros el que pudieran atribuir la propagacion del Evangelio á la sabiduria y elocuencia de los hombres. El mismo Santo doctor añade, á los que alegan contra la elocuencia las palabras antes citadas de S. Pablo, que no han comprendido su verdadero sentido, puesto que de ellas solo se infiere que el lenguaje del Apóstol no era elegante, pero no que no fuese elocuente: recuerda sus triunfos oratorios y prueba que era elocuentísimo antes, como despues que hiciera milagros: «ante signa et in mediis signis:» dar el sentido que se pretende á las palabras de S. Pablo es, dice el Crisóstomo, un pretexto para encubrir la propia indolencia y aversion al trabajo. «Hæc obtentus sunt et prætextus ac segnitiei ignaviæque excusationes.»

Lactancio forma época en la historia de la elocuencia cristiana: no solo dió el ejemplo combatiendo á los ene-

1. I. Corinth. II. 1. 2. 3. 4. y 5.

2. II. Corinth. XI. 6.

migos de la religion elocuentísimamente, y se lamentó de que los defensores del cristianismo no se sirvieran de la elocuencia para atraer á los que nada quieren oír ni leer, á no estar revestido de formas agradables «qui nihil audire, vel legere, nisi expolitum ac disertum volunt;» sino que ademas probó con sólidas razones la necesidad de servirse de la elocuencia para defender el cristianismo: colocado en los confines del tiempo de la predicacion apostólica y del de la predicacion ordinaria, es, á nuestro parecer, el heraldo del siglo de oro de la elocuencia cristiana. En sus obras, como en las de los santos Padres, aprenderán los jóvenes la teoria y la práctica; y ante las lecciones y ejemplos de estos grandes hombres desaparecerán por entero las vanas razones que se alegan contra el arte cristiano, á cuyo estudio es preciso dedicarse durante la juventud, segun el consejo de S. Agustin, y antes que las graves ocupaciones del ministerio sacerdotal absorban todo el tiempo.

LECCION V.

La virtud y la ciencia son necesarias al orador cristiano.

De nada servirá el arte para ser elocuente, á quien carezca de ciencia y de virtud: en la juventud suele formarse el hombre tal cual ha de ser en lo restante de su vida; el joven que aspira á ser predicador elocuente, debe afianzarse en la virtud y adquirir la ciencia en aquella edad dichosa.

La elocuencia consiste en comunicar al espíritu de otro la luz que alumbrá el nuestro y el movimiento de nuestra alma, enseñando, agradando y persuadiendo; «ut doceat, ut delectet, ut flectat» dice S. Agustin. Alguna vez la enseñanza sola bastará para agradar y mover; pero

nunca se podrá agradar y mover sin instruir, puesto que la razon preside y dirige todas nuestras operaciones: el instruir es de necesidad y no podemos aspirar á mover la voluntad del hombre antes de instruirle, «prius.... docendi sunt quám movendi.» Siendo pues el primer resultado de la elocuencia la ilustracion del espíritu, el que por falta de ciencia no pueda enseñar, está radicalmente imposibilitado para predicar con elocuencia. Los santos Padres al inculcar la necesidad de la ciencia en el orador cristiano, no hacen mas que seguir las prescripciones de una razon filosófica.

Un ser inerte no puede ser principio de movimiento y el corazon que no ame á su Dios, ni á su prójimo, será un corazon inerte y helado que no podrá difundir el calor de que carece.

Es notable el interes y la conviccion con que Ciceron y Quintiliano¹ sostienen que no puede ser elocuente el hombre que no sea virtuoso: enseñar la elocuencia á quien carezca de virtud, dice Ciceron, es entregar una arma mortífera á un demente; y Quintiliano recelaba si habria causado un mal dictando sus bellas lecciones de elocuencia por temor de que hombres sin buenas costumbres pudieran abusar de ellas: asi se pensaba y se escribia en medio de las tinieblas del paganismo; esto decia la luz natural á aquellos hombres privados de la sobrenatural.

Alumbrados por esta divina luz los Padres de la Iglesia inculcan al orador cristiano la práctica de la virtud, no tan solo por el peso y autoridad que el buen ejemplo dá á la doctrina, ni por el desprecio en que esta cae cuando la desmiente ó contradice la vida del orador;

1. *Dè orat.* L. I. n. V. y VI. t. II. p. 6. L. III. n. XIV. p. 234. *Orator.* n. XXXIV. t. I. p. 316. = *Inst.* L. VIII. proemio n. IV. t. II. p. 25. L. II. cap. XXII. t. I. n. 144. L. XII. c. I. t. II. p. 345. Téngase presente que Quintiliano escribia en medio de las tinieblas del paganismo: su doctrina no es tan pura ni tan recomendable como su didáctica; conviene leerle con las notas de los Padres Rodriguez y Sandier de la Escuela Pia.

ni en fin por la obligacion especial que de vivir cristianamente tienen los ministros del Evangelio; sino atendiendo al constitutivo esencial y á la estética de la elocuencia; sabian sobradamente que quien desee mover se ha de mostrar él mismo conmovido: «si vis me flere, dolendum est primum ipsi tibi.» Solo de un corazon abrasado en el amor divino pueden salir los dardos que atraviesen el corazon del pecador, ó aquellas palabras de fuego, como las llama S. Gregorio, que producen en el corazon cristiano los grandes incendios del amor divino: «qui ab eorum exhortationibus verba flammantia ad aures audientium procedunt..... quando vix tenuiter prædicator loqui sufficit hoc, unde ipse fortiter ignescit.»

Cierto es, y los santos Padres lo reconocen, que siendo la virtud tan bella puede suceder que el mismo que no la practica la ame al contemplarla, y contribuya á que la amen aquellos á quienes logre presentarla con los rasgos de su intrínseca belleza; pero este movimiento del orador excitado con trabajo y estudio ha de ser ficticio, se sostendrá dificilmente y no podrá menos de resentirse de la lucha del hombre interior, que enmudece el habla, segun S. Ambrosio, si la conciencia está enferma: «et ipsa obmutescit facundia, si ægra sit conscientia.»

La virtud, pues, y la ciencia son necesarias, para que el orador cristiano sea perfecto: «terminus perfectissimus doctrinæ:» al que le falta una de estas dos cosas le compara el Nacianceno á quien carece de un ojo; torpe para mirar, desagradable para ser mirado; y en concepto de S. Hilario, el que haya de ser perfecto, necesita que la doctrina sea el ornamento de su vida, y esta el decoro de su doctrina: «vita ejus ornetur docendo, et doctrina vivendo.» Verdad es que cuando ambas cosas no se obtienen, es preferible una santa sencillez á la elocuencia del pecador «quam eloquentiam peccatricem,» pero no es menos cierto que el ministro virtuoso y sin ciencia solo es bueno para sí é inutil para los demas.

¿Cómo no lamentar, la impaciencia de algunos jóvenes á quienes para subir al púlpito, les parece largo el tiempo que invierten en sus estudios elementales, que no son mas, entendiéndalo bien, que los cimientos sobre que han de levantar mas tarde el sólido edificio de una instruccion ámplia y perfecta? ¡De cuán diferente manera pensaba S. Agustin! encargado por el Obispo Valerio del ministerio de la predicacion lloraba, y pedia tiempo para prepararse con el estudio, con la oracion y con las lágrimas. ¡Cuán distintos eran los sentimientos de S. Ambrosio! obispo ya, se lamentaba de tener que enseñar, antes, decia, de haber aprendido. Jóven irreflexivo, exclama el Nacienceno, Jesucristo no predicó antes de los treinta años, ¿y tu imberbe crees poder enseñar á los ancianos careciendo de la autoridad que dan los años y la virtud? «docere te posse credis, nec ab ætate, nec á moribus fortasse auctoritatem habens. «Tu precipitacion, añade S. Gregorio Magno, no solo te inutiliza al presente, sino que te impide hacer progresos: quieres volar antes de tener alas y caerás para no volverte á levantar: «ire in alta cupiunt inde in ima merguntur.» ¡Ay de los que dejan pasar los dias fugaces de la juventud, sin acaudalar tesoros de virtud y de ciencia! ¡triste será su suerte y grande su responsabilidad cuando deban y no puedan ser elocuentes! y ¡ay de los que, colocados ya entre el cielo y la tierra para anunciar á los hombres la ley santa de Dios, ni la estudiamos, ni la practicamos! ¿porqué, dice San Ambrosio, el tiempo que nos dejan libre las funciones del ministerio no le pasarémos en el retiro, hablando con Cristo en la oracion y oyendo á Cristo en la leccion? «Christum alloquaris, Christum audias? illum alloquimur cum oramus, illum audimus cum divina legimus oracula.»

LECCION VI.

Del estudio de la sagrada Escritura.

El estudio de la palabra de Dios escrita y tradicional es de necesidad absoluta para el orador cristiano. San Atanasio ha señalado con enérgica concision, donde está la palabra de Dios; «quam scilicet Dominus tradidit, Apostoli prædicavere, et Patres servavere:» mas adelante hablaremos de los escritos de los santos Padres; fijemos ahora nuestra atencion en la sagrada Escritura, libro que, segun S. Gregorio Magno, jamas debe dejar de las manos el predicador.

Recordemos el origen de la elocuencia sagrada, y cuál es la mision del orador cristiano. Jesucristo dijo, «id... y enseñad á todas las gentes.... á observar todas las cosas que os he mandado....¹ predicad el Evangelio á toda criatura»² Los Apóstoles cumplieron su mision, «salieron y predicaron en todas partes, obrando el Señor con ellos y confirmando su doctrina con milagros.»³ San Pablo decia; «somos embajadores en nombre de Cristo, como que Dios os amonesta por nosotros....⁴ Asi nos tenga el hombre, como ministros de Cristo, y dispensadores de los misterios de Dios. Ahora lo que se requiere en los dispensadores es que cada cual sea hallado fiel.»⁵

Fiel, fidelísimo dispensador fué el Apóstol: «vine, decia á los Corintios, á anunciaros el testimonio de Cristo. Porque yo no he creido saber algo entre vosotros, sino á Jesucristo y este crucificado.... Mi conversacion y mi predicacion no fué en palabras persuasivas de humano saber, sino en demostracion de espíritu y de virtud: para que vuestra fé no consistiese en sabiduria de hombres, sino en virtud de Dios.»⁶ No predicaba, no, la

1. S. Math. XXVIII. 19. 20 = 2. S. Marc. XVI. 13.

3. S. Marc. c. XVI. v. 20. = 4. II. ad Corinth. v. 20.

5. I. ad Corinth. IV. 1. 2. = 6. I. ad Corinth. II. 1. 2. 4. 5.

ciencia humana ni la sabiduría de los hombres, sino la palabra de Dios que le habia sido revelada por el Espíritu Santo; ¹ que habia aprendido tratando y conversando con los otros Apóstoles y discípulos, ² y con el estudio del antiguo testamento que tan á menudo citaba en sus discursos.

Lo que Pablo practicó, eso mismo mandaba hacer á sus discípulos Tito y Timoteo en aquellas tres cartas que les dirigió y que, en opinion de S. Agustin, siempre deben tener á la vista los predicadores del Evangelio; en ellas se vé la insistencia con que les recomienda que se guarden de predicar la ciencia humana, y que se atengan á las palabras de Jesucristo, «sanis sermonibus Domini nostri Jesuchristi;» ³ en ellas se leen estas notables palabras que decia á Timoteo, «persevera en las cosas que has aprendido, y te se han encomendado: sabiendo de quien las aprendiste y que desde la niñez aprendiste las sagradas letras.... Toda Escritura divinamente inspirada es útil para enseñar, para reprender, para corregir, y para instruir en la justicia» ⁴ El Orador cristiano, pues, que no lee y medita la sagrada Escritura se aparta del ejemplo de los Apóstoles, renuncia su elevada mision, abdica su noble carácter de Embajador de Cristo, y no puede ser considerado por el pueblo fiel como dispensador de los misterios de Dios.

Y no debe limitarse á leer uno que otro de los libros sagrados; la Escritura entera debe ser el objeto de su perseverante estudio; así lo inculca S. Juan Crisóstomo, lamentando la conducta de los que leen solo aquellos libros ó pasages de su gusto particular. A esto no se opone, sin embargo, el estudio mas asiduo de aquellos libros que puedan ser de mayor utilidad para el predicador. Los santos Padres recomiendan entre los del antiguo Testamento, los salmos de David; y S. Atanasio, S. Basilio, S. Ambrosio y S. Hilario han analizado el

1. I. á los Corinth. c. II. v. 10.—2. Hechos apost. c. IX.

3. I. ad Timoth. VI. 3.—4. II. ad Timoth. v. 14 15. 16.

salterio, señalando los tesoros que en él existen, y deben aprovechar para el ejercicio de su ministerio los predicadores de la divina palabra. En el nuevo Testamento, salvo el Evangelio que es el alma y la vida de la predicacion, S. Juan Crisóstomo dice que las epístolas de S. Pablo son una mina riquísima, una fuente inagotable, y que á esta mina y á esta fuente han recurrido todos los oradores pasados, como acudirán cuantos prediquen en lo sucesivo, sin que ni el oro de esa mina ni el agua de esa fuente se consuman, sino al contrario se aumentan: «*augetur et multiplicatur.... numquam omnino absumi possunt.*» Si es que yo sé algo, añade, lo debo al grande estudio que he hecho de las cartas del Apóstol.

Tal vez pregunte alguno, dice S. Agustin, si los escritores sagrados ademas de enseñar la sabiduria, fueron elocuentes; esa cuestion está para mi resuelta, pues no encuentro escritos de mayor ciencia ni mas elocuentes: «*non solum nihil eis sapientius, verum etiam nihil eloquentius mihi videri potest:*» y no se contenta el santo con afirmar esto, sino que lo prueba teórica y prácticamente, analizando, como buen maestro, varios pasages de los libros santos; ¿y qué extraño es que asi sea, dice, cuando fueron enviados aquellos escritores por el autor mismo del ingenio y del talento? «*quos ille misit qui facit ingenia.*» Enhorabuena que algunos libros sagrados, en especial del nuevo Testamento, carezcan de elegancia; los santos Padres lo reconocen y esplican el porqué ha debido suceder asi; no obstante place su misma sencillez, y como dice S. Gerónimo, en nuestros libros santos hasta la corteza brilla, mas lo que hay debajo es sobremanera dulce «*nitet.... in cortice, sed dulcius in medulla est.*» Lo grande y lo tierno; lo triste y lo vehemente, como lo patético, todo se encuentra en los libros santos; aunque, segun S. Agustin, se escribieron sin la intencion de que fueran elocuentes, la grandeza misma de las cosas, lleva consigo la elocuencia que como servidora obligada sigue sin ser llamada, «*et tamquam inse-*

parabilem famulam etiam non vocatam sequi eloquentiam.»

Aun cuando el orador cristiano pudiera prescindir, que no puede, del estudio de la sagrada Escritura, debería leerla siquiera no fuese mas que para adquirir la elocuencia varonil y llena al mismo tiempo de dulzura y unción penetrante. ¡Cuántos talentos se pierden para la elocuencia del púlpito por carecer de este indispensable estudio! otros muchos dotados de bellas disposiciones pronuncian discursos que por su estilo elegante, por su lenguaje correcto, y aun por el mérito de los pensamientos captarian justamente la atención en una academia; sin embargo pronunciados en la cátedra del Espíritu Santo son como una armonía que tan solo recrea el oído dejando fría el alma: sus palabras son bellas pero no pasan de ser palabras del hombre; fáltales aquella vida esencial, aquella sávia vivificante, aquel sabor celestial, aquella dulce emoción y aquella unción penetrante que solo viene de Dios, que solo se aprende en la sagrada Escritura, y que solo se expresa con el lenguaje de los libros santos. Vuestros discursos son bellos, pudiéramos decirles como S. Gerónimo á Paulino; teneis buenos principios ¡oh lo que pudierais ser, dedicándoos al estudio de las santas Escrituras! si en vuestros discursos pudiéramos encarnar el estudio de esos libros; nada habria mas bello y mas docto; nada mas dulce y sabroso «si haberes hoc fundamentum, imo si quasi extrema manus operi tuo induceretur, nihil pulchrius, nihil doctius, nihil dulcius.... tuis haberemus voluminibus.»

¡Predicadores de la divina palabra! por el honor de vuestro ministerio; por los intereses eternos que debeis promover; por la salvación eterna de las almas que adoctrináis; por la gloria del Dios que os ha enviado, leed, estudiad, meditad la sagrada Escritura; que ella nutra vuestro espíritu, alimente vuestra alma, é inflame vuestro corazón; que su lenguaje sea vuestro lenguaje; ¡oh! si á los dones naturales con que el Señor os ha en-

riquecido, decia S. Gerónimo á Paulino, se agregara el estudio y la inteligencia de la Sagrada Escritura, qué pronto llegarais á la cima de la elocuencia! «huic prudentiæ et eloquentiæ si accederet vel studium, vel intelligentia scripturarum, viderem te brevi arcem tenere...»

LECCION VII.

Del estudio de los santos Padres.

El estudio de los libros santos no basta por sí solo para el orador: en las divinas escrituras hay cosas difíciles de entender, dice S. Pedro;¹ son además, según el Crisóstomo, una mina que encierra grandes tesoros, y no es de todos el saber utilizarla: y por último algunas verdades reveladas no están en la sagrada Escritura; nos las enseña la tradición divina. ¿Encontramos en los libros santos lugares difíciles de entender? «accede ad sapientio rem, vade ad doctorem» dice S. Juan Crisóstomo; ¿deseamos enriquecernos con los tesoros que se ocultan en la sagrada Escritura? «post scripturas sanctas, doctorum hominum tractatus lege», aconseja S. Gerónimo; ¿queremos conocer la doctrina tradicional? «Patres servavere» dijo S. Atanasio.

El ánimo se complace al encontrar en los escritos de los Padres ámpliamente discutido y sólidamente probado todo el dogma, toda la doctrina moral, la disciplina, la historia de la Iglesia, y cuanto hemos aprendido compendiosamente en nuestros estudios elementales: la claridad, la exactitud, la seguridad y la concordancia con que hablan tan eminentes varones ilustran nuestra fé, regocijan nuestro corazón, y sin advertirlo nos creemos trasladados al tiempo de la venerable antigüedad, con-

1. II. c. III. 16.

templando la aurora del cristianismo mas bella, mas encantadora que la primera mañana del mundo.

Hoy los ministros del Evangelio, separados de los santos Padres por el espacio de muchos siglos, y mas distantes aun de su dignidad y grandeza personal, estamos, sin embargo, llamados á predicar en la Iglesia la misma doctrina que ellos predicaron: mostrémonos dignos sucesores suyos, imitando su conducta, siquiera sea de lejos; estudiemos sus escritos, como ellos estudiaron los de sus coetáneos y predecesores, cuyas doctrinas aprendian y de cuyo testimonio se servian para propagar y defender la sana doctrina. Cuando por las citas que hacen en sus escritos observamos la solicitud con que se procuraban los de otros y la aplicacion con que los estudiaban; y por otra parte recordamos las circunstancias de aquellos tiempos en que tan fatigoso era el multiplicar las copias de un escrito, y tan escasos los medios de comunicacion, el ánimo se asombra y no comprende á costa de cuantas fatigas escribirían sus libros imperecederos en que acumularon esos tesoros de sabiduria, esos luminares que alumbran y alumbrarán á la Iglesia hasta la consumacion de los tiempos: pero ¡qué doloroso contrastel nosotros rodeados de ese piélago de luz, cerramos los ojos para no verla: multiplicados por la imprenta, sin trabajo nuestro, esos preciosos libros que tantas vigiliass y sudores costaron á sus autores, los dejamos sepultados en el polvo de las bibliotecas; y ¿aspiramos á ser predicadores elocuentes?... imposible!

Imposible es que sin aquel estudio se nutra nuestro espíritu con abundante y sana doctrina; y difícil tambien que amemos el lenguaje natural y característico de la elocuencia cristiana, si no le aprendemos en las obras clásicas de los santos Padres. Los jóvenes no las han leído todavia; tienen que juzgar por testimonio ajeno; no tenemos derecho á que nos crean por nuestra palabra; pero si le tenemos para aconsejarles que lean el juicio que de la elocuencia de los santos Padres, han formado los Padres mismos. San Gerónimo y S. Cirilo dan testi-

monio de la elocuencia de Clemente de Alejandria. Lactancio, S. Agustin y S. Gerónimo elogian la de Tertuliano: la de S. Cipriano lo es por S. Agustin, S. Gerónimo y Lactancio: y de la de este último habla con encomio S. Gerónimo: S. Hilario de Poitiers, S. Cirilo de Alejandria y el Nacianceno recomiendan la de S. Atanasio; S. Gerónimo llama á S. Hilario «eloquentiæ latinæ rhodanus»: S. Agustin y S. Gerónimo ensalzan la elocuencia del Nacianceno; este último, S. Efren, S. Gerónimo y S. Gregorio de Nysa han hecho pomposos y justos elogios de de la S. Basilio: de la de S. Efren han hecho mérito S. Gerónimo, el Niseno y el Crisóstomo: y de la de S. Cirilo, S. Gerónimo, quien á su vez es muy loado entre otros por S. Agustin: S. Basilio, S. Paulino, S. Agustin, S. Isidoro de Sevilla y Casiodoro han admirado la de S. Ambrosio; y de la de S. Juan de Constantinopla hicieron sus contemporáneos el mas cumplido elogio apellidandole Crisóstomo, ó BOCA DE ORO.

Estos testimonios son irrefragables: la competencia de los jueces es universalmente reconocida, y su notoria sinceridad los pone á cubierto de la sospecha de parcialidad. Nótese ademas que sus juicios versaban casi siempre sobre autores que ya no existian; y que respecto á los escritores contemporáneos solian guardar silencio, no fuera, como dice S. Gerónimo al abstenerse de elogiar á su coetáneo S. Ambrosio, que su admiración les hiciera propender á la adulacion, ó su amor á la justicia perjudicase los derechos de la verdad «ne in alterutram partem aut adulatio in me reprehendatur, aut veritas.»

Eran críticos tan imparciales que su admiracion no les impedia censurar los defectos, que tal vez deslustraban la elocuencia de algunos Padres. Tampoco nosotros podemos ocultar estas ligeras imperfecciones: nuestro silencio podria ser un tropiezo para los jóvenes.

Para juzgar la elocuencia de los Padres es preciso tener en cuenta el mal gusto que dominaba en su época respectiva: muchos de ellos sabemos que aprendieron la retórica con maestros de un gusto corrompido. Tam-

poco es aventurado creer con Fenelon¹ y Bossuet² que la caridad de aquellos fervorosos pastores les aconsejase cierta condescendencia con el mal gusto dominante, á fin de que su predicacion fuera mas útil á los oyentes; no faltan pasages en sus escritos que nos hacen formar este juicio. Sobre todo es fácil conocer que aquellos varones asombrosamente activos y laboriosos llevaban en su corazon los intereses del mundo cristiano; la predicacion no era mas que una de sus muchas y graves ocupaciones; predicaban frecuentísimamente é improvisaban muy á menudo; atendidas todas estas circunstancias fácil es conocer que no les vagaba el tiempo para ocuparse en pormenores; si no reputaban como indigno de su alta mision trabajo tan minucioso é incompatible con la elevacion de sus pensamientos.

Como quiera que sea, es indudable que en ciertos escritos de aquellos varones venerandos se nota alguna vez poco esmero en el estilo, digresiones, falsas antítesis y conceptos muy estudiados; pero estas imperfecciones casi desaparecen ante aquella solidez de pensamientos y elevacion de ideas, delicadeza del sentimiento y riqueza de fantasía, uncion dulce y penetrante, naturalidad encantadora y movimientos rápidos y vehementes que hacen de todos los santos Padres reunidos lo sumo de la elocuencia: semejantes al astro del dia sus manchas las cubre su inmenso resplandor, como lo indica Bossuet hablando de S. Agustin.

Nunca ha sido menos excusable el predicador cristiano de no estudiar los santos Padres que ahora en que la imprenta nos proporciona ediciones sino tan bellas como algunas de las antiguas, mucho mas económicas. Ni tampoco exigimos el estudio de la voluminosa biblioteca de los santos Padres: pues sabemos que solo Orí-

1. Diálogo III. p. 95.

2. Quisiéramos que los jóvenes leyeran el elogio que Bossuet hace de S. Agustin en particular, y de los santos Padres en general, en su *defensa de la tradicion y de los santos Padres*, I. parte, libro IV. cap. XVIII.

genes escribió tanto, que, como dice S. Gerónimo, es imposible leerlo todo; pero si pretendemos que cada cual lea, según pueda, mucho de las obras de todos los santos Padres; y que todos estudien las obras de uno ó dos de ellos: por ejemplo, S. Juan Crisóstomo entre los griegos, y S. Agustín entre los latinos bastarían por su copiosa y sana doctrina y por sus dotes oratorias: quítense del primero algunos pasajes redundantes ó difusos y súplase alguna falta de unidad; cercénense en S. Agustín muchas de sus antítesis y algunos conceptos estudiados, y los escritos de ambos Padres serán tan ricos tesoros de doctrina, como acabados modelos de elocuencia.

En S. Juan Crisóstomo hay de notable que no se limita á explicar la sagrada Escritura: á menudo y con especialidad en sus numerosas homilias sobre las cartas de S. Pablo, muestra el proceder del Apóstol ajustado á las prescripciones de la verdadera elocuencia: en estos escritos del Crisóstomo habla el sabio comentarista y el didáctico juicioso.

Jóvenes levitas! la Iglesia os tiene reservada la elevada misión de evangelizar al pueblo cristiano; para que los fieles os entiendan, aprended el lenguaje de la religión, característico de los enviados de Dios; pero ese lenguaje no le encontrareis, ni le aprenderéis si no leyendo mucho, y estudiando los imperecederos escritos de nuestra santa y venerable antigüedad.

LECCION VIII.

De la filosofía cristiana.

El orador cristiano debe conocer todos los monumentos de la tradición divina: entre estos hemos hablado únicamente de los escritos de los santos Padres, porque son

los que ejercen mayor influjo sobre la elocuencia sagrada. Mas tambien necesita el auxilio de la filosofía, que suele ser definida con bastante vaguedad. San Agustin hace de ella una descripcion que conduce á una definicion clara y exacta. La razon, dice, es la mirada del entendimiento; cuando esta mirada se estiende, DISCURRE sobre los objetos, y el alma está en movimiento, que es lo que se llama ratiocinio. El alma unas veces se examina á sí misma, estudia sus propias facultades y el modo con que funcionan, y otras ejerce su accion sobre objetos externos; en ambos casos se limita al conocimiento de verdades aisladas; en otras ocasiones las penetra, las desentraña, é inquiera cuanto ellas contienen; estudia sus relaciones, de unas verdades deduce otras y las distingue ó las enlaza. Este procedimiento laborioso y seguro se llama FILOSOFIA: podemos definirla diciendo que es «el desarrollo y progreso de la razon; «*ut ratio sit quiddam mentis adspectus, ratiocinatio autem rationis inquisitio, id est, adspectus illius per ea quæ adspicienda sunt motio.... Ratio est mentis motio, ea quæ discuntur distinguendi, et connectendi potens.*»

El ministerio de la predicacion no se reduce á la simple enunciacion de la palabra de Dios; espositor de esta divina palabra, como le llama S. Agustin, el predicador debe anunciarla y esplicarla: aunque enviado de Dios obra como hombre, y como hombres han de ser tambien instruidos y movidos aquellos á quienes predica. El proceder de la razon humana sometido á las leyes que le ha dictado el Criador, es uno solo en el hombre, lo mismo cuando explica la palabra de Dios, que cuando se ocupa en el conocimiento de cualquiera otro objeto: la diferencia específica del proceder de la razon del orador cristiano consiste en que este se apoya siempre en la palabra de Dios revelada; de ella deduce consecuencias, las enlaza y las aplica á la conducta del hombre con relacion á la vida eterna; su razon procede, digámoslo asi, racionalmente; en su marcha se asimila cuantas verdades encuentra relacionadas con su objeto de

cualquiera orden que sean, y esto es filosofía y filosofía divina, dice Casiodoro, «divinalis dicitur quando aut ineffabilem naturam divinam, aut spirituales creaturas ex aliqua parte profundissima qualitate disserimus.»

Se ha abusado tan lastimosamente de la palabra filosofía, que algunos se alarmarán tal vez, de que pretendamos amistarla con la predicacion del Evangelio, y mas aun al leer que el orador cristiano no puede ser elocuente, si no es filósofo; pero la doctrina y los ejemplos de los santos Padres sobre esta materia, son muy á propósito para tranquilizar los espíritus mas recelosos.

Los libros *del Orden* de S. Agustin son la historia de un diálogo al que asistia Santa Mónica: dirigiéndose á esta el santo Doctor la dice; «para que nada ignores, madre mia, esta palabra filosofía significa amor de la sabiduria: las divinas Escrituras, que tan religiosamente amas, no nos mandan huir de los filósofos y despreciarlos; hablan en este sentido solo de los filósofos de este mundo; pretender que huyamos de toda filosofía, es lo mismo que querer que no amemos la sabiduria, «nam quisquis omnem philosophiam fugiendam putat, nihil nos vult aliud quam non amare sapientiam.»

Consencio, hombre piadoso pero poco instruido, decia á S. Agustin que si la razon hubiera de tener parte en las materias de nuestra fé, la salud eterna estaria reservada á los oradores y filósofos. «No se concilia bien, le contesta el santo, lo que me escribes; porque en la misma carta en que deseas que la razon no intervenga en las cosas de la fé, me pides que con las luces de mi ingenio disipe la oscuridad en que tu espíritu se halla envuelto con respecto al misterio de la Santísima Trinidad. Si en punto tan capital recurres á mi para que te haga conocer, en cuanto sea posible, lo que ya crees, corrige el principio que has asentado, y sin apartarte jamas del camino seguro de la fé, no rechaces enteramente los servicios de la razon; considera que ni aun creer podriamos si no fuesemos racionales, y que si es cierto que debemos comenzar por creer, que tenemos

obligacion y necesidad de creer, y que debemos creer cuanto Dios se ha dignado revelarnos, no es menos cierto que estas sabias máximas nos las enseña la razon; por manera que siendo la fé lo principal y necesario, la razon sin embargo en muchos casos precede á la fé. No; dice en otro lugar, la recta razon no se aparta de la fé, no la abandona, la sirve como auxiliar.»

San Basilio distingue exactamente la teologia sagrada y la natural, y llama á las dos ciencia de las cosas divinas y humanas y de sus causas; ciencia que se adquiere, dice, no solo con el estudio de la palabra divina, sino tambien con la contemplacion del Universo. San Juan Crisóstomo enseña, que ademas de la revelacion divina hay dos libros donde el hombre puede adquirir el conocimiento de Dios; libros anteriores á la existencia de Moisés y los profetas y aun á la invencion de las letras; libros escritos por el dedo de Dios con caracteres indelebles y tan inteligibles que lo mismo pueden leerlos y entenderlos los sabios que los ignorantes; David estudió estos dos libros que comentó en los mas sublimes de sus salmos y contemplándolos decia absorto: «signatum est super nos lumen vultus tui Domine: ¹ cœli enarrant gloriam Dei.» ² El apóstol predicó la doctrina que habia aprendido en esos dos libros que son, dice el Crisóstomo, la conciencia ó la razon del hombre y el espectáculo de la naturaleza ó el mundo visible.

¡Oh! ¡cuánto aprendieron en estos libros los santos Padres! ¡Con cuánta elocuencia desarrollaron su doctrina! nutridos con el pan sustancial de la palabra divina descendian de la cumbre del Sínai de la revelacion á contemplar la humanidad: en su propia razon veian la razon humana, y la ponian en movimiento: sondeaban el corazon del hombre y pulsaban con acierto todas sus fibras: meditaban y desarrollaban los principios de la Ley natural; recorrian el mundo visible, estudiándole en sus pormenores; en todas partes veian las obras del

1. Sal. IV. 7.—2. XVIII. 7.

poder de Dios, el reflejo de su sabiduría, los dones de su amor y poseidos de entusiasmo al oír el armonioso concierto, el sublime poema le llama S. Agustín, con que el Universo canta la gloria de su Criador, con palabras de fuego arrebatában el espíritu y el corazón de sus oyentes, y los elevaban y unían á Dios por la fé y por el amor. ¡Qué bellas páginas, qué sublimes discursos, qué elocuentes homilías las que, inspirados por el conocimiento del hombre y el espectáculo de la naturaleza, predicaron el Crisóstomo y el Nacianceno, S. Basilio, S. Ambrosio y S. Agustín! teólogos profundos, metafísicos eminentes, consumados moralistas, ¿podían no ser oradores elocuentísimos?

Predicadores de la palabra de Dios! para ser elocuentes necesitáis la filosofía; bebedla en los escritos de los santos Padres: como ellos estudiad atentamente la doctrina cristiana, practicadla escrupulosamente inculcándola con fervor; buscad á Dios en la contemplación del mundo visible, buscadle en el hombre mismo, que es un mundo abreviado como le llaman los santos Padres; y sereis profundos filósofos y oradores elocuentes predicando una religion «cuyos dogmas y misterios ofrecen á los espíritus elevados ideas sublimes, á los corazones sensibles dulzuras inefables, á los hombres positivos demostraciones indestructibles; religion que recomienda la virtud y condena el vicio, rechaza el orgullo y acoge la buena fé y se amista suavemente con la recta razon;» ¹ porque lejos de nosotros el creer, decia S. Agustín, que Dios aborrezca en el hombre el mas precioso de los dones con que en el órden natural le ha enriquecido. «Absit namque ut hoc in nobis Deus oderit in quo reliquis animantibus excellentiores creavit. Absit, inquam, ut ideo credamus, ne rationem accipiamus sive quæramus; cúm etiam credere non possemus nisi rationales animas haberemus.»

1. Riambourg. Escuela de Paris. Eclectismo. Paris 1837. tom. I. p. 317.

LECCION IX.

De la literatura profana.

En las últimas lecciones hemos hablado de los estudios que son de primera y absoluta necesidad para el orador cristiano: el círculo que en ella hemos trazado es muy espacioso; mas fuera de él hay todavía un anchuroso campo, el de la literatura profana; nombre que respecto de la elocuencia sagrada tomamos aquí tan solo para clasificar á los escritores en eclesiásticos y no eclesiásticos. Antes de pasar adelante debemos declarar que ciertas obras pueden considerarse como pertenecientes á la literatura eclesiástica, aunque sus autores carezcan de la antigüedad y demas circunstancias que se requieren para ser contados entre los Padres y escritores eclesiásticos: tales son, por ejemplo, las obras de Fr. Luis de Granada, del venerable Avila, de Santa Teresa de Jesus, de Fr. Luis de Leon, de los Padres Estella, Puente y Chaide y otras del mismo género: estas, por su reconocida ortodoxia y elocuencia, pueden y deben ser leidas por los jóvenes, quienes con el fruto que de esta lectura recojan, quedarán ámpliamente recompensados de su trabajo. ¹

Por lo demas no nos empeñarémos en indicar siquiera todos los autores de literatara y elocuencia profana

1. Nuestro plan en estas lecciones no nos permite ocuparnos en el estudio de la elocuencia sagrada relativamente á nuestra patria. Mas aun cuando no apartamos la vista de los santos Padres, creemos, sin embargo, deber copiar en esta nota la siguiente reflexion de un Sacerdote muy conocido en el mundo sabio. «En España, dice, se observa en esta clase de literatura un fenómeno muy raro. Nuestros escritores religiosos son elocuentísimos en los libros que escribieron sobre la moral cristiana. En las obras de Granada, Leon, Avila, Puente y Chaide hay un repertorio admirable de pensamientos cristianos muy bien desenvueltos, con todos los adornos que puede admitir la elocuencia del púlpito y con toda la mocion de que necesita. Pero estos mismos que predicaban tan bien en sus libros, cuando hablaban al pueblo, olvidaban, por decirlo así, su elocuencia, y se reducian al

que pudieran leer ; nuestro trabajo seria imperfecto, y sin lograr el objeto, recargariamos la memoria de nuestros lectores, y quiza resfriariamos su ánimo, con la perspectiva de una inmensa lectura: en materia tan vasta nos limitamos á consignar principios y á dar consejos; en lo cual podemos tomarnos alguna libertad, toda vez que escribimos para jóvenes inespertos.

En opinion de S. Agustin, el orador cristiano, debe aprovechar para la defensa de la religion todas las verdades que encuentre donde quiera que sea, y aunque las halle en los escritos de los paganos: «non solum formidanda non sunt, sed ab eis etiam tamquam injustis possessoribus in usum nostrum vindicanda.... debet ab eis auferre christianus ad usum justum prædicandi Evangelii.» El principio es verdadero; mas para que en la práctica sea provechoso necesitan los jóvenes de los consejos de la prudencia: comenzaremos por proponerles el ejemplo y la conducta del gran Basilio.

El santo Doctor, segun el testimonio de su condiscípulo y constante amigo el Nacianceno, procuró ante todas cosas adquirir la virtud, la ciencia de las divinas escrituras y la teología: estudió tambien la gramática, la filosofía en todas sus ramificaciones, la historia, la poesia, la dialéctica, la retórica, y se dedicó al estudio de la elocuencia, auxilio indispensable para espresar convenientemente la doctrina: de la astronomía, geometría, y ciencia de los números tomó únicamente las nociones que creyó necesarias para evitar las burlas y el menosprecio de los inteligentes; «ut non ab iis qui in ejusmodi rebus sciti ac eruditi sunt exagitaretur» y prescindió de otros muchos conocimientos como infructuosos para la

ministerio de un catequista. No podemos atribuir esta conducta sino al deseo de acomodarse á la capacidad del vulgo, generalmente muy poco instruido en España. Bossuet y Massillon, predicaron en la córte de Luis XIV.; tenian por oyentes los hombres mas sabios de su siglo. Nuestros Granadas y Chaides no tuvieron un teatro tan ventajoso; pero leian sus obras las personas mas instruidas de España. Por eso escribieron mejor que predicaron. (Lista, de la oratoria sagrada: ensayos literarios).

piedad; «quidquid supererat, ut pietatis cultoribus in-
frugiferum, contempsit.» Dió el santo Doctor la preferen-
cia á los estudios necesarios, y respecto á los de mera
utilidad hizo los que creyó conducentes para el buen
desempeño de su elevada mision: he aquí la conducta
que deben imitar los jóvenes oradores.

La eleccion de los estudios secundarios depende en
gran parte de los talentos del que los ha de hacer, del
tiempo que le vague, de la oportunidad de consultar
autores selectos, y de otras circunstancias personales.
Cualesquiera que estas sean no debe el joven leer escri-
tos que no sean recomendables por su elocuencia y mu-
cho mas aun por su sana y pura doctrina: y para no es-
ponerse á errar en una eleccion, que por su inesperien-
cia pudiera serle muy funesta, debe proceder con el con-
sejo y bajo la direccion de maestros idóneos, porque en
la literatura profana son muchos los escritos que bajo
el exterior de una elocuencia seductora ocultan doc-
trinas ponzoñosas: ¡cuántos jóvenes con la buena
fé ó con el pretesto de formar un language correcto tra-
gan insensiblemente el veneno que muy pronto devora
su corazon y entenebrece su inteligencia! ¿Queréis con-
denar, se nos dirá, el estudio de las letras humanas? no
por cierto, respondemos con S. Juan Crisóstomo; lo
que queremos es que ese estudio se haga con tal pru-
dencia que no se sacrifique la educacion del corazon á
la ilustracion del espíritu, con riesgo de perder la una
y la otra. «¿Quid ergo ludosne omnes litterarios dirue-
mus, aiunt? Minime hoc dico: sed ut ne virtutis destrua-
mus ædificium, neu vivam obruamus animam.... quid
vero si.... præter quam quod animam perdant nihil ad
eloquentiam in schola proficiant.»¹

Mayor precaucion necesita el joven que, teniendo

1. Grandes son y muy lamentables los estragos que estan ha-
ciendo en el corazon y en la inteligencia de la juventud el folle-
tin, el romance y la novela: el menor mal que su lectura puede
ocasionar es la pérdida de un tiempo precioso y aquel decaimiento
y distraccion de espíritu que esperimentó nuestra ilustre compa-

tiempo de sobra, se dedique á la lectura de los clásicos paganos. No es oportuno entrar ahora en la cuestion que sobre esta materia fué debatida recientemente en la nacion vecina; pero como el objeto que nos proponemos en estas lecciones es inclinar los jóvenes á que imiten la conducta de los santos Padres, y estos se sirvieron frecuentemente de la literatura pagana para defender la causa de la religion, no podemos omitir algunas reflexiones sobre el particular. Vivian los Padres en una sociedad semipagana y fué en ellos grande sabiduría el valer-se de las mismas armas de sus enemigos para vencerlos, y de su propia doctrina para atraerlos al cristianismo: como prueba de la oportunidad y destreza con que manejaban aquellas armas, nos limitamos á citar la preciosa carta que S. Agustin escribió á Marcelino recomendándole la moral del Evangelio, y los libros de oro de la Ciudad de Dios, escritos por el mismo Santo en defensa de la religion cristiana. Tan convencidos estaban aquellos grandes apologistas de la utilidad y aun necesidad de este método, que Lactancio censuró á S. Cipriano por que en su libro contra Demetriano se sirvió de la sagrada Escritura, cuya autoridad no reconocia su adversario, á quien debía haber argüido, dice, con los

tríota Santa Teresa de Jesus, segun la misma nos lo refiere con candorosa humildad.

•Considero algunas veces, cuan mal lo hacen los padres, que no procuran que vean sus hijos siempre cosas de virtud de todas maneras; porque con serlo tanto mi madre (como he dicho) de lo bueno no tomé tanto en llegando á uso de razon, ni casi nada, y lo malo me dañó mucho. Era aficionada á libros de caballerias, y no tan mal tomaba este pasatiempo, como yo le tomé para mí... yo comencé á quedarme en costumbre de leerlos, y aquella pequeña falta, que en ella ví, me comenzó á enfriar los deseos, y comenzar á faltar en lo demas; y parecíame no era malo, con gastar muchas horas del dia y de la noche en tan vano egercicio, aunque escondida de mi padre. Era tan en extremo lo que en esto me embebia, que si no tenia libro nuevo, no me parece tenia contento. Comencé á traer galas, y á desear contentar en parecer bien, con mucho cuidado de manos, y cabello, y olores, y todas las vanidades que en esto podia tener, que eran hartas por ser muy curiosa. No tenia mala intencion, porque no quisiera yo que nadie ofendiera á Dios por mí. (Vida de la Santa escrita por la misma. Capitulo II. n.º 1.º)

testimonios de los autores paganos; «id est philosophorum et historicorum, ut suis potissimum refutaretur auctoribus.»

No recordamos que otros Padres hayan tratado esta cuestion tan expreso como Lactancio y S. Basilio, San Agustin y S. Gerónimo. Acusado este último de que citaba muy á menudo pasages de los autores paganos, vindicó su conducta en una carta dirigida á Magno, abogado romano; escrito eruditísimo en el que aduce el ejemplo de los escritores sagrados y el de los santos Padres; «nunquam hoc quæres.... si scripturas sanctas legeres; si interpretes earum....evolveres.» Cita varios lugares de la sagrada escritura donde se alegan dichos de los autores paganos; y con una erudicion que asombra forma el catálogo de los santos Padres y escritores eclesiásticos que en los tiempos anteriores habian defendido la religion con el testimonio de los escritores de la gentilidad.

Es de notar, sin embargo, que el mismo S. Gerónimo y tambien S. Agustin conocieron que esta arma no era ya tan necesaria en su tiempo como lo habia sido en los anteriores: recomendamos á los jóvenes la lectura de la carta que S. Agustin escribió á Dióscoro, que le habia pedido le explicase algunos pasages de Ciceron. Aunque las necesidades de la época aconsejaban á los santos Padres la conducta que observaron, eran no obstante mas parcos en estas citas cuando predicaban al pueblo, que cuando escribian contra los gentiles. Hoy han cambiado las circunstancias, y ha debido cambiar tambien de rumbo la controversia cristiana: solo con mucha parsimonia y grande oportunidad pueden repetirse en el púlpito las palabras de los escritores paganos, pues el hacerlo con frecuencia denotaria un gusto pésimo.

Por lo demas no se ocultaban á los santos Padres los grandes peligros que hay en la lectura de los paganos. S. Gerónimo ha declarado elocuentemente en una de sus cartas al Papa S. Dámaso, la precaucion con que él lo hacia, tomando de ellos lo que podia servir para la defensa

de la religion y desechando lo superfluo y nocivo: despues de haber citado el pasage del Deuteronomio, en el que se mandó á los Israelitas que antes de recibir á una muger estrangera se la rayera el pelo y las uñas, dice asi: «Itaque et nos.... quando philosophos legimus, quando in manus nostras libri veniunt sapientiæ sæcularis, si quid in eis utile reperimus, ad nostrum dogma convertimus: si quid vero superfluum de idolis, de amore, de cura sæcularium rerum, hæc radimus, his calvitium inducimus, hæc in unguium morem ferro acutissimo desecamus:» el mismo consejo dá S. Agustín; y S. Basilio es entre todos quien mejor ha enseñado en su preciosísima homilía AD ADOLESCENTES, la cautela y recto fin con que han de leerse los autores paganos; «quidquid in eis utile fuerit carpentes, cognoscatis quid etiam contemni oporteat:» estos son los dos puntos en que divide su bella composicion. ¹

Aun con todas estas precauciones deben ser muy sóbrios en esa lectura los que apenas tendrán el tiempo necesario para estudiar las sagradas letras; y aqui es oportuno recordar lo que decia S. Gerónimo al referir

1. Oigamos al mismo Bossuet como dirigia al Delfín en la lectura de los clásicos paganos. «In his vero auctoribus perlegendis numquam ab instituto nostro discessimus, quo pietatem simul morumque doctrinam, ac civilem prudentiam traderemus. Gentilis theologię religionisque fabulas et infanda mysteria, documento esse, quam altá caligine per se se homines mersi degerent: politissimas quasque gentes, ac civilis sapientiæ consultissimas, Ægyptios, Græcos, Romanos, easdem in summa rerum divinarum ignoratione versatas, absurdissima portenta coluisse; neque ex his umquam nisi Christo duce emersisse: hinc veram Religionem, divinæ gratiæ totam esse tribuendam.... Moralem vero doctrinam non alio ex fonte quam ex scriptura, Christianæque religionis decretis, repetendam ostendimus: neque committendum, ut qui pleno flumine irrigari possit, turbidos rivulos consecetur. Neque eò seciùs Aristótelis moralia persecuti sumus, quibus adjunximus Socratica illa mira et pro tempore sublimia dogmata, quæ et fidem ab incredulis, et ab obduratis ruborem exprimerent. Interim docebamus, quid in horum decretis Christiana Philosophia reprehenderit, quid addiderit; probata vero, quâ auctoritate firmarit, quâ doctrinâ illustravit, ut philosophicam gravitatem tantæ sapientiæ comparatam, meram esse infantiam confiteri oporteret.» (Bossuet en su carta á Inocencio XI, que se encuentra en el tomo primero de su política sagrada. Paris 1714.)

el terrible castigo que habia sufrido por su excesiva afición á los escritos clásicos del paganismo; «quid facit cum Psalterio Horatius? cum Evangeliiis Maro? cum Apostolo Cicero?»

Infiérese de cuanto dejamos expuesto que el orador cristiano puede encontrar mucho de bueno para el acertado desempeño de su ministerio en los escritos profanos, y aun en los del paganismo; y fué discreto y loable el uso que de estos últimos hicieron los santos Padres; pero en esta parte no estamos obligados á seguir su mismo camino, porque no son las mismas las circunstancias de estos tiempos y las de aquellos; por tanto, debemos ser sóbrios en esa lectura y sumamente parcos para citar en el púlpito pasages de los libros paganos: ademas de esto añadiremos que la juventud no debe aventurarse á tales estudios, sino bajo la direccion de virtuosos y discretos profesores. Con gusto copiaríamos aqui, si no fuese larga, la historia que refiere S. Juan Crisóstomo de un jóven educado por un sábio pedagogo; pues en ella aprenderian los jóvenes el interes y asiduidad con que deben aplicarse á la práctica de la virtud y al estudio de la palabra divina, y cuán secundario es para ellos, aunque no les está prohibido, el estudio de la literatura y elocuencia profanas. «Tempus autem omne lectione sanctorum librorum transigebat. Cum enim acri ad disciplinas ingenio esset, externæ eruditioni modicam diei partem insumebat, reliquum vero temporis precibus frequentibus librisque divinjs deputabat.»

LECCION X.

De la rectitud de intencion.

La palabra INTENCION, derivada del verbo latino INTENDERE, significa la voluntad deliberada de conse-

guir algun fin: aquí se combinan la atencion del entendimiento á un objeto, y la voluntad efectiva de conseguirle: la intencion que no se aparta del fin, filosóficamente hablando, es recta; la que se desvía de él se llama torcida: en el primer caso el hombre procede con acierto y alcanza su fin, si causas esterioras no lo impiden; mientras que en el segundo las operaciones son desconcertadas y no puede llegar al fin propuesto; del mismo modo que el caminante extraviado no puede arribar al término de su viaje, si no entra de nuevo en la senda que conduce á él.

El que se dedica al ministerio de la predicacion debe reflexionar sobre esta doctrina, que no por ser tan clara y sencilla carece de mucho interés; pues, como dice el Evangelio,¹ y expone S. Agustin, si la intencion es á las operaciones del alma lo que al movimiento del cuerpo son el ojo y la luz, claro está que asi como serian inciertos y peligrosos los pasos del hombre privado de vista ó de luz, del mismo modo seria desconcertado el proceder del predicador, cuya intencion no fuera promover la gloria de Dios y la salvacion de las almas, último fin de la predicacion evangélica, segun S. Pablo.² Este desconcierto no solo es lamentable por que puede malograr el fruto de la predicacion, sino que ademas es reprehensible y vergonzoso para el predicador, que llamado á cooperar á un fin elevadísimo con el mismo Dios, «*Dei enim sumus adjutores.*»³ se aparta, digámoslo asi, de su compañía, y le abandona en el camino torciendo su intencion á objetos perecederos, y aéreas las mas veces; pues cosas aéreas son, dice el Crisóstomo, los aplausos de los oyentes; «*applausus ex ore simul egreditur, et in aërem diffusus interit;*» que es, segun los santos Padres, el escollo mas peligroso para el orador cristiano.

Examinemos con la detencion que merece dónde está

1. S. Math: VI. 22. 23.—S. Lucas XI. 34. 35. 36.

2. I. ad Corinth. I. 21.=3. I. ad Corinth. III. 9.

y en qué consiste ese gran peligro; y encontraremos que procede de la índole de la vanagloria, y de la naturaleza de la predicacion; seguiremos en este exámen la doctrina de santo Tomás, el mejor maestro que podríamos consultar.

La gloria, dice con S. Agustin, es cierta claridad y decoro que adorna al hombre como resultado de la manifestacion de sus dotes y buenas obras, y del juicio favorable que en vista de las mismas forman de él los demas; «unde gloriari idem est, quod clarificari.» El amor de nosotros mismos, y por consecuencia el amor de la gloria es natural y legítimo; pero se hace ilegítimo desde el momento en que deja de ser moderado por la recta razon; lo cual acontece respecto al amor de la gloria, cuando nos gloriamos de lo que no es digno de alabanza, ó nos complacemos en las alabanzas injustificadas y especialmente si el apetito de la gloria no se dirige y termina en su último fin, que es el honor de Dios y la salud del prójimo; «tertio ex parte ipsius qui gloriam appetit, qui videlicet appetitum gloriæ suæ non refert in debitum finem, puta, ad honorem Dei, vel proximi salutem.» En estos casos el amor de la gloria degenera en amor de la vanagloria: porque no se ha guardado la medida que guardaba y recomienda S. Pablo, ni se ha cumplido lo que Jesucristo prescribe en esta materia. ¹ No es de estrañar, pues, que el amor de la vanagloria se deslice tan suave é insensiblemente en el corazon humano, siendo aquel el desvío de un amor tan legítimo, tan fuerte y connatural al hombre, como es el amor de sí mismo moderado por la recta razon.

Observa el Crisóstomo que la tentacion de la vanagloria y el peligro de caer en ella crecen en el ministro de la predicacion; por que no debiendo apartar su vista de Dios, está obligado al mismo tiempo á predicar de manera que sea y se haga agradable á sus oyentes, teniendo por lo mismo que marchar constantemente entre

1. I. ad Corinth. I. 31.—II. c. X. 17.—Math. V. 16.

dos grandes escollos; si se deja llevar del excesivo deseo de agradar, en vez de conducir á sus oyentes se hace esclavo de sus caprichos; si con austera independencia no cuida de agradar, se le oye sin placer ó no se le oye, y la predicacion resulta inútil para muchos: necesita, pues, de mucha magnanimidad para marchar con fortaleza procurando lo uno y lo otro y evitando ambos escollos. No en vano dice S. Gregorio Magno que la tentacion de la vanagloria es un enemigo insidioso que acecha al orador, sucediendo amenudo que quien comienza con recta intencion, decae insensiblemente y concluye como no pensaba: «Cumque placere mens utiliter studet, ad amorem laudis propriæ turpiter defluit.... cumque propositæ utilitatis intentio ad studia privata deducitur, horrendo modo unum idemque opus culpa peragit, quod virtus inchoavit. Sæpe et ab ipsis exordiis aliud cogitatio expetit, aliud actio ostendit.»

Los santos Padres tuvieron frecuentes ocasiones y aun se vieron obligados á tratar esta materia predicando á los fieles. Acostumbrados los paganos á aplaudir á sus falsas deidades en las fiestas que les dedicaban, convertidos ya al cristianismo aplaudian estrepitosamente á los oradores cristianos, creyendo que con esto daban una prueba de religion y piedad: arraigóse tanto esa indecorosa costumbre, que fué necesario el perseverante celo de los Prelados y el trascurso de algunos siglos para que desapareciera de las asambleas cristianas. Los santos Padres procuraban inculcar en el ánimo de sus oyentes, que la reforma de sus costumbres eran los verdaderos y únicos aplausos á que aspiraban, y reprendian enérgicamente á los intempestivos aclamadores.

La elocuencia sin igual del Crisóstomo y el gran número de sus oyentes, que, segun el mismo dice, llegaron en ocasiones á cien mil, hicieron que fuese quien, entre todos los Padres de la Iglesia, recibiera mayores aplausos; y á esto sin duda es debido el que ningun otro Padre se haya ocupado tan detenidamente y con tanta

copia de razones como él, en combatir el abuso de las públicas aclamaciones y en explicar cuál debe ser respecto á la divina palabra la intencion y el espíritu del que la predica, y las disposiciones con que los fieles deben oirla: lean los jóvenes las elocuentes lecciones del santo Doctor; y si estas no fueran suficientes para hacerles comprender la necesidad y la obligacion de rectificar y purificar su intencion, muévalas siquiera la consideracion de las amarguras que devoran el corazon del orador cristiano que tiene la debilidad de ambicionar el aura popular.

Nadie ha espuesto esos disgustos con tanta verdad y elocuencia como el mismo S. Juan Crisóstomo: esta ambicion, dice, impone desde luego al orador un trabajo ímprobo en sus composiciones, porque nada le parece bastante para agradar; pero tenga por cierto que aun cuando sea consumado en la elocuencia, lo cual es mucho suponer, no siempre será elogiado; unas veces á causa de la ignorancia de los oyentes, otras por la injusticia de los mismos, y tambien porque respecto á los que sobresalen en la Oratoria, el público tiene exigencias que nadie puede satisfacer: empeñado en considerar al orador mas como un ángel que como un hombre, olvida que como tal es imposible que se mantenga siempre á una misma altura, y nunca piensa en que un disgusto imprevisto, una pasion de ánimo, una enfermedad, un recargo de ocupaciones y otros mil accidentes de que el hombre no se puede librar, hacen que el orador se muestre en muchos casos inferior á su fama y entonces en vez de aplausos viene la critica, quizá la burla ó por lo menos el silencio, que es un tormento insufrible para el amator de la vanagloria; «*gehenna ipsis gravius et onerosius est tale silentium;*» ¡ay del orador combatido por tan violentos y encontrados sentimientos! ¡tan imposible es que su corazon no zozobre como que la mar esté siempre tranquila! «*neque mare umquam potest fluctibus carere, neque illius animus sollicitudine et mæstitia:*» y el orador que inflamado por

el amor de Dios y en su santo nombre pudiera y debiera mover y arrebatarse el corazón de sus oyentes, oprimido y tiranizado por la pasión de la vanagloria, ahoga en su germen la vida de la elocuencia.

No queremos por cierto condenar absolutamente en el orador el deseo de agradar, puesto que sería condenar un medio de cumplir con su deber. San Agustín nos ha dicho que oía á S. Ambrosio, atraído no por la doctrina que predicaba, sino por la dulzura de sus palabras; y de esta dulzura se sirvió Dios para hacer penetrar la verdad en aquella grande alma: lo que queremos, con S. Gregorio Magno, es, que el predicador procure agradar para que la palabra de Dios fructifique; pero que no convierta en favor suyo el agrado de los fieles, dice santo Tomás; «quod fit dum aliquis sic loquitur quod auditores delectet, quod non debet aliquis quærere propter favorem suum, sed ut homines alliciantur ad audiendum verbum Dei.» Así se entiende perfectamente cómo el Apóstol dice unas veces que procuraba en el ejercicio de su ministerio hacerse agradable á todos, y en otras exclamaba: «si yo agradase á los hombres no sería siervo de Cristo.»¹

Guardar este justo medio es difícil; S. Juan Crisóstomo, antes de ser ascendido al sacerdocio, lo consideraba como superior á sus fuerzas; encargado de la predicación, nadie se vió tan cercado como él por la vanagloria, nadie la menospreció con tan noble independencia y nadie fué tan elocuente. San Agustín sintió los estímulos de esta insidiosa tentación; temblaba ante el peligro de caer en ella, pedía á sus oyentes que con sus oraciones le alcanzasen de Dios las fuerzas para vencerla, oraba él mismo al intento, y recomendaba al orador cristiano la oración como medio necesario para el fiel y acertado desempeño del ministerio.

Lean los jóvenes los pasajes de los santos Padres que, como comentarios de esta lección, copiarémos y ci-

1. I. ad Corinth. X. 33.—Ad Galat. I. 10 y 11.

tarémos en otro lugar: comparen con ellos el tan celebrado sermón DE LA PALABRA DIVINA predicado por Massillon, y conocerán desde luego el gran partido que sacó el orador francés de la doctrina y de las formas que se encuentran en los lugares cuya lectura recomendamos.

¡Jóvenes levitas! cuando la Iglesia os encomiende el grave ministerio de la predicacion, no apartéis vuestra vista de esos grandes modelos, ni echeis en olvido sus interesantes lecciones; y ahora no creais que distraidos de nuestro objeto en vez de lecciones de elocuencia, os damos consejos de piedad cristiana: ¡ah! nunca serian ajenos tales consejos de vuestra virtud, ni de nuestro ministerio sacerdotal: pero aqui, no lo dudeis, son tambien preceptos del arte, porque si la piedad vale para todo, como ha dicho el Apóstol, sabed que nunca seréis buenos oradores, si, como el mismo encargaba á Timoteo al enseñarle á predicar, no os ejercitais en la piedad; «*exerce autem te ipsum ad pietatem.*»¹ Muy pronto nos reemplazaréis en la cátedra del Espíritu Santo; oid antes los consejos de nuestra esperiencia: el ministerio de la predicacion es laborioso, laboriosísimo; nada, absolutamente nada hay en el mundo que pueda recomsar sus trabajos y fatigas. Predicad, os diré con S. Juan Crisóstomo, segun la voluntad de Dios; «*ad Dei placitum:*» solo asi honraréis vuestro ministerio, conservando la serenidad del alma y la paz del corazon, sin cuyas condiciones no podréis ser elocuentes, y encontraréis la recompensa de vuestras fatigas y el mayor de los consuelos en el testimonio de vuestra conciencia; «*laborum quidem solatium illud satis erit, omniumque maximum, si conscius sibi fuerit, se ad Dei placitum doctrinam concinnasse suam.*» Alentaos con la esperanza de aquella gloria imperecedera que está reservada al que HICIERE Y ENSEÑARE,² y respecto á la que viene de los hombres.... ¡ah! si nos fuera lícito hablar otro lenguaje despues de la sublime doctrina que acabamos de espo-

1. I. ad Timot. IV. 6. 7. 8.—2. S. Math. V. 19.

ner, os diríamos: ¿Buscáis la gloria? pues habeis errado el camino; para encontrarla es preciso huir de ella, que la gloria, dice S. Gerónimo, es como la sombra: escapa de quien la busca y sigue al que se aparta de ella: «*quæ virtutem quasi umbra sequitur, et appetitores sui desse-rens, appetit contemptores.*»

LECCION XI.

De los asuntos sobre que debe versar la predicacion.

El predicador que no procede con recta intencion, marcha á ciegas y yerra el camino desde los primeros pasos, eligiendo asuntos que alhagan á sus oyentes y descuidando los que les serian útiles ó necesarios para su aprovechamiento espiritual. Quintiliano dice que el orador debe cuidar ante todas cosas, de que el deseo de la presente alabanza no le retraiga, como sucede á los mas, de atender á la utilidad de la causa: ¹ el amor de la vanagloria enerva nuestra alma, segun el Crisóstomo, y nos esclaviza á los caprichos del auditorio, en lugar de combatirlos: «*et nos frigidè ac miserè vestros affectus sequimur quos excindere oporteret:*» somos como los padres que dan á sus hijos enfermos golosinas nocivas en vez de medicinas amargas, pero saludables; y continúa diciendo; «*Hoc et nos facimus dum elegantem orationem frustra quærimus, harmoniamque, ut placeamus, non ut prossimus; ut admirationi habeamur, non ut doceamus; ut oblectemus, non ut compungamus; ut cum plausu et laudibus discedamus, non ut mores componamus.*»

Tales predicadores se buscan á sí mismos y no á Jesucristo: «*quæ sua sunt quæruni non quæ sunt Jesuchristi;*» ² pues el que buscando á Jesucristo quiera

1. Lib. XII. cap. IX. n. 1. tom. II. pag. 395.—2. Philip. II. 21

promover la gloria de Dios y la santificación de las almas, predicará la grandeza del Señor, sus perfecciones y divinos atributos, los misterios augustos de nuestra santa religion, la vida, pasion y muerte del Savador; inculcará y fomentará en el ánimo de sus oyentes la esperanza de la gloria, el temor de la muerte, del juicio y del infierno, y descendiendo á la vida práctica, deducirá, como consecuencia de verdades tan fecundas y saludables, la necesidad de practicar la virtud y de huir del vicio; ¹ los dos polos sobre que debe girar la predicacion evangélica á juicio de S. Ambrosio. «Admone igitur plebem Domini, atque obsecra ut abundet in operibus bonis, renuntiet flagitiis.» Tales son las materias sobre que ha de versar la predicacion evangélica en sentir de los santos Padres, quienes, consecuentes con los principios que enseñaban, predicaron siempre la doctrina cristiana y no mas que la doctrina cristiana.

Esto es un hecho. ¿Queréis convenceros de su verdad, jóvenes estudiosos? Si tratáramos de obras escritas en tiempos modernos os diríamos; leed los índices; mas respecto á los tratados de los santos Padres si os limitais á leer los índices, rara vez podréis conocer la doctrina que predicaron, y menos hallaríais los asuntos sobre que os proponéis predicar: el contenido de tan grandes composiciones no se puede reducir á indicaciones precisas; sus autores conocian á fondo los libros santos; habian meditado todo el sistema de nuestra divina religion; hombres de espíritu vigoroso y de corazon ardiente no solian, ni quizá podrian concretar sus instrucciones á un punto determinado del dogma ó de la moral; penetraban y desentrañaban las verdades cristianas, y sus mútuas relaciones; pasaban insensiblemente de unas á otras materias, y sus discursos venian á ser ámplios, profundos y elocuentes comentarios de los libros sagrados.

1. Véase el Conc. Trid. ses. V. c. II. de reform.—Concilio V. Lateranense ses. XI. Labbé. XIX. fol. 944. Venecia 1732.

Conocian los santos Padres la importancia, la dignidad y el fin de su ministerio, y hubieran considerado como una traicion á Dios y á los hombres el olvidarse de la gloria del Señor ó de la salud y santificacion de las almas; jamás ocultaban á los fieles, aunque les desagradase, las austeras verdades del cristianismo. Nos limitamos á recordar un pasaje de S. Juan Crisóstomo, que es una excelente leccion especulativa y práctica. Predicó el santo Doctor contra los que comulgaban indignamente; algunos de sus oyentes encontraron dura la doctrina, y sus quejas llegaron á oídos del santo; quien, la primera vez que volvió á hablarles, insistió con delicadas precauciones, sí, pero con el mismo vigor, en la doctrina que pocos dias antes habia agriado el ánimo de los descontentos, y se estendió á esponer la gravísima obligacion que tiene el predicador de anunciar la doctrina severa de la religion, y las funestísimas consecuencias que trae al pueblo y al orador mismo su debilidad y cobardia cuando, por no desagradar, rebaja su ministerio, pues le deprime sin duda quien no le desempeña con la noble franqueza y santa libertad que cumplen á los enviados de Dios. Nosotros, decia, no somos legisladores, ni es nuestra la doctrina que enseñamos: ministros de Dios, hemos recibido del cielo las cartas que debemos comunicar al pueblo; si leemos lo que no está escrito en ellas ó le ocultamos lo que las mismas contienen, hacemos traicion á nuestro ministerio y arriesgamos la salvacion de los fieles y la nuestra propia: «moneam me, non a me ipso latas leges exponere sed de cœlo delatas litteras legere, ac proinde necessarium esse....aut quæ continentur illis confidenter ac libere cuncta dicam, et utilitatem ubique non voluptatem quæram auditorum, aut eorumdem reformidem, et hoc intemptivo beneficio salutem meam simul et illorum prodam.» Una imitacion de este pasaje mereció á Bosuet fundados elogios.

Dos cosas, pues, llamarán la atencion del jóven orador que lea asiduamente las obras predicables de los

santos Padres; el buen sentido que les guiaba siempre en la eleccion de las materias sobre que versan sus discursos, y la noble independencia y santa libertad con que anunciaban las saludables y aterradoras verdades del Evangelio. Pero esto no basta; preciso es que fijen ademas su atencion en el método con que predicaban aquellos maestros del arte cristiano: no trataban las verdades de la religion aisladamente y como por incidencia, no; lo hacian de una manera ámplia y ordenada, lo cual es de suma importancia para el buen éxito de la predicacion. Quien hoy predique de la limosna, dice el Crisóstomo, mañana de la oracion, otro dia de la misericordia y otro de la modestia, pero saltando sin discrecion de uno á otro asunto, dificilmente logrará que sus instrucciones se arraiguen en el ánimo de los oyentes: «*nihil horum in auditorum animis perficere recte poterit, ab hoc ad illud, rursus ab illo semper alio transiliens,*» el predicador, añade, debe imitar á los maestros de escuela quienes no enseñan á los niños á formar sílabas, sino despues de haberles hecho conocer bien las letras: «*non prius ad syllabas adducunt pueros, quàm elementorum cognitionem in eis viderint recte confirmatam:*» por manera que, como decia S. Ambrosio, nuestros discursos deben formar una serie ordenada de instrucciones; «*præceptorum seriem formare debemus.*» Esta era la teoría de los Padres y este era el método que ellos seguian: ilustraban á los infieles, enseñaban á los catecúmenos, instruian á los neófitos y explicaban á todos los fieles cláusula por cláusula, los libros del nuevo y del antiguo Testamento. ¡O cuán copiosos y saludables frutos produciria nuestra predicacion, si restaurásemos el método racional y sólido que siguieron los oradores clásicos de la antigüedad cristiana! ¡si esplicásemos la religion desenvolviendo á la vista del pueblo fiel su divino sistema, haciéndole percibir sus armonías y sus dulzuras! Ciertamente es que todos los oradores no tienen la oportunidad de hacerlo asi; pero la tienen en gran parte los que, como los cuaresmales ó

predicadores del mes de Mayo, tienen el púlpito á su disposicion por espacio de muchos dias; y sobre todo los párrocos pueden y deben seguir el método que señalamos. No pudiéndonos estender mas sobre esta importante materia, recomendamos á los jóvenes la lectura de lo que sobre ella han escrito Fenelon en su tercer diálogo de la elocuencia, y Fleury en su tratado de la predicacion.

Cualesquiera que sean las circunstancias en que se encuentre el orador, siempre debe elegir materias proporcionadas á la inteligencia y capacidad de sus oyentes, y acomodadas á sus necesidades. No desconocieron los santos Padres la dificultad del acierto en esa eleccion, cuando se predica á grandes concursos compuestos de individuos de índole muy diferente, cuyas necesidades son diversas y entre los cuales, dice S. Gregorio, los hay dominados por vicios opuestos; siendo de temer que dañe á unos lo que aproveche á otros, si el predicador no procede con suma discrecion y esquisita prudencia; «*ut inter passiones medias uno quidem ductu transeat, sed more bicipitis gladii tumores cogitationum carnalium ex diverso latere incidat, quatenus sic superbis prædicetur humilitas, ut tamen timidis non augeatur metus.*» Nada puede ayudar tanto para vencer tamañas dificultades y evitar escollos tan peligrosos, como la caridad: paciente y benigna¹ guiará á los que la posean con seguridad y acierto en tan difícil empresa; y les hará ser todo para todos como el Apóstol.² ¿Que es, sino el amor, lo que inspira á las madres la seguridad y el acierto con que remedian las necesidades de sus hijos párvulos ó adultos, sanos ó enfermos? por esto San Agustin decia al dispensador de la divina palabra, AMA Y DÍLO QUE QUIERAS, «*ama et dic quod voles.*» S. Gregorio Magno esplica con un bello símil, cual ha de ser el estudio con que el orador cristiano debe predicar una sola doctrina, pero de varios modos y maneras, segun la di-

1. I. ad Corinthios XIII. 4.—2. I. ad Corinthios IX. 22.

versa condicion de sus oyentes. Son estos, dice, como un instrumento músico y para que resulte armonia es necesario pulsar las cuerdas con un mismo plectro, pero no de un mismo modo. «*Quid enim sunt intentæ mentes auditorum nisi.... quædam in cithara tensiones strata chordarum? Quas tangendi artifex, ut non sibi-metipsi, dissimile canticum faciat, dissimiliter pulsat... unde et doctor quisque ut in una cunctos virtute caritatis ædificet, ex una doctrina, non una eademque exhortatione tangere corda audientium debet.*»

No es tan difícil ni delicada la tarea del predicador, cuando se dirige exclusivamente á clases determinadas; por ejemplo á ordenandos, ó eclesiásticos, ó religiosas; á militares, á hombres solo ó únicamente á mugeres; ó bien á cristianos que se dedican en particular al ejercicio de algunas virtudes, como los socios de las conferencias de S. Vicente de Paul. Este género de instrucciones especiales es muy antiguo en la Iglesia; los santos Padres lo practicaron; y esto bastaria para hacerle recomendable, aun cuando por otra parte no le abonaran razones de grande peso.

Algunos predicadores se ocupan en asuntos que al parecer no tienen relacion con su auditorio, condenando errores y reprendiendo vicios de que visiblemente estan exentos los oyentes: esto unas veces es inoportuno y aun injurioso para el auditorio; pero en ocasiones no solo es oportuno y conveniente sino necesario; pues todo pende del buen juicio del orador, del fin que se propone y de la manera con que se expresa: observemos la conducta de los Padres, y sus ejemplos nos servirán mas que sus preceptos. San Juan Crisóstomo y S. Agustin predicaron á menudo contra errores y vicios de que estaban exentos sus oyentes: por ejemplo, se lamenfaban de la conducta de los cristianos que no asistian á oír la predicacion; lloraban porlos que no veian presentes, reprendiendo esta negligencia con celo fervoroso; esto á primera vista podria parecer una grande inoportunidad. ¿Á quién se dirigian aquellas instrucciones, que los presentes

no habian menester y los ausentes no podian oír? Qué objeto se proponian los santos Doctores? ellos mismos lo dicen: confirmar en su devocion de oír la palabra divina á los presentes; evitar que se contagiasen con los malos egemplos de los ausentes, y ser tambien útiles á estos, á quienes deseaban y esperaban que llegasen sus instrucciones por conducto de los presentes, como se lo encargaban y recomendaban con grande eficacia. «*Loquamur et cum absentibus: erit ad eos vox nostra memoria vestra,*» decia S. Agustin.

Aunque la predicacion evangélica ha de versar sobre la doctrina cristiana, nótese que dentro de esa doctrina hay verdades cuya explicacion no siempre es conveniente en el púlpito. Existe, dice S. Agustin, una gran diferencia entre el que escribe un libro y el que predica; aquel puede estenderse cuanto quiera para tratar las cuestiones árduas y facilitar su inteligencia; mas el que predica no suele tener esa oportunidad, y debe por lo mismo abstenerse de predicar verdades de difícil inteligencia; «*quæ in populi audientiam vel rarò, si aliquid urget, vel numquam omnino mittenda sunt.*» A este género de verdades, que pueden turbar á los fieles poco instruidos ó de tardo ingenio, pertenecen algunas de las relacionadas con la doctrina de la predestinacion y de la gracia. El mismo S. Agustin propone tres reglas sobre el particular: los oradores deben abstenerse de predicar tales doctrinas cuando no hay necesidad; mas si la hubiere, por exigirlo así los intereses de la verdad, ó el de los fieles expuestos á caer en error, debe predicarse la verdad con toda claridad; «*ne fortè cum tacetur propter eos qui capere non possunt non solum veritate fraudentur, verùm etiam falsitate capiantur.*» Pero en estos casos se procurará exponer la sana doctrina de tal manera que sea como leche para los párvulos, y como alimento sólido para los adultos; «*et parvulis lac et grandibus esca sit.*» Tenemos que limitarnos á indicar estos principios y aconsejar á nuestros jóvenes escolares que lean el tratado DEL DON DE LA PERSEVERANCIA donde

S. Agustin los explica ámpliamente, y los aplica á la práctica con interesantes ejemplos.

Es tan firme nuestra creencia de que el éxito del discurso depende en gran parte de la acertada eleccion de la materia, que no tememos se nos tache de difusos; sentimos por el contrario no podernos extender mas. Terminarémos recomendando encarecidamente á los jóvenes que lean las cartas de S. Pablo, y muy especialmente las que escribió á Tito y á Timoteo; el Apóstol ha consignado específicamente los asuntos que deben ser el objeto de la predicacion cristiana y las diversas maneras con que el predicador ha de hablar á los fieles, atendiendo á las circunstancias de los mismos. Unidad de doctrina, «*prædica verbum,*» variedad en su aplicacion, «*insta opportunè, importunè, argüe, obsecra, increpa in omni patientia et doctrinà.*»¹

LECCION XII.

La doctrina cristiana debe predicarse como palabra de Dios.

No basta predicar verdades cristianas; es preciso predicarlas como palabra de Dios y no como doctrina del hombre. Entre las verdades reveladas hay algunas, dice santo Tomás, que pueden ser conocidas por la razon, aunque no tan perfectamente y con tanta seguridad como se conocen por la fé. La moral del Evangelio, es la ley natural ennoblecida y sancionada por Jesucristo, cuya gracia sobrenatural facilita su cumplimiento.² De donde se infiere, que es posible arreglar un discurso cuya doctrina sea cristiana, en cuanto sus verdades formen parte de la revelacion divina; pero que al

1. II. ad Timoth. IV. 2.

2. Pars. 1.º art. 1.—1.º 2.º qq. 94. y 106.

mismo tiempo sea un discurso humano, ya porque las verdades en él contenidas se hayan conocido solo por la razon y ya porque la forma con que se presentan sea enteramente humana: composiciones de este género pueden ser de mérito, útiles y muy laudables en tratados puramente científicos; pero serian inoportunas, perjudiciales y dignas de severa reprension en los labios del predicador del Evangelio; porque en ello manifestaria que habia preferido beber las aguas estadizas, á las fuentes purísimas de la revelacion divina.

Encargado el orador cristiano de predicar la doctrina de la religion, debe anunciarla al pueblo fiel tal, cual ella es en sí misma. La religion cristiana está en relacion con el entendimiento y con el corazon del hombre; contiene verdades especulativas y prácticas, y es un sistema divino en el cual estan estrechamente enlazados los misterios, el dogma y la moral: el predicador que no comprende ni explica la religion en su admirable conjunto, sino que se contenta con recoger verdades especulativas y morales en el campo de la ciencia humana, ese no piensa en la doctrina cristiana, ó por lo menos disloca sus verdades, separando lo que Dios ha unido; y la mayor fortuna á que puede aspirar, es á que le reconozcan como intréprete de la razon, pero no podrá honrarse con el título de Embajador de Jesucristo: «pro Christo ergo legatione fungimur.»¹

Véd ahí el estado á que se han rebajado los predicadores protestantes; porque erigiendo en autoridad el espíritu privado, han naufragado en la fé, han negado el dogma, y se han quedado solo con una doctrina y moral humanas, por lo cual es imposible que sean elocuentes.² Lo peor es que la doctrina protestante, desen-

1. II. ad Corinth. V. 20.

2. Nadie negará el gusto y buen juicio de Blair como didáctico; á la vista tenemos la coleccion de sus sermones (publicada en cinco volúmenes por Mr. de Tressan) y son discursos frios que no interesan el corazon: las materias de que trata bastarian por sí solas para ahogar la elocuencia del orador, y no hay mas que recorrer los indices para convencerse de ello. — Sobre la dulzura—de los deberes de

vuelta hasta sus últimas consecuencias por la filosofía racionalista, ha inundado los países católicos; y muchos verdaderos fieles participan de su funesta influencia sin quererlo, sin conocerlo, sin sospecharlo siquiera; porque no dudamos asegurar que á esta influencia debe atribuirse en gran parte el fenómeno de que muchos cristianos, conservando íntegras sus creencias, no gustan que se les predique del juicio, del infierno y de otras verdades aterradoras, sí, pero muy saludables que en tiempos mas felices para el cristianismo eran el tema constante de los predicadores. Gustan de oír la verdad especulativa y las reglas de los deberes, porque esto solo habla al entendimiento que nunca desecha la verdad conocida, sin hacerse grande violencia; pero si se les anuncian las amenazas y los castigos con que el Señor ha sancionado su ley, se resisten, porque esto estrecha demasiado al hombre, toca vivamente al corazón, le impulsa á practicar la virtud y huir el vicio; y al hombre, repetimos, no le pesa oír la verdad; lo que le repugna es practicarla: en suma, mientras que el predicador habla solo en nombre de la razón, la de sus oyentes está acorde con una doctrina que no es superior á sus alcances, y que no tiene mas autoridad ni mas sancion, que la sancion y la autoridad humanas; pero cuando se le habla en nombre de Dios cuya autoridad no se puede eludir, murmuran como los discipulos; «durus est hic sermo et quis potest eum audire?»¹

Ahora bien; el orador que, olvidando su alto carácter, complaciente con los caprichos de su auditorio y apartándose del método de nuestra venerable antigüedad cristiana predica al pueblo fiel doctrina buena, pero humana, pronunciará en buen hora discursos muy bellos

la juventud—de los deberes y consuelos de la vejez—de las ventajas del orden—sobre el candor—sobre la sensibilidad.—Estos y otros parecidos asuntos en que se ocupó Blair ¿podrán ser nunca el objeto de la predicacion evangélica? ¿servirán de pábulo á la elocuencia sagrada?

1. Joann. VI. 61.

en sí mismos, pero tan indignos de su ministerio como inútiles para los fieles, que acudirán á oírle como quien va á escuchar cantos melodiosos, en expresion de un Profeta: «quasi carmen musicum:» entre tantos oyentes no tendrá un solo discípulo; «audiunt verba tua et non faciunt»: ¹ porque para que el hombre guste de las dulzuras de la virtud y aborrezca el vicio, ame á su Dios y le sirva, necesita ser atraído, arrancado de la tierra; hay que elevarle sobre el mundo sensible levantándole á las regiones del espíritu, y á esto no alcanzan los discursos humanos; esto solo se puede lograr hablándole en nombre de Dios y con la palabra de Dios: «Ecce dedi verba mea in ore tuo.... ut evellas et destruas, et disperdas, et dissipes, et ædifices, et plantes.» ² Con esa palabra que el Apóstol llama viva y eficaz, mas penetrante que una espada de dos filos, que alcanza hasta la division del alma y del espíritu, y discierne los pensamientos é intenciones del corazon. ³

Los santos Padres han condenado tambien esa conducta de los que predicán de una manera simplemente humana. Estos oradores, dice S. Agustin, no predicarán cosas malas; «non quidem iniqua dicuntur»; pero harto mal es predicar al pueblo cristiano una doctrina pobre y sin importancia con grande aparato de palabras; «in populo gravi.... exigua et fragilia bona spumeo verborum ambitu ornantur.» La elocuencia que agrada al siglo, no alimenta la fé: «Eloquentia quæ huic seculo placet, non pascit fidem»; y no es estraño, dice S. Isidoro, porque los que van á oír tales discursos buscan el placer que resulta de una composicion estudiada, no la verdad de la doctrina: «magis compositionem verborum quam sententiam veritatis sequuntur.» ¿Y que verdades podrán enseñar tales predicadores, si no habiendo nutrido su espíritu con la ciencia de las santas Escrituras, no son mas que unos declamadores y.... segun S. Geró-

1. Ezechiel XXXIII 31 y siguientes.—2. Jerem. I. 9. 10.

3. Ad Hebræos IV. 12.

nimo, unos charlatanes? «declamatores esse et rabulam garrulumque sine ratione.» Mas severa es aun la censura del Nacianceno: con sus discursos meramente humanos, dice, convierten el templo en una academia, y quiera Dios que no pueda decirse en un teatro; «qui fidei nostræ pietatem.... artificiosam reddiderunt, ac novum quoddam politices genus, á foro ad sancta translatae et á theatris ad sacrarium vulgi oculis minimè inspiciendum.» La fé, dice S. Ambrosio, no se afirma con discursos filosóficos ó propios del foro, sino con la virtud de Dios que solo se encuentra en la predicacion del Evangelio; «non in forensi sermone sapientiæ.... ac philosophico.... sed Dei virtute firmatur.... in Evangelii prædicatione.» Por cierto que seria Dios bien pobre, añade el Nacianceno, si la fé fuera patrimonio esclusivo de los eruditos: muy diferente era la idea que de la elocuencia sagrada tenia el Apóstol cuando decia: «Mi predicacion no fué en palabras persuasivas de humano saber, sino en demostracion de espíritu y de virtud.»¹

Son demasiado poderosas las razones que hemos expuesto y harto respetables las autoridades que las confirman, para que nuestros jóvenes lectores huyan la tentacion de predicar sermones puramente humanos, y para que detesten ese género de elocuencia que pudiéramos llamar con Nicole ELOCUENCIA ANODINA: para asegurar el buen gusto en esta materia, quisiéramos que se ejercitáran bajo la direccion de sus maestros. Estos deben tomar varios discursos que se hayan predicado sobre una misma materia, eligiendo unos del género que acabamos de condenar y otros que sean verdaderamente evangélicos. Aclaremos mas nuestra idea. Pueden hacer leer á sus discípulos el tan decantado sermón DE LA CARIDAD predicado por el Abate Boismont con motivo de la fundacion del hospicio de Mont-Rouge: probablemente esa lectura embelesará á sus inespertos alumnos: no importa; tanto mayor y mas duradero será

1. 1. ad Corinth. II. 4.

su desengaño si á continuacion les hacen leer otros discursos cristianos sobre la caridad, como las homilias XIV. y XV. de S. Basilio, la Oracion XV. del Nacianceno, y de S. Juan Crisóstomo su homilia XXI. sobre la I. carta á los Corintios. Este estudio comparativo les hará conocer la diferencia esencial que hay entre las composiciones humanas, como la de Boismont, y las oraciones sólidamente cristianas y fervorosamente apostólicas de los santos Padres; muy depravado gusto tendria el jóven que despues de esta experiencia predicára sermones parecidos al de Mont-Rouge. ¹

Esta leccion quedaria incompleta si no hiciéramos una importante aclaracion. ¿Debe el orador cristiano rehuir toda idea filosófica ó científica? No es esto lo que afirmamos, ni lo que han dicho los santos Padres, ni lo que ellos han practicado; creemos por el contrario que este absoluto retraimiento es imposible en muchos casos y en otros malograria en parte el fruto de la predicacion. Dios es la verdad esencial, de la que son reflejo todas las verdades creadas; entre todas hay una estrecha relacion; entre el órden sensible y el intelectual hay una grande analogía, y la hay tambien muy misteriosa entre el órden de la naturaleza y el de la gracia. Lo que es el sol para el mundo material, dice el Nacianceno, es Dios para el mundo moral: fuente de toda verdad, es tambien el principio y el fin de toda filosofía. En las obras de Dios todo es unidad, órden, armonía, todo está relacionado: pero de estas relaciones las mas nobles son las que existen entre Dios y el hombre, de las cuales la religion es su expresion y conjunto. No es posible, pues,

1. Sermon predicado en Paris por el abate Boismont en 13 de marzo de 1782 con ocasion del establecimiento de una casa real para eclesiásticos y militares enfermos. Coleccion de oradores sagrados por Mr. Migne t. LXV fol. 743. Esta composicion ha recibido de algunos grandes elogios; pero la verdad es, que, como oracion sagrada, merece severa censura. Se conoce bien que su autor habia descuidado en su juventud el estudio de la sagrada Escritura y santos Padres: asi lo dicen su biógrafo Auger, y Mr. Rulhière en su discurso de recepcion en la Academia, como sucesor del mismo Boismont. Véanse en el tomo citado de Migne los fólíos 717 y 725.

al orador que medite la religion divina y la predique dejar de llevar la luz á la inteligencia del hombre y al campo de la ciencia humana; lo que importa es que asi como el sol, sin descender de su altura, envia los rayos de su luz á todos los confines de la tierra, asi tambien el orador cristiano dirija su mirada oportunamente al campo de la ciencia humana, pero sin abandonar jamas la esfera de la revelacion divina, para desempeñar su mision digna y provechosamente; por el contrario, si principia su marcha desde la tierra y no se levanta sobre su nivel; esto es, si se propone como objeto y fin primario de su predicacion cuestiones filosóficas ó materias científicas y puramente humanas, olvida y reniega la dignidad de su ministerio. Presentemos un ejemplo del caso en que la conducta del orador seria á todas luces inoportuna y sumamente damnable: y sea el de la política. Un predicador que tratase estas cuestiones desde las tenebrosas y estrechas honduras de las opiniones humanas, profanaria su ministerio excitando la indignacion de los fieles sensatos, que no presenciarian sin rubor el triste espectáculo de un orador sagrado, convertido en un declamador político. Sin embargo, el gobierno de los hombres y la ciencia de este gobierno tienen bases establecidas por Dios y leyes dictadas por el mismo: señalar á los reyes y á los pueblos estas bases inmobiles y esplicarles tan sapientísimas leyes, alguna vez es conveniente y otras necesario; asi fué que los santos Padres se ocuparon á menudo en la exposicion de la verdadera ciencia política, y esto lo hicieron no solo en tratados científico-religiosos que no destinaban para el púlpito, sino tambien predicando á los fieles desde la cátedra del Espíritu Santo; unas veces exponiendo el santo Evangelio, ó las Epístolas de San Pablo, y otras explicando los planes de la divina Providencia, ó vindicándola de las acusaciones de los infieles y de los hereges; ya consolando á sus oyentes amenazados de sufrir los castigos impuestos por la justicia humana; ora para hacer entrar en el orden á pueblos

agitados por conmociones públicas; y con otras mil ocasiones. No dudamos asegurar con este motivo y hablamos á ciencia cierta, que en los sermones, homilias y escritos de los santos Padres, y especialmente en los del Nacianceno, del Crisóstomo y de S. Agustin, se halla cuanto de verdadero y saludable se ha podido pensar y decir sobre la materia en los tiempos antiguos y modernos. Mas ¿cómo lo hicieron? digna y cristianamente; guiados por el faro luminoso de la revelacion divina, sin descender de las regiones elevadas, serenas y apacibles donde contemplaban á Dios, su santa ley, y aquella sábia y adorable providencia que alcanza de fin á fin con fortaleza, y todo lo dispone con suavidad. ¹ Repetimos el consejo que arriba hemos dado; el estudio comparado de estas hermosas y cristianas composiciones con otras puramente humanas y á todas luces reprobables, aprovechará mas á los jóvenes, que cuantas lecciones teóricas pudiéramos darles.

Mr. Dussault dice, hablando de Bossuet: «sus oraciones fúnebres no son simplemente discursos teológicos y religiosos: las mas elevadas miras de política se enlazan con las instrucciones del cristianismo y constantemente se está viendo al autor del discurso sobre la historia universal. Bossuet no solamente era un padre de la Iglesia; este título que le fué aplicado por uno de sus mas ilustres contemporáneos en pública y solemne session de la Academia francesa, no le representa por entero. Este vasto y penetrante espíritu que abrazaba toda la teoría de la religion cristiana, cuyos abismos sondeaba, habia penetrado tambien todos los misterios de la gobernacion de los estados.» ²

1. Sap. VIII. 1.

2. Mr. Dussault, copiado por el abate Marcel en su libro OBRAS MAESTRAS DE ELOCUCENCIA t. III. pag. 20. Paris 1838.—Maury dice que para servirse de las ideas de Bossuet, sin esponerse á ser tenido por plagiario, es preciso repetir sus palabras, ó citarlas con el mismo respeto con que se repiten las palabras de los santos Padres: ¡qué exageracion!.... (Discurso preliminar para servir de prefacio á la primera edicion de los sermones de Bossuet.)

Si leyéramos este pasaje en el DIARIO DE LOS DEBATES, en el que tanto ejercitó su pluma aquel literato, nos sentiríamos inclinados á disimular la ligereza con que algunas veces, apremiados por el tiempo, escriben los periodistas: pero que Dussault haya escrito esa y otras frases parecidas en la madurez de su edad y ocupado ya en mas serios y reflexivos estudios, no lo comprenderíamos, si no conociéramos la exageracion á que tan dados son los franceses. No habia sin duda leído los santos Padres, ni siquiera los pasages que de ellos copiarémos ó citarémos en la segunda parte de esta obra; pero en tal caso debió abstenerse de hacer comparaciones, no conociendo todos los extremos comparados. Lo mas notable es que en este mismo lugar recuerda EL DISCURSO SOBRE LA HISTORIA UNIVERSAL, obra escrita, como Bossuet ha dicho, con igual objeto que la CIUDAD DE DIOS de S. Agustin, y de la cual el Obispo frances ha tomado muchas ideas, citándola á menudo: pues bien; S. Agustin en su CIUDAD DE DIOS se ocupa mucho en la política cristiana. Demas de esto, el juicio de Dussault versa sobre las oraciones fúnebres, y Bossuet en muchas de ellas, de las cuales recordamos ahora la de Condé, la de la reina de Inglaterra y la de la señora La Valliere, cita para sus apreciaciones políticas lugares de S. Agustin: ¡y con todo esto el citado escritor añade exageracion á exageracion, y no se contenta con llamar á Bossuet santo Padre! ¡su entusiasmo no se satisface sino diciendo que es mas que un Santo Padre! ¿y por qué? ¡porque se ha ocupado en la política cristiana....! Perdónesenos esta digresion, si tal puede llamarse lo que sirve para vindicar la gloria de los primeros y mas grandes oradores cristianos.

¡Orador sagrado! el gran Padre de familias te ha colocado en el campo de la Iglesia para que distribuyas sus frutos y flores al pueblo cristiano: toma del árbol mismo los frutos que son sabrosos y muy sanos, y corta las flores del mismo tallo, que son frescas y muy fragantes: alimenta á los fieles con el pan sustancial de

la palabra divina. ¿Te atreverás á recoger del suelo y dar al pueblo las flores desgajadas del tallo, ó los frutos desprendidos del árbol? considera que esas flores estan marchitas y esos frutos son insípidos; que así no cumples las órdenes de Dios, eres un administrador infiel, y engañas al pueblo cristiano dándole por alimento el pan ligero y desjugado de la doctrina del hombre: ¿te propones ser elocuente? ¡Ah! si no administras la palabra de Dios jamás serás elocuente para las almas cristianas, y lo que es todavia mas lamentable, nunca podrás decir con el Apóstol: «Non enim erubescio Evangelium. No me avergüenzo de predicar el Evangelio.»¹

LECCION XIII.

De la preparacion próxima para predicar.

Los pensamientos son el alma y nérvio de la elocuencia. El Crisóstomo compara la buena elocucion que no está nutrida con sólidos pensamientos, á una espada cuya empuñadura fuese de plata y la hoja de plomo. Cuando el orador, pues, ha elegido la materia sobre que se propone predicar, su primera diligencia ha de ser estudiarla y meditarla con detencion.

En ese estudio deben evitarse dos extremos: uno el empeño del orador en leer cuanto pueda haber á las manos sobre la materia, porque se compromete en un trabajo árduo y pesado y á la vez inútil en gran parte, puesto que leerá repetidas veces unas mismas cosas: en el extremo contrario dará, si se concreta á estudiar la materia en un solo autor, por que es muy posible que sin advertirlo se amolde á las ideas y modo de ver, y hasta las formas del escritor á cuya lectura se entrega es-

1. A los Romanos c. I. 16.

clusivamente. Atendida la variedad de los casos, caracteres y circunstancias personales de los oradores no es posible, y aunque lo fuera, no seria conveniente dictar á los jóvenes un método esclusivo para sus estudios de preparacion; el genio y el talento no sufren ligaduras; necesitan, sí, direccion acertada, y en este concepto indicamos como una regla de prudencia que será modificada por circunstancias personales y del momento, un procedimiento que nos parece fundado en razon y cuya grande utilidad conocemos por propia experiencia. Consiste en que el jóven recuerde la doctrina relativa al punto de que se propone predicar, estudiándola de nuevo en el autor que le sirvió de texto en el aula, ó en cualquiera otro escritor elemental, con lo que fijará exactamente sus ideas, y asegurará su rumbo; condiciones de acierto tanto mas necesarias al orador, cuanto que si el estilo oratorio requiere una marcha libre, el ministerio exige evitar á toda costa, segun S. Gregorio, no solo el error sino hasta la mas pequeña inexactitud en la doctrina. Las obras de santo Tomás son para el predicador una mina riquísima é inagotable: estaria por demas hacer aqui el elogio de ese eminente genio, á quien, como dice el Padre Ráulica, se encuentra siempre en el camino cuando se busca la razon, en lo que es posible, de cualquiera misterio del cristianismo: ¹ ni una sola vez hemos consultado la suma teológica, sin que hayamos encontrado, no solo sana y copiosa doctrina, sino importantísimas nociones de filosofía cristiana; y muchas veces en un solo artículo ó en alguna de sus notables respuestas á los argumentos, hemos hallado el plan de un discurso y trazada toda su marcha.

El estudio que acabamos de aconsejar creemos que debe ser el primero en el órden del tiempo; pero el de la sagrada Escritura lo es por su importancia esencial para el orador cristiano, quien debe buscar en el nuevo y antiguo testamento, especialmente en los santos Evan-

1. La razon filosófica conferencia IX, p. 510. Madrid 1852.

gelios y en las Epístolas de S. Pablo, los lugares donde se contenga la doctrina que se propone explicar.

Algunas homilias, discursos ó tratados de los santos Padres relativos al asunto de la predicacion completarán la preparacion del orador, sirviéndole para comprender mejor la doctrina y para desenvolverla convenientemente.

Este método, se nos dirá, parece tan fácil como seguro: pero ¿dónde y cómo encontrar los lugares de la sagrada Escritura y de los santos Padres á propósito para predicar sobre una materia determinada? confesamos que esta dificultad es grave y casi insuperable para quien no haya hecho de antemano los estudios que, como en otras lecciones hemos indicado, son necesarios al orador: á quien tan desprovisto de ciencia quiera predicar, le acontecerá lo que sucede al que por no haber trabajado en su juventud, se encuentra mas tarde en la necesidad de mendigar; «sicut qui patrimonium non pararunt, subinde quærunt, ita in oratione, qui non satis laborarunt.»¹

Esto es tan cierto, que aun los hombres de profundos estudios, en el momento de componer un discurso, quisieran á veces consultar alguna de sus pasadas lecturas, y no les es posible hacerlo porque les falta la memoria local. San Agustin experimentó la inestabilidad de su memoria, y para remediarla solia escribir lo que no queria olvidar; «meditationes meas, ne oblivione fugiant, stilo alligo.» Nuestro Granada aconseja que se anoten por órden de materias cuantas ideas notables se adquieran con la lectura, ó con el trato de hombres sábios; «con este cuidado y diligencia, dice, poco á poco va creciendo nuestro tesoro, y al cabo de muchos años se levanta con estos acrecentamientos un monton considerable de noticias esquisitas:»² igual consejo dá S. Carlos Borromeo. Los VII libros de las CUESTIONES

1. Quint. lib. VIII. Proemio n. IV. tom. II. p. 28.

2. Lib. II. c. VII números 3 y 4. p. 75.

SOBRE EL PENTATÉUCO de S. Agustín, LAS ESTRÓMATAS DE Clemente Alejandrino, los PRINCIPIOS FILOSÓFICOS DE LA LITERATURA del Abate Batteux,¹ y el ENSAYO SOBRE LA ELOCUCIÓN DEL PÚLPITO, de Maury² son el resultado de las notas que habian ido tomando sus autores, segun su propio testimonio; y si al lado de estos ejemplos pudiéramos alegar nuestra experiencia para estimular á los jóvenes á seguir este método, diríamos que para estas lecciones nos hemos servido de los apuntes y extractos que hemos acostumbrado hacer desde nuestra juventud.

Las lecturas que hemos indicado y cualesquiera otras buenas que haya hecho el orador, habrán enriquecido su espíritu; y entonces preciso es hacerlas germinar, convirtiéndolas, digámoslo así, en propia sustancia; lo cual se consigue por la meditacion.

En todas las ciencias y materias hay ciertos puntos cardinales, algunos principios fecundos de los que fluyen, como consecuencias, un gran número de verdades: los espíritus vulgares giran al rededor de estos principios, sin atreverse á llegar á ellos; se detienen en ideas aisladas, ó en verdades subalternas y de pormenor; solo es propio de los espíritus elevados, dice Santo Tomás,³ el apoderarse de los principios y descubrir á un golpe de vista las conclusiones que encierran. Elévase, pues, el orador á los principios, fijese en ellos, méditelos profundamente y colocado á esa altura, se ofrecerán á su vista las consecuencias, comprenderá la materia en toda su extension, y su marcha será tan expedita como acertada.

La doctrina no debe ser el único objeto de su meditacion, porque se expondría á mantenerse en la esfera de abstractas especulaciones, en cuyo caso sus discurs-

1. El mismo autor en la historia de su vida t. I. p. XXIX. Madrid 1797.

2. Ensayo V. p. 6.

3. Qui enim habet intellectum elevatum, statim uno principio demonstrativo proposito ex ipso multarum conclusionum cognitionem accipit. Quod non convenit ei qui debilioris intellectus est, sed oportet quod ei singula explanentur. Pars. 1.^a q. XII. a. VIII. o.

sos carecerian del valor práctico que tan necesario es para que sus palabras lleguen al corazón de sus oyentes: estos, pues, y sus necesidades han de ser también el objeto de las meditaciones del predicador, cuyo ministerio es práctico.

Hay además, como indica S. Agustín, una razón peculiar del ministerio de la predicación, que aconseja al orador que tenga en cuenta á sus oyentes en el acto de preparar sus discursos. La religión ha enaltecido al orador cristiano; rodeado este de oyentes que le escuchan con respetuoso silencio, no ha de esperar las observaciones y réplicas que dan pábulo y empuje á la elocuencia del foro ó de la tribuna. Si el predicador ha fijado toda su atención en la doctrina, y al meditarla no ha pensado en su auditorio, es muy probable que en medio de un gran concurso se halle solo consigo mismo y caiga en la monotonía; porque no puede haber orador elocuente, dice Cicerón, sin numeroso auditorio: «Sic orator, sine multitudine audiente, eloquens esse non possit.»¹ Contémplese el predicador en la soledad de su aposento cual si estuviera rodeado de su auditorio; considere á este ser colectivo, como un solo individuo; vea, en su propio corazón, el corazón de sus oyentes, examínele, oiga sus réplicas, disuelva sus objeciones, disipe sus pretextos, triunfe de su resistencia y no cese hasta que le haya convencido y persuadido, reduciéndole al servicio de la verdad y á la práctica de la virtud.

En esta doble meditación pasaba la noche anterior al día en que había de predicar el Padre S. Bernardo: «siquidem ad præparanda fercula vestra, tota hac nocte concaluit cor meum intra me, et in meditatione mea exarsit ignis.» En una ocasión contemplaba el Crisóstomo desde su retiro la ley santa de Dios y los desórdenes de los fieles, que acudían presurosos á los juegos circenses y al teatro; «ego itaque domi sedens.... gra-

1. De Orat. lib. II. n. LXXXIII. t. II. p. 205.

viora patiebar, quam si qui tempestate jactantur: inque terram spectabam pudore sufusus»; y abrasado su corazón con este doble pensamiento prorrumpió con aquella elocuencia de fuego que caracteriza la justamente celebrada homilía que comienza: *¿HÆCCINE FERENDA? ¿HÆCCINE TOLERANDA? VOBIS ENIM IPSIS JUDICIBUS CONTRA VOS UTI VOLO.*» ¿Y que otra cosa sino el recuerdo de Dios y los pecados de su pueblo fué lo que le hizo verter aquellos raudales de lágrimas, de las que ponía por testigos á la soledad y á su habitacion? «*Nisi quis me putaret auram superfluum captare, quotidie me videres fontes lacrymarum emittere. Harum vero conscia sunt domuncula et solitudo.*»

El jóven que, sin la indispensable preparacion del estudio y de la meditacion, pretenda componer un discurso, pagará bien cara su impaciencia: en vano tomará la pluma y en vano se fatigará, buscando fuera de sí mismo lo que solo ha de proceder de su interior: si no tiene ideas ¿dónde encontrará expresiones? ¿puede haber color sin cuerpo que le reciba? ¿puede haber cuerpo vivo sin alma que le anime? ¿puede haber sombra sin objeto que la ocasione? por el contrario si su alma está poseida, no le faltarán palabras, ni se verá obligado á hablar como quien contesta á lo que le preguntan: las expresiones nacerán de los mismos pensamientos y les seguirán como la sombra al cuerpo.

S. Bernardo encierra toda la doctrina de esta leccion en un símil: la pila de una fuente, dice, no vierte agua hasta que se ha llenado; entonces derrama la que sobrea abunda y conserva cuanta le cabe: los arcaduces no hacen mas que dar paso á las aguas, pero ninguna aumentan ni conservan para sí. ¡Predicador cristiano! si carece tu alma de esa vida y movimiento que solo nace del estudio y de la meditacion ¿qué fuerza darás á tus discursos? saldrán de tus labios frios é inanimados, como pasan tranquilas las aguas por los arcaduces: procura, dice S. Bernardo, que tu alma sea como una fuente perenne, como una pila que rebose y entonces predica,

y tu palabra será elocuente porque de la abundancia del corazon habla la boca:¹ «si sapis, concham te exhibebis, et non canalem. Hic siquidem pene simul et recipit, et refundit: illa vero donec impleatur, expectat; et sic quod superabundat, sine suo damno communicat.... ergo et tu fac similiter: implere prius, et sic curato effundere.»

LECCION XIV.

De los sermonarios.

Al tratar de la lectura que puede servir de preparacion próxima para predicar, no hemos hablado de los sermonarios, porque creemos no solo que sirven para poco en aquel momento, sino que pueden ser una rémora para componer bien.

Los sermonarios que han merecido un juicio favorable de hombres de gusto, son excelentes como libros de estudio, no tanto por su doctrina, que puede recogerse con mas provecho y seguridad de las fuentes que dejamos indicadas, como porque con el estudio y análisis de las bellezas que encierran y aun de los defectos, de que rara vez se eximen las mejores composiciones, se forma el gusto del orador y aprende el camino por donde puede ir á la perfeccion, y los escollos que debe evitar. Léanse, pues, en buen hora y estúdiense estos modelos, mas no en el momento crítico de la preparacion para predicar, cuando la atencion debe reconcentrarse en la materia del discurso, porque en esos momentos toda distraccion perjudica, y este es el menor daño que ocasionaria tan inoportuna lectura.

La elocuencia es un movimiento continuo del alma: por consiguiente lo que estrecha el círculo de las ideas, le daña, y lo que embaraza la marcha del espíritu ó apaga

1. S. Mateo XII. 34.

el fuego de la imaginacion ó enfrena los arranques del corazon, la aniquila: tales son los efectos que puede producir la lectura de composiciones elocuentes, atrayendo y encadenando al jóven orador; con la circunstancia de que este peligro será tanto mas inminente, cuanto mayor sea el mérito de los modelos que lea.

Ciceron en su juventud aprendia de memoria pasages selectos, cuyas ideas procuraba reproducir libremente; pero cuando se esmeraba en servirse de los términos mas propios y de mayor adorno, tenia que repetir literalmente los temas que habia aprendido: ¡tan sojuzgado quedaba su espíritu! Esta experiencia le hizo desistir de semejantes ejercicios: sucedíale ademas que cuando se esforzaba en buscar expresiones de su mismo caudal, le parecian impropias y su trabajo le desagradaba. ¹ Si esto aconteció á Ciceron, teman los jóvenes que la lectura de composiciones escogidas en el momento de prepararse para predicar, les infunda el decaimiento de ánimo que enerva el espíritu; y mas aun teman que ese abatimiento se convierta en desesperacion conduciéndoles, como á otros, al extremo de hacerse plagiaros; en cuyo caso les será, sino absolutamente imposible, por demás difícil, predicar con elocuencia.

Suelen preguntar los jóvenes: ¿podremos acaso componer un discurso mejor que los que nos han dejado los grandes oradores? Sí, y os lo decimos con la mas íntima conviccion; si no careceis por completo de dotes oratorias podeis componer discursos mas elocuentes, no absoluta, sino relativamente, que los de esos grandes oradores. La pregunta, cuando no es un disfraz para cubrir la indolencia, es una preocupacion errónea que muchas veces ha cortado en flor las alhagüenas esperanzas, que habian hecho concebir talentos privilegiados; pero que reducidos al papel de simples copistas y pobres plagiaros, se han inutilizado y perdido para la elocuencia del púlpito.

1. De oratore l. I. n. XXXIV. t. II. p. 47.

La elocuencia no es una abstraccion; su teoría es una é invariable para todos los hombres; pero su práctica es individual. Las ideas sólidas, los sentimientos nobles, las imágenes vivas, alma y vida de un discurso, no se imponen á nuestra alma, porque son el producto de la accion enérgica y fecunda de nuestro espíritu, y aunque esa accion está sometida á leyes primordiales, dentro de ellas está, sin embargo, la independendencia con que obra, con que se abre diversos caminos y busca una expresion adecuada para manifestarse al exterior. Pretender que la lectura de una buena composicion basta no solo para excitar el movimiento de nuestra alma, lo cual no es absolutamente imposible, sino para imprimirle una direccion en la complicada labor de los fenómenos intelectuales, enteramente conforme á la marcha que siguió el espíritu del autor original; ó aspirar á que los fenómenos de nuestra alma se acomoden sin violencia á la expresion que á los suyos dió otro escritor, á una expresion en fin que se le impone de afuera, es desconocer la ciencia ideológica y la teoría de la elocuencia.

Además, en el buen efecto y resultado cumplido de un discurso influyen mucho el lugar y tiempo en que se pronuncia, la actual disposicion de los oyentes y las circunstancias personales del predicador; tales son la posicion que ocupa en la Iglesia, su talante, su voz, su ademan y tambien su edad, porque, como dicen los santos Padres, á cada edad corresponde un género distinto de elocuencia. Sobre la grande dificultad, pues, que ofrece la inflexibilidad de nuestro espíritu para sujetarse á la marcha de otro y á las formas de expresion que ha usado otro hombre, hay la incomparablemente mayor de que las circunstancias de actualidad y las personales sean idénticas en el autor y en el copista; de donde se infiere no solo la suma dificultad de que un plagiario sea elocuente, sino cuan fácil es que se haga ridículo; porque discursos que fueron elocuentísimos en los labios del Crisóstomo, podrian aparecer ridículos en los de un plagiario, colocado respecto de aquel grande

orador, en distintas circunstancias de lugar, de tiempo y de auditorio, ocupando en la Iglesia una posición menos elevada y careciendo de las dotes personales y de la aureola de gloria que circundaba al gran Patriarca de Constantinopla.

Confiamos que cuando los jóvenes principien á componer y sientan la tentación de copiar, han de oír en su interior una voz que les aparte de tan mal camino; voz que quizá no comprenderán al principio, como tampoco la comprendíamos nosotros las primeras veces que la oímos. Sucedianos en nuestra juventud que al prepararnos para predicar de un asunto determinado, recordábamos algunos discursos predicados sobre la misma materia y cuya lectura nos habia entusiasmado; los buscábamos con ansia; los leíamos con avidez; pero... quedábamos completamente defraudados: lo que antes era objeto de nuestra admiración, ahora nos desagradaba: no era á propósito.... ¡cerrábamos el libro con pena! ¡qué abatimiento! ¡cuánto tiempo perdido!... ¿Qué cambio habia sido este? los discursos eran los mismos: nuestro criterio, bueno ó malo, era el mismo ¿qué es, pues, lo que habia cambiado? entonces no lo conocíamos, pero ahora lo sabemos. Habia cambiado nuestra posición, estábamos colocados en diferente punto de vista: antes leímos aquellas composiciones no mas que por placer ó por estudio; buscábamos solo su valor absoluto, y le encontramos porque le tienen y nuestro espíritu quedaba satisfecho: ahora buscábamos un valor relativo á la situación actual de nuestro ánimo, á nuestras condiciones personales, á las de nuestros oyentes y al conjunto de las circunstancias presentes; y ese valor relativo no le encontrábamos, ni existia, porque no éramos nosotros, lo que fueron los autores de aquellas grandes composiciones, ni eran idénticas las circunstancias en que nos encontrábamos y las en que aquellos se encontraron.

Los santos Padres leían con grande interés los escritos de sus contemporáneos y predecesores; y salvas

muy pocas excepciones, como por ejemplo, un sermón de S. Gregorio Niseno sobre la caridad en el que copió algo de la oración XV. del Nacianceno, no hemos visto en cuanto hemos leído, que los santos Padres copiasen las composiciones de otros. Los grandes oradores de los tiempos modernos han estudiado los santos Padres y los han imitado, pero no los han copiado: de Bossuet y Bourdaloue, por ejemplo, puede decirse con seguridad que como oradores no han hecho más que trabajar sobre el rico fondo de las obras de los santos Padres; pero nunca, jamás copiaron: con la meditación hicieron suya la doctrina de los Doctores de la Iglesia, y suyas fueron también, aunque muchas veces imitadas, las bellísimas formas con que las revistieron: imitaron como los grandes maestros; pero copiar, no lo hicieron jamás, ni era posible que á ello se doblegasen tan pujantes y elevados ingenios. Si se nos citasen algunos hechos en contra, serán tan pocos que no alterarán la verdad de lo que en general acabamos de sentar. Y de tal manera es la inflexibilidad en esta parte de las facultades intelectuales, que los oradores acostumbrados á predicar sus propias composiciones, no pueden repetir las literalmente cuando predicán sobre la misma materia de que lo han hecho otras ocasiones: en estos casos ó consideran el asunto bajo un aspecto nuevo ó por lo menos modifican el giro de sus antiguos discursos y les dan nueva forma. Para fijar más la atención de los jóvenes sobre este particular, citaremos casos determinados. San Juan Crisóstomo trataba frecuentemente en sus homilias de la limosna y de la costumbre de jurar; pero las formas con que se expresaba eran siempre diferentes: dos veces predicó de la TRAICION DE JUDAS y otras dos de la CRUZ Y DEL BUEN LADRON; y las cuatro homilias son distintas. Conservamos de S. Agustín cuatro sermones sobre la ORACION DOMINICAL; todos ellos se diferencian entre sí y el LVIII es de un mérito muy superior á los tres restantes.

Los principios de la ciencia ideológica, la teoría del

arte de la elocuencia y la práctica de los grandes oradores cristianos antiguos y modernos, se compendian en estas palabras de Fr. Luis de Granada cuando, aconsejando al orador que predique sus propias composiciones, dice: «las cosas que son nuestras las tratamos con mas afluencia y valentia, como armas ajustadas á nuestras fuerzas y á nuestro cuerpo.»¹ San Cipriano se servia de otro símil muy expresivo: á los que le pedian que les enviase tratados compuestos sobre determinadas materias, se limitaba á enviarles una suma de pasajes de la sagrada Escritura, diciéndoles; no os envío un tratado, sino materia abundante para que vosotros le compongais. ¿Qué haria yo, decia á Fortunato, con remitirte un tratado compuesto por mí y á mi gusto? esto equivaldria á enviarte, para que te ataviases, un vestido hecho á la medida de otro hombre de diferente figura y de otra talla que la tuya. «Nam si confectam et paratam jam vestem darem, vestis esset mea, qua alius uteretur, et forsitan non pro habitudine staturæ et corporis res alteri facta minus congruens haberetur.... tunicam tibi pro voluntate conficies, et plus ut in domestica tua atque in propria veste lætaveris, et cæteris quoque ut conficere et ipsi pro arbitrio suo possint, quod misimus exhibebis.»

LECCION XV.

Del plan del discurso.

Con el estudio y la meditacion de la materia acumulará ideas el orador y brotarán de su corazon los sentimientos: al principio, tal vez, se ofrecerán estos fenómenos al espíritu tumultuariamente, segun la frase de S. Bernardo; «Quantus enim tumultus est in mente dic-

1. Lib. II. c. VII. n. 4. p. 76.

tantium, ubi multitudo perstrepat dictionum, ubi orationum varietas et diversitas sensuum concurrat.» Entonces es preciso, dice Quintiliano, ordenar los pensamientos como el artífice que pone en orden los materiales acopiados;¹ y cuando se ha encontrado lo que se ha de decir es necesario, según Cicerón, disponer el modo con que se ha de decir: «invenire quid dicas, inventa disponere.»²

Esto, que los antiguos llamaban **DISPOSICION**, lo llamamos ahora **PLAN DE UN DISCURSO**; que consiste en fijar el término á que se dirige el orador, señalando el camino que ha de seguir con regularidad. Sin esta preparacion el predicador se expone á extraviarse y extraviar la atencion de sus oyentes, marchando como quien anda en tinieblas y palpando las paredes, en expresion de Quintiliano.³

El idear el plan de un discurso suele costar mas trabajo y mas tiempo que su ejecucion; pero quien haya acertado á trazar un plan natural, sencillo y razonable habrá entrado en un camino llano y espacioso, por donde marchará rápidamente y con toda seguridad: por el contrario, el jóven que tome la pluma sin aquella preparacion, pagará cara su imprudencia, y su proceder será vacilante y desacertado.

Solo la meditacion de la materia puede inspirar al orador un plan acertado; porque no solo comprenderá los principios de donde fluyen naturalmente las consecuencias, sino que beberá en abundancia las aguas en la misma fuente y no necesitará buscarlas en los riachuelos como hacen los ingenios tardos. ¡Cuántas veces nos ha sucedido que al trabajar sobre un plan que creíamos bien meditado, las nuevas reflexiones que nos sugería la composicion, nos han descubierto un plan mas acertado que el primero!

La unidad es condicion necesaria para un buen plan

1. Lib. VII. Proemio tom. II. p. 1.
2. De orat. lib. II. n. XIX. tom. II. p. 116.
3. Lib. VII. Proemio tom. II. p. 2.

porque nuestro espíritu está sometido á esta ley ¿procede esto de la unidad de nuestro ser inteligente y de la real ó facticia con que se nos ofrecen cuantos seres nos rodean, y son objeto de nuestro conocimiento? No es ocasion de ocuparnos en dilucidar este fenómeno psicológico; pero él es constante é indudable: nada que no sea uno ó lo parezca nos agrada, dice S. Agustín, siendo por el contrario la unidad la forma de la belleza; «cum omnis porro pulchritudinis forma unitas sit:» idea luminosa que repite muchas veces el santo Doctor. Por otra parte la limitacion de nuestras fuerzas intelectuales nos impide atender á la vez á muchos y diversos objetos: marchará, pues, con pena y fatigará á sus oyentes el orador que no les conduzca por un solo y recto camino.

Deséchese con resolucion toda idea, cualquier adorno, todo episodio que no quepa naturalmente en un plan racional: abandónese decididamente todo lo que pueda romper la unidad; en un discurso, dice Fenelon, no debe haber nada, absolutamente nada que pueda ser cortado sin tocar á lo vivo:¹ ténganlo muy presente los jóvenes, quienes suelen no omitir nada de cuanto les ocurre y parece notable, como si hubiera de faltarles tiempo y ocasion de decir lo que saben: ¡púeril empeño que revela á los entendidos, cuando no la vanidad del orador, su ignorancia de las reglas mas sencillas de la elocuencia!

El discurso debe aumentar siempre en interés, en fuerza y animacion: todo lo que sea parar ó retroceder en el camino emprendido es contrario á la índole de la elocuencia, que suele compararse á un rio que siempre corre y con nuevo acrecentamiento. San Juan Crisóstomo describe con mucha propiedad la impresion desagradable que hace en el ánimo de los oyentes, el paso vacilante de un predicador que no ha preparado bien su discurso; y en otra ocasion recordaba á sus oyentes cuál se

1. Carta escrita á la Academia francesa n. IV. p. 123.

habia ido excitando la mocion en el corazon de los mismos, á medida que aumentaba en interés una homilía que les habia predicado. Al principio, les decia, permaneciais casi inmóviles: «initio quidem non admodum mihi commovebatur hic cætus;» mas cuando mi oracion fué adelantando, y la argumentacion recibió todo su desarrollo me oiais con grande placer, vuestro entusiasmo llegó á su colmo y prorrumpísteis en aplausos estrepitosos: «ubi vero longius sermo productus est, et omnes argumenti propositi partes invasit, ampliorque proseminata doctrina est, tunc nimirum ad majorem audiendi cupiditatem exarsistis ac vehementior plausus erupit.»

La tercera condicion de un buen plan consiste en que el discurso sea de una extension proporcionada: si el orador se encierra en un círculo demasiadamente estrecho, corta las alas á la elocuencia y no podrá marchar con holgura: si proyecta un plan de extension desmesurada, no solo se resentirán sus fuerzas físicas pronunciando el discurso, sino lo que es peor, fatigará la atencion de sus oyentes, quienes sentirán el tédio y fastidio como advierten S. Agustin y S. Gregorio; y bien sabido es que el orador que no agrada, falta á una de las condiciones esenciales de la elocuencia.

Sobre este particular forman contraste la conducta de S. Juan Crisóstomo y la de S. Agustin. El santo Obispo de Hipona tenia mucho cuidado de no fatigar la atencion de los fieles con largos discursos: esta teoría la enseñó en su libro DE DOCTRINA CHRISTIANA, y en el DE CATHIZANDIS RUDIBUS, y la practicó él mismo; sus sermones morales son, por lo comun, de poca extension: apesar de que en su tiempo acostumbraban los fieles, por respeto á la palabra divina, oirla en pie, aconseja á los predicadores que inviten á los oyentes para que se sienten; y en otra parte les encarga que cuando observen que los fieles comienzan á cansarse, reanimen su atencion prometiéndoles que van á dar fin á su discurso y que se apresuren á concluir, omitiendo algo de lo que se habian propuesto decirles: «et acceleranda sunt cætera,

et promittendus atque exhibendus finis propinquior.»

San Juan Crisóstomo, no obstante que en teoría conocía las ventajas de la brevedad, solía ser muy difuso y tanto, que algunas veces enronquecía predicando; los fieles criticaban su prolijidad y sus amigos le llamaron su atención sobre el particular: el santo Doctor se vindicó en varias ocasiones, exponiendo los motivos que le inducían á predicar tan prolijamente; mas es de advertir, que si su profunda instruccion, su genio fecundo, su florida imaginacion y su celo fervoroso le hacian traspasar los límites naturales de un discurso, su juicio y buen gusto le argüian y como que protestaban contra su difusion: de aqui las salvedades con que frecuentemente excusaba su prolijidad y procuraba avivar la remisa atención de sus oyentes. Si este grande orador, cuya elocuencia le mereció el epíteto de Crisóstomo ó BOCA DE ORO, el mas aplaudido quizá de cuantos hubo en los siglos cristianos, cuya facundia embelesaba á sus oyentes, no pudo evitar, ni el fastidio de su auditorio, ni la censura de sus amigos, ¿qué podrán esperar los jóvenes que reciten prolijas y muy difusas composiciones?

Aqui es oportuno decir lo necesario sobre el texto. Era costumbre entre los judios apoyar las instrucciones que se daban al pueblo fiel en las solemnidades religiosas, en algun pasage de los Profetas que se leia al intento. Jesucristo se atuvo á esta costumbre; ¹ siguiéronla los Apóstoles, ² y los santos Padres antes de predicar leian por sí mismos, ó lo hacia uno de los Lectores, el lugar de la Sagrada Escritura, que se proponian explicar; S. Agustin solía predicando leer el texto sagrado que tenia en las manos. Esta práctica ha llegado hasta nuestros dias: los Obispos antes de predicar leen algunas veces parte del Evangelio de la Misa del dia, y de aqui ha nacido el uso de que el predicador recite siempre algun

1. S. Luc. c. IV. v. 15 y siguientes.

2. Hechos Apostólicos c. XIII. v. 15 y siguientes.

texto, que por lo comun se toma de los libros sagrados.

Preciso es confesar que esta costumbre ha perdido para muchos su verdadera significacion, porque unas veces toman, como á la ventura, un texto inconexo con el discurso que van á predicar, y otras procuran amoldar el texto al discurso con mas ingenio que naturalidad: entre estos dos extremos el mas tolerable es el primero; mas la perfeccion consiste en que el texto sea tal, que contenga, por lo menos, la idea general y dominante en el discurso.

No parece á muchos cosa fácil el encontrar textos oportunos: pero esta dificultad procede, en nuestro juicio, de que invertimos el órden natural de la predicacion; nos fijamos *á priori* en una materia y para explicarla recurrimos á la Sagrada Escritura y quizá, hablando con mas propiedad, rebuscamos lugares de los libros sagrados; cuando lo que debiéramos hacer es estudiar la sagrada Escritura, fijarnos en alguno de sus pasages y explicarle al pueblo, sirviéndonos al efecto de nuestras propias facultades y de los recursos del arte; en cuyo caso es indudable que los textos serian y no podrian menos de ser oportunos.

Este era el método de los santos Padres quienes deducian de las palabras de los libros santos sus sólidas y admirables instrucciones. La palabra divina, dice S. Juan Crisóstomo, es como el incienso; siempre despide buen olor, pero si cae sobre las ascuas difunde su aroma á larga distancia; asi tambien la sagrada Escritura, con el fuego de la meditacion se desarrolla y manifiesta toda su riqueza; ni una sola palabra hay en los libros santos que carezca de profundo sentido y de grande enseñanza. Conocíalo así por experiencia: profundamente versado en la ciencia de las divinas Escrituras es, entre los oradores cristianos, quien las ha expuesto con mayor solidez y elocuencia: de estas palabras *VINO MODICO UTERE—SALUTATE PRISCILLAM ET AQUILAM—ACTA APOSTOLORUM* y otras parecidas, que solemos leer mil veces sin que digan nada á nuestro espíritu distrai-

do, ha deducido, con verdad y naturalidad, algunas de sus mas sólidas y elocuentes instrucciones. ¡Tan cierto es que al orador cristiano que estudie y medite los libros sagrados, no le faltarán textos oportunos y temas fecundos para sus composiciones!

¡Jóvenes oradores! asegurad el proceder de vuestro espíritu en un plan que tenga unidad, progresion y dimensiones moderadas: aspirad á que vuestro plan esté delineado en algun pasage de la sagrada Escritura, y estad seguros que vuestra labor está hecha casi por entero; marcharéis sin peligro de extravío y conduciréis á vuestros oyentes con suavidad y sin fatigarlos. San Hilario decia al exponer el plan de sus LIBROS DE LA TRINIDAD, «Nihil.... incompositum, indigestumque placuit afferre.... quia nullus per prærupta conscensus est, nisi substratis paulatim gradibus feratur gressus ad summa; nos quoque quædam gradiendi initia ordinantes, arduum hoc intelligentiæ iter clivo quasi molliore lenivimus, non jam gradibus incisum, sed planitie subrepente devexum, ut propè sine scandentium sensu, euntium proficeret conscensus.»

LECCION XVI.

Del exordio y de la refutacion.

Llegado el caso de ejecutar el plan ya concebido, la razon misma indica al orador, dice S. Agustin, todas sus operaciones; tales son, captarse la atencion, benevolencia y docilidad de los oyentes; que les proponga el asunto de que va á hablarles; que pruebe la verdad de lo que asienta, y que excite en el ánimo de sus oyentes los sentimientos de afecto ó de aversion, segun lo exija el asunto; cuyas operaciones constituyen las cuatro partes del discurso, que se llaman EXORDIO, PROPOSICION,

CONFIRMACION Y PERORACION. LA NARRACION Y CONFUTACION Ó REFUTACION, que algunos enumeran entre las partes del discurso, no lo son sino integrantes ora del exordio, ora de la proposicion ó acaso de la confirmacion.

El fin que el orador ha de proponerse en el exordio es hacer á los oyentes benévolos, atentos y dóciles; «reddere auditores benevolos, attentos, dociles.»¹ Observan los santos Padres que hay ocasiones en que las circunstancias por sí solas excitan la benevolencia, la atencion y la docilidad de los oyentes: en tales casos el orador puede prescindir de todo exordio; mas cuando haga uso de él, debe ser modesto, sencillo, correcto, tranquilo, y como nacido de la materia misma sobre que versa el discurso.

La arrogancia del orador desagrada á los oyentes y aleja sus ánimos; por el contrario, la modestia los atrae y cautiva: considerada esta virtud como reguladora de nuestros actos exteriores, nace de la moderacion del ánimo y es á la templanza del alma, dice S. Ambrosio, como el buen color á un cuerpo sano, ó lo que es la flor en una planta; es, añade, el ornamento de nuestra vida; «quæ totius vitæ ornatum attolit.» Observa S. Juan Crisóstomo que nadie tuvo tantas ocasiones, y quizá pudiera decirse tanta necesidad, de mostrarse arrogante como el Apóstol S. Pablo, y que nadie, sin embargo, fué tan modesto como él; complaciéndose en hacer resaltar la modestia del grande Apóstol, en sus muchas homilías sobre las cartas del mismo.

Al principiar el orador su discurso debe suponer á su auditorio, sino distraido, ignorante por lo menos, de cual sea el asunto de que le va á predicar: preciso es, pues, para excitar su atencion y concentrarla en la materia, conducirle con suavidad, hablándole con sencillez; «ut verecunda principia commendent processum.» S. Ambrosio.

1. Ciceron, de inventione. l. I. n. XV. tom. I. p. 18.—Oratoria partitiones n. VIII. t. I. p. 408.—De orat. l. II. n. XIX. t. II. p. 116.

Mas no se confunda la sencillez con el desaliño: este desagrada, é impediria al orador atraerse la atencion y captarse la benevolencia de sus oyentes. El exordio á la vez que sencillo debe ser correcto, evitando asi la afectacion como la negligencia: el orador, en opinion de S. Ambrosio, ha de expresarse «non affecta elegantia, sed non intermissa gratia,» lo cual es exactamente aquella negligencia diligente de que habla S. Agustin: «hæc tamen sic detrahit ornatum, ut sordes non contrahat.»

Maury, Marcel y el Dr. Audisio¹ elogian como muy oportuno para fijar la atencion del auditorio, aquel pasage de Bossuet en el exordio de la oracion fúnebre de la duquesa de Orleans. «Quiero llorar én una sola desgracia todas las calamidades del género humano, y hacer ver en una sola muerte, la muerte y la nada de todas las grandezas humanas.» Esto es sublime; pero mucho nos equivocamos, si no es una exacta imitacion de la primera cláusula del elogio fúnebre de Blesilla escrito por S. Gerónimo; asi como creemos que el principio de la misma oracion fúnebre de la duquesa está tomado del de el elogio de S. Basilio, predicado por el Nacianceno: tambien L'Harpe² admira los dos pasages del orador francés, pero nadie recuerda los de S. Gerónimo y el Nacianceno.

La naturaleza procede por grados en sus operaciones; nada hace violentamente y sería por lo mismo desacertado, pretender excitar grandes afectos en los oyentes antes de prepararlos; y aun cuando se consiguiera, es peligroso aspirar á tanto en el principio de un discurso, porque es muy difícil que se mantengan durante él á igual altura asi el orador como los oyentes; y desde el momento en que afloje la tension de los ánimos y se debiliten los sentimientos la elocuencia es imposible: por esta causa, el exordio debe ser tranquilo. San

1. Maury, ensayo X. p. 14.—Marcel. t. III. p. 76.—Audisio lecc. VII. t. I. p. 96.

2. De la oracion fúnebre; (curso de literatura.)

Agustin empieza sus sermones exponiendo tranquilamente el lugar de la sagrada Escritura que va á explicar ó, cuando mas, hace dos ó tres sencillas reflexiones antes de entrar en esa exposicion. San Juan Crisóstomo, no obstante la vehemencia de su carácter, comienza sus discursos con alguna comparacion tomada de objetos muy conocidos de sus oyentes; como son la agricultura, las nociones mas comunes de medicina y las costumbres de la vida doméstica: en algunas ocasiones les dá cuenta de las enfermedades ó graves ocupaciones que le han privado del placer de predicarles en los dias acostumbrados; y muy á menudo recuerda la materia sobre que habian versado sus últimos discursos.

Este modo de comenzar tranquilo y apacible es el proceder natural y ordinario del hombre; sin embargo hállase alguna vez tan poseido de una idea, tan dominado de un sentimiento, que omite lo que, juzgando del estado de los ánimos de sus oyentes por el suyo propio, supone que está en el espíritu de aquellos. David comenzó uno de sus salmos, «los cimientos de ella en los montes santos»¹ y observa S. Agustin que encendido en el amor y deseo de aquella santa ciudad, objeto de sus continuas meditaciones, prorrumpe hablando de los fundamentos, sin hacer mencion de la ciudad que descansa sobre ellos. La Magdalena empieza diciendo; «Señor, si tú le has llevado de aqui, dime en donde le has puesto y yo le llevaré»² la fuerza del amor, dice sobre este lugar S. Gregorio Magno, hace creer que el objeto en que se piensa, es conocido de todos.

Conmovidó otras veces el orador por un acontecimiento inesperado, por la gravedad ó importancia del asunto, ó por cualquiera otra circunstancia que por sí misma excita los afectos propios y los del auditorio, se abandona desde el principio á movimientos vehementes y á los sentimientos mas patéticos; de estos exordios

1. Salmo LXXXVI. v. 1.—2. Joann. XX. v. 15.

que se llaman EX ABRUPTO, encontramos ejemplos inimitables en los discursos de S. Basilio, del Nacienceno y muy particularmente en los de S. Juan Crisóstomo, superior en estos valerosos arranques al mismo Ciceron en su primera Catilinaria; y lo mas admirable es, que en tales circunstancias aquellos grandes oradores se mantuvieron vigorosamente hasta el fin en la misma altura á que se remontaron desde el principio; sin embargo, entiéndan los jóvenes que esto es dado á muy pocos y que tales egemplos son mas para admirados que para imitados.

Se halla en muchos tratados modernos de elocuencia sagrada el exordio con que dicen principió su predicacion en S. Sulpicio el P. Bridaine en 1753: Maury le elogia con toda la exageracion propia de su ardiente imaginacion; quizá no es indigno, dice, de Bossuet ó de Demóstenes: ¹ al mismo tiempo otro crítico mas práctico y juicioso, censura el tal exordio severísima pero muy razonadamente: le cree indigno del P. Bridaine, y no duda asegurar no solo que jamás salió de los labios del célebre Misionero, sino que es una composicion debida á la imaginacion exaltada del citado Maury. ² ¡Tan difícil es, entendedlo bien jóvenes oradores, el acertar en este genero! Si alguna vez os sentis inclinados á esos movimientos aventurados, temed no sea que caigais en el ridículo que con tan vivos colores describe Ciceron: «Si is non præparatis auribus inflammare rem cœpit, furere apud sanos, et quasi inter sobrios bacchari vinolentus videtur. ³

El exordio debe tener relacion íntima con la materia del discurso: toda idea que no conduce directamente al asunto, sobre inoportuna es perjudicial, porque en vez de fijar bien la atencion del auditorio, la extravia llevándola á otro punto distinto de aquel á donde es

1. Ensayo XX. p. 40.

2. Tratado de la predicacion por un superior de seminario. L. II. part. II. c. I. §. 2. p. 450. Paris 1846.

3. Cic. Orat. n. XXXVIII. t. I. p. 309.

necesario conducirla: segun Ciceron, debe nacer de la misma causa; «sed penitus ex ea causa, quæ tum agatur, effloruisse» y es lo último que el orador ha de preparar; si alguna vez, dice, quiero empezar á componer por esta parte del discurso, nada me ocurre que no sea vago, débil ó trivial: «nullum mihi occurrit, nisi aut exile, aut nugatorium, aut vulgare atque commune.»¹ Esta práctica se la aconsejó al orador romano, su clara razon, y una equivocacion, que el mismo nos refiere, y que debió mortificar su amor propio: cuando era jóven tenia preparados de antemano exordios aplicables á diversos asuntos, y acomodó al LIBRO DE LA GLORIA que remitió á Ático, un exordio que habia colocado ya en el libro tercero de los ACADÉMICOS.²

Interpretan muy mal esta regla aquellos oradores que en el exordio entran casi de lleno en la materia, anticipando razones que deben reservar para la confirmacion y haciendo casi un primer discurso que despues repiten y amplian; semejante conducta, roba su novedad á los argumentos y los debilita: no es raro, sin embargo, oir á algunos predicadores introducciones de tan mala especie.

El orador cree á veces conveniente empezar por alguna explicacion inconexa con el asunto del sermon, pero que por circunstancias particulares la gradúa de oportuna. San Juan Crisóstomo era muy dado á estos proemios: los hacemos, decia, para instruccion de aquellos que envueltos en los negocios del siglo, apenas vienen á oirnos una vez por semana; en otras ocasiones para elogiar la devocion de los que asiduamente concurren á oir la palabra de Dios y en otras para reprender la incuria de los que vienen de tarde en tarde: acontecenos tambien no poder acabar un asunto en uno, dos, ni tres dias, y en el segundo comenzamos por donde habíamos concluido el dia anterior, á fin de que nuestras

1. De orat. l. II. n. LXXX. t. II. p. 200.—n. LXXVIII. p. 199. n. LXXVII. p. 198.

2. Cic. Attico. l. XVI epist. VI. t. IX. p. 331.

instrucciones esten enlazadas: «*ut ita finis cum principio cohærens clariorem auditori narrationem reddat, ne sine ulla serie posita oratio obscurior evadat.*» Esta última razon nos parece la mas plausible y el método muy racional para aquellos oradores que, como los santos Padres, predicán frecuentemente á un mismo auditorio: así vemos que S. Agustin que no solia ser difuso, usaba frecuentemente de proemios, aunque breves y oportunos. Interesa, sin embargo, evitar en lo posible esas introducciones, cuyo menor inconveniente quizá es la prolijidad en que empeñan al orador: de todos modos estos proemios se diferencian del exordio en que este comienza allí donde principia á divisarse el asunto sobre que se va á predicar.

Cuando se cree que hay en el auditorio graves preocupaciones respecto del orador, ó de la materia, conviene disiparlas con maestria en el exordio, el cual se llama entonces de INSINUACION. Observa S. Juan Crisóstomo que S. Pablo ponía su nombre al principio de todas sus cartas; mas le omitió en la que escribió á los Hebreos, porque siendo muy odioso para ellos, los hubiera prevenido desfavorablemente si hubiera comenzado nombrándose á sí mismo. El mismo S. Pablo comenzó su discurso á los Atenieses descifrando la inscripcion IGNOTO DEO que se leía en uno de sus altares; y partiendo de aquí les enseñó la doctrina sublime del Dios verdadero; doctrina que anunciada desde luego y sin precaucion alguna, hubiera sublevado aquel auditorio idólatra: S. Juan Crisóstomo admira y comenta con entusiasmo la precaucion del grande Apóstol: ¡O miraculum! ¡o paterna viscera! ¿vides Pauli sapientiam? ¿vides prudentiam? etc.... Cuando S. Basilio y S. Juan Crisóstomo conocian que sus celosas increpaciones habian exacerbado el ánimo de algun oyente procuraban calmarlos en la primera ocasion oportuna, con cuyo motivo nos han dejado exordios admirables por la delicadeza de la expresion y por el profundo conocimiento que suponen del corazon humano. San Gregorio Nacian-

ceno hizo el elogio fúnebre de su padre y de su hermano Cesáreo: y al hacer el de su hermana Gorgonia debió de temer que chocasen á su auditorio estas alabanzas domésticas: así es que comenzó disipando esta prevención y lo hizo con gran destreza.

Los santos Padres daban principio otras veces á sus discursos presentando objeciones que al parecer se complacian en esforzar, pero que al disolverlas desarrollaban y llenaban su oracion: esto es lo que S. Basilio llamaba preocupar los argumentos de los adversarios; »quæ nobis ab adversariis objiciuntur præoccupare necesse est.» Este método tiene la gran ventaja de avivar la curiosidad y excitar justamente la atención del auditorio; mas es preciso usarlo como aquellos grandes oradores, cuya nerviosa argumentacion hacia brillar la verdad tanto mas clara cuanto habia sido mas impugnada, á la manera que el sol ostenta mayor resplandor cuando ahuyenta las nubes y ha disipado las tinieblas.

Parécenos que las principales reglas á que el orador debe ajustar la preparacion del exordio, se encierran en un consejo de S. Ambrosio, que aunque igualmente aplicable á todas las partes del discurso, lo es con especialidad á la que ha de hacer á los oyentes atentos, benévulos y dóciles. «Oratio sit pura, simplex, dilucida, atque manifesta; plena gravitatis et ponderis; non affectata elegantia, sed non intermissa gratia.»

LECCION XVII.

De la proposicion y de la narracion.

Ciceron compara el exordio á las avenidas de un palacio, ó al vestibulo de un templo; ¹ y en el mismo sen-

1. De Orat. l. II. n. LXXIX. t. II. pág. 199.

tido podemos decir, que la proposicion es la puerta de entrada para el discurso. Las ideas dominantes en el exordio deben terminar, como líneas convergentes, en la proposicion; esta ha de nacer espontáneamente de aquel y formar su resúmen claro y sencillo; con este fin observa Quintiliano¹ que alguna vez se omite la proposicion porque en el exordio ó narracion va suficientemente declarado el objeto del discurso, y esta misma correspondencia ha de existir entre la proposicion y el discurso, pues como dice Granada, es la que brevemente comprende el estado y suma de toda la causa,² y Quintiliano añade, «mihi autem propositio videtur omnis confirmationis initium,»³ todo lo cual ha expresado Fennel en esta cláusula «el discurso es la proposicion explanada; la proposicion es el compendio del discurso.»⁴

Asi, pues, mal podrá formular una proposicion que sea principio y punto culminante de donde se irradie la luz por todo el discurso el orador que no haya estudiado la materia bajo todos sus aspectos, y la haya examinado en todas sus relaciones, porque solo de este modo podrá encontrarse aquel «simplex dumtaxat et unum» que exigia Horacio.⁵

La proposicion debe tener propiedades lógicas y oratorias; de las cuales las primeras han debido aprenderse en los estudios elementales de filosofia: las oratorias consisten en que la proposicion sea clara, esto es, expresada en términos sencillos y naturales, sin figuras ni tropos; que sea interesante, ó adecuada para excitar la atencion de los oyentes; y que sea breve para que los fieles puedan comprenderla bien y retenerla con facilidad en la memoria: estas reglas son por sí tan perceptibles que no necesitan explicacion alguna.

Hay otra condicion necesaria no solo á esta, sino á

1. L. IV. c. IV. t. I. pág. 247.—2. L. IV. c. I. §. III. pág. 239.
3. L. IV. c. IV. t. I. pag. 247.
4. Carta á la Academia francesa sobre la elocuencia etc. n. IV. pág. 122.
5. De Arte Poet. v. 23.

todas las partes del discurso, y por lo mismo hablaremos aqui de ella con detenimiento para evitar repeticiones en lo sucesivo. Esta condicion es la exactitud; y decimos exactitud y no verdad, porque no debemos detenernos en la mera posibilidad de que el predicador caiga en el sacrilego extremo de enseñar el error á sabiendas; ¡cuántas veces, sin embargo, recordando en nuestra soledad, decia S. Agustin, lo que hemos predicado al pueblo encontramos que, por la debilidad de nuestra naturaleza, hemos dicho algo de reprehensible; é ignoramos el sentido en que lo habrán tomado los fieles! y si nos anima la caridad, nuestro dolor es tanto mayor, cuanto mayor era el placer con que nos escuchaban. Estos temores de parte de tan esclarecido Doctor, deben hacer vigilantes á los jóvenes no sea que por falta de atencion caigan en peligrosas exageraciones, á que les puede conducir el mismo celo, cuando no va acompañado de instruccion y de prudencia: oigan sinó la interesante anécdota que desde el púlpito refirió el Crisóstomo, otra que cuenta S. Agustin, y un pasaje de un sermón suyo.

Narra el primero en una de sus homilias, que habia presenciado una disputa entre un católico y un pagano sobre quién habia sido mas ilustrado, S. Pablo ó Platon: empeñábase el católico con mucha simplicidad, en dar la preferencia á S. Pablo, sosteniendo con calor que habia sido *PLATONE DOCTIOREM ET DISSERTIOREM*; sin advertir, añade, que tratándose de ciencias humanas daba ocasion al pagano para redargüir que el Apóstol habia convertido á los discípulos de Platon con las armas de la elocuencia y humano saber, y no con la gracia divina y virtud del Espíritu Santo. Cuenta S. Agustin que habiendo tenido un católico la distraccion de decir que las moscas eran obra del diablo, un maniqueo le envolvió haciéndole confesar que tampoco el hombre habia sido criado por Dios. En uno de sus sermones se lamentaba S. Agustin, de que algunos para recomendar una profesion ó estado exageran cuanto en él hay de bueno, ocultando lo que tiene de peligroso, y cuando quieren

apartar de él á uno ocultan lo bueno y ponderan lo que tiene de arriesgado: lamentable inexactitud que, como dice el Santo, induce á muchos en error para fijar una eleccion de tamaña trascendencia; «*hinc autem falluntur homines ut vel non suscipiant meliorem vitam, vel temere aggrediantur.*»

Estas observaciones de varones tan prácticos y venerandos deben advertir á los jóvenes con cuánta facilidad puede deslizarse el celo, si no le dirige una instruccion sólida y una prudente discrecion.

Demas de esto, ni la ciencia profunda, ni la consumada prudencia excusan al orador de prevenirse contra el peligro de la exageracion; riesgo á que expone la índole misma de la elocuencia; pues el doctor que oyendo en una academia solo las indicaciones de una razon fria y serena, se expresaría con toda exactitud, podria extrañarse por el movimiento que imprimieran en su espíritu los vehementes afectos que agitan el alma del orador: por esta causa dijo S. Gregorio Magno; «*Dum ad increpationem se mens Doctoris exasperat, difficile valde est, ut non aliquando, et ad aliquid quod dicere non debet erumpat.*»

De aquí aquellos discretos consejos que el mismo San Gregorio escribió para los predicadores, en la tercera parte de su libro de oro, *REGULA PASTORALIS*: de aquí la humilde desconfianza, y santo temor con que predicaba S. Agustin, haciéndole pedir á sus oyentes que rogasen por él al Padre de las luces: «*Orate ergo pro nobis, fratres, ut et quod videndum est bene videamus, et quod dicendum est, bene dicamus.*» Si, pues, en la índole misma de la elocuencia está el peligro, y el celo puede arrebatarnos fuera del camino recto, ¿cómo podremos mantenernos sin caer en terreno tan resbaladizo? con el estudio y con la oracion, dicen S. Agustin y S. Gregorio. Hacedlo así, jóvenes oradores, para que vuestras palabras sean todas palabras de verdad y para que la proposicion que querais desenvolver, sea juntamente la que derame luz por todo el discurso y rigurosamente exacta.

Hemos dicho que la proposicion no es necesaria, cuando se ha declarado suficientemente el objeto del discurso en el oxordio ó en la narracion. Esta no tiene lugar determinado en el discurso; mas cuando se use de ella sea en el exordio, ó inmediatamente despues de la proposicion ó en la confirmacion, segun los casos, debe ser conducida de tal manera que ilustre el discurso y predisponga favorablemente el ánimo de los oyentes para convencerlos y persuadirlos; debe ser por lo tanto clara, breve y probable, esto es, que corresponda á la naturaleza y propiedades del objeto: segun S. Isidoro, «narrandum est ita, ut breviter atque aperte loquamur.» Son interesantísimas por su claridad, brevedad y naturalidad las narraciones de la vuelta de Tobias á la casa paterna,¹ y la de Pedro á la casa de Maria, madre de Juan, en la noche en que el Ángel le sacó de la cárcel.² Sobresalen en este género S. Atanasio y el Nacianceno, quien, por egemplo, en su oracion IN LAUDEM MAGNI BASILII, nos ha dejado narraciones admirables.

No se crea que la narracion versa siempre sobre hechos, en cuyo caso se llama HISTÓRICA: alguna vez se dice narracion la aclaracion de la doctrina con el objeto de fijar su sentido y conciliar la atencion de los oyentes; y en este caso recibe el nombre de DOCTRINAL. Los santos Padres han sobresalido en uno y otro género; su predicacion versaba sobre las verdades de la religion, la que, segun observa S. Basilio, se enseña en gran parte con la historia: pues, como dice tambien Fenelon, todo en ella es tradicion, todo historia y antigüedad.³ Exponiendo el Génesis, los Salmos, los Profetas, y otros libros santos, gran parte de su predicacion debió consistir en narraciones unas veces doctrinales y otras históricas: comenzaban explicando los pasages del texto sagrado donde se contenia la doctrina y la exornaban con narraciones de una ó de otra especie; asi excitaban la atencion de los fieles y la fijaban en

1. C. XI.—2. Act. c. XII.—3. Dial. II. sobre la elocuencia, pág. 50.

el objeto de sus discursos y por esta causa, según indicaba Quintiliano, no siempre cuidaban de anunciar proposición determinada.

Dos medios, pues, tiene á su disposición el orador: ó llamar la atención de sus oyentes, de manera que no se equivoquen sobre el objeto en que va á ocuparse, valiéndose al efecto ó de un exordio oportuno ó de narraciones interesantes; ó señalar con precisión la doctrina que va á predicar compendiándola en una proposición clara, breve, y sobre todo exacta en la doctrina. San Agustín decía á sus oyentes: «fratres, primitus intendite quæstionem et sic ordine expectate solutionem. Nam qui non videt quæstionem quæ proponitur, quò modo intelligit quod exponitur?»

LECCION XVIII.

De la división del discurso.

La proposición es simple ó compuesta, pero en ambos casos se puede dividir el discurso, especialmente en el segundo: la división ó partición, como la llaman los antiguos, es, en opinión de Fr. Luis de Granada, una breve relación ó enumeración de las partes de la oración con la cual se muestra el orden que se ha de guardar en el discurso.¹

Para proceder con acierto en el exámen y solución de las cuestiones promovidas sobre la conveniencia de dividir un discurso, y las condiciones con que deba hacerse la división, conviene reflexionar sobre un hecho psicológico. Son pocas las verdades que intuitivamente conoce el hombre en toda su extensión; necesita estudiarlas y analizarlas; pues santo Tomás ha dicho, «intellectus noster intelligit discurrendo, et componendo,

1. L. IV. c. I. §. III. pag. 239.

et dividendo, ex hoc scilicet, quod non statim in prima apprehensione alicujus primi apprehensi potest inspicere quod in eo virtute continetur. Quod contingit ex debilitate luminis intellectualis in nobis.» El orador, pues, necesita en unos casos, y en otros le será muy conveniente, clasificar y dividir los objetos ya para conocerlos bien, ya para que los perciban sus oyentes. Ciceron¹ y Quintiliano² afirman que la division dá luz y esplendor al discurso; y el segundo añade que la naturaleza misma aconseja las divisiones, guiando al orador para que las haga con acierto; y el maestro clásico de elocuencia sagrada S. Agustin observa que la ciencia de dividir y partir no ha sido inventada por los hombres, sino que está fundada en la naturaleza misma de las cosas. «Scientia.... dividendi atque partiendi.... neque ab hominibus instituta sed in rerum ratione comperta.»

No puede, pues, asentarse, como tésis general, ni la necesidad de dividir todos los discursos, ni que las divisiones perjudiquen á la elocuencia. La decision ha de ser tan varia como los casos; la única regla general que puede establecerse es que, siendo la division un auxilio para las operaciones del entendimiento, será mas conveniente en los discursos cuyo fin principal es la instruccion de los oyentes, que en los de naturaleza esencialmente afectiva ó encaminados á la mocion de afectos aunque indirectamente tambien instruyan: apelamos con confianza al testimonio de los que acostumbran componer sermones: la experiencia les habrá hecho conocer la exactitud de la doctrina que dejamos asentada. Pero no siempre que sea conveniente dividir, hay necesidad de anunciar la division; á veces es útil disimularla, ya para ocultar el arte, ya porque los puntos que han de anunciarse podrian sorprender ó desagradar al auditorio proponiéndolos sin preparacion alguna. Por la primera razon, sin duda, S. Basilio que dividió en dos partes su

1. De Invent. l. I. n. XXII. t. I. pag. 28.

2. L. IV. cc. I. y II. t. I. pp. 249 y 254.

preciosa homilía *ADVERSUS EOS QUI IRASCUNTUR* DO anunció la division: habló contra la cólera y muy naturalmente pasó, en la segunda parte, á explicar la ira santa desde aquellas palabras... «*Nam animi nostri ira idonea est et utilis ad multa virtutis opera*» etc.

Varias son las reglas de lógica que deben observarse en las divisiones; pero solo hablaremos de las que tienen aplicacion especial á la oratoria, y son estas tres: que la division sea clara, breve y no quebrante la unidad, ni se confundan los géneros en las partes del discurso. Sirviendo la division para derramar luz en el discurso facilitando y asegurando el resultado para el orador, y para su auditorio, nada seria mas inconveniente que una division, cuyos términos no fuesen tan claros, que todos pudieran comprenderla y retenerla en la memoria.

Por la misma razon ha de ser breve, esto es, que conste de dos ó á lo mas tres extremos, pues mayor número, en vez de fijarla, embarazaria la atencion de los oyentes; y el orador no podria tratar la materia con profundidad, sin extenderse mas de lo que consienten los límites naturales de un discurso pronunciado.

La última regla y que con mas interés recomienda Fr. Luis de Granada¹ y todos los maestros del arte, consiste en que las diversas partes de un discurso no quebranten su unidad, y al mismo tiempo que esten bien deslindadas entre sí, no se confundan unas con otras. Sin unidad no hay oracion elocuente y si las partes de un discurso se mezclan unas con otras, no hay movimiento oratorio; el oyente, á quien en una parte se le repite lo que ya se le dijo en otra, se disgusta con este retroceso y pierde la atencion. El orador, pues, debe considerar la materia en complejo; la ha de descomponer en aquellas partes cuya division natural está contenida en la misma materia, y despues de esta descomposicion, ha de componer sin perder de vista la unidad; en

1. L. IV. c. I. §. III. pag. 210.

una palabra, ha de bajar desde la unidad á la division, y con los extremos en que ha dividido la materia, ha de recomponer la unidad, que es el *COMPONENDO* y *DIVIDENDO* de santo Tomás. Así, las divisiones mas perfectas son aquellas cuyas partes van creciendo en interés, porque su primer extremo es una preparacion para el segundo, y este una confirmacion del primero. Este perfecto órden guardó S. Basilio en su homilia *QUOD DEUS NON EST AUCTOR MALORUM* la cual dividió en estos términos. Nada nos acontece que no sea por la voluntad de Dios; nada de lo que nos acontece es un mal verdadero; todo lo que nos acontece es lo mejor que nos puede suceder. Plan fecundo que facilitó al santo Doctor un desarrollo siempre progresivo en fuerza y en interés. San Juan Crisóstomo en el elogio de S. Ignacio le presenta como Obispo, como Obispo apostólico y como Obispo apostólico y martir. San Agustin conservó perfectamente la unidad en esta trina division. Hay un amor humano que es lícito; un amor humano que es ilícito y un amor divino que es perfecto.

El olvido de estas reglas y el abuso de multiplicar excesivamente las partes del discurso, fué sin duda lo que, respecto de la elocuencia sagrada, hizo renacer en el siglo XVII la cuestion agitada entre los antiguos respecto de la profana, sobre si el método de dividir es útil ó perjudicial. Fleury y Fenelon, en los tiempos modernos, han renovado esta discusion condenando las divisiones. Fleury dice en su discurso sobre la predicacion: «Las divisiones parece nos han venido de los escolásticos, acostumbrados al *DICO PRIMO; PROBO PRIMO*. Se dice que las divisiones ayudan á la memoria; á la del predicador, enhorabuena; pero respecto al oyente por lo comun no hacen mas que embrollarle, si no es hombre de estudios y de talento: ademas las divisiones no siempre ayudan á la memoria.... cortan desagradablemente el sermon en dos ó tres discursos, de los cuales cada uno tiene su exordio, y proposicion, su confirmacion y peroracion. Descubren groseramente el artificio del orador,

quien despues de haberse acalorado al concluir la primera parte, se sosiega de repente, enjuga el sudor y se sienta para comenzar muy tranquilamente la segunda parte: sería mucho mejor no hablar tanto tiempo, para no tener necesidad de descanso.¹ Censura tan severa no debió de llamar mucho la atencion de los hombres de letras, pues no recordamos que haga mencion de ella ninguno de los escritores de oratoria sagrada que hemos leído.

Mas efecto hicieron indudablemente las palabras de Fenelon en su diálogo II sobre la elocuencia. «Las divisiones no dán ordinariamente al discurso mas que un órden aparente, le quitan el vigor y embarazan su marcha; le cortan en dos ó tres partes interrumpiendo la accion del orador; con ellas no hay unidad verdadera; ni hay mas que dos ó tres discursos diferentes y arbitrariamente enlazados.... Los Padres de la Iglesia no conocieron el método de las divisiones. San Bernardo, el último de ellos, indica con frecuencia una division; pero no se atiene á ella y en sus sermones realmente no hay particion: despues y por mucho tiempo los sermones no se dividian, pues esta es una invencion muy moderna, que la hemos tomado de la teología escolástica.»²

La autoridad de maestro tan competente dió ocasion á que se dividieran los pareceres; y desde entonces unos condenan y otros aprueban las divisiones en términos absolutos. Mas acertados otros enseñan que la division no es de absoluta necesidad en un discurso, para que sea elocuente, porque depende de varias circunstancias el que sea útil ó perjudicial; y que cuando se emplee, sea con sugesion á las reglas que arriba hemos expuesto. En nuestro juicio la última doctrina está basada en los buenos principios; y los que la sostienen han comprendido mejor el sentido de las palabras de Fenelon, quien atendido su buen juicio y gusto exquisito, no podia condenar sino el abuso de dividir ó las divisiones vicio-

1. Opúsculos.=2. Diálogo II. pag. 57.

sas. Asi se concilian bien esas palabras, con otras del mismo autor que copiaremos mas abajo; y aun con su propio método, porque es sabido que en muchas ocasiones dividió sus discursos. ¹

Cierto es, sin embargo, que la fuerza de sus convicciones arrancó al ilustre autor de los *DIÁLOGOS SOBRE LA ELOCUENCIA* algunas frases, que, tomadas literalmente, no serían exactas; porque es indudable que los oradores sagrados, lo mismo que los profanos, conocieron la teoría de las divisiones, muchos siglos antes que se introdujera en las escuelas el método escolástico. Como la necesidad de dividir procede de la naturaleza misma de nuestro ser intelectual, Ciceron y Quintiliano, cuyos tratados eran muy conocidos de los santos Padres, recomiendan las divisiones á los oradores. San Agustin hace mencion de ellas en un tratado clásico de oratoria sagrada; y en el siglo VI Casiodoro enumera la division entre las partes de un discurso, en una obra elemental destinada para los que se dedicaban al estudio de las ciencias eclesiásticas. ² Apesar de esto son muchos los que, despues que habló Fenelon, afirman como cierto que los santos Padres no dividieron sus discursos; y ¡cosa estraña! uno de ellos es el ilustradísimo Dr. Audisio. ³ De lo que hemos leído no recordamos que nadie se haya tomado el trabajo de probar lo contrario con citas determinadas.

Los santos Padres no dividian los discursos cuya índole no lo consentia: la mayor parte de sus sermones son homilias sobre los libros de la sagrada Escritura.

1. En los pocos sermones que conservamos de Fenelon, se ve que se sirvió de la division en el predicado con motivo de la consagracion del Elector de Colonia; en el de la vocacion de los gentiles, en el de la Asuncion de nuestra Señora, en el de S. Bernardo y en el de Sta. Teresa de Jesus. Ademas en los planes que se han conservado de sus sermones, tambien se observa que hacia uso de las divisiones. Véase el tomo XXVIII. de la coleccion de oradores sagrados de Mr. Migne.

2. De Art. ac disciplinis liberalium litterarum c. II. t. II. fol. 565. Roan, 1679.

3. Lecciones de elocuencia sagrada lec. VIII. t. I. pag. 116 Lyon, 1844.

Cuando S. Juan Crisóstomo explicaba cláusula por cláusula los santos Evangelios y las Epístolas de S. Pablo, ó cuando S. Agustin exponía de la misma manera los salmos ¿era posible que encerráran sus admirables discursos en una division simétrica de dos ó tres miembros? Cuando en sus oraciones se proponían como objeto preferente mover los afectos ¿hubiera sido posible sujetar el ímpetu de la elocuencia al arte de las divisiones? No por cierto: en ninguno de los dos casos debieron atenderse á él los santos Padres, ni á él se atendrían tampoco hoy, los que tuviesen el laudable intento de reproducir el sólido método de predicacion que siguieron los clásicos de la venerable antigüedad cristiana. Mas fuera de estos casos, y cuando los santos Padres predicaban sobre un tema concreto, ó sobre un lugar determinado de la sagrada Escritura, dividían sus discursos. En otro lugar citaremos un buen número de oraciones en que los santos Padres usaron de las divisiones, y copiaremos literalmente los términos en que redactaron algunas de ellas.

Huid, jóvenes oradores, de las doctrinas extremas: ni dividais siempre, ni os propongais sistemáticamente no dividir nunca: seguid en todo las inspiraciones del buen gusto y de la sana razon: cuando el objeto principal de vuestro discurso sea instruir, dividid muy distintamente, dice S. Carlos Borromeo, para que el auditorio entienda bien vuestras instrucciones y las conserve fácilmente en la memoria: cuando creais necesario dividir, añadimos con Fenelon, hacedlo sencilla y naturalmente, para que la division se encuentre hecha en la materia misma de que predicais; y á fin de que esclarezca y ponga órden en todo el discurso, redactadla de tal manera que los oyentes puedan conservar con facilidad en la memoria, no solo la division, sino todo el discurso; que la division, en fin, contribuya á poner de manifiesto toda la grandeza del asunto, y la grandeza de todas sus partes.¹

1. Diálogo I. pag. 3.

LECCION XIX.

De la confirmacion.

Indicado en la proposicion el objeto del discurso, es necesario probar que es verdadero ó falso, bueno ó malo lo que el orador ha propuesto; en esto consiste la confirmacion, única parte esencial del discurso y de la que nunca se puede prescindir.

La imaginacion y la sensibilidad impelen fuertemente la voluntad, mas estas tres facultades deben ser regidas é ilustradas por la facultad superior y mas noble de nuestra alma, que es la razon; de otra manera obrarán muchas veces á la ventura y sus movimientos serán desafortunados ó á lo menos pasajeros y sin resultados permanentes; sin embargo á menudo la voluntad se sobrepone á la razon y los afectos se anticipan á los juicios, como lo explica S. Hilario. «Non rationi voluntas subjicitur, ... sed his quæ volumus rationem conquirimus, et his quæ studemus doctrinam coaptamus» de donde infiere el santo la necesidad de ilustrar el entendimiento para que dirija las demas facultades del alma. Asi, decia S. Agustin, que de los tres objetos y fines del orador que son enseñar, agradar y mover, el primero es de necesidad «docere necessitatis est.... prius utique docendi sunt quam movendi;» y Ciceron habia dicho que, el orador se ha de proponer enseñar cual sino tuviera otro objeto: «ut nihil aliud, nisi docere, velle videamur;» y que agradando y moviendo dará animacion al discurso, asi como la sangre la dá al cuerpo circulando por él: «sicut sanguis in corporibus, sic illæ in perpetuis orationibus fusæ esse debebunt.»¹

Tres cosas se requieren para una perfecta confirmacion: argumentos, argumentaciones y ordenada colocacion de estas.

1. De Orat. l. II. n. LXXVII. t. II. pag. 196.

Los argumentos, que son las razones con que se confirma la proposición, es lo primero y que con más diligencia se ha de buscar. Los antiguos retóricos aspiraban á suplir, en gran parte, la falta de invención, compilando y explicando algunos lugares comunes que llamaron tópicos, los cuales podían suministrar al orador cuantas pruebas necesitase, cualquiera que fuese el asunto de su peroración. Si alguno juzga que el estudio de los tópicos puede serle útil, consulte á los antiguos escritores: creemos sin embargo que ese estudio producirá más molestia que utilidad y le aconsejamos que lea á Fr. Luis de Granada, que ha tratado esa materia de una manera provechosa para los predicadores de la palabra divina.¹ Aquí nos limitamos á recordar lo que ya hemos dicho y repetiremos siempre que lo creamos oportuno; lo importante y necesario es estudiar la doctrina bajo todos sus aspectos y en todas sus relaciones, fijándose bien en los principios; «scribendi recte sapere est principium et fons.» Hágalo así el orador y estúdiense á sí mismo teniendo por cierto que las razones que más impresión hagan en su propio espíritu, esas serán las que hagan más fuerza en el de sus oyentes.

Los lógicos llaman argumentación la forma con que se expresan los argumentos, ó su estructura; cuyas formas las enseña la dialéctica. Esta en su esencia es el procedimiento natural de la razón humana; y los observadores, dictando reglas para regularizar su ejercicio, la crearon como arte: el orador, dice S. Agustín, necesita absolutamente de la dialéctica, porque ella es la disciplina de las disciplinas, la que enseña á enseñar y á aprender «docet docere, docet discere.»

No quiere decir esto que el predicador haya de usar en el púlpito las formas rígidas y el árido lenguaje de las escuelas: si el orador, añade S. Agustín, no tuviera más oficio que el de enseñar y convencer, bastaría la

1. Trata esta materia en varios capítulos de los libros II y III de su retórica eclesiástica.

dialéctica, pero como la razon se halla combatida por los afectos que tan poderosamente influyen en la vida del hombre, el orador ha de atender á lo uno y á lo otro: procurará convencer la razon y mover el corazon, extendiendo su dialéctica á la mocion de los afectos, y en esa extension consiste la elocuencia que nace y procede de la dialéctica: nadie ha explicado mejor que este grande Doctor en qué convienen y en qué se diferencian el dialéctico y el orador: «*verus disputator si latè diffuseque faciat eloquenter facit, alioque tunc censetur augeturque vocabulo, ut dictor potius quam disputator vocetur.... si autem presse atque constrictè, magis eum disputatorem, quam dictorem appellare consueverunt.*» La dialéctica es concisa en sus formas, la elocuencia ámplia en su expresion, segun el tan sabido símil de Zenon: «*hæc.... latior.... illa.... contractior,*» dice Ciceron.¹ La dialéctica es al discurso lo que al cuerpo humano son los nervios y los huesos; la elocuencia es como la piel y carne que los reviste, y la sangre que los anima: esta comparacion, comun entre los maestros del arte, es tan propia como expresiva; un discurso sin dialéctica careceria de fuerza, y sin adorno oratorio no tendria animacion.

El orador puede emplear como armas propias todas las formas de rigurosa argumentacion que señalan los dialécticos; el silogismo, enthymema y epíquerema; el dilema, induccion y sorites; tiene ademas otras mas convenientes á la elocuencia que á la dialéctica; las cuales, aunque se enumeran entre las figuras retóricas, son tambien argumentaciones porque auxilian poderosamente al raciocinio, dándole claridad, energía y adorno: tales son la antítesis, sentencia y epifonema; la gradacion, símil ó comparacion; la interrogacion y repeticion: en todas ellas, y especialmente en el uso de las primeras, ha de evitar con mucha diligencia la sutileza y la aridéz. «La elocuencia es de suyo rica y adornada; pero no lo

1. Orat. n. XXXII. t. I. pag. 314.

»será cuando la oracion vaya encadenada con silogismos, epiqueremas, y enthymemas dispuestos con una misma forma, y terminacion.... Corra, pues, en campo espacioso, y no por sendas estrechas, para que no sea como las fuentes canaladas por reducidos caños, sino como los rios, que ellos mismos se abren camino, si no le encuentran.»¹ Esta bella idea de Quintiliano la verán los jóvenes realizada en los escritos de los santos Padres, quienes se sirvieron de todas las formas de argumentacion, aunque en estilo fácil y copioso.

El verdadero cristiano debe vestir con modestia y hablar con prudencia, mirar con recato y andar con mesura: es asi que vosotros nada de esto haceis, sino todo lo contrario, luego no sois verdaderos cristianos. Este silogismo nos pareceria bien en un estudiante de lógica, mas al jóven que nos preguntase si podia repetirle en el púlpito, le responderíamos que no: el raciocinio, le diriamos, es bueno; conservad su nérvio vigoroso, pero explanadle bajo las espléndidas formas con que le expuso el Crisóstomo. El santo Doctor asienta esta premisa: el cristiano debe hacerse notable; «*ab incessu, ab adspectu, ab habitu, à voce:*» examina con relacion á estos extremos la conducta de algunos de sus oyentes; y encuentra que no se conducen como cristianos sino al contrario: «*undique te invenio à contrariis dignosci:*» y pregunta: «*¿undenam igitur, quæso, potero te fidelem agnoscere?.... et quid dico fidelem? neque enim si homo sis possum evidenter agnoscere:*» con esta natural transicion dá un paso inmenso; y comparando las costumbres de algunos cristianos con los instintos de ciertos animales, exclama: «*¡Quærebam differentiam catechumenum inter et fidelem; et periculum est ne invenire nequeam virum inter et feram discrimen!*» En este solo pasage de rápido y animado movimiento se sirve del silogismo, del epiquerema, del enthymema, de

1. L. V. c. XIV. t. I. pag. 334.

la induccion y de la comparacion; mas no con la aridez de un escolástico, sino con la fluida expresion de un grande orador.

Ó el cristianismo se propagó con milagros, ó sin ellos; si con milagros, es verdadero; si fué sin milagros, lo es igualmente; porque es mayor milagro el que se haya difundido sin ellos. Recordamos con gran placer las muchas veces que ya discípulos, ya profesores, hemos recitado este célebre dilema en las aulas de teología: mas si hoy tuviéramos que repetirle en el púlpito, le quitaríamos las estrechas ligaduras escolásticas, para revestirle con las formas oratorias que le dió S. Agustin, y aun mejor con las que empleó el elocuentísimo San Juan Crisóstomo.

Hasta la forma del sorites que, por su ingeniosa construccion, es la que menos se adapta á la índole de la elocuencia, ha sido oportunamente usada por los santos Padres. ¡Cómo los manejaba S. Agustin!

Otra de las argumentaciones que aquellos grandes oradores emplearon con éxito felicísimo es la que los dialécticos llaman *A DATIS* ó *AD HOMINEM*: consiste en apoyar el raciocinio en lo que el adversario concede ó no puede menos de conceder, y tiene mucha analogía con la figura que los retóricos llaman *CONCESION*: su valor absoluto depende del que tenga la proposicion reconocida por el adversario, pero es siempre fuerte y muy poderosa para redargüir: en este sentido los Doctores de la Iglesia, á los que no querian admitir los misterios de nuestra santa religion porque no los comprendian, les reponian los enigmas indescifrables que el hombre encierra en sí mismo, los inexplicables misterios del órden natural que por todas partes nos rodean. San Agustin llamaba la atencion de los que no creían la posibilidad de la Encarnacion, sobre los misterios de la palabra del hombre y concluía: «*Verbum Dei contemnis, qui verbum hominis non comprehendis.*» Los apologistas modernos usan mucho esta argumentacion, muy adecuada para moderar el orgullo de la razon hu-

mana; pero nada pueden añadir á lo que tantos siglos há digeron los santos Padres.

Las ideas se esclarecen mucho cuando se les contraponen otras contrarias; y en esto consiste la antítesis: si la contraposicion no está en las ideas sino únicamente en las expresiones, no hay verdadera antítesis, sino un juego pueril de palabras. Se dice que el estilo de San Agustin está muy recargado de antítesis; y porque nuestro deseo es que los jóvenes oradores lean dia y noche las obras predicables de este gran Doctor, les advertimos que la censura no carece de fundamento; mas no por esto queremos que formen un concepto exagerado de esas ligeras imperfecciones. Oigamos el juicio de un hombre tan competente como Bossuet, quien refutando á Mr. Simon escribia estas notables palabras. «Podria creerse, al oír á ciertos hombres, que los escritos de S. Agustin están plagados de agudezas, antítesis y sutilezas que á nada conducen, y llenos de digresiones y alegorías. Asi lo creerán los jóvenes escolares sino conocen al santo mas que por lo que ha escrito Mr. Simon; ó aunque lean el original, si lo hacen á la ligera y con deliberada intencion de criticar. Tal es la idea que se dá de un santo Padre cuando sin conocer su verdadero carácter, se tilda con afectacion uno que otro pasage: importa sobremanera saber que S. Agustin es muy diferente de lo que algunos piensan. Tiene algunas digresiones como las tuvieron todos los santos Padres, donde son permitidas, como en los discursos populares; pero jamás cuando escribia contra los hereges, ni en tratados que requieren estilo severo y vigoroso. Conformándose con el gusto, quizá un poco exagerado, de su siglo, usó de alegorías como lo hicieron los santos Padres: siendo de advertir que este método, en el fondo, le habian recibido de los Apóstoles y de sus discípulos. Las agudezas, antítesis y frases estudiadas eran del gusto dominante en aquellos tiempos; Erasmo, que nada indulgente era con el santo Doctor, observa que sus primeros escritos, pueden tomarse por

modelos de buen estilo, y si mas adelante le relajó fue para acomodarse al gusto de aquellos á quienes deseaba ser útil. Un sábio de nuestros dias dice con mucha frecuencia, que cuando lee á S. Agustin, dominado por la grandeza, profundidad é ilacion de los pensamientos, no tiene tiempo, ni libertad para ocuparse en las palabras. En efecto, lo mas notable en S. Agustin es un profundo conocimiento de la sagrada Escritura y de su verdadero sentido, la maestría con que deduce los principios mas elevados y la oportunidad con que los maneja. Por lo demas, si tiene sus defectos como el sol sus manchas, yo no perderé el tiempo en confesarlos, ni negarlos, en excusarlos ni defenderlos; lo que sé es que quien estudie su teología tan sólida como sublime prendado del fondo de las cosas y hondamente impresionado por su grandeza, tendrá compasion de sus críticos, porque sin sentimiento ni gusto de la verdadera grandeza hacen gala de censurar á S. Agustin sin entenderle ni conocerle.»¹

Quando la contraposicion de las ideas se expresa con una forma breve y cortada se llama antítesis: cuando las ideas contrapuestas son varias ó se expresan copiosa y difusamente, hay lo que se llama CONTRASTE. San Efrén era muy dado al uso de esta figura: siempre nos ha llamado la atencion el vivo contraste que hace, en uno de sus sermones sobre el Génesis, de la grandeza del hombre y de su pequeñez, de su afanosa actividad para adquirir las cosas de la tierra y de su negligencia para los intereses de su alma. Sirva de muestra esta frase: «El hombre inventor de las ciencias, de las artes y de la industria hace prodigios: imágen de Dios, es acá bajo un segundo criador: mas al contemplar como abusa de sus grandes facultades, parece un vil insecto que extraviado en un magnífico palacio roe cuanto encuentra.»

Una pública calamidad afligia á los habitantes de Ce-

1. Defensa de la tradicion y de los santos Padres: parte I. lib. IV. c. XVIII.

saréa; hacíanse rogativas con este motivo, y S. Basilio exclamaba desde el púlpito: casi no hay en nuestro auditorio mas que niños para quienes estas rogativas son un soláz, puesto que les dispensan de la escuela: por manera que nuestra tristeza es para ellos como una fiesta. «*Hi autem pueri minimi qui, depositis in ludo litterario tabulis ac libellis, nobiscum vociferantur, potius huic negotio velut remissioni ac oblectamento vacant, tristitiam nostram habentes festivitatis loco, quo ab onere præceptoris et studiorum cura modico tempore liberentur.*» Esto es bello por su verdad, sencillez y naturalidad. Contrapone luego el santo la inocencia de aquellos niños con la malicia de los adultos que no asistian á la plegaria pública, y dice; «*Infantes tandem sensu carentes, nullique reprehensioni obnoxii, ad confessionem festinant conveniuntque: sed præterquam quod maiorum causa non sint, orare ex more nec noverunt, nec possunt. Tu mihi in medium prodi qui peccatis conspurcatus es, tu procide, lamentare, imgeme, sine puerulum facere, quæ propria sunt suæ ætati, atque consentanea. Cur te occultas, qui accusaris, et insontem ad defensionem tuam producis? Num iudex illuditur, sic ut subdititiam personam substituas? Oportebat autem et illum adesse, sed tecum certe, non solum.*» ¡Contraste sublime, acusacion terrible! pues no son estos los únicos rasgos admirables que se leen en la homilía *DICTA TEMPORE FAMIS ET SICCITATIS.*

El génio de los santos Padres se revela en aquellas reflexiones que les eran tan comunes, y son sin embargo notables por su profundidad y lucidez: llámanse *SENTENCIAS*, y deben ser breves para que los oyentes las comprendan y conserven fácilmente en la memoria. Combatiendo S. Ambrosio á los que adoraban el sol como autor y creador de las plantas, recuerda que fué criado despues que la tierra habia germinado la yerba: sirviéndose de una animada prosopopeya introduce al Señor confundiendo, en el instante de la creacion, á los que en lo futuro habian de ser necios adoradores del

astro del día, y concluye diciendo: ¿cómo el sol ha de ser la causa de la germinacion de las plantas, si estas existieron antes que él? el sol es mas jóven que la yerba y que el heno de los campos; «junior est herbis, junior fœno.» San Basilio, en su nunca bastante ponderada homilía contra los ricos avaros, decia; «cuando entro en el palacio de esos hombres, que descuidan los intereses de su alma y alhajan su morada con todo el refinamiento del lujo mas desordenado, de cuanto veo en esa casa lo que menos vale á mis ojos, es el dueño que la habita.»

Cuando alguna sentencia cierra un pasage en tono de admiracion, se llama epifonema, como cuando S. Agustín exclamaba: «¡Stulte! ex operibus corporis agnosco viventem: ex operibus creaturæ non potes cognoscere creatorem!» ¿quién no conoce aquel «¡o testimonium animæ naturaliter christianæ!» de Tertuliano? Bello es, como observa L'Harpe, el pasage en que el impío Diderot arguye á los ateos probando la existencia de Dios por la estructura de una mariposa; «¡pensad, dice, que no os he presentado mas que el ala de una mariposa, cuando pudiera aplastaros con el peso del universo!»¹ Esta idea sublime la encontramos en el libro de Job.² San Agustín haciendo el mismo racionio sobre un mosquito, concluye: «¿Quis fecit ista? Expavescis in minimis; lauda magnum!»

Otras veces presenta el orador una série de ideas cuyo movimiento es de menos á mas, ó de mas á menos, hasta que la última dá como un golpe decisivo y victorioso; entonces hay lo que se llama GRADACION ó CLIMAX. Recordando S. Agustín los padecimientos de Job, decia: «¡Quanta passus est, fratres! Quis potest tanta pati in re sua, in domo sua, in filiis suis, in carne sua, in ipsa quæ remanserat uxore tentatrice sua!» La memoria de la pasion de Nuestro Señor Jesucristo arrancaba á menudo del devoto corazon del mismo orador gradaciones rápidas y muy bellas.

1. L'Harpe, *Filosofia del siglo XVIII*. t. 2. p. 30. Paris 1825.

2. C. XXIV. v. 14.

La comparacion bien hecha de unos objetos con otros, aclara mucho las ideas, y dá esplendor al raciocinio. El hombre se complace naturalmente en las comparaciones y tiene mucha propension á hacerlas; esta es una de las primeras inclinaciones de los niños. Si buscáramos la causa de este fenómeno intelectual quizá la halláramos en aquella identidad de origen, unidad de fin y sencillez de medios que nos estan revelando todas las obras del Criador. Cómo quiera que sea, es lo cierto que no solo comparamos entre sí los objetos de un mismo orden, sino tambien los de órdenes diferentes: los del orden sensible con los del intelectual, y los del orden de la naturaleza con los del de la gracia. Estas comparaciones abundan en los libros santos y en los escritos de los Padres, y de ellas hacen grande uso los predicadores.

D'Alembert¹ admira á Bossuet cuando dijo en la oracion fúnebre de la duquesa de Orleans, que con la muerte se confunden todos los hombres y desaparecen las diferencias sociales, asi como los rios pierden su nombre confundidos en el océano. El símil es bello, pero se habia servido ya de él nuestro Juan de Mena² en el siglo XV, y anteriormente S. Basilio explicando nuestra vida con la alegoría de un rio; «*et ad commune mortis mare festinamus omnes.*» Recomendamos á los jóvenes el estudio del libro DE UNITATE ECCLESIE de S. Cipriano: además del grande interés del asunto y de la manera con que le ha tratado, son abundantes y bellísimas las comparaciones de que se sirve el santo Doctor.

Por demas estarian otros ejemplos en materia tan abundante; solo indicaremos un género de comparaciones que es difícil hacer convenientemente en el púlpito, pero que bien hechas son de seguro efecto; tales son las que se toman de la vida de familia, del hogar doméstico: la dificultad consiste en la desproporcion

1. En su elogio de Bossuet.
2. Poesia á la muerte del conde de Niebla.

que á primera vista existe entre los grandes intereses sobre que versa la predicacion y los hechos domésticos que, aisladamente considerados, no salen de su pequeña esfera; pero su interés nace del que naturalmente inspira al hombre todo lo que se refiere á este delicado sentimiento. Pues bien los santos Padres han superado estas dificultades; S. Agustin es inimitable en algunas de estas comparaciones; pero quien nos parece singular en este género es S. Juan Crisóstomo.

El Crisóstomo, cuando los Antioquenos consternados despues de la destruccion de las estátuas, y temerosos de los castigos que les amenazaban, no tenian otro consuelo que asistir diariamente á oír sus elocuentes discursos, les decia: Mirad, el niño, cuando el maestro le castiga, corre presuroso y se arroja llorando en el regazo de su madre; ésta enjuga sus lágrimas, le acaricia, pero á la vez procura inculcarle que el maestro le castiga con razon y para su bien. Si los magistrados os castigan cumplirán con su deber y para vosotros será un bien, porque con este motivo os levantaréis un poco sobre la tierra y os volveréis á Dios; pero si entre tanto venís á la iglesia vuestra cariñosa madre, ésta os recibe como á hijos muy queridos.

Un terremoto habia consternado á la ciudad de Antioquia hallándose enfermo S. Juan Crisóstomo; tan pronto como pudo subió al púlpito y despues de describir con vivo colorido las angustias y temores que habian sufrido los fieles, hace resaltar la misericordia de Dios porque el terremoto no habia ocasionado desgracias personales y, entre otras cosas, les dijo: este accidente ha sido un llamamiento de Dios para que volvais al camino de la virtud que habiais abandonado; semejante á una madre cariñosa que, sin causar daño á su hijo inquieto, le asusta un poco sacudiendo la cuna para que calle y se duerma.

Dios, les decia en otra ocasion, se muestra indignado de nuestros pecados más por el grande mal que nos causan, y por el mucho amor que nos tiene, que

por la injuria que le hacemos: es como una madre que sufre con alegría, se rie, y aun goza cuando su tierno hijo parece que la maltrata, y se divierte dándole con las manos en las mejillas; pero si el niño se hiere los dedos con algun alfiler de su vestido, entonces se irrita y con semblante ceñudo golpea ligeramente á su hijo, para retraerle en lo sucesivo de que vuelva á causarse el mismo daño.

La propiedad de estas comparaciones y su encantadora belleza solo podrá apreciarla y gustarla quien las lea en los originales.

La INTERROGACION consiste en preguntar con el solo objeto de estrechar á quien se intenta convencer decididamente, constituyéndole testigo y juez para que se condene á sí propio: en esto y en la conviccion que supone en el que interroga, está el secreto del valor de esta figura. S. Juan Crisóstomo, exponiendo una interrogacion del Apóstol, explica la naturaleza de esta locucion.

Cuando el orador no se limita á preguntar, sino que añade la respuesta, hay una nueva figura, que se llama SUBYECCION.

La interrogacion no basta por sí sola para convencer; supone ya instruido al oyente; asi, pues, el que sin esta preparacion fiára el éxito de su discurso á repetidas interrogaciones, degeneraría en un vano declamador.

Esta figura se convierte á menudo en un diálogo entre el orador y los oyentes cuyas respuestas adivina y expresa; tambien conduce muy naturalmente á la argumentacion llamada dilema.

De todas estas figuras hicieron uso frecuente y acertado los santos Padres: en otro lugar copiarémos entre otros, un elocuentísimo pasage, donde el Crisóstomo se sirve á la vez de la interrogacion y de la subyeccion del diálogo y del dilema.

Cuando en la série del discurso se repite muchas veces una misma voz ó una misma idea con términos diferentes, se comete la figura llamada REPETICION, que sirve poderosamente para aclarar é inculcar en el ánimo

del auditorio la verdad que se quiere probar. ¡Cuán bellas é interesantes son aquellas repetidas preguntas con que S. Agustin, buscando á su Dios, se dirige á las criaturas y todas le responden una tras otra: «non sum... non sumus! etc....» El mismo santo Doctor despues de haber impugnado por extenso los errores de Vicente Victor, los reduce á once y los rebate de nuevo concisa y enérgicamente, repitiendo al comenzar ó concluir cada una de sus refutaciones; «Noli credere, nec dicere, nec docere etc.... si vis esse catholicus.»

Una sentencia de la sagrada Escritura repetida con moderacion y amplificada con acierto, es siempre para el buen orador gérmen fecundo de un discurso de vivo y progresivo movimiento. Aquellas tres palabras del Deuteronomio «Attende tibi ipsi» inspiraron á S. Basilio una de sus mas hermosas homilías; veinte y siete veces repite la idea con los mismos ó parecidos términos; pero cada vez la presenta de una manera nueva, la amplifica y deduce diversas é interesantes consecuencias.

Y si, como en otra ocasion hizo el mismo santo, se añade á esta figura la que se llama concesion, repitiendo el orador lo que su adversario tiene como cierto, y tomando de ello ocasion para sus argumentos, la repeticion entonces gana mucho en fuerza, y no menos en belleza.

Respecto á la disposicion oratoria de las pruebas, ante todo es preciso que no sean excesivamente numerosas; y por muy abundante que sea la materia han de reducirse los argumentos á un número proporcionado: lo contrario fatiga la atencion de los oyentes, y puede hacer sospechar que no es muy buena la causa cuando tantas son las pruebas, con tanto estudio alegadas. San Atanasio observa que cuando se trata de verdades claras, la demasiada insistencia en probarlas puede hacerlas dudosas á los espíritus contenciosos. «Exagitare et curiosius indagare non expedit, ne á contentiosis hominibus ambigua existimentur.»

Reconocidas las pruebas y halladas de buena ley, se ordenarán de manera que formen un cuerpo de ora-

cion regular, porque no basta que esten bien vaciados los miembros de una estatua si no tienen entre sí verdadera union. Acerca de cual sea el órden conveniente no todos los autores estan acordes, ni es fácil que lo esten, porque eso depende de las circunstancias y naturaleza del asunto, con cuyo conocimiento decide el tacto y buen juicio del orador; lo único que por regla general podemos asentar es que jamás se principie con argumentos de poco valor, porque esto previene contra la causa; que si hay necesidad de emplear razones débiles respectivamente á otras, se coloquen entre las mas fuertes; pero en ningun caso termine la oracion con pruebas livianas, sino al contrario con las mas excelentes.

San Juan Crisóstomo recomendaba con mucho celo á sus fieles que procurasen difundir la buena doctrina, corregir los vicios de sus hermanos y excitarles á la virtud, y con su noble y familiar elocuencia se ocupaba á menudo en enseñarles prácticamente el órden con que habian de proceder en sus amonestaciones y correcciones. Los consejos que les daba aquel grande orador, son otras tantas interesantísimas lecciones teóricas y prácticas sobre el órden que en sus sermones deben seguir los oradores cristianos.

En otro lugar copiarémos algunos modelos, y citarémos otros, de nerviosa y elocuente argumentacion: allí podrán ver los jóvenes la diligencia con que los santos Padres buscaban argumentos convincentes, la destreza con que los expresaban con elocuentes argumentaciones y la acertada disposicion oratoria con que los ordenaban.

LECCION XX.

De la peroracion.

Despues de convencer el entendimiento, lo cual es propio de la confirmacion, preciso es además, dice San

Agustin, inclinar y vencer la voluntad; «*flectere ut vincat.*» En cualquiera parte del discurso se puede excitar la mocion de los afectos, segun lo exija el asunto ó permitan las circunstancias; sobre cuya oportunidad decide el buen juicio del orador. Nuestro Melchor Cano escribió algunas cláusulas patéticas en un tratado poco susceptible de movimientos afectuosos.¹ Mas como la conviccion precede á la mocion, el lugar mas á propósito para esta última es la peroracion: en ella deben emplearse todos los recursos del arte, porque salvadas ya las dificultades de la oracion corresponde desplegar las galas y todas las fuerzas de la elocuencia.

Tres métodos pueden seguirse en la peroracion ó conclusion de un discurso: el de la enumeracion, el de la mocion de los afectos, ó ambos juntos.

La enumeracion ó recapitulacion consiste en indicar con enérgica concision y novedad, las razones ó pruebas expuestas en el discurso, á fin de que reunidas en un solo punto obren con eficacia en el ánimo de los oyentes. No hay energía sin concision, por lo cual es preciso abstenerse de largas explicaciones y limitarse á breves y luminosas indicaciones, que tan solo refresquen la memoria, como dice Ciceron, «*ut memoria, non oratio, renovata videatur;*»² pero esto debe hacerse con cierta novedad para que los oyentes no entiendan que se les repite; y se logrará si el orador que hasta entonces hablaba en nombre propio, introduce en la oracion otros seres animados ó inanimados; ó cambia el giro de la expresion sirviéndose de la interrogacion ó de la repeticion; si en nombre de su auditorio, entra en diálogo con Dios, ó se sirve por fin de cualquiera otra forma cuyo interés ó belleza no deja percibir á los oyentes que lo

¹ De *Locis theologicis* l. XI. c. I. donde lamenta la muerte reciente de su padre. Parécenos que quiso imitar á Ciceron, quien, al comenzar el libro III del orador en el tomo II. pág. 216. recuerda la muerte de Craso, y á Quintiliano que en el proemio del libro VI de sus *Instituciones oratorias* t. I. pág. 337, menciona muy patéticamente la muerte de su hijo.

² De *Invent.* l. I. n. LH. t. I. pág. 68.

que ahora les dice sumariamente, es lo mismo que antes les ha dicho por extenso.

La enumeracion que reuna estas condiciones estará exenta de los inconvenientes que Maury creía inseparables de este método, por cuya razon le reprueba en términos generales y absolutos, añadiendo que no sabe le haya seguido ninguno de los maestros del arte: ¹ ¡doctrina singular en abierta contradiccion con la de los maestros de la antigüedad, con la de Granada, ² Fenelon ³ y Blair ⁴ que le recomiendan; y con los ejemplos de los grandes oradores modernos que le practican, como en su tiempo lo hicieron los santos Padres!

Al tratar de lo patético ó de la mocion de los afectos, los preceptistas modernos, á imitacion de los antiguos, se detienen en exponer la que llaman TEORIA DE LAS PASIONES: mas si alguno creyere útil para la elocuencia ese estudio filosófico le aconsejamos que consulte á S. Agustin y santo Tomás quienes han escrito sobre las pasiones extensa, filosófica y cristianamente: parécenos que la ciencia necesaria al orador en esta materia puede reducirse á muy pocos principios. San Ambrosio la contiene en dos palabras; «sunt autem gemini motus, hoc est, cogitationum et appetitus:» y mas profundo santo Tomás la redujo á un solo principio. Las pasiones, dijo, estan radicalmente en la razon ó en el entendimiento: «in ratione tamquam in radice.» La razon conoce los objetos, los presenta á la voluntad, esta se inclina ó se aparta de ellos segun se le ofrecen como buenos ó como malos: en auxilio de estas dos potencias vienen la memoria con sus reminiscencias, la fantasía con sus imágenes, y la sensibilidad con sus sentimientos. Todas las pasiones no son en el fondo mas que derivaciones de los dos grandes y únicos movimientos de la voluntad que se llaman afeccion ó aversion, ó bien amor y ódio. ¿Se mueven las pasiones bajo el imperio de la sana razon?

¹ Ensayo LXXVI. pág. 322 = ² L. IV. c. I. pág. 248.

³ Diálogo II. pág. 59. = ⁴ Lecc. XXVIII. t. III. pág. 135.

son buenas y poderosos auxiliares de la virtud. ¿Se emancipan de la razon, ó son extraviadas por la razon pervertida? son malas, pérfidos y funestos consejeros; de este modo dice S. Agustin, domina el cristiano todas las pasiones y las pone al servicio de la virtud: «in usus justitiæ.»

La tarea, pues, del orador que quiere excitar los afectos, consiste en ilustrar el entendimiento con la verdad, para que esta alumbre la voluntad; y en poner en juego, segun lo exija el caso, la memoria, la imaginacion y la sensibilidad, aplicándolas al objeto para que sea aceptado ó rechazado por la voluntad.

Esto, se nos dirá, en teoría parece muy sencillo; pero la práctica ¿quién nos la enseña? la práctica, dice Quintiliano, no se aprende en los libros: «libellis non continentur.»¹ Preguntado Massillon donde habia adquirido su profundo conocimiento del corazon humano, por toda respuesta puso la mano sobre su propio corazon. Parécenos que la celebridad de esta anédocta ha debido de provenir, mas que de la doctrina que encierra, de la importancia personal del Obispo de Clermont, ó de cualquiera otra circunstancia, porque ¿quién ha ignorado jamás que el mejor libro para conocer el corazon ageno, es nuestro propio corazon? esta idea, no menos conocida que vivamente apreciada, nos induce alguna vez en errores trascendentales, haciéndonos juzgar equivocadamente de los demás por nosotros mismos. Como quiera que sea, muchos siglos antes que Massillon, habia dicho S. Gregorio Magno instruyendo á los oradores cristianos, que el mejor libro para predicar es el corazon del predicador que ama á Dios. «Liber qui viscera replevit.... ipsi de omnipotenti Domino sciunt suaviter loqui, qui hunc didicerint in cordis sui visceribus veraciter amare.»

San Agustin ha dicho: «Nisi enim ardeat minister prædicans, non accendit eum cui prædicat.» ¿Queréis, jóve-

1 L. VI. c. II. n. I. t. I. pág. 360.

nes, inflamar á vuestros oyentes en el amor de Dios y del prójimo? ¿queréis moverlos á la práctica de la virtud, y al aborrecimiento del vicio? excitad estos sentimientos en vuestro corazon y que domine en él la santa devoción, que es la llama de la caridad. Mas para llegar á tan feliz estado seguid los consejos de los maestros de la vida espiritual; porque conocedores profundos del hombre, á la vez que enseñan el modo de hacer la oracion mental, han reducido á reglas prácticas la teoría de las pasiones, que poco há expusimos. Leed siquiera lo que sobre el particular ha escrito nuestro venerable La Puente. Y para demostrar que no nos distraemos de nuestro objeto al aconsejar esta lectura, invitamos á los jóvenes para que comparen con ella lo que ha dicho Quintiliano sobre su método para poseerse de los afectos que pretendia excitar en el ánimo de los jueces, y verán con placer la analogía que hay entre las lecciones de los maestros de mística y de los del arte profano. ¿Y qué extraño es esto? unos y otros habian estudiado el corazon humano y unos mismos eran los resortes que empleaban como tambien las fibras que hieren. El buen resultado del método que seguia Quintiliano lo declara él mismo en estas palabras. «No debia omitir estas reflexiones, las cuales... me aprovecharon tanto para moverme á mi mismo, que no solamente me sacaron lágrimas de los ojos, sino que hicieron salir al rostro la palidez y sentimiento con harta verisimilitud.»¹

Jamás, decia Ciceron, he aspirado á mover á los jueces sin que yo mismo me haya sentido conmovido: «*quin ipse.... permoverer:*» y esto me sucede naturalmente sin necesidad de ficcion ni engaño alguno, «*ut nihil opus sit simulatione et fallatiis;*» porque la oracion que se emplea para mover á otros mueve antes al mismo que la pronuncia: los deberes de la profesion de abogado, la fidelidad y diligencia con que debemos ejer-

¹ V. P. Luis de la Puente *Meditaciones espirituales* Introduccion con especialidad los párrafos I y VII t. I. pp 11 y 13. Barcelona, 1856.—Quintiliano l. VI. c. II. n. III. t. I. pag. 366.

cerla, si queremos obrar como hombres probos, nos hacen considerar como propias aun las causas que son mas ajenas: «fides, officium, diligentia.... quibus rebus adducti, etiam cum alienissimos defendimus, tamen eos alienos, si ipsi viri boni volumus haberi, existimare non possumus:» cuando peroro en causa ajena no soy un cómico sino sincero defensor de mi propia causa: «neque actor.... alienæ personæ sed auctor meæ.»¹ ¡Qué leccion para el orador cristiano, cuya causa es idénticamente la misma que la de sus oyentes y cuyas palabras, segun el Crisóstomo, cuando hieren el corazon de los fieles han debido herir ya profundamente el suyo propio! ¿quién al predicar la palabra divina deja de ser discípulo de Jesucristo, en cuya escuela predicadores y oyentes son condiscípulos, como decia S. Agustin? «et nos qui loquimur, et vos qui auditis, sub uno magistro condiscipulos esse noverimus.»

Muy descuidado de los intereses eternos de su alma ha de vivir el predicador, en cuyo corazon no prenda con estas ó semejantes consideraciones el fuego del amor divino y no se levante la llama de la caridad con tal fuerza, que quizá necesite moderarla para atender tambien á no prolongar demasiado los movimientos patéticos. El estado natural y ordinario de nuestra alma es tranquilo: la agitacion de los vivos afectos tiene algo de preternatural, y quien insista en mantener por mucho tiempo á sus oyentes en ese estado violento, arriesga el que caigan en la postracion y en la frialdad; porque nada es tan frio como la ceniza, ni se seca tan pronto como las lágrimas: «lacryma nihil citius arescit.»²

Esta regla conocida de todos los maestros la enseñaron tambien y la practicaron los santos Padres: su observancia no ofrece dificultad en el epilogo, donde es fácil concluir oportunamente; así lo hizo S. Agustin en uno de sus mas fervorosos sermones, con que corrigió

1. De orat. l. II. nn. XLIV y siguientes t. II. pag. 151.

2. Ciceron, de invent. l. I. n. LVI. t. I. pag. 74.

los abusos introducidos en Hipona en la celebracion de las fiestas de los santos. «Non ego illorum lacrymas meis lacrymis movi; sed.... eorum fletu præventus meum abstinere non potui. Et cum jam pariter flevissemus.... finis sermonis mei factus est.» Lo que ofrece grande dificultad es moderar á tiempo, en el cuerpo del discurso, el movimiento de los afectos; porque es necesario hacerlo sin caer de repente, sino pasando gradualmente de lo sublime á lo sumiso y expresando los mismos sentimientos aunque tranquilos, á la manera de las olas que se encrespan y se aplacan sin perder su movimiento, segun la bella comparacion de S. Agustin: «ut dictionis impetus sicut maris æstus alternet.» Así el mismo Padre en su sermon XIX despues de un rápido y caluroso movimiento sobre la caducidad de las cosas terrenas y el precio inestimable de las eternas, concluye con un epílogo, donde sin cambiar de sentimientos templó y sosegó su vehemencia.

Maury, con aquel tono decisivo y no pocas veces ligero que le era habitual, dice, que en los fastos de la religion los mas bellos modelos de elocuencia patética son, aparte los oradores franceses de primera nota, la arenga del obispo Flaviano al emperador Teodosio, la representacion de Fr. Bartolomé de las Casas á Felipe II, y los sermones de Cheminai sobre el temor á los juicios de Dios y en favor de los encarcelados. ¹ Estos dos sermones de Cheminai son bellos; mas no son comparables con algunas patéticas oraciones de S. Basilio, por ejemplo, y del Nacianceno.

Digámoslo con toda seguridad: los mas bellos modelos de elocuencia patética en los fastos de la religion se encuentran, incluso los oradores franceses de primera nota, en las obras de los Padres, especialmente en las de S. Basilio, S. Gregorio Nacianceno, S. Juan Crisóstomo, S. Agustin y tambien en las de S. Efren, apelli-

1. Ensayo XXV. pag. 319. Los dos sermones de Cheminai se hallan en la coleccion de Mr. Migne: el 1.º en la pág. 82. y el 2.º en la 443. del tomo XII.

dato en la antigüedad **EL DOCTOR DE LOS SYRIOS**, cuya elocuencia afectuosa, vehemente y sublime es, sin que sepamos por qué, tan poco conocida: ¿cuántos son los predicadores que le citan? ¿cuántos los escritores de oratoria sagrada que le recomiendan? Nosotros no pudiendo repetir, porque es difuso, el encomio que de él hizo el Niseno, nos limitamos á decir con S. Gerónimo: «*acumen sublimis ingenii etiam in translatione cognovi.*»

Apenas hay escritor de elocuencia sagrada que al tratar de la peroracion no cite como modelos del género patético la de Ciceron en su discurso **PRO MILONE** y la de Bossuet en **LA ORACION FÚNEBRE DE CONDÉ**. Estamos acordes con estos fundados elogios; pero seria en nosotros imperdonable omitir aqui los recuerdos que nos suscitan.

Creemos, y lo decimos con toda confianza, que la peroracion del discurso con que el Nacianceno se despidió de la Iglesia de Constantinopla es superior, bajo muchos conceptos, al celebrado epílogo de Ciceron: ambos oradores se propusieron excitar las simpatías de su auditorio; pero en la peroracion del Nacianceno todo es natural, en la de Ciceron se descubre demasiado el arte.

La peroracion de Bossuet nos interesa sobremanera; pero tan favorable impresion se debilita cuando la comparamos con la de S. Gregorio Nacianceno en su oracion fúnebre de S. Basilio. La del orador griego es concisa, enérgica y mas bella que la del obispo de Meaux. Creemos que el estudio comparativo de los cuatro pasajes que acabamos de indicar abonaria nuestro juicio, y sobre todo seria de mucha utilidad para los jóvenes que le hicieran.

Séanos permitido expresar la grande extrañeza que nos causa el que entre tantos elogios de la peroracion de Bossuet como hemos leído, ni en uno solo se haya dicho que es imitacion y casi una copia de la del Nacianceno; pero así es la verdad. Entre las muchas y hábiles imitaciones que hizo Bossuet de los santos Padres, en ninguna quizá se ciñó tanto como en esta al

original: y sin embargo, Blair, Thomas, L'Harpe, Chateaubriand, Audisio, Maury y Marcel¹ que ponderan con entusiasmo la peroracion de Bossuet, no mencionan, ni aluden siquiera, á la del grande Nacianceno: únicamente hemos visto que monseñor Dupanloup, obispo de Orleans, hablando de los estudios comparativos de pasages escritos sobre un mismo asunto por diversos autores, hace en una nota la siguiente indicacion: «la peroracion de Bossuet, oracion fúnebre del príncipe de Condé y la de S. Gregorio Nacianceno, oracion fúnebre de S. Basilio.»² En ninguna otra parte hemos visto juntos dos nombres, que nos parecen inseparables tratando de un pasage que tan de lleno refleja la elocuencia del orador griego y la del imitador francés.

El método de la enumeracion se acomoda mejor á los discursos cuyo fin es la instruccion; y el de la mocion de afectos á aquellos cuyo principal objeto es mover la voluntad. San Agustin en el exordio de su tratado *DE BONO VIDUITATIS*, asienta que es preciso instruir y exortar á la práctica de lo que se há aprendido; asi es que dedica la primera parte á la instruccion y la concluye con una recapitulacion, y en la segunda se ocupa en exortar, terminándola con la mocion de afectos.

Nada impide que en muchos casos se use á la vez de uno y otro método; y asi lo hizo S. Basilio en sus breves peroraciones de algunas de sus admirables homilias sobre *LA OBRA DE LOS SEIS DIAS*.

La paráfrasis de algun pasage de la sagrada Escritura, con especialidad de algun salmo de David, se adapta muy bien á cualquiera de los dos indicados métodos y produce muy buen efecto si el pasage elegido es á pro-

1. Blair lec. XXVIII. t. III. pag. 136.—Audisio lec. XXV. t. I. pag. 397.—Maury ensayo LVI. pag. 201.—L'Harpe leccion sobre la oracion fúnebre en su curso de literatura.—Las palabras de Thomas, Chateaubriand y Marcel pueden verse en el tomo III de las obras maestras de elocuencia compiladas por el mismo Marcel páginas 17, 27 y 163.

2. De la superior educacion intelectual I. IV. c. V. t. I. pag. 383, Paris 1855.

pósito para la instruccion que se ha procurado en el discurso ó si se presta al movimiento y gradacion progresiva de los afectos: en las ENARRACIONES de S. Agustin sobre los salmos abundan ejemplos de estos afectuosos movimientos.

Cualquiera de los dos métodos que se adopte, ha de ponerse mucha diligencia en concluir con sentencias notables, en que domine la idea y sentimiento que han sobresalido en el discurso, á fin de que se graven hondamente en el corazon del auditorio. Nada mas brusco que concluir súbitamente; ni nada mas contrario á la elocuencia que tener por largo rato suspenso al auditorio, que se desagradá porque parece que el orador desea concluir y no sabe como hacerlo.

LECCION XXI.

Reflexiones generales sobre el estilo.

La expresion oratoria es el cuerpo de la elocuencia, y como su parte visible: parecia por tanto, que las nociones á ella referentes debian ser muy perceptibles, y su explicacion fácil y expedita: sin embargo sucede todo lo contrario: aqui es donde se encuentra obscuridad, y se tocan mayores dificultades; los preceptistas andan discordes, y poco decisivos en sus opiniones, lo cual revela la vaguedad de sus ideas.

Desde el primer paso que dán en este camino se observa la perplejidad con que proceden: ¿qué es estilo? Blair, Buffon, Thomas, Batteux y Maury,¹ que ahora re-

1. Blair l. X. t. I. pag. 237.—Buffon en su discurso de recepcion en la Academia francesa, Marcel t. II. p. 523.—Thomas sobre la elocuencia de Bossuet.—Batteux, principios filosóficos de la literatura; tratado IX. sec. IV. c. I. pag. 2. t. VII. Madrid, 1803.—Maury, ensayo XXXIX. pag. 144.

cordamos, difieren mas ó menos en sus explicaciones; siendo notable que de ellas satisfacen menos las que tienen mas sabor filosófico; y al contrario son mas aceptables las que limitándose á designar, se toman como descripcion mejor que como definiciones: hé aqui el método que, guiados por su buen sentido, siguieron los santos Padres: describieron, mas no definieron el estilo.

Cuáles son las dotes del buen estilo? La respuesta mas comun y aceptada las reduce á la claridad y al ornato: pero es preciso confesar que esta clasificacion no es lógica; el primer miembro entra necesariamente en en el segundo, puesto que la claridad es indispensable para el ornato y muchas veces ella sola es el mejor adorno.

Si al explicar lo que se entiende por ornato se pregunta qué es language figurado, algunos asquean y omiten hablar de figuras retóricas, ó lo hacen con desden: no hay figuras retóricas, dicen; todo language es expresion natural de los fenómenos del alma.

Los que admiten el language figurado no están acordes; para unos no hay mas figuras que las llamadas de pensamiento; las de diction, son tropos pero no figuras: es un error, dicen otros, el creer que los tropos ó palabras trasladadas no modifican el pensamiento, porque la palabra trasladada supone el pensamiento que primariamente se quiere expresar, el expresado por el tropo, y la comparacion de ambos. Ni deja de haber quien opine que la transposicion y demas licencias gramaticales son verdaderas figuras, porque suponen mas ó menos excitado el ánimo del orador. Pero donde mayor es la obscuridad, la confusion, y mas notable la inexactitud, es en la definicion y clasificacion de las figuras. Creen unos que esta materia está sometida á principios fijos, claros y de fácil aplicacion; y para ellos todas las figuras son ya conocidas, todas pueden ser exactamente definidas y bien deslindadas: piensan otros que esta doctrina es falsa; y que el temerario empeño con que muchos preceptistas la han enseñado y querido

practicar en sus lecciones, ha ocasionado errores trascendentales y contribuido en gran parte á la corrupcion de la elocuencia.

En medio de tanta obscuridad suele suplirse la falta de principios fijos con esta frase muy comun; «en materia de estilo el juez árbitro y soberano es el buen gusto:» esto es mucha verdad: pero ¿qué se entiende en literatura por estas palabras correlativas, BELLO Y BUEN GUSTO? Muchos escritores se han esforzado para explicarlo y lo han hecho en muy diversos sentidos: ¿tenemos sobre el particular alguna teoría razonada y completa? con estos caracteres solo conocemos la que en el siglo IV. enseñó y desenvolvió S. Agustin; teoría que es, nótese bien, trascendentalmente metafísica. Su autor la concibió y explicó pasando mas allá de las sensaciones, de los afectos y de las ideas; en cuyo orden suelen encerrarse los que tratan de lo bello y del buen gusto; y muchos ni siquiera extienden su mirada hasta los últimos confines de la region de los fenómenos intelectuales.

¿Cuál es la causa de tanta obscuridad y perplejidad ó falta de fijeza respecto á la doctrina del estilo? Héla aqui. La expresion oratoria es el punto, el término donde la elocuencia recibe su complemento: los fenómenos del espíritu y la expresion de los mismos, son sus elementos necesarios, y de su union resulta la elocuencia, como el hombre resulta de la union del alma y cuerpo: es imposible ocuparse en el estudio de la expresion oratoria, sin ocuparse á la vez en el de los fenómenos del espíritu. Cuando nos limitamos á hablar de la invencion, en cierto modo no salimos del espíritu del orador, y quedamos satisfechos con observar sus fenómenos; porque tenemos de ellos conciencia clara, certeza indestructible: en tanto que no nos vemos obligados á salir de este terreno, marchamos seguros, porque lo es mucho el camino de la observacion; pero al llegar á la expresion nos encontramos empeñados en un estudio reflejo de los fenómenos que hasta entonces nos hemos contenta-

do con observar. Por manera que cuando ponemos el pie en los últimos confines del estudio de la elocuencia, allí se nos presentan reunidas las mayores dificultades, cual si quisieran vengarse, antes de dejarnos salir, del desdén con que hasta entonces hemos pasado á su lado sin estudiarlas.

Nuestra alma es simple y simples son tambien sus facultades y sus fenómenos; tiene conciencia clara y certeza indestructible de sí misma, de sus facultades y de sus fenómenos. Hasta aqui la accion de nuestro espíritu es directa y cierta; mas cuando reflexiona y quiere analizar sus facultades y fenómenos, esta accion refleja, mas débil de suyo que la directa, encuentra además dificultades insuperables de parte del objeto sobre que obra: porque lo que es simple carece de partes, lo que carece de partes no se analiza, lo que no se analiza no se explica, y lo que no se explica no se define: puesto que definir es explicar las distintas partes de que se compone un objeto.

Esta impenetrabilidad, permítasenos la inexactitud, se aumenta por la simultaneidad con que aparecen en recíproca comunicacion los diversos fenómenos del alma: simultaneidad y comunicacion de que resulta un misterioso conjunto, que nadie ha estudiado mas atentamente que S. Agustin, ni nadie ha descrito mejor ¿Con qué pertinacia, por ejemplo, como observan el mismo santo y S. Gregorio Nacianceno, no se interpone la fantasía y confunde sus imágenes con las ideas? y ¿qué esfuerzos no son necesarios para distinguir las imágenes de las ideas, y las ideas geométricas de las puramente intelectuales? ¿y los afectos? ¡En verdad, decia S. Agustin, el hombre es un ser grande y misterioso; mas fácil es contar los cabellos de su cabeza, que los afectos de su corazon!

Si salimos del interior del hombre y nos fijamos en la expresion, hemos dado un paso de gigante, y salvado, sin advertirlo siquiera, un abismo inconmensurable. ¿Cómo se comunican el pensamiento y la pala-

bra? No lo sabemos: S. Agustin, que ha meditado mucho esta materia, concluye diciendo que la palabra es un milagro.

La comunicacion, sin embargo, es indudable: pero tambien lo es que la palabra con todo su poder, con toda su riqueza y con su admirable flexibilidad no alcanza siempre á expresar completamente las ideas del espíritu, ni sus múltiples y elevadas aspiraciones.

Los santos Padres ocupados en meditar y predicar sobre objetos intelectuales y sublimes, experimentaron á la vez la debilidad de la razon y la del language: los objetos intelectuales, decia el Nacianceno, tienen muchos nombres en todas las lenguas, pero no tienen ninguno propio; «*extra omnem appellationem posita sunt;.... rerum.... quæ.... corpore vacant nomen proprium nullum est.*» Esto es lo que han dicho algunos escritores modernos, observando que el diccionario de los nombres de objetos metafísicos se compone de metáforas ó palabras trasladadas. San Basilio notaba por una parte que existen ideas superiores á nuestro entendimiento, y que este por otro lado es superior á la palabra; «*cum mens nostra longo intervallo à rerum dignitate absit, rursumque sermo obscure ac imperfecte intellecta exprimat.*»

Y no se crea que la palabra es débil únicamente respecto á las ideas que superan á la razon; lo es tambien á menudo respecto á las que son bien conocidas. Por lo cual, decia S. Agustin; «casi siempre me desagrada mi propio language; pláceme muchas veces el language interior de mi alma, y me aflijo cuando no corresponde á él mi lengua: «*contristor linguam meam cordi meo non potuisse sufficere:*» deseo vivamente que mis oyentes entiendan cuanto yo entiendo; mas no lo logro: la luz de la verdad ilustra mi espíritu pasando con la rapidéz del relámpago, y la palabra viene tarda, perezosa y pálida, cuando la idea se ha ocultado ya en los misteriosos senos de mi alma: «*intellectus quasi rapida coruscatione perfundit animum; illa autem loquutio tarda*

et longa est, longeque dissimilis: et dum ista volvitur jam se illa in secreta sua condidit.»

Siendo tan indefinibles las operaciones de nuestra alma y sus fenómenos, tan misteriosa su recíproca comunicacion, tan desconocido el modo de las relaciones del espíritu con el language, y siendo este además tan poderoso en unos casos, tan débil en otros y tan flexible en todos, es temerario el empeño de reducir á sistema toda la doctrina del estilo y distribuirla en clasificaciones exactamente filosóficas, como lo seria el de contar las gotas de agua del mar. Explíquense enhorabuena los principios que sean conocidos; y fuera de esto lo posible y lo que basta, es observar y atenerse en la práctica á los resultados de las propias observaciones ó de las que han hecho escritores de recto juicio.

Cuantos han escrito de elocuencia han conocido las dificultades que dejamos expuestas: pero la mayor parte de ellos no las han mencionado mas que incidentalmente, ó cuando han necesitado hacerlo para excusar la inexactitud y obscuridad de sus explicaciones. Nosotros hemos querido reunir las y presentarlas con la posible claridad al tratar del estilo, con lo cual nos ahorraremos repetidas excusas. Muchas de nuestras explicaciones carecerán de exactitud filosófica; pero nos atenderemos á lo que en esta materia es ya convencional; ni aspiren á otra cosa los jóvenes en sus estudios sobre este punto, porque lo contrario les ocasionaria confusion y les empeñaría quizá en sistemas errados. Aquí, como en todos los ramos del saber humano, conviene recordar la doctrina de S. Gregorio Nacianceno encerrada por Pascal en uno de sus pensamientos. «El último paso de la razon es conocer que hay muchos objetos que estan fuera de su alcance. ¡Bien débil es por cierto, si no llega hasta este punto!»¹

1. Pensamientos de Pascal, sobre la Religion; c. IV. n. 1.

LECCION XXII.

Del estilo y sus dotes en general, y de la claridad en particular.

Dos cosas son necesarias para un perfecto discurso: pensamientos y su expresion; lo principal, dice S. Agustin, son los pensamientos; el orador no debe hacerse esclavo de las palabras; estas son las que han de estar á su servicio: «Nec doctor verbis serviat, sed verba doctori.»

Es frecuente oir á algunos, que entienden las cosas, pero no saben explicarlas; lo cual suele ser una ilusion de su amor propio: la verdad es, que muchos no saben explicarse porque nada tienen que explicar, como que carecen de pensamientos; cuando el espíritu está nutrido de ideas, las palabras se presentan como espontáneamente, aunque no siempre sean tan perspicuas como quisiéramos. ¿Faltaron, acaso, á los santos Padres para exponer con claridad profundísimos pensamientos, al ocuparse en la predicacion de las mas altas verdades del cristianismo? No por cierto: lejos de ello enriquecieron el language. ¿Quién fué mas profundo y mas claro á la vez, apesar de la rudeza de su siglo, que el angélico doctor santo Tomás?

Procure ante todas cosas el orador, no nos cuesta repetirlo, meditar bien la materia, y entonces no tema en manera alguna que le falte la expresion.

Entre todos los medios de que el orador se sirve para revelar los fenómenos de su alma, el principal, dice san Agustin, es la palabra; «verba.... obtinuerunt principatum significandi quæcumque animo concipiuntur, si ea proderere quisque velit.» La forma ó manera con que lo hace se llama estilo; nombre trasladado del *STYLUS*, vara de hierro de la cual el un extremo, dice S. Agustin, servia para escribir y el otro para borrar; y á esto alude el *SÆPE STYLUM VERTAS*, de Horacio. El estilo es, segun

S. Basilio y S. Agustin, como una pintura y retrato del alma, como un espejo donde aquella refleja, una especie de semblante ó fisonomía del espíritu.

Dos condiciones se requieren para que el estilo sea bueno; CLARIDAD Y ORNATO.

De estas dotes la claridad es la primera y mas necesaria, de la que nunca se puede prescindir: en vano hablaría el orador si los oyentes no le entendiesen, ó necesitarán para ello de tanto estudio, que fatigada su atencion le abandonase. La claridad, necesaria siempre que se habla, lo es mucho mas, dice S. Agustin, cuando se predica; porque el orador se dirige á sábios é ignorantes y con la circunstancia dé que no puede ser interrogado por aquellos que no le comprendan.

Este preclaro doctor, tan buen literato y humanista, no reparó asentar en un tratado didáctico, que el orador, á trueque de ser claro, y si no lo puede eludir, debe faltar á las reglas de la gramática; y tal era su conviccion que así lo hizo en algunos de sus sermones.

Al comenzar sus libros del Génesis contra los Maniqueos anuncia que vá á escribirlos con toda la claridad posible: «Non ornato politoque sermone sed rebus manifestis;» porque le habian hecho observar que otros escritos suyos contra los mismos hereges no estaban al alcance de los indoctos; y añade; «Hunc enim sermonem usitatum et simplicem etiam docti intelligunt, illum autem indocti non intelligunt.»

El ejemplo de S. Agustin es una grande leccion para los jóvenes predicadores; su celo caritativo, y la conciencia de sus deberes como orador evangélico hicieron emplear á su espíritu pujante y grandemente metafísico, un estilo tan claro como sencillo. Quisiéramos que los jóvenes hicieran la experiencia que hemos hecho mas de una vez: despues de leer algunas páginas de los libros DEL ORDEN, DE LA MÚSICA, DE LA TRINIDAD ó de cualquiera otro de sus tratados filosóficos ó teológicos, hemos pasado á leer sus sermones: nuestra ilusion era completa porque nos parecian obras de autores muy distintos los

escritos que leíamos sucesivamente y solo la reflexion nos hacia conozer que unos y otros habian sido inspirados por aquel sapientísimo y muy caritativo doctor, modelo de oradores cristianos, cuya caridad le hacia decir á sus oyentes: «Yo no vivo mas que para vosotros, yo no quiero salvarme sin vosotros: «quare vivo?.... nolo salvus esse sine vobis.»

Yerran, pues, lastimosamente los jóvenes que buscan un language inusitado cuando en el que usa el pueblo cristiano hay siempre un gran fondo de sabiduria. Bonald deseaba que se pusiera al alcance de los sábios el catecismo de los niños, asi como se procura hacer llegar á estos la enseñanza de las ciencias y de la literatura; á este propósito decia S. Agustin; «ipsa lingua popularis plerumque est doctrina salutaris.»

Esto nos recuerda otro sábio consejo del mismo santo. Los predicadores deben abstenerse en el púlpito de usar con frecuencia ciertas palabras como EL ACASO, LA FORTUNA, EL CIELO, LA PROVIDENCIA, EL AUTOR DE LA NATURALEZA etc.; términos que encierran, lo sabemos, un sentido verdadero; pero que no suenan tan bien en los oidos sencillos ni hacen tan favorable impresion en los corazones, como los que han sido consagrados por el uso cristiano. Lamentábase S. Agustin de haberse servido en sus libros CONTRA LOS ACADÉMICOS, escritos, nótese bien, cuando todavía era catécúmeno, de la palabra FORTUNA: y no es, dice, porque estas y otras semejantes palabras estan prohibidas por la religion; puesto que bien se sabe que con ellas queremos expresar los caminos secretos de la divina Providencia; pésame, sin embargo, porque algunos tienen la mala costumbre de nombrar estas cosas, en vez de nombrar á Dios: «Verumtamen pœnitent me sic illic nominasse fortunam, cum videam homines habere in pessima consuetudine, ubi dici debet: Hoc Deus voluit, dicere: Hoc voluit fortuna.» Estas locuciones nos vienen en gran parte, como observa Capmany, de la lectura de los escritores franceses. ¹

1 Filosofia de la elocuencia. Prólogo pag. X. Edicion de Madrid 1842.

Al condenar el lenguaje inusitado y recomendar el popular, no queremos, claro está, que se usen aquellas palabras que el pueblo ha corrompido ó que aplica impropriamente á los objetos: los oradores, dice Ciceron, empleamos los mismos términos que usa el pueblo; pero debemos purificarlos y ennoblecerlos; «Ea nos.... jacentia sustulimus e medio.»¹

Las palabras deben ser PROPIAS, PURAS Y EXACTAS.

La propiedad consiste en que se apliquen á los objetos á que las ha consagrado el uso de los péritos, que es el soberano en la materia; y en este sentido, dice S. Agustin, que la gramática y los gramáticos son los conservadores de la historia: «Grammaticus, custos ille videlicet historiæ.... Grammatica vocis articulatæ custos, et moderatrix disciplina.»

Llámanse palabras puras las que en cada idioma estan admitidas y consagradas por el uso de los inteligentes. Cierto que hay ocasiones en que por falta de términos ú otras causas razonables pueden inventarse voces nuevas, sobre todo si se derivan de las antiguas, segun S. Agustin: mas no son los principiantes los que deben aventurar estos ensayos.

Los términos son precisos y exactos cuando expresan toda y no mas que toda la idea ó pensamiento que se quiere declarar. Cabe mucha equivocacion en el uso de los sinónimos ó voces que conteniendo una misma idea fundamental, la modifican en diversos sentidos.

Nótese que segun las definiciones que acabamos de exponer, una palabra podrá ser castiza y no ser propia ni exacta para el caso.

Hay en los diccionarios voces que se llaman anticuadas y estan retiradas del uso; los que las emplean cometen el vicio llamado ARCAISMO: en nuestros dias es mas comun el vicio contrario llamado NEOLOGISMO. Lamenta Capmany que tanto leer y traducir escritos franceses empobrece nuestra rica lengua, plagándola de CALI-

1. De orat. l. III. n. XLV. t. II pag. 276.

cismos; «hemos llegado á un tiempo, añade, en que se pueden perdonar los arcaísmos por no caer en los galicismos: aquellos por lo menos tienen su cuna y alcurnia en nuestro país, y estos son intrusos y advenedizos.»¹ ¿Hallaría hoy expresiones adecuadas á su dolor este celoso conservador de la rica habla castellana?

Pero es preciso distinguir cuidadosamente las voces anticuadas de las antiguas; de estas hay muchas notables por su dulzura y tierna unción, las cuales, sin embargo, van cayendo en desuso por nuestra ignorancia ó culpable negligencia. El citado Capmany, decia: «la mitad de la lengua castellana está enterrada; pues los vocablos mas puros, hermosos y eficaces hace medio siglo que ya no salen á la luz pública. Si los hombre cuerdos y juiciosos que conocen el valor y lustre de nuestra lengua no se esmeran, como lo muestran ya algunos, en reparar este daño, vendrá tiempo en que no alcanzará el remedio.»² Nos hemos preguntado mas de una vez si ha llegado ya el cumplimiento de esta profecía: porque ello es cierto que apenas hay pluma que escriba, ni labios en que suenen aquellas sonoras frases en que tanto abundan nuestros correctos escritores, principalmente los ascéticos.

¡Oradores sagrados! vosotros, que debéis leer sin cesar los escritos de aquellos insignes varones, sois ya casi los únicos que podeis conservar los ricos tesoros de nuestra lengua, con mucho aprovechamiento de las almas cristianas!

Hay en los diccionarios de todas las lenguas algunos términos propios y exactos, de los cuales, sin embargo, no debe servirse el orador porque son bajos ó sórdidos. Bajas son las expresiones que no corresponden á la dignidad del asunto. Sórdidas las que revelan objetos asquerosos, repugnan á la buena educacion, ó hieren el pudor: las primeras se llaman indecentes, groseras las segundas y torpes las últimas. No aducimos ejemplos para

1. Filosofía de la elocuencia parte I. art. III. pag. 84. = 2. Ibi.

no incurrir en el defecto que condenamos, y nos limitaremos á citar á Ciceron, quien en su SEGUNDA FILÍPICA, al paso que muestra su buen gusto cuando con una bella pretericion, se abstiene de hablar de las costumbres de Antonio, «sunt quædam quæ honeste non possum dicere,» en otro lugar se olvida de la decencia, cuando habla en términos repugnantes de los efectos de la glotonería del mismo Antonio.¹

Para acertar en esta eleccion no basta el estudio de los diccionarios, ni el de los modelos de los clásicos: es preciso conformarse con el buen gusto dominante en la época en que se habla; porque como en las palabras hay tanto de arbitrario y convencional, influye mucho en su significado y acepcion la diversidad de los idiomas y de los tiempos: sobre lo cual ha hecho Mr. Rollin reflexiones muy juiciosas.² No dejaremos de advertir que en los escritos mismos de los santos Padres se encuentran, aunque rara vez, expresiones que eran corrientes en su tiempo, y debieron de sonar muy bien en sus labios; pero que traducidas á nuestro idioma y pronunciadas hoy y en nuestro país, serian disonantes.

Cuando ocurriere hablar de algun objeto para el que no se encuentran palabras dignas, deben usarse aquellas maneras delicadas y oportunos circunloquios que los retóricos llaman PERÍFRASIS. Sócrates, Casiodoro, S. Atanasio y S. Gregorio Nacianceno refieren la muerte de Arrio; los dos primeros, como historiadores atentos á la exactitud de la narracion, se ocuparon en pormenores y usaron términos de que se abstuvo San Atanasio, porque habló de aquel hecho en un escrito doctrinal, y mucho mas el Nacianceno, quien obligado á hablar en el púlpito de aquel trágico suceso, lo hizo con formas muy delicadas.

La propiedad, pureza y exactitud de las palabras son

1. In M. Antonium philippica II. t. VI. n. XIX. pag. 266, y n. XXV. pag. 273.

2. De la manera de enseñar y estudiar las bellas letras etc. I. II. c. I. art. I. t. I. pag. 390. Paris, 1748.

condiciones indispensables para la claridad del estilo; mas no bastan por sí solas; pues una locucion que constase de términos de esa especie, pero sin orden colocados, seria obscurísima. El orden de las palabras en la oracion le enseña la sintáxis; cuyo conocimiento gramatical suponemos en el orador y le es de absoluta necesidad: nos limitaremos á hacer algunas observaciones sobre la sintáxis figurada, donde el desacierto es tanto mas fácil, cuanto mayor es la libertad que permite al orador.

Las sentencias pueden ser breves ó largas; llámase estilo cortado el que resulta de las primeras y periódico el que abunda en las últimas: el estilo periódico se aviene mejor con los asuntos graves, y el cortado con los fáciles y ligeros. San Agustin propendia al estilo cortado, y S. Juan Crisóstomo al periódico; pero ambos alternaban las sentencias breves con las largas, como debe hacer todo orador, para evitar la fastidiosa monotonía: preciso es tambien procurar que las sentencias ya sean breves ó largas no pequen por exceso de difusión ó de brevedad. Las que son demasiado largas fatigan la atencion del auditorio, porque se extienden, dice Granada, mas allá de lo que ningun aliento puede durar; y otros hay que, émulos de la brevedad, aun las palabras necesarias quitan á la oracion; y como si bastase saber ellos lo que quieren decir, no se cuidan de los demás. ¹

El laconismo, dice S. Gregorio Nacianceno, no consiste solo en decir pocas palabras, sino en decir mucho con claridad y pocas palabras: «laconice loqui non est.... paucas syllabas scribere, sed de pluribus rebus paucas.»

La unidad es necesaria en todas y cada una de las sentencias que componen un discurso: para evitar el peligro de faltar á ella, principalmente si son largas, debe conocerse cuál es la persona que domina en la frase, para que ella sola rija toda la sentencia. Si alguna ó algunas ideas no pudieran acomodarse á este plan, deben dejarse para otro período.

1. L. V. c. III. pag. 291.

La falta de atencion para colocar oportunamente los adverbios, los nombres relativos y los adjetivos produce confusion y obscuridad; los primeros deben ponerse inmediatamente antes ó después de la palabra que han de modificar; los segundos y terceros de manera que no sea posible dudar á qué término se refieren.

Los paréntesis, no siendo breves y oportunos, quebrantan la fuerza de la oracion y la hacen obscura; esto observamos alguna vez en los discursos de S. Juan Crisóstomo; mas donde abundan con exceso es en las bellísimas oraciones del Nacianceno: en otra parte copiaremos algunos pasages de este santo, con el objeto de que los jóvenes supriman estos pequeños lunares y observen cuánto gana la frase en claridad, energía y elegancia.

El uso de las partículas copulativas produce un efecto increíble; su omision en ciertos casos hace rápida y enérgica la expresion, cometiéndose la figura que los retóricos llaman DISYUNCION. «Demptis conjunctionibus, dissolute plura dicuntur,» ¹ dice Ciceron. La repeticion de esas partículas, que se llama AYUNTAMIENTO, retarda y da importancia á la idea; pero cada uno de estos métodos supone diversas afecciones en el ánimo del orador. El famoso VENI, VIDI, VICI, de Cesar, indica el movimiento que impulsaba el espíritu del autor; lo mismo expresa aquel «ACUDE, ACORRE, VUELA, etc., de Fr. Luis de Leon; y su oda á la NOCHE SERENA, con la repeticion de las partículas copulativas, descubre la paz reflexiva con que comparaba la tierra y el cielo. En diez líneas se sirve de ambos métodos S. Agustin, para encarecer cómo en la patria celestial la vision de Dios será todo para el alma; y para expresar con todo el entusiasmo de su piedad, cuál será la eterna ocupacion de los bienaventurados.

No pudiendo extendernos mas en esta materia, concluimos con S. Agustin recomendando á los jóvenes la

1. Orator. n. XXXIX. t. I. pag. 232.

lectura de buenos escritores y el estudio de la gramática, en la que el santo Doctor reconoce una fuerza casi divina «grammaticæ pene divinam vim;» con cuyo motivo ha dado á los predicadores interesantísimas lecciones en sus libros DE DOCTRINA CHRISTIANA: lo bien que en aquella y otras obras trató esta materia, aunque incidentalmente, hace mas sensible la pérdida, en vida ya del santo Doctor, de la gramática que habia escrito; «de armario nostro perdimi.»

LECCION XXIII.

Del adorno, ó del estilo figurado.

El adorno del discurso resulta no solo de la claridad, sino tambien del language figurado.

El hombre muchas veces piensa, discurre, ratiocina y ejerce tranquilamente los demas actos de sus facultades mentales, y en otras ocasiones lo hace mas ó menos conmovido: á estos diferentes estados del ánimo corresponden diferentes formas de locucion; las cuales, en cuanto sea posible, conviene distinguir, clasificar y sujetar en su ejercicio á las reglas dictadas por la sana razon y recopiladas por el buen criterio.

La gramática tiene por objeto principal el estudio de la expresion lógica de los fenómenos de nuestro espíritu, cuando este funciona tranquilamente; así como una parte de la retórica versa sobre la expresion de esos fenómenos cuando está mas ó menos conmovido: en este último caso las reglas son tanto mas necesarias, quanto mayor es la libertad con que se obra y mas fácil el extravío.

La expresion del ánimo tranquilo se llama language natural; y figurado, toda expresion que, naciendo del espíritu movido, se aparta mas ó menos de la sencillez.

natural. La significacion del término geométrico FIGURADO se ha trasladado al lenguaje que se aparta del natural, porque así como las figuras geométricas limitan la extension con diversos contornos, de la misma manera el lenguaje figurado circunscribe y dá una forma concreta, digámoslo así, á los pensamientos del que le usa. No se crea que el lenguaje figurado no sea expresion natural de los fenómenos del alma; sino que siendo estos tan diferentes, y correspondiendo á ellos diversas locuciones, ha sido conveniente servirse de las VOCES NATURAL Y FIGURADO.

La existencia del lenguaje figurado es incontrovertible y en los términos ya expuestos, ninguna objecion sería merece; creemos además que no aciertan los modernos que asquean hasta el nombre de figuras retóricas, y se abstienen enteramente de hablar de ellas en sus tratados: por huir del exceso en que cayeron algunos antiguos, dando á este estudio mayor extension é importancia de la que merece, caen en el opuesto, porque nos parece desacertado privar á los jóvenes de los conocimientos necesarios, no para que su ánimo travesee, sino al contrario, para que sabiendo cómo han de moderar su propension á lo extraordinario, dén á sus discursos claridad, ornato y animacion.

De todos modos, y aun cuando en otros casos pudiera omitirse sin inconveniente, lo cual no creemos, hablar de las figuras retóricas, de ninguna manera conviene dejarlas ignorar á los jóvenes que se han de ocupar en la predicacion; pues para ellos el estudio preferente debe ser el de la sagrada Escritura, y para entenderla necesitan conocer las figuras retóricas. Así lo inculcó S. Agustin en sus libros DE DOCTRINA CHRISTIANA, escritos para los predicadores; y tanto él como S. Juan Crisóstomo al exponer al pueblo la sagrada Escritura, explicaban varias de aquellas figuras. Además, S. Agustin escribió VII libros para descifrar algunas locuciones que parecen obscuras en los VII primeros del antiguo testamento; y muchas de las que aclara, lo hace observando

que son figuras ó tropos: en estos tratados encontrará el jóven estudioso un gran número de figuras retóricas, tomadas de los libros divinos.

Sin entrar en el intrincado laberinto de definiciones, divisiones y subdivisiones en que se perdieron algunos de los antiguos escritores, nos limitamos á pocas, pero interesantes observaciones.

Cuando el ánimo del que habla está movido, la expresion se aparta de la natural sencillez, y se llama FIGURADA.

Cuatro son, generalmente hablando, los diferentes estados de mocion en nuestro ánimo, cuando hablamos á otros.

En algunos casos el movimiento es tan moderado, que no produce mas que alguna inversion en el órden natural de las ideas ó de los afectos y á ese estado corresponde un language que se desvía poco del natural: todo se reduce á alguna transposicion ó supresion de términos ó á cualquiera de aquellos cambios ó licencias de que trata la sintáxis figurada. Estas locuciones se llaman FIGURAS GRAMATICALES, de que hemos dicho lo que creíamos necesario en la leccion XXII.

En otras ocasiones la fuerza de la conviccion es tal y tan vivo el deseo de comunicarla á los oyentes, que el language natural no satisface y necesitamos revestir nuestros pensamientos con las formas de la interrogacion, de la comparacion, ú otras que se llaman FIGURAS DE RACIOCINIO; de las cuales hemos tratado en la leccion XIX.

Hay casos en que no solo queremos convencer, sino mover; y con este fin aspiramos á interesar y poner en juego la imaginacion, para que con sus imágenes dé luz á las ideas, y nos ayude á presentarlas con tanta claridad, que en cierto modo las hagamos visibles: las locuciones que empleamos con este objeto se llaman FIGURAS DE EXPRESION.

Cuando queremos comunicar al corazon de los que nos escuchan, la agitacion del nuestro, el language es

apasionado: unas veces se dirige á la imaginacion y por medio de esta al corazon; y otras habla á este directamente obrando sobre él por simpatía: las expresiones de los fenómenos de nuestra alma en tal estado, se llaman FIGURAS DE PASION.

En todas estas locuciones si los términos se usan en sentido propio, ó se aplican, como dice S. Agustin, á aquellos objetos para cuya significacion fueron instituidos «cum his rebus significandis adhibentur propter quas sunt instituta,» el lenguaje es figurado, y no mas: pero si la significacion de los términos se traslada y se toman para expresar un objeto diferente de aquel para cuya significacion se usan natural y ordinariamente, «cum et ipsæ res quas propriis verbis significamus ad aliud aliquid significandum usurpantur,» la locucion entonces no solo es figurada, sino que ademas es trópica. El mismo S. Agustin prueba con varios ejemplos el frecuente uso que de los tropos hacen las gentes del pueblo.

Decimos á uno; «no entres con luz artificial en un almacén de polvora, porque una chispa basta para producir un voraz incendio.» S. Juan Crisóstomo dijo; «*Omnis amaritudo tollatur a vobis; ne maneant quidem reliquiæ. Nam si hoc motum fuerit, solet ut ab aliqua scintilla integrum intus excitare rogam.*» Unos mismos son los términos de ambas frases: pero nosotros hablamos físicamente, y el santo en sentido moral; nuestra locucion es propia, y la del Crisóstomo fué trópica. Puede decirse, que lo mismo es morir aplastado por un peñasco, que sofocado bajo un monton de arenas: esta locucion es natural; pero fué una bellissima metáfora en los labios de S. Agustin, cuando reprendiendo á los que se abstendian de cometer pecados enormes y no reparaban en cometer gran número de pecados leves, concluye; «*projecisti molem, vide ne arena obruaris.*»

Estos ejemplos manifiestan clarísimamente la índole del lenguaje natural, del figurado y del trópico.

LECCION XXIV.

De las figuras de expresion.

Las principales figuras que usa el orador para aclarar sus pensamientos haciéndolos perceptibles á la razon, ó interesantes á la imaginacion, y por este medio al corazon, se llaman descripcion, hiperbole, antífrasis ó ironía, metonimia, sinécdoque, metáfora y alegoría.

La descripcion consiste en exponer un objeto, sus propiedades y circunstancias con claridad, exactitud y viveza; de modo que al lector ó al oyente les parezca que le estan viendo; como aconteció á S. Basilio, quien decia á Libanio que al leer su celebrado discurso DEL HOMBRE PEREZOSO creía tener este á la vista: y añade; has dado vida á tus palabras; «*ipsum enim morosum videbar mihi videre.... vivum enim et animatum sermonem scripsit.... Libanius qui solus verbis animam largitus est.*»

Todos los objetos, asi del órden sensible como del moral ó intelectual, pueden ser descritos. En otro lugar copiarémos ó citarémos descripciones hechas por los santos Padres, de un lugar campestre, de la vida pastoril, del mar tranquilo, del sueño, de la amistad, del estado físico y moral del mundo, de un pueblo afligido por la sequedad, de una ciudad consternada, del colérico, del ébrio, de la embriaguez, del dolor de Abraham y de un hombre elevado y unido á su Dios en la meditacion. Tambien pondrémos los retratos característicos que hicieron San Atanasio de nuestro Osio; S. Basilio del Nacianceno, y este de Melecio de Antioquía. San Gregorio Nacianceno sobresalia en este género.

Son muy loadas las descripciones que del caballo hicieron Homero y Virgilio: pero, dice Rollin con mucha razon, que es muy superior á aquellas la que leemos en

el libro del santo Job.¹ San Juan Crisóstomo describe admirablemente la actitud del caballo obligado por el jinete á dar un salto peligroso.

Cuando se exagera la grandeza ó la pequeñez de un objeto se comete la figura llamada hipérbole; «Græci vocant hyperbolen.... fit quando id quod dicitur, longe est amplius quam quod eo dicto significatur:» S. Agustín, de quien es esta definicion, dijo que Dios habia puesto en venta el reino de los Cielos por el precio de un jarro de agua fria: y S. Gerónimo, con ocasion del conciliábulo de Rimini, exclamó; «Ingemuit totus orbis, et arianum se esse miratus est.» Nótese de paso que en estas frases hay á la vez hipérbole y metáfora.

La hipérbole versa siempre sobre un objeto por sí notable; pues sin esto las mayores exageraciones no bastarían á excitar la atencion. Ha de guardar tambien las debidas proporciones, sin cuya condicion en vez de aclarar las ideas las obscurece y podrá inducir á error. Nadie que lea en sus originales las dos atrevidas hipérbolas que acabamos de copiar, se equivocará sobre su verdadero sentido.

Por lo mismo que esta figura es atrevida, su uso requiere buen juicio y sano gusto; de otra manera es muy fácil que por buscar lo extraordinario, demos en lo extravagante. Llorando S. Agustín la muerte de un amigo, decia, que desde aquel instante la vida le era horrible porque no queria vivir á medias; «Mihi horroni erat vita quia nolebam dimidius vivere:» y lleva su exageracion hasta añadir, que estando la otra mitad de su vida en el amigo que habia muerto, él por su parte temia morir, no fuera que con esto su amigo muriese por completo. «Et ideo forte mori metuebam, ne totus ille moreretur, quem multum amaveram.» No nos atreveríamos á censurar, como se merece, este pasage, si no fuera el mismo humildísimo Doctor quien le censura en estos términos. «Quæ mihi quasi declamatio levis, quam gravis

1. Job. c. XXXIX. vv. del 19 al 25.—Rollin I. IV. c. III. §. IV. t. II. pág. 570.

confessio videtur, quamvis utcumque temperata sit hæc ineptia in eo quod additum est FORTE.» ¡Así condenaba el gran Doctor una distraccion de su juventud! Sirva este aviso á los jóvenes para que repriman la inclinacion á lo extraordinario y para que humildemente corrijan los defectos, que de seguro cometerán en sus primeras composiciones.

No puede haber, dice S. Agustin, traslacion mas completa de los términos que cuando se toman en un sentido contrario al suyo propio; como diciendo de un pigmeo que es un gigante; esta figura se llama antífrasis; y si la usamos en tono de burla ó de crítica algun tanto mordaz, se llama ironía. Estas dos figuras, dice S. Agustin, se distinguen en que en la ironía se conoce el verdadero sentido de la frase por el tono de la voz ó del estilo; y en la antífrasis por la significacion que comunmente damos á ciertas palabras ó porque estas se esclarecen con otras.

Rara vez permite la austera gravedad de nuestro ministerio usar en el púlpito ironías mordaces ó epigramáticas: sin embargo hay casos en que esta figura, manejada con tino y delicadeza, es una censura merecida, vigorosa y muy severa. Observan los santos Padres varios pasages de los libros santos en que se encuentra la ironía; y ellos la han usado tambien oportunamente, entre los cuales nos parece que el Nacianceno lo ha hecho con mas frecuencia y mayor destreza.

Cuando se aplica el nombre de un objeto á otro, fundando esa traslacion en la coexistencia de ambos objetos, se comete una figura que se llama sinécdoque. La razon de coexistencia es tan ámplia, que el uso de esta figura es indefinido: los modos de usarla mas comunes consisten en tomar el todo por la parte, ó esta por el todo; el género por la especie, ó al contrario; la especie por el individuo ó este por aquella; el plural por el singular ó vice versa; el continente por el contenido ó este por aquel; el signo ó distintivo de una cosa por la cosa misma.

Tambien aplicamos el nombre de un objeto á otro

fundándonos en la sucesion; esta figura se llama metonimia y se comete de ordinario tomando el antecedente por el consiguiente ó vice versa: la causa por el efecto, ó este por aquella: el nombre del inventor por la cosa inventada: el autor de un libro por el libro mismo y el instrumento con que se hace alguna cosa, por el modo de hacerla ó por la persona que la ha hecho.

El uso de la sinécdoque y metonimia es tan vário como frecuente en los libros santos y en los escritos de los santos Padres; por lo que seríamos interminables si hubiéramos de citar siquiera no fuese mas de un solo ejemplo para cada caso.

Metáfora, «hoc est de re propria ad rem non propriam verbi alicujus usurpata translatio,» como dice S. Agustin, es una palabra griega, que significa literalmente traslacion ó la vuelta que se dá á un objeto: y por esto se llama asi por excelencia el único tropo en que la traslacion es completa. En la sinécdoque y metonimia el término no se traslada completamente, porque aunque se toma para expresar otro objeto distinto del propio, este continúa siempre expresado.

La metáfora se funda en la semejanza de dos objetos; el entendimiento la concibe y el orador aplica el nombre del uno al otro sin expresar la comparacion que de ambos ha hecho en su mente: la metáfora es, pues, una comparacion abreviada.

La escasez del language metafísico nos obliga á tomar los nombres de objetos sensibles para expresar los intelectuales: la invencion y descubrimiento de nuevos objetos en las ciencias físicas y en el reino de la naturaleza, hace tambien que nos sirvamos de un mismo nombre para significar diversos objetos: plácenos ademas el contraste ó la semejanza que nos ofrecen varios seres, y de aqui el gusto que nos causan las expresiones trasladadas. Empleando nombres propios de objetos sensibles para expresar los intelectuales logramos hacer estos perceptibles al espíritu, á la imaginacion y, en cuanto cabe, á los sentidos. La necesidad, pues, y el pla-

cer, son las dos causas que han producido el language trópico; y como este es completísimo en las metáforas, estas figuras son las mas usadas.

La metáfora debe ser proporcionada, y versar sobre objetos cuya semejanza es conocida; pero no tan grande que se confundan entre sí. Ha de ser digna, de modo que jamás se tome de objetos bajos ni desagradables; y sobre todo se ha de emplear siempre en obsequio de la verdad, evitando á toda costa que el brillo y resplandor de esta figura deslumbre, y haga creer verdadero lo que es falso.

Cuando el orador usa alguna metáfora atrevida debe templarla para evitar el peligro de error á sus oyentes; esto es lo que los griegos llamaban PEDIR GRACIA PARA LA HIPÉBOLE. San Gregorio Nacianceno hablando de los que habian muerto sofocados por la gran concurrencia al entierro de S. Basilio, no se atrevió á llamarles víctimas funerarias, sin usar de algun correctivo; «*atque, ut ferentiorum quisquam dixerit, funebres victimæ.*»

San Juan Crisóstomo llama á la caridad puerto franco en el piélago de este mundo: y Tertuliano, semilla de cristianos á la sangre de los mártires; metáfora que han usado tambien con frecuencia el primero y S. Agustin.

Citamos con gusto algunas metáforas que han merecido pomposos elogios á los oradores modernos que las usaron, pero cuya invencion es debida á los santos Padres.

Massillon en su sermon sobre la mezcla de los buenos y de los malos: «*el justo puede condenar confiadamente en los demas, lo que él se prohíbe á sí mismo: sus instrucciones no se avergüenzan de su conducta.*» Maury dice que esta atrevida metáfora hubiera admirado á Racine sin ofender quizá su delicado gusto: ¹ ignoraba sin duda el crítico francés que Tertuliano habia dicho muchos siglos antes, «*ne dicta factis deficientibus erubescant:*» y que S. Gerónimo escribia á Nepociano, «*non confundant opera tua sermonem tuum;*» siendo de no-

1. Massillon, sermon XX. para el mártres de la tercera semana de cuaresma. Migne t. XLII. p. 728.—Maury ensayo XLI. p. 154.

tar que estos Padres se proponian expresar la misma idea que Massillon.

Flechier hablando de Judas Macabeo; «murió sepultado en su propia gloria.» Batteux elogia mucho esta frase: el P. Houdry dice que Flechier la tomó de Lingendes; Maury observa que este último la habia copiado de Mascaron: y pudiera haber añadido que Boismont se sirvió de ella sin citar tampoco á nadie: solo Villemain, que sepamos, ha notado que S. Ambrosio, hablando de la muerte de Eleázaro, habia dicho; «*cujs (elephanti) ruina inclusus magis quam oppressus, suo est sepultus triumpho.*»¹

Compara Bossuet á Henriqueta de Inglaterra con una columna maciza, que permanece inmóvil, cuando cae sobre ella el edificio que la misma sostenia: yo no he visto, dice Maury, comparacion mas magnífica, ni en Homero:² sea; pero la idea está en dos metáforas que leemos en los santos Padres. San Gerónimo, copiando á Virgilio, escribia á Heliodoro: «*Dicant si volunt, et grammatici in te omnis domus inclinata recumbit.*» San Juan Crisóstomo, predicando sobre la reprehension dirigida por S. Pablo á S. Pedro, decia: «*Numquid unumquemque vestrum hoc conturbat, dum audit Petro restitisse Paulum: Columnas scilicet Ecclesiæ inter se collidi, atque in se invicem incurrere? siquidem veræ columnæ sunt isti qui fidei tectum sustinent, et gestant.*»

Una locucion compuesta de varias metáforas se llama alegoría. Es bella sin duda y puede servir de modelo la que hace Bossuet presentando la vida del hombre como un viaje: admirable y soberbia la llama Maury; estamos de acuerdo; pero no lo estamos con la exageracion de que solo Bossuet era capaz de inventarla, explanarla en

1. Flechier oracion fúnebre de Turena, coleccion de clásicos franceses, p. 88.—Batteux, trat. IX. sec. IV. c. III. t. VII. p. 42.—Houdry, Lingendes, Mascaron, y Maury, que cita á los anteriores en sus ensayos, nota XII. p. 561—Boismont, sermon de la caridad, Migne t. LXV. p. 747.—Villemain, oraciones fúnebres selectas.

2. Oracion fúnebre de la reina de Inglaterra ed. de Paris 1823. pág. 43.—Maury ensayo XLII. pág. 155.

presencia de una córte y sobre todo de sostenerla desde el principio hasta el fin con admirable fuerza de imaginación. ¹ Dejando aparte á Lactancio y S. Juan Crisóstomo que usaron ya la misma alegoría, en dos pasages la presenta bajo distintas y bellísimas formas S. Basilio, de quien indudablemente la tomó Bossuet, puesto que, no solo imitó la idea, sino que copió literalmente algunas de sus expresiones. Tambien S. Ambrosio al emplearla imitó á S. Basilio, sino nos equivocamos.

Un literato francés ² elogia mucho la siguiente alegoría, que atribuye á Flechier, hablando de Turena. «Sus virtudes le adornaron con aquella flor que esparce un olor mas agradable que los perfumes sobre una hermosa vida.» Sea el que quiera el mérito de esta figura, es preciso confesar que la idea no es nueva, pues la encontramos en los libros santos y la explanaron muchos santos Padres, entre los cuales recordamos ahora al Crisóstomo, S. Gregorio M. y S. Bernardo.

LECCION XXV.

De las figuras de pasion.

Reciben este nombre ciertas locuciones en que naturalmente prorumpen el orador enseñoreado de vivos afectos: las principales son exclamacion, apóstrofe, obsecracion, prosopopeya, optacion, imprecacion y conminacion.

La exclamacion es el grito de las pasiones, la vehemente expresion de los afectos del corazon: suele ir acompañada de interjecciones, que á juicio de S. Agus-

1. Bossuet, sermon para el dia de Pascua, t. VIII. pág. 236.— Maury ensayo XVIII. pág. 32.

2. Mr. Lafont, elementos de literatura, pág. 36. Tolosa de Francia 1838.

tin, son ciertas palabras que de ningun idioma pueden ser traducidas á otro, porque no expresan idea alguna sino tan solo el movimiento del ánimo: «magis affectum indicans, quam rem aliquam significans.... velut cum dolentes dicimus, heu! vel cum delectamur, vah! etc....»

Cuando el orador parece que abandona á su auditorio y se convierte á otro objeto presente ó ausente, comete la figura llamada apóstrofe. El Nacianceno, en un discurso elocuentísimo logró, como se proponía, hacer para siempre memorable la ignominia de Juliano; «quasi in columna insculptam ipsius ignominiam posteris relinquemus:» apostrofa al tirano, á Constancio,¹ á las leyes, á los legisladores y á otras personas y objetos que naturalmente se ofrecian al espíritu exaltado del grande orador, ocupado en pintar con valor y maestría los sucesos de una época reciente é infausta para la religion. San Agustin y S. Juan Crisóstomo acostumbraban dirigirse al Señor ó á sus santos con estos ó parecidos apóstrofes: «Quid hoc, bone Domine! etc.? ¡o Domine, quomodo consolaris, quomodo confortas, quomodo terres, ect? Responde, Apostole: responde, obsecro te.... o apostole, etc.!....»

Si el orador atribuye á objetos inanimados ó incorpóreos, ó abstractos, calidades ó acciones propias de seres animados y en especial del hombre, comete la figura que se llama prosopopeya ó personificacion: esta tiene tres grados, que son el atribuir á dichos objetos propiedades de seres animados, el presentarlos en accion, y el suponerlos capaces de oirnos ó introducirlos en la oracion hablando.

La prosopopeya en este último grado es la mas sublime, atrevida y pomposa de todas las figuras: supone en el orador grande entusiasmo y muy apasionada mocion.

1. Los elogios que en esta oracion se hacen de Constancio son inmerecidos. En esta época el santo Doctor no habia formado aun el juicio exacto que formó mas adelante, del veleidoso Emperador que durante su vida favoreció alguna vez y persiguió mas á menudo á los católicos; y cuya penitencia á la hora de la muerte es muy dudosa.

Los libros santos abundan en sublimes é incomparables personificaciones. San Agustín y el Crisóstomo exponiendo algunas de ellas, han explicado la naturaleza de esta locucion, su objeto y cual debe ser el estado del ánimo del orador que se sirve de ella.

San Agustín usa de esta forma en un sermón para describir la lucha interior de un pecador combatido á la vez por dos pasiones exigentes, la lujuria y la avaricia: pero la personificación mas noble, mas rica en el fondo y mas delicada en sus formas, de cuantas hemos leído, es la de aquel pasaje en que el santo Doctor recordando los dolores de su conversión, personifica las pasiones y la virtud santa de la continencia hablando á su atribulado y vacilante corazón.

Esta figura requiere mucha destreza y buen juicio en el que la maneja: no es raro ver elogiadas algunas personificaciones que bien examinadas dejan mucho que desear, porque tienen mas brillo que solidez. Flechier en el exordio de la oración fúnebre de Mr. de Montausier, protestando que no quiere exagerar las virtudes de su héroe, dice, «ese sepulcro se abriría, esos huesos se unirían y reanimarían para decirme ¿por qué vienes tu á mentir por mí, que jamás mentí por nadie?» En la colección de clásicos franceses dirigida por el académico Auger se afirma que esta prosopopeya «es una de las mas magníficas que conoce la elocuencia.»¹ No hay duda que es muy brillante; pero eso de unirse los huesos y reanimarse para desmentir al orador, nos parece de mal efecto; mas naturalidad, si bien menos brillo, encontramos en aquel pasaje en que S. Gerónimo, despues de hablar de la modestia en vestir que distinguió la vida de Blesilla, al referir sus funerales y notar el paño de oro que cubria su féretro, introduce á la misma Blesilla protestando contra aquel lujo funerario; «videbatur mihi tunc clamare de cælo: non agnosco vestes: amictus iste non meus; hic ornatus alienus est.»

1. Colección de clásicos etc. pág. 285.

Menos apasionado supone el ánimo del orador la figura que se llama optacion: es la expresion del vehemente deseo de alguna cosa: merece estudiarse un largo y elo-cuente pasage del Crisóstomo, en que, al paso que hace un cumplido elogio del Apóstol, repite muchas veces, y siempre con novedad esta figura: el trozo á que aludimos comienza «¡Quis mihi nunc dederit ut corpus Pauli circumplectar, et sepulcro hæream, ut pulverem videam, etc.!....

Cuando lo que se desea es un mal para sí mismo ó para los oyentes hay lo que se llama imprecacion: y conminacion cuando se amenaza con males graves y terribles castigos.

No nos detendrémos á explicar el verdadero sentido de las tremendas conminaciones y vigorosas imprecaciones que usaron los escritores sagrados, porque estas explicaciones corresponden á la sagrada teología: el orador que lea los sermones de S. Agustin sobre los salmos, adquirirá la verdadera doctrina sobre el particular.

Lo que debe tener muy presente el orador es, que la conminacion y la imprecacion, armas poderosas para despertar de su letargo al pecador, debe manejarlas con mucha prudencia, no sea que un celo indiscreto desespere al pecador endurecido en vez de salvarle; el corazon de este balancea entre el temor y la esperanza: al uno y á la otra debe atender el predicador del Evangelio, cuyo móvil constante debe ser la caridad.

Sabido es con cuánta vehemencia solia predicar de la muerte, y mas aun del juicio final, el Padre S. Efren, llamado por antonomasia EL PREDICADOR DEL JUICIO: pintábale con tal viveza, que, como dice S. Gregorio Niseno, «aliud nihil videatur deesse, nisi ut res ipsa agatur ac coram fiat.» Sin embargo, el sublime misionero de la Siria templaba sus aterradoras conminaciones con las tiernas y consoladoras ideas de la misericordia divina. En uno de aquellos terríficos diálogos en que, apremiado por las preguntas de su auditorio, respondia con las lágrimas, en el que lleva por título DE ABRENUNTIA-

TIONE IN SACRO BAPTISMATE FACTA, concluye comentando el «Venite ad me omnes qui laboratis,» y otros parecidos lugares, con cuyos comentarios derrama en el corazón de su amedrentado auditorio las dulzuras inefables de la esperanza cristiana.

Prediquemos, decia S. Agustin, las austeras y saludables verdades de la religion, sin que nos detenga el temor de desagradar á nuestros oyentes, como la madre mas amante aplica á su hijo enfermo, aunque este lo repugne, cáusticos dolorosos: apliquemos el hierro aunque la mano del enfermo rechace la del médico que quiere amputar el miembro podrido; pero hagámoslo con mucha cautela, no sea que al curar llagas envejecidas muera el paciente en nuestras manos; «ne inter manus medici deficiat qui curatur:» jamás hemos de increpar al pecador sin asegurarnos antes, examinando nuestra conciencia, de que es el amor lo que nos dirige; «dilectione nos facere.»

Estas caritativas precauciones son mucho mas necesarias cuando nos dirigimos á los que han abandonado á la Iglesia y naufragado en la fé. Los santos Padres, y en especial S. Agustin y S. Juan Crisóstomo, que son indudablemente los mejores y mas grandes apologistas de la religion, los primeros y mas profundos controversistas del cristianismo, nos han enseñado con sus lecciones y sus ejemplos el modo de conciliar los sagrados derechos de la verdad con la caridad debida á los que yerran: estudien los jóvenes tan admirables modelos, y estamos seguros que jamás caerán en la tentacion de entregarse á esas vagas y acres declamaciones, que sin decir nada al espíritu de los incrédulos, sirven solo para herir sus corazones, para irritarlos y hacerlos quizá mas obstinados. San Juan Crisóstomo recomendando que las verdades austeras de la religion se prediquen con mucha piedad, «cum pietate multa» y absteniéndose de palabras contumeliosas, dice, «qui contumelia afficitur, audacior evadit, et contumeliosum magis contemnit.» San Agustin, centinela avanzado del catoli-

cismo, en constante lucha con los turbulentos hereges de su tiempo, defendió siempre la verdad con valor y con caridad: hablando en uno de sus sermones de los que se apartaban de la iglesia católica decía, «et videmus, et toleramus, et quantum possumus reprimere conamur, disputando, convincendo, conviniendo, terrendo; tamen in omnibus diligendo.» «Ama al hombre, mata al error» era la máxima de este grande Doctor, como la del Crisóstomo, «non hæreticum sed hæresim: non hominem aversor sed errorem odio prosequor.»

Cuando el orador ha conmovido con las figuras, que acabamos de explicar, las conciencias de los oyentes, vienen muy al caso los dulces acentos de la caridad que pide el fruto de sus discursos á Dios, á sus santos ó á los mismos oyentes; entonces se comete una figura que se llama obsecracion. ¡Cuán tiernas é interesantes son las deprecaciones con que daba expansion á su corazon amoroso el Apóstol de las gentes! ¡Cómo se revelaba el bello corazon de S. Agustin en sus amorosas obsecraciones!

No era esta figura la única de que se servian los santos Padres para interesar el corazon de sus oyentes y para templar la acritud de sus reprensiones; la caridad les inspiraba mil formas diversas. El Crisóstomo, despues de reprender duramente á los que concurrían á los juegos del circo, les decía; «asperiore fortasse reprehensione usi sumus: si spectetur quidem paternus hic amor noster asperiore; sin autem gravitas delicti spectetur ne quidem satis digna.» Habiendo sabido que su doctrina sobre la comunión sacrilega, habia escandecido á sus oyentes, les decía; «mis palabras antes de llegar á vuestro corazon han herido ya el mio. Un movimiento parecido á este valió grandes elogios á Bossuet: ¹ mas en otro lugar trascribiremos algunos pasages del Crisóstomo y S. Agustin, para que los jóvenes vean que el orador

1. Tratado de la predicacion por un superior de Seminario; lib. II. parte II. art. 1. párrafo 2. pág. 433. El pasage de Bossuet está en el exordio del sermón para el día Pascua.

francés nada dijo de nuevo en el fondo, ni tal vez en la forma.

No cabe aquí ni aun indicar las exquisitas precauciones que la caridad sugirió á los santos Padres, atentos al provecho espiritual de sus oyentes y al remedio de sus necesidades, que les eran tan conocidas, como á un padre solícito, las de su familia; pero no renunciarnos á poner mas adelante algunos egemplos.

Recordemos siquiera un movimiento oratorio que manifiesta cómo la caridad concilia el rigor con la dulzura, abre nuevos caminos al celo del orador y hasta le inspira métodos que parecerian improcedentes al comun de los oradores. Eutropio favorito orgulloso y desvanecido, habia menospreciado, en el apogeo de su fortuna, los saludables consejos de su Obispo y Patriarca S. Juan Crisóstomo: en los últimos dias de su favor despojó á las iglesias de la inmunidad del asilo. Gaias pidió el destierro del ministro, el pueblo se amotinó contra él, y abandonado y aun perseguido por el Emperador se refugió á la iglesia, abrogando con esto la reciente ley del despojo que él mismo habia causado: «et suomet factio legem suam primus abrogavit.» Recibióle el santo Patriarca con caridad entrañable y valerosamente le protegió contra los ataques del pueblo y de las tropas imperiales que querian extraerle del lugar sagrado. Al dia siguiente hubo en la iglesia un concurso extraordinario; abrió sus labios el caritativo y elocuente Patriarca y dando á su discurso un giro contrario al que probablemente le hubiera dado un orador menos discreto, se abstuvo de increpar al pueblo por sus desórdenes y deseos de venganza: acusó por el contrario y acriminó la conducta del favorito caido con recuerdos para él tan amargos y con invectivas tan vehementes, que el lector poco périto al terminar la primera parte de este discurso, se sentirá inclinado á lamentar, que el Santo se permitiera un lenguaje tan sarcástico y humillante; esta preocupacion impedirá conocer la justicia de las acusaciones, y el mérito de las oportunas y delicadas salvedades que de vez en cuando

hace el orador: mas el hombre de recto juicio que lea íntegro el discurso, y trasladándose al lugar donde se pronunció, recuerde las circunstancias de aquel momento, admirará la inimitable destreza del Crisóstomo, quien en la segunda parte alcanzó un triunfo completo de los enemigos de Eutropio, excitando en sus corazones sentimientos de piedad y conmiseracion, arrancando de sus ojos abundantes lágrimas y cambiando el ódio en amor é interés hácia el objeto de su encarnizada persecucion. Solo el génio inspirado por la caridad cristiana pudo producir un discurso, bastante por sí solo para merecer al Crisóstomo el renombre de grande orador.

Al usar de la obsecracion y otras formas parecidas ha de procurar el orador hacerlo de manera que, acomodándose á su auditorio, no deprima la alteza y dignidad de su ministerio; su elocuencia debe ser noble y familiar como lo era la de los santos Padres: ellos hablaban á sus fieles como un padre habla á sus hijos; desde el púlpito les daban cuenta á las veces de sus ocupaciones y cansancio, de sus enfermedades y tristezas, y de sus viages: despues de sus ausencias les manifestaban la pena que habian sentido de no poderles predicar, y alguna vez les referian en qué se habian ocupado y les pedian razon de la conducta que ellos habian observado por su parte: vindicábanse tambien á menudo de las críticas y acusaciones que contra ellos levantaban los pecadores ó los hereges.

No citamos estas particularidades para que los jóvenes las imiten, porque es harto difícil y arriesgado; nuestro objeto es convencerles de que la caridad es el mejor maestro de la predicacion y esta virtud fué la que enseñó á los santos Padres el gran secreto de hablar de sí mismos sin faltar jamás á la delicada modestia, ni á la elevada dignidad de su ministerio, ni á las necesidades de sus oyentes. San Agustin instruyendo al predicator Deogracias, le declara los diversos movimientos que, segun la variedad de los oyentes, imprimia en su corazon

la caridad y describe los oficios de esta virtud de una manera tan bella, que preferimos no traducir sus palabras por no privarlas de su primor: «de me ipso testis sum, aliter atque aliter me moveri cum ante me catechizandum video eruditum, inertem, civem, peregrinum, divitem, pauperem, privatum, honoratum, in potestate aliqua constitutum, illius aut illius gentis hominem, illius aut illius ætatis aut sexus, ex illa aut illa secta, ex illo aut illo vulgari errore venientem: ac pro diversitate motus mei sermo ipse et procedit, et progreditur, et finitur. Et quia cum eadem omnibus debeatur charitas, non eadem est omnibus adhibenda medicina: ipsa item charitas alios parturit, cum aliis infirmatur; alios curat ædificare, alios contremiscit offendere; ad alios se inclinatur, ad alios se erigit; aliis blanda, aliis severa, nulli inimica, omnibus mater.»

LECCION XXVI.

Del buen uso del language figurado.

La lectura del comentario que hizo S. Efrén del CANTEMUS DOMINO de Moisés nos ha sugerido la idea de copiar aquel divino cántico, cuya poesía y sublime elocuencia ha excitado la admiración de célebres literatos, entre ellos de Hersan y Rollin:¹ con esto presentaremos en un solo cuadro la mayor parte de las figuras de que hemos hablado en la lección XIX y en las cuatro últimas, y sobre todo tendremos ocasión de ofrecer á nuestros jóvenes una lección práctica sobre el uso que deben hacer del language figurado.

Capítulo XV.—Del Éxodo.

ÿ. 4. Tunc cecinit Moyses et filii Israël carmen hoc Domino, et dixerunt: Cantemus Domino: gloriosè

1. Lib. IV. c. III. §. IX. t. 2. pág. 599.

enim magnificatus est, equum et ascensorem deiecit in mare.

EXCLAMACION. — SINÉCDOQUE.

2. Fortitudo mea, et laus mea Dominus, et factus est mihi in salutem: iste Deus meus, et glorificabo eum: Deus patris mei, et exaltabo eum.

METÁFORA. — METONIMIA. — ENÁLAGE. — IRONÍA hácia los que despreciaban al Dios de Israel.

3. Dominus quasi vir pugnator, ¹ omnipotens nomen ejus.

COMPARACION. — METÁFORA.

4. Currus Pharaonis et exercitum ejus projecit in mare: electi principes ejus submersi sunt in mari rubro.

5. Abyssi operuerunt eos, descenderunt in profundum quasi lapis.

ENUMERACION. — DESCRIPCION. — GRADACION. — COMPARACION.

6. Dextera tua Domine magnificata est in fortitudine: dextera tua, Domine, percussit inimicum.

APÓSTROFE. — METÁFORA. — METONIMIA. — REPETICION.

7. Et in multitudine gloriæ tuæ deposuisti adversarios tuos: misisti iram tuam, quæ devoravit eos sicut stipulam.

PERSONIFICACION Ó PROSOPOPEYA. — COMPARACION.

8. Et in spiritu furoris tui congregatæ sunt aquæ: stetit unda fluens, congregatæ sunt abyssi in medio mari.

PERSONIFICACION. — GRADACION. — DESCRIPCION.

9. Dixit inimicus: Persequar et comprehendam, dividam spolia, implebitur anima mea: evaginabo gladium meum, interficiet eos manus mea.

DESCRIPCION CARACTERÍSTICA. — GRADACION. — DISYUNCION.

10. Flavuit spiritus tuus, et operuit eos mare: sub-

1. ¡Quién no recuerda la magnífica metáfora «Dominus potens in præliis!» Sal. XXIII. 8.

mersi sunt quasi plumbum in aquis vehementibus.

METÁFORA. — APÓSTROFE. — COMPARACION.

11. ¿Quis similis tui in fortibus Domine? ¿Quis similis tui, magnificus in sanctitate, terribilis atque laudabilis, faciens mirabilia?

APÓSTROFE. — ADMIRACION. — REPETICION. — DESCRIPCION.

12. Extendisti manum tuam, et devoravit eos terra.

APÓSTROFE. — METÁFORA. — PROSOPOPEYA.

13. Dux fuisti in misericordia tua populo quem redemisti, et portasti eum in fortitudine tua ad habitaculum sanctum tuum.

APÓSTROFE. — ENÁLAGE. — METÁFORA.

14. Ascenderunt populi, et irati sunt: dolores obtinuerunt habitatores Philistiim.

15. Tunc conturbati sunt principes Edom, robustos Moab obtinuit tremor: obriguerunt omnes habitatores Chanaan.

DESCRIPCION. — ENUMERACION. — GRADACION.

16. Irruat super eos formido et pavor, in magnitudine brachii tui: fiant immobiles quasi lapis, donec pertranseat populus tuus Domine, donec pertranseat populus tuus iste, quem possedisti.

APÓSTROFE. — IMPRECACION. — COMPARACION. — REPETICION. — METÁFORA.

17. Introduces eos, et plantabis in monte hereditatis tuæ, firmissimo habitaculo tuo quod operatus es Domine: sanctuarium tuum Domine, quod firmaverunt manus tuæ.

APÓSTROFE. — METÁFORA.

18. Dominus regnabit in æternum et ultrá.

19. Ingressus est enim eques Pharao cum curribus et equitibus ejus in mare: et reduxit super eos Dominus aquas maris: filii autem Israël ambulaverunt per siccum in medio ejus.

Recapitulacion.¹

1. No cabe en nuestro plan ocuparnos en el estudio del estilo fi-

No es nuestro objeto hacer un estudio de un pasaje cuya sublimidad no necesita explicaciones: por sí sola impresiona al lector; y para quien con la simple lectura no sintiera y gustára tanta belleza, sería inútil toda explicación, como de un pasaje del profeta Amós ha dicho S. Agustín; «*Quam sit... pulcher, et quemadmodum afficiat legentes atque intelligentes, non opus est cuiquam dici, si ipse non sentit.*»

¡Cuántas veces hemos recitado este cántico entusiasmados sin reparar en las figuras, sin advertir siquiera el estilo figurado! ¡Ah! Cuando Moisés le entonó y María le cantó, y el pueblo en coros le repitió al son de instrumentos músicos, haciendo resonar la tierra con los acentos del mas vivo entusiasmo, seguro que no se ocupaban en rebuscar palabras estudiadas, aquellos espíritus dominados, arrebatados de ideas tan sublimes, de afectos tan vehementes!

Entendedlo bien, jóvenes estudiosos; el lenguaje figurado debe ser la expresión natural de un ánimo conmovido: el arte, alguna vez necesario, se ha de ocultar, y desaparecer por entero, dice S. Jerónimo: las palabras no se han de buscar; ellas se ofrecerán espontáneamente; «*sponte subijuncta videantur.*» La expresión elocuente sin llamarla seguirá á los pensamientos del orador; «*tamquam inseparabilem famulam etiam non vocatam sequi eloquentiam.*» S. Agustín.

El santo entusiasmo que agitaba el espíritu profético de Moisés exigía un lenguaje completamente figurado como el del cántico en que nos ocupamos: sin embargo hay en él grande sobriedad de figuras, pues cada palabra encierra varias y sublimes ideas, revela muchos y vivos afectos: pensamientos y afectos que cualquiera otro hubiera necesitado para expresarlos mayor número de palabras y figuras: oportunamente podemos repetir

gurado de los libros sagrados: Bossuet ha escrito del de los salmos pocas, pero preciosas páginas. *Dissertatio de Psalmis, cap. II. de grandiloquentia et suavitate Psalmorum.* Obras de Bossuet, Paris 1748. t. 1. pág. XXIII.

la pregunta de S. Agustin relativa á otro pasage «quid... est quod isto eloquio aures sobriæ plus desiderent?»

No pretendemos que los jóvenes aspiren á dar trabajos comparables con el cántico del legislador de Israel: hombre inspirado por Dios fué sublime en el mas alto grado y si la elocuencia, á juicio de S. Agustin, está en los escritos de los hombres de genio ¿cuál no debe ser la elocuencia de los enviados por el Creador de los ingenios? «¿Quos ille misit qui facit ingenia?» Pero lo que sí deseamos, y esto es muy hacedero, es que los jóvenes aprendan en este modelo á huir de un estilo afectado, y sobrecargado de figuras estudiadas.

Los santos Padres han condenado severamente el estilo hinchado y altisonante: S. Gerónimo refiere una anécdota de su maestro el grande Nacianceno; la copiamos en otra parte como crítica de los oradores de mal gusto y de los oyentes que aplauden lo que no entienden, si se les dice con estilo pomposo y rimbombante.

San Gerónimo escribiendo á Nepociano en edad avanzada, «jam cano capite et arata rugis fronte,» se critica á sí propio, recordando que en su juventud habia escrito á Heliodoro una carta en estilo pueril; «pro ætate tunc lusimus;» mas ahora no esperes ya de mi aquellas flores, agudezas y pueriles declamaciones, «ne a me quæras pueriles declamationes, sententiarum flosculos, verborum lenocinia:» prepárate á oír, como lo aconseja San Cipriano, «non disserta sed fortia.» Lo demás, dice el Crisóstomo, es propio de sofistas ó de niños ignorantes; «nam in prædicatione nimia verborum curiositas superflua esset, et sophistis digna; imo non solum sophistis, sed pueris insipientibus.» La predicacion no necesita un language fastuoso sino el espíritu y la fuerza de las sagradas Escrituras; «non ergo verborum fastu opus est, sed mente et Scripturarum peritia, sensuumque vi.» San Agustin ha encerrado esta doctrina en una de las bellas comparaciones que le eran tan usuales: el adorno, dice, es para un discurso lo que el con-

dimento para la comida; usado con moderacion, agrada, y con exceso, disgusta. El santo Doctor no reparó en criticar cierto lujo de adorno que le pareció encontrar en un pasage de la carta dirigida á Donato por S. Cipriano, cuya elocuencia por lo demás elogia el mismo S. Agustin, como no podia menos de hacerlo.

Los principios capitales que respecto al estilo hemos consignado en esta y en las cuatro últimas lecciones, los encontramos resumidos en la carta que el Nacianceno escribió á Nicobulo, que le habia consultado sobre el estilo epistolar. «La primera dote del estilo, le dice, es la claridad: el language debe ser inteligible para los ignorantes y grato por su nobleza, á los sábios: evítese toda oscuridad porque es muy desagradable descifrar logogrifos ó hacer comentarios para entender un escrito. La segunda dote es el adorno: nada de aridez, ó desaliño; fuera dichos agudos ó chistosos; lo primero hace el discurso toscó y lo segundo vano é insipido: «illud enim agreste et rusticanum; hoc inexplebile:» el verdadero adorno resulta de las sentencias graves, de los dichos notables y de las figuras; si bien estas deben ser pocas, oportunas y jamás exageradas; «perpaucas et non inverecundas.» No hay claridad ni adorno sin naturalidad. Las aves se disputaban la primacia exagerando cada una su propia hermosura y resultó que el águila ignorando que fuese hermosa, era naturalmente la mas bella de todas: «aquilæ pulcherrimum fuisse, quod non putaretur esse pulchra.» Estas reglas te bastan, concluye el santo; lo demas lo adquirirás con el ejercicio y estudio de oradores esclarecidos, «cætera ipse tuo tibi studio comparabis, cum docilitate valeas; et qui in his clari sunt et celebres te docebunt.»

LECCION XXVII.

De los tres géneros de estilo, sumiso, templado y sublime.

Comenzaba S. Basilio á predicar la VIII de sus homilias sobre la creacion, y observó que sus oyentes le hacian señas: paróse el santo, hasta que conoció por ellas que habia omitido hablar de las aves; y con gran facilidad y una transicion muy delicada cambió el giro del discurso y suplió su omision. Predicando S. Ambrosio de la misma materia, quiso imitar con estudio el olvido natural de S. Basilio y dijo; «*fugerat nos, fratres dilectissimi, necessaria de natura avium disputatio, et sermo hujusmodi nobis cum ipsis avibus evolavit.*» Está universalmente asegurada la gloria del orador de Milan, para que nada pierda, si en obsequio de los jóvenes notamos lo defectuoso de esta frase por demasiado estudiada; mas como el génio centellea, aun en sus distracciones, el santo continúa haciendo la justa observacion, de que naturalmente imitamos en la expresion las calidades de los objetos de que hablamos; «*ut cum pigrioribus immoremur, et cum velocibus celeri rapiamur adspectu: stilo quoque aut tardiore utamur aut rapido.*» S. Gregorio Nacianceno asienta la misma doctrina y usó diferente estilo del que habia empleado en otras oraciones fúnebres, en la de su hermana Gorgonia, por respeto á sus virtudes. «*Dictionis quidem venustatem et elegantiam contemntes, nam hæc quoque quam laudamus, minime compta et expolita erat atque ornatus neglectum pulchritudinem esse statuebat.*»

Si el estilo ha de ser acomodado al objeto sobre que versa el discurso, preciso es analizar en qué consiste la diferencia de estilos.

Desde muy antiguo han convenido los maestros en distinguir tres géneros: uno que llaman sumiso, llano, sencillo ó ténue; otro templado, medio ó florido, y el

tercero sublime, magnífico, grandioso ó vehemente. ¿Esta clasificacion es exacta? ¿comprende todos los géneros? No: porque el estilo resulta de los pensamientos, de la forma, de su expresion y del órden de las palabras en cada cláusula y en toda la oracion; y siendo cosas indefinidas los pensamientos, las formas, las expresiones y los modos de coordinarlas, es imposible reducir y encerrar sistemáticamente en determinadas clasificaciones todos los estilos; asi es que se han inventado ya, y podrán inventarse epítetos sin número para distinguirlos: admitimos, pues, la clasificacion de estilo sumiso, medio y sublime como convencional, no como filosófica.

Preciso es, sin embargo, reconocer que al fijarse los maestros en esta clasificacion, no lo han hecho arbitrariamente, sino fundados en la observacion de que estos tres géneros son los que comunmente se emplean en las oraciones llenas y perfectas; y como quiera que el estilo debe ser acomodado á la naturaleza del objeto sobre que se perora y al fin del orador, observaron que los objetos sobre que versan los discursos eran respectivamente ténues, grandes ó medios; y los fines primeros ó inmediatos del orador, enseñar, agradar y mover. Por esta causa los antiguos preceptistas enseñan que el estilo sumiso corresponde á las cosas pequeñas, el templado á las medianas y el sublime á las grandes; y que para instruir se emplee el estilo sumiso, el medio para agradar y para vencer y triunfar, el sublime.

San Agustin ha hecho en esta doctrina una rectificacion importante respecto á la elocuencia sagrada: el predicador del Evangelio, dice, jamás se ocupa en cosas pequeñas: sus discursos siempre versan sobre objetos grandes, como son la gloria de Dios y la salud eterna del hombre; y aun cuando trate, por ejemplo, del modo de adquirir, conservar ó perder las riquezas en grande ó en pequeña cantidad, el objeto del orador cristiano siempre es grande, porque trata de la justicia y la justicia siempre es grande: «quod ergo minimum est, minimum est; sed in minimo fidelem esse, magnum est.»

Sin embargo advierte que, aunque siempre son grandes las materias sobre que versa la predicacion, no siempre deben tratarse grandiosamente; porque para enseñar se ha de hacer sumisamente, con templanza cuando se quiere agradar y solo para vencer se ha de hacer grandiosamente; «aliquando de una eademque re magna, et submisse dicitur, si docetur; et temperatè, si predicatur; et granditer, si aversus inde animus ut convertatur impellitur.» ¿Qué hay comparable con la grandeza de Dios? y sin embargo quien explique, del modo posible, la unidad de la Trinidad, debe hacerlo sumisamente «debet.... submissa disputatione agere;» el que predica su grandeza debe emplear el estilo templado y adornado; y cuando trate de apartar al hombre de la vida pecaminosa para que sirva á Dios, debe usar el estilo sublime; «debet utique granditer dici.»

Y á fin de evitar equivocacion, téngase presente que aunque el objeto inmediato del estilo sumiso es instruir, el del templado agradar, y vencer el del sublime, en todos se ha de expresar el orador de manera que obtenga los tres resultados: «ut scilicet doceat, ut delectet, ut flectat; ut.... intelligenter, libenter, obedienterque audiatur.»

Las dotes del estilo sumiso son claridad, exactitud y cierta agudeza, no sutil, sino viva y nerviosa; «acúmen,» dice S. Agustín, para probar la verdad y refutar el error. Este género de elocucion no excluye necesariamente el adorno; pero le admite moderado no mas, y de tal indole, que le sea como natural; «quoddam decus non appetitum sed quodammodo naturale.» Hé aqui el juicio crítico que S. Basilio hizo de una composicion de este género, que le habia remitido Diódoro, presbítero de Antioquía: «frequens est sententiis ac perspicue tum adversariorum objecta, tum etiam objectis responsa continent: et simplex neque laboratum dicendi genus.»

Aqui no se toma la sencillez como una cosa baja; si el estilo sumiso tiene sus condiciones propias, su belleza es grande, porque lo es la de la verdad; y asi en muchos

casos, como dice S. Agustin, arranca aclamaciones del auditorio «*unde autem crebro et multum acclamatur ita dicentibus nisi quia veritas sic demonstrata, sic defensa, sic invicta delectat?*»

Obsérvese ademas que el orador que usa del estilo sumiso se expresa de una manera no solo inteligible, sino agradable y persuasiva; y que este estilo puede sostenerse largo tiempo porque no produce fuertes impresiones.

El templado se aparta de la sencillez del sumiso y no se acerca á la altura del sublime; por esto y no porque sea despreciable, se llama medio, dice S. Agustin; «*inter utrumque quasi media, et ob hoc modica, hoc est moderata dixerunt.... nam modica pro parvis abusive, non propriè dicimus:*» su objeto inmediato es agradar, y es susceptible de figuras y tropos como de todas las galas de una locucion florida; por esta razon suele llamarse estilo florido: su fisonomia, dice S. Agustin, es bella y esplendorosa; «*facies pulchræ ac splendidæ dictionis;*» y dicho está ya que el adorno debe ser varonil; «*illa quoque eloquentia generis temperati apud eloquentem ecclesiasticum, nec inornata relinquitur nec indecenter ornatur.*»

Este género de locucion termina en el agrado que produce; pero el orador cristiano, segun S. Agustin, no ha de limitarse á esto, sino que debe servirse del agrado para hacer amable la virtud y aborrecible el vicio; «*ut bona morum diligentur, vel devitentur mala;*» de esta manera no solo unirá la instruccion al agrado, sino que ademas persuadirá.

Los pensamientos nobles, enérgicos y vehementes acompañados de una expresion rica con figuras atrevidas, de vivos y rápidos movimientos, constituyen el estilo sublime: no es posible describirle como lo hizo San Agustin, sino copiando sus mismas palabras: «*grande autem dicendi genus hoc maxime distat ab isto genere temperato, quod non tam verborum ornatibus comptum est, quam violentum animi affectibus. Nam capit etiam*

illa ornamenta pene omnia; sed ea si non habuerit, non requirit. Fertur quippe impetu suo, et elocutionis pulchritudinem, si occurrerit, vi rerum capit, non cura decoris assumit. Satis enim est ei propter quod agitur, ut verba congruentia, non oris eligantur industria, sed pectoris sequantur ardorem.»

El estilo sublime sirve para vencer y triunfar de la resistencia que opone el corazón de los oyentes: pero ¿quién duda, pregunta S. Agustín, que para obtener este resultado es necesario hablar de una manera inteligible y agradable? «¿quis movetur, si nescit quod dicitur? ¿aut quis tenetur ut audiat, si non delectatur?»

Este género no se puede prolongar porque ni el orador ni los oyentes pueden soportar por mucho tiempo sus violentas excitaciones; ya lo digimos en la lección XX.

Los tres géneros de elocución, lejos de ser incompatibles, se reúnen perfectamente en un mismo discurso: en el sublime casi siempre es una necesidad el combinarlos: porque, según S. Agustín, las cosas grandiosas lo parecen mucho más al lado de las sumisas; «ex illorum fiant comparatione grandiora, et eorum tanquam umbris luminosiora reddantur.» En los otros dos géneros casi nunca puede prescindirse del sumiso, porque siempre hay necesidad de instruir: y de todos modos un discurso de un solo estilo sería monótono y fatigaría la atención del auditorio: por el contrario una variada oración agrada y sostiene la atención, aunque se prolongue; «etiamsi longius eat, decentius procedit oratio.» S. Juan Crisóstomo indica el método y camino que ha de seguirse para corregir al que se halla dominado del amor de las riquezas: la ejecución del plan que propone el santo Doctor, empeñaría al orador á servirse sucesivamente de los tres géneros de elocución. Por lo común en todo discurso perfecto se usan los tres géneros, aunque se califica de sumiso, templado ó sublime, según es el estilo que predomina: «ei tamen generi dictio tota tribuitur, cuius copia prævaluerit.» S. Agustín.

Antoniano, Obispo de Numidia, despues de haber asegurado á S. Cipriano el ánimo de permanecer en la comunión católica con el Papa Cornelio, le escribió una segunda carta en la que se mostraba vacilante en su propósito; S. Cipriano, al contestarle, explica los puntos del dogma y de la disciplina relativos á las cuestiones indicadas por Antoniano; y lo hace con tanta claridad, suavidad y elegancia, que no es fácil ofrecer á los jóvenes modelo mas acabado del estilo sumiso. A este género corresponden tambien las catequesis que conservamos de S. Cirilo, S. Juan Crisóstomo y S. Agustin; de este último tenemos cuatro explicaciones de la ORACION DOMINICAL, todas excelentes. En este estilo han de ejercitarse los catequistas, quienes deben estudiar con atención el precioso tratado que para ellos compuso el mismo S. Agustin.

San Ambrosio escribió contra los Novacianos dos excelentes libros de la penitencia: tratábase de un punto dogmático y el santo Doctor enseña tranquilamente y discurre con severo raciocinio; el objeto de su trabajo requería un estilo sumiso; pero no pudo menos de interesarse la caridad del Obispo y esta dió al discurso calor y movimiento: cooperaron la razón del Doctor y el corazón del Prelado, resultando una composición que puede servir de modelo para el estilo templado.

Symaco, Senador y Prefecto de Roma, exigía que se restableciese el altar erijido á la Victoria; S. Ambrosio se dirigió al Emperador Valentiniano rogándole que no accediese á una petición tan injuriosa á la religion verdadera. Este escrito es sumiso, reverente, razonado y sentimental; está redactado con maneras delicadas y al mismo tiempo refleja en él la noble entereza del Obispo católico. En muchas composiciones de este santo dominan á la vez el vigor de su espíritu y la ternura de su corazón; resultando un estilo templado, cuya lectura reproduce la imágen de aquella imponente figura que detenía en sus proyectos á los Emperadores de la tierra, y re-

cuerda la verdad con que se ha dicho que los labios del santo Doctor destilaban miel dulcísima.

Muy conocida es y digna de estudiarse como ejemplo de estilo templado, la arenga que, según el Crisóstomo, dirigió al Emperador Teodosio el venerable obispo Flaviano.

El conde Bonifacio, gobernador de Africa, honrado con la amistad de S. Agustin, era hombre piadoso; pero desgraciadamente se enfrió su fervor y aun se relajaron sus costumbres: irritado por algunos desaires que recibió y por el desdén con que la Corte le trataba, llegó al extremo de ceder la Mauritania á los Vándalos. San Agustin no olvidó á su amigo, y le escribió una carta notabilísima por la caridad que en ella resplandece, y por las delicadas precauciones de que se vale. Despues de algunas piadosas consideraciones, le recuerda la conducta cristiana que habia observado hasta la muerte de su primera muger; los fervientes deseos que entonces le animaban de consagrarse con mas esmero al servicio divino: «nos novimus, nos testes sumus quid nobiscum apud tubanas de animo et voluntate tua fueris collocutus. Soli tecum eramus, ego et frater Alypius. Non enim existimo tantum valuisse terrenas curas, quibus impletus es, ut hoc de memoria tua penitus delere potuerint.» Habla luego de los crimines de que la voz pública le acusaba, añadiéndole sin embargo, que por su parte no daba entero crédito á tan siniestros rumores y que nada deseaba tanto como el que careciesen de fundamento; llega á su traicion, pero no le hace de ella acusacion directa, sino se limita á pintarle vivamente los males con que los bárbaros aflijen y oprimen el Africa; y la grande admiracion que causa el que esto suceda, siendo gobernador el conde Bonifacio, de quien todos esperaban que habia de gobernar con justicia á los propios, y vencer valerosamente á los estraños; esta animada discripcion acaba con una delicadísima reticencia: «et nunc quam in contrarium versa sit spes omnium vides; nec diutius hinc tecum loquendum est, quia plus ea tu

potes cogitare, quam nos dicere.» Recuérdale por fin la doctrina cristiana, le dá consejos de perfeccion acomodados para vencer las pasiones que le habian precipitado, y termina con un cumplimiento que, aunque muy fino, no deja de ser la sincera expresion de la caridad que le dictaba; «hæc ad te, fili dilectissime, ut scriberem charitas jussit, qua te secundum Deum, non secundum hoc sæculum diligo, quia et cogitans quod scriptum est, *corrige sapientem, et amavit te; corripe stultum, et adjiciet odisse te*; non te utique stultum sed sapientem debui cogitare.»

El estilo dominante en esta carta es templado: el jóven orador puede aprender en ella el arte, muy difícil en sí mismo, pero fácil á la caridad, de insinuarse en el corazon de los pecadores; S. Agustin recabó el de uno de los primeros generales del imperio arrastrado por la cólera á la mas negra traicion, y la victoria del Santo fué decisiva. Bonifacio rompió su traidora alianza y tomó las armas para arrojar los Vándalos del Africa, cuyas puertas él mismo les abrió.

Sabemos por el mismo S. Agustin que en dos ocasiones tuvo que desplegar todas las fuerzas de la elocuencia mas vehemente: «egi quidem granditer quantum valui;» su triunfo fué completo en ambos casos; se abolieron los juegos sangrientos á que en ciertos dias se entregaban los habitantes de Cesaréa en Mauritania, y quedó desterrada de Hipona la corruptela de comer y beber con exceso en los dias dedicados á celebrar la memoria de algunos santos. Por las relaciones que hace, puede juzgarse que sus discursos serían modelos acabados de estilo sublime.

Supo S. Juan Crisóstomo que algunos fieles de Constantinopla habian concurrido en dias de Semana Santa á los teatros y juegos públicos: atravesado de dolor su corazon exaló quejas amarguísimas y prorumpió en una homilia de ideas tan elevadas, con afectos tan vehementes y estilo tan grandioso que, aun traducida al latin, su lectura, hablamos por experiencia, conmueve,

estremece y aterra. No es posible calcular el efecto que en los ánimos de los oyentes producirían los rayos de aquella elocuencia que no sabemos como llamarla, si no nos es permitido llamarla sobrehumana: es una de las homilias mas cortas del Crisóstomo y no es extraño; lo admirable es que apesar de su moderada extension tuvieran fuerzas, el orador para pronunciarla y los oyentes para escucharla. Pero advertimos que no deben repetir los oradores en el púlpito algunas de las ideas emitidas por aquel orador extraordinario en tiempos y circunstancias tan diferentes de los actuales: por lo demas no hemos visto, ni tal vez aventuramos nada afirmando, que no es posible encontrar nada igual, en el género de elocuencia sublime, á esta homilia, cuyo título es *ADVERSUS EOS QUI ECCLESIA RELICTA, AD CIRCENSES LUDOS*, etc.

Si no temiéramos ser prolijos citaríamos algunos de los pasages sublimes en que abundan los escritos de San Cipriano. Lo harémos en otro lugar; ¡ojala que los jóvenes se familiaricen con la lectura de este grande Doctor á quien apostrofaba en el siglo IV nuestro compatriota Prudencio en esta forma:

«Dum liber ullus erit, dum scrinia sacra litterarum,
Te leget omnis amans Christum, tua Cypriane discet.
Spiritus ille Dei, qui fluxerat auctor in prophetas
Fontibus eloquii te cælitus actus irrigavit.» ¹

En la segunda parte de esta obra copiamos ó citamos pasages de los santos Padres pertenecientes á los tres géneros de estilo. Confiamos que los jóvenes no nos acusarán de prolijos: mas bien sentirán que los límites naturales de este trabajo no nos hayan permitido dar mayor extension á esta materia.

Concluimos observando que *SUBLIME* es lo superior, lo mas elevado en su género: la sublimidad objetiva, permítasenos el término, está en las cosas; y la subjetiva en las ideas ó en los sentimientos; las ideas y sentimientos sublimes pueden expresarse con language natural y sen-

1. Hymnus XIII, passio Cypriani Martyris. Amsterdam, 1625 pág. 146.

cillo: en tal caso hay sublimidad mas no estilo sublime, el cual resulta de la grandiosidad de la expresion, como le hemos descrito ya en esta misma leccion.

«Fiat lux et facta est lux:»¹ idea sublime expresada con sencillez. «Si consistant adversum me castra, non timebit cor meum. Si exurgat adversum me praelium, in hoc ego sperabo:» sentimiento sublime y expresion natural.² El salmo CVI. es sublime en las ideas, sentimientos y expresion.

Algunos críticos franceses, de los cuales solo recordamos ahora Villemain, aseguran que Bossuet fué mas sublime que S. Juan Crisóstomo: no negamos que el estilo del orador francés es algunas veces mas sublime y elegante que el del Crisóstomo; y la causa se comprenderá fácilmente si se atiende á la diferencia de épocas y circunstancias, como respecto á los Padres en general observamos en las lecciones VII, XIX y XXX. Por lo demas nunca la lectura de los pocos discursos reputados como las obras maestras de Bossuet nos ha hecho sentir las impresiones de lo sublime, con la fuerza y vehemencia con que nos conmueven muchos discursos del Crisóstomo: y de todos modos nos parece una exageracion, decir «que si el Crisóstomo pudiera compararse con algun otro orador, sería con Bossuet, si posible fuera que este tuviera iguales, y si no hubiera poseido aquel don de lo sublime en un grado á que rara vez llegó la elocuencia cristiana antes que él.»³

Si alguna de las corporaciones científicas propusiera para los concursos que suelen promover, problemas comparativos entre los antiguos y modernos oradores cristianos, prestaría un servicio importante á la literatura en general, y á la eclesiástica en particular; y no dudamos que el resultado sería gloriosamente ventajoso para la memoria de los oradores de nuestra venerable antigüedad cristiana.

1. Génesis c. I. v. 3.—2. Psalm. XXVI. 3 y 4.

3. Villemain, de la elocuencia cristiana en el siglo IV. Paris, 1856. pág. 180.

LECCION XXVIII.

De los ejercicios de composicion.

La idea de un arte, dice S. Agustin, es mas bella en la mente del artista, que en sus obras; pero en estas es donde aparece completa; «*intus in animo.... ars ipsa pulchrior est.... sed.... foris probat in opere; et hoc est perfectum.*» Asi, pues, para ser orador no basta conocer la teoría de la elocuencia; sino que es necesario practicarla. Los jóvenes practicarán esa teoría imitando buenos modelos, y observando en este ejercicio las reglas del arte: he aquí lo que se llama COMPOSICION.

San Bernardo ha expuesto, como hombre experimentado, las dificultades que presenta, y la labor que exige la composicion. Agópanse á la mente como en tropel, dice, y con grande variedad, los términos, las oraciones y los pensamientos. ¡Cuánto trabajo para desechar por intempestivo mucho de lo que ocurre, y para buscar lo oportuno que, ó no viene á la mente, ó pasa fugaz! ¡Qué intension de ánimo para combinar la doctrina útil y las ideas exactas, con la belleza de la expresion, de tal modo que satisfaga el criterio del buen gusto! «*Quantus enim tumultus est in mente dictantium, etc.!...*»

Sin embargo todas esas dificultades son vencibles, ejercitándose bajo la direccion de los maestros; y aunque estos sabrán adoptar entre los diversos métodos, aquel que mas convenga á sus discípulos consultando todas las circunstancias de cada localidad, séanos permitido exponer las observaciones de nuestra experiencia, ya en la enseñanza, ya por la parte que hemos tenido en la direccion de estas escuelas eclesiásticas.

El primer trabajo es la lectura de buenos modelos; pues, como aconseja S. Agustin, el joven debe ejercitarse en oír ó leer á los varones elocuentes, y con su imitacion aprovechará mas que con las lecciones de los

maestros de retórica: «ad legendos vel audiendos et exercitatione imitandos eloquentes eum mitto libentius, quam magistris artis rhetoricæ vacare præcipio.» Afortunadamente son tantos, añade, los varones eclesiásticos que con elocuencia han explicado la palabra de Dios, que falta tiempo para leerlos.

A la lectura sigue la traduccion literal del pasage que se quiere imitar; para la cual las explicaciones del profesor facilitan á los discípulos la inteligencia del texto, de cuyo sentido se apoderan al cabo.

Despues de este trabajo oral viene naturalmente la version por escrito del mismo pasage, en la cual las ideas y sentimientos del autor se han de expresar en castellano fielmente, aunque no palabra por palabra, sino con toda la libertad que permiten la riqueza y flexibilidad de nuestro idioma. Como preparacion para esa tarea recomendamos á los jóvenes la preciosa carta DE OPTIMO GENERE INTERPRETANDI, que S. Gerónimo dirigió á Pamachio, y de que en otro lugar copiaremos parte. La repeticion de estos ejercicios, primero limitados á una corta composicion como un exordio ó narracion, una argumentacion oratoria ó peroracion, un pasage patético ú otro en que se usen ya vivas interrogaciones, ya enérgicas apostrófes ó la animada personificacion; y después ampliándolos á la traduccion y análisis crítico de las homilias de los Padres, darán al profesor ocasion, tanto para inculcar en el ánimo de sus discípulos los preceptos del arte, como para formarles su buen gusto haciéndoles observar la exactitud y delicadeza con que han sido aplicados por los grandes oradores.

Para que se acostumbren á estudios críticos, quisiéramos que los jóvenes leyeran las análisis que hizo san-Agustin de algunos pasages de la sagrada Escritura, y especialmente la que nos ha dejado de un lugar del profeta Amós: mil veces la hemos leído, y siempre hemos experimentado un nuevo placer: tendrán tambien los jóvenes con la lectura de una página donde se nota la pericia del profesor de elocuencia de Tagaste, Cartago,

Roma y Milan, y la delicadeza del gusto mas exquisito; realizado todo por la dulce y penetrante uncion del alma del grande Agustin.

Cuando los alumnos se hayan preparado con esos estudios analíticos, entrarán de lleno y con utilidad en el trabajo de la composicion; para ella puede señalarse un lugar de la sagrada Escritura que haya sido expuesto y explicado por los Padres, indicándoles una ó dos homilias á lo mas, para evitarles confusion, y concediéndoles el tiempo necesario para que meditándolas, puedan hacer suya la materia: provistos de esos materiales compondrán una oracion corta, pero llena con las cuatro partes esenciales del discurso; ó si el asunto lo permite, con la narracion tambien y refutacion.

Y escrita en papel con ancha márgen para ser anotada, la someterá el alumno al exámen de su catedrático, quien notará en la márgen los defectos de composicion que en ella advierta: el autor la pronunciará de memoria en la clase y en seguida el profesor manifestará los defectos anotados, para que todos aprendan á evitarlos en las composiciones que á su vez tengan que hacer, y el autor conserve con su trabajo las correcciones de su maestro.

Antes de dar por terminados los ejercicios de composicion conviene ejercitar á los alumnos en lo que se llama *improvisacion*. Este trabajo se facilita mucho preparando el profesor una ó dos homilias de los santos Padres, sobre la materia que ha de servir para el discurso del alumno: á quien se darán veinte y cuatro horas para disponerse, ó menos tiempo, segun los adelantos que hiciere. El compositor se limitará á conceptuar bien su discurso, pero sin escribirle; únicamente consignará en un papel los puntos cardinales, como la idea dominante en el exordio, la proposicion y en su caso la division, el órden con que ha de presentar las pruebas y la idea de la peroracion: esto le bastará para asegurar su proceder, y aliviar el trabajo de la meditacion. Fácil será al maestro conocer si el discípulo ha hecho su tra-

bajo lealmente como se le habia ordenado, ó si, por el contrario, le ha escrito y aprendido de memoria. Si los alumnos desean ver esta especie de minutas, en el tomo XXVIII de la Coleccion de Oradores sagrados publicada en Paris por el Abate Migne, hallarán varias de las que Fenelon escribió al prepararse para predicar.

La elocuencia de los Padres es el tipo que se han de proponer los jóvenes, y por lo mismo el modelo para sus composiciones ha de ser en latin; pues en este idioma se hallan escritas las obras de los Padres del occidente y á él se han traducido las de los Padres griegos, cuya lengua pocos conocen bastante para ejercitarse en la composicion. Con un modelo latino el compositor se ve obligado á usar una expresion enteramente nueva; y esto, que exige una séria reflexion sobre los pensamientos del original, le facilita hacer los suyos. Por este medio la atencion se excita, se aumentan y se rectifican las ideas, el juicio se asegura y se forma el gusto.

La imitacion consta de dos elementos, de los cuales el uno, que son los pensamientos y, en parte, sus formas, se toma del autor imitado; y el otro, que es la expresion, le ha de sacar el imitador de su propio caudal. Así, pues, los modelos en castellano no son á propósito; porque imitar no es copiar, sino componer sobre un tipo dado; y si este fuese en castellano, el alumno fácilmente haria suyos los pensamientos del modelo, pero al buscar una expresion nueva y correcta saldria mal con su intento, porque copiaria el original, ó la frase seria menos elegante, ó la afearia con palabras de rebusco, sino es que su composicion adoleciese de todos estos defectos.

Menos á propósito y aun mas nocivo juzgamos que seria el que los modelos fuesen en francés; ya porque esto supone que el alumno sabe ó ha de aprender el idioma, ya porque es necesario pensar sériamente en preservar á la juventud del contagio *galiparlista* que amenaza acabar con la hermosura de nuestra habla, cuya índole tienden á corromper tantos galicismos

como la adulteran esencialmente en su régimen y construcción.

No pretendemos condenar para siempre la lectura de los oradores franceses de primer orden, cuyo número, sea dicho en paz, es muy corto: ni desconocemos las ventajas que de esta lectura puede alcanzar un orador ya formado y de maduro juicio; mas no es lo mismo respecto á los jóvenes que empiezan á ejercitarse en la composición oratoria. El celo y habilidad del profesor podrá disminuir el mal, pero siempre sería este grande.

Demás de esto, los buenos oradores sagrados, sean franceses ó de cualquiera otra nación, todos se han formado estudiando el mismo tipo que señalamos como la fuente mas pura, es decir, los santos Padres; así es que en el fondo, como en los pensamientos, y en todo lo que constituye la vida y el alma de la elocuencia sagrada, nada nuevo leerán los jóvenes en aquellos oradores, que no puedan encontrar en los Padres. Hallarán tal vez ventaja en el estilo, pero sobre no ser indispensable aquella lectura para perfeccionar el estilo, es urgente mirar por la pureza de nuestro idioma.

Cuando hemos comenzado por desechar los modelos en castellano, nadie podrá tacharnos de parciales porque tampoco aprobemos los escritos en francés; sobre ambas lenguas está su madre comun la latina, cuya exactitud, magestad, energía y concisión es mal conocida de los jóvenes; ejercíteseles en temas latinos para que su estilo adquiera esas buenas dotes, y realzándole con las de nuestra lengua tan copiosa y flexible, tan dulce y sonora, podrán escribir cláusulas magestuosas y floridas como las de Granada y Estella.

Tan grande es nuestra convicción que quisiéramos que los alumnos compusieran durante el último año de su carrera literaria dos ó tres sermones en latin: así se aficionarian á un lenguaje concreto, y les disgustaria la superflua verbosidad, que es frecuente vicio en los jóvenes: con esto irian acostumbrándose á prescindir en las composiciones destinadas al público, del lenguaje fami-

liar y ordinario, lo que es difícil lograr ejercitándose exclusivamente en la lengua castellana. ¿Cómo desentenderse de los términos y locuciones que oímos en la cuna, que usamos en el hogar doméstico y de que todos nos servimos en el trato familiar? componiendo en una lengua que no siendo usual ni movediza, conserve su nobleza primitiva; en una lengua invariable é inmortal en sus destinos, y muerta para el uso comun: esa lengua, es la latina.

En esta parte casi todo pende de la direccion de los profesores; á estos incumbe dar á conocer las bellezas de los modelos latinos y dirigir á sus alumnos en la análisis y traduccion, alentándoles para vencer las dificultades de su trabajo. Las primeras producciones serán defectuosas; mas con el ejercicio irán siendo mas aliñadas y cada vez acercándose mas á la perfeccion: cuando lleguen á traducir con soltura los discursos de los Padres, recogerán el fruto de su perseverante aplicacion; porque sabrán presentar las ideas de tan grandes oradores engalanadas con los ricos adornos de nuestra lengua: entonces admirarán la elocuencia de aquellos santos Doctores, y conocerán el perjuicio que ha causado á la juventud la preocupacion de que es duro todo escrito en latin; porque confundiendo lo que se adquiere con leve trabajo, con lo que es elocuente, solo le agrada el fácil y conocido language patrio; «dulcius enim ab unoquoque suscipitur, quod patrio sermone narratur.» Casiodoro.¹

LECCION XXIX.

Cuándo y cómo se ha de predicar de memoria,
ó de concepto.

Los ejercicios de que acabamos de hablar harán conocer prácticamente á los jóvenes, que la composicion de

1. De instit. divin. litter. præf. t. II. fol. 538.

los discursos predicables, exige un trabajo sério, pero imprescindible. Quien por pereza ó presuncion, predica-se sin haberse preparado convenientemente, faltaría, no solo á la obligacion que tiene de predicar al pueblo de una manera provechosa, sino tambien al respeto debido á la palabra divina, que, segun el precepto de S. Pablo á Timoteo, debe ser bien manejada; «recte tractantem verbum veritatis.»¹

San Juan Crisóstomo recomienda eficazmente al predicador que prepare y componga cuidadosamente sus discursos; y S. Agustín escribia á S. Gerónimo, que no podia ocuparse como deseaba en ciertos estudios, porque todo el tiempo que le dejaban libre sus ocupaciones, le necesitaba para preparar lo que habia de decir al pueblo fiel. Al concluir uno de sus sermones, decia; «aprovechaos de lo que acabo de deciros, cuya preparacion me ha costado mucho trabajo: magno labore quæsitæ, et inventa sunt.»

Todos los maestros están acordes sobre la necesidad de preparar lo que se ha de predicar: en lo que varian los pareceres es acerca del método que se ha de seguir. ¿Conviene escribir íntegramente los sermones, y predicarlos literalmente palabra por palabra? ¿ó es preferible limitarse á meditar bien sobre la materia, y fijar el plan; consignar en el papel el órden que se ha de llevar, apuntar las principales pruebas y preparar las transiciones; notar algunas expresiones fuertes, determinadas formas ó figuras y despues de bien conceptuado pronunciarlo, dejando á la inspiracion del momento la generalidad de los términos y el proceder del discurso?

Estas cuestiones son graves; y una resolucion impremeditada puede conducir en la práctica á extremos transcendentalmente perjudiciales. Cuando se predica de memoria lo escrito, puede guardarse órden exacto y usar un estilo severo y aliñado: en cambio el orador consume mucho tiempo en prepararse; se expone á que

1. II. Ad. Timot. II. 15.

una distraccion le haga interrumpir el discurso, ó á que preocupado con el cuidado de la memoria y esclavo del manuscrito, carezca de libertad para dejarse llevar de las inspiraciones que acaso reciba; á que la pronunciacion sea monótona y nunca animada, ó la accion tan amanerada que cási parezca á un niño que recita la leccion en la escuela. En tal caso el auditorio no se interesaría y permanecería bastante frio para observar los defectos que tal vez haya en la composicion y en su pronunciacion.

El que, por el contrario, improvise con las condiciones apuntadas, ahorrará mucho tiempo; ventaja muy atendible para quien, sobre la predicacion, tiene otras ocupaciones del ministerio; su discurso se desarrollará con libertad; nada cohibirá el movimiento natural del alma, y de su corazon apasionado saldrán palabras vivas y calorosas: su accion será propia y natural. Conmovidos los oyentes por esta fogosa elocuencia, se ocuparán necesariamente de lo que oyen; entrarán dentro de sí mismos, y solo cuidarán del interés de su salvacion; se olvidarán del orador y aunque este no guarde el mejor órden, cometa alguna impropiedad en la expresion, é incurra en alguna repeticion ó redundancia, los oyentes no percibirán esas pequeñeces y en ningun caso harán por ellas un cargo al celoso predicador olvidado, al parecer, del arte, y atento exclusivamente á los intereses eternos de su auditorio.

Bien pesados los inconvenientes y ventajas de cada método, es indudable que el de la improvisacion es preferible por mas natural, y hasta necesario á los que tienen sobre sí multiplicadas y graves ocupaciones del ministerio. Pero es de advertir al que haya de predicar por este método, que necesita buen caudal de doctrina, copia de términos y facilidad para producirse. Los jóvenes, en general, carecen de estas condiciones y no deben improvisar en la predicacion solemne; pero pueden y deben ir adquiriendo las dotes de la improvisacion. En los primeros años del ministerio deben escribir con

esmero sus sermones, y pronunciarlos de memoria; mas adelante deben escribirlos, meditarlos y pronunciarlos sin atenerse literalmente al manuscrito: y cuando, merced á este trabajo, hayan adquirido sana y copiosa doctrina, madurado su juicio, depurado su gusto y formado un buen estilo, entonces entréguese confiadamente á la improvisacion, y miren como enojosa y poco digna ocupacion, para los que prestan servicios importantes á la Iglesia, el consumir un tiempo precioso en redondear cláusulas, en limar frases, en buscar en todo el número, peso y medida: «ne quid nimis.»

San Agustin en sus dos obras didácticas sobre la elocuencia del púlpito, exige del orador que observe atentamente á su auditorio y que, segun las necesidades de este y la impresion que el discurso vaya produciendo, cambie el giro y abrevie ó retarde la conclusion, lo cual no pueden hacer los que predicán de memoria: «quod in potestate non habent, qui præparata, et ad verbum memoriter retenta pronuntiant.» Al dar este consejo, se ha retratado á sí mismo: porque es fácil observar en sus sermones la insistencia con que, variando de forma, repite las ideas, y cómo su discurso va animándose á medida que su auditorio le comprende; si se quiere una prueba, entre las muchas que pudiéramos citar, véase su sermon CCLXXXVIII. No solo San Agustin, sino todos los santos Padres pronunciaban por lo comun sus discursos, no de memoria, sino conceptuados: asi lo aseguran Fenelon, decidido partidario de este método,¹ y otros escritores de nota: pero nadie, que sepamos, se ha ocupado en probarlo: solo el padre La Rue en el prefacio de sus sermones, á la vez que recomienda con mucha eficacia el método de la improvisacion, cita tres casos en que S. Agustin improvisó sus discursos.²

Como es de interés para la historia de la elocuencia

1. Fenelon recomienda este método en los diálogos I. y II. sobre la elocuencia.

2. Colec. de oradores sagrados; Migne t. XXVIII. pag. 199.

sagrada averiguar, cuanto sea posible, el método que en esta parte observaron los santos Padres, indicaremos en la leccion próxima algunas reflexiones, y consignaremos varios hechos, para esclarecer este punto.

LECCION XXX.

Los santos Padres predicaban ordinariamente de concepto.

La simple lectura de las obras predicables de los santos Padres nos descubre que no pronunciaban de memoria sus sermones. San Juan Crisóstomo y S. Agustin, por ejemplo, sin dejar de ser grandes oradores, incurrian en ciertos defectos de estilo; tales son, falta de órden, redundancia y alguna repeticion: ¿procedían estos defectos de falta de arte ó de habilidad? no por cierto; pues en el discurso de esta obra hemos visto que aquellos preclaros varones conocian muy bien la teoría del arte: ademas los seis preciosos libros DEL SACERDOCIO, escritos por el Crisóstomo; la CIUDAD DE DIOS de S. Agustin, sus libros de LA TRINIDAD, y la mayor parte de sus cartas, modelos de urbanidad y de elegancia, carecen de aquellos defectos; nada dejan que desear por la pureza y severidad del estilo; ¿de dónde procede, pues, la diferencia entre unas y otras composiciones? no encontramos explicacion plausible, sino diciendo que las homilias y sermones fueron predicados de concepto; y de ahí aquellos pequeños defectos, inherentes á la improvisacion.

Es digno de notarse que los mas grandes oradores del siglo de oro de la elocuencia cristiana, vivieron agitados por crudas persecuciones, ó envueltos en gravísimos negocios por el servicio de la Iglesia y del Estado: aun en las épocas, para ellos bonancibles, la predicacion no era mas que una de sus continuas ocupaciones:

predicaban, sin embargo, todos los dias festivos, muchos entre semana, á las veces por mañana y tarde, y por largas temporadas lo hacian diariamente; ¿podia quedarles tiempo para escribir y aprender sus discursos? No; y esto lo conocerá cualquiera que tenga alguna experiencia del espacio y trabajo que se necesita para escribir y aprender los sermones.

La vehemencia, la efusion el caloroso movimiento de muchos pasages de los santos Padres llevan el sello de la espontaneidad que nace de la improvisacion.

Déense á estas consideraciones el valor que se quiera; para nosotros, lo decimos con profunda conviccion, son demostraciones concluyentes, como lo serán para todos nuestros lectores los hechos que ligeramente vamos á apuntar.

Recuérdese que S. Basilio improvisó la homilía VIII. de su HEXAEMERON, segun hemos referido en la leccion XXVII.

En otra ocasion las ocupaciones de su ministerio pastoral le retuvieron mas tiempo del que se habia propuesto en una iglesia distante de aquella en que los fieles le esperaban, ocupándose estos entre tanto en cantar algunos salmós; llegó por fin el santo Doctor, y despues de excusar su tardanza, informándose del salmo que cantaban á la sazón, improvisó sobre él una homilía: «porro ne diutius detentis vobis simus molesti, ubi pauca ex eo psalmo quem vos canentes deprehendimus, disseruerimus.... singulos ad habendam corporis curam dimittemus. Quid igitur erat quod a vobis canebatur? etc....»

Al comenzar el mismo Santo su homilía DE GRATIARUM ACTIONE se propuso explicar los tres puntos de aquellas palabras de S. Pablo; «semper gaudete, sine intermissione orate, in omnibus gratias agite;» su celo y facundia le hicieron detenerse mas de lo que habia pensado en la explicacion de estas solas, «semper gaudete;» y al dia siguiente concluyó la exposicion del texto que, como él mismo dice, se habia propuesto explicar el

dia precedente con mas brevedad: «*quique paucis sensum et intelligentiam eorundem prestituros nos sperabamus, inventi sumus longe plura quam diximus omis- sisse, etc....*» La justamente celebrada homilía del mismo, «*IN EBRIOSOS*» debió de ser una sublime improvisacion, puesto que le fué inspirada por los excesos á que se habian entregado el dia anterior algunos fieles de Cesaréa.

Sabida es la persecucion que la Emperatriz Justina, fautora de los arrianos, movió á S. Ambrosio; y la fortaleza con que el Santo se negó á entregarles la BASÍLICA NUEVA. El Domingo de Ramos se declaró abiertamente la persecucion y el Santo permaneció aquel dia y los dos siguientes en la Iglesia, sin abandonarla de dia ni de noche; las tropas imperiales cercaron el templo donde los fieles permanecieron con su pastor. Menudeaban los mensajes de la Corte, unas veces amenazando, y otras contemplando al santo Obispo; pero ni las amenazas ni los alhagos quebrantaron su denodado espíritu. En estos dias de prueba el imperturbable Ambrosio no solo se ocupó en recibir y despachar mensajes, sino principalmente en la celebracion de los divinos misterios y en la salmodia; tres veces predicó comentando los pasages de la sagrada Escritura, cuya lectura correspondia, segun el órden litúrgico, en aquellos dias: sus discursos fueron correspondientes á las circunstancias del momento, y á veces tan oportunos que cambiaba su giro, segun eran favorables ó adversas las noticias que recibía.

En análogas circunstancias encerrado tambien en el templo asediado de soldados, y en medio del pueblo fiel que se agrupaba al lado de su querido pastor, improvisó su elocuentísimo sermon contra el arriano Auxencio, que fomentaba y dirigía la persecucion.

La sucinta reseña que hicimos en la leccion XXV del notable discurso pronunciado por S. Juan Crisóstomo, con ocasion de la caida del favorito Eutropio, demuestra que fué una sublime improvisacion; y al mismo género pertenecen indudablemente las XX homilías que,

con motivo de la sedición de Antioquía, predicó el santo Doctor en otros tantos días consecutivos. Todas ellas corresponden á las inesperadas circunstancias del momento, y á las novedades que se sucedían sin cesar en aquellos días de mortal angustia para su querido pueblo. Seríamos por demas prolijos si apuntásemos las muchas ocasiones en que S. Juan Crisóstomo declara que, por causas imprevistas, determinaba predicar sobre asuntos diferentes de los que se habia propuesto.

Posidio, obispo de Calamina, que, como él mismo asegura, conservó por cuarenta años la amistad de S. Agustín, dice que el santo Doctor improvisaba sus oraciones; «*repentinis sermonibus*» y que predicando un día y habiendo entrado en la Iglesia el maniqueo Firmo, San Agustín cambió el plan de su discurso para ocuparse en combatir el maniqueismo, logrando llevar la convicción al espíritu del herege. Pero veámos algunas homilias del santo Doctor, y en ellas encontraremos la prueba de que ordinariamente predicaba de concepto.

Escribió á Alipio, obispo de Tagaste, una interesantísima carta, en la cual refiere cómo habia logrado retraer á los fieles de Hipona, de los excesos que solían cometer con ocasion de las fiestas de los santos. Recomendamos la lectura de esta carta, pues en ella verán los jóvenes cómo improvisó algunos discursos y el giro que les daba, segun las inspiraciones de su caridad.

En el sermón LXXI. dice que siempre se habia abstenido de predicar sobre los pecados contra el Espíritu Santo; pero que en aquel momento, al oír la lectura del capítulo XII. de S. Mateo, se habia sentido fuertemente inspirado á predicar sobre esta materia, como lo ejecutó. Otra inspiracion igual le hizo predicar su sermón CLXXX. sobre la costumbre de jurar, que tambien habia evitado tratar en público: «*nunc autem cum.... recitaretur.... lectio, divinitus mihi inspiratum esse credidi ut inde tractarem.*»

En el sermón CCCLII. encontramos esto de notable: el Santo habia resuelto no predicar aquel día y nada

tenia preparado para ello; «cum sermonem ad vestram charitatem non præpararemus.... volebamus enim hodierna die vos in ruminacione permittere, etc.» pero sintióse movido á predicar, y lo hizo largamente de la penitencia: puntualmente el Lector, en vez de leer el salmo que le habia señalado el Santo, leyó el salmo L. «neque enim nos istum psalmum cantandum Lectori inspiravimus: sed quod ille censuit vobis esse utile ad audiendum, hoc cordi etiam puerili imperavit.»

Su sermon sobre el salmo LXXXVI. fué improvisado por mandato de Aurelio, obispo de Cartago: «hic nobis (psalmus).... tractandus modo est propositus a beatissimo præsentis patre nostro. Repentina propositio me gravaret, nisi me continuo proponentis oratio sublevarret, etc.»

A otra equivocacion del Lector fué debido el sermon sobre el salmo CXXXVIII.; «psalmum nobis brevem paraveramus, quem mandaveramus cantari a Lectore, sed ad horam, quantum videtur, perturbatus, alterum pro altero legit. Maluimus nos in errore Lectoris sequi voluntatem Dei, quam nostram in nostro proposito.»

Su oracion sobre el salmo CXLVII. no la predicó el dia prefijado porque la lectura del Evangelio le inclinó á predicar sobre el temor del juicio final, de cuyo asunto nada tenia pensado á la sazón.

El estilo de estos discursos, indudablemente improvisados, es igual al que usaron sus autores en las demas composiciones que de ellos conservamos: esta observacion y las que hicimos al comenzar esta leccion, nos hacen creer que los santos Padres improvisaban por lo comun sus discursos.

Pues entonces ¿cómo se han conservado y por qué medio han llegado hasta nosotros? La respuesta se halla en los mismos discursos de los Padres; y lo que vamos á decir evidenciará mas, si cabe, la opinion que venimos sosteniendo.

Los discursos de los santos Padres eran copiados en el acto de pronunciarlos por taquígrafos, que entonces

se llamaban notarios: *NOTARIUS-NOTARII*. Posidio afirma que los sermones de S. Agustin eran leídos con avidéz por propios y estraños, porque muchos buscaban notarios que los recogiesen de los labios del mismo santo Doctor. «*Et quisquis ut voluit et potuit, notarios adhibens, etiam ea quæ dicebantur excepta descripsit.*» Tan perfeccionada y en uso estaba entonces la taquigrafía, que S. Agustin en sus controversias públicas con los hereges llevaba notarios que copiasen con fidelidad los discursos pronunciados, para precaverse contra la mala fé de los mismos hereges que solian tergiversar y aun negar lo que habia acontecido. En una ocasion el arriano conde Pascencio, rehusó tenazmente la asistencia de los notarios; S. Agustin consintió, no sin prever lo que sucederia. Con efecto vióse despues obligado, para restablecer la verdad, á reproducir en dos cartas al mismo Pascencio cuanto habian dicho en la conferencia. De este modo redactaron los notarios una controversia habida con los maniqueos y otra con uno de ellos llamado Felix; «*publice in Hipponensi Ecclesia, notariis excipientibus, disputavit, populo adstante.*» Y á esta costumbre debemos la interesante acta de lo ocurrido cuando el mismo santo Doctor en el templo y asamblea de los fieles designó á Eraclio, como su sucesor en el obispado.

En su sermón del salmo LI., dijo que queria exponerle ámpliamente, para que sirviese de instruccion, no solo á los presentes sino tambien á los ausentes, puesto que habia quien copiaba lo que estaba diciendo: «*Placuit fratribus non tantum aure et corde, sed et stilo excipienda quæ dicimus: ut non auditorem tantum sed et lectorem etiam cogitare debeamus.*»

San Gregorio Nacianceno en su oracion conocida de los literatos con el título de, *SU Á DIOS Á CONSTANTINOPLA*, menciona los punzones de los notarios que copiaban sus discursos.

Esta costumbre debió durar hasta los dias de San Bernardo, quien en dos cartas expresa que sus monges



solian copiar lo que les decia de viva voz: «qui me coram audire loquentem scio stilo exceperunt et penes se retinent.»

Otros muchos pasages encontramos en los sermones de los santos Padres, que indudablemente debemos á los taquígrafos, porque sus autores no podian haberlos escrito, aun cuando hubieran tenido la costumbre de redactar lo que predicaban: tal es, una digresion en que S. Juan Crisóstomo reprendió á los fieles que se distraían con motivo de encender las luces al caer el dia: el anuncio que se lee al pie de un sermón de S. Agustin, advirtiéndolo á sus oyentes que al dia siguiente celebraria el aniversario de la consagracion del obispo Valerio, y la reprension con que S. Bernardo interrumpió un discurso, al percibir ciertos murmullos ocasionados por la refutacion que, de ciertas palabras de Orígenes, estaba haciendo.

Eran á veces tan exactos los taquígrafos que en los discursos de los santos Padres encontramos intercalados algunos accidentes; como en un sermón de S. Agustin donde hay un paréntesis en que se dice, «aqui hubo aplausos; hic acclamaverunt;» y en otro de S. Ambrosio leemos, «aqui el orador hizo una pausa: et cum paululum conticuisset,» etc....

Sucedia otras veces que los santos Doctores deseaban tener escritos los sermones que habian predicado; y para esto recurrían á las notas de los taquígrafos. Se sabe que S. Agustin revisó y ordenó sus CXXIV. TRATADOS sobre el Evangelio de S. Juan, teniendo á la vista las copias que, al oírle, habian hecho los notarios; y por esto sin duda al copiar el Santo en el libro XV. DE TRINITATE dos largos pasages de su tratado XCIX, dice que aquello lo habia predicado de viva voz y despues lo habia escrito: «proferendo ad aures populi christiani diximus, dictumque conscripsimus.» San Gregorio de Nisa compuso, á instancias de Olimpiada, una explicacion del CANTAR DE LOS CANTARES, y para ello recogió las notas tomadas por los taquígrafos, de las homilias que sobre

aquel libro habia predicado en la última cuaresma. Condescendiendo S. Gregorio Magno con los piadosos deseos de muchos fieles, reunió en dos libros las homilias que habia predicado sobre el Profeta Ezequiel ocho años antes; mas para esto hubo de buscar los apuntes que formaron los taquígrafos: «ita ut coram populo loquebar exceptæ sunt,.... sed post annos octo, petentibus fratribus, notariorum schedas requirere studui, easque favente Domino.... emendavi.»

LECCION XXXI.

De la pronunciacion.

Bajo este nombre se comprende la prolacion de la palabra y la accion; ó sea el lenguaje oral y el de accion, que son los medios con que el orador trasmite sus pensamientos al auditorio. No seria perdido iniciar á los jóvenes en los profundos estudios metafisicos que S. Agustin ha hecho de los sentidos del hombre; pero aunque útil para cuantos se dedican al estudio de la literatura y bellas artes, seria aqui demasiado prolijo; nos limitamos, pues, á consignar que el santo Doctor dá la preferencia, entre todos los sentidos, á la vista y al oido, porque sirven de internuncios al alma y por ellos percibe los pensamientos, cuyo vehículo son la voz y el gesto. En aquellos dos sentidos, dice, es donde se encuentran mas vestigios de la razon del hombre, porque ellos son afectados por la palabra y por la accion que son las cosas en que refleja mas la inteligencia.

La voz humana se convierte en palabra y el gesto en accion cuando expresan los pensamientos del hombre; así es que no hay palabra, si la voz al propio tiempo que lleva el sonido á los oidos, no lleva tambien el pensamiento al alma: «nisi aliquid significet, nisi aliud ad

ares ferat, aliud menti inferat, verbum non dicitur.»

Las letras son notas ó signos de la palabra y aun pueden indicar la accion que corresponde á aquella; pero son unos signos muertos del pensamiento: este solo aparece vivo y animado en la palabra y por la accion, dice S. Gerónimo: de aquí la notable diferencia que existe entre la palabra pronunciada y la escrita: de una composicion cuya lectura satisfaga á los inteligentes, puede asegurarse que tiene mucho mérito; al paso que otra de menos valor, agradará igualmente si es bien pronunciada. Hay en la voz viva un no sé que de fuerza y de energía, nota el mismo S. Gerónimo; y recuerda que como se leyese con aplauso el discurso de Demóstenes contra Eschines, exclamó este: ¡qué hubiera sido si hubieseis oido pronunciarle! «suspirans ait, quid si.... audissetis.... sua verba resonantem.» San Agustin refiere que preguntado tres veces Demóstenes qué le parecia lo principal en la elocuencia, respondió siempre que la pronunciacion. Convencido de esto mismo S. Gregorio Magno decia á sus fieles: observo que oís con poco gusto la lectura de los sermones que preparo, y que la debilidad de mi estómago me impide pronunciar; haré, pues, un esfuerzo, y os predicaré de viva voz: «quia colloctionis vox corda torpentia plus quam sermo lectionis excitat.»

La pronunciacion ó prolacion de la palabra debe ser natural; esta es la única regla que se puede dar y ella basta. El hombre no deja de serlo cuando predica, y sería irracional y hasta ridículo que pronunciara de distinta manera cuando predica que cuando habla: la única diferencia consiste en que la predicacion exige una voz mas fuerte y extensa, porque se habla á mayor número de personas. Si todos los hombres pronunciasen con naturalidad, nada tendríamos que añadir sobre este punto; pero como son muchos los que vician la pronunciacion natural, es necesario advertir á los jóvenes que será buena si fuere CLARA, ADORNADA Y APTA.

San Agustin ha estudiado detenidamente el origen de

las artes y ciencias, principiando por los primeros elementos, que son las letras ó caracteres escritos. Después de exponer la necesidad de la palabra para que los hombres vivieran en sociedad, explica la invencion y objeto de las letras; atendiendo al modo con que se pronuncian, las divide en vocales, semivocales y mudas: nota la necesidad de separar las palabras entre sí, y la diversa cantidad prosódica de las sílabas. En esto se contiene parte de la gramática, de la cual y en cuanto á la expresion son un desarrollo la dialéctica, la elocuencia y la poesía, por cuya razon se decia antiguamente que de todas estas cosas era juez el gramático.

Observen los jóvenes la importancia del estudio de la gramática, de que ya hemos hablado en otra ocasion, y la necesidad de guardar rigurosamente todos sus preceptos. Solo pronunciando todas las letras, haciendo las pausas necesarias y dando á cada sílaba la cantidad prosódica que le corresponde, será clara la pronunciacion.

San Basilio, recomendando á un joven las reglas de la ortografía, le advierte, que el menor descuido en esta parte vicia la oracion, así como la diligencia del escritor, la hace perfecta: «pusillo errore multa vitiatur oratio; scriptoris autem diligentia perficitur sermo.»

San Agustin desciende hasta observar la diferente significacion de la sílaba OS, segun se pronuncie breve ó larga. Y S. Isidoro recomienda tambien que se guarde la cantidad de las sílabas; atendiendo con cuidado donde concluye la frase, ó cláusula ó el período. «In distinctionibus sententiarum intelligat ubi finiatur junctura, ubi adhuc pendet oratio, ubi sententia extrema claudatur: sicque expeditus vim pronuntiationis tenebit.» San Agustin analizando como maestro algunos pasajes elocuentes de la Escritura, observa como deben pronunciarse y las pausas que deben hacerse.

La voz sonora es la mas á propósito para el púlpito; pero la sonoridad, dice S. Ambrosio, es don de la naturaleza, y no se adquiere con la industria: «canoram autem

esse naturæ et non industriæ:» mas cualquiera que sea el metal de la voz, con el estudio puede hacerse agradable. El mismo Santo y S. Isidoro quieren que la voz sea simple, limpia y varonil; ni muy sumisa, ni excesivamente elevada: que no sea ruda ni agreste, pero tampoco afeminada, cómica, ni afectada. La oracion es el espejo donde refleja nuestra alma; que no haya, pues, en nuestra habla nada indecoroso. La modestia templá la voz, de manera que no hiera al oido; «*vocis sonum librat modestia, ne cujusquam offendat aurem vox fortior.*» Esta moderacion es mas necesaria al empezar, pues con esto se concilian los ánimos de los oyentes; «*ut verecunda principia commendent processum.*»

El acento provincial desagrada, sobre todo si difiere mucho: es difícil evitarle cuando se tiene desde la niñez: pero debe moderársele cuanto sea posible. San Agustin decia de sí mismo, que á pesar de lo mucho que habia trabajado para perfeccionarse en este y otros puntos, todavía le censuraban los italianos cierto deajo en la pronunciacion; «*adhuc in multis verborum sonis Itali exagitant;*» y yo á mi vez, continúa, tampoco encuentro su pronunciacion libre de yicio; que una cosa es poseer el arte, y otra estar exento de lo que es peculiar á cada pueblo: «*aliud est enim esse arte, aliud gente securum.*»

La pronunciacion es apta cuando corresponde á las ideas y afectos que se quieren expresar: es la voz humana tan flexible, dice S. Agustin, que tiene modulaciones para todos los afectos, los cuales se excitan por los sonidos vocales en virtud de no sé qué oculta familiaridad; «*quorum nescio qua occulta familiaritate excitentur.*» Para manejar acertadamente este delicado instrumento es necesario pensar y sentir bien; el orador poseido comunicará á su voz diversos matices, segun lo que quiera expresar. Empleará diversos tonos, como recomienda S. Isidoro, cuando enseñe, ó se conduela, cuando increpe ó exhorte, etc. Una pronunciacion monótona no solo desagrada, sino que tal vez dá á la frase un

sentido contrario al suyo propio: preciso es por lo mismo grande estudio en cosa de tanto momento: «*ne-cesse est ergo in tantis rebus scientiæ ingenium, quo proprie singula, convenienterque pronuntientur.*» En estas modulaciones consiste lo que se llama énfasis de la voz.

La acción debe acompañar á la pronunciación como su complemento y alguna vez es mas expresiva que las palabras. Cuando quiero expresar lo que he concebido, decía S. Agustín, tengo que servirme del hebreo, griego ó latin, segun sea el idioma de mis oyentes; porque si me explicára en el que no les fuera conocido no me entenderian. La ira no es griega, latina, ni hebrea; y si alguno digere en latin que está airado, los que no posean esta lengua no le entenderán; pero todos conocerán su interior, si ven su semblante airado. El mismo Santo llama á los gestos, palabras visibles, «*verba visibilia;*» y S. Ambrosio opina que los movimientos del cuerpo son la voz del alma: «*vox quædam est animi corporis motus.*»

Describiendo S. Agustín los últimos momentos de su conversión, dice; «mi frente, las mejillas, el color, los ojos, las inflexiones de la voz, expresaban, con mas energía que mis palabras, la lucha interior que desgarraba mi alma: «*plusque loquebantur.... quam verba quæ promebam.*»

La acción debe ser natural: «*motum natura informet,*» dice S. Ambrosio; y añade «*motus sit purus ac simplex nihil enim fucatum placet.*» Deduzcamos de la doctrina de S. Ambrosio, consecuencias prácticas.

El continente del orador en el púlpito ha de ser grave sin afectación: el cuerpo debe descansar á plomo sobre los pies: el derecho ha de estar mas adelantado que el izquierdo, á no ser que el orador tenga que dirigirse hácia su izquierda, en cuyo caso el izquierdo es el que debe adelantarse: esta postura facilita mucho la naturalidad de los movimientos del orador.

La posición ordinaria de la cabeza debe ser recta y

con especialidad cuando se expresa la convicción, se exhorta ó se increpa; ha de volverse á un lado para significar la aversión hácia algún objeto: se elevará con modestia para dirigirse á Dios, á los Santos, al Cielo y en los movimientos de alegría, ó admiración: se inclinará moderadamente hácia el auditorio, cuando se expresan sentimientos tristes ó compasivos, ó cuando se emplean las figuras obsecración ó adjuración.

El movimiento de los ojos es muy expresivo; «oculi quippe loquentis fidem faciunt dictis» dice S. Bernardo. En el semblante, dice S. Ambrosio, reflejan la alegría, la tristeza, la dulzura, la severidad, todos los afectos: «signis forensibus internam exprimat voluntatem. Imago quædam animi loquitur in vultu.» Pero en los movimientos de ojos y semblante hay poco de deliberado, como observa S. Agustin; influye mas la naturaleza que la voluntad: aquí se verifica muy particularmente que quien piensa y siente bien acciona bien.

De todos los gestos el mas expresivo es el de los brazos y manos; es por lo mismo el que requiere mayor atención: cuando el ánimo está tranquilo, ó no hay acción ó ha de ser muy moderada; así debe hacerse, por regla general, durante el exordio. Cuando un sentimiento grave y profundo absorbe nuestro espíritu, el cuerpo participa de la inmovilidad del alma y entonces toda la expresión está en la fisonomía del orador.

La acción y la prolocución de la palabra deben ser simultáneas; anteponer ó posponer la una á la otra es un contrasentido.

Ordinariamente no se acciona mas que con la mano derecha; la izquierda descansa sobre el borde del púlpito y en algunos casos sobre el pecho del orador; pocas son las veces que debe moverse simultáneamente con la derecha; y rarísimos los casos en que se mueve sola para indicar algún lugar ú objeto que se supone situado á la izquierda del orador, ó para significar sentimientos de aversión.

Las manos deben estar abiertas, los dedos estendi-

dos con naturalidad, ni excesivamente separados ni unidos con violencia.

En la exclamacion y admiracion se levantan las manos; se retiran del cuerpo para rechazar una idea; y se ponen sobre el corazon cuando se expresan sentimientos afectuosos, ó se aduce el testimonio de la conciencia: júntanse para expresar sentimientos de sumision, adoracion y dolor. En el primer caso, deben inclinarse hácia abajo; elevarse en el segundo; y en el último se han de sostener sin elevarlas ni inclinarlas.

Todos estos movimientos son naturales, como lo exige S. Ambrosio: «*motum natura informet:*» si acaso la naturaleza ha contraido algun vicio, es preciso enmendarle con cuidado y sin afectacion; «*industria emendet ut ars desit, non desit correctio.*»

Esta correccion es de sumo interés. Malo es no accionar porque este defecto priva de la mitad de la vida á la pronunciacion; pero es peor accionar viciosamente, porque esto es un mal positivo, que confunde y desnaturaliza la pronunciacion poniendo en desacuerdo el lenguaje oral y el de accion, ambos necesarios, para que la pronunciacion sea expresiva y acertada.

Evítese una accion monótona y maquinal: jamás se levanten las manos mas arriba de los ojos, ni se dejen caer mas abajo de la cintura: golpear con una mano sobre otra ó sobre el borde del púlpito es impropiedad reprehensible; no debe cerrarse la mano, ni doblar los dedos ni jugar con ellos. Los brazos nunca han de abrirse en toda su extension. Sería faltar á la gravedad del ministerio, representar con exactitud todos los movimientos de los objetos de que se habla; nada artificioso; «*nihil fucatum*», dice S. Ambrosio; y este proceder sería mas reprehensible cuando se hablase de objetos repugnantes; si por ejemplo, se pretendiera acompañar con movimientos correspondientes á los objetos, la descripcion del colérico hecha por S. Basilio y las que hicieron del ébrio el mismo Santo y S. Ambrosio: la sana razon aconseja que no se expresen sin necesidad

movimientos desordenados y que cuando sea útil ó conveniente hablar de ellos, en vez de hacerla mas viva con el language de accion, se atenúe la descripcion del objeto repugnante: esto hacen en el trato social los hombres bien educados y esto mismo debe observarse con mayor razon y mas rigor en el púlpito donde sería insoportable, dicen santo Tomás y S. Ambrosio, cualquiera indecente chocarrería.

Esta parte de la elocuencia que trata de la pronunciacion y de la accion es la mas útil; pero es igualmente la mas difícil de escribirse, dice nuestro Granada. Y en verdad que no hay cosa mas difícil que expresar en un libro muerto, lo que esencialmente consiste en la vida y movimiento. El celo de los profesores, ejercitando á sus discípulos en la declamacion, hará mas que todas las lecciones especulativas.

Tambien aprovechará á los jóvenes el estudio y la imitacion de los predicadores notables por su accion natural y expresiva; y decimos adrede estudio é imitacion, porque esta no puede ser acertada si no se observa y estudia la natural relacion que hay entre los movimientos y los pensamientos del que acciona con perfeccion: sin esto la pronunciacion mas admirable será viciosa y aun ridícula en el imitador indiscreto, de quien podrá decirse lo que el Nacienceno de los que querian imitar á San Basilio en todos los pormenores de su vida pública y privada y tambien en su pronunciacion: estos tales, decia el santo Doctor, no pueden llamarse ni aun ecos del gran Basilio, porque el eco repite, siquiera los últimos acentos; mas ellos, imitando indiscretamente lo que en aquel grande hombre era natural y nada amanerado, no son mas que una imágen sin vida, estátuas colocadas en mala luz. «Ac multos jam Basilios specie tenus videre licet, statuas nimirum in umbris: multum enim fuerit si repetitam echus vocem esse dixeró. Nam illa quamvis postremam duntaxat vocis partem, expressius tamen effingit: hi autem longius ab eo distant, quam quantum accedere concupiscunt.»

LECCION XXXII.

Cualesquiera que sean las dificultades del estudio de la elocuencia, no excusan á los Párrocos de la obligacion de predicar.—Resúmen y conclusion.

Los santos Padres, como prácticos, han expresado lo laborioso de la predicacion y los disgustos que la acompañan; y al mismo tiempo los motivos y consideraciones convenientes para soportar con ánimo alentado aquellos trabajos y para suavizar aquellas penas.

Ni dejaron de combatir los pretextos con que algunos se excusan de desempeñar este ministerio: pretextos que suelen reducirse á la falta de ciencia ó de tiempo; á la indiferencia ó tibieza de los fieles para oír la palabra divina; á su falta de aprovechamiento, ó espíritu de crítica; y hay algunos tambien, dice San Gregorio Magno, que rehusan la vida activa y prefieren el estudio, el retiro, la meditacion para obrar, dicen ellos, su santificacion con una vida humilde y desconocida del mundo. De grande enseñanza son para todos los eclesiásticos las reflexiones que sobre este punto han hecho los Doctores de la iglesia: en otro lugar indicaremos donde se encuentra tan provechosa doctrina.

Lo único en que ahora nos ocuparemos es en disipar el pretexto que, de la lectura de estas lecciones, pudieran tomar para abstenerse de la predicacion, los que á ella estan obligados por rigurosa justicia, figurándose que la multitud de reglas consignadas, hacen imposible la elocuencia, para cuantos carezcan de superior ciencia y de un talento privilegiado.

Cierto, que llegar al último ápice de la elocuencia es árdua empresa; y así lo han reconocido los maestros de la antigüedad y S. Juan Crisóstomo; pero esta dificultad, añaden, lejos de ser motivo para desanimarse, debe ser un poderoso estímulo con que nos esforcemos, para ir tan adelante como nos sea posible en este camino sin límite asignable. Cuando envias tu hijo

á la escuela, dice el Crisóstomo, no te haces la ilusion de que ha de llegar al último ápice de la perfeccion; mas no por esto le retraes del estudio, sino que haces cuanto está de tu parte para que progrese; y te das por satisfecho si llega al quinto ó décimo grado de la elocuencia: «nec tamen ideo ab hoc studio retrahis, sed omnia quæ penes te sunt præstas, satisque esse putas si ad quintum vel decimum, a primo eloquentiæ gradum, filius tuus pertingere possit.»

Mas no exageremos las dificultades: resumamos lo que en estas lecciones hemos señalado como esencialmente necesario para la elocuencia sagrada. Consiste esta en transmitir al espíritu de los oyentes por medio del lenguaje oral y de accion, nuestras ideas y nuestros sentimientos.¹ El estudio y la meditacion de la palabra divina escrita y tradicional fecundizan nuestra alma para que conciba ideas grandes y sentimientos vehementes. La virtud y fervor de la devocion dan á nuestras palabras vida y animacion.² Aquellos estudios bastan; aunque hay otros muchos que serán de grande provecho al que pueda hacerlos con discrecion.³ En todas las acciones del hombre influye poderosamente la intencion: si la del orador no es recta, su conducta se resentirá de este desorden.⁴ La mision del predicador es bien conocida; explicar la palabra de Dios y no la doctrina de los hombres.⁵ La unidad es una de las leyes primordiales á que está sometido nuestro espíritu, y el predicador ha de meditar sobre sus pensamientos, para transmitirlos ordenadamente á los demas.⁶ Hemos de proceder con nuestro auditorio como en los negocios de la vida lo hacemos con cualquiera, de quien exigimos que adopte el partido que le proponemos: debemos por tanto procurar que nos oiga con atencion, proponerle con toda

1. Lecciones I. II. III. y IV. pp. 1-13.

2. Lecc. V. VI. y VII. pp. 13-25.

3. Lecc. VIII. y IX. pp. 25-36.—4. Lecc. X. pp. 36-43.

5. Lecc. XI. y XII. pp. 43-59.

6. Lecc. XIII. XIV. y XV. pp. 59-76.

claridad el asunto, aducir las razones que abonan nuestro propósito, y hacerle reflexiones oportunas para inclinarle á que practique lo que deseamos.¹ Esto no lo lograremos, si no nos expresamos con claridad y pintamos con vivos colores el objeto que queremos sea amado ó rechazado.² La índole del asunto nos aconsejará naturalmente que hablemos ya en tono tranquilo, ora de una manera agradable, ó bien con vehemencia.³ Nadie ejerce públicamente un oficio sin ejercitarse antes en él; ni podemos por lo mismo tomar el de la predicación sin que antes nos hayamos ensayado en componer, observando é imitando la conducta de los que han sobresalido en la elocuencia.⁴ La conciencia de nuestras propias fuerzas nos dirá, si al hablar al público, debemos hacerlo sujetando nuestra memoria á lo que hayamos escrito, ó si podemos proceder con mas libertad y soltura pronunciando lo que hayamos conceptualado.⁵ En ambos casos pronunciaremos bien si queremos que se nos comprenda; esto es, con limpieza y claridad, acompañando las palabras con los gestos y acciones que inspira la misma naturaleza.⁶ Hé aquí lo esencial de la elocuencia, y lo que naturalmente hacen todos los hombres, dice S. Agustin. Estas son las reglas capitales: complemento de ellas, y auxilio poderoso para practicarlas bien, son todas las demas que dejamos consignadas: quien las ejecute con mayor esmero, será mas elocuente.

Asi, pues, al jóven mas pusilánime pudiéramos decirle con S. Juan Crisóstomo: no me digas que no tienes el don y la gracia de la palabra, y que si la tuvieras edificarias á muchos: «ne dicas cur non habui charisma seu gratiam docendi? si haberem, ædificarem innumerabiles: ¿posees pocos grados de elocuencia? Pues muéstrate fiel dispensador de lo poco que posees; «rursus in

1. Lecc. XVI. XVII. XVIII. XIX y XX. pp. 76-117.
2. Lecc. XXI. XXII. XXIII. XXIV. XXV. y XXVI. pp. 117-154.
3. Lecc. XXVII. pp. 155-165.=4. Lecc. XXVIII. pp. 165-170.
5. Lecc. XXIX. y XXX. pp. 170-181.=6. L. XXXI pp. 181-188.

sermone ostende te recte usum esse admonitione et consilio? ¿careces de facundia? ¿no te ocurren sentencias notables? «non habes externam facundiam? non tibi affatim suppetunt sensus et sententiæ?» pero á lo menos sabes hablar como hablan comunmente los demas; «sed scis tamen hæc communia» exprésate, pues, con naturalidad y no has menester mucho arte, ni necesitas hacer un discurso completo; «hic arte dicendi non est opus, neque fusa oratione:» haz siquiera lo que el Apóstol encargaba como muy hacedero á todos los fieles; «ædificate alter alterum sicut et facitis; et consolamini invicem in his sermonibus.»

La importancia del asunto exige que notemos la diferencia que hay entre la predicacion y la elocuencia: aquella consiste en explicar con claridad y sencillez la palabra de Dios; y la elocuencia en hacerlo con la solemnidad y perfeccion que hemos enseñado en estas lecciones. La predicacion es de institucion divina; nació con aquel precepto de Jesucristo; «Id y predicad el Evangelio:» ¹ la elocuencia es utilísima, pero no de absoluta necesidad; puede decirse que no ostentó todas sus galas hasta el siglo IV de la Iglesia.

Los párrocos deben aspirar á la elocuencia para desempeñar su ministerio con mayor utilidad; pero quien no pueda ser elocuente, tenga muy presente que está obligado á ser predicador, y que las dificultades de la predicacion no son tantas que puedan excusarle del cumplimiento de obligacion tan sagrada. El santo Concilio de Trento ² ordena cuándo y cómo han de predi-

1. S. Matth. XXVIII. 19-20. S. Marc. XVI. 15.

2. Quicumque parochiales, vel aliàs curam animarum habentes, ecclesias quocumque modo obtinent, per se, vel alios idoneos, si legitime impediti fuerint, diebus saltem dominicis, et festis solemnibus, plebes sibi commissas pro sua, et earum capacitate pascant salutaribus verbis, docendo, quæ scire omnibus necessarium est ad salutem, annuntiandoque eis, cum brevitate, et facilitate sermonis, vitia; quæ eos declinare, et virtutes, quas sectari oporteat, ut pœnam æternam evadere, et cœlestem gloriam consequi valeant. Conc. Trid. Sess. V. c. II. de Ref.—Sess. XXIV. c. IV. de Ref.—Sess. XXII. c. VIII. de Sacrificio Missæ.

car los encargados de la cura de almas; y lo que se exige está en armonía con los conocimientos y habilidad que han de mostrar previamente los admitidos al ministerio parroquial. Para facilitarles el cumplimiento de este deber, la Santidad de Pio V. hizo publicar el Catecismo del Santo Concilio de Trento, libro que basta para los párrocos que carezcan de una buena biblioteca ó de vastos conocimientos. Los Concilios de Milan enseñan la facilidad con que pueden los curas satisfacer al precepto de la predicacion.¹

Entendedlo bien, jóvenes escolares; seréis inexcusables, si, encargados de procurar el pasto de la palabra divina al pueblo fiel, le dejais hambriento y moribundo: procurad entonces, os decimos desde ahora con S. Agustin, predicar con sabiduría y con elocuencia: «non solum eloquenter verum etiam sapienter dicere;» si no os fuera posible lo uno y lo otro, predicad á lo menos con sabiduría; «sed qui utrumque non potest, dicat sapienter quod non dicit eloquenter:» predicad ademas con el buen ejemplo; «præbeat aliis exemplum, et sit ejus quasi copia dicendi forma vivendi:» y por último, y para que nadie pueda excusarse, pronunciad, si otra cosa no podeis hacer, lo que otros hayan escrito con sabiduría y con elocuencia; «ab aliis sumant eloquenter sapienterque conscriptum, memoriæque commendent atque ad populum proferant:» esta misma recomendacion hace el Concilio I de Milan.²

Jóvenes estudiosos, pronto seréis nuestros compañeros y nuestros sucesores en el ministerio de la predicacion: preparaos para desempeñarle dignamente me-

1. En los cinco primeros Concilios de Milan se prescribe cómo han de predicar los párrocos. Acta Ecclesiæ Mediolanensis a Sancto Carolo, etc. Patavii. 1754. t. I. fol. 1.

2. Si qui autem propter incitiam id præstare non poterunt, ad peritos confugiant quorum auxilium implorantes, vel homilias sibi præscriptas, vel latinos sermones, auctoris ab Ecclesia recepti, in vulgarem linguam coversos, approbatos tamen ab Ordinario, aut memoriter aut de scripto pronuntient. Synod. prov. Mediol. I. t. I. fol. 2.

ditando las lecciones de los santos Padres que con eco débil, es verdad, pero con muy grande interés os hemos repetido: contemplad la conducta de esos varones insignes cuyas grandes figuras hemos presentado á vuestra vista, aunque con tosco pincel, segun la humildísima expresion de S. Gregorio Magno: «pulchrum depinxi hominem pictor fœdus.» ¡Quiera Dios bendecir nuestro pobre trabajo! ¡díguese premiar vuestra aplicacion aquel Señor que hizo elocuentes las lenguas de los niños! ¹ ¡que la uncion del Espiritu Santo ilumine vuestros espíritus é inflame vuestros corazones ² para quedando gloria á Dios, honor á la Iglesia, luz y vida á vuestros hermanos podais en vuestra honrosa vejez, decir con alguna confianza; «ojo fui para el ciego y pie para el cojo: como los dias de un jornalero han sido mis dias, como el siervo deseo la sombra y como el jornalero aguardo el fin de mi trabajo. ³ He peleado buena batalla, he acabado mi carrera, me está reservada la corona de justicia.» ⁴

Por nuestra parte nos apropiamos las palabras de S. Agustin, mas aplicables por cierto á nosotros que á aquel grande Doctor; «Ego tamen Deo nostro gratias ago, quod.... non qualis ego essem, cui multa desunt, sed qualis esse debeat, qui in doctrina sana, id est christiana, non solum sibi, sed etiam aliis laborare studet, quantulacumque potui facultate disserui.»

1. Sap. X. 21.—2. I Joann. II. 27.

3. Job. XXIX. 15.—VII. 1. 2.—4. II. ad Timot. IV. 7. 8.

NOTA

DE LAS EDICIONES DE LOS SANTOS PADRES QUE HAN SIDO
IMPRESAS A LA VISTA PARA COMPLETAR ESTAS LINGÜAS.

- Clemente de Alejandría, edición de Venecia 1787.
Tertuliano, Paris 1698.
San Cipriano, edición de Venecia 1759.
Lactancio, edición de Paris 1718.
San Hilario de Poitiers, edición Maurina, Paris 1685.
San Aleksandro, edición Maurina, Paris 1688.
San Basilio. **SEGUNDA PARTE.**
San Gregorio Nacianceno, edición de París, Venecia 1758.
San Gregorio de Nissa, edición de Paris 1645.
San Eusebio, edición de Venecia 1716.
San Ambrosio, edición de Paris 1674.
San Juan Crisóstomo, edición Maurina, Paris 1718.
San Jerónimo, edición Maurina, Paris 1708.
San Agustín, edición de M. Migne, Paris 1845.
San Gregorio Magno, edición Maurina, Paris 1685.
San Isidoro de Sevilla, edición de Madrid 1778.
San Bernardo, edición Maurina, Paris 1680.

NOTA

DE LAS EDICIONES DE LOS SANTOS PADRES QUE MAS HEMOS
TENIDO Á LA VISTA PARA COMPONER ESTAS LECCIONES.

- Clemente de Alejandría, *edicion de Venecia* 1757.
Tertuliano, *Paris* 1608.
San Cipriano, *edicion de Venecia* 1758.
Lactancio, *edicion de Paris*, 1748.
San Hilario de Poitiers, *edicion Maurina, Paris* 1693.
San Atanasio, *edicion Maurina, Paris* 1648.
San Basilio, *edicion Maurina, Paris* 1721.
San Gregorio Nacianceno, *edicion de Billi, Venecia* 1753.
San Gregorio de Nyssa, *edicion de Paris* 1615.
San Efren, *edicion de Venecia*, 1756.
San Ambrosio, *edicion de Paris de* 1614.
San Juan Crisóstomo, *edicion Maurina, Paris* 1718.
San Gerónimo, *edicion Maurina, Paris* 1706.
San Agustin, *edicion de Mr. Migne, Paris* 1845.
San Gregorio Magno, *edicion Maurina, Paris* 1705.
San Isidoro de Sevilla, *edicion de Madrid*, 1778.
San Bernardo, *edicion Maurina, Paris* 1690.

NOTA

DE LAS ESCRITURAS DE LOS SANTOS PADRES QUE HAN HECHO
 TENIDO A LA VISTA PARA COMPONER ESTAS LECCIONES.

- Clemente de Alejandría, edición de Venecia 1757.
 Tertuliano, Paris 1608.
 San Cipriano, edición de Venecia 1758.
 Lactancio, edición de Paris, 1748.
 San Hilario de Poitiers, edición Maurina, Paris 1695.
 San Atanasio, edición Maurina, Paris 1648.
 San Basilio, edición Maurina, Paris 1721.
 San Gregorio Nacianceno, edición de Billi, Venecia 1755.
 San Gregorio de Nyssa, edición de Paris 1615.
 San Eren, edición de Venecia, 1756.
 San Ambrosio, edición de Paris de 1614.
 San Juan Crisostomo, edición Maurina, Paris 1718.
 San Gerónimo, edición Maurina, Paris 1706.
 San Agustín, edición de Mr. Migne, Paris 1845.
 San Gregorio Magno, edición Maurina, Paris 1705.
 San Isidoro de Sevilla, edición de Madrid, 1778.
 San Bernardo, edición Maurina, Paris 1690.

LECCION I.

Reflexiones de los santos Padres sobre los fenómenos del alma.

San Atanasio observa y admira los fenómenos de nuestra alma, deslindando como buen ideólogo los del orden sensible y los del intelectual: en todo se muestra observador atento y metafísico. Orat. contr. Gent. t. I. fol. 4.

No son menos importantes las observaciones que, sobre la misma materia, hace S. Basilio en su homilía, «ATTENDE TIBI IPSI,» t. II. ff. 21 y 23.

Primum teipsum cognosce: quæ in manibus sunt, intellectu assequere: qui sis, quomodo effectus, ita ut simul et imago Dei sis, et deteriori astringaris: quid illud sit, quod tibi motum attulit, quæ in te sapientia eluceat, quod naturæ arcanum: quo modo loco circumscriberis, ac mens nullo limite includitur, sed in eodem loco manens omnia lustrat ac pervagatur:.... quo modo mens eorum opera cum externis versatur, atque externa excipit: quomodo formas recipit: quæ assumptæ rei conservatio, vel memoria: quæ elapsæ recuperatio vel remniscentia: quo modo sermo mentis foetus est, atque in alia mente sermonem procreat: quo modo sermoni cogitatio impertitur, quo modo corpus per animam alitur: quo modo anima per corpus affectuum particeps fit: quo

modo timor eam constringit, præfidentia solvit, mœror contrahit, lætitia diffundit, livor tabe afficit, superbia effert, spes erigit: quomodo iracundia eam in furorem agit, pudor rubore suffundit, partim ebulliente sanguine, partim recedente: quomodo perturbationum signa corporibus imprimuntur: quomodo ratio præsidet, quomodo hæc omnia regit, et moderatur, affectuumque motus lenit ac sedat: quomodo a sanguine et spiratione, id, quod corpore vacat, tenetur: quomodo horum defectio animæ discessio est. Hæc, aut horum aliquid, o homo, cognitione comprehende. S. Greg. Nac. Orat. XXVI. t. I. f. 405. Se ocupa en las mismas reflexiones en su oracion XXXIV. t. I. fol. 487.

Videtur enim mens, quæ dominatum corporis tenet, in summo capite constituta, tanquam in cœlo Deus; sed cum in aliqua sit cogitatione, commeare ad pectus, et quasi ad secretum aliquod penetrare secedere, ut consilium, tanquam ex thesauro recondito, eliciat ac profert; ideoque cum intenti ad cogitandum sumus, et cum mens occupata in altum se addiderit, neque audire quæ circumsonant, neque videre, quæ obstant, solemus. Id vero sive ita est, admirandum profecto est, quomodo id fiat, cum ad pectus ex cerebro nullum iter pateat. Sin autem non est ita, tamen nihilominus admirandum est, quod divina nescio qua ratione fiat, ut ita esse videatur. ¿An potest aliquis non admirari, quod sensus ille vivus atque cœlestis, qui mens, vel animus nuncupatur, tantæ movilitatis est, ut ne tum quidem, cum sopitus est, conquiescat; tantæ celeritatis, ut uno temporis puncto cœlum omne collustret, et, si velit, maria pervolet, terras, ac urbes peragret, omnia denique, quæ libuerit, quamvis longe lateque summota sint in conspectu sibi ipse constituat? Lact. de opific. Dei c. XVI. t. II. fol. 115.

Pero quien con mas frecuencia se ha ocupado en este estudio es S. Agustin, profundo y eminente metafísico. Seríamos interminables si hubiéramos de citar siquiera los lugares que pudieran consultar nuestros jóvenes

lectores: nos limitamos á consignar los libros DE IMMORTALITATE ANIMÆ, t. I. fol. 1021: DE QUANTITATE ANIMÆ t. I. fol. 1035: DE TRINITATE, t. VIII. fol. 815: la Epístola VII á Nebridio t. II. fol. 68. y los capítulos desde el VIII al XIX del libro X de sus confesiones t. I. fol. 784.

Intus hæc ago, in aula ingenti memoriæ meæ. Ibi enim mihi cælum et terra et mare præsto sunt, cum omnibus quæ in eis sentire potui, præter illa quæ oblitus sum. Ibi et ipse mihi occurro, meque recolo, quid, quando, et ubi egerim, quoque modo cum agerem affectus fuerim.... Ex eadem copia etiam similitudines rerum vel expertarum, vel ex eis quas expertus sum creditarum, alias atque alias et ipse contexo præteritis, atque ex his etiam futuras actiones et eventa et spes, et hæc omnia rursus quasi præsentia meditor.... Magna ista vis est memoriæ, magna nimis, Deus meus, penetrabile amplum et infinitum. Quis ad fundum ejus pervenit? Et vis est hæc animi mei atque ad meam naturam pertinet; nec ego ipse capio totum quod sum. Ergo animus ad habendum seipsum angustus est.... Multa mihi super hoc oboritur admiratio, stupor apprehendit me. Et eunt homines admirari alta montium, et ingentes fluctus maris, et latissimos lapsus fluminum, et Oceani ambitum, et gyros siderum, et relinquunt seipsos, etc.... Magna vis est memoriæ, nescio quid horrendum, Deus meus, profunda et infinita multiplicitas; et hoc animus est, et hoc ego ipse sum. Quid ergo sum, Deus meus? Quæ natura sum? Varia, multimoda vita, et immensa vehementer, etc.... S. Aug. confess. l. X. cc. VIII et XVII. t. I. ff. 785 y 790.

Qui nos condidit Deus, ideo impertivit nobis sermonis usum, ut alter alteri cordis consilia aperiamus, eaque unusquisque propter naturæ societatem communicemus cum proximo, ex abditis cordis recessibus velut ex cellis quibusdam penariis depromentes. Etenim si constaremus anima nuda, statim certe cogitationum ope inter nos congrederemur. Quia vero anima nos-

ira carnis tegumento operta, cogitationes producit, verbis opus habet et nominibus, ut ea quæ in reconditiore mentis secessu delitescunt proferat in apertum. Mens igitur nostra simul ut vocem quidpiam significantem apprehendit, sermone velut cymba quadam vehitur, et aërem transvolans, a loquente transit ad audientem. Quodsi nacta fuerit altam tranquillitatem ac quietem, tum sermo veluti portum quemdam placidum ac tranquilum, discipulorum aures subit: sin autem excitatus ab auditoribus tumultus, quasi aspera quædam tempestas contra aspiravit, medio in aëre dissolutus naufragium facit. Date igitur quietem sermoni per silentium. S. Basilii, homil. ATTENDE TIBI IPSI: t. II. fol. 16.

Superioridad de la palabra sobre los demas medios de expresion.

Illud quoque præcipuum, quod soli homines ore exprimimus, quæ corde sentimus. Itaque cogitationes tacitæ mentis, oris sermone signantur. Quid est igitur os hominis nisi quoddam sermonis adytum, fons disputationis, aula verborum, promptuarium voluntatis? Absolvimus velut quamdam humani corporis regiam, in qua sit licet quædam quantitas portionis, forma tamen universitatis est. S. Ambr. Hexæm. l. VI c. IX n. 68 t. II. 119 ed. de Ven. 1781.

Data vero signa sunt, quæ sibi quæque viventia invicem dant ad demonstrandos, quantum possunt, motus animi sui vel sensa, aut intellecta quælibet. Nec ulla causa est nobis significandi, id est signi dandi, nisi ad depromendam et trajiciendum in alterius animum id quod animo gerit is qui signum dat.... Signorum igitur quibus inter se homines sua sensa communicant, quædam pertinent ad oculorum sensum, pleraque ad aurium, paucissima ad cæteros sensus. Nam cum innuimus, non damus signum nisi oculis ejus quem volumus per hoc signum voluntatis nostræ participem facere. Et quidam motu manuum pleraque significant: et histriones omnium membrorum motibus dant signa quædam scientibus, et cum oculis eorum quasi fabulantur; et vexilla draconesque militares per oculos insinuant vo-

luntatem ducum: et sunt hæc omnia quasi quædam verba visibilia.... Sed hæc omnia signa verbis comparata paucissima sunt. Verba enim prorsus inter homines obtinuerunt principatum significandi quæcumque animo concipiuntur, si ea quisque prodere velit.... sed innumerabilis multitudo signorum, quibus suas cogitationes homines exerunt, in verbis constituta est. Nam illa signa omnia, quorum genera breviter attigi, potui verbis enuntiare; verba vero illis signis nullo modo possem. S. Aug. De doct. christ. l. II. cc. II. et III. t. III. fol. 57.

La definicion de la elocuencia que, tomada de S. Agustin, ponemos en la pág. 5.^a, se halla en el cap. I. del lib. I. contra el Donatista Cresconio. El santo Doctor expone y amplía en este libro la idea y definicion de la elocuencia, excitado por la táctica de Cresconio, que procuraba evadir la cuestion principal, sosteniendo que los Donatistas debian abstenerse de entrar en polémica con San Agustin, cuya elocuencia y nerviosa dialéctica podia envolver, decia, á cualquiera sostenedor de la buena doctrina. Contr. Cresconium Grammaticum lib. IV. l. I. t. IX. pag. 445. El mismo santo Doctor explica y define admirablemente la elocuencia en sus libros de la doctrina cristiana, particularmente en el IV. t. III. fol. 89.

Discurso de la madre del Crisóstomo.

Verum assiduæ matris illecebræ obstiterunt, quominus hanc illi gratiam redderem; imo vero, quo minus id beneficii ab eo acciperem. Enimvero ubi illa odorata est me id consilii inire, dextra apprehensum introduxit me in peculiare sibi domicilium ac me prope lectum, ubi me enixa fuerat, assidere jusso, emissis lacrymarum fontibus, ipsis lacrymis miserabiliora verba proferebat: his me gemebunda compellans: Ego, inquit, fili, virtute patris tui non multo tempore ita providente numine frui potui. Nam partus tui dolores excipiens illius obitus, te pupillum, me viduam præmature reliquit, additis viduitatis incommodis, quæ expertis solum probe nota sunt. Nullus enim sermo, illam tempestatem ac

procellam exprimere possit, quam puella subit, cum nuper e domo patris emissa, ac negotiorum imperita, repente luctu intolerabili percussa, sollicitudinem ætate ac sexu suo majorem suscipere cogitur. Opus enim est servorum ignaviam emendare, nequitiam observare, cognatorum insidias propulsare, publicanorum molestias, et in vectigalibus exigendis immanitatem fortiter ferre. Quod si is, qui mortem obit, prolem relinquat, si sit femina, magnam utique matri curam exhibet; sed tamen sumptibus et metu vacantem. At filius sexcentis quotidie timoribus replet, multisque sollicitudinibus; mitto enim pecuniarum expensam, quam multam facere cogitur mater, si liberaliter illum educare cupiat. Me tamen horum nullum ad alteras nuptias vel ad alterum in patris tui ædes inducendum sponsum permovit. Sed in procella et turbine mansi, ferreamque viduitatis fornacem non evasi: primo quidem superno fulta subsidio: deinde non modico mihi in calamitatibus solatio erat, quod vultum frequenter tuum aspicerem, ac vivam defuncti imaginem servarem, quæ illum accurate referret. Quapropter cum adhuc infans esses, necdum loqui valeres, cum maxime pueri parentes oblectare solent, magnæ mihi consolationi fuisti. Neque illud mihi vitio vertere possis, quod licet viduitatem fortiter tulerim, paternas tamen ob viduitatis incommodum tibi minuerim facultates, quod multis in orbitate infeliciter accidisse novi: nam illas tibi integras servavi, licet nihil eorum sumptuum prætermiserim, qui ad liberalem institutionem tuam necessarij erant; idque ex facultatibus meis, exque pecuniis, quas e domo paterna attuleram. Ne vero putes me tibi exprobrantem hæc dicere: sed pro his omnibus unam postulo gratiam, ne me altera viduitate involvas, neu sopitum jam luctum denuo excites: **verum** mortem expectes meam; hinc fortasse brevi emigrandum mihi erit. Nam juvenes quidem ad provectam perduci senectutem sperare possunt; nos autem qui consenuimus, nihil aliud, quam mortem præstolamur. Cum itaque me terræ tradideris, patrisque ossibus admiscue-

ris, longas suscipito peregrinationes, et quoscumque volueris pelagus trajicito: nemo tunc prohibiturus est. Cæterum donec respiramus, contubernium meum ne respuas; neu in Dei offensionem temere incurras, dum nos, nihil tamen læsus a nobis, tot malis involves. Etenim si conqueri potes, quod te ad mundanas curas pertraham, ac negotiis prospicere tuis cogam, ne leges naturæ, ne educationem, ne consuetudinem neu aliud quidpiam reverearis, sed nos tamquam insidiatores et inimicos fuge; sin vero nihil non agimus, ut tibi otium paremus ad vitam istituendam: si minus aliud vinculum certe hoc unum te apud nos detineat. Nam etiamsi te a sexcentis aliis amari dicas, nullus tibi tantam libertatem procurabit, quandoquidem nemo est, cui existimatio tua æque ac mihi, cara sit. S. Joann. Chrys. De sacerdotio lib. I. n. 5. t. I. fol. 363.

La interesantísima carta de S. Bernardo á su sobrino Roberto, que hemos citado en la página 5, se halla en el t. I. fol. 4 de las obras del Santo.

Cum autem ad alios loquimur, verbo intus manenti ministerium vocis adhibemus, aut alicujus signi corporalis, ut per quandam commemorationem sensibilem tale aliquid fiat etiam in animo audientis, quale de loquentis animo non recedit. Nihil itaque agimus per membra corporis in factis dictisque nostris, quibus vel approbantur vel improbantur mores hominum, quod non verbo apud nos intus edito prævenimus. Nemo enim volens aliquid facit, quod non in corde suo prius dixerit. S. Aug. de Trinit. lib. IX. cap. VII. t. VIII. fol. 967.

Duæ sunt res quibus nititur omnis tractatio scripturarum: modus inveniendi quæ intelligenda sunt et modus proferendi quæ intellecta sunt. De doct. christ. lib. I. cap. I. t. III. fol. 49.

«Nam et res divinas mente consequi arduum et verbis explicare difficile, etc....» S. G. Nazianz. Orat. XXVI. t. I. fol. 597.

Geminum est lectionis studium: primum, quomodo

scripturæ intelligantur: secundum, qua utilitate vel dignitate dicantur. Erit enim antea quisque promptus ad intelligendum quæ legit: sequenter idoneus ad proferendum quæ didicit. S. Isid. Hispal. Sent. lib. III. cap. VIII. n. 5. t. II. fol. 100.

LECCION II.

El arte auxilia y perfecciona las dotes que tiene el hombre para ser naturalmente elocuente.

Debet igitur divinarum scripturarum tractator et Doctor, defensor rectæ fidei ac debellator erroris, et bona docere, et mala dedocere; atque in hoc opère sermonis conciliare adversos, remissos erigere, nescientibus quid agatur, quid expectare debeant intimare. Ubi autem benevolos, intentos, dociles aut invenerit, aut ipse fecerit, cætera peragenda sunt, sicut postulat causa. Si docendi sunt qui audiunt, narratione faciendum est, si tamen indigeat, ut res de qua agitur innotescat. Ut autem quæ dubia sunt certa fiant, documentis adhibitis ratiocinandum est. Si vero qui audiunt movendi sunt potius quam docendi, ut in eo quod jam sciunt, agendo non torpeant, et rebus assensum, quas veras esse fiantur, accommodent, majoribus dicendi viribus opus est. Ibi obsecrationes et increpationes, concitationes et coercitiones, et quæcumque alia valent ad commovendos animos, sunt necessaria. Et hæc quidem cuncta quæ dixi, omnes fere homines in iis quæ eloquendo agunt facere non quiescunt: sed cum alii faciant obtuse, deformiter, frigide; alii acute, ornate, vehementer; illum ad hoc opus unde agimus, jam oportet accedere, qui potest disputare vel dicere sapienter, etiam si non potest eloquenter, ut prosit audientibus, etiamsi minus quam prodesset, si et eloquenter posset dicere. S. Aug. De doct. christ. lib. IV. cc. IV. et V. t. III. fol. 91.

Sunt etiam quædam præcepta uberioris disputationis, quæ jam eloquentia nominatur, quæ nihilominus vera

sunt, quamvis eis possint etiam falsa persuaderi: sed quia et vera possunt, non est facultas ipsa culpabilis, sed ea male utentium perversitas. Nam neque hoc ab hominibus institutum est, ut caritatis expressio conciliet auditorem, aut ut facile, quod intendit, insinuet brevis et aperta narratio, et varietas ejus sine fastidio teneat intentos; et cæteræ hujusmodi observationes, quæ sive in falsis sive in veris causis, veræ sunt tamen, in quantum vel sciri vel credi aliquid faciunt aut ad expectandum fugiendumve animos movent, et inventæ potius quod ita se habeant, quam ut ita se haberent institutæ. S. Aug. De doct. christ. l. II. c. XXXVI. t. III. fol. 60.

Sed recte ista fortasse ratiocinatio nominatur, ut ratio sit quiddam mentis adspectus, ratiocinatio autem rationis inquisitio, id est, adspectus illius per ea quæ adspicienda sunt, motio. S. Aug. De quant. animæ cap. XXVII. n. 55. t. I. f. 427.

El mismo santo Doctor desde el capitulo XI del libro II DE ORDINE, despues de haber examinado la razon humana y sus facultades, observa que el hombre no hubiera podido vivir en sociedad sin la facultad de expresar los fenómenos de su alma. De aquí infiere la necesidad de la palabra y consigna el origen de la escritura, gramática, prosodia, dialéctica, retórica, música, poesía, versificación, ritmo, geometria y astronomía. t. I. fol. 1009.

Verum hæ et similes artes non illis solis sed communi hominum naturæ erant adscribendæ. Siquidem homines diligenti naturæ contemplatione et observatione, artes inveniunt: hinc in omnium ore est artem naturæ esse imitationem. Si ergo illi in his artibus, quibus navarunt operam, periti evaserunt, non idcirco dii sed potius homines existimandi sunt. Nec enim artes ab illis sunt profectæ, sed ipsi in artibus naturam imitati sunt. Nam cum homines, uti ex hominis definitione constat, natura sint scientiæ capaces: nil mirum, si illi humano ingenio in suam ipsorum naturam intuentes, ejusque percepta cognitione, artes excogitaverint.... Etenim lit-

teras Phœnices invenere: pœsim heroicam Homerus, dialecticam Zeno Eleates: rhetoricam, Corax Syracussius. S. Athanas. Orat. contra Gentes n. 18. t. I. part. I. fol. 18.

Quoniam si acutum et fervens adsit ingenium, facilius adhæret eloquentia legentibus et audientibus eloquentes, quam eloquentiæ præcepta sectantibus.... Si autem tale desit ingenium, nec illa rhetorica præcepta capiuntur; nec, si magno labore inculcata quantulumcumque ex parte capiuntur, aliquid prosunt. S. Aug. De doct. christ. l. IV. c. III. t. III. pag. 90.

«Si enim.... ea quæ velut oratoria arte discuntur non observarentur et notarentur, et in hanc doctrinam non redigerentur, nisi prius in oratorum invenirentur ingeniis, etc.... S. Aug. De doct. christ. l. IV. c. VII. fol. 98.

Las palabras de S. Gerónimo con que hemos concluido la leccion II en la página 7.^a se hallan en el Prefacio del libro III del comentario sobre la carta á los Galatas. t. IV. part. I. fol. 289.

LECCION III.

Redi mecum humana infirmitas, redi ergo. Humana ipsa comprehendamus, si possumus. Homines sumus et nos qui loquimur, et hominibus loquimur, et sonum vocis edimus. Ad aures hominum sonum vocis nostræ perducimus, et per nostræ vocis sonum et intellectum quomodocumque per aurem in corde ponimus. Hinc ergo quod possumus, ut possumus, eloquamur; hoc comprehendamus. Si autem neque hoc comprehendere valuerimus, ad illud quid sumus? Ecce auditis me: verbum facio. Si quis hinc exeat et interrogetur foris quid hic agitur, respondet, verbum Episcopus facit. Verbum facio de Verbo. Sed quale verbum, de quali Verbo? Mortale verbum, de inmortalis Verbo; mutabile verbum,

de immutabili Verbo; transitorium verbum, de æterno Verbo. Tamen attendite verbum meum. Dixeram enim vobis Verbum Dei ubique totum est. Ecce facio vobis verbum; ad omnes pervenit quod dico. Ut ad omnes perveniret quod dico, numquid divisistis quod dico? Si pascerem vos, ut non mentem vestram, sed ventrem implere vellem, et ponerem vobis panes quibus saturaremini, nonne panes meos divideretis inter vos? Numquid possent panes mei ad unumquemque vestrum pervenire? Si ad unum pervenirent, ceteri nihil haberent: ecce loquor, et omnes habetis; parum est quia omnes habetis: et omnes totum habetis. Pervenit ad omnes totum, ad singulos totum. O mirabilia verbi mei. Quid est ergo Verbum Dei? Aliud audite. Dixi: quod dixi processit ad vos, et non recessit a me. Pervenit ad vos, nec separatum est a me. Ante quam dicerem, ego habebam, et vos non habebatis: dixi, et vos habere cœpistis, et ego nihil perdi. O miraculum verbi mei! Quid est ergo Verbum Dei? De parvis magna conjicite. Considerate terrena, laudate cœlestia. Creatura sum, creatura estis: et tanta miracula fiunt de verbo meo in corde meo, in ore meo, in voce mea, in auribus vestris in cordibus vestris. S. Agust. serm. CXX de verbis Joann. n. 3. t. V. fol. 677.

San Agustín no solo llama milagro á la palabra, como acabamos de ver; sino que la compara con el misterio de la Encarnación, para explicar su posibilidad.

Nos loquimur verba volantia et transeuntia: mox ut sonuerit ore tuo verbum tuum, transit, peragit strepitum suum et transit in silentium. Numquid potes sequi sonum tuum, et tenere ut stet? Cogitatio tamen tua manet, et de ipsa cogitatione manente dicis multa verba transeuntia. Quid dicimus, Fratres? Deus cum loqueretur, adhibuit vocem, adhibuit sonos, adhibuit syllabas? si adhibuit ista, qua lingua locutus est? Hebræa, an Græca, an Latina? Ibi necessariæ linguæ, ubi distinctio gentium. Ibi autem nemo potest dicere, illa lingua, vel illa

lingua locutum esse Deum. Cor tuum adtende. Quando concipis verbum quod dicas: dicam enim, si potero, quod sin nobis adtendamus, non unde illud comprehendamus: quando ergo concipis verbum quod proferas, rem vis dicere, et ipsa rei conceptio in corde tuo jam verbum est: nondum processit, sed jam natum est in corde et manet ut procedat: adtendis autem ad quem procedat: cum quo loquaris: si Latinus est vocem Latinam quæris; si Græcus est, verba Græca meditaris; si Punicus est, adtendis si nosti linguam Punicam; pro diversitate auditorum diversas linguas adhibes, ut proferas verbum conceptum, illud autem quod corde conceperas, nulla lingua tenebatur. Cum ergo Deus loquens linguam non quæreret, et genus locutionis non assumeret, quomodo auditus est a Filio, cum ipsum Filium sit locutus Deus? Quomodo enim tu verbum quod loqueris, in corde habes, et apud te est, et ipsa conceptio spiritualis est: nam sicut anima tua spiritus est, ita et verbum quod concepisti, spiritus est; nondum enim accepit sonum ut per syllabas dividatur, sed manet in conceptione cordis et in speculo mentis: sic Deus edidit Verbum, hoc est, genuit Filium. S. Ang. in Joann. Evangelium tract. XIV. n. 7. t. III. fol. 1506.

In principio erat Verbum. Tu revocas ad usum sermocinationis tuæ, et dicis apud te, quid est verbum? quid magnum est verbum? sonat et transit; verberato aëre aurem percutit, postea non erit. Audi adhuc, Verbum erat apud Deum: manebat, non sonando transibat. Adhuc forte contemnis: Deus erat Verbum. Apud te ipsum, o homo, cum est in corde tuo verbum, aliud est quam sonus: sed verbum quod est apud te, ut transeat ad me, sonum quasi vehiculum quærit. Assumit ergo sonum, imponit se quodammodo in vehiculum, transcurrit aërem, venit ad me, nec recedit a te. Sonus autem ut veniret ad me, recessit a te, nec perstitit apud me. Verbum ergo quod erat in corde tuo, numquid sono prætereunte præteriit? Quod cogitabas dixisti; et ut ad me perveniret quod apud te latebat, syllabas sonuisti; sonus

syllabarum perduxit ad aurem meam cogitationem tuam, per aurem meam descendit in cor meum cogitatio tua, sonus medius transvolavit: verbum vero illud quod assumpsit sonum, antequam sonares, erat apud te; quia sonuisti, est apud me, et non recessit a te. Hoc attende, quisquis es examinador sonorum. Verbum Dei contemnis, qui verbum hominis non comprehendis. S. Aug. in Evāgel. Joann. tract. XXXVII. n. 4. t. III. fol. 1671.

De Verbo aliquid ago, et verbum humanum forte aliquid simile potest; quamvis longe impar, longe discretum, ex nulla particula comparandum, tamen vobis aliqua similitudine insinuandum. Ecce ego verbum quod vobis loquor, in corde meo prius habui; processit ad te, nec recessit a me: cæpit esse in te, quod non erat in te; mansit apud me, cum exiret ad te. Sicut ergo verbum meum prolatum est sensui tuo, nec recessit a corde meo: sic illud Verbum prolatum est sensui nostro, nec recessit a Patre suo. Verbum meum erat apud me, et processit in vocem: Verbum Dei erat apud Patrem, et processit in carnem. S. Aug. serm. CXIX. De verbis Joannis n. 7. t. V. fol. 675.

Ecce quod dico, quod dicturus sum, hoc audite, hoc comprehendite verbum meum, hoc est verbum humanum. Si autem nec hoc comprehendere poteritis, videte ab illo quam longe sitis. Certe miramur quomodo Christus carnem accepit, de virgine natus est, et a Patre non recessit: ecce ego qui vobiscum loquor, antequam ad vos venirem, cogitavi ante quod vobis dicerem. Quando cogitavi quod vobis dicerem, jam in corde meo verbum erat. Non enim vobis dicerem, nisi ante cogitarem. Inveni te Latinum, Latinum tibi proferendum est verbum. Si autem Græcus esses, Græce tibi loqui deberem, et proferre ad te verbum Græcum. Illud verbum in corde nec Latinum est, nec Græcum: prorsus antecedit linguas istas quod est in corde meo. Quæro illi sonum, quæro quasi vehiculum; quæro unde perveniat ad te, quando non recedit a me. Ecce audistis quod est in corde meo,

jam est et in vestro. In meo est et in vestro est: et vos habere cœpistis, et ego non perdidit. Sicut verbum meum assumpsit sonum, per quem audiretur: sic Verbum Dei assumpsit carnem, per quam videretur. Quantum potui dixi. Et quid dixi? Quoniam quis dixi? Homo loqui volui de Deo. Tantus est, talis est, ut nec eum loqui possimus, nec eum tacere debeamus. S. Aug. serm. CCXXV. ad infantes t. V. fol. 1097.

Et aurium quidam cibus sonus est, et ipse qualis est? De his enim sensibus corporis mentis intelligibilia coniciamus. Ecce loquor charitati vestræ: adsunt aures, adsunt mentes. Duo quædam nominavi, aures et mentes; et in eo quod loquor, duo quædam sunt sonus et intellectus: simul feruntur, simul ad aurem perveniunt; sonus remanet in aure, intellectus descendit in corde. Sed de sono ipso prius advertamus quanto excellentius intellectum amare debemus. Sonus est quasi corpus, intellectus est quasi animus. Sed sonus mox ut aërem percusserit, auremque tetigerit, transit, nec revocatur, nec adhuc sonat. Ita enim sibi syllabæ præeundo et sequendo succedunt, ut secunda non sonet, nisi prima transierit. Verum tamen sic quomodo quoddam transitorium magnum habet miraculum. Ecce enim si vobis esurientibus panem apponerem, non perveniret ad singulos; totum divideretis vobis quod posuissem, et quanto plures essetis, tanto minus haberetis. Modo autem sermonem profero, verba inter vos et syllabas non dividitis, nec secatis sermonem meum, ut alius tollat istam partem, alius illam, et sic minutatim et particulatim ad singulos quosque quod dico perveniat: sed totum audit unus, totum audiunt duo, totum audiunt plures, et quotquot venerint totum audiunt; et omnibus sufficit, et singulis integrum est: præparatur ad audiendum auris tua, nec eam fraudat vicina auris aliena. Si hoc fit de verbo sonante, quid fit de Verbo omnipotente? Quomodo enim vox ista nostra auribus omnium audientium singulis tota est et apud singulos tota est; nec tot sunt meæ voces quot vestræ aures, sed una vox multas

aures implet, non divisa, sed omnibus tota: sic cogitate Verbum Dei totum in cœlis, totum in terris, totum in Angelis, totum apud Patrem, totum apud Virginem, totum in æternitate, totum in carne, totum ad inferos, cum visitaret, totum in paradiso, quo latronem transtulit. Hæc dixi de sono.

Quid, si de intellectu aliquid dicam? quanto minus est quam Verbum Dei? Ecce enim sonum profero; sed cum protulerò, jam non revoco, sed si volo audiri, alterum sonum profero, et cum ipse transierit, profero alterum, aut silentium consequetur: intellectum vero et profero ad te, et teneo apud me; et invenis quod audisti, et non perdo quod dixi. Videte quam vera sint et lætetur cor quærentium dominum. Dominus enim ipsa principalis veritas est. Intellectus ergo manens in corde meo migrat ad tuum, nec deserit meum. Verumtamen cum intellectus inest cordi meo et volo ut insit etiam cordi tuo, quæro qua ad te transeat quasi vehiculum sonum; et assumo sonum, et quasi impono intellectum, et profero, et produco, et doceo et non amitto. Si potuit hoc facere intellectus meus de voce mea, non potuit Verbum Dei de carne sua? S. Aug. serm. XXVIII. t. V. fol. 188.

Proinde verbum quod foris sonat, signum est verbi quod intus lucet, cui magis verbi competit nomen. Nam illud quod profertur carnis ore, vox verbi est: verbumque et ipsum dicitur, propter illud a quo ut foris apparet assumptum est. Ita enim verbum nostrum vox quodam modo corporis fit, assumendo eam in qua manifestetur sensibus hominum; sicut Verbum Dei caro factum est, assumendo eam in qua et ipsum manifestaretur sensibus hominum. Et sicut verbum nostrum fit vox, nec mutatur in vocem; ita Verbum Dei caro quidem factum est, sed absit ut mutaretur in carnem. Assumendo quippe illam, non in eam se consumendo, et hoc nostrum vox fit, et illud caro factum est. S. Aug. de Trinitate lib. XV. c. XI. t. VII. fol. 1071.

La idea de que el Verbo eterno se encarnó, en cierto

modo, segunda vez tomando para cuerpo suyo la palabra del hombre puede verse en la homilia XXXV de Origenes sobre S. Mateo y en el c. XXXVII. de resurreccionem corporum, de Tertuliano.

Poder de Dios y cooperacion del hombre.

Ideo dixit ipse Apostolus discernens operationem operariorum et Creatoris: Ego plantavi, Apollo rigavit; sed Deus incrementum dedit. Et adjunxit, neque qui plantat est aliquid, neque qui rigat, sed qui incrementum dat Deus. Si Deus intrinsecus incrementum non det, inanis est iste sonus ad aures vestras. Si autem det, valet aliquid quod plantamus et rigamus, et non est inanis labor noster. S. Aug. serm. CLII. n. 1. t. V. fol. 820.

Et si ab hominibus audiunt, tamen quod intelligunt, intus datur, intus coruscat, intus revelatur. Quid faciunt homines forinsecus annuntiantes? Quid facio ego modo cum loquor? Strepitum verborum ingero auribus vestris. Nisi ergo revelet ille qui intus est, quid dico, aut quid loquor? Exterior cultor arboris, interior est Creator. Qui plantat et qui rigat, extrinsecus operatur: hoc facimus nos. *Sed neque qui plantat est aliquid, neque qui rigat sed qui incrementum dat Deus.* S. Aug. in Evang. Joann. tract. XXVI. n. 7. t. III. fol. 1609.

Se debe respetar siempre la palabra divina: el modo de anunciarla, puede ser examinado con ciertas condiciones.

En el discurso de estas lecciones vamos viendo, como los santos Padres han juzgado y criticado á los malos predicadores; y el recto fin que se proponian con estas censuras.

San Agustin recomendaba con frecuencia á sus fieles la obligacion que tenian de oír con respeto la palabra divina y de aprovechar las verdades que se les predicaban cualesquiera que fuese la vida ó conducta del predicador. In Joann. tract. XLV. n. 6. t. III. fol. 1750.== Enarrat. in psalm. XLIX. n. 23. t. IV. fol. 580.== Serm. CLXXIX n. 10. t. V. fol. 971.

LECCION IV.

Comparacion del Nacianceno y observacion de S. Agustin.

Ipsi porro (Basilio) eloquentiæ studium accessionis duntaxat ac velut corollarii cujusdam rationem habebat, hoc tantum scilicet ex ipsa fructus decerpenti, ut ejus ope atque auxilio ad nostram philosophiam uteretur: quandoquidem ad explicanda animi sensa ipsius vis ac facultas requiritur mens enim, quæ id, quod sentit, verbis exprimere nequit, hominum torpore laborantium incessui haudquaquam dissimilis est. S. Greg. Naz. Orat. XX. in laud. Basilii magn. t. I. fol. 293.

Et tamen in sermonibus atque dictionibus eloquentium, impleta reperiuntur præcepta eloquentiæ, de quibus illi ut eloquerentur, vel cum eloquerentur, non cogitaverunt, sive illa didicissent, sive ne attigissent quidem. Implent quippe illa, quia eloquentes sunt; non adhibent ut sint eloquentes. S. Aug. de doct. christ. lib. IV. c. III. t. III. fol. 90.

Verdadera y falsa elocuencia.

Docente te in Ecclesia, non clamor populi, sed gemitus suscitetur. Lacrymæ auditorum laudes tuæ sint. Sermo presbyteri scripturarum lectione conditus sit: nolo te declamatorem esse et rabulam garrulumque sine ratione, sed mysteriorum peritum, et sacramentorum Dei tui eruditissimum. Verba volvere, et celeritate dicendi apud imperitum vulgus admirationem sui facere, indoctorum hominum est. S. Hieronymus Epist. XXXIV. ad Nepot. t. IV. part. II. fol. 262.

«Quod genus captiosarum conclusionum Scriptura, quantum existimo, detestatur illo loco, ubi dictum est: *qui sophisticè loquitur, odibilis est.* (Eccli. XXXVII, 25). Quamquam etiam sermo non captiosus, sed tamen

abundantius quam gravitatem decet, verborum ornamenta consecans, sophisticus dicitur.» S. Aug. De doct. christ. l. II. c. XXXI. t. III. fol. 58.

Qui vero affluit insipienti eloquentia, tanto magis cavendus est, quanto magis ab eo in iis quæ audire inutile est, delectatur auditor, et eum quoniam diserte dicere audit, etiam vere dicere existimat. Hæc autem sententia nec illos fugit, qui artem rhetoricam docendam putarunt: fassi sunt enim sapientiam sine eloquentia parum prodesse civitatibus; eloquentiam vero sine sapientia nimium obesse plerumque, prodesse nunquam. S. Aug. De doct. christ. lib. IV. c. V. t. III. f. 91.

Illud est molestum et periculosum vel perniciosum, si cum laudatur eloquentia, persuadeatur insipientia, et in pretioso poculo bibatur pestifera potio. S. Aug. De anima et ejus orig. l. I. c. III. t. X. fol. 476.

Docebam in illis annis artem rhetoricam, et victoriosam loquacitatem victus cupiditate vendebam. Malebam tamen, Domine, tu scis, bonos habere discipulos, sicut appellantur boni; et eos sine dolo docebam dolos; non quibus contra caput innocentis agerent, sed aliquando pro capite nocentis. S. Aug. confessionum lib. IV. c. II. t. II. fol. 695.

En el capítulo II. del libro IX. vuelve á lamentarse de la futilidad de las lecciones de elocuencia que daba antes de su conversion, ocupacion, dice, que resolví dejar «ne ulterius pueri meditantes non legem tuam, non pacem tuam, sed insanias mendaces et bella forensia, mercarentur ex ore meo arma furori suo. t. I. f. 763.

¿Quid ergo ludosne omnes literarios diruemus, ajunt? Minime hoc dico: sed ut ne virtutis destruamus ædificium, neu vivam obruamus animam. Quæ si temperans quidem fuerit, nullum ex litterarum imperitia sequetur detrimentum; sin corrupta fuerit, maximum damnum erit, etiamsi lingua vehementer acuta fuerit et expolita, tantoque majus damnum, quanto major dicendi vis accesserit. Nequitia enim cum dicendi facultate conjuncta multo deteriora, quam imperitia, mala parere solet.

S. Joann. Chrysost. adversus oppugnatores vitæ monast. lib. III. n. 40. t. I. fol. 95.

Sunt etiam quædam præcepta uberioris disputationis, quæ jam eloquentia nominatur, quæ nihilominus vera sunt, quamvis eis possint etiam falsa persuaderi: sed quia et vera possunt, non est facultas ipsa culpabilis, sed ea male utentium perversitas. Nam neque hoc ab hominibus institutum est, ut caritatis expressio conciliet auditorem, aut ut facile quod intendit, insinuet brevis et aperta narratio, et varietas ejus sine fastidio teneat intentos; et ceteræ hujusmodi observationes, quæ sive in falsis sive in veris causis, veræ sunt tamen, inquantum vel sciri vel credi aliquid faciunt, aut ad expetendum fugiendumve animos movent, et inventæ potius quod ita se habeant, quam ut ita se haberent institutæ. S. Aug. De doct. christ. lib. II. c. XXXVI. t. III. fol. 60.

Observacion de S. Agustin.

Nam cum per artem rethoricam et vera suadeantur et falsa, quis audeat dicere, adversus mendacium in defensoribus suis innermem debere consistere veritatem, ut videlicet illi qui res falsas persuadere conantur, noverint auditorem vel benevolum, vel intentum, vel docilem, præmio facere; isti autem non noverint? Illi falsa breviter, aperte, verisimiliter; et isti vera sic narrent, ut audire tædeat, intelligere non pateat, credere postremo non libeat? illi fallacibus argumentis veritatem oppugnent, asserant falsitatem, isti nec vera defendere, nec falsa valeant reputare. Illi animos audientium in errorem moventes impellentesque dicendo terreant, contristent, exhilarent, exhortentur ardentem; isti pro veritate lenti frigidique dormitent? Quis ita desipiat ut hoc sapiat? Cum ergo sit in medio posita facultas eloquii quæ ad persuadenda seu prava seu recta valeat plurimum, cur non bonorum studio comparatur, ut militet veritati, si eam mali ad obtinendas perversas vanasque causas

in usus iniquitatis et erroris usurpant? S. Aug. De doct. christ. lib. IV. c. II. t. III. fol. 89.

S. Juan Crisóstomo y el Nacienceno.

Et revera quomodo non absurdum est, ut cum aliquis nesciat artem gubernandi pugnandique cum fluctibus, nec si mille rebus adigatur, eligat ad clavum sedere et ille qui ad prædicandi pergit officium, temere ad istud et utcumque contingit, accedat, aque inmemorabilium rerum curam absque ulla consideratione suscipiat? Non itaque navium gubernatorem, non ad bestias dimicantem, non ludo gladiatorio destinatum, non alium quempiam omnino sic ad discrimina et mortes paratam atque expositam oportet habere animam, ut eum qui suscipit officium prædicandi. Nam et pericula profecto majora, et adversarii læviores, et non unum quoddam mortis genus incumbit, nec usquam prorsus simili conditione certatur. Cælum namque hic in præmio, in supplicio autem gehenna proponitur, et æterna animæ salus, atque perditio. S. J. Chrysost. de laudibus S. Pauli Apost. hom. VI. t. II. fol. 511.

Dic mihi, vir admirande, vocasne aliquid saltare, et tibia canere? Maxime vero, inquiet. Quid sapientiam et sapientem esse, quam nos divinarum humanarumque rerum scientiam definimus? Id quoque concedet. Age vero, censesne artes illas sapientia meliores et sublimiores esse, an hanc potius illis? Mihi quidem non est dubium, quin hanc omnibus etiam præstantiorem esse dicturi sint atque hactenus æqui et candidi iudices sint. Utrum igitur, saltationis quidem et cantus tiliarum doctrina quædam et disciplina est, ad idque, et diuturno tempore, et plurimis laboribus ac sudoribus opus est, atque interdum etiam mercedem persolvere oportet, et perductores adhibere, longasque peregrinationes suscipere, cæteraque omnia facere et pati, quibus artis peritia comparatur: sapientiam autem, quæ omnibus præest, ac bona omnia complexu suo tenet, (adeo ut ipse

quoque Deus, quamvis permultis nominibus vocetur, hoc tamen nomine impensius, quam ullis aliis delectetur) rem usque adeo levem et protritam esse existimabimus, ut ad hoc, ut quispiam sapiens sit, voluntas sola requiratur? Magnæ herele stultitiæ hoc fuerit..... Ita ne hactenus quidem sapientes sunt, ut inscitiam suam cognitam habeant. Ac mihi commodum esse videtur illud Salomonis de ipsis usurpare: est malum quod vidi sub sole, virum qui sibi sapiens esse videtur; et quod pejus est, alios erudiendos suscepit, qui ne inscitiam quidem suam persentit. Hoc malum lacrymis quidem et luctibus, si quod aliud, dignum est: quod etiam ipse sæpe miseratus sum. S. Greg. Nacianc. t. I. orat. I. f. 24.

Objecion fundada en algunas palabras del Apóstol.

Venerationi mihi semper fuit, non verbosa rusticitas; sed sancta simplicitas. Qui in sermone imitari se dicit Apostolos, prius imitetur virtutes in vita illorum. In quibus loquendi simplicitatem excusabat sanctimoniam magnitudo; et syllogismos Aristotelis, contortaque Chrysippi acumina, resurgens mortuus confutabat. S. Hieronym. Epist. XXXIII. De optimo genere interpretandi, t. IV. part. II. fol. 256.

San Gregorio Nacianceno despues de haber recomendado la elocuencia, dice «Quamobrem non idcirco eruditio contemnenda est, quod ita quibusdam videatur: quin potius stulti atque impediti habendi sunt, qui hoc existimant: qui omnes sui similes esse cupiant, ut privata eorum inscitia sub communi deliteat, nec quisquam ipsorum imperitiam prodat et coarguat. In laudem Basilii Mag. orat. XX. t. I. fol. 292.

Quoniam autem non aliam ob rem petimur, quam propter eloquentiam, et supervacaneam hanc et invidiosam linguam, quam in profanis doctrinis eruditam, divinis postea nobilitavimus, falsamque illam et amaram Maram per vitæ lignum dulcem reddidimus, affectum sane induistis animis ingenuis et liberalibus

dignum: hoc amatis ob quod oppugnamur. Cur enim mutuam eruditionem amplexi non sumus? cur non aridam et humi reptantem? cur, cum ea plerosque delectari conspiceremus, in peregrina quædam et aliena studia incumbemus, atque adversariis linguis obsistebamus: cum contra oportuerit ratiocinationes per temeritatem defugere, ac mutuæ inscitæ fidei nomen imponere? quam ipse quoque, mihi credite, complexus essem ut piscator (quando quidem hoc multis ad inscitæ prætextum in promptu est) si sermonis ac doctrinæ loco signorum et miraculorum vim haberem. S. Greg. Nacianc. t. I. orat. XXVII. f. 411.

Sentimos no poder copiar, porque es prolijo, el fuer- te raciocinio con que el Nacianceno confunde, en el precioso poema de su vida, á los que alegan contra el estudio de la elocuencia las palabras de S. Pablo y el ejemplo de los Apóstoles. Carmen de seipso, t. I. fol. 896.

Tum *Basilus*: Cur ergo Paulus, inquit, hanc sibi facultatem comparare non curavit, neque de eloquentiæ inopia erubuit, imo palam fatetur se idiotam esse; idque ad Corinthios scribens, qui eloquentiæ laude florebant, de qua summe gloriabantur? *Chrysost.* Hoc est, inquam, hoc est, quod plerosque perdidit, et circa veram doctrinam segniores effecit. Cum enim apostolicæ mentis altitudinem exacte scrutari non possent, neque verborum sensum capere, omne tempus somnolentiæ et oscitantæ dederunt, inscitiam illam amplexati, non qua Paulus se inscium esse dicit, sed a qua tanto ille abfuit intervallo, quanto nullus hominum, qui sub cælo sunt.

Prosigue el Santo Doctor haciendo un cumplido elogio de S. Pablo, ensalza los milagros que por su ministerio hizo el Señor, encomia sus virtudes, enaltece su celo y se indigna de que se quiera poner en paragon con el grande Apóstol á los predicadores de los tiempos modernos destituidos de aquellos auxilios extraordinarios con que el Señor auxiliaba la predicacion apostólica y continúa diciendo: «Quod autem non adeo idiota fuerit, ut ipsi arbitrantur, id jam commonstrare

aggrediar. Hi enim non modo idiotam vocant eum, qui in externarum litterarum præstigiis non exercitatus fuerit; sed etiam eum, qui pro veris dogmatibus pugnare nesciat; ac recte quidem. At Paulus non utrobique se idiotam profitetur, sed in horum altero tantum. Et ut id confirmaret, distinctionem accurate posuit, cum diceret, sermone se idiotam esse, sed non cognitione. Sane si Isocratis leporem exigerem, si Demosthenis acumen, si Thucydidis gravitatem, si Platonis sublimitatem, hoc Pauli testimonium in medium auferendum esset. Nunc autem illa omnia missa facio, necnon curiosum illum exterorum ornatum, nihilque curo dictionem enuntiationemque. Sed esto illum dictione inopem esse, et compositionem nominum simplicem ac remissam; dum ne cognitione, et dogmatum accuratione idiota sit; ne ideo, ut ignaviam tegat suam Beato illi quod maximum in bonis est laudemque præcipuam auferat.

Udenam, obsecro, Judæos Damascum incolentes confudit, cum nondum miracula edere cœpisset? Unde Hellenistas item prostravit? Quare Tarsum missus est? Nonne quia vi verbi superabat, et in tantum ipsos premebat, ut se victos esse non ferentes, ad illius necem inflammarentur? Nondum enim miracula edere cœperat: neque possit quispiam dicere, multos ipsum ob miraculorum gloriam admirandum habuisse, eosque qui cum eo pugnant, viri existimatione fuisse prostratos. Nam ad id usque tempus sermonis vi superabat. Adversus eos autem qui Antiochiæ judaizare aggrediebantur, quomodo dimicabat, disputabatque? Areopagita vero ille, supersticiosissimæ urbis illius civis, nonne ex sola ejus concione cum uxore sequutus eum est? Eutyclus autem quomodo de fenestra delapsus est, nonne quia usque ad multam noctem ejus audiendæ doctrinæ vacabat? Quid vero Thessalonicæ et Corinthi? Quid Ephesi, et in ipsa Roma? nonne dies noctesque insumebat in exponendis Scripturis? Jam quid dixeris de illius disputationibus cum Epicureis et Stoïcis? Nam si omnia recensere velimus, longius excurret oratio. Cum itaque et

ante signa, et in mediis signis, ipsum multa dicendi vi usum esse palam sit, quomodo adhuc audeant idiotam dicere eum, qui disputationibus et concionibus magnam sibi apud omnes admirationem conciliavit? Cur Lycaones ipsum Mercurium esse suspicati sunt? Nam quod dii esse putarentur, id ex signis efficiebatur, quod vero Paulum Mercurium esse putarent, id non signorum, sed eloquentiæ causa evenit. Quare beatus ille vir prærogativam inter cæteros Apostolos habuit? Unde per totum orbem multus in omnium ore versatur? Quare non apud nos modo, sed et apud Judæos et Græcos maxime omnium admirationi habetur? Nonne ex Epistolarum virtute, qua non iis solum, qui tunc erant, fidelibus, sed etiam iis, qui ab illo tempore in hunc usque diem fuere: et iis qui post futuri sunt usque ad novissimum Christi adventum, profuit profuturusque est, nec juvandi finem faciet, donec humanum genus permanserit? Quemadmodum enim murus ex adamante constructus, sic scripta ejus universas orbis Ecclesias circummuniunt. Ipseque instar fortissimi athletæ stat etiam num medius, captivam ducens omnem cogitationem in obedientiam Christi, et destruens omnem celsitudinem elevantem se contra cognitionem Dei. Hæc porro omnia operatur per admirandas illas Epistolas divina plenas sapientia, quas reliquit nobis. Neque solum ad dogmata spuria confutanda, germanaque tutanda idonea sunt ejus scripta; sed etiam ad bonam vitam instituendam non minimæ utilitatis sunt. Horum enim subsidio hodieque Ecclesiarum præfecti utentes virginem castam, quam ille Christo adaptavit, concinnant efformantque, et ad spiritualem pulchritudinem deducunt. His item irruentes in illam morbos depellunt, partamque sanitatem conservant. Talia nobis idiota ille remedia reliquit, tanta virtute prædita, quorum experientiam habent, qui illis frequenter utuntur. Quod autem ille hæc in parte magnam sollicitudinem posuerit, hinc palam est. Audi vero quid in Epistola sua Discipulo dicat: *Attende lectioni, exhortationi, doctrinæ; cujus rei fruc-*

tum adjicit, dicens: *Hoc enim faciens, et te ipsum sal-
vum facies, et eos qui te audiunt. Ac rursus, servum
Domini non oportet litigare, sed mansuetum esse ad
omnes, docibilem, patientem. Ac progressus ait: Tu vero
permane in iis, quæ didicisti et credita sunt tibi, sciens
a quo didiceris, et quia ab infantia sacras litteras nos-
ti, quæ te possint instruere ad salutem. Ac rursus, Om-
nis scriptura divinitus inspirata, inquit, utilis est ad do-
cendum, ad arguendum, ad corripiendum, ad erudien-
dum in justitia, ut perfectus sit homo Dei. Audi item
quid Tito dicat, de Episcoporum constitutione disse-
rens. Oportet enim, inquit, Episcopum amplecti eum,
qui secundum doctrinam est, fidelem sermonem, ut pos-
sit eos, qui contradicunt, arguere. Qui ergo idiota, ut hi
dicunt, contradicentes arguere et refrænare poterit? Quor-
sum attendere lectioni et Scripturis, si ea nobis ignoran-
tia amplectenda est? Hæc obtentus sunt et prætextus,
ac segnitiei ignaviæque excusationes. Verum, inquires,
hæc Episcopis præcipiantur: nam de Episcopis nobis
jam est sermo: quod autem et subditis idipsum con-
veniat, audi quid in alia Epistola aliis dicat: *Verbum
Christi habitat in vobis abundanter in omni sapien-
tia; ac rursus: Sermo vester semper in gratia sale
sit conditus, ut sciatis quomodo oporteat vos unicuique
respondere. Jam quod velit ad respondendum esse pa-
ratos, id omnibus dicitur. Ad Thessalonicenses vero:
Ædificate, inquit, alterutrum, sicut et facitis. Cum
autem de Sacerdotibus verba facit: Qui bene præsumt
presbyteri, inquit, duplici honore digni habeantur,
maxime qui laborant in verbo et doctrina. Etenim hic
est perfectissimus doctrinæ terminus, cum et operibus,
et dictis suis discipulos in beatam à Christo institutam
vitam deducunt. S. Joann. Chrysost. De sacerdotio
l. IV. nn. 6. 7. et 8. t. I. f. 410.**

Con no menos celo vindica S. Agustin, en sus libros
de la doctrina cristiana, la elocuencia del Apóstol.

La elocuencia debe ponerse al servicio de la Religion.
Lactancio.

Quæ professio multo melior, utilior, gloriosior putanda est, quam illa oratoria, in qua diu versati, non ad virtutem, sed plane ad argutam malitiam juvenes erudiebamus. Multo quippe nunc rectius de præceptis cœlestibus disseremus, quibus ad cultum veræ majestatis mentes hominum instruere possimus: nec tam de rebus humanis bene meretur, qui scientiam bene dicendi affert, quam qui pie atque innocenter docet vivere: idcirco apud Græcos majore in gloria philosophi, quam oratores fuerunt. Illi enim recte vivendi doctores sunt existimati: quod est longe præstabilius: quoniam bene dicere, ad paucos pertinet; bene autem vivere, ad omnes. Multum tamen nobis exercitatio illa fictarum litium contulit, ut nunc majore copia et facultate dicendi causam veritatis peroremus; quæ licet possit sine eloquentia defendi, ut est a multis sæpe defensa, tamen claritate ac nitore sermonis illustranda, et quodammodo disserenda est, ut potentius in animos influat et vi sua instructa, et luce orationis ornata. Lactant. Instit. præf. t. I. pag. 5.

Cum talibus nunc congregari et disputare contendimus, hos ad veritatem ab inepta persuasionem traducere, qui sanguinem facilius hauserint, quam verba justorum. Quid igitur? Operamne perdemus? Minime. Nam si lucrari hos a morte, ad quam concitatissime tendunt, non potuerimus; si ab illo itinere devio ad vitam lucemque revocare, quoniam ipsi salutem suam repugnant; nostros tamen confirmabimus, quorum non est stabilis, ac solidis radicibus fundata et fixa sententia. Nutant enim plurimi, ac maxime qui litterarum aliquid attigerunt. Nam et in hoc philosophi, et oratores et poetæ pernitiosi sunt, quod incautos animos facile irretire possunt suavitate sermonis, et carminum dulci modulatione currentium. Mella sunt hæc venenum tegentia. Ob eamque causam volui sapientiam cum Religione conjungere, ne

quid studiosis inanis illa doctrina possit officere; ut jam scientia litterarum non modo nihil noceat Religioni atque justitiæ, sed etiam prosit quamplurimum, si is, qui eas didicerit, sit in virtutibus instructor, et in veritate sapientior.

Præterea, etiamsi nulli alii, nobis certe proderit: delectabit se conscientia, gaudebitque mens in veritatis se luce versari; quod est animæ pabulum, incredibili quadam jucunditate perfusum. Verum non est desperandum: Fortasse,

Non canimus surdis.

Nec enim in tam malo statu res est, ut desint sanæ mentes, quibus et veritas placeat, et monstratum sibi rectum iter et videant, et sequantur. Circumlinatur modo poculum, cœlesti melle sapientiæ, ut possint ab imprudentibus amara remedia sine offensione potari; dum illiciens prima dulcedo acerbitatem saporis asperi, sub prætextu suavitatis occultat. Nam hæc in primis causa est, cur apud sapientes, et doctos, et principes hujus seculi scriptura sancta fide careat, quod Prophetæ communi ac simplici sermone, ut ad populum, sunt locuti. Contemnuntur itaque ab iis, qui nihil audire, vel legere, nisi expoliturum ac disertum volunt; nec quidquam hæere animis eorum potest, nisi quod aures blandiori sono mulcet. Illa vero, quæ sordida videntur, anilia inepta, vulgaria existimantur. Adeo nihil verum putant, nisi quod auditu suave est; nihil credibile, nisi quod potest incutere voluptatem: nemo rem veritate ponderat, sed ornatu. Non credunt ergo divinis, quia fuco carent: sed ne illis quidem, qui ea interpretantur, quia sunt et ipsi, aut omnino rudes, aut certe parum docti. Nam ut plane sint eloquentes perraro contingit: cujus rei causa in aperto est. Eloquentia enim seculo servit; populo se jactare, et in rebus malis placere gestit: si quidem veritatem sæpius expugnare conatur, ut vim suam monstret; opes expetit, honores concupiscit, summum denique gradum dignitatis exposcit. Ergo hæc quasi humilia despicit, arcana tanquam contraria sibi fugit;

quippe quæ publico gaudeat, et multitudinem celebritatemque desideret. Eo fit, ut sapientia et veritas idoneis præconibus indigeat. Et si qui forte litteratorum se ad eam contulerunt, defensionis ejus non suffecerunt.

Ex his, qui mihi noti sunt, Minutius Felix non ignobilis inter causidicos loci fuit. Hujus liber, cui Octavio titulus est, declarat, quam idoneus veritatis assertor esse potuisset, si se totum ad id studium contulisset. Septimius quoque Tertullianus fuit omni genere litterarum peritus: sed in eloquendo parum facilis, et minus comptus, et multum obscurus fuit. Ergo ne hic quidem satis celebritatis invenit. Unus igitur præcipuus, et clarus extitit Cyprianus, quoniam et magnam sibi gloriam ex artis oratoriæ professione quæsierat, et admodum multa conscripsit in suo genere miranda. Erat enim ingenio facili, copioso, suavi, et (quæ sermonis maxima est virtus) aperto, ut discernere nequeas, utrumne ornatior in eloquendo, an felicior in explicando, an potentior in persuadendo fuerit. Hic tamen placere ultra verba sacramentum ignorantibus non potest, quoniam mystica sunt, quæ locutus est, et ad id præparata, ut a solis fidelibus audiantur. Denique a doctis hujus seculi, quibus forte scripta ejus innotuerunt, derideri solet. Audivi ego quemdam hominem sane disertum, qui eum immutata una littera Coprianum vocaret; quasi qui elegans ingenium, et melioribus rebus aptum, ad aniles fabulas contulisset. Quod si accidit hoc ei cujus eloquentia non insuavis est, quid tandem putemus eis accidere, quorum sermo jejunus est et ingratus, qui neque vim persuadendi, neque subtilitatem argumentandi, neque ullam prorsus acerbiteriam ad revincendum habere potuerunt? *Lactant. Instit. l. V. c. I. t. I. f. 360.*

Vellem mihi, quando veritas in obscuro latere adhuc existimatur, vel errore atque imperitia vulgi, variis et ineptis superstitionibus servientis, vel philosophis pravitæ ingeniorum turbantibus eam potius quam illustriantibus, etsi non qualis in Marco Tullio fuit, quia præcipua et admirabilis fuit, aliquam tamen proximam elo-

quentiæ contingere facultatem; ut quantum veritas vi sua propria valet, tantum ingenii quoque viribus nixa, exereret se aliquando, et discussis convictisque tam publicis, quam eorum, qui sapientes putantur erroribus humano generi clarissimum lumen inferret. Quod quidem duabus ex causis fieri vellem: vel quod magis possent credere homines ornatae veritati, qui etiam mendacio credunt, capti orationis ornatu, lenocinioque verborum; vel certe, ut ipsi philosophi suis armis potissimum, quibus placere sibi et confidere solent, opprimerentur a nobis. Lactant. instit. lib. III. cap. I. t. I. f. 489.

La juventud es la edad de aprender la elocuencia.

Sed quaecumque sunt de hac re observationes atque praecepta, quibus cum accedit in verbis plurimis ornamentisque verborum exercitioris linguæ sollertissima consuetudo, fit illa quæ facundia vel eloquentia nominatur, extra istas litteras nostras, seposito ad hoc congruo temporis spatio, apta et convenienti ætate discenda sunt eis, qui hoc celeriter possunt. Nam et ipsos romanæ principes eloquentiæ non piguit dicere, quod hanc artem nisi quis cito possit, numquam omnino possit perdiscere. Quod utrum verum sit, quid opus est quærere? Non enim etiam si possint hæc a tardioribus tandem aliquando perdisci, nos ea tanti pendimus, ut eis discendis jam maturas vel etiam graves hominum ætates velimus impendi. Satis est ut adolescentulorum ista sit cura, nec ipsorum omnium quos utilitati Ecclesiasticæ cupimus erudiri; sed eorum quos nondum magis urgens, et huic rei sine dubio præponenda necessitas occupavit. S. Aug. De doct. christ. lib. IV. c. III. t. III. f. 90.

LECCION V.

Oficio del predicador.

Dixit ergo quidam eloquens, et verum dixit, ita dicere debere eloquentem, ut doceat, ut delectet, ut flectat.... Docere necessitatis est, delectare suavitatis, flectere victoriæ. Horum trium quod primo loco positum est, hoc est docendi necessitas, in rebus est constituta, quas dicimus; reliqua duo in modo quo dicimus. S. Agust. De doct. christ. l. IV. c. XII. t. III. f. 404.

Necesidad de la virtud y de la ciencia.

Æris metallum valde sonorum est. Et recte voces prædicantium æri comparantur, quia *in omnem terram exivit sonus eorum, et in fines orbis terræ verba eorum*. Bene autem æs candens dicitur; quia vita prædicantium sonat et ardet. Ardet enim desiderio, sonat verbo. Æs ergo candens, est prædicatio accensa. Sed de candente ære scintillæ prodeunt; quia de eorum exhortationibus verba flammantia ad aures audientium procedunt. Recte autem prædicatorum verba scintillæ appellata sunt, quia eos, quos in corde tetigerint, incendunt. S. Greg. M. in Ezech. l. I. hom. III. n. 5. t. I. f. 4494.

Non auferatur ex ore tuo verbum; ne forte factis verba non congruant, et deformat iniquitatis opera magisterium disciplinæ. Tollitur ex ore verbum, cum dicitur peccatori: *Quare tu enarras justitias meas?* et ipsa obmutescit facundia, si ægra sit conscientia. S. Ambr. in psalm. CXVIII expositio, serm. sext. t. II. f. 922.

Nam qui vel solos mores, vel solam doctrinam consecuti sunt, ab altera autem deseruntur, ii mihi nihil a luscis differre videntur, quibus cum magnum detrimentum sit, tum vero major turpitudō, sive alios cernant, sive ab aliis cernantur. At quibus utraque laude excelle-

re, ac velut ambidextris esse contigit, hi nimirum omnibus numeris absoluti sunt, ac cum alterius vitæ beatitudine vitam agunt. S. G. Nacianc. Orat. XX. t. I. f. 292.

Beatus Apostolus Paulus formam constituendi Episcopi fingens, et plane novum Ecclesiæ hominem præceptis condens, hanc veluti summam consummatarum in eo virtutum esse docuit dicens: *obtinentem secundum doctrinam fidei verbum ut potens sit exhortari ad doctrinam sanam, et contradicentes revincere. Sunt enim multi et non subditi, vaniloqui et seductores.* Ita enim quæ propria disciplinæ ac morum sunt, ad sacerdotii meritum utilia esse significat, si etiam hæc, quæ ad ducendæ ac tuendæ fidei scientiam necessaria sunt, inter reliqua non deerunt: quia non statim boni atque utilis sacerdotis est, aut tantummodo innocenter agere, aut tantummodo scienter prædicare; cum et innocens sibi tantum proficiat, nisi doctus sit; et doctus sine doctrinæ sit auctoritate, nisi innocens sit. Non enim apostolicus sermo probitatis honestatisque præceptis hominem tantum sæculo conformat ad vitam, neque rursus per doctrinæ scientiam scribam Synagogæ instituit ad legem: sed perfectum Ecclesiæ principem perfectis maximarum virtutum bonis instituit, ut et vita ejus ornetur docendo et doctrina, vivendo. S. Hilar. de Trinit. l. VIII. n. 1 f. 945.

Lege Pauli Epistolam ad Corinthios: quomodo diversa membra unum corpus efficiunt. Nec rusticus tamen et simplex frater ideo se sanctum putet, si nihil noverit: nec peritus et eloquens, lingua æstimet sanctitatem. Multoque melius est e duobus imperfectis, rusticitatem habere sanctam, quam eloquentiam peccatricem. S. Hieronym. Epist. XXXIV. t. IV. part. sec. fol. 263.

Qui enim in erudiendis, atque instituendis ad virtutem populis præerit, necesse est, ut in omnibus sanctus sit, et in nullo reprehensibilis-habeatur.... Cui etiam scientia Scripturarum necessaria est, quia si Episcopi tantum sancta sit vita, sibi soli potest prodesse, sic vi-

vens. S. Isid. Hisp. de Ecclesiast. offic. l. II. c. V. t. II. f. 458.

Si nos empeñáramos en aducir pasages en que los santos Padres recomiendan al predicador la necesidad que tiene de la virtud y de la ciencia para desempeñar bien su ministerio, haríamos un libro. Ya que esto no es del caso, citaremos algunos lugares cuya lectura recomendamos á los jóvenes por el provecho que para sí mismos reportarán de ella y tambien porque les será de muy grande utilidad si alguna vez tienen que predicar á Ordenandos ó Eclesiásticos.

Lactancio, Instit. l. IV. c. XXIII. t. I. f. 334. S. Hilar. Tract. in CXVIII. Psalm. litter. VI. n. 5. f. 280. S. Greg. Naz. Orat. I. t. I. f. 48. = Orat. XX. f. 326. = Orat. XXI. fol. 350. = Orat. XXVI. f. 404. = Orat. XXXIX. fol. 558. S. Joann. Chrisost. de Sacerdotio: todos sus libros; pero puede verse el IV. nn. 8 y 9. t. I. f. 445. = Exposit. in Psalm. XLIX. t. V. fol. 233. = In Matth. hom. LXXII. t. VII. f. 704. = In epist. ad Ephes. hom. VI. n. 3. t. XI. f. 42. = In Epist. ad Philip. hom. XII. n. 3. t. XI. f. 293. = In Epist. I. ad Timoth. hom. XV. n. 2. t. XI. f. 636. S. Hyeronim. Epist. XXXIV. ad Nepot. t. IV. part. II. f. 264. = Epist. LXXXII. ad Oceanum, t. IV. part. II. f. 652. = Epist. XCVI. t. IV. part. II. f. 780. = Epist. L. ad Paulin. t. IV. part. II. f. 569. S. Aug. De doct. christ. l. IV. cc. XV., XXVII., XXVIII. y XXX. t. III. f. 403, 418, 419 y 420. S. Greg. Mag. Reg. Past. part. I. c. II. t. II. f. 3. = c. III. f. 45. = In Ezech. l. I. hom. IX. nn. 4. y 26. t. I. f. 1250 y 1260. = Epist. l. I. Indic. IX. Epist. XXV. t. II. f. 508. San Isidor. sent. l. II. c. XXIX. n. 8. t. II. f. 64. = l. III. c. VIII. t. II. f. 99. = l. III. cc. XXXV., XXXVI. y XXXVII. f. 419. = De ecclesiast. offic. l. II. c. V. t. II. f. 458. San Bernardo In cant. serm. XVIII. t. II. fol. 1320.

San Agustin y S. Ambrosio.

Es interesantísima la carta en que S. Agustin suplicaba al venerable Valerio le concediese el tiempo nece-

sario para disponerse, para el ministerio de la predicacion, con el estudio y con la oracion: léanla los jóvenes; toda ella les será muy útil y encontrarán pasajes tan tiernos como los siguientes. Hablando de la grave responsabilidad del ministerio sacerdotal dice: «*Et hinc erant lacrymæ illæ quas me fundere in civitate, ordinationis meæ tempore, nonnulli fratres animadverterunt, et nescientes causas doloris mei, quibus poterunt sermonibus, qui omnino ad vulnus meum non pertinerent, tamen bono animo consolati sunt.*» ¡Con qué instancia é interesante humildad ruega y suplica á Valerio! «*¿Jubes ergo ut peream, Pater Valeri? Ubi est charitas tua? certe diligis me? certe diligis ipsam Ecclesiam cui me sic ministrare voluisti? Et tamen certus sum quod et me et ipsam diligis. Sed putas me idoneum, cum ego melius me noverim, qui tamen nec ipse me nossem, nisi experiendo didicissem. Sed dicit fortasse Sanctitas tua; vellem scire quid desit instructioni tuæ. Tam multa autem sunt, ut facilius possim enumerare quæ habeam, quam quæ habere desidero.*» Despues de exponer los cargos terribles que el Señor le haria en el día del juicio, añade: «*Dic mihi quid respondeam, rogo te? An forte vis dicam: Senex Valerius dum me omnibus rebus instructum esse credidisset, quanto amplius me dilexit, tanto minus ista discere permisit? Attende omnia ista, senex Valeri, obsecro te per bonitatem et severitatem Christi, per misericordiam et judicium ejus, per eum qui tantam tibi inspiravit erga nos charitatem, ut ne te, nec pro lucro animæ nostræ, audeamus offendere.*» *Epist. XXI. t. II. fol. 88.*

Quod ne ipsum quidem mihi accidit. Ego enim raptus de tribunalibus atque administrationis infulis ad sacerdotium, docere vos cæpi, quod ipse non didici. Itaque factum est ut prius docere inciperem, quam discere. Discendum igitur mihi simul et docendum est: quoniam non vacavi ante discere. *S. Ambr. De officiis l. I. c. I. t. IV. f. 1.*

Consejo á los juvenes.

Tertium ad eos spectat qui iuvenili ætate confidunt, atque quodvis tempus ad docendum, aut ad antis-titis munus obeundum, idoneum esse arbitrantur. Je-sus purgatur: et tu purgationem contemnis? A Joanne: et tu adversus præconem tuum insurgis? Trigesimum annum agens; et tu ante lanuginem senes doces, aut docere te posse credis, nec ab ætate, nec a moribus for-tasse, auctoritatem habens? S. Greg. Nacianc. Orat. XXXIX. t. I. fol. 561. Expone la misma idea en la ora-cion XXVI. t. I. fol. 586.

At contra monendi sunt quos á prædicationis officio vel imperfectio, vel ætas prohibet, et tamen præcipi-tatio impellit: ne dum tanti sibi onus officii præci-pitatione arrogant, viam sibi subsequenti melioratio-nis abscondant: et cum arripiant intempestive quod non valent, perdant etiam quod implere quandoque tempe-stive potuissent: atque scientiam quia incongrue conan-tur ostendere, justè ostendantur amisisse. Admonendi sunt ut considerent, quod pulli avium si ante pennarum perfectionem volare appetant, unde ire in alta cupiunt, inde in ima merguntur. S. Greg. Mag. Reg. Past. pars III. c. XXV. t. II. fol. 76.

Cur non illa tempora, quibus ab Ecclesia vacas, lec-tioni impendas? Cur non Christum revisas, Christum alloquaris, Christum audias? Illum alloquimur cum ora-mus, illum audimus cum divina legimus oracula. Quid nobis cum alienis domibus? Una est domus, quæ om-nes capit: illi potius ad nos veniant, qui nos requirunt. Quid nobis cum fabulis? Ministerium altaribus Christi, non obsequium hominibus deferendum recepimus. S. Ambr. De officiis I. I. c. XX. t. IV. f. 15. S. Isidoro copia casi literalmente estas palabras en el lib. III. de las sent. c. VIII. n. 2. t. II. f. 99.

LECCION VI.

Estudio de la sagrada Escritura.

Verumtamen haud abs re fuerit veterem insuper traditionem, doctrinamque ac fidem Catholicæ Ecclesiæ investigare, quam scilicet Dominus tradidit, Apostoli prædicavere, et Patres servavere. S. Athanas. Epist. I. ad Serapionem n. 28. t. I. part. II. f. 676. Esta enérgica y profunda sentencia «Jesucristo, los Apóstoles y los Padres» la repite el santo Doctor en otras ocasiones.

Tanta est enim christianarum profunditas litterarum, ut in eis quotidie proficerem, si eas solas ab ineunte pueritia usque ad decrepitam senectutem maximo otio, summo studio, meliore ingenio conarer addiscere; non quod ad ea quæ necessaria sunt saluti, tanta in eis perveniatur difficultate; sed cum quisque ibi fidem tenuerit, sine qua pie recteque non vivitur, tam multa, tamque multiplicibus mysteriorum umbraculis opacata intelligenda proficientibus restant, tantaque non solum in verbis quibus ista dicta sunt, verum etiam in rebus quæ intelligendæ sunt, latet altitudo sapientiæ, ut annosissimis, acutissimis, flagrantissimis cupiditate discendi hoc contingat, quod eadem Scriptura quodam loco habet: *Cum consummaverit homo, tunc incipit.* (Eccli. XVIII. 6.) S. Aug. Epist. CXXXVII. t. II. f. 516.

Quia nimirum necesse est, ut qui ad officium prædicationis excubant, a sacræ lectionis studio non recedant. S. Greg. M. Reg. Past. II part. c. XI. t. II. f. 34.

Estudio de la Escritura en general, y de algunos libros sagrados en particular.

Hoc enim est, hoc plane, quod magnam negligentiam nobis ac torporem ingenerat, quod non omnes scripturas legamus, sed ea quæ censemus dilucidiora seligamus, cæterorum nullam rationem habeamus. S. Joann.

Crysost. in illud «salutate Priscillam, etc.» serm. I.n. 1. t. III. f. 172.

Recomendando la leccion de la sagrada Escritura re-
prende á los que, menos cuidadosos del estudio que de
la ostentacion, procuran tener libros solo para llenar
los estantes con el aparato de volúmenes bien encua-
dernados, escritos en buenos caracteres y en finas mem-
branas. S. Joann. Chrysost. in^o Joann. hom. XXXII.
n. 3. t. VIII. f. 187.

En las obras de los santos Padres se encuentran
muchas homilías sobre varios salmos: San Agustín
nos ha dejado sermones sobre todos y cada uno de
ellos. Demas de esto, S. Atanasio, S. Basilio, S. Juan
Crisóstomo, S. Ambrosio y S. Hilario han escrito
discursos instructivos y elocuentes sobre el salterio
en general: todas estas composiciones son de grande
utilidad para los predicadores; pero la de S. Atanasio
merece particular atencion. El santo Doctor nota to-
das las situaciones en que puede encontrarse el hom-
bre respecto á sí mismo ó con relacion á sus seme-
jantes: con profundo conocimiento del corazon huma-
no menciona las necesidades del hombre, sus gozos
y sus penas, sus alegrías y sus tristezas, sus triunfos y
sus derrotas: enumera las virtudes y los vicios y ex-
tiende tambien su vista al estado de la sociedad, enume-
rando todas sus alternativas, y al mismo tiempo indica
los salmos á propósito para instruir ó consolar al hom-
bre y á la humanidad, en todas y cada una de sus vicisi-
tudes. El orador evangélico hallará en este importantí-
simo trabajo, como en pequeño cuadro, un índice claro
de los salmos que pueden convenirle para sus discursos
tanto dogmáticos como morales.

S. Athan. ad Marcellin. in interpret. Psal. t. I. part.
II. f. 982.-1000.—S. Basil. hom. in Psalm. I. t. I.
f. 90.—S. Joann. Chrysost. in Psalm. XLI. t. V. f. 131.
—In Epist. ad Rom. homil. XXVIII. t. IX. f. 726.
—S. Ambr. in Psalm. I. t. II. f. 646.—S. Hilar. in
lib. Psalm. prologus. f. 1.

Paulinæ enim epistolæ metalla sunt spiritus et fontes: metalla quidem, quia quovis auro pretiosiores nobis præbent divitias: fontes vero, quia nunquam deficiunt, sed quantumlibet exhaustas, tantumdem ac multo amplius rursus affluit: et hoc evidenter declarare potest totum tempus quod præterit. Siquidem ex quo Paulus vixit, quingenti jam elapsi sunt anni¹ totoque hoc tempore multi tum commentatores, tum doctores ac interpretes multa sæpe inde exhauserunt, nec tamen repositas inibi divitias evacuare valuerunt. Non est enim sensibilis hic thesaurus, et idcirco non consumitur à multis effodientium manibus, sed augetur et multiplicatur. Et quid dico de illis qui ante nos fuerunt? Quam multi post nos dicturi sunt, ac rursus post illos alii, nec tamen deficient fontis in modum scatentes divitiæ, neque metallorum hoc genus exhaurietur? Spiritualia enim sunt, et suapte natura nunquam omnino absumi possunt. S. Joann. Chrysost. De verbis Apostoli «Habentes eundem spiritum, etc.» hom. III. n. 4. t. III. f. 279.

Neque enim nos quæ scimus, si qua tamen scimus, ex ingenii acrimonia novimus; sed quod ejus (S. Pauli) scripta assidue tractemus, illumque affectu maximo complectamur. S. Joann. Chrysost. præem. in epist. ad Rom. n. 4. t. IX. f. 425.

Hablando S. Agustin de las cartas de S. Pablo á Timoteo y á Tito dice; «quas tres apostolicas epistolas ante oculos habere debet, cui est in ecclesia Doctoris persona imposita.» S. Aug. De doct. christ. lib. IV. c. XVI. t. III. f. 103.

Elocuencia de los libros sagrados.

Hic aliquis forsitan quærit, utrum auctores nostri, quorum scripta divinitus inspirata canonem nobis saluberrima auctoritate fecerunt, sapientes tantummodo, an

1. No es este el único caso en que se observa la negligencia de S. Juan Crisóstomo en sus juicios cronológicos.

eloquentes etiam nuncupandi sint. Quæ quidem quæstio apud meipsum, et apud eos qui mecum quod dico sentiunt, facillime solvitur. Nam ubi eos intelligo, non solum nihil eis sapientius, verum etiam nihil eloquentius mihi videri potest. Et audeo dicere, omnes qui recte intelligunt quod illi loquuntur, simul intelligere non eos aliter loqui debuisse. Sicut est enim quædam eloquentia quæ magis ætatem juvenilem decet, est quæ senilem; nec jam dicenda est eloquentia, si personæ non congruat eloquentis: ita est quædam, quæ viros summa auctoritate dignissimos planeque divinos decet. Hac illi locuti sunt, nec ipsos decet alia, nec alios ipsa: ipsis enim congruit, alios autem quanto videtur humilior tanto altius non ventositate, sed soliditate transcendit. Ubi vero non eos intelligo, minus quidem mihi apparet eorum eloquentia, sed eam tamen non dubito esse talem, qualis est ubi intelligo. Ipsa quoque obscuritas divinorum salubriumque dictorum tali eloquentiæ miscenda fuerat, in qua proficere noster intellectus, non solum inventionem, verum etiam exercitationem deberet.

Possem quidem, si vacaret, omnes virtutes et ornamenta eloquentiæ, de quibus inflantur isti, qui linguam suam nostrorum auctorum linguæ non magnitudine, sed tumore præponunt, ostendere in istorum litteris sacris, quos nobis erudiendis, et ab hoc sæculo pravo in beatum sæculum transferendis, providentia divina providit. Sed non ipsa me plus quam dici potest in illa eloquentia delectant, quæ sunt his viris cum oratoribus gentilium poetisve communia: illud magis admiror et stupeo, quod ista nostra eloquentia ita usi sunt per alteram quamdam eloquentiam suam, ut nec deesset eis, nec emineret in eis: quia eam nec improbari ab illis, nec ostentari oportebat; quorum alterum fieret, si vitaretur; alterum putari posset, si facile agnosceretur. Et in quibus forte locis agnoscitur a doctis, tales res dicuntur, ut verba quibus dicuntur, non a dicente adhibita, sed ipsis rebus velut sponte subjuncta videantur: quasi sapientiam de domo sua, id est, pectore sapientis procedere intelligas,

et tamquam inseparabilem famulam etiam non vocatam sequi eloquentiam. S. Aug. De doct. christ lib. IV. c. VI. t. III. f. 92.

El santo Doctor se ocupa á menudo en este mismo libro de la elocuencia de los escritores sagrados. Sobre la misma materia puede verse S. Ambrosio Epist. VII. t. V. f. 496. ed. de Ven.: y nuestro S. Isidoro libro III. de las sentencias c. XIII. t. II. f. 104.

S. Cipriano escribió dos preciosos tratados que muestran el grande estudio que el santo Doctor habia hecho de la sagrada Escritura y son utilísimos para los predicadores, porque allí estan compilados numerosos pasajes de los libros santos sábiamente coordinados sobre la doctrina de la fe y de la moral cristiana.—«Testimoniorum lib. III. f. 627.—Epist. ad Fortunatum de exhort. mart. f. 607.

S. Gerónimo recomienda el estudio de la sagrada Escritura con todo el interés que exige la materia en su epístola XXXIV. á Nepociano t. IV. part. II. f. 257.

Juicio crítico que hace S. Gerónimo de una composicion de S. Paulino. Recomendacion del estudio de la sagrada Escritura.

Librum tuum, quem pro Theodosio principe prudenter ornateque compositum transmisisti, libenter legi; et præcipue mihi in eo subdivisio placuit. Quumque in primis partibus vincas alios, in penultimis teipsum superas. Sed et ipsum genus eloquii pressum est et nitidum: et quum Tulliana luceat puritate, crebrum est in sentiis. Jacet enim (ut ait quidam) oratio, in qua tantum verba laudantur. Præterea magna est rerum consequentia, et alterum pendet ex altero. Quidquid assumpseris, vel finis superiorum, vel initium sequentium est. Felix Theodosius, qui a tali Christi oratore defenditur. Illustrasti purpuras ejus, et utilitatem legum futuris sæculis consecrasti. Macte virtute, qui talia habes rudimenta, qualis exercitatus miles eris? ¡O si mihi liceret istiusmodi ingenium non per Aonios montes et

Heliconis vertices, ut Poëtæ canunt: sed per Sion et Itabyrium, et Sina et excelsa ducere! Si contingeret docere quæ didici, et quasi per manus mysteria tradere Prophetarum, nasceretur nobis aliquid quod docta Græcia non haberet. Audi ergo mi conserve, amice, germane, ausculta paulisper, quo in Scripturis Sanctis calle gradiaris. Totum quod legimus in divinis Libris, nitet quidem, et fulget etiam in cortice, sed dulcius in medulla est. Qui edere vult nucleum, frangat nucem. *Revela*, inquit David, *oculos meos, et considerabo mirabilia de lege tua*. Si tantus Propheta tenebras ignorantiae confitetur, qua nos putas parvulos, et pene lactentes inscitiae nocte circumdari? Hoc autem velamen non solum in facie Moysi, sed et in Evangelistis et in Apostolis positum est. Turbis Salvator in parabolis loquebatur, et contestans mysticum esse quod dicebatur, aiebat: *Qui habet aures audiendi, audiat*. Nisi aperta fuerint universa quæ scripta sunt ab eo, qui habet clavem David, qui aperit, et nemo claudit, claudit et nemo aperit, nullo alio reserante pendentur. Si haberes hoc fundamentum, imo si quasi extrema manus operi tuo induceretur, nihil pulchrius, nihil doctius, nihil dulcius, nihilque latinius tuis haberemus voluminibus.... Magnum habes ingenium, et infinitam sermonis supellectilem: et facile loqueris et pure, facilitasque ipsa et puritas mixta prudentiæ est. Capite quippe sano, omnes sensus vigent. Huic prudentiæ, et eloquentiæ si accederet vel studium, vel intelligentia Scripturarum, viderem te brevi arcem tenere nostrorum: et ascendentem cum Joab tectum Sion, canere in domatibus quod in cubilibus cognovisses. Accingere, quæso, te, accingere. Nihil sine magno labore vita dedit mortalibus. Nobilem te Ecclesia habeat, ut prius senatus habuit. Præpara tibi divitias, quas quotidie eroges: et numquam deficiant, dum viget ætas; dum adhuc canis spargitur caput; antequam subeant morbi, tristisque senectus. Et labor, et duræ rapiat inclementia mortis. Nihil in te mediocre contentus sum: totum summum, totum perfectum desidero. S. Hie-

ronym. Epist. XLIX. ad Paulinum t. IV. part. sec. f. 566.

Otra carta escribió S. Gerónimo al mismo Paulino recomendándole el estudio de la sagrada Escritura, donde hace una ligera reseña de cada uno de los Sagrados libros. Epist. L ad Paulinum t. IV. pars. II. f. 568.

Merced á estos consejos, S. Paulino hizo grandes progresos en el conocimiento de la sagrada Escritura; tres años despues, le decia S. Gerónimo: «Docto viro loquor, et tam divinis Scripturis, quam sæculi litteris erudito» Epist. LI. f. 575.

LECCION VII.

Santos Padres.

Quod si non poteris assiduitate lectionis invenire quod dicitur, accede ad sapientio rem, vade ad doctorem. S. Joann. Chrysost. de Lazaro Conc. III. t. I. f. 737.

De Scripturis sanctis habeto fixum versuum numerum; istud pensum Domino tuo redde. Nec ante quieti membra concedas, quam calathum pectoris tui, hoc subtegmine impleveris. Post scripturas sanctas, doctorum hominum tractatus lege, eorum dumtaxat, quorum fides nota est. Non necesse habes aurum in luto quærere; multis margaritis unam redime margaritam. S. Hieronym. Epist. XLVII ad Furiam, t. IV. part. sec. f. 558.

Verumtamen haud abs re fuerit veterem insuper traditionem, doctrinamque ac fidem catholicæ Ecclesiæ investigare, quam scilicet Dominus tradidit, Apostoli prædicavere, et Patres servavere. S. Athanas. Epist. I. ad Serapionem, n. 28. t. I. part. II. f. 676.

Los santos Padres estudiaban con solicitud los escritos de sus contemporáneos y predecesores.

Et vero sanctæ et divinæ Scripturæ ipsæ per se satis

sunt ad veritatem indicandam. Exstant quoque plurimi ea de re a beatis nostris magistris conscripti libri, quos si quis legerit Scripturarum interpretationem quodam modo intelliget, et eam quam expetit cognitionem consequi poterit. S. Athanas. orat. contr. Gent. n. 1. t. I. part. I. f. 1.

No es posible indicar siquiera los pasages de las obras ó sermones en que los Padres de la Iglesia citaban la doctrina de otros santos Doctores: nos limitamos á mencionar á S. Agustin, quien frecuentemente hace mencion de S. Ireneo, S. Cipriano, S. Basilio, S. Gregorio Nacianceno, S. Juan Crisóstomo, S. Hilario, S. Gerónimo, S. Próspero y S. Ambrosio, á cuya santidad, sabiduría y elocuencia rendia homenaje. Véanse en comprobacion de lo dicho los tratados siguientes. De peccatorum meritis et remissione t. X. f. 109, con especialidad los cc. V., VI. y VII. del lib. III. f. 190.—Los libros I. y II. contr. Julian. t. X. f. 641.—De natura et gratia t. X. f. 247.—Contr. duas Epist. Pelagian. t. X. f. 549.—Contr. Julian., opus imperfectum, t. X. f. 1049.—De prædestinatione sanctorum t. X. f. 959.

En su sermon CCXCIV. no solo cita y comenta á San Cipriano; sino que al efecto leyó pasages suyos en el púlpito: «Rogo vos, ut paululum acquiescatis. Lego tantum. Sanctus Cyprianus est, quem in manus sumpsi, antiquus episcopus sedis hujus, etc....» t. V. f. 1547.

La simple lectura de las obras de nuestro grande San Isidoro de Sevilla mostrará á quien haya manejado algo los santos Padres, lo mucho que aquel santo Doctor los habia estudiado.

Elogios que de los santos Padres han hecho los mismos santos Doctores.

He aqui indicados algunos: nos limitamos á los nombres que hemos consignado en las páginas 22 y 23.

De Clemente de Alejandría

«Feruntur ejus insignia volumina, plenaque eruditionis et eloquentiæ, tam de scripturis divinis, quam de sæcularis litteraturæ instrumento, etc. S. Hieron. catal. script. ecclesiat. t. IV. part. II. f. 113.—Clemens autem eruditus vir.—Clemens... vir in primis doctus, et eruditus. S. Cyrillus Alexand. contra Julian. l. VI. t. 205. y l. VII. f. 231., Paris 1638.

De Tertuliano.

Tertullianus fuit omni genere litterarum peritus : sed in eloquendo parum facilis, et minus comptus et multum obscurus fuit. Lactantius divin. institut. l. V. c. I. f. 361.—Tertullianus creber est in sententiis sed difficilis in loquendo. S. Hieron. Epist. XLIX ad Paulin. t. IV. part. II. f. 567.—Tertullianus... acris et vehementis ingenii. Cat. scrip. ecclesiast. f. 115.—Quid Tertulliano eruditius? quid acutius? Apologeticus ejus, et contra gentes libri, cunctam sæculi obtinent disciplinam. S. Hieron. Epist. LXXXIII. ad Magn. t. IV. f. 656.—Cujus (Tertulliani) multa leguntur opuscula eloquentissime scripta, etc. S. Aug. De hæresibus LXXXVI. t. VIII. f. 46.

Aquí como en otras ocasiones S. Agustin juzga la elocuencia de Tertuliano mas favorablemente que Lactancio y S. Gerónimo, quienes no dejan de elogiarle, aunque con mas reserva y notando sus defectos.

De S. Cipriano.

Le elogia S. Agustin en diversos pasages del libro IV. de doct. christ. S. Gerónimo en su catálogo de escritores eclesiásticos f. 119, en su carta LVII. á Leta. f. 596. y en su epistola XLIX. f. 567. donde dice «Beatus Cyprianus instar fontis purissimi, dulcis incedit et placidus.—Unus igitur præcipuus, et clarus extitit Cyprianus, quoniam et magnam sibi gloriam ex artis oratoriæ

professione quæsierat, et admodum multa conscripsit in suo genere miranda. Erat enim ingenio facili, copioso suavi, et (quæ sermonis maxima est virtus) aperto, ut discernere nequeas, utrumne ornatioꝛ in eloquendo, an felicior in explicando, an potentior in persuadendo fuerit. Lactantius divin. institut. l. V. c. I. t. I. f. 361.

De Lactancio.

«Lactantius quasi quidam fluvius eloquentiæ Tullianæ, utinam tam nostra affirmare potuisset, quam facile aliena destruxit.» S. Hieron. Epist. XLIX. t. IV. f. 567.

De s. Atanasio.

Le elogio S. Cirilo de Alejandría in Epist. ad Presbyt. etc., la cual se encuentra en la sesion I. del primer Concilio de Efeso.—S. Hilario le encomia á cada paso.—El Nacianceno predicó de él un célebre panegírico, que se halla en el t. I. f. 337.

De s. Hilario de Poitiers.

«S. Hilarius Gallicano cothurno attollitur et cum Græciæ floribus adornetur, longis interdum periodis involvitur, et a lectione simpliciorum fratrum procul est. S. Hieron. Epist. XLIX. f. 567. En el prólogo del l. II. de su comentario de la carta de S. Pablo á los Galatas dice, «Cum et Hilarius latinæ eloquentiæ Rhodanus, Gallus ipse et Pictavis genitus, in hymnorum carmine Gallos indociles vocet.» t. IV. f. 255.—Aludiendo á sus libros DE TRINITATE, dice, «Hilarius meorum confessor temporum et Episcopus, duodecim Quintiliani libros et stylo est imitatus et numero. Epist. LXXXIII. ad Magn. t. IV. f. 657.

De S. Gregorio Nacianceno.

Sed non tibi deerit magni nominis et fama celeberrima illustris Episcopus etiam de partibus Orientis, cujus eloquia ingentis merito gratiæ, etiam in linguam latinam translata usquequaque claruerunt. Sedeat ergo cum

istis Patribus S. Gregorius etc. S. Aug. Contr. Julian. Pelagian. l. I. c. V. t. X. f. 649.—Gregorius.... Naciancenus Episcopus, vir eloquentissimus, præceptor meus, a quo Scripturas explanante didici etc.... S. Hieron. catal. Script. ecclesiast. t. IV. f. 126.

De S. Basilio.

Véanse los discursos que en su elogio pronunciaron San Gregorio Nacianceno t. I. f. 285.—S. Efrén t. I. f. 261.—S. Gerónimo le menciona con elogio en su Epist. XLI. á Pamachio t. IV. f. 346, en la LXXXIII. á Magno f. 656, y en su Catal. f. 126.—S. Gregorio de Nissa al comenzar su Hexaemeron se extiende en las alabanzas de S. Basilio. De Histor. sex dier. f. 283. Basilea, 1562.

De S. Efrén.

«Acumen sublimis ingenii etiam in translatione cognovi. S. Hieron. catal. Script. ecclesiast. f. 126.—San Gregorio de Nisa predicó su panegírico donde se pinta con vivos colores la irresistible elocuencia del grande orador de la Siria. t. II. f. 1027., París 1615. También le elogia S. Juan Crisóstomo si es suyo el tratado de Pseudoprophetis.

De s. Cirilo de Jerusalem.

Sus Catechesis han merecido grandes elogios. de los escritores antiguos y modernos: su estilo ya sumiso ya templado interesa sobremanera. S. Gerónimo menciona esta interesante obra en su catal. de los escritores eclesiásticos t. IV. f. 126.

De s. Gerónimo.

«S. Hieronymus qui hodieque in litteris ecclesiasticis tam excellentis doctrinæ fama ac labore versatur etc.

S. Aug. De peccatorum meritis et remissione l. III. c. IV. t. X. f. 192. »—Nequaquam vero mihi arrogaverim ut ingenium tuum, divino dono aureum, meis obolis ditare contendam; nec est quisquam te magis idoneus, qui opus illud emendet. Aug. Hieron. Epist. XL. t. II. f. 155.

De S. Ambrosio.

Hablando de él S. Basilio, dice, «Nunc autem virum ex regia urbe, gentis totius rectorem, animo sublimem, generis claritate, opum splendore, dicendi facultate omnibus in sæculo degentibus conspicuum, ad gregis Christi curam pertraxit. Epist. CXCVIII. Ambrosio Episcop. Mediolan. t. III. f. 287. »—Sabido es que San Paulino escribió la vida del santo Arzobispo de Milan. —S. Agustin le elogia á cada paso. Nos concretamos á citar los capítulos XIII y XIV. del lib. V. de sus confes. y el I., III. y IV. del lib. VI. t. I. ff. 717.-722. —S. Isidoro de Sevilla estimaba en mucho los escritos de aquel grande Doctor y Casiodoro dice, «Ambrosius lactei sermonis emanator, cum gravitate acutus, in violenta persuasione dulcissimus, etc. De institut. divin. litter. c. XX. f. 551. , Roan 1679.

San Juan Crisóstomo.

En una carta consolatoria que escribia desde su destierro de Cucuso á Ciriaco, Obispo desterrado tambien, hablando de la caridad y afecto con que los fieles de los lugares del tránsito le compadecian, dice; «ut autem in Cappadociam, atque etiam in Tauro-Ciliciam venimus, magno agmine sancti Patres, ac monachi et Virgines obviam nobis prodibant, infinitam lacrymarum vim profundentes. Cumque nos in exilium abeuntes cernerent, in fletus prorrumpebant, hisque inter se verbis utebantur: Satius fuisset solem radios suos subtrahere, quam Joannis os conticere. Hæc me perturbabant ac præmebant., etc. S. Joann. Chrysost. Epist. CXXV. Cyriaco Episc. exulanti, circa finem. t. III. f. 667.

Imparcialidad de los santos Padres.

S. Gerónimo, después de haber hecho una juiciosa crítica de muchos escritores eclesiásticos, dice así: «Taceo de cæteris, vel defunctis, vel etiam adhuc viventibus, super quibus in utramque partem post nos alii judicabunt.» Epist. XLIX. ad Paulin. t. IV. f. 567.

«Ambrosius Mediolanensis Episcopus, usque in præsentem diem scribit, de quo quia superest, meum iudicium subtraham, ne in alterutram partem, aut adulatio in me reprehendatur, aut veritas. S. Hieron. catal. script. ecclesiast. f. 127.

Tan imparciales eran en sus juicios los santos Padres que no reparaban en criticar sus propias composiciones. En la lección XXVI página 153 hemos citado la crítica que de sí mismo hace S. Gerónimo, Epist. XXXIV. ad Nepotian. t. IV. f. 256; y en la XXIV. pág. 136 hemos consignado las palabras con que S. Agustín censura una hipérbole suya de mal gusto, en el libro II. de sus retract. c. VI. t. I. f. 652. En esta misma lección han visto nuestros lectores la crítica poco favorable que del estilo de Tertuliano hicieron Lactancio y S. Gerónimo y cómo este último no disimuló la poca claridad del de S. Hilario. A continuación copiamos algunas de las palabras á que hemos aludido en nuestra lección XXVI. pág. 154.

«Nec illa suavitas delectabilis est, qua non quidem iniqua dicuntur, sed exigua et fragilia bona spumæo verborum ambitu ornantur, quali nec magna atque stabilia decenter et graviter ornarentur. Est tale aliquid in Epistola beatissimi Cypriani, quod ideo puto vel accidisse, vel consulto factum esse, ut sciretur a posteris, quam linguam doctrinæ christianæ sanitas ab ista redundantia revocaverit, et ad eloquentiam graviorem modestioremque restrinxerit; qualis in ejus consequentibus litteris secure amatur, religiose appetitur, sed difficillime impletur. S. Aug. De doct. christ. l. IV. c. XIV. t. III. f. 102.

El mismo S. Agustin censura en general el mal gusto de algunos predicadores de su tiempo, al emitir el siguiente juicio crítico del estilo de Vicente Victor cuyos errores refutaba. «Habet enim eloquium, quo possit explicare quæ sentit, unde cum illo agendum est, eique optandum ut recta sentiat, ne faciat esse delectabilia quæ sunt inutilia, et quæ diserta dixerit, vera dixisse videatur. Quamvis et in ipso eloquio habeat multa emendanda, et a nimia exundantia reprimenda. Quod in illo tibi quoque, ut viro gravi, sicut tua indicant scripta, displicuit. Sed hoc vel facile corrigitur, vel sine detrimento fidei á levibus mentibus amatur, toleratur a gravibus. Habemus enim jam quosdam spumeos in sermone, sed in fide sanos. Non itaque desperandum est, etiam hoc in isto, (quamvis sit tolerabile si permanserit,) posse tamen expurgari et temperari, atque ad integrum et solidum vel perducí, vel revocari modum: præsertim quia juvenis esse perhibetur, ut quod minus habet peritia, suppleat diligentia; et quod cruditas loquacitatis eructat, ætatis maturitas decoquat. Illud est molestum et periculosum vel perniciosum, si cum laudatur eloquentia, persuadeatur insipientia, et in pretioso poculo bibatur pestifera potio. S. Aug. De anima et ejus orig. lib. I. c. III. t. X. f. 476.

Quis enim unquam tanta legere potuit, quanta ipse (Origenes) conscripsit. S. Hieron. Epist. XXIX. ad Paul. t. IV. f. 67.

La lectura de las homilias de S. Juan Crisóstomo sobre los hechos apostólicos y cartas de S. Pablo hará conocer á los jóvenes la exactitud con que hemos asentado que el santo Doctor se muestra á la vez sabio comentarista y didáctico juicioso.

LECCION VIII.

Idea de la Filosofía.

Las nociones filosóficas que, como tomadas de San Agustín, hemos consignado en esta lección, pueden consultarse en las siguientes obras del santo Doctor: De ordine lib. II. t. I. f. 993.—De quantit. animæ f. 1035 y con especialidad el capítulo XXVII. f. 1065.—Epist. CXX. Consentio, etc. t. II. f. 452.—De vera Relig. t. III. f. 121.

No basta que el predicador repita la palabra divina; debe explicarla.

Hablando S. Agustín de la oscuridad saludable de algunos pasajes de la sagrada Escritura, añade lo siguiente: «Sic quippe illi locuti sunt, ut posteriores qui eos recte intelligerent et exponerent, alteram gratiam, disparem quidem, verumtamen subsequenter in Dei Ecclesia reperirent. Non ergo expositores eorum ita loqui debent, tanquam se ipsos exponendos simili auctoritate proponant; sed in omnibus sermonibus suis primitus ac maxime ut intelligantur elaborent, ea quantum possunt perspicuitate dicendi. De doct. christ. lib. IV. c. VIII. t. III. f. 98.

Filosofía cristiana.

Las palabras de Casiodoro (página 27) se encuentran en el c. III. de su tratado de artibus ac disciplinis liberal. litt., f. 567.

Las que S. Agustín dirigió á su madre Santa Mónica se leen en el c. XI del lib. I. de ordine t. I. f. 993.

La doctrina de S. Basilio (página 28) la hemos tomado del núm. 3.º de su homilía, In princip. Proverb. t. II. f. 99.

Libros anteriores á Moisés y los Profetas.

Unde ergo manifesta erat? vocemne illis emisit? Minime: verum id effecit quod magis illos quam vox quælibet attrahere poterat; creatum orbem in medio posuit; ita ut sapiens, idiota, scytha, barbarus, ex solo visu visibilium pulchritudinem edoctus, ad Deum conscendere posset.... Quid enim dicent in illa die Gentiles? ignoravimus te? Itane cœlum non audistis ex solo adpectu vocem emittens, etc...? S. J. Chrysost. in Epist. ad Rom. hom. III. n. 2. t. IX. f. 449.

«Nam et hunc mundum in medio proposuit, instrumentum omni concinnitate elaboratum, vocem undique emittens, et creatorem prædicans. S. J. Chrysost. cont. Judæos et Gent. t. I. f. 573. La misma idea expresada ampliamente en su homilía IX. al pueblo de Antioquía, t. II. f. 98. de donde tomamos estas palabras: «Si enim per libros docuisset et litteras, litterarum quidem peritus scripta didicisset, illiteratus vero nihil inde adjutus abiisset, si quis alius non induxisset: dives librum emisset, pauper emere non potuisset. Rursum qui sciret vocem illam per litteras significatam, intus posita nosset: Scytha.... et omnes lingua carentes illa, nihil edocti abiissent. Hoc autem de cœlo dicere non licet, etc....»

«Quandoquidem res creatæ, admirabili ordine et concentu quo compositæ sunt, quibusdam veluti litteris, Dominum et creatorem indicant et quasi voce prædicant. S. Athan. orat. cont. Gent. n. 34. t. I. f. 33.

Véase S. Basilio hom. In princ. Prov. t. II. f. 99. y S. Isidoro de Sevilla Sentent. l. I. c. IV. t. II. f. 4.

Trata S. Juan Crisóstomo de la ley revelada, de la natural y de la escrita en su homilía XII. ad populum Antiochenum t. II. f. 127.—En la XIII. f. 136.—Hom. «ad eos qui scandalizati sunt» desde el capítulo VII. t. III. f. 476.

Hablando S. Agustin del órden admirable con que Dios rige el universo, dice: «Sed nos ista sentire non

posse, quæ si sentiremus, delectatione ineffabili mulceremur. Non enim frustra per prophetam, qui hæc divinitus inspirata didicerat, dictum est de Deo: *qui profert numerose sæculum*. Unde musica, id est scientia sensusve bene modulandi, ad admonitionem magnæ rei, etiam mortalibus rationales habentibus animas Dei largitate concessa est. Unde si homo facendi carminis artifex novit quas quibus moras vocibus tribuat, ut illud quod canitur decentibus ac succedentibus sonis pulcherrime currat ac transeat; ¡quanto magis Deus, cujus sapientia, per quam fecit omnia, longe omnibus artibus præferenda est, nulla in naturis nascentibus et occidentibus temporum spatia, quæ tanquam syllabæ ac verba ad particulas hujus sæculi pertinent, in hoc labentium rerum tanquam mirabili cantico, vel brevius, vel productius, quam modulatio præcognita et præfinita deposcit, præterire permittit! Epist. CLXV. n. 15. t. II. f. 726. El santo Doctor usó en varias ocasiones esta atrevida y bella metáfora.

Los santos Padres inspirados por el conocimiento del hombre y el espectáculo de la naturaleza.

Hemos dicho que los santos Padres escribieron ó pronunciaron discursos sublimes y elocuentes homilias inspirados por el conocimiento del hombre y el espectáculo de la naturaleza: los jóvenes pueden comprobar la verdad de nuestro aserto leyendo las composiciones que vamos á indicar: estamos seguros que, si le siguen, nos han de agradecer mucho este consejo. Las IX homilias ó sea el Hexaameron de S. Basilio t. I. f. 1. = El Hexaameron de S. Ambrosio t. I. f. 2. = S. Atanasio orat. cont. Gent. desde el n. 34. t. I. f. 33. = S. Juan Crisóstomo sus homilias IX. XI. XII. y XIII. ad populum Antioch. t. II. desde el f. 98. = El l. II. de compunct. t. I. f. 148. = Cont. Judæos et Gent., etc. t. I. f. 573. = Homil. ad eos qui scandalizati sunt, etc. desde el c. VII. t. III. f. 476. = Exposit. in Psalm. CX. nn. 2 y 3. t. V. f. 267. = Homil. in illud «Ego Dominus feci

lunam, etc.» t. VI. f. 145.—S. Agustín serm. CXLI. nn. 1 y 2. t. V. f. 776. y en otros muchos lugares que nos abstenemos de citar por evitar la prolijidad.—S. G. Nazianz. orat. XXVI. t. I. f. 389.

El hombre es un mundo en compendio: así lo dicen S. Basilio, hom. «attende tibi ipsi,» n. 7 t. II. f. 23. S. G. Nazianz. orat. XLII. t. I. f. 604. S. Isidoro de Sevilla, sent. 1. I. c. VIII. t. II. f. 7. Santo Tomas, I. pars, q. XCI. a. I.

LECCION IX.

Donde quiera que se encuentre la verdad se debe utilizar para el servicio de la Religión.

Philosophi autem qui vocantur, si qua forte vera et fidei nostræ accommodata dixerunt, maxime Platonici, non solum formidanda non sunt, sed ab eis etiam tamquam injustis possessoribus in usum nostrum vindicanda.... Sed etiam liberales disciplinas usui veritatis aptiores, et quædam morum præcepta utilissima continent, (doctrinæ gent.) deque ipso uno Deo colendo nonnulla vera inveniuntur apud eos, quod eorum tamquam aurum et argentum, quod non ipsi instituerunt, sed de quibusdam quasi metallis divinæ providentiæ, quæ ubique infusa est, eruerunt, et quo perverse atque injuriose ad obsequia dæmonum abutuntur, cum ab eorum misera societate sese animo separat, debet ab eis auferre christianus ad usum justum prædicandi Evangelii.... Nam quid aliud fecerunt multi boni fideles nostri? Nonne aspicimus quanto auro et argento et veste suffarcinatus exierit de Ægypto Cyprianus doctor suavissimus et martyr beatissimus? quanto Lactantius? quanto Victorinus, Optatus, Hilarius, ut de vivis taceam? quanto innumerabiles Græci? S. Agust. de doct. christ. l. II. c. XL. t. III. f. 63.

Conducta de S. Basilio.

Quis seipsum magis Spiritui purgavit, atque ita se comparavit, ut dignus esset, qui oracula divina explanaret? Quis rursus majore scientiæ luce collustratus est, atque in profunda spiritus prospexit, ac cum Deo, quæ Dei sunt, exquisivit? Quis porro sermonem habuit animi sensa melius exponentem, ita ut neutra parte, ut plerique, claudicaret, nempe vel mente sermone destituta, vel sermone mentem haud æquo gradu sequente: verum parem in utraque re laudem obtineret, parque ipse sibi haud dubie esset ac vere integer et perfectus...? Basilius autem omnia, quæ spiritus sunt, perscrutatus est. Ex eoque mores omnes erudit, ac sublimiter loqui docuit, hominumque animos a rebus præsentibus abstractos ad futura traduxit. Laudatur apud Davidem solis pulchritudo, et magnitudo et cursus, et celeritas, et vis ac facultas: quippe qui sponsum splendore, gigantem magnitudine referat, ac longe lateque progrediendo tantam vim habeat, ut ab extremis extrema æque collustret, nec locorum intervallis ipsius fervor ullo modo minuatur. Basilio autem pulchritudo virtus fuit, magnitudo theologia, cursus perpetua virtutis agitatio per quotidianos ascensus ad Deum ferens; potentia, doctrinæ semen ac distributio.... Quis doctrina propter mores minus egüit? quis tamen uberiores doctrinam cum moribus conjunxit? Quod disciplinæ genus est, in quo versatus non sit, atque ita eximie versatus, quasi in eo solo elaborasset? Sic nimirum omnia complexus, ut ne unum quidem quisquam: singula rursus ita ad summum, quasi nihil aliud præterea didicisset. Ad ingenii enim acrimoniam studium accedebat: ex quibus imperium artibus scientiisque comparatur. Qui cum celeritate naturæ propter laborem et contentionem minime opus haberet, quemadmodum nec labore propter ingenii magnitudinem: sic tamen utrumque conjunxerat, ut non satis liqueret, utro nomine admirabilior esset. Quis in rhetorica, illa inquam vim ignis spirante,

cum eo comparandus, tametsi illius mores a rhetorum moribus dissiderent? Quis in grammatica, quæ linguam ad græcismum format, historias colligit, metris præest, carminibus leges præscribit? Quis in philosophia, excelsa proculdubio scientia, et sursum gradiente, sive eam partem spectes, quæ in actione et speculatione posita est, sive eam, quæ in logicis demonstrationibus aut oppositionibus et concertationibus versatur, quam dialecticam vocant: in qua adeo excelluit, ut iis, qui cum eo disputabant, facilius esset, e labyrinthis sese extricare, quam argumentorum ejus laqueos effugere, si quando res ita postularet.... Ipsi porro eloquentiæ studium accesionis dumtaxat ac velut corollarii cujusdam rationem habebat, hoc tantum scilicet ex ipsa fructum decerpenti, ut ejus ope atque auxilio ad nostram philosophiam uteretur: quandoquidem ad explicanda animi sensa ipsius vis ac facultas requiritur (mens enim, quæ id, quod sentit, verbis exprimere nequit, hominum torpore laborantium incessui haudquaquam dissimilis est.) At vero serium et præcipuum illius studium in eo versabatur, ut veræ philosophiæ operam daret, seseque a mundi contagione abrumperet, Deoque adjungeret, ac per terrena supera lucraretur, et per fluxa et fragilia, ea, quæ firma et æterna sunt, compareret.... Jam vero astronomiam, geometriam, numerorum proportionem hactenus didicisse contentus, ut non ab iis, qui in hujusmodi rebus sciti et eruditi sunt exagitareretur: quidquid supererat, ut pietatis cultoribus in-frugiferum contempsit: adeo ut et quod elegit, magis admirari ac prædicare liceat, quam quod reliquit: et rursus id quod reliquit, majori laude efferre, quam quod elegit. S. Greg. Nazianz. in laudem Basillii Mag. orat. XX. t. I. ff. 327, 300, 293, 300.

Igual preferencia dió al estudio de las sagradas letras
el mismo Nacianceno.

Lanugo nondum texerat genas, tamen
Me litterarum ceperat fervens amor,

Veris studentem per nothas succurrere:

Ne se superbe jactarent, qui nihil

Norunt inanem præter eloquentiam,

In gutture sitam, et dulcibus vocum sonis:

Neve implicarer nexibus sophismatum.

Præferre quippe litteris aliquid sacris,

In pectus absit venerit ut unquam meum.

S. G. Nazianz. carmen de vita sua t. II. f. 2.

Saludables consejos de S. Juan Crisóstomo sobre el estudio de la literatura profana.

Vis filium esse obedientem? Ab initio eum educa in disciplina et admonitione Domini. Ne existimes esse supervacaneum, quod ipse divinas litteras audiat: nam illic hoc primúm audient, honora patrem et matrem. Itaque propter te hoc fit. Ne dicas, hoc est Monachorum; num ego eum facio Monachum? Non est necesse ut fiat Monachus. Quid id times quod est multo lucro plenum? Fac eum christianum. Maxime enim mundanis, nempe sæcularibus, necesse est discere quæ illic sunt documenta, magis autem pueris. Multa est enim in illa ætate ignorantia; ignorantia autem fit accessio etiam ex scriptis externorum; quando didicerint eos qui illic sunt heroes haberi in admiratione, cum sint servi animi perturbationum et vitiorum, et mortem timeant, ut Achilles quando eum pœnitet, quando moritur pro concubina: quando alius est ebrius, et multa alia ejusmodi. Illi ergo opus est his medicamentis.

Quomodo enim non est absurdum ad artes quidem mittere, et ad ludum litterarium, et pro eo omnia facere; in disciplina autem et Dei admonitione pueros non educare? Propterea nos primi fructus percipimus, audaces, intemperantes, immorigeros, sordidos, et illiberales alentes filios. Ne ergo hoc faciamus, sed huic beato pareamus suadenti. Educemus eos in disciplina et admonitione Domini.... Audi Paulum dicentem, Educate eos in disciplina et admonitione Domini. Ne studium ponas ut eum facias oratorem, sed erudi ut sit philosophus. Nam

si illud quidem non sit, nihil est damni: si hoc autem absit, nullum erit lucrum rhetoricæ quantumvis multæ. Opus est moribus, non dicendi facultate, vitæ modestia, non orationis vehementia: factis, non verbis. Hæc regnum conciliant, hæc donant etiam quæ sunt vere bona. Ne linguam acuas, sed expurges animam. Non hæc dico prohibens erudire, sed prohibens illis solis adhibere animum. Ne existimes quod solis Monachis opus sit his documentis, quæ sumuntur ex scripturis. Maxime enim his opus est iis pueris qui venturi sunt ad hanc mundi vitam. Ut enim navis instructione et gubernatore, et nautarum justo et completo numero, non indiget qui perpetuo stat in portu, sed is qui semper versatur in mari; ita etiam mundanus seu sæcularis et Monachus. Nam hic quidem est veluti in portu agens vitam nullis agitatam fluctibus, et procul a negotiis, et ab omni procella liberam. Ille autem perpetuo agit in pelago et in medio mari versatur, cum multis iisque ingentibus pugnans fluctibus. Et si ipse non opus habet, paratum tamen esse oportet ut aliorum linguas obstruat. S. Joann. Chrys. in Epist. ad Efes. hom. XXI. t. XI. f. 159.

Propterea rogo, a nutrice acceptos infantes ne Græcis fabulis assuefaciamus, sed ab ineunte ætate discant quod sit iudicium; quod sit supplicium, infigatur eorum animis. Hic metus si radices egerit, magna bona facit. Anima enim quæ ab ineunte ætate didicerit ea exspectatione concuti, hunc metum non cito amovebit. S. Joann. Chrys. in Epist. II. ad Thesalon. hom. II. n. 4. t. XI. f. 521.

«Sin autem nemo fuerit, qui hæc pollicere possit, quæ utilitas si ad magistros mittantur, ubi prius vitia, quam litteras ediscent, dumque id quod minus est assequi studebunt, quod majus est perdent, vires animi scilicet, omnemque probitatis indolem? Quid ergo ludosne omnes litterarios diruemus, aiunt? Minime hoc dico: sed ut ne virtutis destruamus ædificium neu vivam, obruamus animam. Quæ si temperans quidem fuerit, nullum ex litterarum imperitia sequetur detri-

mentum; sin corrupta fuerit, maximun damnum erit, etiamsi lingua vehementer acuta fuerit et expolita, tantoque majus damnum, quanto major dicendi vis accesserit. Nequitia enim cum dicendi facultate conjuncta multo deteriora, quam imperitia, mala parere solet. Quid si illuc abeuntes, inquiet, præterquam quod tardiorem linguam habeant, ab illa etiam virtute excidant? Quid vero si manentes, dic mihi, præterquam quod animam perdant, nihil ad eloquentiam in schola proficiant? S. J. Chrysost. adver. oppugn. vitæ monast. l. III. n. 10. t. I. f. 95. Este tratado, que comienza en el f. 75, es interesantísimo por la doctrina que en él se encuentra sobre la obligacion que tienen los padres de educar á sus hijos y por las acertadas reflexiones que se hacen sobre la instruccion del espíritu y la educacion del corazon.

La carta de S. Agustin al Tribuno Marcelino es la CXXXVIII: está en el f. 525 del t. II. S. Agustin respondiendo á las consultas que le habian hecho Marcelino y Volusiano se ocupa en probar la sabiduría del Señor en la abrogacion de la ley antigua, en rebatir á los que decian que la religion cristiana era nociva al estado y á los que querian comparar los hechos de Apolonio y Apuleyo con los milagros de Jesucristo y sus discípulos: todo es interesante en esta carta; mas lo es con especialidad la vindicacion de la moral del Evangelio y de su benéfica influencia en la sociedad. El santo Doctor cita con mucha oportunidad dichos de Ciceron, Bruto, Salustio y Juvenal. Permitasenos copiar la magnífica metáfora con que confirma la conveniencia de la abrogacion de la ley antigua: despues de haber explicado en qué consiste la belleza, dice: «*Ap- tum fuit primis temporibus sacrificium quod præcepit Deus, nunc vero non ita est. Aliud enim præcepit quod huic temporis aptum esset, qui multo magis quam homo novit quid cuique temporis accommodate adhibeatur; quid quando impertiat, addat, auferat, detrahat, augeat, minuatve, immutabilis mutabilium, sicut crea-*

tor, ita moderator, donec universi seculi pulchritudo, cujus particulæ sunt quæ suis quibusque temporibus apta sunt, velut magnum carmen cujusdam ineffabilis modulitoris excurrat, atque inde transeant in æternam contemplationem speciei qui Deum rite colunt, etiam cum tempus est fidei. n. 5. f. 527.

Donde es de ver el gran conocimiento que tenia San Agustin de los clásicos del paganismo y la oportunidad y acierto con que aduce el testimonio de los mismos en defensa de la religion cristiana, es en sus nunca bien ponderados XXII libros, «De civitate Dei.» t. VII. desde el f. 13.

El pasaje de Lactancio que citamos en la página 55 se encuentra en el l. V. de las divinas instituciones c. IV. t. I. f. 371. En esta obra sostiene la conveniencia de servirse contra los paganos de sus propias armas y este es el método que él mismo sigue.

San Basilio no podia evitar que los jóvenes de aquella época leyeran los autores paganos; se propuso dar á este hecho una direccion acertada, predicando su bellísima homilía cuyo título es, «Ad adolescentes, quomodo possint ex Gentilium libris fructum capere» t. II. f. 173.

La eruditísima carta de S. Gerónimo al abogado Magno la encontrarán los jóvenes en el t. IV. part. II. f. 654.

S. Gerónimo asienta el principio de la conveniencia de aprovechar los escritos de los paganos para vencerles con sus propias armas; pero al mismo tiempo condena con toda la vehemencia de su carácter á aquellos que se dedican con exceso á la lectura de los clásicos del paganismo. Epist. XVIII ad Eustoch. t. IV. f. 43. Aqui es donde recuerda el doloroso castigo que sufrió por su desmedida aficion á aquellos estudios. Las palabras de S. Gerónimo (pág. 35) son de la Epist. ad Damasum t. IV. f. 153.

En tiempo de S. Agustin y S. Gerónimo no era tan necesaria como antes la lectura de los paganos.

La carta de S. Agustin á Dióscoro que le habia pedido le explicase algunos pasajes de Ciceron es la CXVIII

y se halla en el f. 431. del t. II. El santo Doctor exclama irónicamente, «¡O rem dignam vigiliis et lucubrationibus episcoporum!» Declara que iba pasando ya la necesidad de impugnar el paganismo y que era mas urgente combatir las heregías: en la imposibilidad de transcribir largos pasages copiamos únicamente las siguientes líneas. «Nam si alienarum sententiarum dissidentium et repugnantium cognitio aliquid adjuvat insinuatorem christianæ veritatis, ut noverit quomodo adversantes destruat falsitates, ad hoc duntaxat, ne quis contra disserens, nonnisi in refellendis tuis figat oculos, sua vero sedulo occultet. Nam cognitio veritatis omnia falsa, si modo proferantur, etiam quæ prius inaudita erant, et dijudicare et subvertere idonea est. Sed ut non solum aperta feriantur, sed etiam abscondita eruantur si alienos opus est cognoscere errores, erige oculos auresque, oro te, et vide atque ausculta utrum aliquis adversus nos de Anaximene et de Anaxagora proferat aliquid; quando jam ne ipsorum quidem multo recentiorum, multumque loquacium Stoicorum aut Epicureorum cineres caleant, unde aliqua contra fidem christianam scintilla excitetur.» Continúa llamando la atención de Dióscoro sobre la necesidad de combatir á los Donatistas, Maniqueos, Arrianos, Eunomianos y Macedonianos: esto es, dice, lo necesario y no el remover errores ya olvidados, «et olim sopitas lites inani curiositate recoquere.»

San Gerónimo en el prefacio del libro III de sus Comentarios sobre la carta á los Gálatas asegura que hacía mas de quince años que no habia tomado en sus manos á Ciceron ni cualquiera otro escritor pagano: y un poco mas adelante dice ¿quién lee ya á Aristóles? ¿Cuántos son los que conocen ni siquiera el nombre de los libros de Platon? «Vix in angulis otiosi eos senes recolunt.» t. IV. part. I. f. 287.

La historia del jóven á que aludimos en la página 36 la refiere S. J. Crisóstomo, adver. oppugnator. vitæ monast. l. III. n. 44. t. I. f. 97.

LECCION X.

Intencion: S. Agustin y Santo Tomas.

Respondeo: Dicendum, quod intentio, sicut ipsum nomen sonat, significat in aliud tendere. In aliquid autem tendit et actio moventis, et motus mobilis: sed hoc quod motus mobilis in aliquid tendit, ab actione moventis procedit. Unde intentio primo et principaliter pertinet ad id, quod movet ad finem.... Voluntas autem movet omnes alias vires animæ ad finem, ut supra habitum est, unde manifestum est, quod intentio proprie est actus voluntatis.

Ad primum ergo dicendum, quod intentio nominatur oculus metaphorice, non quia ad cognitionem pertinet, sed quia cognitionem præsupponit, per quam proponitur voluntati finis, ad quem movet: sicut oculo prævidemus, quo tendere corporaliter debeamus.... Dicendum, quod voluntas quidem non ordinat, sed tantum in aliquid tendit secundum ordinem rationis, unde hoc nomen; Intentio; nominat actum voluntatis, præsupposita ordinatione rationis ordinantis aliquid in finem. S. Thomas 1.^a 2.^æ q. XII. art. 1.

Et hic manifestat de mundando corde, se cuncta ista præcipere, cum dicit, *lucerna corporis tui oculus tuus est. Si ergo oculus tuus simplex fuerit, totum corpus tuum lucidum erit....* Qui locus sic intelligendus est, ut noverimus omnia opera nostra tunc esse munda, et placere in conspectu Dei, si fiant simplici corde, id est intentione superna, sine illo charitatis: quia et plenitudo legis charitas. Oculum ergo hic accipere debemus ipsam intentionem, qua facimus quidquid facimus: quæ si munda fuerit et recta, et illud aspiciens quod aspiendum est, omnia opera nostra, quæ secundum eam operamur, necesse est bona sint. S. Aug. de serm. Domini in monte, l. II. c. XII. t. III. f. 1289.

Mas ámpliamente expone la misma doctrina en el c. XXII. f. 1504. y en su enarrat. in Psalm. CXVIII. serm. XII. n. 2. t. IV. f. 1532.

Gloria y vana gloria: amor de la una y de la otra.

Dicendum, quod in homine invenitur aliquid magnum, quod ex dono Dei possidet: et aliquis defectus, qui competit ei ex infirmitate naturæ. Magnanimitas ergo facit, quod homo se magnis dignificet secundum considerationem donorum, quæ possidet ex Deo: sicut si habet magnam virtutem animi, magnanimitas facit quod ad perfecta opera virtutis tendat. Et similiter est dicendum de usu cujuslibet alterius boni, puta, scientiæ, vel exterioris fortunæ. Humilitas autem facit quod homo seipsum parvipendat secundum considerationem proprii defectus. Similiter etiam magnanimitas contemnit alios secundum quod deficiunt à donis Dei. Non enim tantum alius appetiatur, quod pro eis aliquid indecens faciat; sed humilitas alios honorat, et superiores æstimat, in quantum in eis aliquid inspicit de donis Dei, unde dicitur in Psal. XIV. de viro justo. Ad nihilum deductus est in conspectu ejus malignus: quod pertinet ad contemptum magnanimi. Timentes autem Dominum glorificat: quod pertinet ad honorationem humilis. Et sic patet, quod magnanimitas et humilitas non sunt contraria, quamvis in contraria tendere videantur: quia procedunt secundum diversas considerationes 2.^a. 2.^æ q. CXXIX. art. III. ad 4.^m Respondeo dicendum, quod sicut supra dictum est, honor importat quandam reverentiam alicui exhibitam in testimonium excellentiæ ejus. Circa excellentiam autem hominis duo sunt attendenda. Primo quidem, quod illud secundum quod homo excellit, non habet homo a seipso, sed est quasi quiddam divinum in eo: et ideo ex hoc non debetur sibi principaliter honor, sed Deo. Secundo, considerandum est, quod illud in quo homo excellit, datur homini a Deo, ut ex eo aliis prosit. Unde in tantum debet homini pla-

cere testimonium suæ excellentiæ, quod ab aliis exhibetur, in quantum ex hoc paratur sibi via ad hoc, quod aliis prosit. Tripliciter autem appetitum honoris contingit esse inordinatum. Uno modo per hoc quod aliquis appetit testimonium de excellentia quam non habet, quod est appetere honorem supra suam proportionem. Alio modo per hoc, quod honorem sibi cupit non referendo in Deum. Tertio per hoc, quod appetitus ejus in ipso honore quiescit non referens honorem ad utilitatem aliorum. Ambitio autem importat inordinatum appetitum honoris: unde manifestum est, quod ambitio semper est peccatum: quæst. CXXXI. art. I. 0.... Respondeo dicendum, quod gloria claritatem quandam significat: unde gloriari idem est, quod clarificari, ut Aug. dicit super Joan. Claritas autem, et decor quandam habent manifestationem: et ideo nomen gloriæ proprie importat manifestationem alicujus de hoc, quod apud homines decorum videtur, sive illud sit bonum corporale aliquod, sive spirituale. Quia vero illud quod simpliciter clarum est, a multis conspici potest, et a remotis, ideo proprie per nomen gloriæ designatur, quod bonum alicujus deveniat in multorum notitiam, et approbationem, secundum quod Sallustius dicit in Catilinario: Gloriari ad unum non est. Largius tamen accepto gloriæ nomine non solum consistit in multitudinis cognitione, sed etiam paucorum, vel unius aut sui solius, dum scilicet aliquis proprium bonum considerat, ut dignum laude: quod autem aliquis bonum suum cognoscat, et approbet, non est peccatum, dicitur enim I. ad Corinth. II. Nos autem non spiritum hujus mundi accepimus, sed spiritum qui ex Deo est, ut sciamus, quæ a Deo donata sunt nobis. Similiter etiam non est peccatum, quod aliquis velit bona opera sua ab aliis approbari; dicitur enim Matth. V. Luceat lux vestra coram hominibus: et ideo appetitus gloriæ de se non nominat aliquid vitiosum. Sed appetitus inanis, vel vanæ gloriæ vitium importat: nam quodlibet vanum appetere vitiosum est, secundum illud Psal. IV. Ut quid diligitis vanitatem, et

quæritis mendacium? Potest autem gloria dici vana tripliciter. Uno modo, ex parte rei, de qua quis gloriam quærit, puta, cum quis quærit gloriam de eo quod non est, vel de eo quod non est gloria dignum, sicut de aliqua re fragili, et caduca. Alio modo, ex parte ejus, a quo quis gloriam quærit, puta, hominis cujus judicium non est certum. Tertio, ex parte ipsius, qui gloriam appetit, qui videlicet appetitum gloriæ suæ non refert in debitum finem, puta, ad honorem Dei, vel proximi salutem. q. CXXXII. art. I. 0.

La índole de la elocuencia hace mas inminente el peligro de caer en el amor de la vanagloria.

Generoso itaque hic opus est animo, qui nostram exiguitatem longe superet, ut inordinatam illam infructuosamque vulgi voluptatem compescat, et auditum eorum ad utiliora transferat, ita ut populus ipsum sequatur, ipsique morem gerat; sed non ille secundum vulgi cupidinem feratur. Id vero nullo modo consequi possit, nisi hoc utrumque adfuerit, laudum contemptus, et vis dicendi. Nam si alterum absit, aliud ab altero disjunctum inutile efficitur. Etenim si laudes aspernans non proferat doctrinam gratia et sale conditam, despicibilis apud multos evadit, nihil lucri ex illa animi magnitudine referens; sin hac parte strenue se gerens a populari aura vincatur, tum ipsi, tum populo idipsum accedit detrimenti, cum ex laudum cupidine eo ducatur, cum ad gratiam magis, quam ad utilitatem auditorum concionari studeat. Ac quemadmodum, qui nec laudibus movetur, nec dicendi vi præditus est, is neque vulgi voluptatibus cedere, neque tantillam utilitatem ob imperitiam loquendi afferre potest, ita qui laudum amore capitur, nactus eam facultatem, qua multos ad meliorem frugem reducere possit; mavult tamen delectabilia proferre, dum populares in plaudendo tumultus lucretur. Is itaque qui optimus populi ductor futurus sit, utrumque fortiter teneat oportet, ut ne alterum altero evertatur. Cum enim in medio surgens ea dixerit, quæ igna-

vos perstringere possint, si deinde labatur et decidat, ac prædicendi inopia erubescere cogatur, jam dictorum lucrum statim effluit. Nam qui corripuntur, dum de dictis dolent, nec se alio modo ulcisci possunt, ignorantiam ipsi exprobrant, ac putantes se ratione opprobria tegere sua.... Animi porro magnitudinem non in laudum contemptu tantum exhibere par est, sed ulterius progrediendum, ne imperfectum lucrum accedat. S. Joann. Chrysost. De sacerdotio l. V. nn. 1 et 3. t. I. f. 415.

Sæpe officium prædicationis assumimus, ut per hoc fraternæ utilitati serviamus: sed nisi placeamus cui loquimur, nequaquam libenter accipitur quod prædicamus. Cumque placere mens utiliter studet, ad amorem laudis propriæ turpiter defluit; et quæ a captivitate vitiorum alias curabat eruere, ipsa suis favoribus incipit capta servire. Quasi latrunculus quippe est appetitus laudis humanæ, qui recto itinere gradientibus ex latere jungitur, ut ex occultis educto gladio gradientium vita trucidetur. Cumque propositæ utilitatis intentio ad studia privata deducitur, horrendo modo unum idemque opus culpa peragit, quod virtus inchoavit. Sæpe et ab ipsis exordiis aliud cogitatio expetit, aliud actio ostendit. S. Greg. Mag. Moral. pars. II. l. IX. in cap. IX. B. Job. n. 37. t. I. f. 304.

Los santos Padres aplaudidos: su conducta y su doctrina.

Son muy curiosas las noticias que, sobre los extremos á que se entregaban los que aplaudian á los oradores cristianos, encontramos en una de las homilias en que S. Juan Crisóstomo reprendió severamente á sus intempestivos aclamadores. Hom. I. in illud vidi Dominum, etc. t. VI. f. 95.

Nam per Dei gratiam puto eos qui congregantur ad centum millia pertingere. S. Joann. Chrysost. hom. LXXXV. t. VI. f. 810.

Hæc dicta laudatis: sed plausibus, tumultu, et sonitu non opus est mihi. Unum volo tantum, ut cum quiete

et sagaci attentione quæ dicuntur audientes, dicta exequamini. Hoc mihi plausus et laudis loco est. Si vero ea quæ dicuntur audias, et non facias ea quæ laudas, majus erit supplicium, gravior accusatio, nobisque pudor et irrisio. Non enim theatrum sunt hæc, non tragædos nunc spectatis, ut solum plaudatis. Magisterium est hoc spirituale. Quapropter unum studium est, ut quæ dicuntur opere compleatis, et obedientiam gestis comonstretis. Tunc enim omnia assecuti erimus: at nunc pene desperare cogor. Nam et privatim eos qui me convenerunt hæc monere non cessavi, et vobis in commune locutus, nihil tamen hinc fructus hactenus perceptum video: sed vos primis adhuc elementis hærentes cerno: quod sane maximun potest docenti fastidium generare. Continúa el santo Doctor con una vehemente obyrugacion á causa del poco fruto que á su parecer producia su predicacion. Hom XVII. in Math. n. 7. t. VII. f. 232.

Quid enim mihi laudes prosunt, cum vos in virtute facere progressus non videam? Quod vero mihi damnum oritur ex silentio auditorum, cum vestram augeri conspiciam pietatem? Laus quippe dicentis est, non applausus, sed auditorum in pietate zelus ac studium; non tumultus excitatus, quo tempore sermo auditur, sed studium ac diligentia, quæ omni tempore exhibetur: applausus ex ore simul egreditur, et in aërem diffusus interit; quod autem meliores fiant auditores, incorruptam et immortalem cum dicenti, tum obtemperantibus mercedem affert. Clamoris vestri commendatio illustriorem oratorem hic reddit; at animæ vestræ pietas multam apud tribunal Christi doctori fiduciam acquirit. Itaque si quis eos qui sermonem habent, diligat, non applausus, sed utilitatem diligat auditorum. S. Joann. Chrysost. in illud, «si esurierit inimicus, etc.» n. 4. t. III. f. 157.

Véase sobre lo mismo el n. 4 de la hom. I. in Genesim, t. IV. f. 2.

Se ocupa en el mismo asunto mas extensamente, y con grande celo en la hom. XXX. in acta Apost. nn. 3 y 4. t. IX. f. 238.

Quid ergo mihi hodie maxime faciendum, nisi ut commendem vobis periculum meum, ut sitis gaudium meum? Periculum autem meum est, si attendam quomodo laudatis, et dissimulem quomodo vivatis. Ille autem novit, sub cujus oculis loquor, imo sub cujus oculis cogito, non me tam delectari laudibus popularibus, quam stimulari et angī quomodo vivant qui me laudant. Laudari autem a male viventibus nolo, abhorreo, detestor: dolori mihi est, non voluptati. Laudari autem a bene viventibus, si dicam nolo, mentior: si dicam volo, timeo ne sim inanitatis appetentior quam soliditatis. Ergo quid dicam? Nec plene volo, nec plene nolo. Non plene volo, ne in laude humana periclitē: non plene nolo, ne ingrati sint quibus prædico. S. Aug. serm. CCCXXXIX. t. V. f. 1480.

Manifestatur enim virtus prædicantium ubi surgit seges animarum. S. Greg. M. Epist. VIII. t. II. f. 855.

Véase lo que dicen S. Agustin, de serm. Dom. in monte, l. I. cc. VI. y VII. t. III. f. 1237.—S. Greg. M. in Ezech. l. I. hom. XII. n. 17 t. I. f. 1289.—S. Isidoro de Sevilla, sentent. l. III. c. XLI. nn. 3 y 4, t. II. f. 123.

Sinsabores del orador que ama la vanagloria.

Quandoquidem si quis casibus hujusmodi animo deiciatur, his nunquam poterit quidpiam generosi vel admirandi præstare. Nam mœror animæ assiduæque sollicitudines, animi vim prosternere possunt, et in extremam imbecillitatem deducere. Sic igitur oportet sacerdotem erga subditos affectum esse, ut pater est erga tenerrimos filios: ac quemadmodum illis nec insolescentibus, nec percutientibus, nec flentibus commovemur; sed neque cum nos effusis cachinnis irriserint, admodum curamus: ita nec horum vel laudibus intumescere, vel vituperiis deijci oportet; cum hæc illi intempestive faciunt. Grave illud est, o vir beate, imo tale fortasse puto, quod præstari non possit. Siquidem laudatum hominen non gaudere, nescio an cuiquam vel mag-

na virtute prædito acciderit. Gaudentem vero necesse videtur id desiderare unde gaudio fruitur, desiderantem porro gaudio frui, prorsus necesse est, si id non consequatur, dolere, torqueri, cruciari ac mœrore affici. Quemadmodum enim ii, qui in divitiis lætantur, si quando in paupertatem decidant, ægre ferunt: et qui delicatis cibus assueverunt, nunquam patiantur tenui uti victus ratione; sic et laudis amatores, non modo cum temere vituperantur: sed etiam cum non assidue laudantur, ceu fame quadam contabescunt; maxime si in ipsis laudibus educati fuerint, aut si alios laudari audierint. Qui vero cum tali cupidine in doctrinæ certamen descenderit, quam multis illum negotiis, quam multis doloribus obnoxium fore putas? Neque mare umquam potest fluctibus carere, neque illius animus sollicitudine et mœstitia. Nam si is fuerit magna dicendi vi præditus, hoc autem in paucis invenitur, ne sic quidem ab assiduo animi mœrore vacuus erit. Etenim cum eloquentiam non natura, sed disciplina pariat, licet ad summum ejus apicem quis pervenerit; ab illa certe destituetur, nisi assidue studio et exercitatione illam excoluerit: ita ut magis peritioribus, quam imperitioribus sit laborandum. Neque enim par jactura utrosque, si negligentes fuerint, manet; sed tanto major hæc, quantum est inter peritiam et imperitiam intervallum. Atque illos quidem nemo culpaverit, si nihil eximium attulerint; hic vero nisi quidpiam majus existimatione, qua valet apud omnes, semper protulerit, in omnium reprehensionem incurrit. Ad hæc, illi pro modicis concionibus, magnam consequuntur laudem; hi vero nisi mirabilia et stupenda proferant, non modo laudibus privantur, sed etiam a multis redarguuntur. Auditores quippe non tam de concione, quam de concionantis existimatione sedent judices. Quapropter ubi quispiam universos vi dicendi superat, tum illi plus, quam cæteris, studio laboreque opus est. Neque enim licet illi id perpeti, quod toti humanæ naturæ commune est, ut scilicet non semper in omnibus probe rem gerat: sed si illa

quæ concionando dicit, cum famæ magnitudine non consentiant, scommata dieteriaque a multitudine refert. Nemo secum reputat, aut incidentem mœrorem, aut angustiam animi, vel sollicitudinem, vel persæpe iram, mentis aciem tenebris offudisse, neque sivisse sensa ejus pura sinceraque prodire: atque homo cum sit, non posse semper eum ipsum esse, neque in omnibus prospere agere, sed quod fieri solet, accidere ut nonnumquam labatur, ac minora, quam pro solita virtute, exhibeat. Nihil horum, ut dixi, cogitare volunt: sed ac si de Angelo judicium ferrent, ita ipsum redarguunt. Alioquin vero solet homo præclara proximi sui gesta, quantumvis multa et magna despiciere: si autem vitii quidpiam appareat, quantumvis leve sit, quamvis jamdiu acciderit, statim dignoscitur, confestim arripitur, et numquam e memoria excidit: atque illud per quam tenue exiguumque, multorum magnorumque virorum sæpe famam imminuit.

Vides, o vir generose, eum qui vi dicendi præditus sit, majore sollicitudine opus habere: ac præter studium tanta tolerantia indigere, quanta non omnes, quorum prius memini, opus habuere. Nam multi sæpe illum temere adoriuntur, et cum nihil criminis offerri possit, non aliam odii causam habent, quam quia apud omnes bene audit. Horum invidiam fortiter ferre par est: nam execrandum hujusmodi odium, quod temere conceperunt, cum tegere non valeant, clam convitiantur, incusant, calumniantur, palamque malitiam exercent. Animus autem qui ad illa singula dolere atque irritari cæperit, non ultra progredi potest, sed dolore contabescit. Etenim non per se tantum se ipsi ulciscuntur, sed etiam aliorum utuntur opera: ac sæpe unum quempiam dicendi imperitum cooptantes, laudibus celebrant, ac supra meritum admirantur; alii furore ducti, alii imperitia simul et livore impulsus; non ut mirabilem exhibeant eum, qui talis non est, sed ut hujus gloriam de medio tollant. Neque adversus istos tantum athletæ illi certamen est; sed plerumque adversus totius populi imperi-

tiam. Quia enim fieri nequit, ut totus cætus ex litteratis viris coaluerit, sed magna Ecclesiæ pars ex idiotis constat: reliqui vero illis sagatiores quidem sunt, sed ab iis, qui de dicendi facultate iudicium ferre valent, tantum numero distant, quantum iidem á reliquis omnibus: unus scilicet vel alter sedet hac præditus facultate, necesseque est ut qui eloquentius dixerit, minorem sibi plausum conciliet, et aliquando sine laude discedat. Sane contra huiusmodi inæquabilitatem animum generose præparare decet, iisque parcere qui per ignorantiam illud agunt, eos autem, qui per invidiam, ut miseros infelicesque deplorare, a neutroque horum quidpiam putare á sua vi dicendi esse detractum. Neque enim si optimus pictor, qui omnes in hac arte præcellat, per quam diligenter a se depictam imaginem, ab imperitis derideri videat, ideo debet animo concidere, nec imperitorum iudicio picturam parviducere, quemadmodum neque picturam quæ nihil sit, ex imperitorum admiratione magni facere. Nam optimus artifex, ipse suorum opificiorum iudex esto, et pulchra fœdave illa existimet, cum mens eadem, quæ illa edidit, hunc calculum feret: aliorum autem opinionem erroneam et artis imperitam, ne quidem in mente reponat. S. Joann. Chrysost. De sacerdotio l. V. nn. 4, 5, 6 et 7. t. I. f. 417.

Mas adelante copiarémos otro pasage del santo Doctor, del que hemos extractado tambien unas palabras en la pág. 40.

San Agustin narra con encantadora naturalidad, que oia los sermones de S. Ambrosio no mas que por el placer que le causaban, y como Dios se sirvió de este medio para hacerle amar la verdad. «Et studiose audiebam disputantem in populo, non intentione qua debui, sed quasi explorans ejus facundiam.... et verbis ejus suspendebar intentus; rerum autem incuriosus et contemptor adstabam; et delectabar suavitate sermonis.... veniebant in animum meum simul cum verbis quæ diligebam, res etiam quas negligebam.... Et dum cor aperirem ad excipiendum quam diserte diceret, pariter intrabat et

quam vere diceret.... confes. l. V. cc. XIII y XIV. t. I. f. 717.

Sobre el recto fin con que el orador ha de procurar agradar á sus oyentes, puede verse lo que dicen S. Juan Crisóstomo, S. Agustin, S. Gregorio M. y santo Tomas, cuyas palabras nos impide copiar la mucha extension que va tomando esta leccion. S. Juan Crisóst. de sacerdot. lib. V. n. 8. t. I. f. 419.—S. Agustin de doctr. christ. l. IV. c. XXV. t. III. f. 116.—S. Greg. M. Regula, part. II. c. VIII. t. II. f. 28.—Santo Tomas 2.^a 2.^o q. CLXXVII. art. I.

Temores de S. Agustin.

Quando quidem lego, et audio, *Nolite multi magistri fieri, fratres, quoniam majus judicium sumitis: in multis enim offendimus omnes. Lavi pedes meos; quomodo inquinabo eos?* Sed ecce surgo, et aperio. Christe, lava eos, *Dimitte nobis debita nostra*, quoniam non est exstincta charitas nostra: quia *et nos dimittimus debitoribus nostris*. Quando te audimus, exsultant tecum in cœlestibus ossa humiliata (*Psal. L. 10.*) Sed quando te prædicamus, terram calcamus ut ibi aperiamus: et ideo si reprehendimur, perturbamur; si laudamur, inflamur. Lava pedes nostros ante mundatos, sed cum ad aperiendum tibi per terram pergimus, inquinatos. Hæc vobis hodie satis sint, dilectissimi. Si quid secus quam oportuit dicentes fortassis offendimus, vel laudibus vestris immoderatus quam oportuit elevati sumus, impetrate mundationem pedibus nostris, Deo placentibus orationibus vestris. S. August. in Joan. tract. LVII. n. 6. t. III. f. 1792. Véase el n. 2. del mismo discurso f. 1790.

El santo Doctor expresa los mismos temores en muchas ocasiones. Exposit. Epist. ad Galat. c. VI. t. III. f. 2145.—Enarrat. in psalm. LXVI. n. 10. t. IV. f. 812.—Serm. XXIII. nn. 1. y 2. t. V. f. 155.

El celebrado sermón de Masillon sobre LA PALABRA DIVINA, que hemos citado en la pag. 42, es el del primer

domingo de cuaresma; está en la pag. 449 del t. XLII. de la coleccion de Mr. Migne.

Exortacion del Crisóstomo.

Verum sermonem suum ad Dei placitum concinnans; hæc enim ejus norma, hic terminus artificii debet esse, non plausus vel laudes; si quidem ab hominibus etiam laudetur, laudes nec rejiciat; sin laudes ab auditoribus non referat, ne quærat illas, nec ideo doleat. Laborum quidem solatium illud satis erit, omniumque maximum, si conscius sibi fuerit, se ad Dei placitum doctrinam concinasse suam. S. Joann. Chrysost. De sacerdot. l. V. n. 7. t. I. f. 419.

Las palabras de S. Gerónimo, con que termina la leccion X, están tomadas de la Epist. LXXXVI. ad Eustoch. t. IV. part. II. f. 671.

LECCION XI.

El amor de la vanagloria perturba al orador, y le hace errar el camino.

Propterea ignoscite, quæso, quod sermo hac in re longius excurrat. Multi multa faciunt, ut in medio stantes longum proferant sermonem: et si plausum multitudinis assequantur, perinde gaudent ac si regnum obtinissent: si vero cum silentio dicendi finem faciant, gehenna ipsis gravius et onerosius est tale silentium. Hoc Ecclesias subvertit, quod vos non quæritis verba compunctionis; sed quæ oblectent, et sono et verborum compositione, ac si cantores et citharædos audieritis. Et nos frigide ac misere vestros affectus sequimur, quos excindere oporteret. Idipsumque facimus, ac si pater molli puero, etsi infirmanti, frigidam placentam, et quæ solum oblectant, porrigat; utilium vero nullam curam

habeat. Deinde a medicis objurgatus ad excusationem dicat: Quid faciam? Flentem puerum ferre nequeo. Miser, infelix et proditor. Neque enim hunc patrem dixerim. Quam melius esset, illum parvo tempore tristitia affectum, perfectæ sanitati restituere, quam temporaneam gratiam perpetui mæroris causam facere! Hoc et nos facimus, dum elegantem orationem frustra quærimus, harmoniamque, ut placeamus, non ut prosimus: ut admirationi habeamur, non ut doceamus; ut oblectemur, non ut compungamus; ut cum plausu et laudibus discedamus, non ut mores componamus. Credite mihi, non abs re dicenti, cum prædicans laudibus excipior, illo quidem tempore humanum quid patior. Cur enim vera non dixerim? lætor et effundor; ubi vero domum reversus, cogito plaudentes nullum excepisse fructum; sed si quid utilitatis accipiendum erat, illud ex plausu et laudibus periisse, discrucior et ingemisco, lacrymor, ac si omnia frustra dixerim ita affectus; mihique ipsi dico: quæ mihi ex sudoribus utilitas, cum auditores nihil ex verbis meis utilitatis percipere voluerint? Sæpeque cogitavi legem proferre plausus prohibentem, et persuadere vobis ut cum silentio audiatis, et cum decenti modestia. Sed sustinete, quæso, et credite mihi: ac si placet, hanc firmemus legem: ne cui auditorum liceat loquentem plausibus interpellare: sed si admirari voluerit, silens admiretur: nemo prohibebit; omnis cura omne studium sit, ut dicta excipiantur. Quare applausistis? Hac de re legem pono: vos vero ne audire quidem sustinetis. Id multorum causa bonorum erit, philosophiæque disciplina. Externi philosophi disserebant, nemine unquam plaudente; et Apostoli concionabantur, neque uspiam legitur, ipsos loquentes ab auditoribus fuisse plausu interpellatos. Magnum hoc nobis lucrum erit: sed stabiliamus illud, et cum silentio omnes audiamus, omniaque dicamus. Etiamsi post plausum discederemus, quæ audivimus retinentes, neque sic etiam utilis laus esset. Verum non ulterius disquiram, ne quis me rusticitatis accuset. Quia vero nihil hinc lucri, imo

potius damnum, solvamus impedimentum, animæ sal-
tus illos tollamus excindamusque. Christus in monte
concionatus est; et nemo quidpiam dixit, donec finem
dicendi fecit. Nihil damni facio iis qui plaudere vellent,
imo id efficio ut magis admirentur. Multo melius est
cum silentio audientem, in mente et memoria omni
tempore plaudere domi, in foro, quam amissis omnibus
domum redire vacuum, nullam habentem plausuum
causam. Quomodo enim non ridiculus erit auditor? quo-
modo non adulator et irrisor putabitur, qui recte loquu-
tum esse doctorem declarat, nec quid dixerit proferre
potest? Hoc adulationis est. Nam ei qui citharædos et
tragædos audit, id jure accidit, utpote qui nesciat simi-
lia proferre. Ubi autem nec cantus nec modulatio adest,
sed sententiæ solum et philosophiæ virtus, quæ cuivis
dicere et enunciare facile est, quomodo non dignus ob-
jurgatione est, qui ne causam quidem dicere potest cur
concionantem laudaverit? Nihil ita decet ecclesiam, ut
silentium et modestia. Tumultus ad theatra pertinet, ad
balnea, ad pompas, ad forum. Ubi vero talium dogma-
tum doctrina est, ibi tranquillitas, quies, philophia et
portus magnus esse debet. Hæc, oro et obsecro, omnes
sciatis. Omnes circummodos exploro, queis potero ves-
tris prodesse animabus. Non exiguus ille mihi modus
videtur, qui non vobis tantum, sed etiam mihi proderit.
Non sinet nos prosterni, neque laudes et gloriam ama-
re, neque oblectantia loqui, sed utilia: neque in compo-
sitione et elegantia dictorum, sed in vi sensuum omni
temporis momento versari. S. Joann. Chrys. in Acta
Apost. hom. XXX: n. 3. et 4. t. IX. f. 258.

Asuntos sobre que debe versar la predicacion.

Los santos Padres han declarado con mucha solitud
las grandes verdades y materias importantes sobre que
debe versar la predicacion evangélica: indicamos algu-
nos pasages cuya lectura será provechosa para los jóve-
nes, ya que no nos es posible trascibirlos en este lugar.

San Basilio hom. in Psalm. VII. n. 4. t. I. f. 101.==
 S. Greg. Nacianc. orat. I. t. I. f. 15.==Orat. XXXIII. t. I.
 f. 475.==S. Juan Crisost. in Gen. serm. VI. n. 1. t. IV.
 f. 671.==Hom. LXXXVIII. in Math. n. 4. t. VII. f. 829.
 ==In epist. I. ad Corinth. hom. IX. n. 1. t. X. f. 73.==
 In epist. II. ad Thesalon. hom. II. n. 3. t. XI. f. 519.==
 S. Greg. Magno Regula Pastor. II. pars. c. IV. t. II. f. 16.

San Ambrosio escribió á Constancio, que acababa de ser elegido Obispo, una interesante carta sobre la conducta que debia observar en la predicacion de la divina palabra. Excita su celo: le recomienda el estudio de la sagrada Escritura: le indica como se ha de expresar; unas veces con dulzura, otras con severidad, segun lo exija el estado y las necesidades de sus oyentes: «Sint ergo sermones tui proflui, sint puri, et dilucidi; ut morali disputatione suavitatem infundas populorum aurbus, et gratia verborum tuorum plebem demulceas; ut volens quo ducis, sequatur. Quod si aliqua vel in populo, vel in aliquibus contumacia, vel culpa est, sint sermones tui hujusmodi, ut audientem stimulent, compungant male conscium: *sermones enim sapientium tamquam stimuli...* sunt etiam sermones sicut lac, quos infudit Paulus Corinthiis; qui enim fortiozem cibum epulari non queunt, succo lactis ingenii sui exercent infantiam.» Concentra en dos puntos la atencion del orador: amor á la virtud y odio al vicio; «Admone igitur plebem Domini, atque obsecra, ut abundet in operibus bonis, renuntiet flagitiis.» Expecifica las virtudes que ha de recomendar, y los vicios que ha de combatir. De desear es que los jóvenes oradores lean este escrito: en él aprenderán á predicar verdades cristianas y prácticas y á no ocuparse en cuestiones inútiles ó inoportunas. S. Ambros. Epist. II. ad Constantium in Episc. nuper electum. t. V. f. 470. Venecia.

Conducta de los santos Padres.

San Juan Crisóstomo, despues de repetir como de paso la doctrina sobre la comunion sacrilega, que habia

irritado á algunos de sus oyentes, continúa: «Hoc multos perstrinxit, hoc multos perturbavit, et conscientiam auditorum pupugit, nec auditorum tantum, sed meam, qui ad vos sermonem habeo, priusquam vestram. Communis est quippe doctrina, communia sunt vulnera: quapropter et communia adhibeo medicamenta.... Itaque non quod in alienis philosopharer malis, neque ex inhumanitate quapiam, sed præ nimia sollicitudine reprehensiones illas adhibui. Nam in corporum quidem curatione, qui plagam infligit, nullum plagæ sensum capit, sed ille, qui secatur, solus doloribus cruciatur: at in animarum curatione non ita: nisi forte fallar, dum ex meis de aliorum rebus judico; sed ipse prior cruciatur, qui concionem habet, quando cæteros increpat. Neque enim sic a cæteris reprehensi dolemus, ac si alios reprehendamus ob peccata, quorum ipsi rei simus. Statim enim concionatorem objurgat conscientia, quodque se videat magisterii dignitate decoratum in eadem cum discipulis peccata prolabi, atque iisdem reprehensionibus indigere, graviolem concionatori dolorem inurit. Atque hæc non sine causa nunc conqueror, sed quoniam permulti eorum quæ dicta sunt acerbitatem non ferentes, cum hic recessissent, accedentes indignabantur, et excandescabant.... Quod si forte imbecilliores sint quidam, neque defensionem hanc nostram ferant, ita cum illis agam, ut moneam, me non a me ipso latas leges exponere, sed de cælo delapsas litteras legere, ac proinde necessarium esse, ut cum hoc mihi creditum sit ministerium, aut quæ continentur illis confidenter ac libere cuncta dicam, et utilitatem ubique non voluptatem quæram auditorum, aut eorundem odium reformidem, et hoc intempestivo beneficio salutem meam simul et illorum prodam. Nam et concionatori simul et auditoribus admodum periculosum esse quidpiam ex legibus divinis celare, ac tanquam cædis patratæ reos judicari doctores, nisi absque metu cuncta Dei jura, ac decreta promulgent, Pauli vobis testimonio comprobabo.Nobis ergo qui concionamur, nequaquam prodesse,

si talia siluerimus, sufficienter et Propheta nos docuit, et Apostolus: sed neque vobis prodesse qui auditis, inde constabit. Nam si ego dum sileo, peccata silentio absconderem, recte succenseret unusquisque, ac merito indignaretur, nisi silerem: sin autem, quantumvis jam non sileamus, omnino necesse est ut illic delicta manifestentur, quid poterit silentium prodesse? Imo nihil proderit, sed summopere nocebit. Nam si quidem nunc proloquar, ad pœnitentiam et animi compunctionem inducam: sin taceam, nunc quidem eorum quæ peccaverimus, non recordabimur, neque pœnitentiam agemus; at in futuro sæculo nuda et aperta præ oculis nostris intuebimur, ac frustra et incassum lamentabimur. S. Joann. Chrysost. «Non esse ad gratiam concionandum.» t. II. f. 658.

La homilía que dió ocasion á las quejas de los fieles, es la LXXII. t. II. f. 650.

Numquid ego hoc scripsi? Numquid ego delere illud possum? Si delevero, timeo deleri. Tacere illud possum; timeo tacere. Prædicare cogor: territus terreo. Timete mecum, ut gaudeatis mecum. *Ne tardes converti ad Deum*: Domine, vide quia dico: Domine, scis quia teruisti me, cum tuus Propheta legeretur. Domine, nosti in illa cathedra timorem meum, cum tuus Propheta legeretur. *Ecce, dico, ne tardes converti ad Deum, neque differas de die in diem. Subito enim veniet ira ejus, et in tempore vindictæ disperdet te.* Sed nolo perdat te.... Quid ego feci speculator? liber sum, non vos gravo. Scio dicturos quosdam: Quid nobis voluit dicere? Terruit, gravavit nos, reos nos fecit. Imo a reatu volui liberare. Fædum est, turpe est: nolo dicere malum, nolo dicere periculosum, nolo dicere exitiosum: turpe est ut vos fallam, si Deus me non fallit.

Dominus mortem minatur impiis, nequissimis, fraudatoribus, sceleratis, adulteris, voluptatum inquisitoribus, suis contemptoribus, de temporibus murmurantibus et mores suos non mutantibus. Dominus illis mortem minatur, gehennas minatur, interitum sempiternum

minatur. Quid volunt, ut ego promittam quod ille non promittit? Ecce dat tibi securitatem procurator: quid tibi prodest, si pater familias non acceptet? Procurator sum, servus sum: vis dicam tibi, vive quomodo vis, Dominus te non perdet? Securitatem tibi procurator dedit; nihil valet securitas procuratoris. Utinam Dominus tibi daret, et ego te sollicitum facerem! Domini enim securitas valet, etiamsi nolim; mea vero nihil valet, si ille noluerit. Quæ est autem securitas, fratres, vel mea, vel vestra, nisi ut Domini jussa intente et diligenter audiamus, et promissa fideliter expectemus? In his fatigamur, quia homines sumus: ipsius adjutorium imploremus, ad illum ingemiscamus. S. Aug. serm. XL. t. V. f. 245.

Método de la predicacion.

Nam hic mihi videtur optimus esse docendi modus, si non prius desistamus consulendo quacumque de re, quam viderimus admonitionem ad effectum pervenisse. Etenim, qui hodie de eleemosyna, cras de oratione, perendie de humanitate, deinde rursus de animi modestia disserit nihil horum in auditorum animis perficere recte poterit, ab hoc ad illud, rursus ab illo semper alio transiliens: sed necesse est, ut qui velit orationem in auditorum animis fructum destinatum assequi, non ante desistat iisdem de rebus admonens consulensque, nec prius ad aliud quidpiam transiliat quam conspexerit superiorem admonitionem in eis bene fixam ac radicatam. Idem hoc facere solent ludimagistri. Non prius ad syllabas adducunt pueros, quam elementorum cognitionem in eis viderint recte confirmatam. S. J. Chrysost. De David. et Saule hom. I. t. IV. f. 748.

Ideo, dilectissimi filii, vos minutatim et per partes scripturarum doctrina pascimus, neque simul omnia effundimus, ut facilius vobis sit emissi verbi custodia. Nam in ædificiis, qui, antequam priores lapides conjuncti sint, alios superimponit, non firmam, sed facile ruituram struit parietem; qui autem expectat donec calce

firmentur, et sic paulatin cætera adjicit, tutam, firmam diuque duraturam domum excitat. Hos ædium structores et nos imitemur, eodemque modo vestras ædificemus animas. Timemus enim, ne recens cum sit prior structura, secundæ additæ speculationes, priores pesumdent, cum mens nequeat omnia simul continere. S. Joann. Chrysost. in Joann. hom. VII. n. 1. t. VIII. f. 44.

Non enim id parum confert ad dictorum intelligentiam, si seriem sententiarum nostrarum accurate teneatis. Quia enim non possumus omnia uno die complecti, si ea quæ singulis vobis diebus proponimus, in memoriæ quadam serie, quasi catenam, teneatis, sic in mente reponite, ut totum scripturæ corpus simul appareat. Revocatis igitur in mentem iis quæ nuper dicta sunt, sic hodie ad ea, quæ proponenda sunt, accedamus. S. Joann. Chrysost. in Matth. hom. V. n. 1. t. VII. f. 73.

Ordo igitur disputationis est ordo tractatus, et ideo etiam nos, cum aliqui ex gentibus vocantur ad Ecclesiam, ita præceptorum seriem formare debemus, ut primo unum Deum auctorem mundi, omniumque esse doceamus, in quo vivimus, et sumus et movemur, cujus et genus sumus, etc.... El santo Doctor continúa señalando el órden con que debe procederse con el infiel hasta completar su instruccion religiosa. S. Ambros. exposit. Evang. sec. Lucam, l. VI. n. 104. t. IV. f. 144. ed. de Venecia.

Los asuntos han de ser proporcionados á las necesidades y circunstancias de los oyentes.

Volo cogites aliam esse intentionem dictantis, cum lector futurus cogitatur; et aliam loquentis, cum præsens auditor attenditur; et in eo ipso aliam in secreto monentis, dum nullus alius qui de nobis judicet præsto est; aliam palam docentis aliquid, cum dissimiliter opinantium circumstat auditus: et in hoc genere aliam, cum docetur unus, cæteri autem tamquam judicantes aut attestantes, quæ sibi nota sunt, audiunt; aliam cum

omnes communiter quid ad eos proferamus expectant: et rursus in hoc ipso aliam, cum quasi privatim consedetur, ut sermocinatio conseratur; aliam, cum populus tacens unum de loco superiore dicturum suspensus intuetur: multumque interest, et cum ita dicimus, utrum pauci adsint an multi; docti an indocti, an ex utroque genere mixti; urbani an rustici, an hi et illi simul; an populus ex omni hominum genere temperatus sit. Fieri enim non potest, nisi aliter atque aliter afficiant locuturum atque dicturum, et ut sermo qui profertur, affectionis animi a quo profertur, quemdam quasi vultum gerat, et pro eadem diversitate diverse afficiat auditores, cum et ipsi se ipsos diverse afficiant invicem præsentia sua. S. Aug. de catech. rudib. c. XV. t. VI. f. 528.

No ha sido solo S. Agustin el que se ha ocupado en esta materia. San Gregorio Nacianceno, S. Juan Crisóstomo, S. Isidoro de Sevilla y con especialidad S. Gregorio Magno han expuesto las dificultades que ofrecen al predicador la multitud de los oyentes y la variedad de sus necesidades y calidades personales: y con esta ocasion han consignado consejos de exquisita prudencia para los que se dedican al dificil ministerio de la predicacion. Véase S. Greg. Nacianc. orat. XXXIII. t. I. f. 467. y sig.—S. Juan Crisóst. «cur in Pentecostes acta, etc.» Concio IV. n. 2. t. III. f. 83.—Adversus Judæos et Gent. n. 4. t. I. f. 558.—In princ. Actorum hom. I. t. III. f. 54.—In Epist. ad Coloss. hom. XI. nn. 2 et 3. t. XI. f. 406.—S. Isidoro de Sevilla sent. I. III. c. XLIII. t. II. ff. 123 y 124.—Synonymor. I. II. t. II. f. 512.—S. Gregorio Magno Reg. Past. pars. III. cc. XXXVI. XXXVII. y XXXVIII. t. II. f. 96-98. El símil del instrumento músico usado por este santo Doctor está en el Prólogo de la III parte de su Regla Pastoral t. II. f. 55.

Quidquid enim lacerato animo dixeris, punientis est impetus, non charitas corrigentis. Dilige, et dic quod voles: nullo modo maledictum erit quod specie maledicti sonuerit, si meminéris senserisque te gladio verbi

Dei liberatorem hominis esse velle ab obsidione vitiorum. S. Aug. Exposit. Epist. ad Galat. c. VI. n. 57. t. III. f. 2144.

Sermones predicados á clases determinadas.

San Juan Crisóstomo predicó sus LXXXVIII. homilías sobre el Evangelio de S. Juan al amanecer «sub aurora» dice el mismo. Los sabios Benedictinos editores de las obras del santo, opinan que eligió esta hora porque predicaba á un auditorio especial y de materias determinadas, y por eso lo hacia á hora que no le impidiese continuar las instrucciones comunes que daba á todos los fieles en las horas acostumbradas. Véase el §. II. del Prefacio de estas homilías que se hallan en el t. VIII. de las obras del santo Doctor.

Aparte de los sermones que S. Bernardo predicaba exclusivamente á sus monges, se sabe que predicó varios al clero de Paris los cuales forman el sermon ó libro que se titula «de conversione ad Clericos» t. II. f. 477. Puede verse en los pasages siguientes por qué y en qué términos S. Juan Crisóstomo y S. Agustin predicaban á menudo no solo para los presentes sino tambien para los ausentes. S. Juan Crisóstomo «de pœnitentia» homil. IV. t. II. f. 505.—In princ. Act. homil. I. n. 2. t. III. f. 55. De Anna serm. IV., nn. 1, 2 y 3. t. IV. f. 729.—Homil. III. inedit. t. XIII. f. 340.—S. Agust. Enarrat. in Psalm. L. n. 1. t. IV. f. 585.—Serm. LI. t. V. f. 334.

No se ha de predicar, sin necesidad, doctrina de difícil inteligencia ó que pueda turbar á los espíritus débiles.

Sunt enim quædam, quæ vi sua non intelliguntur, aut vix intelliguntur, quantolibet, et quamtumlibet quamvis planissime dicentis versentur eloquio; quæ in populi audientiam, vel raro, si aliquid urget, vel nunquam omnino mittenda sunt. In libris autem qui ita scribuntur, ut ipsi sibi quodammodo lectorem teneant cum intelliguntur; cum autem non intelliguntur molesti non sint nolentibus legere, et in aliquorum colloctionibus,

non est hoc officium deserendum ut vera quamvis difficillima ad intelligendum, quæ ipsi jam percepimus, cum quantocumque labore disputationis ad aliorum intelligentiam perducamus, si tenet auditorem vel collocutorem discendi cupiditas, nec mentis capacitas desit, quæ quoquo modo intimata possit accipere; non curante illo qui docet quanta eloquentia doceat, sed quanta evidentia. S. Aug. De doct. christ. l. IV. cap. IX. t. III. f. 99.

La misma prudencia recomiendan S. Basilio Epist. XXII. De perfectione vitæ Monast. n. 4. t. III. f. 99. y S. Gregorio Nacianc. orat. XXXIV. t. I. f. 480. Mas en los casos en que sea necesario ocuparse en la predicacion de doctrinas de difícil inteligencia, se han de tener presentes las saludables reglas que S. Agustin consigna en su tratado «DE DONO PERSEVERANTIE» (t. X. f. 995.) con especialidad en los ocho últimos capítulos desde el f. 4016.

LECCION XII.

Censuran los santos Padres á los que predicán de una manera enteramente humana.

In populo autem gravi, de quo dictum est Deo, *in populo gravi laudabo te, nec illa suavitas delectabilis est, qua non quidem iniqua dicuntur, sed exigua et fragilia bona spumeo verborum ambitu ornantur, quali nec magna atque stabilia, decenter et graviter ornarentur.* S. Aug. De doct. christ. l. IV. c. XIV. t. III. f. 102.

In suam dicunt contumeliam Doctores, si dum sint ab eis dicta sapienter, nimium tamen eloquenter. Horret enim sapientia spumeum verborum ambitum, ac fucum mundialis eloquentiæ inflatis sermonibus perornatum.

Quidam curiosi delectantur audire quoslibet sapientes, non ut veritatem ab eis quærant: sed ut facundiam sermonis eorum agnoscant, more Poëtarum, qui magis

compositionem verborum, quam sententiam veritatis sequuntur. S. Isid. Hispal. sent. l. II. c. XXIX. nn. 12 et 13. t. II. f. 64.

Sed neque facetus quispiam ac jucundus sum, atque ita comparatus ut hominum benevolentiam blanditiis et assentatione surripere queam; quales multos eorum video, qui hoc tempore sacerdotii munus profitentur, qui fidei nostræ pietatem, quæ prius simplex atque artis expers erat, artificiosam reddiderunt, ac novum quoddam politices genus, a foro ad sanctum translatae, et a theatris ad sacrarium, vulgi oculis minime inspectandum: ita ut, si audacter hoc dicere oporteat, duæ jam scenæ sint, inter quas hoc dumtaxat intersit, quod illa omnibus pateat, hæc quibusdam; illa videatur, hæc in honore sit; illa theatrica, hæc spiritualis nominetur. Vos testes, et Deus (ut Apostoli verbis utar) nos ab hac parte minime stare, verum tales esse, ut sinisteritatis potius et rusticitatis, quam adulationis ac servilis animi notam suscipere possimus, quippe qui eos etiam, qui nostri apprime studiosi sunt, asperius interdum accipiamus, si quid nobis non, ut rationi consentaneum est, facere videantur. S. G. Nac. t. I. orat. XXVII. f. 409.

Quia fides non in forensi sermone sapientiæ, sed Dei virtute firmatur. Ergo in sermone sanctorum virtus est, in sermone autem forensi isto ac philosophico vanitas mundi. S. Ambr. in Psalm. CXVIII. expositio, sermo XI. n. 12. t. III. f. 549.

In eruditos nam fides solum viros

Si caderet, esset nihil Deo dives minus.

San Greg. Nacianc. de vita sua carmen, t. II. f. 16. Conmas vehemencia se expresa aun, contra los que predicaban de una manera enteramente humana, en su oracion XXVI. t. I. f. 704.

En la pág. 55 citando algunas homilias de S. Basilio hemos puesto equivocadamente los números XIV. y XV. Las homilias sobre la caridad que deseamos sean consultadas, son las que predicó el santo Doctor y llevan estos títulos:—In illud dictum Evangelii secundum

Lucam: destruam horrea mea, etc. t. II. f. 43. — Homil. in divites f. 51. — Homil. dicta tempore famis et siccitatis f. 62.

La oracion XV. de S. G. Nac., que en la edicion de Billy es la XVI. y tiene por título «De pauperum amore» está en el t. I. f. 215.

La homilía XXI. de S. Juan Crisóstomo sobre la carta I. á los Corintios está en el t. X. f. 179. Lo mas interesante, para el caso presente, se encuentra en los nn. 5, 6 y 7 desde el f. 186.

No está prohibido al predicador descender al campo de la ciencia humana.

Nam quod rebus in sensum cadentibus est sol, hoc iis, quæ animo et ratione intelliguntur, est Deus. Ille enim mundum hunc aspectabilem collustrat: hic invisibilem. Ille corporis oculos ita afficit, ut lumen ipsius intueri possint: hic mentes divinas reddit. Atque ut ille, cum, et iis quæ oculorum sensu prædita sunt, et iis quæ in aspectu sentiuntur, hanc vim tribuat, ut et illa videre, et hæc visu percipi possint, interim tamen ipse omnia, quæ oculis subjecta sunt, pulchritudine antecellit, eodem modo Deus, cum tam iis, quæ intelligentia utuntur, quam quæ mente et intellectu comprehenduntur, hoc afferat, ut et illa intelligant et hæc intelligentia percipiantur, ipse tamen intelligibilium omnium summus est vertex, in quo desiderium omne consistit ac defigitur, nec supra eum usquam fertur. Nec enim quidquam sublimius habet, aut omnino habebit mens ulla, quantumvis philosophica, et altissime tendens, ac summe curiosa. Hoc etenim rerum omnium expendarum extremum est: quo cum pervenerimus, conquiescit omnis speculatio. S. G. Nazianz. orat. XXI. t. I. f. 338.

Política cristiana.

Hemos dicho en la página 57 que en los sermones, homilias y escritos de los santos Padres se halla cuanto de

verdadero y saludable se ha podido pensar y decir sobre política cristiana en los tiempos antiguos y modernos. La prueba de proposición tan amplia no cabe en este lugar, pero la encontrarán muy completa los que lean los extensos pasajes que á continuación citamos. S. Juan Crisóstomo hom. VI. ad populum Antioch. n. 4. t. II. f. 73. =In Gen. serm. IV. n. 2. t. IV. f. 661.=Exposit. in psalm. CXLVIII. nn. 4.-5. t. V. f. 496.=In illud «Vidi Dominum» hom. I. nn. 4.-6. t. VI. ff. 102.-105.=In Epist. ad Rom. hom. XXIII. t. IX. f. 685.=S. Greg. Nacianc. en algunos pasajes de su oración III. t. I. f. 85.=Orat. XVII. t. I. f. 242.=S. August. enarrat. in psalm. CXXIV. nn. 7.-8. t. IV. f. 1653.=In Joann. Evang. tract. XI. nn. 14-15. t. III. f. 1483.=Epist. CXXXVIII. ad Marcellinum. cc. II. III. t. II. f. 528.=Epist. CXXXIII. ad Marcellin. t. II. f. 509.=Epist. CXXXIV. Apringio, f. 510.=El libro de corrección de Donatistarum, ó sea la carta CLXXXV. dirigida al Conde Bonifacio, f. 792.=La carta C. escrita á Donato, Procónsul de Africa, f. 366.=Epist. XCIII. ad Vicentium Rogatistam f. 321. El mismo S. Agustín se ocupa á menudo en reflexiones políticas en sus libros de la Ciudad de Dios. También son muy notables los libros de «Regimine principum» del angélico Doctor Santo Tomás. San Ambrosio suele emitir ideas políticas en algunas de las cartas que, sobre asuntos religiosos y eclesiásticos, escribió á los Emperadores de su tiempo.

Réstanos probar la ligereza de Mr. Dussault quien no reparó que Bossuet en sus oraciones fúnebres cita á S. Agustín y otros santos Padres al hacer algunas de sus apreciaciones políticas.=Oración fúnebre de la Reina de Inglaterra: poco despues del exordio traduce el siguiente pasaje de S. Gregorio Magno. «Ad hoc enim potestas super omnes homines, dominorum meorum pietati cœlitus data est, ut qui bona appetunt, adjuventur; ut cœlorum via largius pateat; ut terrestre regnum cœlesti regno famuletur. L. III. indic. XI. Epist. LXV. ad Mauricium Augustum t. II. f. 675.

Al fin de la misma oracion fúnebre sin citar á San Agustin alude visiblemente al siguiente pasage del bellissimo capítulo XXIV. del l. V. de la Ciudad de Dios, en el cual el santo Doctor explica admirablemente en qué consiste la verdadera felicidad de los Reyes de la tierra. «Sed felices eos dicimus, si juste imperant, si, inter linguas sublimer honorantium et obsequia nimis humiliter salutantium, non extolluntur, sed se homines esse meminerint; si suam potestatem ad Dei cultum maxime dilatandum majestatis ejus famulam faciunt; si Deum timent, diligunt, colunt; si plus amant illud regnum, ubi non timent habere consortes, etc. t. VII. f. 170.

En la peroracion de la oracion fúnebre de Maria Teresa de Austria repite la mayor parte del pasage que á continuacion copiamos.

Imperatores, purpuram vereamini, nam sermo noster legislatoribus quoque leges statuet. Cognoscite quantum id sit, quod vestræ fidei commissum est, quantumque circa vos mysterium. Orbis universus manui vestræ subjectus est, diademate parvo, atque exiguo panno retentus. Supera solius Dei sunt: infera autem, vestra etiam sunt. Subditis vestris Deos vos præbete: liceat enim audacius aliquid dicere. Cor regis in manu Dei est, ut ex Scriptura audimus, ac credimus. Hic imperium vestrum sit, non autem in auro et in exercitibus. Aulici proceres, ac sublimibus thronis et dignitatibus insignes, ne ob potentiam magnopere animos efferatis, nec de mortalibus rebus tanquam immortalibus cogitatis. Fidem imperatoribus servate, sed prius Deo propter quem his etiam quibus commissi et traditi estis. S. Greg. Naz. orat. XXVII. t. I. f. 415.

Esto nos recuerda la célebre frase de Tertuliano quien hablando de la obediencia debida á los príncipes la llama religion de la segunda magestad «In hac quoque religione secundæ majestatis» Apologet. c. XXXV. f. 65.

Hácia el fin de la oracion fúnebre del príncipe de Condé forma contraste entre las elevadas aspiraciones de su

héroe y las miras terrenales de los héroes de la tierra y se sirve al efecto de dos pasages de S. Agustin tomados el uno del libro V. contra Juliano c. IV. n. 44. t. X. f. 792. donde hablando de los malos, dice el Santo, «Non enim quemquam eorum Deus temere ac fortuito creat, aut quid de illis boni operetur ignorat: cum et hoc ipso bonum operetur, quod in eis humanam creat naturam, et ex eis ordinem sæculi præsentis exornat.» El segundo pasage le hemos citado en la leccion X. de esta II. parte, página 259, y es del sermon XII. sobre el salmo CXVIII.; pasage que repite el mismo Bossuet en su oracion fúnebre de la Señora La Vallière.

LECCION XIII.

Los pensamientos son el alma de la elocuencia.

Quæ vero externis ex sermonum disciplina utilitas, cum mens sensu sit vacua? ut si quis ensem gereret, capulum quidem argenteum habentem, ferrum vero quolibet plumbo imbecillius. S. Joann. Chrysost. hom. XIX. ad pop. Antioch. t. II. f. 190.

Necesidad de la preparacion.

Sed cum Rector se ad loquendum præparat, sub quanto cautelæ studio loquatur, attendat: ne si inordinate ad loquendum rapitur, erroris vulnere audientium corda feriantur: et cum fortasse sapiens videri desiderat, unitatis compagem insipienter abscindat. Hinc namque veritas dicit: *Habete sal in vobis, et pacem habete inter vos.* Per sal quippe, verbi sapientia designatur. Qui igitur loqui sapienter nititur, magnopere metuat, ne ejus eloquio audientium unitas confundatur.... Providendum quoque est sollicita intentione Rectoribus, ut ab eis non solum prava nullo modo, sed ne recta quidem nimie et inordinate proferantur: quia sæpe dictorum virtus per-

ditur, cum apud corda audientium loquacitatis incauta importunitate levigatur: et auctorem suum hæc eadem loquacitas inquinat, quæ servire auditoribus ad usum profectus ignorat. S. Greg. Reg. past. sec. pars. c. IV. t. II. f. 17.

Fragilidad de la memoria: remedio.

Sæpe nos præsumimus aliquid memoria retenturos, et cum id putamus, non scribimus; nec nobis postea cum volumus venit in mentem, nosque pænitet credidisse venturum, vel litteris non illigasse ne fugeret.... S. Aug. De Anima et ejus origine l. IV. c. VII. n. 10. t. X. f. 529.

Ego tamen in lege Domini meditor....et meditationes meas, ne oblivione fugiant, stilo alligo. S. Aug. De Trin. l. I. c. III. t. VIII. n. 5. f. 823.

Cum scripturas sanctas, quæ appellantur canonicæ, legendo et cum aliis codicibus secundum Septuaginta interpretationem conferendo percurreremus, placuit eas quæstiones, quæ in mentem venirent, sive breviter commemorando, vel etiam pertractando tantummodo, proponerentur, sive etiam qualitercumque tanquam a festinantibus solverentur, stilo alligare, ne de memoria fugerent. Non ut eas satis explicaremus, sed ut, cum opus esset, possemus inspicere; sive ut admoneremur quid adhuc esset requirendum, sive ut ex eo quod jam videbatur inventum, ut poteramus, essemus et ad cogitandum instructi, et ad respondendum parati. S. August. quæst. in Heptateuchum, l. I. proem. t. III. f. 547. =S. Clemente de Alejandria l. I. t. I. f. 315.

Necesidad de meditar sobre la materia y sobre las necesidades de los oyentes.

Quia in colloctionibus est cuique interrogandi potestas: ubi autem omnes tacent ut audiatur unus, et in eum intenta ora convertunt, ibi ut requirat quisque quod non intellexerit, nec moris est nec decoris; ac per

hoc debet maxime tacenti subvenire cura dicentis. S. Aug. De doct. christ. l. IV. c. X. n. 25. f. 100.

Siquidem ad præparanda fercula vestra, tota hac nocte concaluit cor meum intra me, et in meditatione mea exarsit ignis: ille sine dubio, quem Dominus Jesus misit in terram, et voluit vehementer accendi. Nam spiritualem cibum, et coquinam et ignem habere necesse est spiritualem. Superest jam ut distribuam quæ paravi: vos autem considerate potius dantem Dominum, quam ministrum distribuentem. S. Bernard. in festo omn. sanct. serm. I. n. 5. t. III. f. 1024.

El pasage de S. Juan Crisóstomo «Hæccine ferenda» etc. le encontrarán nuestros lectores en la lección XVI. de esta II. parte.

«Nisi quis me putaret auram superfluum captare, quotidie me videres fontes lacrymarum emittere. Harum vero consciæ sunt domuncula et solitudo. S. Joann. Chrysost. in Act. Apost. hom. XLIV. n. 4. t. IX. f. 535.

Et quomodo fieri possit, sancte Dei homo Stelechi, quod imperas, ut ab anima ita infirma et frigida de compunctione sermones edantur? Puto enim opus esse eum, qui in hac materia aliquid boni dicturus est, præ omnibus aliis hoc studio fervere, et incendi; ita ut verba quæ proferunt candenti ferro vehementius in auditorum animos incidere valeant. Nobis autem ignis hujusmodi non adest, sed omnia interiora nostra sunt cinis et pulvis. Undenam, dic mihi, unde flammam accendamus illam, cum neque scintilla adsit, neque ligna subjaceant, neque spiritus ad illam perflandam adveniat, ob caliginem nempe illam ingentem, quam vis peccatorum animæ nostræ obtendit? Ego quidem non novi, sed tuum est dicere, qui imperas, quo pacto jussum tuum in opus procedat, et congruentem finem assequatur. Nos certe linguæ præbebimus ministerium; tu vero precare eum, qui sanat contritos corde, qui dat pusillanimis longanimitatem, qui suscitatur de terra pauperem, ut hunc in nobis incendat ignem, qui humanam omnem infirmitatem solet absumere, ac somnum, segnitiem gravitatem-

que carnalem præscindere, animæque alas ad cœlum sublimes erigere. Ab illa autem apside, ceu ex quodam excelso vertice, omnem ostendit præsentis vitæ vanitatem e mentitamque speciem. Qui enim neque illuc evolare, neque in illa specula sedere potuit, is neque terram, neque terrena negotia, ut videre par est, videre potest. S. Joann. Chrysost. De punct. ad Stelech. l. II. n. 4. t. I. f. 140.

El símil de S. Bernardo (pág. 64) con que concluimos esta lección se encuentra en un sermón que recomendamos á los jóvenes por la mucha y sana doctrina que en él se contiene: su demasiada extensión nos impide copiarle. In Cant. serm. XVIII. t. IV. f. 1320.

LECCION XIV.

A cada edad conviene un género diferente de elocuencia.

Oportet enim ut senilis sermo non solum sit gravis, sed etiam brevis. S. Aug. serm. CCCL. t. V. f. 1535.

Sicut est enim quædam eloquentia quæ magis ætatem juvenilem decet, est quæ senilem; nec jam dicenda est eloquentia, si personæ non congruat eloquentis: ita est quædam, quæ viros summa auctoritate dignissimos planeque divinos decet. (Habla de los escritores sagrados) S. August. De doctr. christ. l. IV. c. VI. t. III. f. 95.

San Juan Crisóstomo expone la misma doctrina, hom. XI. inédita. t. XII. f. 395.

Eritque post septuaginta annos Tyrus ut canticum mæretriciis. Vide quibus verbis utatur Propheta, nec fugiat verborum istiusmodi vilitatem. Nos interdum refugimus; non quod nobis, quam illis lingua sit castior, sed auctoritas inferior. Major enim vis rerum in talium expresione sermonum est; ut qui delicta non erubescunt, erubescunt vel nomina delictorum. S. Ambr. De Elia et jejunió c. XX. t. II. f. 30. ed. de Venecia.

Los santos Padres no copiaban los sermones de otros; ni aun repetían sus propios discursos.

Sabemos que S. Cipriano tuvo á la vista al exponer la oracion dominical, el trabajo sobre la misma de Tertuliano; S. Ambrosio para su Hexaemeron el de S. Basilio; y tambien en su libro «de Elia et jejunio» tomó mucho sobre la embriaguez de la hom. del mismo San Basilio «in ebrios»: pero imitar no es copiar.

S. Joann. Chrysost. hom. in proditionem Judæ, t. II. f. 376.—Hom. in divinam, etc. et de proditione Judæ, f. 386.—In cruce[m] et de Latrone, etc. t. II. ff. 403 y 411.

Los cuatro sermones de S. Agustin DE ORATIONE DOMINICA, desde el LVI. al LIX. están en el t. V. ff. 377 y 402.

S. Cyprianus epist. ad Fortunatum, f. 608. El mismo método recomienda y practica en su tratado, «Testimoniorum libri III.» f. 627.

LECCION XV.

Necesidad de coordinar los pensamientos.

Quantus enim tumultus est in mente dictantium, ubi multitudo perstrepat dictionum, ubi orationum varietas, et diversitas sensuum concurrat? ubi sæpe respuitur quod occurrit, et requiritur quod excidit? Ubi quid pulchrius secundum litteram, quid consequentius juxta sententiam, quid planius propter intelligentiam, quid utilius ad conscientiam, quid denique, cui, vel post, vel ante ponatur, intensissime attenditur; multa quæ a doctis in hujusmodi curiosius observantur? Et tu in hoc mihi dices esse quietem? tu hoc, etiamsi lingua sileat, silentium nominabis? S. Bernard. ad Oger. Epist. LXXXIX. n. 1. t. I. f. 95.

Unidad.

Quantum autem ad speciem rebus imponendam valeat Dei similitudo, per quam facta sunt omnia, quanquam humanas cogitationes altissime superet, licet tamen utcumque arbitrari, si consideremus omnem naturam, sive quæ sentientibus, sive quæ ratiocinantibus occurrit, similibus inter se partibus servare unitatis effigiem. Nam ex sapientia Dei sapientes vocantur animæ rationales, et ulterius hoc nomen non porrigitur: nam neque ulla pecora, et multo minus arbores, aut ignem vel aerem, vel aquam, vel terram, sapientem possumus dicere, quamquam per ipsam Dei sapientiam sint etiam omnia hæc in quantum sunt. At vero similes inter se et lapides dicimus, et animalia, et homines, et angelos. Jam vero in singulis rebus, et terram, eo quod similes inter se habeat partes suas, fieri ut terra sit; et aquam qualibet quoque parte similem esse cæteris partibus, nec aliter aquam esse potuisse; et quantumlibet aeris, si cætero esset dissimile, nullo pacto aerem esse potuisse; et ignis lucisve particulam, eo quod non sit dissimilis reliquis partibus, fieri ut sit quod est: ita de unoquoque lapidum vel arborum vel corpore cujuslibet animantis discerni et intelligi potest, quod non solum cum aliis sui generis rebus, sed in seipsis singulis non essent, nisi partes inter se similes haberent. Et tanto est pulchrius corpus, quanto similioribus inter se partibus suis constat. Jam porro animarum, non solum aliarum cum aliis amicitia similibus moribus confit; sed etiam in unaquaque anima similes actiones atque virtutes, sine quibus constantia esse non potest, beatam vitam indicant. Similia vero omnia hæc, non autem ipsam similitudinem possumus dicere. Quapropter, si rebus inter se similibus universitas constat, ut singulæ sint quidquid sunt, et omnes ipsam universitatem compleant, quam Deus et condidit et gubernat; per similitudinem ejus profecto, qui condidit omnia, supereminentem atque incommutabilem et incontaminabilem talia facta sunt, ut

similibus inter se partibus pulchra sint, ad ipsam tamen similitudinem omnia non facta sint, sed sola substantia rationalis: quare omnia per ipsam, sed ad ipsam non nisi anima.

Rationalis itaque substantia, et per ipsam facta est, et ad ipsam: non enim est ulla natura interposita. Quandoquidem mens humana (quod non sentit, nisi cum purissima et beatissima est) nulli cohæret nisi ipsi veritati, quæ similitudo et imago Patris et sapientia dicitur. Recte igitur, secundum hoc quod interius et principale hominis est, id est secundum mentem, accipitur, *Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram*. Ex illo enim quod in homine principatum tenet, quod eum disjungit a belluis, totus est homo æstimandus. Cætera in eo, quanquam in suo genere pulchra sint, tamen cum pecoribus communia sunt, ac per hoc in homine parvipendenda. S. Aug. De Gen. lib. imperfectus c. XVI. t. III. f. 242.

Si enim singula opera Dei cum considerantur a prudentibus, inveniuntur habere laudabiles mensuras et numeros et ordines in suo quæque genere constituta; quanto magis omnia simul, id est ipsa universitas, quæ istis singulis in unum collectis impletur? Omnis enim pulchritudo quæ partibus constat, multo est laudabilior in toto quam in parte: sicut in corpore humano, si laudamus oculos solos, si nasum solum, si solas genas, aut solum caput, aut solas manus, aut solos pedes, et cætera si pulchra singula et sola laudamus; quanto magis totum corpus, cui omnia membra, quæ singula pulchra sunt, conferunt pulchritudinem suam: ita ut manus pulchra, quæ etiam sola laudabatur in corpore, si separetur a corpore, et ipsa amittat gratiam suam, et cætera sine illa inhonesta sint? Tanta est vis et potentia integritatis et unitatis, ut etiam quæ multa sunt bona tunc placeant, cum in universum aliquid conveniunt atque concurrunt. Universum autem ab unitate nomen accepit. Quod si Manichæi considerarent, laudarent universitatis auctorem et conditorem Deum; et

quod eos propter conditionem nostræ mortalitatis in parte offendit, redigerent ad universi pulchritudinem, et viderent quemadmodum Deus fecerit omnia non solum bona, sed etiam bona valde. Quia etiam in sermone aliquo ornato atque composito si consideremus singulas syllabas, vel etiam singulas litteras, quæ cum sonuerint statim transeunt, non in eis invenimus quid delectet atque laudandum sit. Totus enim ille sermo non de singulis syllabis aut litteris, sed de omnibus pulcher est. S. Aug. de Gen. contr. Manich. l. I. c. XXI. t. III. f. 188.

Dolor autem quem bestię sentiunt, animarum etiam bestialium vim quamdam in suo genere mirabilem laudabilemque commendat. Hoc ipso enim satis apparet in regendis animandisque suis corporibus, quam sint appetentes unitatis. Quid est enim aliud dolor, nisi quidam sensus divisionis vel corruptionis impatiens? Unde luce clarius apparet quam sit illa anima in sui corporis unitate avida unitatis et tenax, quæ nec libenter, nec indifferenter, sed potius renitenter et reluctanter intenditur in eam passionem corporis sui, qua ejus unitatem atque integritatem labefactari moleste accipit. Non ergo appareret quantus inferioribus creaturis animalibus esset appetitus unitatis, nisi dolore bestiarum. Quod si non appareret, minus quam opus esset admoneremur ab illa summa et sublimi et ineffabili unitate Creatoris esse omnia ista constituta.

Et revera si pie ac diligenter attendas, omnis creaturæ species et motus qui in animi humani considerationem cadit, eruditionem nostram loquitur, diversis motibus et affectionibus, quasi quadam varietate linguarum, undique clamans atque increpans cognoscendum esse Creatorem. Nulla enim res est earum quæ nec dolorem nec voluptatem sentiunt, quæ non aliqua unitate decus proprii generis assequatur, vel omnino naturæ suæ qualemcumque stabilitatem. Nulla item res est earum quæ vel doloris molestias, vel blanditias sentiunt voluptatis, quæ non eo ipso quo dolorem fugit, voluptatemque appetit, diremptionem se fugere, unitatemque

appetere, fateatur. Inque ipsis rationalibus animis omnis appetitus cognitionis qua illa natura lætatur, et ad unitatem refert omne quod percipit, et in errore nihil fugit aliud quam incomprehensibili ambiguitate confundi. Omne autem ambiguum unde molestum est, nisi quia certam non habet unitatem? Ex quo apparet omnia, sive cum offendunt vel offenduntur, sive cum delectant vel delectantur, unitatem insinuare atque prædicare Creatoris. Si autem ignorantia et difficultas, a quibus istam vitam necesse est incipere, non sunt animis naturales; restat ut aut officio susceptæ sint, aut irrogatæ supplicio. De quibus jam satis esse arbitror disputatum. S. Aug. de libero arbitrio l. III. c. XXIII. t. I. f. 4504.

Unde constamus? Ex animo et corpore. Quid horum melius? Videlicet animus. Quid laudant in corpore? Nihil aliud video quam pulchritudinem. Quid est corporis pulchritudo? Congruentia partium cum quadam coloris suavitate. Hæc forma ubi vera melior, an ubi falsa? Quis dubitet ubi vera est, esse meliorem? Ubi ergo vera est? In animo scilicet. Animus igitur magis amandus est quam corpus. Sed in qua parte animi ista est veritas? In mente atque intelligentia. S. Aug. Epist. II. Zenobio n. 4. t. II. f. 65.

Sane quoniam te novi, accipe hoc quidam grande et breve. Est natura per locos et tempora mutabilis, ut corpus. Et est natura per locos nullo modo, sed tantum per tempora etiam ipsa mutabilis, ut anima. Et est natura quæ nec per locos, nec per tempora mutari potest; hoc est Deus. Quod hic insinuavi quoquo modo mutabile, creatura dicitur; quod immutabile, Creator. Cum autem omne quod esse dicimus, in quantum manet dicamus, et in quantum unum est, omnis porro pulchritudinis forma unitas sit: vides profecto in ista distributione naturarum, quid summe sit; quid infime, et tamen sit; quid medie majusque infimo, et minus summo sit. Summum illud est ipsa beatitas: infimum, quod nec beatum esse potest, nec miserum: quod vero medium

vivit, inclinatione ad infimum, misere; conversione ad summum, beate vivit. Qui Christo credit, non diligit infimum, non superbit in medio, atque ita summo inhærere fit idoneus: et hoc est totum quod agere jubemur, monemur, accendimur. S. Aug. Epist. XVIII. Cælestino, n. 2. t. II. f. 85.

El discurso debe aumentar siempre en fuerza y animacion.

Cum enim in medio surgens ea dixerit, quæ ignavos perstringere possint; si deinde labatur et decidat, ac præ dicendi inopia erubescere cogatur, jam dictorum lucrum statim effluit. S. Joann. Chrysost. De sacerdotio l. V. n. 5. t. I. f. 416.

Nam quoniam in prolixitatem sermo noster est productus, ac prolixitatem immensam, et quantam nunquam fuit, sic ut metuerent multi, ne verborum multitudine animi vestri alacritas extingueretur, contrarium penitus accidit. Amplius enim cor vestrum incalescebat, amplius desiderium exardescebat. Unde id constat? Majores quidem certe plausus sub finem fuerunt et clariores acclamationes, idemque accidit quod in fornacibus. Ut enim illic initio quidem non admodum clarum est lumen ignis, postquam autem ligna omnia, quæ imposita fuerant, flamma corripuit, in magnam tollitur altitudinem; sic et illo die tum temporis hoc evenit. Initio quidem non admodum mihi commovebatur hic cœtus: ubi vero longius sermo productus est, et omnes argumenti propositi partes invasit, ampliorque proseminata doctrina est, tum nimirum ad majorem audiendi cupiditatem exarsistis, ac vehementior plausus erupit. Quo factum est, ut tametsi me ad pauciora dicenda comparaveram, tum modum excesserim: imo vero nunquam ego modum excessi: siquidem doctrinæ quantitatem non ex eorum quæ dicuntur multitudine, sed ex affectu eorum, qui audiunt, soleo metiri. S. Joann. Chrysost. «Dæmones non gubernare» etc. hom. I. t. II. f. 247.

Los discursos no han de ser demasiado prolijos.
San Agustin.

Curandum quoque quantum loquamur; ne si ei qui multa ferre non valet, verbum vel exhortationis vel increpationis longius trahimus, auditorem nostrum ad fastidium perducamus. Unde idem prædicator egregius Hebræis loquitur, dicens: *Obsecro vos fratres, ut sufferratis verbum solatii: etenim perpaucis scripsi vobis.* Hoc tamen infirmis præcipue congruit, ut pauca quidem, et quæ prævalent capere, audiant, sed quæ eorum mentem in pœnitentiæ dolorem compungant. S. Greg. M. In Ezech. l. I. hom XI. n. 16. t. I. f. 1286.

Sicut enim gratus est, qui cognoscenda enubilat, sic onerosus est, qui cognita inculcat, eis dumtaxat quorum tota expectatio in dissolvenda eorum, quæ panduntur, difficultate pendebat. Nam delectandi gratia etiam nota dicuntur; ubi non ipsa sed modus quo dicuntur attenditur.... is autem est optimus, (modus docendi) quo fit ut qui audit, verum audiat, et quod audit intelligat. Ad quem finem cum ventum fuerit, nihil tunc amplius de ipsa re tamquam diutius docenda laborandum est, sed forte de commendanda ut in corde figuratur: quod si faciendum videbitur, ita modeste faciendum est, ne perveniatur ad tædium. S. Aug. De doct. christ. l. IV. c. X. t. III. f. 100.

Tractatus quoque de doctrina fidei, de magisterio continentiae, de disceptatione justitiæ, de adhortatione diligentiae, non unus semper, sed ut se dederit lectio, nobis et arripiendus est, et prout possumus prosecuendus: neque nimium prolixius, neque cito interruptus, ne vel fastidium derelinquat, vel desidiam prodat atque incuriam. S. Ambros. De officiis l. I. c. XXII. t. IV. f. 17.

Sæpe etiam fit ut qui primo libenter audiebat, vel audiendo vel stando fatigatus, non jam laudans, sed oscitans labia deducat, et se abire velle etiam invitus ostendat. Quod ubi senserimus, aut renovare oportet ejus animum, dicendo aliquid honesta hilaritate condi-

tum et aptum rei quæ agitur, vel aliquid valde mirandum et stupendum, vel etiam dolendum atque plangendum; et magis de ipso, ut propria cura punctus evigilet, quod tamen non offendat ejus verecundiam asperitate aliqua, sed potius familiaritate conciliet; aut oblata sessione succurrere; quanquam sine dubitatione melius fiat, ubi decenter fieri potest, ut a principio sedens audiat; longèque consultius in quibusdam Ecclesiis transmarinis non solum antistites sedentes loquuntur ad populum, sed ipsi etiam populo sedilia subjacent, ne quisquam infirmior stando lassatus a saluberrima intentione avertatur, aut etiam cogatur abscedere.... Quis enim ferat arrogantiam nostram, cum viros fratres nostros, vel etiam quod majore sollicitudine curandum est, ut sint fratres nostri, coram nobis sedere non facimus; et ipsum Dominum nostrum, cui assistunt Angeli, sedens mulier audiebat? (*Luc. X. 59.*) Sane si aut brevis sermo futurus est, aut consessui locus non est aptus, stantes audiant; sed cum multi audiunt, et non tunc initiandi. Nam cum unus, aut duo, aut pauci, qui propterea venerunt ut christiani fiant, periculose loquimur stantibus. Tamen si jam sic cœpimus, saltem animadverso auditoris tædio, et offerenda sessio est, imo vero prorsus urgendus ut sedeat, et dicendum aliquid quo renovetur, quo etiam cura, si qua forte irruens eum avocare cœperat, fugiat ex animo. Cum enim causæ incertæ sint cur jam tacitus recuset audire, jam sedenti aliquid adversus incidentes cogitationes sæcularium negotiorum dicatur, aut hilari, ut dixi, aut tristi modo: ut si ipsæ sunt quæ mentem occupaverunt, cedant quasi nominatim accusatæ; si autem ipsæ non sunt, et audiendo fatigatus est, cum de illis tanquam ipsæ sint (quandoquidem ignoramus), inopinatum aliquid et extraordinarium, eo modo quo dixi, loquimur, a tædio renovatur intentio. Sed et breve sit, maxime quia extra ordinem inseritur, ne morbum fastidii cui subvenire volumus etiam augeat ipsa medicina: et acceleranda sunt cætera, et promittendus atque exhibendus finis

propinquior. S. Aug. De catech. rudibus cap. XIII. n. 19. t. VI. f. 525.

La solitud con que procuraba S. Agustin ser breve para no fatigar á sus oyentes, se manifiesta en muchos pasages de sus sermones. In Joann. tract. XLVI. n. 8. t. III. f. 1732.—Enarrat. in psalm. XXX. serm. III. t. IV. f. 248.—In psalm. XXXVIII. n. 25. f. 451.—In psalm. XLVIII. ff. 543 y 545.—In psalm. LVIII. serm. I. f. 706.—In psalm. LX. f. 723.—In psalm. CIII. serm. II. f. 1552.—Serm. LI. t. V. f. 333.—Serm. CCLXXIV. f. 1253.

San Juan Crisóstomo conocia la conveniencia de la brevedad: solia sin embargo ser prolijo.

Quoniam plerique hominum, sive ex innata socordia, sive ex nimia sæcularium rerum, quibus se dediderunt, cura atque sollicitudine; alii vero ignorantia magna detenti prolixos sermones non libenter audiunt; operæ pretium visum est, multiloquii molestiam rescare: ut sermonis brevitate cum segnitiam eorum tollam, tum iis, qui in lectionis fastidium prolapsi sunt, suadeam ut præsentí orationi magna cum alacritate aures præbeant. Ideo nullis verborum nominumque lenociniis utens, sed dicta sic temperans ut famulo, ancillæ, viduæ, institori, nautæ et agricolæ captu facilia sint, brevitati insuper, quantum fas erit ubique studebo: paucisque doctrinam tradere satagam: atque utroque modo oscitantium auditorum studia excitabo; quo facile et absque labore hæc percipere possint iisque in memoria repositis, lucrum inde reportent. S. Joann. Chrysost. Adversus Judæos et Gent. demonstratio, «Quod Christus sit Deus» n. 1. t. I. f. 558.

Reprehenderunt nos amicorum quidam, quod prolixiora sermonum initia faceremus, etc.... Continúa excusando su proligidad «De mutatione nominum» Conc. III. t. III. ff. 115 y 120. Se excusa igualmente en los siguientes pasages: «In principio Act.» hom. IV. n. 3. t. III.

f. 84. = «Dæmones non gubernare mundum» hom. I. n. 1. t. II. f. 247. = In psalm. XLI. t. V. f. 130.

Advirtió el Crisóstomo que su difusion fatigaba á los oyentes y procuró reanimar su atencion á mitad de su homilía V. contra los Judios. Es de notar que este largo discurso ocasionó al Santo una ronquera, segun él mismo dijo al predicar la siguiente homilía VI. «Adversus Judæos» orat. V. nn. 9 et 12. t. I. ff. 642 y 649. = Orat. VI. n. 1. f. 650.

Del texto.

San Agustin solía, predicando, leer el texto sagrado que tenia en las manos: otras veces en el discurso del sermón iba señalando al Lector los pasages que debia leer y tambien en algunas ocasiones repetía el Santo y comentaba los pasages que aquel habia leído. De todo esto tenemos pormenores muy curiosos en los lugares que vamos á citar. In Joann. tract. XXXIV. nn. 5 y 6. t. III. f. 1666. = Tract. XL. n. 1. f. 1686. = Serm. XXXVII. n. 1. t. V. f. 221. = Serm. CCCLVI. n. 1. f. 1574. = Serm. CCCLVII. n. 26. f. 1628. Pero la lectura mas interesante y provechosa, sobre el particular, para los jóvenes, será la de la epístola XXIX. dirigida á Alipio, Obispo de Tagaste t. II. f. 114.

A quien estudie la sagrada Escritura no faltarán textos oportunos.

Hoc autem scitote, quod in novissimis diebus erunt tempora gravia. Breve dictum et magna virtus. Quemadmodum enim aromata, non copia et mole, sed natura fragrantiam emittunt, sic et divinæ scripturæ non multitudine verborum, sed insita virtute, totam nobis præbent utilitatem. Sic incensi natura per se ipsam suavem emittit odorem; si autem injicias in ignem, tunc omnimodam suam exhibet voluptatem. Ita etiam divina scriptura, per se ipsam suavissima est; cum autem animam nostram occupaverit, ac si in thuribulum inciderit, totam domum suavi implet odore. S. Joann. Chrysost. hom. in illud, «Hoc scitote» n. 3. t. VI. f. 281.

Auditis enim modo scripturam dicentem: *Adæ vero non inventus est adjutor similis illi.* ¿Quid sibi vult brevis hæc dictio, *Adæ vero?* ¿Quare apponit conjunctionem? Annon sufficebat dicere, *Adæ?* Non absque ratione, neque curiositatis gratia inquirendi talia, nobis animus est: sed ut diligenter omnia vobis interpretantes doceamus vos neque dictionem parvam, neque syllabam unam in divinis litteris contentam esse prætereundam. Non enim verba qualiacumque sunt, sed Spiritus-Sancti verba: et propterea magnum ibi thesaurum invenire licet, etiam in una syllaba. S. Joann. Chrysost. In Genes. hom. XV. n. 1. t. IV. f. 115.

Magna divinæ scripturæ virtus est, et multæ in verbis latent sententiarum divitiæ. Ideo par est ut diligenter intendamus, et sollicite scrutemur quo amplio rem utilitatem inde percipiamus. Nam propter hoc et Christus præcepit dicens: *Scrutamini scripturas;* ut non tantum nudæ lectioni vacemus, sed profundius scrutantes, verum veritatis sensum percipere valeamus. Talis enim Scripturæ mos est, ut et in parvis verbis plurima sæpe multitudo sensuum inveniatur. Divina enim sunt dogmata, non humana, et propter hoc omnem illam videre licet secus se habere quam humanam sapientiam. ¿Et quomodo hoc? Ego dicam. Illic enim, in humana sapientia dico, omne studium concinnandis verbis adhibitum est: hic vero prorsus aliter. Nullam Scripturæ habent rationem pluchritudinis vel compositionis verborum: habent enim in se divinam gratiam effulgentem, et pulchritudinem in ipsa verborum ratione sitam. Et illic quidem post longam et ingentem nugacitatem, aliquid sensus percipere est: hic autem, ut scitis, etiam parva dictio sæpe totum nobis doctrinæ sermonem contexit. S. Joann. Chrysost. In Genes. hom. XXXVI. n. 1. t. IV. f. 372.

San Juan Crisóstomo deducia sólidas y elocuentes instrucciones de palabras de la sagrada Escritura que mil veces leemos sin penetrar su profundo sentido. Véanse las siguientes homilias. In illud «vino modico

utere» etc. Hom. I. Antiochiæ habita. t. II. f. 4.—In illud «salutate Pricillam et Aquilam» t. III. f. 172.—In inscription. Actor. hom. II. t. III. f. 63.—Y la explicacion de aquellas palabras «messis quidem multa, operari autem pauci» en la hom. XI. de las inéditas t. XII. f. 390.

Las palabras de S. Hilario con que concluimos la leccion XV. las hemos tomado del número 20. l. I. De Trinitate. f. 777.

LECCION XVI.

La razon indica cuáles son las partes de que naturalmente se compone el discurso.

Véanse dos pasages que hemos copiado de San Agustin en la leccion II. de esta segunda parte, páginas 206, y 207; y otros dos en la leccion IV. pág. 217.

En algunos casos las disposiciones del auditorio hacen innecesario el exórdio.

San Pedro, como observa S. Juan Crisóstomo, se abstuvo de todo exordio al hablar á los Israelitas que habian presenciado la curacion del cojo; «majore fiducia plena est hæc oratio: non quod in priore timeret; sed quia id homines illi irrisores non tulissent. Quare in illius exordio statim illos attentos reddit, dicens, *hoc vobis notum sit, et auribus percipite verba mea. Hic autem non habet tali apparatu opus. Non enim segnes erant: signum quippe illos attentos fecerat: unde et stupore, et metu pleni erant: quare non opus fuit ut inde exordium duceret: sed aliunde, quo illos magis sibi conciliaret, gloriam ab se depellendo. Nihil enim tam prodest auditori, quam si orator nihil magni de se dicat, sed omnem superbix suspicionem tollat. S. Joann. Chrysost. in Act. Apost. hom. IX. n. 4. t. IX. f. 69.*

Nihil ita amicos devincit et conjungit ut ærumna; nihil ita fidelium animos constringit et colligat. Nihil

nobis doctoribus opportunius, ut dicta nostra audiantur. Auditor enim tranquille agens, mollis est et ignavus, et moleste ferre videtur oratorem: in ærumnis vero et angustiis positus, in multum audiendi desiderium incidit. Nam cum angitur animus, undique consolationem quærit; non minimam autem sermo affert consolationem. S. Joann. Chrysost. In Act. Apost. hom. XLII. n. 3. t. IX. f. 321.

El exordio debe ser modesto. Modestia de S. Pablo.

Teneamus igitur verecundiam, et eam quæ totius vitæ ornatum attollit, modestiam. Non enim mediocre est rebus singulis modum servare atque impartiri ordinem, in quo vere præluceat illud quod decorum dicitur; quod ita cum honesto jungitur, ut separari non queat.... Honestas velut bona valetudo est, et quædam salubritas corporis: decus autem tamquam venustas et pulchritudo sit.... Velut salubritas igitur totius operis actusque nostri honestas est, et sicut species est decorum, quod cum honestate confusum, opinione distinguitur. Nam etsi in aliquo videatur excellere, tamen in radice est honestatis, sed flore præcipuo, ut sine ea decidat, in ea floreat. S. Ambr. De offic. l. I. c. XLV. t. IV. f. 33.

Neque alius quisquam tantas, non dico ocasiones, sed prorsus necessitates habuit arrogantia, neque tamen ullus alter ita se munde ab omni jactantia subduxit. S. Joann. Chrysost. hom. V. de laudibus Pauli t. II. f. 503. Continúa el Crisóstomo observando la necesidad en que, por el honor de su ministerio, se veía el Apóstol de alabarse á sí mismo, y con cuán grande modestia cumplía este imperioso deber. A cada paso hace iguales reflexiones sobre la modestia del Apóstol. Véanse los siguientes pasages. Hom. in hoc Apostoli dictum, «Utinam sustineretis» etc. t. III. f. 291. = Hom. III. in Epist. II. ad Corinth. n. 4. t. X. f. 443. = Hom. XXIII. in Epist. II. ad Corinth. t. X. f. 594. = Hom. VII. in

Epist. ad Ephes. n. 1. t. XI. f. 45. = Hom. XI. in Epist. ad Coloss. nn. 1 et 3. ff. 404-408.

El exordio debe ser correcto, pero sencillo.

Pulchra igitur virtus est verecundiæ, et suavis gratia, quæ non solum in factis, sed etiam in ipsis sectatur sermonibus; ne modum progrediari loquendi, ne quid indecorum sermo resonet tuus. Speculum enim mentis plerumque in verbis refulget. Ipsum vocis sonum librat modestia, ne cujusquam offendat aurem vox fortior. Denique in ipso canendi genere prima disciplina verecundia est: imo etiam in omni usu loquendi; ut sensim quis aut psallere, aut canere, aut postremo loqui incipiat; ut verecunda principia commendent processum. S. Ambros. de offic. l. I. c. XVIII. t. IV. f. 12.

Oratio sit pura, simplex, dilucida, atque manifesta, plena gravitatis et ponderis; non affectata elegancia, sed non intermissa gratia. S. Ambr. De offic. l. I. c. XXII. t. IV. f. 17.

Cujus evidentia diligens appetitus aliquando negligit verba cultiora, nec curat quid bene sonet, sed quid bene indicet atque intimet quod ostendere intendit. Unde ait quidam, cum de tali genere locutionis ageret, esse in ea quamdam diligentem negligentiam (*Cicero in Oratore*). Hæc tamen sic detrahit ornatum, ut sordes non contrahat. S. Aug. De doct. christ. l. IV. c. X. t. III. f. 99.

Bossuet, S. Gerónimo y S. Gregorio Nacianceno.

El pasage de la oracion fúnebre de la duquesa de Orleans está en la pág. 53 de la edicion de Paris de 1823, y en la 68 de la edicion de 1843. Compárese con el siguiente rasgo de S. Gerónimo.

«Quis dabit capiti meo aquam, et oculis meis fontem lacrymarum, et plorabo, non ut Jeremias ait, vulnera-

tos populi mei; nec ut Jesus miseriam Jerusalem; sed plorabo sanctitatem, misericordiam, innocentiam, castitatem: plorabo omnes pariter in unius morte defecisse virtutes.» Ad Paulam super obitu filiæ Blesillæ, t. IV. part. II. f. 54.

La oracion fúnebre de la duquesa de Orleans comienza en la pág. 51 de la edición de 1823 y en la 67 de la edición de 1843. Hé aquí como principia el Nacienceno el elogio fúnebre de S. Basilio.

«Scilicet hoc restabat, ut cum magnus ille Basilius multa nobis orationum argumenta proposuisset... seipsum nunc proponeret, argumentum certaminum omnium maximum, iis qui litteris et eloquentiæ operam dederunt.» Orat. XX. t. I. f. 285.

Exordios que proceden de un ánimo fuertemente impresionado.

Afectado S. Basilio por una pública calamidad, comenzó así:

Leo rugiet, et quis non timebit? Dominus Deus loquutus est, et quis non prophetabit? Exordiamur orationem a prophetæ verbis, atque in hujus argumenti tractatione auxiliarium assumamus ipsum Amos divinitus afflatum, qui his quibus infestamur, pares calamitates curavit. Videlicet exponamus quid nobis consilii sit de profuturis, et quid de iisdem sentiamus. Nam et propheta ipse in superiorum temporum cursu populo relinquente paternam pietatem, eodemque et conculcante legum integritatem, et ad idolorum cultum delabente, pœnitentiæ factus est præco, adhortans ad conversionem, et pœnarum minas intentans. Utinam autem mihi aliquo saltem modo uti liceat veteris historiæ zelo. Sed absit ut eorum quæ tunc acciderunt, exitum videamus. Nam populus contumax, et velut equulus durus ac freni impatiens, idque mordens, ad id quod conducebat, tractus non est. Imo a recta via digressus, tamdiu inordinate divagatus est, infremuitque adversus aurigam, donec in barathra ac præcipitia lapsus, meritas contu-

maciæ pœnas internecone dederit. Quod avertat Deus a nobis, filii mei, quos per evangelium genitos, velut fasciis per manuum benedictionem involvi. Sed sit auditio benigna, anima morigera, suscipiens leniter admonitiones, dicenti cedens velut cera sigillum imprimenti: ut per istud vestrum studium, et ego laborum fructum lætificantem recipiam, et vos cum his malis fueritis liberati, hanc nostram exhortationem laudetis. Quid igitur est quod indicat sermo? Nan etiamnum tenet animos suspensos spe audiendi, dum quod expectatur, proferre in medium distulit. S. Basil. «hom. dicta tempore famis et siccitatis» n. 1. t. II. f. 62.

Consuetam rursus attingere doctrinam volo, et spiritualement mensam vobis apponere: sed piget me cunctorque, dum video nullum vos ex assidua doctrina fructum capere. Quandoquidem agricola quoque postquam liberali manu semina sinui terræ commisit, neque dignum laboribus germen videt exoriri, non eadem cum animi alacritate agriculturam exercet: quoniam spes ubertatis frugum semper molestiam laborum imminuit. Pari ratione nos quoque multum hunc docendi laborem æquo animo ferremus, si nos quidpiam profecisse cohortatione nostra didicissemus ad utilitatem vestram promovendam: jam vero cum conspiciamus post tam multas cohortationes nostras, post tam multas admonitiones et castigationes; neque enim cessavimus vobis in memoriam revocare tremendum illud tribunal, inevitabiles illas pœnas, ignem illum, qui nunquam extinguitur, et vermem qui nunquam moritur; eorum nonnulli, qui hæc audiunt, non enim in omnes sententiam fero, absit, horum omnium obliterati, rursus illi satanico se circensium spectaculo dederunt, qua tandem expectatione lactati redibimus ad eosdem labores, et hanc illis doctrinam spiritualem apponemus, cum nullum eos inde fructum percepisse videamus, sed consuetudini cuidam temere obsequentes cum applausu, quæ dicebantur a nobis, excepisse, nobisque significationem dedisse voluptatis ejus quam ex nostris sermonibus capiebant, ac

deinde rursus ad circum accurrere, majorique cum applausu, et effrenata quadam insania cursibus agitatorum favere, summa contentione cum illis concurrere, et inter se frequenter velitari, ac dicere, unum quidem ex equis non recte cucurrisse, alterum vero supplantatum esse prolapsum, et hunc quidem illi agitatori se adjungere, illum vero alteri, nec usquam eos mente versare, vel recordari verborum nostrorum, neque spiritualium tremendorumque mysteriorum quæ hic celebrantur, sed quasi diaboli laqueis captivi teneantur, illic totos dies traducere, et satanicis spectaculis se dedere, seque Judæis ac Gentilibus opprobriis obruendos exponere, illisque qui rebus nostris voluerint obtrectare? Quis ergo, tametsi fuerit plane saxeus, aut stupidus, hoc sine dolore ferre poterit, nedum nos, qui erga vos omnes paternum affectum exhibere contendimus? Neque enim hoc solum est, quod nobis dolorem inurit, quod inutilem nostrum laborem reddatis, sed multo magis tangit, cum nobis venit in mentem eos, qui hæc faciunt, graviolem sibi damnationem accersere. Nos enim laborum mercedem a Domino exspectamus: quoniam id quod nostri muneris fuit, perfecimus, pecuniam expendimus, et creditum nobis talentum distribuimus, nihil eorum quæ nostrarum erant partium prætermisimus; qui vero spirituales has pecunias acceperunt, quam quæso excusationem habebunt, quam veniam, cum non illæ tantum ab eis exigentur, sed etiam quæstus illarum? Quibus oculis judicem intuebuntur? quo pacto formidabilem illum diem ferent, intoleranda tormenta? Nunc enim ad ignorantiam confugere poterunt? quotidie inclamamus, admonemus; cohortamur, fraudis perniciem indicamus, gravitatem damni, satanici conventus dolum, nec tamen ita potuimus commovere. Quid dico diem illum formidabilem? interim de hujus vitæ rebus sermonem instituamus: quo pacto, quæso, poterunt qui satanico illi spectaculo intersunt, huc confidenter venire, cum se ab insurgente ac vehementer reclamante conscientia sua sentiant condemnari?

S. Joann. Chrysost. In illud «Intrate per angustam portam et in Lazarum» VII. n. 4. t. I. f. 790.

Fundamenta ejus in montibus sanctis. Nihil de illa adhuc dixerat Psalmus; hinc incipit, et ait: *Fundamenta ejus in montibus sanctis.* Cujus fundamenta? Non dubium est quia fundamenta, praesertim in montibus, civitatis alicujus sunt. Repletus ergo Spiritu Sancto civis iste, et multa de amore et desiderio civitatis hujus volvens secum, tanquam plura intus apud se meditatus, erupit in hoc, *Fundamenta ejus in montibus sanctis;* quasi jam de illa dixerit aliquid. Quomodo de illa nihil dixerat, qui nunquam de illa corde tacuerat? Quomodo enim dicitur *ejus*, de qua nihil dictum est? Sed multa, ut dixi, secum in silentio de illa civitate parturiens, clamans ad Deum, erupit etiam in aures hominum: *Fundamenta ejus in montibus sanctis.* S. Aug. enarrat. in psal. LXXXVI. t. IV. f. 4101.

Sed quid est quod viro eo quem hortulanum credit, cui necdum dixerat quem quærebat, ait: *Domine si tu sustulisti eum?* Quasi enim jam dixisset ex cujus desiderio plangeret, eum dicit quem non dixerat. Sed vis amoris hoc agere solet in animo, ut quem ipse semper cogitat nullum alium ignorare credat. Recte et hæc mulier quem quærit non dicit, et tamen dicit: *si tu sustulisti eum:* quia alteri non putat incognitum, quem sic ipsa continuo plangit desiderio. S. Greg. M. in Evang. I. II. hom. XXV. n. 5. t. I. f. 1548.

Exordios ex abrupto.

Hæccine ferenda? Hæccine toleranda? vobis enim ipsis iudicibus contra vos uti volo. Sic Deus olim se gessit erga Hebræos, cum ipsis enim expostulans, sic eos alloquebatur: *Populus meus, quid feci tibi, aut in quo contristavi te, vel molestiam tibi attuli? responde mihi:* ac rursus, *Quid invenerunt Patres tui in me, delicti?* Hunc ego quoque imitabor, vosque sic iterum alloquar: Hæccine ferenda? hæccine toleranda? Post longa sermo-

num curricula, post tantam doctrinam, quidam nobis relictis ad spectaculum concertantium equorum transfugerunt, atque ita debacchati sunt, ut totam urbem vocibus clamoribusque repleverint inconditis multumque risum moventibus; imò potius luctum afferentibus. Ego itaque domi sedens et erumpentem vocem audiens, graviora patiebar, quam ii qui tempestate jactantur. Quemadmodum enim illi fluctibus ad latera navis sese frangentibus, de extremis periclitantes formidant; sic et in me gravius erumpebant illi clamores, inque terram spectabam pudore suffusus: aliis qui superne positi erant sic turpiter et indecore se gerentibus; aliis vero qui infra et in medio foro erant aurigas cohortantibus, plaudentibus, et acriore, quam illi, clamore utentibus. Quid porro dicemus? aut quam defensionem parabimus, si quis extraneus adstans incusaverit dixeritque: Hæccine urbs Apostolorum? Hæccine quæ talem accepit doctorem? Hæccine agit populus Christi amans, theatrum non fictitium et spirituale? Ne ipsam quidem diem reveriti, in qua symbola salutis generis nostri consummata sunt. Verum in Parasceve, cum Dominus tuus pro orbe crucifigebatur, et sacrificium tale offerebatur, paradus aperiebatur, et latro in antiquam reducebatur patriam: maledictio dissolvebatur, peccatum delebatur, diuturnum tollebatur bellum, Deusque reconciliabatur cum hominibus, atque omnia mutabantur: in illa die in qua jejunare oportebat, confiteri, et gratias precando referre ei qui tot bona orbi contulit: tunc tu relicta Ecclesia et sacrificio spirituali, fratrumque cœtu, atque jejunii gravitate, captivus a diabolo ad illud spectaculum abductus es? Hæccine ferenda? hæccine toleranda? S. Joann. Chrysost. Hom. «adversus eos qui Ecclesia relicta ad circenses ludos et ad theatra transfugerunt,» n. 4. t. VI. f. 272.

Præfecti quidem providentiam laudavi, quoniam tumultuantem conspicatus civitatem, et omnes de fuga deliberantes, ingressus, vos consolatus est, et in bonam spem adduxit: pro vobis autem rubore pudoreque affec-

tus sum, quod exterioris, post multos prolixosque sermones illos, consolationis indigueritis. Optavi terram mihi dehiscere, et immergi, quando ipsum vobis loquentem audiebam, et intempestivam hanc et irrationabilem timiditatem modo consolantem, modo culpantem. Non enim vos ab illo doceri oportebat, sed infidelibus vos præceptores omnibus fieri, nec apud infideles judicari Paulus permisit. Tu vero post tantam patrum admonitionem externis indignisti præceptoribus, et fugitivi et verberones quidam rursus civitatem tantam excitaverunt, et in fugam conjecerunt. Quibus oculis amplius infideles respiciemus, tam pavidi cum simus et timidi? qua lingua ipsos alloquemur, et pro ingruentibus malis confidere persuadebimus, omni lepore timidiores per hanc facti anxietatem? Et quid faceremus, inquit? homines enim sumus. At propter hoc ipsum perturbari non oportet, quia homines sumus, et non bruta. Illa fragoribus et stridoribus omnia terrentur: non enim habent rationem, quæ timorem repellere possit: tu vero ratione et consilio decoratus, quomodo in illorum segnitiem cadis? Ingressus est quidam, militum incursionem nuntiavit? ne turberis, sed ipsum dimittens, genua flecte, Dominum tuum roga, geme amare, et adversitatem repellet.... Qualem mihi mentem putatis nunc esse? quomodo pudore suffundi? quomodo deprimi? quomodo erubescere? Nisi multa a patribus vi compulsus fuisset, neque surrexisset, neque locutus fuisset dolore obtenebratus ex pusillanimitate vestra, sed neque nunc in meipsum redire possum: sic animum mihi indignatio et tristitia obsidet. Quis enim non ægre ferret, quis non succenseret, quando post tantam doctrinam gentilibus opus habuistis doctoribus qui hortarentur et monerent, ut præsentem generose timorem ferretis? Orate igitur dari nobis verbum in apertione oris nostri; ut hanc tristitiam excutere possimus, et paulum mentem excitare. Etenim pudor de pusillanimitate vestra animum valde nostrum dejecit. S. Joann. Chrysost. ad pop. Antiochenum, Hom. XVI. t. II. f. 160.

Véanse del mismo santo Doctor los exordios de las homilías I. in illud «Paulus adhuc,» etc. t. III. f. 98. y de la XLIV. In Act. Apost. n. 4. t. IX. f. 335.

Movent quidem me ad dicendum vespertina spectacula: sed ex altera parte impetum meum cohibet, alacritatemque retundit priorum laborum inutilitas. Nam et agricola, si priora semina enata non sint, ad aliud semen in iisdem arvis rursus spargendum segnior est et tardior. Etenim si ex tot exhortationibus, in quibus tum præterito tempore vos indesinenter adhortati sumus, tum postea per has septem jejuniorum hebdomadas nocte ac die evangelium gratiæ Dei sine ulla intermissione vobis denuntiavimus, fructus nullus nullaque utilitas emerit; qua spe sermonem hodie habebimus? ¡O quot noctes frustra vigilastis, quot dies frustra convenistis, si tamen frustra! Nam qui in bonis operibus progressum fecit, deinde vero ad consuetudinem antiquam revertitur, non insumptorum modo laborum mercedem amittit, sed fit etiam pænæ graviori obnoxius; quod cum Dei verbum bonum degustaverit, mysteriorumque cognitione dignatus sit, perdidit omnia, brevi voluptate inescatus: *Nam minimus quidem venia ac misericordia dignus est: potentes vero, inquit, potenter torquebuntur.* Vespera una et unus inimici assultus omnem illum laborem dissolvit et evertit. Quæ ergo mihi alacritas nunc ad dicendum? Quare etiam tacuissem, mihi credite, nisi Jeremiæ timuissem exemplum: qui cum ad populum contumacem verba facere nollet, passus est quæ ipse recenset: quod factus est ignis in ejus visceribus, ac undique dissolvebatur, nec ferre poterat. Mulieres lascivæ, timoris Dei oblitæ, æternum ignem aspernatæ, in illa ipsa die cum ob resurrectionis memoriam oportuerat eas in domibus sedere, ac recordari diei illius, in qua aperientur cœli, et apparebit nobis iudex e cœlis, et tubæ Dei, et resurrectio mortuorum, et iudicium justum, et redditio uniuersis iuxta opus suum; cum de his cogitare debuissent, suaque corda a pravis cogitationibus purgare, et priora peccata lacrymis delere, at-

que ad Christi occursum pro magno illo die apparitionis ejus sese præparare, servitutis Christi excusso jugo, velamentis honestatis a capite rejectis, contempto Deo, spretis ipsius angelis, virilem omnem aspectum citra pudorem ferentes, comas agitantes, trahentes tunicas, ac pedibus simul ludentes, lascivienti oculo, effuso risu, ad saltandum quasi quodam furore concitæ, omnem juvenum libidinem in seipsis provocantes, in Martyrum basilicis pro mœnibus civitatis choros constituentes, loca sancta officinam obscenitatis suæ effecere. Cantilenis meretriciis ut aërem conspurcarunt, ita terram tripudiis pulsatam pedibus inmundis fœdarunt, spectaculum sibiipsis juvenum turbam undique statuentes, plane inverecondæ, prorsusque insipientes, nullum insaniam modum omittentes. Hæc quomodo tacebo? Quomodo, ut par est, lugebo? Vinum nobis harum animarum damnum intulit. Vinum, Dei donum ad infirmitatis levamen sobriis datum, nunc lasciviæ factum est instrumentum intemperantibus. S. Basil. hom. XIV. in ebriosos, n. 4. t. II. f. 122.

Audite hæc omnes gentes, auribus percipite omnes qui habitatis terram. Omnes enim quasi ex edita quadam et mediterranea specula, magno ac sublimi præconio appello. Audite populi, tribus, linguæ, homines omnes cujusvis generis et ætatis, tam qui nunc estis, quam qui post eritis: atque quo latius præconium pateat, omnis cœlorum virtus, omnes Angeli, quorum opera tyrannus extinctus ac deletus est, non Seon ille rex Amorrhæorum, neque Og rex Basan, exigui principes atque Israellem, hoc est parvam orbis partem vexamus, verum draco ille, Apostata ille, magna illa mens, Assyrus ille, ille communis omnium inimicus atque hostis, qui et multum furorem multasque minas in terra profudit, et multam iniquitatem in Excelsum locutus ac molitus est. Audi cœlum, et auribus percipe terra. Jam enim mihi tempus est, ut iisdem verbis utar quibus Esajas vocis sublimitate prophetas omnes antecellens. Hoc unum interest, quod ille ob Israellem, qui Dei legem

rejecerat, ea vocat atque contestatur: ego autem ob tyrannum, qui et eam rejecit, et misere, ut ipsius impietas merebatur, occidit. Audi hæc etiam Constantii magni anima, siquis mortuis sensus est, omnesque eorum, qui Imperium ante ipsum tenuerunt, piæ Christianique amantes animæ: verum illa præ cæteris, quoniam cum simul cum Christi hæreditate crevisset, eamque pro viribus auxisset, temporisque diuturnitate confirmasset, adeo ut eo nomine omnes, qui umquam imperio potiti fuerant, splendore gloriaque superarit (o gravem impressionem) ignoratione lapsus est, ipsius pietate admodum indigna: Christianus Christi hostem insciens aluit, in eoque uno haud recte humanitate ac benignitate usus est, quod eum et servavit, et ad imperium evehit, qui male ac scelerate, et servatus est, et imperium administravit. S. Greg. Nac. orat. III. t. I. f. 45. Véase la nota de la pág. 142.

Como exordios de grande pompa y vivo entusiasmo recomendamos el de S. Basil. hom. XV. de fide t. II. f. 150. y el de S. Cipr. en su libro «De Lapsis» f. 429.

Proemios.

San Juan Crisóstomo era muy dado á los proemios: en la página 81 hemos indicado las razones con que el Santo abonaba su conducta: expúsolas ampliamente en su discurso; «de mutatione nominum» concio III. nn. 1. y 5. t. III. ff. 115. y 120.

Los proemios de S. Agustin eran siempre breves: pueden verse los siguientes. In Joann. tract. XLVII. n. 1. t. III. f. 1752.—Enarrat. in psalm. XXX. Serm. II. t. IV. f. 259.—In psalm. XXXIII. Serm. II. f. 307.—In psalm. XLVIII. Serm. II. f. 555.

Exordios de insinuacion.

Observa S. Juan Crisóstomo la prudencia con que el Apóstol suprimió su nombre en la carta á los Hebreos, en su homilía «in illud, in faciem Petro, etc.» t. III. f. 571

y en la hom. I. sobre la carta á los Romanos, t. IX. f. 429.

Admira el mismo Crisóstomo la exquisita prudencia con que el Apóstol predicó á los Atenenses, tomando ocasion del ignoto deo, en su hom. De Anatemate, n. 4. t. I. f. 695. y en la I. «in principio act.» nn. 3. y 4. t. III. ff. 55 y 57.

Modelo admirable de exordios de insinuacion, es el de la hom. del Crisóstomo «Non esse ad gratiam concionandum:» t. II. f. 658.

El exordio de S. G. Nac. citado en la pág. 85. es el de su oracion XI. t. I. f. 459.

Exordios de refutacion.

San Basilio, en la primera de sus dos elocuentes homilías, sobre aquellas palabras de S. Pablo *semper gaude*, etc., preocupa, como el mismo dice, los argumentos que pudieran oponerse á la sublime doctrina del Apóstol; los esfuerza, los refuta y esta refutacion le presta abundante materia para sus discursos. «Porro quæ nobis ab adversariis objiciuntur, dum legem traditam impleri non posse calumniantur, ea præoccupare necesse est.» De grat. actione hom. t. II. f. 24.

Entre los exordios que comenzando por la refutacion excitan é interesan la atencion del auditorio son notables, el de S. Juan Crisóstomo «in illud in faciem Petro restiti,» t. III. f. 362 y el del sermon LXX. de S. Agustin, t. V. f. 442.

LECCION XVII.

La proposicion debe ser exacta.

Quod si humanæ infirmitatis intentio etiam ab ipsa rerum veritate aberraverit; quamquam in catechizandis

rudibus, ubi via tritissima tenenda est, difficile potest accidere: tamen ne forte accidat ut etiam hinc offendatur auditor, non aliunde nobis debet videri accidisse, nisi quia Deus expediri nos voluit, utrum cum mentis placiditate corrigamur, ne in defensionem nostri erroris majore præcipitemur errore. Quod si nemo nobis dixerit, nosque et illos qui audierant omnino latuerit, nullus dolor est, si non fiat iterum. Plerumque autem nos ipsi recolentes quæ dixerimus, reprehendimus aliquid, et ignoramus quomodo cum diceretur acceptum sit; magisque dolemus, quando in nobis fervet charitas, si cum falsum esset, libenter acceptum est. Ideoque opportunitate reperta, sicut nos ipsos in silentio reprehendimus, ita curandum est, ut etiam illi sensim corrigantur, qui non Dei verbis, sed plane nostris in aliquam lapsi sunt falsitatem.... Nonnumquam etiam, cum recte omnia vereque dicantur, aut non intellectum aliquid, aut contra opinionem et consuetudinem veteris erroris ipsa novitate asperum, offendit et perturbat audientem. Quod si apparuerit, sanabilemque se præbet, auctoritatum rationumque copia sine ulla dilatione sanandus est. S. Aug. De catechizandis rudib. c. XI. t. VI. f. 322.

Anecdota, y un pasage de S. Agustin.

Hæc autem dixi, quia Christianum quempiam aliquando audiui contra Græcum ridicule disputantem: ambo namque in disputatione, rem suam confutabant et pessumdabant. Nam quæ Christianum dicere oportuisset, illa dicebat Græcus; et quæ græcum dicere par erat, hæc Christianus opponebat. Nam cum de Paulo et de Platone quæstio esset, Græcus ille ostendere conabatur Paulum indoctum et rudem fuisse. Christianus vero ex simplicitate probare contendebat Platone doctiorem et disertio rem fuisse Paulum. Ita porro Græcus victor fuisset, si hæc vicisset propositio. Nam si Platone doctior et eloquentior fuit Paulus, multi ut verisimile est opponent, illum non gratia, sed eloquentia superasse. Itaque sic loquens

Christianus, pro Græco stabat. Quod autem Græcus dicebat, pro Christiano cedebat. Nam si, ut dicebam, ineruditus erat Paulus, et tamen Platonem vicit, splendida fuit victoria: indoctus quippe ille omnes discipulos ejus adortus, persuasos secum abduxit. Unde palam est non in sapientia humana prædicationem prævaluisse sed per Dei gratiam. Ne igitur in eadem incidamus, neve irrideamur, cum contra Græcos sic disputamus, apostolos tamquam indoctos accusemus. Talis enim accusatio encomium est. Et cum dixerint illi, agrestes fuisse Apostolos, nos addamus etiam fuisse indoctos, illiteratos, pauperes, viles et obscuros. Non sunt hæc maledicta apostolis illata, sed ad illorum gloriam cedit, quod tales cum essent, toto orbe terrarum fuerint clariores. Hi enim idiotæ, agrestes, indocti, sapientes illos, potentes, tyrannos, qui divitiis, gloria et externis cæteris rebus fruebantur et gloriabantur, quasi nec viri essent profligarunt. S. Joann. Chrysost. In Epist. ad Cor. hom. III. n. 4. t. X. f. 19.

Nam nescio quis tædium patiebatur ad muscas: invenit illum Manichæus tædio affectum; et cum diceret se non posse pati muscas et odisse vehementer illas, statim ille. Quis fecit has? Et quia tædio affectus erat, et oderat illas, non ausus est dicere, Deus illas fecit: erat autem catholicus. Ille statim subjecit: Si Deus illas non fecit, quis illas fecit? Plane, ait ille, ego credo quia diabolus fecit muscas. Et ille statim: Si muscam diabolus fecit, sicut te video confiteri, quia prudenter intelligis, apem quis fecit, quæ paulo amplior est musca? Non ausus ille est dicere quia Deus fecit apem, et muscam non fecit; quia res erat proxima. Ab ape duxit ad locustam, a locusta ad lacertum, a lacerto ad avem, ab ave duxit ad pecus, inde ad bovem, inde ad elephantem, postremo ad hominem; et persuasit homini quia non a Deo factus est homo. Ita ille miser cum tædium passus est ad muscas, musca factus est, quem diabolus possideret. S. Aug. in Joann. tract. I. n. XIV. t. III. f. 1386.

Hinc autem falluntur homines, ut vel non suscipiant

meliozem vitam, vel temere aggređiantur; quia et cum laudare volunt, sic laudant, ut non ibi dicant mala quæ mixta sunt; et qui vituperare volunt, tam invido animo et perverso vituperant, ut claudant oculos adversus bona, et sola mala quæ ibi vel sunt vel putantur, exaggerent. Inde fit ut unaquæque professio male laudata, id est, non caute laudata, cum invitaverit homines laude sua, inveniant illi qui illuc veniunt, aliquos quales ibi esse non credebant; et offensi a malis, resiliant a bonis. Fratres, disciplinam istam ad vitam vestram conferte, et sic audite ut vivatis. S. Aug. Enarr. in psalm. XCIX. n. 12. t. IV. f. 1278.

Excesos á que puede conducir el celo sin discrecion.

Sed inter hæc sciendum est, quia dum ad increpationem se mens doctoris exasperat, difficile valde est, ut non aliquando, et ad aliquid quod dicere non debet, erumpat. Et plerumque contingit, ut dum culpa subditorum cum magna invectione corripitur, magistri lingua usque ad excessus verba pertrahatur. Cumque increpatio immoderate accenditur, corda delinquentium in desperatione deprimuntur. S. Greg. M. Reg. past. pars II. c. X. t. II. f. 52.

San Agustín desconfiaba de sí mismo.

Nos enim, quos in isto loco, de quo periculosa ratio redditur, Dominus secundum dignationem suam, non secundum meritum nostrum constituit, habemus duo quædam: unum, quod christiani sumus; alterum, quod præpositi sumus. Illud quod christiani sumus, propter nos est: quod autem præpositi sumus, propter vos est. In eo quod christiani sumus, attenditur utilitas nostra: in eo quod præpositi, non nisi vestra. Sunt autem multi christiani, et non præpositi, qui perveniunt ad Deum, faciliore fortasse itinere, et tanto forte expeditius ambulantes, quanto minorem sarcinam portant. Nos autem,

excepto quod christiani sumus, unde rationem reddemus Deo de vita nostra, sumus etiam præpositi, unde rationem reddemus Deo de dispensatione nostra. Ad hoc istam difficultatem propono, ut patientes nobis, oretis pro nobis. S. Aug. serm. XLVI. t. V. f. 271.

Auditoribus suis quibus prædicabat verbum Dei, se commendabat Apostolus (Coloss. IV. 3.) Orate ergo pro nobis, fratres, ut et quod videndum est bene videamus, et quod dicendum est bene dicamus. Enarrat. in psalm. XXXVIII. t. IV. p. 418.

El santo Doctor pedia á los fieles orasen por él para que pudiera desempeñar bien su ministerio, en el sermón XLVI. t. V. f. 271.—en el XXIII. f. 155.—y en el CLXXIX. f. 966. Véase la página 268.

Recomienda mucho al predicador el ejercicio santo de la oracion, en los capitulos XVI. y XXX. del libro IV de la doctrina cristiana, t. III. ff. 103. y 120.

Narracion.

Refiere S. Atanasio cómo se salvó cuando los Arrianos invadieron el templo:

Nox jam erat et quidam é populo pervigilium agebant sequentis synaxis: cum Dux exercitus Syrianus repente cum militibus irrupit plus quinque millibus, qui armis, strictis gladiis, arcibus, telis et fustibus instructi erant, uti superius dictum est: Ecclesiamque densis collocatis militibus circumsevit, ne quis posset ab Ecclesia egressus evadere. Ego vero cum non æquum existimarem in tanto tumultu populum deserere, satiusque ducerem me priorem periculo offerre; in throno sedens jussi Diacono ut psalmum legeret, populoque ut responderet: *quoniam in sæculum misericordia ejus: ac omnes ita recederent abirentque domum. Verum cum Dux vi in Templum invasisset, militesque sacrarium, ut nos comprehenderent, obsedissent: quotquot e Clero et populo istic aderant, clamare et obsecrare ut me subdu-*

cerem. Ego contra negare me recessurum, nisi omnibus singulisque egressis. Surgens itaque, ac injuncta oratione, id enixe rogabam, ut omnes prius discederent, satius esse me periclitari, quam lædi quempiam e populo. Egressis ergo plurimis cæterisque subsequentibus, qui nobiscum illic aderant Monachi et ex Clericis quidam ascendentes, nos pertraxere: atque ita, testor ipsam veritatem, licet e militibus alii sacrarium cingerent, alii Ecclesiam obsiderent, Domino tamen duce pertransivimus, ipsoque custode clam illos discessimus: Deum magnopere glorificantes, quod populum non prodidissimus, sed ipso præmisso, inquirentium manus evadere licuisset. S. Athanas. apologia de fuga sua, n. 24. t. I. f. 354.

Por no acumular citas recomendamos á los jóvenes las solas composiciones, donde encontrarán abundantes y bellísimas narraciones. S. Athan. Encyclica ad Episcopos, Epist. t. I. part. I. f. 440.—S. Greg. Nac. in laudem Magni Basilii orat. XX. t. I. f. 285.

Quapropter quarta jam dies accesserat, et tunc Deus dixit: *Fiant luminaria in firmamento cæli*. Cum loquentem non ignores, illico mente audientem conjuge. *Dixit Deus fiant luminaria... et fecit Deus duo luminaria*. Quis dixit, et quis fecit? Nonne in his duplicem Personam percipis? Ubique historiæ inspersum est mystico modo theologiæ dogma. S. Basil. in Hexaëm. hom. VI. n. 2. t. I. f. 51.

LECCION XVIII.

El dividir es natural al hombre. Sto. Tomás y S. Agustin.

Animæ vero humanæ, quæ veritatis notitiam per quemdam discursum acquirunt, rationales vocantur. Quod quidem contingit ex debilitate intellectualis luminis in eis. Si enim haberent plenitudinem intellectualis lumi-

nis, sicut angeli, statim in primo aspectu principiorum totam virtutem eorum comprehenderent intuenso quidquid ex eis syllogizari posset. S. Thom. I. pars. q. LVIII. a. III. 0.

Sic igitur patet, quod ex eodem venit quod intellectus noster intelligit discurrendo et componendo et dividendo, ex hoc scilicet, quod non statim in prima apprehensione alicujus primi apprehensi potest inspicere quidquid in eo virtute continetur. Quod contingit ex debilitate luminis intellectualis in nobis. art. IV. 0.

Respondeo dicendum, quod intellectus humanus necesse habet intelligere componendo et dividendo. Cum enim intellectus humanus exeat de potentia in actum, similitudinem quandam habet, cum rebus generabilibus: quæ non statim perfectionem suam habent, sed eam successive acquirunt. Et similiter intellectus humanus non statim in prima apprehensione capit perfectam rei cognitionem: sed primo apprehendit aliquid de ipsa, puta, quidditatem ipsius rei, quæ est primum et proprium objectum intellectus, et deinde intelligit proprietates et accidentia et habitudines circumstantes rei essentialiam. Et secundum hoc, necesse habet unum apprehensum alii componere et dividere, et ex una compositione et divisione ad aliam procedere, quod est ratiocinari.... Et ideo intellectus humanus cognoscit componendo, et dividendo sicut et ratiocinando. q. LXXXV. art. V. 0.

Item scientia definiendi, dividendi, atque partiendi, quamquam etiam rebus falsis plerumque adhibeatur, ipsa tamen falsa non est, neque ab hominibus instituta, sed in rerum ratione comperta. Non enim quia et fabulis suis eam poetæ, et opinionibus erroris sui vel falsi philosophi, vel etiam hæretici, hoc est falsi Christiani adhibere consueverunt, propterea falsum est neque in definiendo, neque in dividendo aut partiendo aliquid complectendum esse, quod ad rem ipsam non pertinet, aut aliquid quod pertinet prætereundum. S. Aug. De doct. chris. lib. II. c. XXXV. t. III. f. 60.

Los santos Padres dividian algunos sermones sin anunciar la division.

San Agustin en su sermón LXXXV. se ocupó en la primera parte en predicar á los ricos, y en la segunda lo hizo á los pobres. Admonui divites: audite, pauperes. Vos erogate: vos rapere nolite. Vos tribuite facultates: vos frenate cupiditates, etc.... t. V. f. 522.

El mismo método siguió en su sermón CLXXXIV. f. 995.

San Basilio dividió, sin anunciarlo, su homilía contra los coléricos: condena en la primera parte la cólera: y en la segunda, que comienza en el n. 5, explica en qué consiste la ira santa. Hom. X. «adversus eos qui irascuntur,» t. II. f. 83.

Divisiones que crecen en interés.

Itaque hoc unum in antecessum in animis nostris fixum ratumque sit oportet, quod cum opus simus Dei boni, et ab ipso conservemur, resque nostræ gubernentur ab eó tum parvæ, tum magnæ, neque perpeti quidquam possumus præter Dei voluntatem, neque quidquam eorum quæ perferimus noxium est et exitiosum, aut tale, ut melius aliquid vel excogitari possit. S. Basil. hom. «Quod Deus non est auctor malorum» t. II. f. 72.

San Juan Crisóstomo en el elogio de S. Ignacio le presenta como obispo apostólico y como obispo apostólico y mártir. t. II. f. 593.

Hæc ergo prima est distributio mea, quod dixi, aliam humanam, aliam divinam esse charitatem: eamdemque humanam in duo distribui, quod alia sit licita, alia illicita. Prius ergo loquor de humana licita que non reprehenditur: deinde de humana illicita, quæ damnatur: tertio de divina, quæ nos perducit ad regnum. S. Aug. serm. CCCXLIX. n. 1. t. V. f. 1529. En el mismo número, dos líneas antes, dá la razón por qué llama cari-

dad al amor ilícito; porque amor ó caridad, dice, se usan entre los Latinos.

Los santos Padres hicieron uso de las divisiones.

San Atanasio dividió con toda precision en dos partes su discurso contra los Gentiles, como se ve en el n. 1. t. 1. f. 2. y su tratado «De incarnatione Verbi Dei,» n. 1. t. I. f. 48.

San Basilio sobre las palabras de S. Pablo «semper gaudete, sine intermissione orate, in omnibus gratias agite,» trazó el siguiente plan, que desenvolvió exacta y metódicamente en dos homilias, por haberse extendido en la primera mas de lo que se habia propuesto. «Quid autem sibi velit illud gaudium, quodnam ex eo emolumentum percipiatur, quaque ratione valeat quis precibus assiduis vacare, atque in omnibus agere gratias Deo, nos paulo post pro viribus explicabimus.» Hom. «De grat. actione,» t. II. f. 24.—In Martyr. Julittam hom. f. 35.

«Sed quidquid in eis utile fuerit carpentes, cognoscatis, quid etiam contemni oporteat. Quæ igitur sint hæc, quoque modo discernamus hoc jam docebo inde exorsus.» Division del discurso de S. Basilio «ad adolescentes, quomodo possint ex Gentilium libris fructum capere.» t. II. f. 173.

San Juan Crisóstomo dividió su discurso V. contra los judios en dos puntos; siendo notable que la exposicion del segundo robustece fuertemente el primero. «Age rursus et hoc ex abundanti demonstramus quod templum nunquam instaurabitur, neque ad pristinum vitæ statum restituendi judæi sunt.» n. 1. t. I. f. 628.

Tambien dividió en dos puntos su discurso «De libello repudiij.» Primun legem vobis legam, et dein legem, quæ contraria videtur, solvere tentabo. t. III. f. 203.

Está dividida tambien su homilia «Quales ducendæ uxores.» t. III. f. 211. Y la que versa sobre estas palabras «Vino modico utere.» I. ad populum Antioch. t. II. f. I.

Asi mismo dividió los siguientes discursos: «Ad illuminandos, catechesis I.» t. II. f. 228.—In diem natalem D. N. J. C. t. II. f. 355.

San Agustin se ocupó en la primera parte de su sermón CLXXIX en explicar el oficio del predicador, y en la segunda los deberes de los oyentes. t. V. f. 966. También dividió el sermón XXIII. f. 155; y los sermones CCCLXI. y CCCLXII. ff. 1599 y 1614.

Hé aquí como divide su sermón C. sobre el capítulo IX. de S. Lucas vv. 57-62. «Lectum est enim, Domini Jesum differenter egisse, cum obtulit se unus, ut eum sequeretur, et reprobatus est; alius non audebat, et excitatus est, tertius differebat, et culpatus est.» Tres puntos tomados del Evangelio y explicados metódicamente por S. Agustin. t. V. f. 602. El sermón CIV. versa sobre la vocación de Marta y María: en el exordio presenta la materia con toda claridad; reflexiona en la primera parte sobre el ministerio de Marta; en la segunda sobre la ocupación de María y concluye con una peroración en la que se sirve de los dos métodos; del de la recapitulación y del de la moción ó exhortación: t. V. f. 616.

Hé aquí la división que tomada del texto «Tibi derelictus est pauper, pupillo tu eris adjutor» hizo de su sermón XIV. «Quæramus pauperem, quæramus pupillum.» En la primera parte se extiende hablando de los pobres y de la pobreza; en la segunda no hace más que iniciar la materia, porque, como le acontecía á menudo, se habia fatigado mucho «Breviter quæramus pupillum: quia in paupere requirendo fatigati sumus. Domine Jesu, pupillum quæro; fatigatus quæro: cito responde, ut inveniam, etc.» nn. 1 y 10. t. V. ff. 111. 116.

Divide el bellissimo sermón «de contemptu mundi» en esta forma: «Loquar charitati vestræ, fratres, quod pertineat ad contemptum præsentis sæculi, ad spem futuri sæculi. Si quæris quid contempnas, omnis martyr vitam præsentem contempsit: si quid speres, resurrectionem dico, quia hodie Dominus resurrexit.» Serm. CCCXLV. t. V. f. 1517.

Concluimos nuestras citas con la de la exposicion del salmo L. predicada al pueblo de Cartago. «*Quid caveant homines, diximus; quid vero si lapsi fuerint imitentur, audiamus. Multi enim cadere volunt cum David, et nollunt surgere cum David. Non ergo cadendi exemplum propositum est, sed si cecideris, resurgendi.*» Dos objetos se propuso el santo en este sermon: prevenir á los que, con el ejemplo de David se sintieran inclinados á pecar, para que no cayesen; y enseñar á los que por desgracia hubieren caido, cómo se habian de levantar de su pecado. A estos dos puntos se ciñe estrictamente el santo Doctor. Es de notar que el punto segundo es nueve veces mas extenso que el primero: dos causas hubo para esto; primera, que fatigado el santo del trabajo del dia anterior, se propuso sin duda ser corto; propósito que guardó en la primera parte y que su celo le hizo olvidar en la segunda: lo calculamos así al leer las siguientes palabras del proemio de este sermon. «*Multitudinis hujus, nec frequentia fraudanda est, nec infirmitas oneranda. Silentium petimus et quietem, ut vox nostra post hexternum laborem possit aliquantis viribus perdurare.*» Como quiera que sea, no proponiéndose el santo en la primera parte mas que refutar los falsos pretextos del pecador que quisiera autorizarse con el ejemplo de David, y versando la segunda sobre el objeto principal del sermon, que era la exposicion de un salmo y un salmo largo, nada mas natural ni puesto en razon que el que la primera parte fuera breve y larga la segunda. Hacemos esta observacion á los jóvenes para que no se hagan esclavos en sus divisiones de una simetría sistemática; sino que atiendan mas bien á lo que exija naturalmente la materia del discurso y á lo que aconsejen las circunstancias. In Psalm. L. Enarrat. t. IV. f. 585.

Obsérvese que casi todos los discursos, cuyas divisiones hemos citado, tenian por objeto principal la instruccion de los fieles.

Creemos haber probado que los santos Padres divi-

dian amenudo sus discursos: lo que hay es que en las composiciones de aquellos grandes hombres habia mucha naturalidad y esto les favorecia para ocultar el arte. Como prueba concluyente recomendamos á nuestros jóvenes la homilía de S. Juan Crisóstomo «in illud Ego Dominus Deus feci lumen et tenebras, etc.» Si la leen sin reflexion no solo no notarán que está dividida, á pesar que la transicion á la segunda parte (f. 147) es un poco violenta; sino que pensarán quizá que en esta composicion no se atuvo el orador á un plan premeditado. Mas si la estudian con atencion encontrarán dos partes: en la primera habla el santo Doctor de la luz y de las tinieblas, y en la segunda del bien y del mal: con esta clave llegarán á conocer que el santo Doctor procedió con arreglo á un plan bien meditado. t. VI. f. 145.

Consejo de S. Carlos Borromeo.

Ita præterea quæcumque ad dicendum pie meditatus est, distincte partiatur, ut auditores omnia et facile percipiant, et memoria teneant; quo majorem inde fructum capere queant. Instruc. prædicat. verbi Dei, ex conc. prov. III. decret. editæ a S. Carolo Borromeo. t. I. f. 416. Patavii 1754.

LECCION XIX.

Necesidad de instruir para evitar que los afectos se antepongan á la razon.

La doctrina de S. Hilario, citada en la página 95, la hemos tomado del libro VIII. n. 4. de Trinitate, f. 947. y del libro X. n. 4. f. 1037. La de S. Agustin está en el capítulo XII del libro IV de doct. christ. t. III. f. 101.

Dialéctica y elocuencia.

La necesidad de la dialéctica, la afinidad y las diferencias específicas de la dialéctica y de la elocuencia, del dialéctico y del orador las ha expuesto S. Agustín extensa y muy claramente en los siguientes tratados: De ordine l. II. c. XIII. t. I. f. 1015.—De doct. christ. l. II. cc. XXXI. XXXII. XXXVI y XXXVII. t. III. ff. 57-64.—Contra Cresconium l. I. t. XI. f. 445.

Silogismo, epiquerema, enthymema, induccion y comparacion. San Juan Crisóstomo.

Quoniam igitur tantum accepimus donum, nihil non agamus ne tantum beneficium dehonestemus. Si enim ea quæ ante hunc honorem gesta sunt, digna ultione erant, multo magis post ineffabile illud beneficium. Hæc porro non sine causa nunc dico; sed quia multos video post baptismum segniores, quam ii qui nondum initiati sunt, neque ullam habentes instituti nostri notitiam. Ideoque nec in foro nec in Ecclesia potest distinguere fidelis a non fideli; nisi quis adsit tempore mysteriorum, et videat qui ejiciantur, et qui maneant. Oporteret autem eos non a loco, sed a moribus distinguere. Nam externæ quidem dignitates, ab externis notis et ornamentis jure dignoscuntur: nostra vero ab ipsis animis nota esse oportet. Fidelem namque non a dono tantum, sed etiam a novo vitæ instituto agnosci par esset. Fidelis et luminare et sal mundi esse debet. Cum autem nec tibi quidem ipsi luceas, nec propriam putredinem constringas, unde tandem te nosse poterimus: an quia in sacris fluentis ingressus es? Sed hoc te ad supplicium deducit. Magnitudo enim honoris, iis qui vitam hujusmodi honore dignam non agunt, additamentum supplicii est. Fidelem enim non ab iis tantum quæ a Deo accepit, sed etiam ab iis quæ ipse intulit fulgere par est, et undique se notum præstare, ab incessu, ab aspectu, ab habitu, a voce. Hæc autem dixi, non ut ad ostentationem, sed ut ad utilitatem videntium nos componamus.

Nunc autem undecumque te voluero dignoscere, undique te invenio a contrariis dignosci. Si a loco qui sis velim ediscere, in circo te, in theatris, et iniquis occupationibus video dies transigere, in fori cætibus improborum, in corruptorum hominum consortio; si a vultus compositione, assidue te cerno cachinnis deditum ac dissolutum, haud secus quam perditam meretricem aperto ore sese dehonestantem; si a vestibus, perinde te amictum video atque histrionem; si a clientibus, parasitos circumducis et adultores; si a verbis, nihil sanum, nihil necessarium, nihil ad institutum vitæ nostrum conducens loquentem audio; si a mensa, major hinc accusationis materia oriatur.

Undenam igitur, quæso, potero te fidelem agnoscere, cum supra dicta omnia contrarium arguant? Et quid dico fidelem? Neque enim si homo sis possum evidenter agnoscere. Nam cum.... injuriarum memor sis ut camelus, rapias ut lupus, irascaris ut serpens, ferias ut scorpio, versipellis sis ut vulpes, virus iniquitatis serves ut aspis et vipera; adversus fratres bellum geras, ut crudelis ille dæmon, quomodo te potero inter homines annumerare, cum humanæ naturæ characteres in te non videam? quærebam differentiam chatecumenum inter et fidelem, et periculum est ne invenire nequeam virum inter et feram discrimen. S. Joann. Chrysost. In Matth. hom. IV. n. 7. t. VII. f. 59.

San Agustín usa en estilo oratorio el silogismo y la inducción, en el c. XI. de moribus. Ecc. Cath. t. I. f. 1519.

Dilema. S. Agustín y S. Juan Crisóstomo.

O el cristianismo se propagó con milagros, ó sin ellos, etc. Este dilema le amplifica S. Agustín en varios lugares de sus obras: en este momento no recordamos, con la exactitud necesaria para hacer una cita, mas que el capítulo VIII. del l. XXII. De civit. Dei, t. VII. f. 760., y la carta CXXXVII. t. II. f. 515.

Con mas frecuencia y tambien mas elocuentemente

hace el mismo raciocinio S. Juan Crisóstomo: nos limitamos á copiar un solo lugar, no porque sea el mas elocuente de los que conocemos, sino porque es el mas breve.

At illorum fortasse quispiam dixerit, si prædicationem vincere oporteat, et eloquentia opus non habet ut ne crux exinaniatur, quare signa nunc cessarunt? Quare? Incredulus ne hoc dicis, nec admittis illa facta fuisse apostolorum tempore; an hoc ediscere quærens? Si incredulus dicas, in eo primum immorabor. Si enim tunc non facta sunt signa, quomodo pulsi, vexati, trementes, vincti, et communes orbis hostes facti, omnibusque ad male patiendum expositi, nihil ex se habentes quod alliceret, non eloquentiam, non splendorem, non divitias, non urbem, non gentem, non genus, non exercitium, non gloriam, non aliud quidpiam simile; sed omnia contraria; ignorantiam, vilitatem, paupertatem, odium, inimicitiam, et contra populos integros stantes, taliaque anunciantes persuadebant? Nam præcepta multum laborem habebant et dogmata periculis plena erant: ac qui audiebant et persuadendi erant, in deliciis, ebrietate et multis vitiis erant educati. Unde, quæso, persuaserunt? Unde fide digni erant? Nam, ut jam dixi, si absque signis persuaserunt, multo majus videtur miraculum. S. Joann. Chrysost. in epist. ad Cor. hom. VI. n. 2. t. X. f. 45.

Véase, sobre lo mismo, «Cur in Pentecostes Acta» etc. Concio. IV. n. 7. t. III. f. 92.—Donde con mas amplitud desenvuelve este dilema el santo Doctor, es en un discurso elocuentísimo, modelo de nerviosa é indestructible argumentacion, cuyo título es «Adversus Judæos et Gent. demonstr. quod Christus sit Deus» t. I. f. 558.

Pueden verse dilemas sobre otras materias en la homilía «Salutate Priscillam et Aquilam» t. III. f. 180.—hom. XI. t. XII. f. 370. El Crisóstomo.

Sorites.

Puede verse S. Agustin. De vera Religione, c. XXXIII. t. III. f. 149.—Enarrat. In Psalm. CXXXIV. n. 2. t. IV.

f. 4739. = Serm. LI. t. V. f. 359. = Serm. CLXXX. t. V. f. 977. = Serm. CLXXXIX. n. 2. t. V. f. 1005. = Lactancio Instit. I. VI. c. VI. t. I. f. 554. = S. Greg. Nac. para probar que Dios es incorpóreo, entre otras argumentaciones, se sirve del sorites, Orat. XXXIV. t. I. f. 477.

A datis ó ad hominem.

Si ergo illa quæ quotidie fiunt et tanguntur, fide opus habent, multo magis illa admodum arcana et spiritualia. S. J. Chrysost. In Joann. hom. XXV. n. 1. t. VIII. f. 144.

Por poco que se manejen los escritos de los santos Padres se conocerá la frecuencia y oportunidad con que, á los que no querian admitir los misterios de nuestra santa religion, porque no los comprendian, les reponian los enigmas indescifrables que el hombre encierra en sí mismo, los inexplicables misterios del órden natural que por todas partes nos rodean. Véanse, entre mil citas que pudiéramos hacer, las siguientes. S. Agustin I. VI. de sus confes. c. V. t. I. f. 722. = De civit. Dei, l. XXI. cc. IV., V y VII. t. VII. f. 714. = Epist. CXXXVII. t. II. f. 515. = S. J. Chrysost. In epist. ad Corinth. hom. IV. n. 1. t. X. f. 24. = In epist. ad Thesalon. hom. VII. n. 3. t. XI. f. 475. = S. Greg. Nacianc. orat. XXXIV. t. I. f. 475.

Antítesis y contrastes.

Vultis ergo a me audire quare, et quomodo diligendus sit Deus? Et ego: causa diligendi Deum, Deus est: modus, sine modo diligere. S. Bern. De diligendo Deo ad Haymericum. c. I. n. 1. t. I. f. 583. S. J. Crisóstomo usa tambien esta antítesis, In epist. ad Philipens. hom. II. n. 1. t. XI. f. 203.

Sed majorum nugæ negotia vocantur; puerorum autem talia cum sint, puniuntur a majoribus: et nemo miseratur pueros, vel illos, vel utrosque. Nisi vero approbet quisquam bonus rerum arbiter vapulasse me,

quia ludebam pila puer, et eo ludo impediabar quominus celeriter discerem litteras, quibus major deformius luderem. S. Aug. Confess. l. I. c. IX. t. I. f. 668.

Son magníficas las antítesis y contrastes que sobre el triunfo de Abel asesinado y la miserabilísima vida de Cain fratricida, han hecho S. Ambrosio, «de Cain et Abel» l. II. c. X. t. I. f. 463. y S. J. Crisóstomo, in epist. ad Rom. hom. VIII. n. 9. t. IX. f. 510.

Los intereses de nuestra alma es lo único permanente en nosotros; lo demás es pasajero y fugitivo: olvidamos sin embargo nuestra alma, y corremos presurosos tras las cosas de la tierra: ampliado por S. Juan Crisóstomo, in epist. I. ad Timoth. hom. XV. n. 3. t. XI. f. 658. Hablando del carcelero de S. Pablo, dice: «Ideoque ille petito lumine insiliit, et ante Paulum et Silam procidit. Ad pedes vincti procidit custos.» In Act. Apost. hom. XXXVI. t. IX. f. 276.

Es soberbio y elocuentísimo el contraste con que S. Hilario explana esta proposición. La Iglesia se fundó á pesar de las persecuciones de las potestades de la tierra; y ahora creen algunos que no puede subsistir sin el auxilio de los hombres. Contra Auxentium nn. 3 y 4. f. 4264.

El repugnante espectáculo de la presentación de la cabeza del Bautista, en la sala del convite dado por Herodes, inspiró á S. Ambrosio su sabido y justamente celebrado contraste. De Virginibus, l. III. t. IV. f. 477.

El contraste de S. Efren, citado en la pág. 401, es admirable; merece ser leído. Serm. in Gen. c. III. t. II. f. 368.

El de S. Basilio, de que hemos hablado á continuación, le hallarán los jóvenes en el n. 3 de la hom. «dicta tempore famis et siccitatis,» t. II. f. 64.

Sentencias.

No hay página en las obras de los santos Padres donde no se encuentre alguna sentencia notable.

Solent enim plerique dicere: Nisi clementior solis ca-

lor tepefecerit terras, et quodammodo raddiis suis fove-
rit, non potest germinare terra: et propterea gentes divi-
num honorem deputant soli, quod virtute caloris sui
terrarum penetret sinus, sparsaque foveat semina, vel
rigentes gelu venas arborum relaxet. Audi ergo Deum
velut hanc vocem emittentem: Conticestat ineptus sermo
hominum qui futurus est, facessat vaná opinio. Ante-
quam solis fiat luminare, herba nascatur: antiquior
ejus sit prærogativa, quam solis. Ne error hominum
convalescat, germinet prius terra, quam fatus solis ac-
cipiat. Sciant omnes solem auctorem non esse nascenti-
um, Dei clementia terram relaxat, Dei indulgentia
prorumpere facit fructus. Qomodo sol vivendi usum mi-
nistrat oriundis, quando illa prius divinæ operationis
vivificatione sunt edita, quam sol in hos usus veniret?
Junior est herbis, junior fœno. S. Ambros. Hexaëme-
ron l. III. c. VI. t. I. f. 51.

La sentencia de S. Basilio citada en la pág. 105, está
en el n. 4. de la hom. «In divites» t. II. f. 56.

Epifonema.

El de S. Agustin «Stulte» etc. es de su Enarrat. in
psalm. LXXIII. t. IV. f. 944.—El de Tertuliano se halla
en el c. XII. de su apología f. 48.

Attendat Charitas vestra. Quis disposuit membra pu-
licis et culicis, ut habeant ordinem suum, habeant vi-
tam suam, habeant motum suum? Unam bestiolam bre-
vem, minutissimam considera, quam volueris. Si con-
sideres ordinem membrorum ipsius, et animationem
vitæ qua movetur; ut pro se fugit mortem, amat vitam,
appetit voluptates, devitat molestias, exserit sensus di-
versos, viget in motu congruo sibi! Quis dedit aculeum
culici, quo sanguinem sugat? Quam tenuis fistula est
qua sorbet! Quis disposuit ista? quis fecit ista? Expa-
vescis in minimis; lauda magnum. S. Aug. Enarrat. in
Psalm. CXLVIII. t. IV. f. 1944. Pueden verse otros
ejemplos, Enarrat. in Psalm. CXLVIII. t. IV. f. 1946.—
Serm. CXXVI. t. V. f. 699.

Climax ó gradacion.

La citada en la página 105 puede verse en el sermón del símbolo, á los Catecúmenos, n. 10. t. VI. f. 652. El Nacianceno hace la misma gradacion exponiendo los males de Job «pro calamitatis cumulo uxorem habebat,» etc. Orat. XXI. t. I. f. 546. Y tambien el Crisóstomo hom. III. t. XII. f. 541. Pueden verse otras bellísimas gradaciones de S. Agustin, Serm. XIV. t. V. f. 115.—Serm. XX. f. 159.—Serm. LXXXVIII. f. 552.—Serm. CXXX. f. 728.—De civit. Dei l. I. c. VII. t. VII. f. 19.

Comparacion.

El libro de S. Cipriano «De unitate Ecclesiæ» se halla en el f. 459.; abunda en bellas comparaciones, tomando por extremos para expresar la unidad de la Iglesia, el sol y sus rayos, el árbol y sus ramas, la fuente y sus riachuelos.

Pueden verse modelos de bellas y delicadas comparaciones en los lugares que vamos á citar. S. Atanasio de Incarnatione, n. 52. t. I. f. 74.—S. Basilio Epist. CCCXLII. Lybanio, t. III. f. 457.—S. Hilario tractat. in psalm. II. f. 54.—S. J. Crisóst. in Joann. hom. II. n. 4. t. VIII. f. 12.—In Epist. ad Corinth. hom. VII. nn. 1. y 2. t. X. f. 51.—In Epist. ad Rom. hom. XX. n. 4. t. IX. f. 662.—S. Agustin serm. CCCLI. t. V. f. 1547.—Enarrat. in psalm. LXV. n. 12. t. IV. f. 795. En su sermón. CXCIX. entre otras bellezas encontramos la siguiente comparacion, hablando de los Judios que señalaron á los Magos el lugar del nacimiento del Señor. «Facti sunt eis tanquam lapides ad milliaría: viatoribus ambulanti bus aliquid ostenderunt, sed ipsi stolidi atque immobiles remanserunt.» n. 2. t. V. f. 1027. La misma comparacion aduce en el sermón CCCLI., para explicar la conducta errada de los que, sin aprovecharse de la buena doctrina, fijan su atencion en la conducta acaso poco arreglada de los que la anuncian.



San Basilio y Bossuét.

Hemos citado en la página 104 una comparacion de Bossuét, que ha sido muy loada por D'Alembert: está en la oracion fúnebre de la duquesa de Orleans, pág. 56 de la edicion de Paris de 1825 y en la 69 de la de 1845. Compárese íntegro el pasage de Bossuét con el de San Basilio, de donde nos limitamos á tomar la siguiente frase: «Est autem fluvius vita nostra ut nosti, continue fluens, ac fluctibus alternatim sibi succedentibus referta. Etenim jam pars præterfluit, pars adhuc transit: pars jam emersit e fontibus, pars vero emersura est, et ad commune mortis mare festinamus omnes.» Hom. Quod mundanis adhærendum non sit.» n. 11. t. II. f. 172. Esta metáfora nos recuerda la del Nacianceno: murió Melecio lleno de dias que el tiempo mide y se pierden en la eternidad. «Plenus annis, qui cadunt in tempus, et qui tempori non subjacent.» De vita sua carmen, t. II. f. 20.

Comparaciones tomadas del hogar domestico.

San Agustin Enarrat. in psalm. CXLVIII. t. IV. f. 1945.—Enarrat. in psalm. LXXIII. f. 935.

Las tres bellísimas comparaciones que hemos copiado en la página 105., se encuentran, la primera en el n. 1. de la hom. VI. del Crisóstomo al pueblo de Antioquía, t. II. f. 75.: la segunda «In commemorationem S. Bassi,» t. II. f. 724. y la tercera en el n. 3. del l. I. adver. oppug. vitæ monast. t. I. f. 48.

Interrogacion.

Declara la fuerza de esta figura S. Juan Crisóstomo, en el n. 7. de la hom. XIV. sobre la carta á los Romanos t. IX. f. 614.

Véanse S. J. Crisóstomo in psalm. XLVIII. n. 4. t. V. f. 511.—S. Agustin, in Joann. Evangelium tract. L. t. III. f. 1764.

El Crisóstomo se sirve á la vez de la interrogacion y de la subjeccion, del diálogo y del dilema, hom. XI. inedit. t. XII. f. 570.—In Act. Apost. hom. XXXVI. n. 44. t. IX. f. 277.

Repeticion.

San Agustín, libro X. de sus confesiones c. VI. t. I. f. 782.—«De anima et ejus origine» ad Vincentium Victorem» l. III. t. X. f. 545.—Enarrat. in psalm. XLI. nn. 6. 7. y 8. t. IV. f. 467.—In psalm. XLIV. n. 3. f. 495.—S. Juan Crisost. hom. II. «De Cruce et latrone» n. 2. t. II. f. 414.

San Basilio hom. «In illud Attende tibi ipsi» t. II. f. 21.

Repeticion y concesion.

Nunc vero morosus es, vixque ad te accessus patet: qui declines occursus, ne forte vel modicum quid e manibus dimittere cogaris. Unam nosti vocem. Non habeo, nec dabo. Nam pauper sum. Revera pauper es, et omnis boni inops: pauper dilectionis, pauper humanitatis, pauper fidei in Deum, pauper spei æternæ. Participes frumenti facias fratres; quod cras putrescet, id hodie trade egenti. Avaritiæ pessimum genus est, ne ea quidem quæ corrumpuntur, egenis erogare. S. Basil. hom. «in illud Lucæ, Destruam, etc.» n. 6. t. II. f. 49.

De la figura concesion pueden verse buenos modelos en S. Ambr., De virginitate l. I. c. V. nn. 24, 25 y 26. t. V. f. 81. Venecia.—De Tobia l. I. c. XXIII. n. 88. t. II. f. 88. Venecia.—S. J. Chrysost. in Matth. hom. XIII. n. 6. t. VII. f. 476.

San Atanasio aconseja que no se acumulen pruebas innecesarias: «ad Epictetum epist.» n. 3. t. I part. II. f. 903.

El órden con que debe conducirse la argumentacion puede verse en la hom. XI. de S. J. Crisóstomo sobre la I. carta á los Corint. n. 5. t. X. f. 93.

El jóven que aspire á asegurar la marcha de su espí-

ritu con una argumentacion severa, nerviosa y elocuente, debe leer y estudiar algunos modelos de los que mencionamos á continuacion.

Los tres libros de S. Basilio contra Eunomio, t. I. f. 207.

Los cinco discursos, desde el XXXIII. al XXXVII. predicados por el Nacianceno combatiendo los errores de Eunomio; discursos que ellos solos abonarian el renombre de Teólogo, con que es conocido el Santo Doctor, t. I. desde el f. 467.

De S. J. Crisóstomo, las tres primeras homilias de las cinco tituladas «De Incomprehensibili» t. I. f. 444. = Los nn. 3 y 4 de la hom. LXXV. sobre S. Mateo, donde prueba la divinidad de la religion cristiana, t. VII. f. 726. = Las hom. LXXXIX y XC. sobre el mismo San Mateo, en las que demuestra la verdad de la resurreccion de J. C., desde el f. 851.

De S. Agustin, el lib. De Correct. Donatistarum ó sea la Epist. CLXXXV. dirigida al Conde Bonifacio, t. II. f. 792. = El c. VII. del trat. «De fide rerum quæ non videntur» t. VI. f. 179. = De S. Ambr. la epístola XVIII. t. VI. f. 27. Venecia: en la cual impugna la memoria presentada al Emperador Valentiniano por el Prefecto Symaco, sobre el restablecimiento del altar de la victoria.

Indicamos estas composiciones con el objeto de ahorrar tiempo á los jóvenes: si por fortuna se dedican al estudio de los santos Padres, á cada paso encontrarán fuertes y elocuentes raciocinios.

LECCION XX.

La instruccion prepara para la mocion.

Sicut est autem, ut teneatur ad audiendum, delectandus auditor; ita flectendus, ut moveatur ad agendum. Et sicut delectatur, si suaviter loquaris, ita flectitur, si

amet quod polliceris, timeat quod minaris, oderit quod arguis, quod commendas amplectatur, quod dolendum exaggeras doleat; cum quid lætandum prædicas gaudeat, misereatur eorum quos miserandos ante oculos dicendo constituis, fugiat eos quos cavendos terrendo proponis; et quidquid aliud grandi eloquentia fieri potest ad commovendos animos auditorum, non quid agendum sit ut sciant, sed ut agant quod agendum esse jam sciunt.

Si autem adhuc nesciunt, prius utique docendi sunt, quam movendi. Et fortasse rebus ipsis cognitis ita movebuntur, ut eos non opus sit majoribus eloquentiæ viribus jam moveri. Quod tamen cum opus est, faciendum est: tunc autem opus est, quando cum scierint quid agendum sit, non agunt. Ac per hoc docere necessitatis est. Possunt enim homines et agere et non agere quod sciunt. Quis autem dixerit eos agere debere quod nesciunt? Et ideo flectere necessitatis non est, quia non semper opus est, si tantum docenti vel etiam delectanti consentit auditor. Ideo autem victoriæ est flectere, quia fieri potest ut doceatur et delectetur, et non assentiatur. Quid autem illa duo proderunt, si desit hoc tertium? Sed neque delectare necessitatis est: quandoquidem cum dicendo vera monstrantur, quod ad officium docendi pertinet, non eloquio agitur, neque hoc attenditur, ut vel ipsa vel ipsum delectet eloquium, sed per seipsa, quoniam vera sunt, manifestata delectant. Unde plerumque delectant etiam falsa patefacta atque convicta. Neque enim delectant, quia falsa sunt; sed quia falsa esse verum est, delectat et dictio qua hoc verum esse monstratum est.

Propter eos autem quibus fastidientibus non placet veritas, si alio quocumque modo, nisi eo modo dicatur, ut placeat sermo dicentis, datus est in eloquentia non parvus etiam delectationi locus. Quæ tamen addita non sufficit duris, quos nec intellexisse, nec docentis elocutione delectatos esse, profuerit. Quid enim hæc duo conferunt homini, qui et confitetur verum, et collaudat eloquium, nec inclinatur assensum, propter quem solum,

cum aliquid suadetur, rebus quæ dicuntur invigilat dicentis intentio? Si enim talia docentur quæ credere vel nosse sufficiat, nihil est aliud eis consentire, nisi confiteri vera esse. Cum vero id docetur quod agendum est, et ideo docetur ut agatur, frustra persuadetur verum esse quod dicitur, frustra placet modus ipse quo dicitur, si non ita discitur ut agatur. Oportet igitur eloquentem ecclesiasticum, quando suadet aliquid quod agendum est, non solum docere ut instruat, et delectare ut teneat, verum etiam flectere ut vincat. Ipse quippe jam remanet ad consensionem flectendus eloquentiæ granditate, in quo id non egit usque ad ejus confessionem demonstrata veritas, adjuncta etiam suavitate dictionis. S. Aug. De doct. christ. l. IV. cc. XII. et XIII. t. III. f. 101.

Epílogos de recapitulacion.

San Juan Crisóstomo «adversus Judæos et Gentiles,» etc. t. I. f. 582.—S. Basilio hom. «in illud Lucae Des-truam,» etc. n. 8. t. II. f. 50.—S. Agustin serm. LXXXV. t. V. f. 525.

Teoría de las pasiones.

Sunt autem gemini motus, hoc est, cogitationum et appetitus: alteri cogitationum, alteri appetitus: non confusi, sed discreti et dispares. Cogitationes verum exquirere, et quasi emolere muneris habent: appetitus ad aliquid impellit agendum atque excitat. Itaque ipso genere naturæ suæ et cogitationes tranquillitatem sedationis infundunt, et appetitus motum agendi executit. Ita ergo informati simus, ut bonarum rerum subeat animum cogitatio: appetitus rationi obtemperet (si vere ut illud decorum custodiamus, animum volumus intendere) ne rationem excludat rei alicujus affectus: sed ratio quid honestati conveniat, examinet. S. Ambros. de officiis, l. I. c. XXII. t. IV. f. 116.

Affectiones nostræ motus animorum sunt. Lætitia, animi diffusio; tristitia, animi contractio: cupiditas, ani-

mi progressio; timor, animi fuga est. Diffunderis enim animo, cum delectaris; contraheris animo, cum moles-taris: progredieris animo, cum appetis; fugis animo, cum metuis. S. Aug. in Joan. tract. XLVI. n. 8. t. III. f. 1752.

Consúltese sobre las pasiones S. Agustin in Joann. tract. LX. n. 5. t. III. f. 1798.; y mejor «De Gen. contra Manich.» l. I. c. XX. t. III. f. 187.—Santo Tomas trata extensamente de las pasiones, en su 1.^a 2.^a desde la q. 22.

Masillon y S. Gregorio Magno.

La anécdota de Masillon, citada en la página 111, nos recuerda las palabras de S. G. M.:

Liber qui viscera replevit, dulcis in ore sicut mel factus est: quia ipsi de omnipotenti Domino sciunt suaviter loqui, qui hunc didicerint in cordis sui visceribus veraciter amare. In ejus quippe ore Scriptura sacra dulcis est, cujus vitæ viscera mandatis illius replentur: quia ei suavis est ad loquendum, cui interius impressa ad vivendum fuerit. Nam sermo dulcedinem non habet, quem vita reproba intra conscientiam remordet. Unde necesse est, ut qui verbum Dei loquitur, prius studeat qualiter vivat, ut post ex vita colligat quæ, et qualiter dicat. Ad prædicandum namque plus conscientia sancti amoris ædificat, quam exercitatio sermonis; quia amando cœlestia intra semetipsum prædicator legit quomodo persuadeat ut despici debeant terrena. S. Greg. In Ezech. l. I. hom. X. n. 13 t. I. f. 1267.

Qui facit angelos suos spiritus, et ministros suos ignem flagrantem: id est, eos qui jam spiritus sunt, qui spirituales, non carnales sunt, facit angelos suos, mittendo ut prædicent ejus Evangelium. *Et ministros suos ignem flagrantem.* Nisi enim ardeat minister prædicans, non accendit eum cui prædicat. S. Aug. Enarrat. In psal. CIII. serm. II. t. IV. f. 1353.

La idea de que el predicador y los oyentes son discípulos en la escuela de J. C., la repite S. Agustin en

sus sermones sobre los salmos XXXIV. t. IV. f. 522., CXXVI. f. 1669. y en el sermón XXIII. t. V. f. 155.

No se debe insistir demasiado en lo sentimental.

Commotio quippe animi quanto magis excitanda est, ut nobis assentiatur auditor, tanto minus in ea diu teneri potest, cum fuerit quantum satis est excitata. Et ideo cavendum est, ne dum volumus altius erigere quod erectum est, etiam inde decidat quo fuerat excitatione perductum. Interpositis vero quæ sunt dicenda submissius, bene reditur ad ea quæ opus est granditer dici, ut dictionis impetus sicut maris æstus alternet. Ex quo fit ut grande dicendi genus, si diutius est dicendum, non debeat esse solum, sed aliorum generum interpositione varietur: ei tamen genere dictio tota tribuitur, cujus copia prævaluerit. S. Aug. De doct. christ. l. IV. c. XXII. t. III. f. 114.

San J. Crisóstomo asienta este mismo principio en el n. 1. de su discurso sobre el salmo XLI., t. V. f. 151. y le practicó, según él mismo dice en el n. 1. de su homilia, In dictum Pauli, «Oportet hæreses esse,» etc. t. III. f. 240.: y lo mismo refiere de sí mismo S. Agustín en su interesante carta XXIX. á Alypio. t. II. f. 114. En el sermón XIX del mismo S. Agustín t. V. f. 155. pueden ver nuestros jóvenes lectores cómo el Santo Doctor, según digimos en la página 114, después de un rápido y caloroso movimiento concluyó con un epílogo, donde sin cambiar de sentimientos templó su vehemencia.

Digámoslo con toda seguridad: los mas bellos modelos de elocuencia patética en los fastos de la religion, se encuentran en las obras de los santos Padres.

En esta ocasion, mas que en ninguna otra, sentimos el tenernos que concretar á hacer citas, y aun estas en pequeño número.

San Efren, «Lamentationes gloriosissimæ Virginis Mariæ,» etc. t. I. f. 568.

S. Basilio; muchos pasages de su homilia «In illud dictum Evangelii, destruam horrea mea,» etc. t. II. f. 43. =Hom. in divites t. II. f. 51.=Hom. «dicta tempore famis et siccitatis.» t. II. f. 62.=Ad Monachum lapsum epist. XLIV. t. III. f. 151.

San Greg. Nacianc.; muchos pasages de su oracion fúnebre «in laudem Cesarii fratris,» orat. X. t. I. f. 144.= «De pauperum amore» orat. XVI. t. I. f. 215.=Carmen I.: sobre los infortunios de la vida, t. II. f. 25. Este poema y la mayor parte de los del santo Doctor respiran una dulce melancolía; son de un admirable patético. Conviene, sin embargo, notar que no todo lo que dice sobre las costumbres de sus tiempos, se debe tomar literalmente: el santo Doctor desahogaba en estas composiciones su corazon oprimido por los males públicos y por las ingraticudes de que fué objeto, con cierta libertad oratoria y con toda la expansion de su bella alma; y aun de vez en cuando su pluma destila alguna gota de la amargura inmensa en que las vicisitudes de su vida habian sumido su hermoso corazon, dotado de una sensibilidad exquisita. El profesor que quiera ejercitar á sus alumnos en el estudio de estos poemas, debe prepararlos con algunas oportunas advertencias sobre las circunstancias del autor y de los tiempos en que se escribieron. Puede verse lo que dice Billi, bajo el epígrafe «causa scripti.» t. I. f. 887.

San Juan Crisóstomo; la arenga de Flaviano á Teodosio, hom. XXI. ad pop. Antioch. t. II. f. 217.=La última mitad de la hom. XXIII. in epist. ad Hebræos, t. XII. f. 214.

San Ambrosio; «De Virginis lapsu.» Dudan algunos que este escrito sea del santo Doctor: la opinion afirmativa es la mas comun; y de todos modos la composicion es digna de tan esclarecido varon. t. IV. f. 449.=Algunos pasages de la primera oracion fúnebre de su hermano Satyrio, t. IV. f. 507 y de otras oraciones fúnebres pronunciadas por el mismo santo Doctor.

S. Agustín; muchos lugares de los libros de sus confesiones y de sus numerosos sermones.

El Nacianceno y Ciceron.

La peroracion de Ciceron «pro Milone» comienza en el núm. XXXI., pág. 449. del t. VI. Literatos de nota la elogian como la mejor de este orador y aun como la mas notable de todas las conocidas. No se puede disimular, sin embargo, que hay en esta composicion mas arte que naturalidad: Milon habia prohibido al orador romano excitar la conmiseracion de los jueces: Ciceron no podia privarse de esta arma poderosa, y queriendo cumplir con fidelidad el difícil encargo de su cliente, imploró la piedad de los jueces á favor de sí mismo. El tribunal se compadeció de Ciceron y elogió su discurso, pero condenó al acusado. La posicion del grande Nacianceno era muy diferente: la causa que sostenia era justa, bella, propia y personal: no podia menos de interesar un Obispo venerable, mas aun que por sus años, por sus grandes merecimientos, al decir un á DIOS eterno á su querido pueblo de Constantinopla: Ciceron era elocuente en sumo grado; pero ni era propia la causa que defendia, ni dejaba de ser la de un homicida.

Hé aquí la peroracion del Nacianceno.

Quid dicitis? Num vos his verbis permovemus, ac victoriam obtinuimus? an potius ad vestros animos inflectendos validior nobis adhibenda est oratio? Vos ergo per Trinitatem ipsam, quam nos colimus, et vos colitis, per comunem nostram spem, atque hujus populi coagmentationem obtestor: hoc mihi beneficium date, cum precibus dimittite. Hoc mihi sit dimicationis præconium: Missionis libellum mihi date, quemadmodum Imperatores militibus solent: ac, siquidem vestra voluntas tulerit, cum fausto et præclaro elogio et testimonio, ut honori meo consulatur: sin minus, utcumque vobis collibuerit: nihil ea re altercabor, quandiu Deus rerum nostrarum statum inspectabit. Quem igitur

tibi substituemus? dicet aliquis. Videbit sibi Dominus pastorem ad præfecturam, quemadmodum ovem vidit ad holocaustum. Hoc unum requiro, ut ex eorum numero sit, qui aliis invidiæ sunt, non miserationi, qui non in omnibus rebus cunctis obsequuntur, sed qui in quibusdam etiam ob recti studium in hominum offensionem incurrunt. Alterum enim in præsens jucundissimum est: alterum in posterum utilissimum. Ac vos quidem orationes discessui meo congruentes parate: ego autem his verbis extremum vos salutato. Vale Anastasia,¹ nomen a pietate habens. Tu enim nobis fidei doctrinam, quæ adhuc contemptui erat, excitasti. Vale, inquam, communis victoriæ sedes, nova Silo, in qua primum arcam fiximus, quadraginta annis in deserto circumactam incertisque sedibus vagantem. Tuque, o magnum hoc templum et nobile, nova hæreditas, quod magnitudinem, quam nunc habes, ab orthodoxa doctrina suscepisti: quodque nos, cum primus Jebus esses, Hierusalem effecimus. Vosque etiam aliæ ædes sacræ, huic dignitate proximæ alia aliam quamdam urbis partem complectens, quasi vincula quædam et compages, ac propinqua loca complectentes: quas cum hac corporis imbecillitatem, non nos, sed Dei gratia nobiscum, qui pro perditis, ac desperatis habebamur, implevit. Valet Apostoli præclara colonia, certaminis mei Magistri: etsi minus sæpe festa vestra celebravi, fortasse Pauli vestri Satanam ad utilitatem meam in corpore circumferens: ob quem nunc a vobis abscedo. Vale Cathedra, invidiosum hoc et periculosum fastigium, Pontificum concilium, sacerdotum, non minus majestate, quam ætate ornatorum, et quicumque tandem alii circa sacrosanctam mensam Deo ministratis, atque ad appropinquantem Deum appropinquatis. Valet Nazareorum chori, Psalmodiarum concentus, nocturnæ stationes, virginum sanctimonia, mulierum modestia,

1. Este era el nombre de la Basílica que el Santo hizo edificar, en el lugar de la casa donde se retiró, durante la persecucion de los arrianos.

viduarum et orphanorum cœtus, pauperum oculi, in Deum, et in nos intuentes. Valetè domus hospitales, et Christi amantes, infirmitatisque meæ adjutrices. Valetè sermonum meorum amatores, et cursus et concursiones, et calami, tam perspicui, quam occulti; atque hujus suggesti cancelli, a multitudine compressi, hominum audiendi studio sese mutuo protrudentium. Valetè Imperatores, et palatia atque omnes Imperatoris famuli, et cubicularii; siquidem Imperatori fideles, haudquam certum habeo: Deo autem magna ex parte infidi. Manibus plaudite, acute clamate, rhetorem vestrum in sublime tollite. Silvite vobis improba, et loquax lingua: nec tamen silebit. Pugnabit enim manu et atramento. Cæterum in præsentia consilivimus. Vale magna Civitas, et Christi amore prædita (vera enim testabor) et si non secundum scientiam hic zelus est. Benigniores nos disjunctio reddidit. Ad veritatem accedit: ad meliorem frugem tandem aliquando vos convertite. Deum, amplius quam consuevistis, colite. Non turpe est sententia mutare: sed in malo perseverare, funestum et exitiosum. Vale Oriens et Occidens, pro quibus et a quibus oppugnamur: testis ille est, qui pacatos nos reddet, si nonnulli secessionem meam imitentur. Non enim Dei quoque jacturam facient, qui thronis cesserint; sed supernam cathedram habebunt, his multo sublimiorem et tutiorem. Præter omnia, et ante omnia, clamabo, valetè Angeli, hujus Ecclesiæ præsidès, meæque præsentiae ac peregrinationis: si modo in manu Dei res nostræ sunt. Vale Trinitas, meditatio mea, et decus meum. His velim serveris, et hos serves, meum hunc populum (meus enim est, etiam si aliter gubernemur) atque audiam te quotidie, tum sermone, tum vita et moribus augeri, et in sublime attolli. Filioli, depositum quæso custodite. Mementote lapidationum mearum. Gratia Domini nostri Jesu Christi sit cum omnibus vobis, Amen.

t. I. Orat. XXXII. f. 465.

San Gregorio Nacianceno y Bossuet.

La peroracion de Bossuet de la oracion fúnebre de Condé, VENID PUEBLO, VENID PRÍNCIPES Y SEÑORES, etc. se encuentra en la página 124 de la edicion de Paris de 1823, y en la 234 de la de 1843.

La de S. Gregorio Nacianceno, es como sigue.

At ego media ex parte mortuus et dissectus Gregorius, utpote á magno illo socio abruptus, atque acervam et miseram vitam trahaens, ut consentaneum est eum, qui ab eo disjunctus sit, haud scio quemnam post illius disciplinam sine nanciscar. A quo nunc quoque per nocturnas visiones admoneor, et castigor, si quando ab officio recessero. Nec vero ego quidem luctus laudibus adjungo, atque illius vitam oratione pingo, ac tempori communem virtutis tabulam, salutiferumque omnibus Ecclesiis, omnibusque animis exemplum propono, in quod velut in vivam quandam legem intuentes vitam nostram dirigemus, vobis autem, qui ab ipso doctrina sacra imbuti estis, quidquam aliud suaserim, quam ut eum semper spectetis, ac tanquam ipse, et vos videat, et a vobis videatur, spiritu instruamini. Adeste jam, ac me circum sistite, omnis illius chorus, tam qui sacrarii estis, quam qui inferioris ordinis, tam qui ex nostris, quam qui ex exteris, encomium mecum conficite, alius aliam quampiam illius virtutem exponentes: et conquiritores, qui thronis insidetis legislatorem; qui Rempubli- cam geritis civitatis principem, ac velut conditorem, plebeji moderatorem; litterarum studiosi præceptorem, virgines pronubum, conjugatæ pudicitiae magistrum, solitarii eum qui vobis pennas addebat, cœnobiaci judicem, simplices itineris ducem, speculationis amantes theologum, hilares frænum, calamitosi solatium, senes baculum, juvenes pedagogum, pauperes largitorem, locupletes dispensatorem. Quin mihi quoque videntur et viduæ patronum suum laudaturæ, et orphani patrem, et pauperes pauperum amatorem, et peregrini hospitem, et fratres fratrum amatorem, et ægrotantes medi-

cum cujuscumque volueris morbi et medicinæ, et sanitatis custodem, omnes denique eum qui omnibus omnia factus est, ut omnes, aut certe quamplurimos lucrificeret. Habes hæc á nobis Basili, hoc est, á lingua quondam tibi suavissima, atque honore et ætate æquali. Quæ si ad virtutis tuæ meritum prope accesserint, beneficium id tuum est: te enim fretus, hanc orationem institui. Sin autem longe infra illius dignitatem et spem tuam substiterint, quid facerem, homo, et senectute, et morbo, et tui desiderio confectus? Quamquam Deo quoque gratum est, quod pro viribus efficitur. Tu vero, sacrum et divinum caput, e cælo nos quæso inspice, carnisque stimulum a Deo nobis ad disciplinam datum, aut precibus tuis siste, aut certe, ut cum forti animo perferamus, persuade: atque omnem nostram vitam ad id, quod maxime conducibile est, dirige: nosque, posteaquam ex hac vita migraverimus, illic quoque tabernaculis tuis excipe: ut simul viventes, et sanctam ac beatam Trinitatem, cujus nunc exiguam speciem et imaginem accepimus, purius pleniusque cernentes, desideriis nostris finem statuamus, ac bellorum eorum, quæ intulimus, vel pertulimus, hoc præmium referamus. Atque hanc quidem a nobis orationem habes: nos autem vitam post te cum morte commutantes, quis laudaturus est? Si quid tamen laude dignum orationi suppeditemus, in Christo Jesu Domino nostro, cui gloria in sæcula. Amen. t. I. orat. XX. f. 536.

Epílogos de recapitulacion, de mocion y de ambos métodos á la vez.

El libro de S. Agustin, «de bono viduitatis» que se cita en la pág. 446, está en el f. 431 del t. VI. de las obras del santo Doctor.

Pueden consultarse como epílogos de movimiento afectuoso los siguientes:

El de la obra «de divinis institutionibus» de Lactancio, t. I. f. 589. = Los de S. Cipriano «de exhortatione mart.» c. XII. f. 622. y el del libro «de mortalitate»

f. 558.—De S. Basilio, el de su hom. XIII. exhortat. ad Sanct. baptisma., t. II. f. 121.—De S. J. Crisóstomo, el de la hom. V. in epist. ad Rom., t. IX. f. 469.—De S. Agustin, el de su sermón XIX., citado en esta misma lección.

Antes hemos indicado epílogos de recapitulacion ó enumeracion.

En los siguientes usaron sus autores ambos métodos:

S. J. Crisóst., hom. in illud «Ego Dominus feci lumen» etc. t. VI. f. 156.

San Agustin, serm. CCLVI. t. V. f. 1193.—Serm. CII. f. 612.—Serm. CCCXLV. f. 1521.—S. Basilio en los de las homilias I, II, III, IV y VI. de su Hexaëmeron, t. I. ff. 11, 21, 52, 59 y 62. Véase igualmente la hom. «in Marty. Julittam» n. 7. t. II. f. 52.

San Agustin solia terminar excitando á los fieles á hacer una deprecacion. En muchos sermones, como en el LXVII. t. V. f. 457, se leen estas deprecaciones; otros concluyen con estas palabras; «conversi ad Dominum.» etc.

LECCION XXI.

Simultaneidad, comunicacion recíproca de los fenómenos del alma é impenetrabilidad de tan misterioso conjunto.

Quæ cum ita sint, obsecro te, cum agitur in teipsa hoc tam grande negotium; cum ab exterioribus interiora distinguis, atque illa istis ineffabiliter anteponis; cumque istis foris relictis, in illis intrinsecus demoraris, et ea suis quibusdam incorporalibus finibus metiendo iudicas, in nulla te putas, an in aliqua luce versari? Ego enim existimo quod tanta tibi et talia, tam vera, tam clara, tam certa videri sine luce non possunt. Ipsam igitur lucem in qua cuncta illa perspicis, intuere; et vide utrum ad eam possit accedere ullus corporeorum radius oculorum: profecto non potest. Attende etiam; et

utrum in ea videas ulla locorum spatia vel intervalla, responde. Nihil ibi tale, ut arbitror, invenis, si vigilanter abigis ab aspectu intimo quidquid imaginum corporalium exterioris hominis sensus invexit: sed forte difficile est. Irruit enim de consuetudine carnalis vitæ, in ipsos quoque interiores oculos turba phantasmatum in similitudinibus corporum: cui resistere conatus, saltem auctoritate divina, exclamavi dolens in illa brevi epistola, et dixi: *Audiat caro carnalibus cogitationibus ebria, Spiritus est Deus.* (Epist. 92. n. 5.) Neque enim cujusquam magis quam etiam ipsam meam mentem ab hujusmodi vanitate, illa increpatione compescui. Facilius quippe inclinamur ad solita, et amicum est infirmitati humanæ animæ corporalem conversationem introrsus vel mittere vel admittere, non ubi sana consistat, sed ubi languida quodammodo aut incumbat aut jaceat.

Proinde si non potes aciem mentis tuæ a corporearum similitudinum quasi nubilo perspicue serenare, eas ipsas apud teipsam vigilanter attende: intuere cælum et terram cogitando, sicut oculis corporeis cernendo consuesti; easque imagines cæli et terræ quæ ante oculos cogitationis productæ sunt, vide similitudines corporum esse, non corpora. S. Aug. epist. CXLVII., seu de vidento Deo Liber, t. II. f. 615.

Véase sobre esta misma materia S. Gregorio Nacianceno, en su orac. XXVI., con especialidad el principio y el fin de la misma, t. I. ff. 397-405. = Orac. XXXIV. ff. 481-487. = Orac. XLII. poco despues del principio, f. 603.

Grande profundum est ipse homo, cujus etiam capillos tu, Domine, numeratos habes, et non minuuntur in te: et tamen capilli ejus magis numerabiles sunt quam affectus ejus, et motus cordis ejus. S. Aug. Confes. l. IV. c. XIV. t. I. f. 702.

Misterios de la palabra: su debilidad para expresar los objetos intelectuales.

Véanse los pasages de S. Agustin, que hemos copiado en la leccion III. de esta segunda parte, pag. 208.

Quæ enim animo et ratione intelliguntur, quamvis infinita nomina habeant (quandoquidem in unaquaque natione quam plurimis nominibus appellantur) tamen extra omnem appellationem posita sunt: quoniam rerum earum, quæ animo intelliguntur, ac corpore vacant, nomen proprium nullum est. Quonam enim modo vocari queant, quæ ne in conspectum nostrum cadunt, nec humanorum sensuum instrumentis ullo modo capi possunt? S. G. Nacianc. orat XLV. t. I. f. 638. El santo Doctor se ocupa en exponer las mismas observaciones en otros discursos; por ejemplo, en su oracion XXXIV. t. I. f. 474.

Dei quidem jugiter meminisse, res pia est, et qua Dei amans animus nunquam exsaciatur: quæ vero sunt Dei, sermone prosequi audax cœptum fuerit; cum mens nostra longo intervallo a rerum dignitate absit, rursusque sermo obscure ac imperfecte intellecta exprimat. Itaque si intelligentiam nostram longe superet rerum magnitudo, sermo autem ab ipsa intelligentia superetur, quomodo silere necesse non fuerit, ne forte theologiæ dignitas ex verborum tenuitate periclitari videatur? S. Basil. hom. XV. De fide, n. 1. t. II. f. 130.

Plerique acumine intelligendi vivaces existunt, sed loquendi inopia angustantur. S. Isid. Hispal. Sent. l. III. c. X. n. 3. t. II. f. 102.

Nam et mihi prope semper sermo meus displicet. Melioris enim avidus sum, quo sæpe fruor interius, antequam eum explicare verbis sonantibus cœpero: quod ubi minus quam mihi notus est evaluero, contristor linguam meam cordi meo non potuisse sufficere; totum enim quod intelligo, volo ut qui me audit intelligat; et sentio me non ita loqui, ut hoc efficiam: maxime quia ille intellectus quasi rapida coruscatione perfundit animum; illa autem locutio tarda et longa est, longeque dissimilis: et dum ista volvitur, jam se ille in secreta sua condidit.... Quapropter conjiciendum est quantum distet sonus oris nostri ab illo ictu intelligentiæ, quando ne ipsi quidem impressioni memoriæ similis est. Nos

autem plerumque in auditoris utilitatem vehementer ardentis, ita loqui volumus, quemadmodum tunc intelligimus, cum per ipsam intentionem loqui non possumus: et quia non succedit angimur, et velut frustra operam insumamus, tædio marcescimus atque ex ipso tædio languidior fit idem sermo, et hebetior quam erat, unde perduxit ad tædium. S. Aug. De catechizandis rudib. cap. II. t. VI. f. 311.

Pensamientos del Nacianceno y de Pascal.

Cæterum ducem potius fidem, quam rationem sequamur, si modo ingenii tui imbecillitatem in propinquiorebus didicisti, rationisque id esse cognovisti, ut quænam sint ea, quæ rationis humanæ captum excedant, cognoscas: ne alioqui prorsus terrenus sis, rebusque terrenis immersus, ipsam quoque ignorantiam tuam ignorans. S. Greg. Nazianz. orat. XXXIV. t. I. f. 495.

LECCION XXII.

Pensamientos y expresion.

Talis doctor.... in ipso etiam sermone malit rebus placere quam verbis; nec æstimet dici melius, nisi quod dicitur verius; nec doctor verbis serviat, sed verba doctori.... Verbis enim contendere, est non curare quomodo error veritate vincatur, sed quomodo tua dictio dictioni præferatur alterius. S. Aug. de doctr. christ. l. IV. c. XXVIII. t. III. f. 119.

El pasage de S. Agustin sobre la excelencia de la palabra que mencionamos en la pag. 123, está tomado del lib. II. de la doctrina cristiana y le hemos copiado en la lec. I. de esta segunda parte, p. 202.

Estilo: S. Agustin y S. Basilio.

Stylus ferreus alia parte qua scribamus, alia qua de-
leamus, affabre factus est, et in suo genere pulcher, et
ad usum nostrum accommodatus. At si quispiam ea
parte scribere qua deletur, et ea velit delere qua scri-
bitur, nullo modo stilum malum fecerit, cum ipsum
factum jure vituperetur: quod si corrigat, ubi erit ma-
lum? S. Aug. De vera Relig. cap. XX. t. III. f. 138.

Stylus ejus (S. Cypriani) habet quandam propriam
faciem, qua possit agnosci. S. Aug. epist. XCIII. n. 59.
t. II. f. 340.

Fieri enim non potest, nisi aliter atque aliter afficiant
loquutum atque dicturum, ut sermo qui profertur,
affectionis animi a quo profertur, quendam quasi vul-
tum gerat. S. Aug. de catechiz. rudibus, cap. XV. t. VI.
f. 328.

Verum illud malueram tuis nosse rescriptis, utrum
mihi veniam quam popo ceram dederis: quod apertius
mihi intimari cupio; quamvis hilarior quidam vultus
litterarum tuarum, etiam hoc me impetrasse, significare
videatur. S. Aug. Hieronymo, epist. LXXXII. n. 1. t. II.
f. 276.

Agnovi epistolam tuam, velut qui amicorum liberos
ex apparente in ipsis similitudine cum parentibus cog-
noscunt. S. Basilius, Gregorio epist. II. t. III. f. 70.

Imagines veræ animorum sunt sermones. Cognovimus
itaque te ex litteris. S. Bas., Maximo epist. IX. t. III. f. 90.

Nam aquarum ribulus fontem suum indicat: sermonis
autem natura pectus, unde emanavit, depingit ac de
signat. S. Bas., epist. CXXXIV. t. III. f. 225.

Vidi tuum animum in litteris. Nam revera pictor nu-
llus tam accurate corporis effigiem assequi potest, quam
oratio mentis arcana exprimere. Nam et morum gravi-
tatem, et honoris veritatem, et animi in omnibus since-
ritatem apte nobis effinxit litterarum sermo. S. Bas.,
Jovino comiti epist. CLXIII. t. III. f. 253.

Plus enim quam gemini facti sumus, iis quæ a te

scripta sunt perfruentes. Erat enim revera et tuam ipsius intueri animam, velut in speculo quodam, ita in sermone relucentem. S. Bas., Ascholio Episcopo epist. CLXV. t. III. f. 255.

El religioso silencio con que se oye al predicador, es, segun S. Agustín, una razon de mas, para que aquel se exprese con claridad.

Véase el c. X. del l. IV. de la doctrina cristiana, del que hemos copiado algunas líneas en la leccion XIII. de esta segunda parte, página 295.

Claridad: S. Agustín, su doctrina y ejemplo.

Censuró Cresconio á S. Agustín porque llamaba Donatistas y no Donacianos á los partidarios de Donato: repuso el Santo que la costumbre, que es la ley en la materia, era llamarles Donatistas, denominacion clara é inteligible. Burlóse luego con mucha finura, de que Cresconio en cuestiones tan graves se detuviera en la declinacion de un nombre, cuyo significado carecia de toda ambigüedad; y recuerda la respuesta de Demóstenes á Esquines, cuando habiéndole hecho este algunos reparos sobre la pureza de su language, contestó aquel, que los intereses vitales de la Grecia no dependian del acertado ó errado uso de una que otra palabra. Permitasenos con este motivo copiar una ironía cuya finura y delicadeza no conocerá, quien no tenga presente, que Cresconio, para eludir el entrar en discusion con San Agustín, habia pretextado que la destreza con que el santo Doctor manejaba la dialéctica y la elocuencia podria envolver á los sostenedores de una buena causa.

Sed ego ea in re, in qua nihil causæ nostræ minuitur, me facillimum præbeo, et quando tecum ago, jam Donatianos voco; quando autem cum aliis, consuetudinem potius sequor, quæ his sonis jure dominatur: tu tantum memento, me, cui tantam tribuisti eloquentiam, nondum nosse nomina declinare, et nuntia vestris se-

curitatem, ne jam timeant tanquam dialecticum, cui vi-
des adhuc necessarium esse grammaticum. Contra
Crescon. gramm. l. II. t. IX. f. 468.

Hemos dicho que S. Agustin á pesar de ser tan buen
literato y humanista, quiere que el orador cristiano, á
trueque de ser claro, falte, si no lo puede evitar, á las
reglas de la gramática é invente términos nuevos, espe-
cialmente si derivan de los ya usados; y hemos añadido
que el santo Doctor puso en práctica esta doctrina en
muchas ocasiones. Los pasages que indicamos á conti-
nuacion, comprueban cuanto hemos asentado, y su lec-
tura será muy agradable á los jóvenes.

De doct. christ. l. II. c. XIII. t. III. f. 44. = L. III.
c. III. f. 67. = L. IV. cc. VIII, IX. y X. f. 98. = De Gen.
contr. Manich. l. I. c. I. t. III. f. 173. = Enarrat. in
Psalm. XXXVI. serm. III. t. IV. f. 586. = In Psalm. L.
n. 19. f. 597. = In Psalm. CXXXVIII. f. 1796. = Serm.
XXXVII. n. 14. t. V. f. 228. = Serm. CCXCIX. n. 6.
f. 1571.

La solicitud con que S. Agustin procuraba que sus
oyentes le entendiesen, se vé en las palabras con que
hemos concluido la leccion XVII, (p. 88.) tomadas del
tratato XXIX sobre el Evangelio de S. Juan. t. III. f. 1629.

San Basilio observa tambien que debe preferirse la
claridad á la sonoridad de las palabras y á la elegancia
de la frase. In Hexaëmeron, hom. VI. n. 2. t. I. f. 51.

Caridad de S. Agustin.

Dico vobis, libero animam meam. In magno enim
sum, non periculo, sed exitio constitutus, si tacuero.
Sed cum ego dixero, et implevero officium meum, vos
jam attendite periculum vestrum. Quid autem volo? quid
desidero? quid cupio? quare loquor? quare hic sedeo?
quare vivo? nisi hac intentione, ut cum Christo simul
vivamus? Cupiditas mea ista est, honor meus iste est,
gloria mea ista est, gaudium meum hoc est, possessio
mea ista est. Sed si non me audieritis, et tamen ego

non tacuero, animam meam liberabo. Sed nolo salvus esse sine vobis. S. Aug. serm. XVII. t. V. f. 125.

Quando facimus ista cum gaudio? Quando videmus homines proficere in verbis Dei. Quando laborat cum gaudio operarius in agro? Quando attendit arborem, et fructum videt; quando attendit segetem, et frugum in area prospicit ubertatem: non sine causa laboravit, non sine causa dorsum curvavit, non sine causa manus attrivit, non sine causa frigus et æstum toleravit. Hoc est quod ait, *Ut cum gaudio hoc faciant, et non cum tristitia; non enim expedit vobis.* Numquid dixit, Non illis expedit. Non; sed dixit, *Non expedit vobis.* Nam illi præpositi quando contristantur de malis vestris, expedit illis; ipsa tristitia prodest illis: sed non expedit vobis. Nihil autem nobis volumus expedire, quod non expedit vobis. Simul ergo in Dominico agro, fratres, bonum operemur; ut simul de mercede gaudeamus. S. Aug. serm. LXXXII. t. V. f. 515.

Unde admonemus charitatem vestram, et vos exhortamur in Domino, præsentia contemnatis, fratres mei, quæ non vobiscum moriendo portatis: caveatis peccata, caveatis iniquitates, caveatis sæculares cupiditates. Tunc enim est fructus noster, in nobis integer, et merces nostra apud Dominum plena gaudiorum. Nam etsi dicimus quod dicendum est, etsi prædicamus quod prædicandum est, et solvimus nos apud Dominum in conspectu Domini, quia non tacuimus quod timemus, non tacuimus quod amamus, ut super quem venerit gladius vindictæ dominicæ, quid speculatori imputet non inveniatur: tamen nolumus mercedem nostram securam esse vobis perditis, sed vobis inventis. S. Aug. serm. CCCLIX. t. V. f. 1597.

En el lenguaje del pueblo cristiano, hay un gran fondo de sabiduria.

Ipsa lingua popularis, plerumque est doctrina salutaris. S. Aug. in psalm. XXXII. enarratio II. n. 4. t. IV. f. 279.

Sed in eisdem tribus libris meis, non mihi placet toties me appellasse fortunam (*Lib. I. c. I. n. 1 et 7*); quamvis non aliquam deam voluerim hoc nomine intelligi, sed fortuitum rerum eventum, vel in corporis nostri, vel in externis bonis aut malis. Unde et illa verba sunt, quæ nulla religio dicere prohibet, forte, forsan, forsitam, fortasse, fortuito: quod tamen totum ad divinam revocandum est providentiam. Hoc etiam ibi non tacui, dicens: *Etenim fortasse, quæ vulgo fortuna nominatur, occulto quodam ordine regitur; nihilque aliud in rebus casum vocamus, nisi cujus ratio et causa secreta est.* Dixi quidem hoc, verumtamen pœnitet me sic illic nominasse fortunam, cum videam homines habere in pessima consuetudine, ubi dici debet, Hoc Deus voluit, dicere, Hoc voluit fortuna. S. Aug. *Retract. l. I. c. I. t. I. f. 585.*

Gramática.—S. Agustin.

Atqui scias velim totam illam scientiam, quæ grammatica græce, latine autem litteratura nominatur, historiæ custodiam profiteri, vel solam, ut subtilior docet ratio; vel maxime, ut etiam pingua corda concedunt. Itaque, verbi gratia, cum dixeris, *cano*, vel in versu forte posueris, ita ut vel tu pronuntians producas hujus verbi syllabam primam, vel in versu eo loco ponas, ubi esse productam oportebat; reprehendet grammaticus, custos ille videlicet historiæ, nihil aliud asserens cur hunc corripere oporteat, nisi quod hi qui ante nos fuerunt, et quorum libri extant tractanturque a grammaticis, ea correpta, non producta usi fuerint. Quare hic quidquid valet, auctoritas valet. S. Aug. *De musica l. II. c. I. t. I. f. 1099.*

Quod vero ex illis ad id quod quærimus opus est, ne te, quæso, mater, hæc velut rerum immensa quædam silva deterreat. Etenim quædam de omnibus eligentur numero paucissima, vi potentissima, cognitione autem multis quidem ardua; tibi tamen, cujus ingenium quotidie mihi novum est, et cujus animum vel ætate vel

admirabili temperantia remotissimum ab omnibus nugis, et a magna labe corporis emergentem, in se multum surrexisse cognosco, tam erunt facilia quam difficilia tardissimis miserrimeque viventibus. Si enim dicam te facile ad eum sermonem perventuram, qui locutionis et linguæ vitio careat, profecto mentiar. Me enim ipsum, cui magna necessitas fuit ista perdiscere, adhuc in multis verborum sonis Itali exagitant; et a me vicissim, quod ad ipsum sonum attinet, reprehenduntur. Aliud est enim esse arte, aliud gente securum. Solæcios autem quos dicimus, fortasse quisque doctus, diligenter attendens in oratione mea reperiet; non enim defuit qui mihi nonnulla hujusmodi vitia ipsum Cicero-
nem fecisse peritissime persuaserit. Barbarismorum autem genus nostris temporibus tale compertum est, ut et ipsa ejus oratio barbara videatur, qua Roma servata est. Sed tu, contemptis istis vel puerilibus rebus, vel ad te non pertinentibus, ita grammaticæ pene divinam vim naturamque cognoscis, ut ejus animam tenuisse, corpus reliquisse disertis videaris. S. Aug. De ordine, lib. II. c. XVII. t. I. f. 1015.

Sed earum solum de grammatica librum absolvere potui, quem postea de armario nostro perdi. . . . Est autem grammatica vocis articulatae custos et moderatrix disciplina. S. Aug. Retract. l. I. c. VI. t. I. f. 594. = Soliloquiorum l. II. c. XI. t. I. f. 894.

Pueden consultarse varios pasages de los libros de la doctrina cristiana; por ejemplo, el capítulo XIII. del libro II. t. III. f. 44.

Perífrasis.

Socrates y Casiodoro se expresaron de una manera muy diferente, que S. Atanasio y el Nacienceno, al referir la muerte de Arrio. Socrates, Hist. l. I. c. XXV., Colonia 1570. = Casiodoro, Hist. tripart. l. III. c. X. t. I. f. 242. = S. Atanasio, carta á los Obispos de Egipto, etc. n. 19. t. I. f. 289. = S. Greg. Nac., discurso XXI. t. I. f. 343, y discurso XXVII. f. 409.

Laconismo.

Explica, en que consiste, S. Gregorio Nacianceno en una carta tan corta como bella, escrita á Nicobulo, t. I. f. 717.

Paréntesis.

At o Pascha, magnum inquam et sacrum Pascha, totiusque mundi piaculum (te enim quasi vita præditum alloquar) o Verbum Dei, et lux, et vita, et sapientia, et potentia (omnibus enim nominibus tuis oblector). O magnæ illius mentis soboles, et progressio, ac signaculum! o Verbum intellectile, et homo aspectabilis, qui omnia potentiæ tuæ verbo devincta portas, hanc velim orationem, non ut primitias, sed ut extremam fortasse oblationem nostram habeas, quam tibi duplici nomine offero, tum ut pro acceptis beneficiis tibi gratias agam, tum ut te supplex rogem, ne ad sacras et necessarias curas, in quibus omnis vita nostra versata est, quidquam afflictionis adjicias: ac corporis in nos tyrannidem (quæ, quanta sit, vides, Domine, quamque me curvet,) vel sententiam tuam, siquidem a te purgemur, sistas atque comprimas. Quod si, qualem expetimus, vitæ finem nanciscamur, atque in cœlestia tabernacula recipiamur, illic quoque tibi fortasse super altari tuo sancto grata sacrificia offeremus, o Pater, et Verbum, et Spiritus Sancte; quia tibi debetur omnis gloria, honor, et imperium, in sæcula sæculorum. Amen. S. Greg. Nacianc. Orat. XLII. t. I. f. 618.

Lo mismo puede observarse en la oracion XXXIV. f. 475. y en otras muchas que no cito, porque á cada paso se encuentran en los escritos de este grande orador, estos pequeños lunares.

Disyuncion y ayuntamiento.

Vincebant improbi, atque adversus Basilium exilium decernitur: nec quidquam eorum, quæ ad eam rem atti-

nebant, desiderabatur. Nox aderat, in promptu currus, in plausu hostes, in luctu pii: nos parati atque alacris viatoris latus cingebamus: nihil denique, quod ad præclaram ignominiam spectaret, requirebatur. Sed quid accidit? Exsilii decretum Deus rescindit. S. Greg. Nac. Orat. XX. t. I. f. 317.

Quid est enim aliud quod per Prophetam dixit, *Ero illorum Deus, et ipsi erunt mihi plebs*; nisi, Ego ero unde satientur, ego ero quæcumque ab hominibus honeste desiderantur, et vita, et salus, et victus, et copia, et gloria, et honor, et pax, et omnia bona? Sic enim et illud recte intelligitur, quod ait Apostolus, *ut sit Deus omnia in omnibus*. Ipse finis erit desideriorum nostrorum, qui sine fine videbitur, sine fastidio amabitur, sine fatigatione laudabitur. Hoc munus, hic affectus, hic actus profecto erit omnibus, sicut ipsa vita æterna, communis. S. Aug. De civit. Dei l. XXII. c. XXX. n. 4. t. VII. f. 801.

En el n. 16 del c. IV. de la carta CXXXVII. de San Agustín, t. VI. f. 525, hay bellos modelos de disyuncion.

Utilidad de la lectura de buenos modelos, y del estudio de la gramática.

Si autem ipsius linguæ nostræ aliqua verba locutionesque ignoramus, legendi consuetudine audiendique innotescunt. Nulla sane sunt magis mandanda memoriæ, quam illa verborum locutionumque genera quæ ignoramus; ut cum vel peritior occurrerit de quo quæri possint, vel talis lectio quæ vel ex præcedentibus vel consequentibus vel utrisque ostendat quam vim habeat, quidve significet quod ignoramus, facile adjuvante memoria possimus advertere et discere. S. Aug. De doctr. christ. l. II. c. XIV. t. III. f. 45.

El santo Doctor observa la importancia de la gramática en el l. II. del orden c. XI. f. 4011: reconoce en este arte una fuerza casi divina, en el c. XVII. f. 4016.

Mas adelante en la leccion XXVIII. copiarémos al-

gunos pasages de S. Agustin, en los que se recomienda el estudio de buenos modelos.

El conocimiento del language figurado es útil y aun necesario para la inteligencia de la sagrada Escritura.

Sciunt autem litterati, modis omnibus locutionis, quos grammatici græco nomine tropos vocant, auctores nostros usos fuisse, et multiplicius atque copiosius, quam possunt existimare vel credere qui nesciunt eos, et in aliis ista didicerunt. Quos tamen tropos qui noverrunt, agnoscunt in Litteris sanctis, eorumque scientia ad eas intelligendas aliquantum adjuvantur. Sed hic eos ignavis tradere non decet, ne artem grammaticam docere videamur. Extra sane ut discantur admoneo, quamvis jam superius id admonuerim, id est, in secundo libro, ubi de linguarum necessaria cognitione disse-rui.... Istorum autem troporum non solum exempla, sicut omnium, sed quorundam etiam nomina in divinis Libris leguntur, sicut allegoria, ænigma, parabola. Quamvis pene omnes ii tropi, qui liberali dicuntur arte cognosci, etiam in eorum reperiantur loquelis, qui nullos grammaticos audierunt, et eo quo vulgus utitur, sermone contenti sunt. Quis enim non dicit, sic floreas? qui tropus metaphora vocatur. Quis non dicit piscinam etiam quæ non habet pisces, nec facta est propter pisces, et tamen a piscibus nomen accepit? qui tropus catichresis dicitur.

Longum est isto modo cæteros persequi: nam usque ad illos pervenit vulgi locutio, qui propterea mirabiliores sunt, quia contra quam dicitur significant, sicuti est quæ appellatur ironia vel antifrasis. Sed ironia pronuntiatione indicat quid velit intelligi, uti cum dicimus homini mala facienti, Res bonas facis: antifrasis vero ut contraria significet, non voce pronuntiantis efficitur, sed aut verba habet sua, quorum origo e contrario est, sicut appellatur lucus, quod minime luceat; aut consuevit aliquid ita dici, quamvis dicatur etiam non e con-

trario, veluti cum quærimus accipere quod ibi non est, et respondetur nobis, Abundat; aut adjunctis verbis facimus ut a contrario intelligatur quod loquimur, veluti si dicamus, Cave illum, quia bonus homo est. Et quis talia non dicit indoctus, nec omnino sciens qui sint, vel quid vocentur hi tropi? Quorum cognitio propterea Scripturarum ambiguitatibus dissolvendis est necessaria, quia cum sensus, ad proprietatem verborum si accipiat, absurdus est, quærendum est utique ne forte illo vel illo tropo dictum sit quod non intelligimus; et sic pleraque inventa sunt quæ latebant. S. Aug. De doct. christ. l. III. c. XXIX. t. III. f. 80.

Nam ubicumque velut aliud dicitur ut aliud intelligatur, etsi nomen ipsius tropi in loquendi arte non invenitur, tropica locutio est. Quæ cum fit ubi fieri solet, sine labore sequitur intellectus: cum vero ubi non solet, laboratur ut intelligatur, ab aliis magis, ab aliis minus, sicut magis minusve dona Dei sunt in ingeniis hominum, vel adjutoria tribuuntur. Proinde sicut in verbis propriis, de quibus superius disputavimus, ubi res ut dicuntur intelligendæ sunt; sic in translatis quæ faciunt tropicas locutiones, ubi aliud ex alio intelligendum est, de quibus hucusque quantum visum est, satis egimus; non solum admonendi sunt studiosi venerabilium Litterarum, ut in Scripturis sanctis genera locutionum sciant, et quomodo apud eas aliquid dici soleat vigilanter advertant, memoriterque retineant; verum etiam, quod est præcipuum et maxime necessarium, orent ut intelligant. S. Aug. de doct. christ. l. III. c. XXXVII. n. 56. t. III. f. 88.

El santo Doctor se ocupa frecuentísimamente en la explicacion del lenguaje figurado, en sus libros de la doctrina cristiana: el III. está casi exclusivamente consagrado á esta meteria: véanse con especialidad los pasages siguientes: l. II. c. X. t. III. f. 42. = c. XVI. f. 46. = l. III. c. V. f. 68. = c. X. n. 14. f. 71. = c. XV. n. 25. f. 74. = cc. XXIV. y XXV. f. 78.

En el libro IV analiza como buen maestro muchos

pasages de la sagrada Escritura, y observa con este motivo varias locuciones figuradas y trópicas. Puede consultarse tambien el n. 24. del c. X. del libro «contra mendacium,» donde el santo Doctor hace mencion de muchas figuras retóricas. t. VI. f. 552.

In Heptateuchum, locutionum libri septem. S. Aug. t. III. f. 485. En estos libros, como hemos dicho, observa el santo Doctor muchas locuciones figuradas.

Lenguage natural, figurado y trópico.

Propria dicuntur cum his rebus significandis adhibentur, propter quas sunt instituta.... Translata sunt, cum et ipsæ res quas propriis verbis significamus, ad aliud aliquid significandum usurpantur. S. Aug. de doct. christ. l. II. c. X. t. III. f. 42.

Jacob erat non fictus; sed vafurum et malignum vicit Esau. *Nam in pravam et malignam animam non intrabit sapientia. Omnis amaritudo tollatur a vobis: ne maneant quidem reliquæ. Nam si hoc motum fuerit, solet ut ab aliqua scintilla integrum intus excitare rogam.* S. Joan. Chrys. in epist. ad Ephes. hom. XV. n. 2. t. XI. f. 112.

Magna præcavisti, de minutis, quid agis? An non times minuta? projecisti molem, vide ne arena obruaris. S. Aug. Enarrat. in psalm. XXXIX. n. 22. t. IV. f. 448. —Ista omnia si colligantur contra nos, num ideo non premunt, quia minuta sunt? Quid interest, utrum te plumbum premat an arena? Plumbum una massa est, arena minuta grana sunt, sed copia te premunt. Minuta sunt peccata: non vides de guttis minutis flumina impleri, et fundos trahi? Minuta sunt, sed multa sunt. S. Aug. serm. LVI. c. IX. t. V. f. 585. —La misma idea expresa el Santo, en el c. XI. del sermon IX. f. 88.

LECCION XXIV.

De la descripcion.

Legi orationem tuam, o sapientissime, et valde admiratus sum. O musæ, et litteræ, et Athenæ, qualia largimini vestris amatoribus! Quales fructus ferunt, qui per breve quoddam tempus vobiscum versantur! O fontem large se effundentem, quales præstitit haurientes! Ipsum enim morosum videbar mihi videre in oratione cum garrula mulierecula versantem. Vivum enim et animatum sermonem scripsit in terra Libanius, qui solus verbis animam largitus est. S. Basil. epist. CCCLIII. t. III. f. 461.

Descripcion.

No podemos copiar: nos lo impiden los límites de este trabajo: las descripciones que vamos á citar son bellas y algunas pueden competir con las mas notables que se leen en los escritores, tanto antiguos como modernos.

Descripcion del lugar campestre á donde se habia retirado S. Basilio. S. Basil. epist. XIV. Gregorio sodali, t. III. f. 95.—De la vida pastoril. S. Greg. Nacianc. orat. I. t. I. f. 5.—S. Basilio hom. XXXII. In S. Martyrem Mamantem, n. 3. t. II. f. 156.—Del mar tranquilo. S. Basil. In Hexaem. hom. IV. n. 6. t. I. f. 38.—Del sueño. Lactanc. de opificio Dei c. XVIII. t. II. f. 120.—De la amistad. S. Greg. Nacianc. orat. XX. t. I. f. 298.—Del estado físico y moral del mundo en tiempo de S. Cipriano: el mismo «ad Demetrianum» f. 505.—De una ciudad afligida por las calamidades de la sequedad y del hambre. S. Basil. en su homilia «dicta tempore famis et siccitatis» t. II. f. 62.—De una ciudad consternada. S. Juan Crisóstomo en varios pasages de sus homilias llamadas DE STATUIS, predicadas al pueblo de Antioquía, con especialidad en la homilia II. t. II. f. 20.—Y en la XXI. f. 213.—Del colérico. S. Basil. hom. «adversus eos qui irascuntur» n. 2. t. II. f. 84.—Del ébrio. S. Basil. hom. «in ebriosos» n. 7. t. II. f. 128.

Del dolor de Abraham. S. Ambr. De Abraham. l. I. c. VIII. t. I. f. 234.—Del hombre elevado y unido á Dios en la meditacion. S. Greg. Nacianc. oracion I. t. I. f. 4.

Ac quemadmodum equus præcipitium et præruptum transilire parans, conatum intendit ut transeat, ut vero profunditatem intuetur, obstupescit, contrahiturque: hinc ubi videt equitem acrius instare, rursus tentat, idipsumque quod antea, patitur, necessitatem vimque sibi illatam ostendens, stat diu hinniens ad oram prærupti, ut sibi animos faciens, demum transilire audeat, etc.... S. Joann. Chrys. hom. in hoc Apostoli, etc. «Utinam sustineretis,» etc. n. 4. t. III. f. 294.

Se describe la actitud de un amanuense impaciente.

....Verum accito notario; aut statim dicto quodquumque in buccam venerit; aut si paululum voluero cogitare, melius aliquid prolaturus, tunc me tacitus ille reprehendit; manum contrahit; frontem rugat; et se frustra adesse toto gestu corporis contestatur. S. Hieron. Comment. epist. ad Galat. c. V. t. IV. f. 289.

Retratos característicos.

De Osio, por S. Atanasio, «Apología de fuga sua,» n. 5. t. I. f. 322.—Del Nacianceno, por S. Basilio, epist. XCVIII. Eusebio Episc. n. 2. t. III. f. 192.—De Melecio de Antioquía, por el Nacianceno, en el poema de su vida, t. II. f. 19.—De Fausto Maniqueo, por S. Agustín, «contra Faustum» l. I. c. I. t. VIII. f. 207.

Hipérbole.

La define S. Agustín en el capítulo XXI. del libro XVI. de la Ciudad de Dios, t. VII. f. 499. y en el capítulo III. n. 10. del libro V. contra Juliano Pelagiano, t. X. f. 788.

La hipérbole de S. Agustín que hemos citado en la página 156, se lee en el sermón XXXIX. t. V. f. 245. y la de S. Gerónimo, en su libro «adversus Luciferianos.» t. IV. f. 500.

Sobre estas palabras de S. Pablo, «sicut ante dixi, et rursum nunc dico», dice el Crisóstomo; «Ne putares

ea verba ab ira profecta esse, aut per hyperbolem magnificentius quam pro re dicta, aut impetu cursuque sermonis raptim excidisse, repetit eadem. In c. I., comment. in epist. ad Galat. t. X. f. 670.

San Agustín censura una hipérbole suya.

Mirabar enim cæteros mortales vivere, quia ille, quem quasi non moriturum dilexeram, mortuus erat; et me magis, quia illi alter eram, vivere illo mortuo mirabar. Bene quidam dixit de amico suo: *Dimidium animæ meæ.* (*Horat. Carm., lib. 1. ode 3*). Nam ego sensi animam meam et animam illius unam fuisse animam in duobus corporibus; et ideo mihi horrore erat vita, quia nolebam dimidius vivere, et ideo forte mori metuebam, ne totus ille moreretur quem multum amaveram. Confess. lib. IV. c. VI. t. I. f. 698.

In quarto libro, cum de amici morte animi mei miseriam confiterer, dicens quod anima nostra una quodammodo facta fuerat ex duabus, *et ideo, inquam, forte mori metuebam, ne totus ille moreretur, quem multum amaveram,* (*cap. 6.*): quæ mihi quasi declamatio levis, quam gravis confessio videtur, quamvis utcumque temperata sit hæc ineptia, in eo quod additum est, *forte.* *Retract. l. II. c. VI. t. I. f. 632.*

Antífrasis é Ironía.

Explica S. Agustín en que consisten estas figuras y en que se diferencian una de otra, en el pasaje que hemos copiado en la lección precedente página 555, el cual está tomado del capítulo XXIX. del libro III. de la doctrina cristiana. En la página 548 hemos puesto una delicada ironía de S. Agustín. Puede consultarse S. Juan Crisóstomo, In Matth. hom. XXX. n. 5. t. VII. f. 351. = S. Agustín epist. CXXXVIII. t. II. f. 550. = De Gen. ad litt. l. XI. c. XXIX. t. III. f. 451. = In Joann. tract. CXIV. t. III. f. 1936.

Del libro S. Basil. hom. «in christos» n. 7. t. II. f. 128.

Sinécdoque, Metonimia.

Véase el elocuente pasage de S. Gerónimo sobre el Conciliábulo de Rimini, desde aquellas palabras «His itaque gestis Concilium solvitur» etc. *Adversus Luciferianos* t. IV. f. 500. S. Agustin, *Enchiridion* cc. XLIII. y XLIV. t. VI. f. 255. y los siete libros «*In Heptateuchum*» t. III. f. 485.

Metáfora.

La define S. Agustin y aduce de ella muchos ejemplos, en el n. 24. del c. X. «*contra mendacium,*» t. VI. f. 552.

Multæ enim animæ ex vi protrusionis et compressionis una cum eo excesserunt: quæ hujus finis nomine felices prædicatæ sunt, ut discessus ipsius sociæ, atque ut ferventiorum quisquam dixerit, funebres victimæ. S. Greg. Nacianc. *Orat. XX. t. I. f. 336.*

Es bello el pasage en que el Crisóstomo dice, que la caridad es un puerto franco en el piélago de este mundo. «*De Lazaro concio II.*» n. 5. t. I. f. 734.

Semen est sanguis christianorum. Tert. *Apolog. adv. Gent., c. L. f. 81.* La misma metáfora en estilo oratorio, leemos en S. Juan Crisóstomo «*In Juventium et Maximin. martyr.*» n. 4. t. II. f. 579. y en S. Agustin *serm. XXII. t. V. f. 451.*

¡Cómo refleja la belleza del alma de S. Agustin, en la siguiente metáfora!

Loquor vobis, aliquando deceptus, cum primo puer ad divinas Scripturas ante vellem afferre acumen discutiendi, quam pietatem quærendi: ego ipse contra me perversis moribus claudebam januam Domini mei: cum pulsare deberem, ut aperiretur, addebam ut clauderetur. Superbus enim audebam quærere, quod nisi humilis non potest invenire. Quanto vos beatiore estis modo! quam securi discitis, quam tuti, quicumque adhuc parvuli estis in nido fidei, et spiritualem escam accipitis! Ego autem miser, cum me ad volandum ido-

neum putarem, reliqui nidum; et prius cecidi, quam volarem. Sed Dominus misericors, me, a transeuntibus ne conculcarer et morerer, levavit, et in nido reposuit. S. Aug. serm. LI. t. V. f. 536.

Masillon, Flechier y Bossuet han sido muy elogiados por haber usado algunas metáforas, cuya invencion pertenece á los santos Padres.

Masillon, citado en la página 139. «Ne dicta factis deficientibus, erubescant.» Tert. De patientia, c. I. f. 198. — «Non confundant opera tua sermonem tuum: ne quum in Ecclesia loqueris, tacitus quilibet respondeat, cur ergo hæc quæ dicis, ipse non facis?» S. Hieron. Epist. XXXVI. ad Nepot. t. IV. f. 261.

Flechier, citado en la pág. 140. S. Ambrosio, hablando de la muerte de Eleázaro, dice: «Cujus ruina inclusus magis quam oppressus, suo est sepultus triumpho.» De officiis, l. I. c. XL. t. IV. f. 31.

Bossuet, citado en la página 140. «Dicant si volunt, et grammatici, in te omnis domus inclinata recumbit.» S. Hieron. epist. V. ad Heliod. t. IV. f. 7. — Numquid unumquemque vestrum hoc conturbat dum audit Petro restitisse Paulum: columnas scilicet Ecclesiæ inter se collidi, atque in se invicem incurrere? Siquidem veræ columnæ sunt isti qui fidei tectum sustinent et gestant etc. S. J. Chrisost. In illud «in faciem Petro restiti,» n. 2. t. III. f. 565.

Flechier citado en la página 141. S. Pablo llama metafóricamente olor suavísimo á la virtud y al buen ejemplo. II ad Corinth. c. II. w. 14 y 16. — S. J. Crisóstomo se sirve de esta metáfora en el número 5 de la homilía II. sobre la carta I á Timoteo, t. XI. f. 559. — S. Gregorio Magno usa la misma figura en el libro XXXV. c. XVII. de sus Morales, t. I. f. 1164. — En su homilía VI. sobre Ezequiel, n. 4. l. I. t. I. f. 1214. — S. Bernardo en sus sermones LXX y LXXI. In Cantica, t. I. ff. 1510-1519. — S. Agustin sermon CCLXXIII. c. V. t. V. f. 1250.

La alegoría que representa la vida del hombre como

un viaje y por la cual Maury tributa á Bossuet excesivos elogios, puede verse en Lactancio, c. III. l. VI. de sus instituciones, t. I. f. 455. y en S. Juan Crisóstomo in Lazarum, concio VII. n. 2. t. I. f. 792. y en su carta CV. dirigida á Calcidia, t. III. f. 650. Pero los modelos que sin duda consultó el orador francés son los siguientes.

Beatus autem et ille qui in via peccatorum non stetit. Vita utique dicitur via, quod quilibet in vitam ingresus, ad finem properet. Quemadmodum enim qui in navigiis dormiunt, sponte a vento in portus deducuntur, et quamvis ipsi nequaquam sentiant, cursus tamen eos ad terminum urget: sic et nos diffluente vitæ nostræ tempore, insensibili vitæ nostræ cursu velut continuo quodam et irrequieto motu unusquisque ad proprium finem festinamus. Exempli causa, dormis, tempus te fugit: vigilas, et agitas aliquid mente: nihilominus tamen vita, etiamsi non sentiamus, absumitur. Omnes ergo ad propriam quisque metam properantes, cursum quemdam currimus, quamobrem sumus in via omnes. Hoc etiam modo viam intelligere possis. In hac vita viator es; omnia transeunt, post tergum tuum relinquuntur omnia. Plantam, herbam, aquam, aut quidvis aliud aspectu dignum in via vidisti: paulum oblectatus, mox præteris. Rursus in lapides, convalles, præcipitia, scopulos et palos, aut etiam in feras, in animalia repentia, in spinas, et in aliud quodvis infortunium incidisti: postquam es paululum afflictus, mox ista reliquisti. Vita est ejusmodi. Neque ejus deliciæ neque molestiæ constanter perseverant. Tua non est hæc vita, neque tuæ sunt res præsentis. Inter viatores, simul ut primus pedem movit, huic proximus infert gradum, et post hunc alter qui sequitur. S. Basil. hom. in psalm. I. n. 4. t. I. f. 94.

Quare necessarium est et utile omnibus, fratres, nos more viatorum aut cursorum succinctos, et undelibet levitatem animabus nostris ad cursum hunc perficiendum concilians, ad viæ finem recta festinare. Nec quisquam fingere me nomina nova suspicetur, quod hu-

manam vitam viam nunc vocavi; cum et David propheta sic vitam nominaverit: qui nunc quidem alicubi ita dicit, *Beati immaculati in via, qui ambulant in lege Domini*: nunc vero ad Dominum suum clamat, *Viam iniquitatis amove a me, et lege tua miserere mei*. Rursus alicubi Dei adversum eos qui sibi infesti erant, celerem opem collaudans et ad lyram hilare aptans, dicebat; *Et quis Deus præter Deum nostrum. Deus qui præcingit me virtute, et posuit immaculatam viam meam*: ratus, nec immerito, vitam quam homines ubicumque terrarum degunt, sive egregiam, sive pravam, ita esse appellandam. Quemadmodum enim qui aliquod iter haud remisse susceptum conficiunt, gressus pedum ad cursum peragendum certatim ulterius promoventes, jugiterque gressum humi prius fixum veloci alterius translatione posteriorem reddentes, pertingunt facile ad viæ finem: ita qui in vitam a conditore introducti sunt, statim in ipso initio particulas temporis ingredientes, ac priorem semper posteriorem relinquentes, ad vitæ terminum perveniunt. Annon etiam præsens vita vobis videtur continua quædam et porrecta via esse, et iter ætatibus quasi quibusdam mansionibus interstinctum: quod ut profectionis initium partum maternum unicuique exhibet, ita cursus finem tentoria sepulcrorum ostendit. Atque huc omnes conducit, alios citius, serius alios, et hos quidem per omnia temporis intervalla profectos, illos vero ne in primis quidem vitæ stationibus commoratos. Et alias quidem vias quæ ex urbe ad urbem ducunt, licet declinare, et per eas non proficisci, si quis ita volet: hæc vero, etiamsi nos differre cursum voluerimus, eos qui in se incedunt viatores violenter apprehensos ad destinatam a Domino metam trahit. Nec fieri potest, dilectissimi, ut is qui semel extra portam ad hanc vitam deducentem egressus est, idque iter inivit, non etiam ad illius terminum perveniat: sed unusquisque nostrum ubi e materno sinu exivit, statim temporis fluente illigatus rapitur, semper a tergo diem quam vixit relinquens, nec umquam ad hesternam, etiamsi velit,

reverti valens. Nos autem lætamur cum progredimur ulterius, et permutata ætate quasi non nihil acquirentes, gaudemus; ac beatum quiddam ducimus, cum quis ex puero vir, et ex viro senex factus est. Sed fugit nos tantum vitæ spatium a nobis amitti, quantum viximus, sicque inscientibus nobis vita absumitur, quamquam semper ipsam ex eo quod ante actum est, quodque jam præterfluxit, metiamur: neque cogitamus quam incertum sit, quantum nobis temporis ad hunc cursum impertire velit qui nos ad hoc iter perficiendum misit, et quando cuilibet cursori sit introitus portas aperturus, et quod oporteat nos quotidie ad profectionem hinc faciendam præparatos esse, et Domini nutum oculis fixis expectare. S. Basil. hom. Quod mundanis adhærendum non sit, n. 2. t. II. f. 164.

No dudamos que S. Ambrosio tuvo á la vista estos pasages, al servirse de la misma alegoría. In psalm. I. enarrat. n. 24. t. III. f. 18.

LECCION XXV.

Admiracion, exclamacion, apóstrofe: estas figuras se usan á menudo simultáneamente y acompañadas de interjecciones.

Vox autem obsecrantis est, Hosanna, sicut nonnulli dicunt qui hebræam linguam noverunt, magis affectum indicans, quam rem aliquam significans: sicut sunt in lingua latina quas interjecciones vocant, velut cum dolentes dicimus, Heu! vel cum delectamur Vah! dicimus; vel cum miramur, dicimus, ¡O rem magnam! tunc enim, O, nihil significat, nisi mirantis affectum. S. Aug. In Joann. Evang. tract. LI. t. III. f. 1764.

Sunt enim quædam verba certarum linguarum, quæ in usum alterius linguæ per interpretationem transire non possint. Et hoc maxime interjectionibus accidit,

quæ verba motum animi significant potius, quam sententiæ conceptæ ullam particulam. S. Aug. De doct. christ. l. II. c. XI. t. III. f. 42.

La exclamacion, admiracion y apóstrofe son figuras tan usadas y conocidas que los ejemplos estarian demas: los jóvenes, sin embargo, los encontrarán en gran número y muy notables en el elocuentísimo discurso de S. Gregorio Nacianceno, llamado comunmente PRIMERA INVECTIVA CONTRA JULIANO. Orat. III. t. I. f. 45.

Son notables el apóstrofe con que S. Agustin se dirige al Señor; ¡O Domine! etc. Enarrat. in psalm. XCIX. t. IV. f. 1275. y el que dirige á N. S. J. «Exurge in adiutorium mihi, Domine Jesu;» y en seguida al Apóstol; «Dic nobis, Paule beatissime.» Enarrat in psalm. CXVIII. serm. II. n. 2. f. 1505. Tambien es muy notable otro apóstrofe en el que S. Juan Crisóstomo dirigiéndose al Señor «Quid hoc, o bone Domine,» hace y disuelve una objecion. In illud «vidi Dominum,» hom. I. n. 6. t. VI. f. 104. No podemos menos de recomendar el elocuentísimo apóstrofe, con que S. Agustin se dirige á la Iglesia Católica, que principia asi: «Merito, Ecclesia catholica mater christianorum verissima,» etc. «De moribus Eccles. cath.» l. I. c. XXX. t. I. f. 1336. Léase á la vez la aclaracion que hace el santo, en el n. 5. c. VII. del l. I. de sus retractaciones, t. I. f. 595.

Prosopopeya.

Para conocer la naturaleza de esta figura y el estado de ánimo que supone en el que la usa, puede verse lo que dicen, S. Juan Crisóstomo, in psalm. XLVI. t. V. f. 187; y el precioso análisis que sobre aquellas palabras «Mare vidit et fugit, Jordanis conversus est retrorsum», hizo el mismo santo Doctor, in psalm. CXIII. t. V. f. 294. Tambien es muy interesante lo que el mismo Santo dijo, al exponer el salmo CXLVIII. t. V. f. 489. Recomendamos igualmente el estudio de los pasages de S. Agustin, que se encuentran en su sermón sobre el salmo

CXLVIII. t. IV. ff. 1939 y 1946; y toda la bella exposicion del salm. CXLIV. f. 1869.

La prosopopeya de que se sirve S. Agustin para describir la lucha interior de un pecador, principia con estas palabras: «Aliquando possident hominem duæ dominæ contrariæ, avaritia et luxuria.» Serm. LXXXVI. t. V. f. 526. Este pasage tiene entre otras bellezas una enérgica y amorosa recomendacion. «Tædeat te, o liber in libertatem vocate, tædeat te talium dominarum servitus.»

Retinebant nugæ nugarum, et vanitates vanitatum antiquæ amicæ meæ, et succutiebant vestem meam carneam, et submurmurabant. Dimittisne nos? et a momento isto non erimus tecum ultra in æternum? et a momento isto non tibi licebit hoc et illud ultra in æternum? Et quæ suggerebant in eo quod dixi, Hoc et illud? quæ suggerabant, Deus meus? Avertat ab anima servi tui misericordia tua! Quas sordes suggerabant! quæ dedecora! Et audiebam eas jam longe minus quam dimidius, non tanquam libere contradicentes eundo in obviam, sed veluti a dorso mussitantes, et discedentem quasi furtim vellicantes, ut respicerem. Retardabant tamen cunctantem me abripere atque excutere ab eis et transilire quo vocabar, cum diceret mihi consuetudo violenta: Putasne sine istis poteris?

Sed jam tepidissime hoc dicebat. Aperiebatur enim ab ea parte qua intenderam faciem, et quo transire trepidabam, casta dignitas continentia, serena et non dissolute hilaris, honeste blandiens ut venirem neque dubitarem, et extendens ad me suscipiendum et amplectendum piæ manûs plenas gregibus bonorum exemplorum. Ibi tot pueri et puellæ; ibi juvenus multa et omnis ætas, et graves viduæ, et virgines anus: et in omnibus ipsa continentia nequaquam sterilis; sed fecunda mater filiorum gaudiorum de marito te, Domine. Et irridebat me irrisione hortatoria, quasi diceret: Tu non poteris quod isti, quod istæ? An vero isti et istæ in semetipsis possunt, ac non in Domino Deo suo? Do-

minus Deus eorum me dedit eis. Quid in te stas, et non stas? Projice te in eum; noli metuere, non se subtrahet ut cadas: projice te securus, excipiet et sanabit te. Et erubesceram nimis, quia illarum nugarum murmur adhuc audiebam, et cunctabundus pendebam. Et rursus illa, quasi diceret: obsurdesce adversus immunda illa membra tua super terram, ut mortificentur. Narrant tibi delectationes, sed non sicut lex Domini Dei tui (*Psal. CXVIII, 85.*) Ista controversia in corde meo, non nisi de meipso adversus meipsum. At Alypius affixus lateri meo inusitati motus mei exitum tacitus opperiebatur. S. Aug. confess. l. VIII. c. XI. t. I. f. 761.

El pasage de S. Gerónimo que contraponemos á otro de Flechier en la página 143, le encontrarán nuestros lectores en la carta XXII. del santo Doctor, «ad Paulam, super obitu Blesillæ» t. IV. f. 54.

Optacion.

La mucha extension del pasage siguiente, nos impide copiarle íntegro.

Quis mihi nunc dederit, ut corpus Pauli circumplectar, ut sepulcro hæream, ut pulverem videam corporis illius quæ Christo deerant adimplentis, stigmata illius gestantis, prædicationem ubique diseminantis? Pulverem, inquam, illius corporis, per quod ubique discurrebat? pulverem corporis, per quod Christus loquebatur, et lux splendebat omni fulgure clarior; et vox exsilliebat quovis tonitru dæmonibus terribilior, per quod beatum illud dictum emittebat: *Cupio anathema esse pro fratribus meis?* Per quod loquebatur coram regibus, nec erubescere? Per quod Paulum didicimus, et Pauli Dominum?... Oris hujus pulverem videre vellem, quo magna et arcana Christus loquutus est, et majora quam per seipsum; ut enim majora per discipulos suos operatus est, ita et majora loquutus est: per quod spiritus mirabilia illa oracula orbi contulit. Quid enim non operatum est os illud eximium?... Nec oris tantum, sed etiam

cordis illius pulverem videre vellem, quod si quis cor orbis fuisse dixerit non erraverit, nec si innumerorum fontem bonorum, ac principium et elementum vitæ nostræ dixerit. Nam spiritus vitæ inde in omnia effundebatur, ac membris Christi dabatur, non per arterias emissus, sed per bonorum propositum. Adeo latum cor illud erat, ut civitates integras, populos, et gentes caperet. Nam ait: *Cor meum dilatatum est*. Attamen tam latum cor aliquando cohibuit et strinxit amor, qui ipsum dilatabat. *Ex multa enim tribulatione et angustia cordis*, inquit, *hanc vobis scripsi*. Et dissolutum videre cuperem, quod ardeat erga singulos pereuntes, quod iterum parturiat abortivos filios, quod Deum videat; nam qui mundo corde sunt, inquit, Deum videbunt. Cor hostiam factum; sacrificium enim Deo est spiritus contritus.... Vellem pulverem videre manuum catenis constrictarum, per quarum impositionem spiritus dabatur, per quas hæ litteræ scriptæ sunt: *Videte*, inquit, *qualibus litteris scripsi vobis manu mea*; ac rursus, *Salutatio mea Pauli manu*. Manuum, inquam, illarum, quas videns vepera, in rogam cecidit. Vellem pulverem videre oculorum, probe excæcatorum, et postea rursus videntium ad salutem orbis, qui et Christum in corpore videre dignati sunt, qui terrena videbant, et non videbant, qui illa quæ non videntur videbant, qui somnum non noverant, qui mediis in noctibus vigilabant, qui non eadem quæ invidi patiebantur. Vellem quoque pulverem videre pedum illorum, qui orbem peragrantes non laborabant, qui in ligno vincti erant, quando carcerem concussit; qui terram habitatam et inhabitatam circuierunt, ac sæpe vias emetiebantur. Et quid opus est singula recensere? Vellem sepulcrum videre, ubi jacent arma justitiæ, arma lucis, membra nunc viventia, et mortua dum ille viveret, in quibus omnibus vivebat Christus, quæ crucifixa erant mundo, membra Christi, quæ Christum induebant, templum spiritus, ædificium sanctum, quæ spiritu ligata erant, quæ confixa erant timore Dei, quæ stigmata Christi habebant. Hoc corpus urbem illam

quasi mœniis cingit, quod omni turre et vallis innumeris tutius est: et cum hoc etiam Petri corpus: nam illum viventem honoravit. *Ascendi*, inquit, *videre Petrum*. Ideoque hinc demigrantem illum contubernalem facere gratia dignata est. Vellem videre leonem spirituales. Quemadmodum enim leo ignem emittens in vulpium greges, sic in dæmonum et philosophorum turmam incidit, ac velut fulminis jactus, in dæmonis phalanges illatus est. S. Joann. Chrysost. In epist. ad Rom. hom. XXXII. nn. 2. et 3. t. IX. ff. 757-759.

Imprecacion, comminacion.

Para la inteligencia de estas locuciones ayuda mucho el estudio de los sermones de S. Agustin sobre los salmos. Puede leerse tambien los nn. 1 y 2 del serm. XXII., t. V. f. 148. Aprovechamos esta ocasion para recomendar á los jóvenes predicadores la traduccion de los salmos hecha por el Jesuita Berthier, cuyas notas erúditas y piadosas reflexiones son de un valor inestimable, Aviñon, 1817. Tambien es de mucho mérito la explicacion de las cartas de S. Pablo, hecha por el P. Bernardino de Picquigny, Lyon 1853.

El diálogo de S. Efen que hemos citado en la página 144, en la edicion de Bossio, Antuerpia 1619., lleva el título DE ABRENUNTIATIONE IN SACRO BAPTISMATE FACTA, t. I. f. 150. En la de Venecia 1755, que es la que últimamente hemos tenido á la vista, lleva el título INTERROGATIONES ET RESPONSIONES, entre las cuales vá incluido el diálogo DE ABRENUNTIATIONE, etc. t. I. f. 297.

Adjuracion.

Ecce episcopus præmonet; moneo, prædico, denuntio. Audiatur episcopus jubens, audiatur episcopus monens, audiatur episcopus rogans, audiatur episcopus adjurans. Adjuro per ipsum qui hodie natus est: adjuro, obstringo, nemo faciat. Ego me absolvo. Melius est ut monens audiar, quam tristis sentiar. S. Aug. serm. CXCVI. In

natali Domini. c. IV. t. V. f. 1021. Véase otra bellissima adjuracion, in psal. XXXII. t. IV. f. 299.

In ipsa correctione vel coercitione alienorum peccatorum cavendum est, ne se extollat qui alterum corripit.... Foris terribiliter personet increpatio; intus lenitatis teneatur dilectio.... Neque ergo consentientes sitis malis ut approbetis; neque negligentes, ut non arguatis; neque superbientes ut insultanter arguatis. S. Aug. serm. LXXXVIII. n. 20. t. V. f. 549.

Se han de predicar las verdades austeras de la religion, pero con mucha caridad: las precauciones caritativas son mucho mas necesarias cuando nos dirigimos á los que han abandonado la Iglesia y naufragado en la fé.

Las palabras de S. J. Crisóstomo, citadas en la página 145., son de un interesante pasage de la hom. II. sobre la carta á Tito, n. 2. t. XI. f. 739.

Podíamos formar un libro si tuviéramos espacio, con los saludables consejos y admirables ejemplos que sobre puntos tan interesantes nos han dejado los santos Padres. Ojala que los jóvenes, segun se ofrezca oportunidad, tengan el buen gusto de leer algunos de los pasages que á continuacion indicamos. S. Juan Crisóstomo. De sacerdotio I. II. n. 4. t. I. f. 375. = In S. Phocam martyrem et contra hæreticos, n. 2. t. II. f. 705. = In epist. ad Coloss. hom. XI. nn. 2 et 3. t. XI. f. 406. = In Gen. serm. IX. t. IV. f. 688.

San Agustin en su exposicion de la carta á los Gálatas, c. VI. nn. 56 y 57. t. III. f. 2143. = De utilitate jejunii, serm.; c. IX. t. VI. f. 714. = Enarrat. in psalm. CXXXVIII. los cuatro últimos números t. IV. f. 1801. = Enarrat. In psalm. CXXXIX, con especialidad el n. 2. f. 1803. = Serm. CCCLVII. t. V. f. 1582; y serm. CCCLVIII. f. 1586. = Enarrat. in psalm. XXXIX. n. 1. t. IV. f. 431.

San Gregorio Nacianceno, orat. XXVI. t. I. f. 405. «Ac maxime» hasta «peræque utilis est», en el f. 407. y los cuarenta y seis versos, desde el que principia «Hæ

namque fidei,» del poema de su vida en el t. II. f. 15.

Difficilmente habrá una composición donde con más vigor y dulzura se concilien los sagrados derechos de la verdad y el amor é interés por los que han tenido la desgracia de abandonarla, que la carta de S. Cipriano al Papa Cornelio, «de Fortunato et Felicissimo, sive contra Hæreticos» f. 191.

Obsecracion.

Sed vos me audite, o baptizati; audite me vos, per sanguinem Christi renati; obsecro vos per nomen quod super vos invocatum est, per illud altare ad quod accessistis, per sacramenta quæ accepistis, per judicium futurum vivorum et mortuorum; obsecro vos, obstringo vos per nomen Christi, etc. S. Aug. serm. CCXXIV. n. 4. t. V. f. 1095.

Véanse otros ejemplos de tiernas é interesantes obsecraciones del mismo Santo; serm. CCXXVIII. n. 2. t. V. f. 1102.—Serm. CCXXXII. n. 8. f. 1112.

Diversas formas y exquisitas precauciones que la caridad inspiraba á los santos Padres.

San Juan Crisóstomo, «De Incomprehensibili contra Anomæos» homil. I. n. 6. t. I. f. 450.—Adversus Judæos et Gent. Quod Christus sit Deus, n. 4. t. I. f. 558.—Ad pop. Anthioch. hom. XVI. n. 4. t. II. f. 165.—In princ. Act. hom. I. t. III. f. 54.—In epist. ad Corinth. hom. III. n. 4. t. X. f. 14.—In Lazarum hom. VII. n. 2. t. I. f. 790.

La homilía pronunciada por S. Juan Crisóstomo con motivo de la caída de Eutropio, está en el t. III. f. 581.

Elocuencia noble y familiar á la vez.

San Juan Crisóstomo, de pœnitentia hom. I. n. 1. t. II. f. 279.—S. Basilio, in psalm. LIX. n. 1. t. I. f. 188.—S. Gregorio Nacianc. Orat. I. t. I. f. 57.—Orat. XXVIII. t. I. f. 417.

La caridad enseñó á los santos Padres el gran secreto de hablar de sí mismos convenientemente, cuando era necesario.

San Gregorio Magno, l. I. In Ezech. hom. IX. n. 49. t. I. f. 1256.—S. Agustin, Enarrat. in psalm. XXXVI. serm. III. t. IV. f. 393.—Serm. LI. n. 6. t. V. f. 366. —S. Greg. Nacianceno Orat. XX. t. I. f. 285.

Estas citas no bastan: para conocer y apreciar el carácter distintivo de caridad, familiaridad y nobleza de la elocuencia de los santos Padres; es preciso leerlos asiduamente.

La descripcion viva y delicada de la caridad con que concluimos la leccion XXV. en la página 149, se halla en el capítulo XV. del libro «De catechizandis rudibus,» t. VI. f. 528.

Dubitacion, suspension ó expectacion, correccion, pretericion, permission, concesion.

Ó no hemos hablado de estas figuras, ó lo hemos hecho de algunas incidentalmente: sus nombres declaran bastante en qué consisten. Los jóvenes pueden ver de todas ellas los ejemplos, que indicamos á continuacion.

Dubitacion. S. Basilio in Hexaëm. hom. I. n. 2. t. I. f. 2.—Hom. in ebriosos, n. 2. t. II. f. 123.—S. J. Crisóstomo, in Matth. hom. LXI. n. 2. t. VII. f. 612.

Cuando esta figura se prolonga, se llama suspension; de la cual hallamos un bello ejemplo en el n. 15. del tratado sobre el salmo CXLIV. de S. Hilario (f. 568). Audisio¹ elogia, y con razon, el pasage en que Bourdaloue entra en materia, despues del exordio de su sermón para el dia de Viernes Santo. «Que un Dios obre como soberano, que haya criado el cielo y la tierra, etc.» Ó Bourdaloue tuvo á la vista el pasage que acabamos de citar de S. Hilario, ó los dos grandes oradores concibieron la misma idea.

1. Lec. XVIII. t. I. pág. 256.

Coreccion. S. Agustin, serm. XXIV. n. 2. t. V. f. 163.
=Serm. XL. n. 2. f. 244.=Serm. CCCXLIX. n. 4.
t. V. f. 1531.

Pretericion. S. Agustin, serm. XXXII. n. 25. f. 205.
=S. Gregorio Nacianceno, poema de su vida, t. II. f. II.

Permission. S. Agustin, l. V. de sus confes. c. II. t. I.
f. 706.=Serm. XL. n. 5. t. V. f. 245.

Concesion. S. J. Crisóstomo en su hom. VI. «De laudibus S. Pauli,» expone, y parece conceder, algunas acusaciones contra S. Pablo; mas de todas ellas toma ocasion para realzar la grandeza del Apóstol. t. II. f. 506.=Hom. IX. in Matth. n. 1 t. VII. f. 130.

LECCION XXVI.

San Efren comenta con concision y energía el «Cantemus Domino» de Moisés. In Exod. explanatio c. XV. t. II. f. 91.

En las páginas 152 y 153 hemos copiado cuatro frases de S. Agustin, tomadas de los números 20, (t. III. f. 98) 10, (f. 95) 17, (f. 97) y 21, (f. 98) del libro IV. de la doctrina cristiana.

El arte debe ocultarse.

Ecclesiastica interpretatio etiam si habet eloquii venustatem, dissimulare eam debet et fugere, ut non otiosis Philosophorum scholis paucisque discipulis, sed universo loquatur hominum generi. S. Hieron. epist. XXXI. ad Pammachium, t. IV. f. 244.

Anécdota. S. Gerónimo y el Nacianceno: se reprende el abuso del lenguaje figurado.

Nolo te declamatorem esse et rabulam garrulumque sine ratione, sed mysteriorum peritum, et sacramento-

rum Dei tui eruditissimum. Verba volvere, et celeritate dicendi apud imperitum vulgus admirationem sui facere, indoctorum hominum est. Attrita frons, interpretatur sæpe quod nescit: et quum aliis persuaserit, sibi quoque usurpat scientiam. Præceptor quondam meus Gregorius Nazianzenus, rogatus a me ut exponeret, quid sibi vellet in Luca sabbathum.... id est, *secundo-primum*, eleganter lusit, docebo te, inquit, super hac re in Ecclesia: in qua mihi omni populo acclamante, cogaris invitus scire quod nescis. Aut certe si solus tacueris, solus ab omnibus stultitiæ condemnaberis. Nihil tam facile, quam vilem plebeculam et indoctam concionem, linguæ volubilitate decipere, quæ quidquid non intelligit, plus miratur. M. Tullius, (in quem pulcherrimum illud elogium est: Demosthenes tibi præripuit ne esses primus Orator: tu illi, ne solus) in Oratione pro Quinto Gallio, quid de favore vulgi, et de imperitis concionatoribus loquatur, attende: ne his fraudibus ludaris. Loquor enim, quæ sum ipse nuper expertus. Unus quidam Poëta nominatus homo, perlitteratus, cuius sunt illa colloquia Poëtarum ac Philosophorum, quum facit Euripidem et Menandrum inter se, et alio loco Socratem atque Epicurum disserentes, quorum ætates non annis, sed sæculis scimus esse disjunctas, quantos is plausus et clamores movet? Multos enim condiscipulos habet in theatro, qui simul litteras non didicerunt. S Hieronym. epist. XXXIV. ad Nepotianum, t. IV. f. 262.

La carta en que S. Gerónimo, escribiendo á Nepociano, critica el estilo pueril con que el mismo Santo, siendo jóven, escribió á Heliodoro, es la XXXIV. t. IV. f. 256. La censurada, es la V. t. IV. f. 6.

Hinc ergo et omni ex parte liquet, nihil humanum ab ipso, sed divina et cœlestia esse dogmata, quæ a divina illa anima ad nos pervenerunt. Neque enim verborum strepitum, non dictionis fucum, neque nominum verborumque ornatum et compositionem superfluum vel inutilem videbimus; hæc quippe procul sunt ab om-

ni philosophia; sed vim invictam et divinam, et rectorum dogmatum immensam virtutem, innumerabiliumque bonorum largitionem. Nam in prædicatione nimia verborum curiositas superflua esset, et sophistis digna; imo non sophistis, sed pueris insipientibus; ita ut apud eos ipse philosophus induceret magistrum suum quem suæ artis pudebat, quique dicebat iudicibus, ipsos audituros ab se esse verba sine artificio, et ut casus ferebat, prolata; non exquisitis ornata dictis, non verbis et nominibus selectis fucata. Neque enim par est, inquiebat, o viri, hujus ætatis virum, adolescentis proferre verba coram vobis iudicibus. Ac vide quam sit illud ridiculum: quam enim rem tamquam turpem, philosophia indignam, adolescentiumque opus magistrum suum fugere dixit, huic maxime ipse operam dedit. S. Joann. Chrys. in Joan. hom. II. n. 5. t. VIII. f. 44.

Non ergo verborum fastu opus est, sed mente; et Scripturarum peritia, sensuumque vi. S. J. Chrysost. in epist. ad Titum, homil. II. n. 2. t. XI. f. 739.

Símil de S. Agustin y crítica de un pasage de S. Cipriano.

Recomendando que se procure predicar de una manera agradable, añade: «Sed quoniam inter se habent nonnullam similitudinem vescentes atque discentes, propter fastidia plurimorum, etiam ipsa sine quibus vivi non potest, alimenta condienda sunt. De doct. christ. l. IV. c. XI. t. 100.

Nullo modo mihi sonat diserte, quod dicitur inepte.... scriptorum nostrorum apices nolumus, cum ab aliquo sano leguntur a succo gravitatis jejunos judicari, et ipsum in eis dum nullis sententiis utilibus pascitur, supervacaneo laborare jejunio. S. Aug. contr. litt. Petiliani, l. II. c. XXXII. n. 73. t. IX. f. 285.

His enim maxime utile est nosse, ita esse præponendas verbis sententias, ut præponitur animus corpori. Ex quo fit ut ita malle debeant veriores quam disertiores audire sermones, sicut malle debent prudentiores,

quam formosiores habere amicos. S. Aug. De catech. rudibus, c. XI. t. VI. f. 320.

In populo autem gravi, de quo dictum est Deo, *In populo gravi laudabo te* (Psal. XXXIV., 18), nec illa suavitas delectabilis est, qua non quidem iniqua dicuntur, sed exigua et fragilia bona spumoso verborum ambitu ornantur, quali nec magna atque stabilia decenter et graviter ornarentur. Est tale aliquid in epistola beatissimi Cypriani, quod ideo puto vel accidisse, vel consulto factum esse, ut sciretur a posteris, quam linguam doctrinæ christianæ sanitas ab ista redundantia revocaverit, et ad eloquentiam graviorem modestioremque restrinxerit; qualis in ejus consequentibus litteris secure amatur, religiose appetitur, sed difficilime impletur. Ait ergo quodam loco: *Petamus hanc sedem: dant secessum vicina secreta: ubi dum erratici palmitum lapsus pendulis nexibus per arundines bajulas repunt, vitæ porticum frondea tecta fecerunt.* (Cypr., Epist. I. ad Donatum.) Non dicuntur ista nisi mirabiliter affluentissima fecunditate facundiæ; sed profusione nimia gravitati displicent. Qui vero hæc amant, profecto eos qui non ita dicunt, sed castigatius eloquuntur, non posse ita eloqui existimant, non judicio ista devitare. Quapropter iste vir sanctus et posse se ostendit sic dicere, quia dixit alicubi, et nolle, quoniam postmodum nusquam. S. Aug. De doctr. christ. l. IV. c. XIV. t. III. f. 102.

La preciosa carta del Nacianceno á Nicóbulo, que hemos extractado en la pág. 154, es la CCIX. t. I. f. 859.

LECCION XXVII.

De los tres géneros de estilo.

Lo que se refiere en la página 155 del olvido de San Basilio al comenzar su homilía VIII. sobre la creacion, se lee en el número 2 de dicha homilía, t. I. página 71.

Y lo que á continuacion se dice de la imitacion de S. Ambrosio y de su justa observacion sobre los diversos estilos, está en el libro V. c. XII. del *Hexaëmeron* t. I. f. 70.

El pasage del Nacienceno en la oracion fúnebre de su hermana Gorgonia, le hemos extractado del discurso XI. t. I. f. 160.

Toda la parte didáctica de esta leccion la hemos tomado del libro IV. de la doctrina cristiana de S. Agustín; quien ha escrito sobre la materia con tan buen juicio y sano gusto, que nada deja que desear. Los capítulos desde el XVII. al XXV. (t. III. ff. 104-117) son preciosísimos. El análisis que de ellos hicieran los jóvenes bajo la direccion de sus maestros, equivaldría á un curso de elocuencia sagrada.

San Juan Crisóstomo observa que en la carta del Apóstol á los Gálatas hay pasages vehementes; y con este motivo hace juiciosas reflexiones sobre los diversos estilos que, segun lo exijan las circunstancias, ha de emplear el predicador. *In epist. ad Galatas, comment. c. I. t. X. f. 657.*

Estilo sumiso.

Legi missos a tua præstantia libros. Et secundo quidem valde oblectatus sum, non solum propter brevitatem, ut par erat hominem jam ad omnia segniter et debiliter sese habentem; verum etiam quod simul et frequens est sentiis, ac perspicue tum adversariorum objecta, tum etiam objectis responsa continet: et simplex nec elaboratum dicendi genus congruere mihi visum est Christiani proposito, non tam ad ostentationem, quam ad communem utilitatem scribentis. S. Basil. epist. CXXXV. Diodoro Antioch. presb., n. 1. t. III. f. 226.

La carta de S. Cipriano «ad Antonianum, de Cornelio et Novatiano,» es la LII. f. 161. Tambien está escrita con estilo sumiso la del mismo santo á Cecilio, «De Sacramento dominici Calicis» y es la LXIII. f. 245. Al

mismo estilo pertenecen las XXIII. catéquesis de S. Cirilo patriarca de Jerusalem; precioso depósito de la constante tradicion de la Iglesia. Comienzan en el f. 4. de la edicion Benedictina de París, 1720.

En el t. II. ff. 225 y 234 de las obras de S. Juan Crisóstomo se conservan dos catéquesis del Santo: y en el I. f. 558, comienza su notable discurso, «adversus Judæos et Gentiles, demonstratio Quod Christus sit Deus» que es una demostracion completa de la divinidad de la Religion cristiana. En estas tres composiciones domina el estilo sumiso.

Los cuatro sermones de S. Agustin sobre la oracion dominical, son los LVI. LVII. LVIII. y LIX. t. V. ff. 377-402. Sumiso es tambien el estilo, «De Symbolo ad Catechumenos» t. VI. f. 627.

Estilo templado.

S. Ambrosii, De Pænitentia contra Novatianos, t. IV. f. 385.

Beatissimo Principi, et Christianissimo Imperatori, Ambrosius Episcopus. Las dos cartas escritas con ocasion de las gestiones del Senador Symaco, son la XI. y XII. t. V. ff. 193-198.

La arenga dirigida al Emperador Teodosio por el venerable Obispo Flaviano segun la relacion de S. Juan Crisóstomo, está contenida en la homilia XXI. de este santo Doctor, «ad populum Antiochenum.» t. II. f. 217.

La notabilísima carta de S. Agustin al Conde Bonifacio, General y Gobernador de Africa, es la CCXX. t. II. f. 992.

Además de estas composiciones, citadas en la parte I., indicamos como modelos de estilo templado algunos pasajes del libro de S. Cipriano, «De zelo et livore» en los ff. 593, 597 y 604. El pasaje que comienza «Nunc nobis ad virgines sermo est» de su libro «de habitu Virgin.» f. 409.

Tambien puede consultarse la carta XLIV. de S. Basilio, ad Monachum lapsum, t. III. f. 131.

Por último, recordamos que Diódoro Obispo de Tar-
sis y maestro del Crisóstomo, hizo de este, predicando
en Antioquía, un grande elogio: esto mortificó sensible-
mente la modestia del humilde Patriarca, quien se apre-
suró á hablar á su pueblo, expresándole el dolor y la
confusion que le habian ocasionado las alabanzas de su
venerable maestro, á quien devuelve cumplimiento por
cumplimiento con tanta delicadeza y oportunidad, que
no podemos menos de proponer al jóven orador este
corto y elocuente discurso, como un modelo de estilo
templado. «*Laus Diodori,*» etc. t. III. f. 747. Al mismo
género pertenece la carta ó libro II. á Teodoro, que co-
mienza, «*Si fletus possent et gemitus per litteras exhibe-
ri, his repletam epistolam ad te misissem.*» *Ad Theodo-
rum lapsum*, l. II. t. I. f. 35.

Estilo sublime.

San Agustin refiere el triunfo que su elocuencia su-
blime «*Egi quidem granditer*» alcanzó, aboliendo los jue-
gos sangrientos que estaban en uso en Cesaréa de Mau-
ritania, en el c. XXIV. del l. IV. de la doctrina cristiana,
t. III. f. 415.; y los caritativos esfuerzos con que el
mismo Santo logró desterrar de Hipona los excesos que
solian cometerse en algunas festividades, los sabemos por
la interesantísima carta en que el Santo dá cuenta de
este notable acontecimiento, á Alypio Obispo de Tagaste.
Epist. XXIX. t. II. f. 414.

San Juan Crisóstomo, «*homilía adversus eos qui Ec-
clesia relictá, ad circenses ludos,*» etc., t. VI. f. 272.

El libro «*de lapsis*» de S. Cipriano f. 429. es una com-
posicion sublime: su exordio es pomposo y muy nota-
bles las sentidas frases con que, despues de congratu-
larse con los que habian permanecido firmes en medio
de la persecucion, lamenta la debilidad de los que habian
tenido la desgracia de caer: y con especialidad de los
que se espontanearon, antes de ser tentados.

En la leccion XXV. hemos citado la carta de S. Ci-

priano al Papa Cornelio, relativa á los cismáticos Fortunato y Felicísimo, que es la LV. y se halla en el f. 191. Es la expresion de la caridad paternal de un obispo y del valor invencible de un mártir: pasages hay en este escrito, cuya vigorosa elocuencia puede sostener, y quizá con ventaja, una comparacion con las elocuentes oraciones de Demóstenes. Tales son, por ejemplo, aquellos en que con noble indignacion vindica la legitimidad de su jurisdiccion, ó recuerda la historia de su vida y sus persecuciones; y otros en que dá expansion á su caridad, ó revelan su entereza y valor apóstólico.

En su libro «ad Demetrianum» hay un pasage que comienza «Innoxios, justos, Deo caros domo privas» (f. 516) y concluye «Venturum judicium confitentur.» No se sabe qué admirar mas en este trozo; si el vigor de los sentimientos ó lo apremiante del raciocinio; condiciones que contribuyen á hacerle admirablemente sublime.

San Basilio se elevó en algunos casos á una altura increíble. ¿Qué cosa hay mas sublime que su homilía «In illud, Destruam horrea,» etc. (t. II. f. 45) y la otra «In divites?» (f. 51), ¿qué se puede comparar con los sublimes rasgos, por ejemplo, que se leen en el n. 4. de la primera; y en los números 8 y 9 de la segunda de estas homilías?

Recordamos algunos rasgos sublimes que se leen en la homilía XXIII. de S. Juan Crisóstomo, sobre la epístola á los Hebreos, t. XII. f. 214.; y otros en la exposicion del salmo XLVIII. t. V. f. 205.

El mismo santo Doctor exponiendo unas palabras de S. Pablo recomienda con estilo sumiso la heroicidad del Apóstol, que se abstenia no solo de lo que le era permitido, sino que ni aun queria recibir los alimentos que por su apostolado le eran debidos de justicia: contrapone á esta conducta, la de los que no cumplen con el precepto de la limosna; y exaltado el espíritu del grande orador lanza rasgos de sublime elocuencia. In epist. I. ad Corinth. hom. XXI. nn. 5 y 6. t. X. f. 186.

San Efrén se muestra sublime muy á menudo; y especialmente cuando trata, que es con mucha frecuencia, de la muerte y del juicio.

San Agustín aduce ejemplos de los tres géneros de estilo, tomados del Apóstol S. Pablo, de S. Cipriano y S. Ambrosio. De doct. christ. cc. XX y XXI. t. III. f. 407.

Es seguro que cuantos estudien los modelos que hemos citado, repetirán cuanto, con profunda convicción y confianza ilimitada, hemos avanzado en la página 164.

LECCION XXVIII.

Teoría y práctica.

Prorsus noverat intus in animo, ubi ars ipsa pulchrior est, quam illa quæ arte fabricantur. Sed quod videt artifex intus in arte, hoc foris probat in opere, et hoc est perfectum quod artifice suo placet. S. Aug. de genesi contra Manich. l. I. c. VIII. t. III. f. 179.

Dificultades de la composicion.

Las observaciones de S. Bernardo citadas en la pag. 165, las expuso el Santo en la carta que, en parte, hemos copiado en la página 288.

Lectura é imitacion de buenos modelos.

Quoniam si acutum et fervens adsit ingenium, facilius adhæret eloquentia legentibus et audientibus eloquentes, quam eloquentiæ præcepta sectantibus. Nec desunt Ecclesiasticæ litteræ, etiam præter canonem in auctoritatis arce salubriter collocatum, quas legendo homo capax etsi id non agat, sed tantummodo rebus quæ ibi dicuntur intentus sit, etiam eloquio quo dicuntur, dum in his versatur, imbuatur; accedente vel maxime exercitatione sive scribendi, sive dictandi, postremo etiam dicendi, quæ secundum pietatis ac fidei regulam

sentit. Si autem tale desit ingenium, nec illa rhetorica præcepta capiuntur; nec, si magno labore inculcata quantalacumque ex parte capiantur, aliquid prosunt.... Et tamen in sermonibus atque dictionibus eloquentium, impleta reperiuntur præcepta eloquentiæ. S. Aug. De doct. christ. l. IV. c. III. t. III. f. 90.

Porro qui non solum sapienter, verum etiam eloquenter vult dicere, quoniam profecto plus proderit, si utrumque potuerit; ad legendos vel audiendos et exercitatione imitandos eloquentes eum mitto libentius, quam Magistris artis rhetoricæ vacare præcipio, si tamen ii qui leguntur et audiuntur, non solum eloquenter, sed etiam sapienter dixisse vel dicere veraci prædicatione laudantur. Qui enim eloquenter dicunt, suaviter; qui sapienter, salubriter audiuntur. Propter quod non ait Scriptura, multitudo eloquentium; sed, *Multitudo sapientum sanitas est orbis terrarum*. Sicut autem sæpe sumenda sunt et amara salubria, ita semper vitanda est perniciosa dulcedo. Sed salubri suavitate, vel suavi salubritate quid melius? Quanto enim magis illic appetitur suavitas, tanto facilius salubritas prodest. Sunt ergo ecclesiastici viri qui divina eloquia non solum sapienter, sed eloquenter etiam tractaverunt: quibus legendis magis non sufficit tempus, quam deesse ipsi studentibus et vacantibus possunt. S. Aug. l. IV. c. V. f. 92.

De la manera de traducir.

Nunc vero quum ipsa epistola doceat nihil mutatum esse de sensu; nec res additas; nec aliquod dogma confictum, faciunt ne intelligendo, ut nihil intelligant: et dum alienam imperitiam volunt coarguere, suam produnt. Ego enim non solum fateor; sed libera voce profiteor, me, in interpretatione Græcorum, absque Scripturis sanctis, ubi et verborum ordo et mysterium est, non verbum e verbo; sed sensum exprimere de sensu. Habeoque hujus rei magistrum Tullium, qui Protogoram Platonis, et Oeconomicon Xenophontis, et Æschynis ac Demosthenis duas contra se orationes pulcherri-

mas transtulit. Quanta in illis prætermiserit, quanta addiderit, quanta mutaverit: ut proprietates alterius linguæ, suis proprietatibus explicaret, non est hujus temporis dicere. Sufficit mihi ipsius translatoris auctoritas, qui ita in prologo earundem orationum loquutus est: «Putavi mihi suscipiendum laborem utilem studio-
»sis, mihi quidem ipsi non necessarium. Converti enim
»ex Atticis duorum eloquentissimorum nobilissimas
»orationes, interseque contrarias, Æschynis et Demos-
»thenis: nec converti, ut interpres, sed ut Orator, sen-
»tentiis iisdem, et earum formis, tam figuris quam ver-
»bis ad nostram consuetudinem aptis. In quibus non
»verbum pro verbo necesse habui reddere: sed genus
»omne verborum vimque servavi. Non enim me annu-
»merare ea lectori putavi oportere; sed tamquam ap-
»pendere.» Rursum in calce sermonis: «Quorum ego,
»ait, orationes, sicut spero, ita expressero, virtutibus
»utens illorum omnibus, id est, sentiis, et earum fi-
»guris, et rerum ordine: verba persequens eatenus, ut
»ea non abhorreant a more nostro. Quæ si e Græcis
»omnia conversa non erunt: tamen ut generis ejusdem
»sint, elaboravimus.» Sed et Horatius vir acutus et doc-
tus, hoc idem in Arte Poëtica erudito interpreti præcipit.
«Nec verbum verbo curabis reddere, fidus interpres.»
Terentius, Menandrum: Plautus et Cecilius, veteres co-
micos interpretati sunt. Numquid hærent in verbis: ac
non decorem magis et elegantiam in translatione con-
servant?.... Unde et ego doctus a talibus ante an-
nos circiter viginti, et simili tunc quoque errore de-
ceptus, certe hoc mihi a vobis objiciendum nesciens,
cum Eusebii Cæsariensis cronicon in Latinum verterem,
tali inter cætera usus sum præfatione. Difficile est alie-
nas lineas insequentem, non alicubi excidere: et ar-
duum, ut quæ in alia lingua bene dicta sunt, eundem
decorem in translatione conservent. Significatum est
aliquid unius verbi proprietate: non habeo meum quod
id efferam; et dum quæro implere sententiam longo am-
bitu, vix brevis viæ spatia consummo. Accedunt hy-

perbatorum anfractus, dissimilitudines casuum, varietates figurarum. Ipsum postremo suum, et, ut ita dicam, vernaculum linguæ genus. Si ad verbum interpretor, absurde resonant: si ob necessitatem aliquid in ordine, vel in sermone mutavero, ab interpretis videbor officio recessisse. Et post multa, quæ nunc persequi otiosum est, etiam hoc addidi: Quod si cui non videtur linguæ gratiam in interpretatione mutari, Homerum ad verbum exprimat in latinum. Plus aliquid dicam: eundem sua in lingua prosæ verbis interpretetur: videbis ordinem ridiculum: et Poëtam eloquentissimum vix loquentem.

Verum ne meorum scriptorum parva sit auctoritas, (quamquam hoc tantum probare voluerim, me semper ab adolescentia non verba, sed sententias transtulisse) qualis super hoc genere præfatiuncula sit, in libro quo Beati Antonii vita describitur, ipsius lectione cognosce. «Ex alia in aliam linguam expressa ad verbum translatio, sensum operit; et veluti læto gramine, sata strangulat. Dum enim casibus et figuris servit oratio, quod brevi poterat indicare sermone, longo ambitu circumacta vix explicat. Hoc igitur ego vitans, ita beatum Antonium te petente transposui, ut nihil desit ex sensu, quum aliquid desit ex verbis.» Alii syllabas aucupentur et litteras, tu quære sententias. Dies me deficiet, si omnium qui ad sensum interpretati sunt, testimonia replicavero. Sufficit in præsentem nominasse Hilarium Confesorem, qui homilias in Job et in Psalmos tractatus plurimos in Latinum vertit é Græco, nec assedit litteræ dormitanti, et putida rusticorum interpretatione se torsit: sed quasi captivos sensus in suam linguam, victoris jure transposuit. S. Hieronym. epist. XXXIII. ad Pammachium, de optimo genere interpretandi. t. IV. pars II. f. 250.

Crítica literaria de un pasage de Amós. S. Agustin.

Cum igitur argueret impios, superbos, luxuriosos, et fraternæ ideo negligentissimos charitatis, rusticus vel ex

rustico iste propheta exclamavit, dicens: *Væ qui opulenti estis in Sion, et confiditis in monte Samariæ, optimates capita populorum, ingredientes pompaticè domum Israel! Transite in Chalanne, et videte, et ite inde in Emath magnam, et descendite in Geth Palæstinorum, et ad optima quæque regna horum, si latior terminus eorum termino vestro est. Qui separati estis in diem malum, et appropinquatis solio iniquitatis. Qui dormitis in lectis eburneis, et lascivitis in stratis vestris: qui comeditis agnum de grege, et vitulos de medio armenti: qui canitis ad vocem Psalterii. Sicut David putaverunt se habere vasa cantici, bibentes in phialis vinum, et optimo unguento delibuti: et nihil patiebantur super contritione Joseph (Amos VI. 1. 6).* Numquidnam isti, qui Prophetas nostros tanquam ineruditos et elocutionis ignaros veluti docti disertique contemnunt, si aliquid eis tale vel in tales dicendum fuisset, aliter se voluissent dicere, qui tamen eorum insanire noluisent?

Quid enim est quod isto eloquio aures sobriæ plus desiderent? Primo ipsa invectio, quasi sopitis sensibus ut evigilarent, quo fremitu illisa est? *Væ qui opulenti estis in Sion, et confiditis in monte Samariæ, optimates capita populorum, ingredientes pompaticè domum Israel!* Deinde, ut beneficiis Dei, qui eis ampla spatia regni dedit, ostendat ingratos, quoniam confidebant in monte Samariæ, ubi utique idola colebantur, *Transite, inquit, in Chalanne, et videte, et ite inde in Emath magnam, et descendite in Geth Palæstinorum, et ad optima quæque regna horum, si latior terminus eorum termino vestro est.* Simul etiam cum ista dicuntur, locorum nominibus tanquam luminibus ornatur eloquium, quæ sunt Sion, Samaria, Chalanne, Emath magna, et Geth Palæstinorum. Deinde verba quæ his adjunguntur locis, decentissime variantur: *Opulenti estis, confiditis, transite, ite, descendite.*

Consequenter denuntiatur futura sub iniquo rege appropinquare captivitas, cum adjungitur, *Qui separati estis in diem malum, et appropinquatis solio iniquita-*

tis. Tunc subjiuntur merita luxuriæ, Qui dormitis in lectis eburneis, et lascivitis in stratis vestris: qui comeditis agnum de grege, et vitulos de medio armenti. Ista sex membra tres bimembres circuitus ediderunt. Non enim ait, Qui separati estis in diem malum, qui appropinquatis solio iniquitatis, qui dormitis in lectis eburneis, qui lascivitis in stratis vestris, qui comeditis agnum de grege, et vitulos de medio armenti; si ita diceretur, esset quidem et hoc pulchrum, ut ab uno pronomine repetitio singula sex membra decurrerent, et pronuntiantis voce singula finirentur: sed pulchrius factum est, ut eidem pronomini essent bina subnexa, quæ tres sententias explicarent; unam ad captivitatis prænuntiationem, *Qui separati estis in diem malum, et appropinquatis solio iniquitatis;* alteram ad libidinem, *Qui dormitis in lectis eburneis, et lascivitis in stratis vestris;* ad voracitatem vero tertiam pertinentem, *Qui comeditis agnum de grege, et vitulos de medio armenti:* ut in potestate sit pronuntiantis, utrum singula finiat, et membra sint sex, an primum et tertium et quintum voce suspendat, et secundum primo, quartum tertio, sextum quinto connectendo, tres bimembres circuitus decentissime faciat; unum quo calamitas imminens, alterum quo lectus impurus, tertium quo prodiga mensa monstretur.

Deinde luxuriosam remordet aurium voluptatem. Ubi cum dixisset, *Qui canitis ad vocem psalterii,* quoniam potest exerceri sapienter a sapientibus musica, mirabili decore dicendi, invectionis impetu relaxato, et non ad illos sed de illis jam loquens, ut nos musicam sapientis a musica luxuriantis distinguere commoneret, non ait, *Qui canitis ad vocem psalterii,* et sicut David putatis vos habere vasa cantici: sed cum illud ad illos dixisset, quod luxuriosi audire deberent, *Qui canitis ad vocem psalterii,* imperitiam quoque eorum aliis quodammodo indicavit, adjungens, *Sicut David putaverunt se habere vasa cantici, bibentes in phialis vinum, et optimo unguento delibuti.* Tria hæc melius pronuntiantur, si sus-

pensis duobus prioribus membris circuitus, tertio fianantur.

Jam vero quod his omnibus adjicitur, *Et nihil patiebantur super contritione Joseph*, sive continuatim dicatur ut unum sit membrum, sive decentius suspendatur, *et nihil patiebantur*, et post hanc distinctionem inferatur, *super contritione Joseph*, atque sit bimembris circuitus; miro decore non dictum est, Nihil patiebantur super contritione fratris, sed positus est pro fratre, *Joseph*, ut quicumque frater proprio significaretur ejus nomine, cujus ex fratribus fama præclara est, vel in malis quæ pendit, vel in bonis quæ rependit. Iste certe tropus ubi Joseph quemcumque fratrem facit intelligi, nescio utrum illa quam didicimus et docuimus, arte tradatur. Quam sit tamen pulcher, et quemadmodum afficiat legentes atque intelligentes, non opus est cuiquam dici, si ipse non sentit.

Et plura quidem, quæ pertinent ad præcepta eloquentiæ, in hoc ipso loco, quem pro exemplo posuimus, possunt reperiri. Sed bonum auditorem, non tam si diligenter discutiatur, instruit, quam si ardentè pronuntietur, accendit. Neque enim hæc humana industria composita, sed divina mente sunt fusa et sapienter et eloquenter; non intenta in eloquentiam sapientia, sed a sapientia non recedente eloquentia. Si enim, sicut quidam disertissimi atque acutissimi viri videre ac dicere potuerunt, ea quæ velut oratoria arte discuntur, non observarentur et notarentur, et in hanc doctrinam non redigerentur, nisi prius in oratorum invenirentur ingenii; quid mirum si et in istis inveniuntur, quos ille misit qui facit ingenia? Quapropter et eloquentes quidem, non solum sapientes, canonicos nostros auctores doctoresque fateamur, tali eloquentia, qualis personis ejusmodi congruebat. S. Aug. De doct. christ. I. IV. c. VIII. t. III. f. 96.

En este mismo libro analiza el santo Doctor varios pasages del Apóstol.

Los jóvenes no deben descuidar enteramente en sus composiciones lo que llaman los literatos el número, cadencia, ó música en las clausulas; pero tampoco han de atender á ello con exceso.—S. Agustin.

Despues de observar el Santo que en las divinas Escrituras no abunda el ornato «qui numerosis fit clausulis,» y de dar la razon por qué convenia que así fuese, añade lo que sigue.

Sed cavendum est ne divinis gravibusque sententiis, dum additur numerus, pondus detrahatur. Nam illa musica disciplina, ubi numerus iste plenissime discitur, usque adeo non defuit Prophetis nostris, ut vir doctissimus Hieronymus quorundam etiam metra commemoret, in hebræa duntaxat lingua (*Hieron. in prologo super Job*): cujus ut veritatem servaret in verbis, hæc inde non transtulit. Ego autem ut de sensu meo loquar, qui mihi quam aliis et quam aliorum est utique notior, sicut in meo eloquio, quantum modeste fieri arbitror, non prætermitto istos numeros clausularum; ita in auctoribus nostris hoc mihi plus placet, quod ibi eos rarissime invenio. S. Aug. De doctr. christ. l. IV. c. XX. n. 41. t. III. f. 109.

Utilidad de las composiciones trabajosas.

Fit enim fere, ut quod non sine labore atque industria partum est, arctius quoque teneatur: quod autem nullo negotio comparatum est, citissime vilescat, et abjiciatur, utpote quod recuperari potest. S. Greg. Nac. orat. XXXIV. t. I. f. 481.

Lamentábase S. Agustin de que en las composiciones en que, sobre las obras de la creacion, se ejercitaba á los niños en la escuela, no se procuraba que levantasen su espíritu al Criador.

Et virtutem tuam annuntiabunt. Neque enim opera tua laudabunt, nisi ut virtutem tuam annuntient. Proponuntur laudes pueris in schola, et omnia talia propo-

nuntur quæ laudentur, quæ Deus est operatus: proponitur homini laus solis, laus cœli, laus terræ; ut ad minora etiam veniam, laus rosæ, laus lauri: omnia ista opera Dei sunt, proponuntur, suscipiuntur, laudantur; opera celebrantur, de operatore tacetur. Ego in operibus volo laudari Creatorem; ingratum non amo laudatorem. Laudas quod fecit, taces de illo qui fecit? Quasi vero nisi ille tantus esset, invenires quod laudares. In eo quod vides, quid ibi laudatur? Species, utilitas, aliqua virtus, aliqua potentia rerum istarum. Si pulchritudo te delectat, quid pulchrius faciente? Si utilitas laudatur, quid illo utilius, qui fecit omnia? Si virtus laudatur, quid illo potentius, a quo facta sunt omnia; a quo etiam facta non dimittuntur, sed reguntur et gubernantur omnia? Non ergo quemadmodum quidam eloquentes muti, laudantes creaturam, obliscentes Creatorem; non sic te laudat generatio et generatio in servis tuis, cum laudat opera tua. Sed quomodo laudat? *Et virtutem tuam annuntiabunt.* In laudandis operibus tuis, virtutem tuam annuntiabunt. S. Aug. enarrat. in psalm, CXLIV. n. 7. t. IV. f. 4875.

LECCION XXIX.

Necesidad de preparar los discursos.

San Juan Crisóstomo recomienda al orador, que los prepare cuidadosamente. De Sacerd. l. V. c. I. t. I. f. 415.

Vacare autem studiis diligentius quam quæ populi audiunt instruendis, propter ecclesiasticas occupationes omnino non possum. S. Aug. Hieronymo, epist. LXXIII. t. II. f. 247.

Unusquisque ut potest recordetur quod audivit.... Magno labore quæsitæ et inventa sunt, magno labore

nuntiata et disputata sunt. S. Aug. enarrat. in psalm. CIII. n. 19. t. IV. f. 1390.

Predicar de concepto.

Solet autem motu suo significare utrum intellexerit cognoscendi avida multitudo: quod donec significet, versandum est quod agitur, multimoda varietate dicendi: quod in potestate non habent, qui præparata et ad verbum memoriter retenta pronuntiant. S. Aug. de doctr. christ. l. IV. c. X. n. 25. t. III. f. 100. = Véase de catechizandis rudibus, cc. XIII y XV. t. VI. ff. 524-528. = S. Aug. serm. CCLVIII. in Natali Joann. Baptistæ, II. de voce et verbo, t. V. f. 1302.

LECCION XXX.

Los santos Padres predicaban ordinariamente de concepto.

Creemos haberlo probado suficientemente en la primera parte de esta obra: réstanos solo acotar los pasajes allí citados.

San Basilio.

La homilía VIII. del Hexaameron, está en el t. I. f. 71; y lo que hace al caso presente, en el n. 2. = La que improvisó al llegar al templo, donde le esperaban los fieles, versa sobre el salmo CXIV. t. I. f. 199. = Las homilías, «De gratiarum actione» é «In Martyr. Julittam,» están en el t. III. ff. 24-35. = «In ebriosos,» t. II. f. 122.

San Ambrosio.

Refiere la historia de su persecucion y los términos en que predicó varias veces en los tres dias que estuvo asediado en el templo, en la epístola XX. dirigida

á su hermana Marcelina, t. VI. f. 44, edicion de Venecia.—S. Ambrosius, «De Basilicis non tradendis Hæreticis, aut Gentilibus, ad Mediolanensem populum, contra Auxentium invasorem, concio.» t. V. f. 97.

San Juan Crisóstomo.

Homilia in Eutropium Eunuchum Patricium ac Consullem, t. III. f. 384.—Homiliæ XXI. De Statuis ad populum Antioch. habitæ, t. II. f. 4.—La homilia III. in Joannem fue improvisada, como se lee en el n. 2. t. VIII. f. 18.—El santo Doctor, refiere en otra homilia, que cambiaba el giro del discurso segun las disposiciones que mostraban los oyentes: al observar, dice, vuestro llanto «tragædiam illam sedavi, sermonem de medio transtuli fletumque illum ex singulorum cordibus erupturum coërcui.» In dictum illud Apostoli: «Oportet et hæreses esse,» etc. n. 4. t. III. f. 240.—Sabemos por el mismo Santo, y lo observarán cuantos le lean con reflexion, que cambiaba á menudo el giro de sus discursos, especialmente cuando se ofrecia á su espíritu el recuerdo ó la doctrina del Apóstol. In illud: Ego Dominus feci lumem, homil. t. VI. f. 147.—Véase el segundo pasage que del Santo hemos copiado en la leccion XV. f. 293.—Mucho de lo que dijo en su sermón I., «De Lázaro,» le fué sugerido por las críticas que en el dia anterior se habian permitido algunos fieles. De Lazaro, concio I. n: 2. t. I. f. 709.

San Agustin.

Las noticias que, tomadas de Posidio, hemos puesto en la página 177, pueden leerse en los cc. VII. y XV. de la vida de S. Agustin, t. I. ff. 39 y 45.

Augustinus, Alypio Tagastensi Episcopo, epist. XXIX. t. II. f. 114.—Serm. LXXI. n. 8. t. V. f. 449.—Serm. CLXXX. n. 4. f. 974.—Serm. CCCLII. n. 4. f. 1549.—Enarrat. in psalm. LXXXVI. n. 4. t. IV. f. 1100.—Enarrat. in psalm. CXXXVIII. n. 4. t. IV. f. 1784.—Enarrat. in psalm. CXLVII. n. 4. t. IV. f. 1913.

Los sermones de los santos Padres se han conservado por la diligencia de los taquígrafos que los escribían cuando aquellos los pronunciaban.

S. Agustin.

Las noticias relativas á los notarios que asistían á los sermones y conferencias de S. Agustin, copiándolas en el acto, pueden verse en la vida del Santo, escrita por su contemporáneo y amigo el Obispo Posidio, cuya historia está en el primer tomo de las obras del santo Doctor: cc. VI. y VII. f. 58.: c. XVI. f. 46.: c. XVII. f. 47.

La interesante acta de la eleccion de su sucesor Eraclio, es la epist. CCXIII. t. II. f. 966.=Serm. sobre el salmo LI. n. 1. t. IV. f. 599.

El mismo santo hace mencion, en el c. XVI. del l. I. de sus retractaciones, de una controversia habida con los hereges, y que fué copiada por los notarios que estaban presentes, t. 1. f. 612.

Dice asimismo que hizo oralmente la exposicion de algunos pasages de la carta de S. Pablo á los Romanos; y que algunos que le oían, la copiaron. c. XXIII. f. 620.

Los dos libros del órden fueron un diálogo que se iba escribiendo al mismo tiempo que se pronunciaba. De ord. l. I. c. II. t. I. f. 980.

San Gregorio Nacianceno.

Véase la peroracion que hemos copiado en la página 338, y lo que hace al caso en la línea 5.^a de la página 340.

San Bernardo.

Véanse las cartas XVII. y XVIII. escritas por el Santo al Cardenal Pedro, t. I. f. 35.

En los sermones de los santos Padres se encuentran pasages que solo han podido conservarnos los taquígrafos, pues sus autores no pudieron escribirlos de antemano.

La digresion con que S. Juan Crisóstomo reprendió á los fieles que se distraían con motivo de encender las luces al caer el dia, es muy elocuente, y la leemos en su sermón IV. in Gen. t. IV. f. 662.

Los murmullos de algunos de sus monges hicieron interrumpir á S. Bernardo su sermón XXXIV. De verbis Origenis, t. III. f. 1153.

A continuacion del serm. CXI. de S. Agustin, está en cinco líneas el anuncio de que al día siguiente se celebraba el aniversario de la consagracion del obispo Aurelio: «Et post sermonem.» t. V. f. 643.

Accidentes que leemos intercalados en los sermones de los santos Padres.

En el principio del sermón VIII. del Hexaëmeron de S. Ambrosio, se lee; «Et cum paululum conticuisset, iterum sermonem adorsus, ait, etc. I. V. c. XII. n. 36. t. I. f. 80. Ed. de Venecia.

En el XIX. de S. Agustin, despues de una rápida y elocuente gradacion sobre la pasion y muerte del Señor, se lee entre paréntesis: Hi acclamaverunt qui cognoverunt. t. V. f. 134.

Los santos Doctores tenian que recurrir á las notas de los taquígrafos, cuando querian poseer, rectificar ó publicar sus sermones.

Los editores Benedictinos, refiriéndose á antiquísimos manuscritos, dicen que S. Agustin revisó sus CXXIV. sermones ó tratados, In Joan., teniendo á la vista las copias de los Notarios, t. III. f. 1577.: lo cual se comprueba con los pasages que del tratado XCIX. (f. 1889) copió en el capítulo XXVII. del libro XV. De Trinitate: «Proferendo ad aures populi chistiani diximus, dictumque conscripsimus,» t. VIII. f. 1095.

El proemio del comentario sobre el Cantar de los Cantares, que el Niseno remitió á Olympiada, está en el t. I. de la edicion de Paris de 1638, f. 468.; y en el 467 es donde el Santo dice que le compuso valiéndose de las notas que se habian tomado, de lo que él habia predicado en la Iglesia. Lo mismo hizo S. Gregorio Magno para publicar sus homilias sobre el profeta Ezequiel. Prefacio, t. I. f. 1173.

LECCION XXXI.

San Agustín dá la preferencia entre todos los sentidos al de la vista y al del oído.

Et plerumque sonus, aliquando etiam nutus, ille auribus, ille oculis exhibetur, ut per signa corporalia etiam corporis sensibus verbum quod mente gerimus innotescat. Nam et innuere quid est, nisi quodammodo visibiliter dicere?... Sed hæc atque hujusmodi signa corporalia sive auribus sive oculis præsentibus quibus loquimur exhibemus. De Trinitate, l. XV. c. X. t. VIII. f. 1071.

Describe con viveza cuán fuertemente es afectada nuestra alma por los sonidos y objetos que impresionan la vista y el oído. Confess. l. X. cc. XXXIII. y XXXIV. t. I. f. 799.

Es muy interesante lo que respecto á la excelencia de la vista sobre los demás sentidos, dice en el c. XXXV. del l. X. de sus confesiones, t. I. f. 802.

Duo ergo video, in quibus potentia visque rationis possit ipsis etiam sensibus admoveri: opera hominum quæ videntur, et verba quæ audiuntur. In utroque autem utitur mens gemino nuntio pro corporis necessitate; uno qui oculorum est, altero qui aurium.» Es notable todo el c. XI. del l. II., de ordine, de donde hemos tomado las palabras que anteceden, t. I. f. 1009.

Se ocupa mucho en el estudio de los sentidos, en el libro II. De libero arbitrio, t. I. f. 1259.

Diferencia de la voz y de la palabra; del gesto y de la acción; de lo escrito y de lo pronunciado.

San Agustín, serm. CCLXXXVIII. n. 3. t. V. f. 1304.

San Gerónimo, comentario de la epístola á los Gálatas, c. IV. t. IV. f. 278.—Epist. L. á Paulino, t. IV. f. 569.

San Agustin, carta CXVIII. á Dióscoro, c. III. n. 22. t. II. f. 442.

San Gregorio Magno, l. II. in Evangelia, hom. XXI. n. 1. t. I. f. 1526.

La pronunciacion debe ser clara.

San Agustin expone el origen de las letras, las clasifica en vocales, semivocales y mudas: nota la necesidad de pronunciarlas separadamente; señala la importancia de la cantidad prosódica y reflexiona sobre gran parte de la gramática, en su libro II. del orden c. XII. f. 1011.

Véase tambien el libro III. de la doctrina cristiana, c. III. t. III. f. 67.

Sermones naturam habent aliam. Quapropter notis indigent, ut avolantium celeritatem scriptor apprehendat. Tu igitur, o puer, notas ac characteres perfectos facias, et loca ex ordine interpunctionibus distingue. Nam pusillo errore multa vitiatur oratio: scriptoris autem diligentia perficitur sermo. S. Basil. Epist. CCCXXXIII. Notario, t. III. f. 451.

La pronunciacion debe ser adornada.

Nam de voce quid loquar, quam simplicem et puram esse satis arbitror: canoram autem esse naturæ est, non industriæ. Sit sane distincta pronuntiationis modo, et plena succi virilis; ut agrestem ac subrusticum fugiat sonum, non ut rythmum adfectet scenicum, sed mysticum servet. S. Ambr. de officiis l. I. c. XXIII. t. IV. f. 17.

Casi en los mismos términos se expresa S. Isidoro, en el l. II. c. XI. de officiis t. II. f. 462.

Véase del capítulo XVIII. del mismo libro «de officiis» de S. Ambrosio, el pasage que hemos copiado en la leccion XVI. f. 301.

El acento provincial desagrada.

Los Italianos censuraban cierto deajo en la pronunciacion de S. Agustin, quien tampoco encontraba libre

de vicio la de sus censores, como el mismo Santo lo dice en el libro II. del órden c. XVII. n. 45. t. I. f. 1015.

La pronunciacion debe ser apta.

.... Et omnes affectus spiritus nostri pro sui diversitate habere proprios modos in voce atque cantu, quorum nescio qua occulta familiaritate excitentur. S. Aug. confess. l. X. c. XXXIII. t. I. f. 799.

El mismo santo Doctor en sus libros de la doctrina cristiana inculca mucho la necesidad de pronunciar de una manera apta, y observa la ambigüedad que puede resultar de no hacerlo así. l. III. c. III. t. III. f. 67. En el libro IV. analiza como buen maestro varios pasages elocuentes de la sagrada Escritura y nota los miembros de la oracion, cláusulas, períodos, cesuras y las pausas que deben hacerse al pronunciar dichos pasages. c. VII. f. 95. c. XVIII. f. 105. c. XX. f. 107.

Qui autem ad hujusmodi provehitur gradum iste erit doctrina, et libris imbutus, sensuumque, ac verborum scientia perornatus, ita ut in distinctionibus sententiarum intelligat, ubi finiatur junctura, ubi adhuc pendet oratio, ubi sententia extrema claudatur. Sicque expeditus vim pronuntiationis tenebit, ut ad intellectum omnium mentes, sensusque promoveat, discernendo genera pronuntiationum, atque exprimendo sententiarum proprios affectus, modo indicantis voce, modo dolentis, modo increpantis, modo exhortantis, sive his similia secundum genera propriæ pronuntiationis. In quo maxime illa ambigua sententiarum adhibenda cognitio est. Multa enim sunt in Scripturis, quæ nisi proprio modo pronuntientur, in contrariam recidunt sententiam, sicuti est: Quis accusabit adversus electos Dei? Deus qui justificat? Quod si quasi confirmative non servato genere pronuntiationis suæ dicatur, magna perversitas oritur. Sic ergo pronuntiandum est, ac si diceret, Deus ne, qui justificat? Ut subaudiatur, non. Necesse est ergo in tantis rebus scientiæ ingenium, quo proprie singula,

convenienterque pronuntientur. Propterea et accentuum vim oportet scire lectorem, ut noverit in qua syllaba vox protendatur pronuntiantis. Plerumque enim imperiti lectores in verborum accentibus errant, et solent irridere nos imperitiæ hi, qui videntur habere notitiam, detrahentes, et jurantes penitus nescire, quod dicimus. S. Isid. Hispal. De Eccles. offic. l. II. c. XI. t. II. f. 462.

De la accion.

Aliter enim latine ira dicitur, aliter græce aliter atque aliter aliarum diversitate linguarum: non autem latinus aut græcus est vultus irati. Non itaque omnes gentes intelligunt, cum quisque dicit: Iratus sum, sed Latini tantum: at si affectus excandescentis animi exeat in faciem, vultumque faciat, omnes sentiunt qui intuentur iratum. Sed neque ita licet educere et quasi exporrigere in sensum audientium per sonum vocis illa vestigia, quæ imprimit intellectus memoriæ, sicut apertus et manifestus est vultus: illa enim sunt intus in animo, iste foris in corpore. S. Aug. De catech. rudibus, c. II. t. VI. f. 311.—Véase lo que del mismo Santo hemos copiado en la leccion I. f. 202. Data vero signa, etc.

Quid enim aliud molimur nisi animum ipsum nostrum, si fieri potest, cognoscendum et perspiciendum animo auditoris inferre: ut in nobis ipsi quidem maneamus, nec recedamus a nobis, et tamen tale indicium, quo fiat in altero nostra notitia, proferamus; ut, quantum facultas conceditur, quasi alter animus ab animo per quem se indicet proferatur? Id facimus conantes et verbis, et ipso sono vocis, et vultu, et gestu corporis, tot scilicet machinamentis id quod intus est demonstrare cupientes: quia tale aliquid proferre non possumus, et ideo non potest loquentis animus penitus innotescere: unde etiam mendaciis locus patet. S. Aug., de fide et symb., c. III. t. VI. f. 185.

Describe la viveza con que la agitacion de su espíritu reflejaba en los movimientos expresivos de su cuer-

po en los últimos momentos de su conversion, en el l. VIII de sus confesiones, c. VIII. t. I. f. 757.

Est etiam in ipsu motu, gestu, incessu tenenda verecundia. Habitus enim mentis in corporis statu cernitur. Hinc homo cordis nostri absconditus, aut levior, aut jactantior, aut turbidior: aut contra gravior, et constanter, et purior, et maturior æstimatur. Itaque vox quædam est animi, corporis motus. S. Ambr. De officiis, l. I. c. XVIII. t. IV. f. 12.

Motus sit purus ac simplex; nihil enim fucatum placet. Motum natura informet. Siquid sane in natura vitii est, industria emendet; ut ars desit, non desit correctio. S. Ambr. De officiis. l. I. c. XIII. f. 15.

«Nam solet... acceptior esse sermo vivus quam scriptus, et efficacior lingua quam littera. Oculi quippe loquentis fidem faciunt dictis; nec ita potest affectum exprimere digitus, quomodo vultus. S. Bernard. epist. LXVI. t. I. f. 67.

Huic frons libera, nudis aperta temporibus, quæ mentis habitum specie sui prodat: nunc læta, nunc tristior: nunc erecta ad severitatem, nunc ad lenitatem remissior, quæ signis forensibus internam exprimat voluntatem. Imago quædam animi loquitur in vultu, fidei basis in qua quotidie Domini nomen inscribitur et tenetur. S. Ambr. Hexaëmeron l. VI. c. IX. t. I. f. 100.

— Observa S. Agustin que en los movimientos de ojos y semblante, en muchos casos, nada hay de deliberado, en el libro II. de la doctrina cristiana, c. I. n. 2. t. III. f. 36.

Se ha de evitar toda chocarrería.

Véase S. Ambrosio, de officiis, l. I. c. XXIII. t. IV. f. 17.

Se ha de estudiar é imitar á los que accionan natural y expresivamente.

Léase S. Greg. Nacianceno, Oracion XX. t. I. f. 334.

LECCION XXXII.

Disgustos que lleva consigo el ministerio de la predicacion.

Hace al caso mucho de lo que hemos copiado en la leccion X., desde la página 258.

Neque enim te maxime conqueri audivi, nisi quod tibi sermo tuus vilis abjectusque videretur, cum aliquem christiano nomine imbueres. Hoc autem scio, non tam rerum quæ dicendæ sunt, quibus te satis novi paratum et instructum, neque ipsius locutionis inopia, sed animi tædio fieri; vel illa causa quam dixi, quia magis nos delectat et tenet, quod in silentio mente cernimus, nec inde volumus avocari ad verborum longe disparem strepitum; vel quia etiam cum sermo jucundus est, magis nos libet audire aut legere quæ melius dicta sunt, et quæ sine nostra cura et sollicitudine promuntur, quam ad alienum sensum repentina verba coaptare incerto exitu, sive utrum occurrant pro sententia, sive utrum accipiantur utiliter; vel quia illa quæ rudibus insinuantur, eo quod nobis notissima sunt, et pro vectui nostro jam non necessaria, piget ad ea sæpissime redire, nec in eis tam usitatis et tanquam infantilibus cum aliqua voluptate jam grandiusculus animus graditur. Facit etiam loquenti tædium auditor immobilis vel quia non movetur affectu, vel quia nullo motu corporis indicat se intelligere vel sibi placere quæ dicuntur: non quia humanæ laudis nos esse avidos decet, sed quia ea quæ ministramus Dei sunt; et quanto magis diligimus eos quibus loquimur, tanto magis eis cupimus ut placeant quæ ad eorum porriguntur salutem: quod si non succedit, contristamur, et in ipso cursu debilitamur et frangimur, quasi frustra operam conteramus. Nonnunquam etiam cum avertimur ab aliqua re quam desideramus agere, et cujus actio aut delectabat nos, aut magis nobis necessaria videbatur, et cogimur aut jussu ejus

quem offendere nolumus, aut aliquorum inevitabili instantia catechizare aliquem, jam conturbati accedimus ad negotium, cui magna tranquillitate opus est, dolentes quod neque ordinem actionum nobis conceditur tenere quem volumus, nec sufficere omnibus possumus: atque ita ex ipsa tristitia sermo procedens minus gratus est, quia de ariditate mœstitiæ minus exuberat. Aliquando item ex aliquo scandalo mœror pectus obsedit, et tunc nobis dicitur, Veni, loquere huic; christianus vult fieri. Dicitur enim ab ignorantibus quid nos clausum intus exurat: quibus si affectum nostrum aperire non oportet, suscipimus ingratus quod volunt; et profecto languidus et insuavis ille sermo erit per venam cordis æstuantem fumantemque trajectus. Tot igitur ex causis, quælibet earum serenitatem nostræ mentis obnubilet, secundum Deum sunt quærenda remedia, quibus relaxetur illa contractio, et fervore spiritus exsulemus et jucundemur in tranquillitate boni operis. *Hilarem enim datorem diligit Deus* (II. Cor. IX. 7.) S. Aug. de catech. rudibus, cap. X. t. VI. f. 521.

A continuacion expone ámpliamente el santo Doctor oportunas consideraciones, para alentar el ánimo del predicador.

Doctrina saludable para cuantos están obligados á predicar.

San Juan Crisóstomo «De sacerdotio,» l. VI. n. 4. t. I. f. 421.—In Joann. homil. XVII. n. 4. t. VIII. f. 101.—Epist. CCIII. Salustio Presbyt., t. III. f. 712.—Epist. CCXII. Teophilo, t. III. f. 717.

San Basilio, epist. VII. Gregorio sodali, t. III. f. 80.

San Agustín, serm. CCCXXXIX. t. V. f. 1451.

San Gregorio Magno, Regula pastor. part. I. c. V. t. II. f. 7.—Part. II. c. IV. f. 17.—Epist. I. J. indict. IX. epist. XXV. t. II. f. 507.

San Isidoro de Sevilla, de ecclesiast. offic., l. II. c. II. t. II. f. 454.

San Bernardo, ad Balduinum, epist. CCI. t. I. f. 192.

Se disuelven los pretextos que suelen alegarse para excusarse de la predicacion

San Juan Crisóstomo conmina fuertemente á los que, teniendo obligacion de predicar, se excusan con su ignorancia. De sacerdotio, l. VI. n. 1. t. I. f. 421.

San Gregorio Magno no admite el pretexto de la humildad. Regula past. pars. III. c. XXV. t. II. f. 74.

San Bernardo decia al Abad Balduino; «Age ut magister. Novus es, sed debitor: et ex tunc te noveris debitorem, ex quo te alligasti.» Disipa con maestría los pretextos de la juventud y de la ignorancia, como inadmisibles, despues de haber tomado un oficio que le obligaba á la predicacion. Epist. CCI. t. I. f. 192.

Pretenden algunos excusarse de la predicacion por la indiferencia ó tibieza de los fieles, porque estos no aprovechan la doctrina que se les predica ó se complacen en criticar al predicador. Algunos fieles irreflexivos decian sarcásticamente, que en valde predicaba el Crisóstomo frecuentemente y con mucho celo, puesto que muchos de los oyentes no reformaban su vida y volvian á caer en los vicios, elocuentemente condenados por el santo Patriarca: desde el sermon, decian entre otras cosas, van muchos á donde se vende de comer y de beber «in caupona detrivisse tempus,» etc. Llegaron estas conversaciones á noticia del santo Patriarca y al dia siguiente expuso la obligacion que tenia de predicar, oyéranle ó nó los fieles, produgéran ó nó fruto sus palabras: combate á los que, perezosos para predicar, pretenden desalentar á los operarios celosos, con el pretexto de que no se les oye; y rebate las consecuencias que de la conducta de los fieles, deducian los que creían inútil la frecuente predicacion. Estos pasages del Crisóstomo son elocuentísimos. Los cinco primeros números del sermon I. «De Lazaro,» t. I. f. 707.

Con no menos elocuencia se ocupa en el mismo asunto, en el número 2. del sermon VII. «In Divitem et Lazarum,» t. I. f. 774.

Si S. Pablo, decia S. Agustin, hubiera cesado de predicar á los Atenienses porque algunos se burlaban de sus palabras, no hubiera convertido á muchos y entre ellos á Dionisio Areopagita: «Si formidaret irridentes, non pervenisset ad credentes.» Serm. CL. n. 2. t. V. f. 808.

Decia Cresconio á S. Agustin, que á qué tanto insistir contra la doctrina de los Donatistas, si no por esto cambiaban de parecer. Con este motivo el santo Doctor expone ampliamente los deberes de los defensores de la verdad. «*Nostri autem, ex quo finitum est, nullo prorsus tempore ut ipse finis innotesceret cessaverunt, quomodo id publice privatimque agere potuerunt; ne quisquam in perniciosissimo errore persistens, de segnitia circa se ministrorum Dei in ultimo iudicio quæreretur.*» Añade que no era cierto que la predicacion fuese infructuosa, puesto que muchos hereges se convertian; y luego dice: «*quamvis etiam si cui diligentia medicinæ hujus impensa non prodest, sufficit ad rationem reddendam Deo quod non cessavit impendi. Sicut enim malignus suasor peccati, etiamsi non persuaserit, merito pœnam deceptoris incurret; ita fidelis justitiæ prædicator, etiamsi ab hominibus respuatur, absit ut apud Deum sui officii mercede fraudetur.*» Son interesantes los cc. desde el IV. hasta el XII. del l. I., «*contra Cresconium Donatistam,*» t. IX. ff. 449-455.

Las mismas reflexiones hace en muchos de sus sermones, cuando le ocurre lamentarse de la negligencia de los que no aprovechaban la palabra de Dios.

Reprende S. Gregorio Magno á los que, por entregarse á la contemplacion, descuidan la obligacion de predicar. Regula past. pars. I. c. V. t. II. f. 7.

La dificultad de alcanzar la perfeccion, debe alentarnos para llegar al grado de elocuencia que nos sea posible.

San Juan Crisóstomo aduce para prueba los propósitos y la esperanza con que los padres envian sus hijos á

la escuela. «Adversus oppugnatores vitæ monasticæ.» l. III. t. I. f. 111.

El mismo Santo combate las ideas exageradas, que se forman de lo mucho que es necesario para predicar, los que, para no hacerlo, alegan la falta de las dotes necesarias. Hemos citado su doctrina en la página 191. «In epist. ad Hebræos.» Hom. III. n. 5. t. XII. f. 54.

Tambien hace al caso lo que dice el santo Doctor en el n. 11. de su l. III. adver. oppug. vitæ monasticæ, t. I. f. 96.

La predicacion es necesaria; la elocuencia de mucha utilidad.

Los consejos que con S. Agustin damos á los jóvenes en la página 195., son de los cc. XXVIII. y XXIX. del l. IV. de la doctrina cristiana, t. III. f. 119.

Conclusion.

Al concluir nos hemos aplicado las palabras, que la humildad inspiró á S. Gregorio Magno, al terminar aquellos libros de oro, donde dejó tan discretos y saludables consejos para los encargados del ministerio de la predicacion. «Ecce bone vir.... dum monstrare qualis esse debeat Pastor invigilo, pulchrum depinxi hominem pictor foedus.» Regulæ Pastor. IV. pars, t. II. f. 102. Y con no menos verdad, respecto á nosotros, hemos repetido las cinco últimas líneas, con que dió fin á sus libros de la doctrina cristiana, el humilde y elocuente S. Agustin, l. IV. c. XXXI. t. III. f. 122.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

INDICE.

PRIMERA PARTE.

	Pag.
PRÓLOGO.	
LECCION I. Idea, naturaleza y definicion de la elocuencia, página 199 de la segunda parte.	1
LECC. II. Del arte de la elocuencia, p. 206.	4
LECC. III. Elocuencia sagrada, p. 208.	7
LECC. IV. De la elocuencia sagrada como arte, p. 215.	10
LECC. V. La virtud y la ciencia son necesarias al orador cristiano, p. 228.	13
LECC. VI. Del estudio de la sagrada Escritura, p. 233.	17
LECC. VII. Del estudio de los santos Padres, p. 239.	21
LECC. VIII. De la filosofia cristiana, p. 247.	25
LECC. IX. De la literatura profana, p. 250.	30
LECC. X. De la rectitud de intencion. p. 258.	36
LECC. XI. De los asuntos sobre que debe versar la predicacion, p. 269.	43
LECC. XII. La doctrina cristiana debe predicarse como palabra de Dios, p. 279.	50
LECC. XIII. De la preparacion próxima para predicar, p. 284.	59
LECC. XIV. De los sermonarios, p. 287.	65
LECC. XV. Del plan del discurso, p. 288.	70
LECC. XVI. Del exordio y de la refutacion, p. 299.	76
LECC. XVII. De la proposicion y de la narracion, p. 311.	83
LECC. XVIII. De la division del discurso, p. 316.	88
LECC. XIX. De la confirmacion, p. 322.	95
LECC. XX. De la peroracion, p. 332.	108
LECC. XXI. Reflexiones generales sobre el estilo, p. 343.	117
LECC. XXII. Del estilo y sus dotes en general, y de la claridad en particular, p. 346.	123
LECC. XXIII. Del adorno, ó del estilo figurado, p. 353, línea 3.ª	131
LECC. XXIV. De las figuras de expresion, p. 358.	135
LECC. XXV. De las figuras de pasion p. 365.	141
LECC. XXVI. Del buen uso del language figurado, p. 374.	149
LECC. XXVII. De los tres géneros de estilo, sumiso, templado y sublime, p. 377.	155
LECC. XXVIII. De los ejercicios de composicion, p. 382.	165
LECC. XXIX. Cuándo y cómo se ha de predicar de memoria, ó de concepto, p. 390.	170
LECC. XXX. Los santos Padres predicaban ordinariamente de concepto, p. 391.	174
LECC. XXXI. De la pronunciacion, p. 395.	181
LECC. XXXII. Cualesquiera que sean las dificultades del estudio de la elocuencia, no excusan á los Párrocos de la obligacion de predicar.—Resúmen y conclusion, p. 400.	189

SEGUNDA PARTE.

Nota de las ediciones de los santos Padres que se han tenido á la vista al redactar estas lecciones.	197
LECCION I. página. 1. de la primera parte.	199
<i>Reflexiones de los santos Padres sobre los fenómenos del alma.</i> Doce pasages de S. Atanasio, S. Basilio, S. Gregorio Nacianceno, S. Agustin y Lactancio.	199
<i>Superioridad de la palabra sobre los demas medios de expresion.</i> Cuatro pasages de S. Ambrosio y S. Agustin.	202
<i>Discurso de la madre del Crisóstomo y una carta de S. Bernardo.</i>	203
<i>Pensamientos y expresion.</i> Cuatro pasages del Nacianceno, San Agustin y S. Isidoro de Sevilla.	205
LECCION II. pág. 4.	206
<i>El arte auxilia y perfecciona las dotes que tiene el hombre para ser naturalmente elocuente.</i> Ocho pasages de S. Atanasio, S. Agustin y S. Gerónimo.	206
LECCION III. pág. 7.	208
<i>S. Agustin llama milagro á la palabra y la compara con el misterio de la Encarnacion, para explicar su posibilidad.</i> Nueve pasages de Tertuliano, Origenes y S. Agustin.	209
<i>Poder de Dios y cooperacion del hombre.</i> Dos pasages de San Agustin.	214
<i>Se debe respetar siempre la palabra divina: el modo de anunciarla puede ser examinado con ciertas condiciones.</i> Tres pasages de S. Agustin.	214
LECCION IV. pág. 10.	215
<i>Comparacion del Nacianceno y observacion de S. Agustin.</i> Dos pasages.	215
<i>Verdadera y falsa elocuencia.</i> Ocho pasages de S. Juan Crisóstomo, S. Gerónimo y S. Agustin.	215
<i>Observacion de S. Agustin.</i> Un pasage.	217
<i>El Crisóstomo y el Nacianceno.</i> Dos pasages	218
<i>Objecion fundada en algunas palabras del Apóstol.</i> Cinco pasages del Nacianceno, S. Gerónimo y S. Juan Crisóstomo.	219
<i>La elocuencia debe consagrarse al servicio de la Religion.</i> Tres pasages de Lactancio	224
<i>La elocuencia debe aprenderse durante la juventud.</i> Pasage de S. Agustin.	227
LECCION V. pág. 13.	228
<i>Oficio del predicador.</i> Doctrina de S. Agustin.	228
<i>Necesidad de virtud y ciencia.</i> Treinta y ocho pasages de Lactancio, S. Gregorio Magno, S. Ambrosio, el Nacianceno,	

S. Hilario, S. Gerónimo, S. Juan Crisóstomo, S. Agustín, S. Isidoro de Sevilla y S. Bernardo.	228
<i>San Agustín y S. Ambrosio</i> . Dos pasages.	230
<i>Consejo á los jóvenes</i> . Cinco pasages del Nacianceno, S. Gre- gorio Magno, S. Ambrosio y S. Isidoro de Sevilla.	232
LECCION VI. pág. 17.	233
<i>Estudio de la sagrada Escritura</i> . Tres pasages de S. Atanasio, S. Agustín y S. Gregorio Magno.	233
<i>Estudio de la Escritura en general y de algunos libros en parti- cular</i> . Seis pasages de S. Atanasio, S. Juan Crisóstomo y S. Agustín; de quienes y de S. Basilio, S. Hilario y S. Am- brosio se hacen algunas citas.	233
<i>Elocuencia de los libros sagrados</i> . Seis pasages de S. Agustín, S. Gerónimo, S. Cipriano y S. Ambrosio.	235
<i>Juicio de S. Gerónimo sobre una composicion de S. Paulino</i> . Tres pasages del Santo Doctor.	237
LECCION VII. pág. 21.	239
<i>Santos Padres</i> . Tres pasages del Crisóstomo, S. Gerónimo y San Atanasio.	239
<i>Los santos Padres estudiaban los escritos de sus contemporá- neos y predecesores</i> . Ocho pasages de S. Atanasio y S. Agus- tín. Observacion sobre S. Isidoro de Sevilla.	239
<i>Elogios que de los santos Padres han hecho los mismos</i> . Sesenta y tres pasages copiados ó citados de diversos santos Padres.	240
<i>Imparcialidad de los santos Padres</i> . Diez pasages de S. Juan Crisóstomo, S. Gerónimo, S. Agustín y Lactancio.	245
LECCION VIII. pág. 25.	247
<i>Idea de la filosofia</i> . Cuatro citas de S. Agustín.	247
<i>El predicador debe explicar la palabra divina</i> . Pasage de San Agustín.	247
<i>Filosofia cristiana</i> . Tres citas de S. Basilio, S. Agustín y Casio- doro.	247
<i>Libros anteriores á Moisés y los Profetas</i> . Ocho pasages de San Atanasio, S. Basilio, S. Juan Crisóstomo y S. Isidoro de Se- villa.	248
<i>Los santos Padres inspirados por el conocimiento del hombre y el espectáculo de la naturaleza</i> . Quince citas de S. Atanasio, S. Basilio, S. Juan Crisóstomo, el Nacianceno, S. Ambrosio, S. Agustín, S. Isidoro y Santo Tomás.	249
LECCION IX. pág. 30.	250
<i>Donde quiera que se encuentre la verdad se debe utilizar para el servicio de la religion</i> . Pasage de S. Agustín.	250
<i>Conducta de S. Basilio</i> . Pasage del Nacianceno.	251
<i>Conducta del Nacianceno</i> . Pasage del mismo Santo.	252
<i>Consejos sobre el estudio de la literatura profana</i> . Once pa- sages de S. Juan Crisóstomo, S. Basilio, S. Agustín, y S. Gerónimo.	253
<i>En tiempo de S. Agustín y S. Gerónimo iba haciéndose menos ne-</i>	

<i>cesaria la lectura de los paganos. Tres pasages de S. Agustin, S. Gerónimo y S. Juan Crisóstomo.</i>	256
LECCION X. pág. 36.	258
<i>Intencion. Cuatro pasages de S. Agustin y Santo Tomás.</i>	258
<i>Gloria y vanagloria. Tres pasages de Santo Tomás.</i>	259
<i>La indole de la elocuencia hace inminente el caer en el amor de la vanagloria. Dos pasages del Crisóstomo y S. Gregorio Magno.</i>	261
<i>Los santos Padres aplaudidos: su conducta y su doctrina. Once pasages de S. Juan Crisóstomo, S. Agustin, S. Gregorio Magno y S. Isidoro de Sevilla.</i>	262
<i>Sinsabores del amator de la vanagloria. Siete pasages de San Juan Crisóstomo, S. Agustin, S. Gregorio Magno y Santo Tomás.</i>	264
<i>Memores de S. Agustin. Cinco pasages del Santo.</i>	268
<i>Exhortacion del Crisóstomo. Dos pasages del mismo Santo y de S. Gerónimo.</i>	269
LECCION XI. pág. 43.	269
<i>El amor de la vanagloria perturba al orador y le hace errar el camino. Pasage del Crisóstomo.</i>	269
<i>Asuntos sobre que debe versar la predicacion. Nueve pasages de S. Basilio, el Nacianceno, S. Juan Crisóstomo, S. Ambrosio, y S. Gregorio Magno.</i>	271
<i>Conducta de los santos Padres. Tres pasages del Crisóstomo y S. Agustin.</i>	272
<i>Método de la predicacion. Tres pasages del Crisóstomo y San Ambrosio.</i>	275
<i>Los asuntos han de ser proporcionados á las necesidades y circunstancias de los oyentes. Diez pasages del Nacianceno, S. Juan Crisóstomo, S. Agustin, S. Gregorio Magno y San Isidoro de Sevilla.</i>	276
<i>Sermones predicados á clases determinadas. Ocho pasages del Crisóstomo, S. Agustin y S. Bernardo.</i>	278
<i>No se ha de predicar, sin necesidad, doctrina de difícil inteligencia ó que pueda turbar á los espiritus débiles. Cuatro pasages de S. Basilio, el Nacianceno y S. Agustin.</i>	278
LECCION XII. pág. 50.	279
<i>Censuran los santos Padres á los que predicán de una manera enteramente humana. Diez pasages de S. Basilio, del Nacianceno, de S. Juan Crisóstomo, S. Agustin, S. Ambrosio y S. Isidoro.</i>	279
<i>No está prohibido al predicador descender al campo de la ciencia humana. Pasage del Nacianceno.</i>	281
<i>Politica cristiana. Veinte pasages de Tertuliano, S. Gregorio Nacianceno, S. Juan Crisóstomo, S. Agustin, S. Ambrosio, S. Gregorio Magno y Santo Tomás.</i>	281
LECCION XIII. pág. 59.	284
<i>Los pensamientos son el alma de la elocuencia. Pasage del Crisóstomo.</i>	284

<i>Necesidad de la preparacion.</i> Pasage de S. Gregorio Magno.	284
<i>Fragilidad de la memoria: remedio.</i> Cuatro pasages de S. Clemente de Alejandria y S. Agustin.	285
<i>Necesidad de meditar sobre la materia y sobre las necesidades de los oyentes.</i> Seis pasages del Crisóstomo, S. Agustin y S. Bernardo.	285
LECCION XIV. pág. 65.	287
<i>A cada edad conviene un género diferente de elocuencia.</i> Cuatro pasages del Crisóstomo, S. Agustin y S. Ambrosio.	287
<i>Los santos Padres no copiaban los sermones de otros ni aun repetian sus propios discursos.</i> Nueve pasages de S. Cipriano, del Crisóstomo, S. Ambrosio y S. Agustin.	288
LECCION XV. pág. 70.	288
<i>Necesidad de coordinar los pensamientos.</i> Pasage de S. Bernardo.	288
<i>Unidad.</i> Cinco pasages de S. Agustin.	289
<i>El discurso debe aumentar siempre en fuerza y animacion.</i> Dos pasages del Crisóstomo.	293
<i>Los discursos no han de ser demasiado prolijos.</i> Trece pasages de S. Ambrosio, S. Agustin y S. Gregorio Magno.	294
<i>San Juan Crisóstomo conocia la conveniencia de la brevedad: solia sin embargo ser prolijo.</i> Siete pasages del mismo Santo.	296
<i>Del texto.</i> Seis pasages de S. Agustin.	297
<i>A quien estudie la sagrada Escritura no faltarán textos oportunos.</i> Ocho pasages del Crisóstomo y de S. Hilario.	297
LECCION XVI. pág. 76.	299
<i>La razon indica cuales son las partes de que naturalmente se compone el discurso.</i> Cuatro pasages de S. Agustin.	299
<i>En algunos casos las disposiciones del auditorio hacen innecesario el exordio.</i> Dos pasages del Crisóstomo.	299
<i>El exordio debe ser modesto.</i> Modestia de S. Pablo. Siete pasages del Crisóstomo y de S. Ambrosio.	300
<i>El exordio debe ser correcto, pero sencillo.</i> Dos pasages de S. Ambrosio y S. Agustin.	301
<i>Bossuet, S. Gerónimo y S. Gregorio Nacianceno.</i> Dos pasages de S. Gerónimo y del Nacianceno.	301
<i>Exordios que proceden de un ánimo fuertemente impresionado.</i> Cuatro pasages de S. Basilio, S. Juan Crisóstomo, S. Agustin y S. Gregorio Magno.	302
<i>Exordios ex abrupto.</i> Siete pasages de S. Cipriano, S. Basilio, S. Gregorio Nacianceno y el Crisóstomo.	305
<i>Proemios.</i> Cinco pasages del Crisóstomo y S. Agustin.	310
<i>Exordios de insinuacion.</i> Cinco pasages del Nacianceno y del Crisóstomo.	310
<i>Exordios de refutacion.</i> Tres pasages de S. Basilio, S. Juan Crisóstomo y S. Agustin.	311
LECCION XVII. pág. 83.	311
<i>La proposicion debe ser exacta.</i> Pasage de S. Agustin.	311
<i>Anécdotas y una reflexion de S. Agustin.</i> Tres pasages del	

Crisóstomo y S. Agustín.	312
<i>Excesos á que puede conducir el celo sin discrecion.</i> Pasaje de S. Gregorio Magno.	314
<i>San Agustín desconfiaba de sí mismo.</i> Ocho pasajes del Santo.	314
<i>Narracion.</i> Cuatro pasajes de S. Atanasio, S. Basilio y el Nacianceno.	315

LECCION XVIII. pág. 88. 316

<i>El dividir es natural al hombre.</i> Cuatro pasajes de S. Agustín y Santo Tomás.	316
<i>Los santos Padres dividían algunos sermones sin anunciar la division.</i> Tres pasajes de S. Basilio y S. Agustín.	318
<i>Divisiones que crecen en interés.</i> Tres pasajes de San Basilio, el Crisóstomo y S. Agustín.	318
<i>Los santos Padres hicieron uso de las divisiones.</i> Diez y seis pasajes de S. Atanasio, S. Basilio, el Crisóstomo y S. Agustín.	319
<i>Consejo de S. Carlos Borromeo.</i>	322

LECCION XIX. pág. 95. 322

<i>Necesidad de instruir para evitar que los afectos se antepongan á la razon.</i> Tres pasajes de S. Hilario y S. Agustín.	322
<i>Dialéctica y elocuencia.</i> Tres pasajes de S. Agustín.	323
<i>Silogismo, epiquerema, enthymema, induccion y comparacion.</i> Dos pasajes del Crisóstomo y S. Agustín.	323
<i>Dilema.</i> Ocho pasajes del Crisóstomo y S. Agustín.	324
<i>Sorites.</i> Siete pasajes de Lactancio, del Nacianceno y S. Agustín.	325
<i>A datis ó ad hominem.</i> Siete pasajes del Nacianceno, S. Juan Crisóstomo y S. Agustín.	326
<i>Antitesis y contrastes.</i> Once pasajes de S. Efren, S. Basilio, el Crisóstomo, S. Ambrosio, S. Agustín, S. Hilario y S. Bernardo	326
<i>Sentencias.</i> Dos pasajes de S. Basilio y S. Ambrosio.	327
<i>Epifonema.</i> Cinco pasajes de Tertuliano y S. Agustín.	328
<i>Climax ó gradacion.</i> Ocho pasajes del Nacianceno, de S. J. Crisóstomo y S. Agustín.	329
<i>Comparacion.</i> Once pasajes de S. Cipriano, S. Atanasio, San Basilio, S. J. Crisóstomo, S. Hilario y S. Agustín.	329
<i>San Basilio y Bossuet.</i> Dos pasajes de S. Basilio y del Nacianceno.	330
<i>Comparaciones tomadas del hogar doméstico.</i> Cinco pasajes del Crisóstomo y S. Agustín.	330
<i>Interrogacion.</i> Cinco pasajes del Crisóstomo y S. Agustín.	330
<i>Repeticion.</i> Seis pasajes del Crisóstomo, S. Basilio y S. Agustín.	331
<i>Repeticion y concesion.</i> Cuatro pasajes de S. Basilio, S. J. Crisóstomo y S. Ambrosio.	331
<i>Consejo de S. Atanasio.</i>	331
<i>Orden de la argumentacion y modelos.</i> Diez y siete pasajes de S. J. Crisóstomo, S. Basilio, S. G. Nacianceno, S. Ambrosio y S. Agustín.	331

LECCION XX. pág. 108.	332
<i>La instruccion prepara para la mocion.</i> Pasage de S. Agustin.	332
<i>Epilogos de recapitulacion.</i> Tres pasages de S. Basilio, el Crisóstomo y S. Agustin.	334
<i>Teoria de las pasiones.</i> Cinco pasages de S. Ambrosio, San Agustin y Santo Tomás.	334
<i>Masillon y S. Gregorio Magno.</i> Cinco pasages de este Santo y S. Agustin.	335
<i>No se debe insistir demasiado en lo sentimental.</i> Cinco pasages de S. J. Crisóstomo y S. Agustin.	336
<i>Modelos de elocuencia patética.</i> Doce pasages de S. Efrén, San Basilio, S. Gregorio Nacianceno, S. Juan Crisóstomo, S. Ambrosio y una cita de S. Agustin.	336
<i>El Nacianceno y Ciceron.</i> Un pasage del primero.	338
<i>San Gregorio Nacianceno y Bossuet.</i> Un pasage del primero.	341
<i>Epilogos de recapitulacion, de mocion y de ambos métodos a la vez.</i> Diez y ocho pasages de Lactancio, S. Cipriano, S. Basilio, el Crisóstomo y S. Agustin.	342
LECCION XXI. pág. 117.	343
<i>Simultaneidad, comunicacion reciproca de los fenómenos del alma é impenetrabilidad de tan misterioso conjunto.</i> Cinco pasages del Nacianceno y S. Agustin.	343
<i>Misterios de la palabra: su debilidad para expresar los objetos intelectuales.</i> Cinco pasages del Nacianceno, S. Agustin y S. Isidoro de Sevilla.	344
<i>Pensamientos del Nacianceno y de Pascal.</i> Un pasage del primero.	346
LECCION XXII. pág. 123.	346
<i>Pensamientos y expresion.</i> Un pasage de S. Agustin.	346
<i>Estilo: S. Agustin y S. Basilio.</i> Nueve pasages de los mismos Santos.	347
<i>El religioso silencio con que se oye al predicador es, segun San Agustin, una razon de mas para que aquel se exprese con claridad.</i> Un pasage de S. Agustin.	348
<i>Claridad: S. Agustin, su doctrina y ejemplo.</i> Doce pasages de S. Basilio y S. Agustin.	348
<i>Caridad de S. Agustin.</i> Tres pasages del Santo.	349
<i>En el language del pueblo cristiano hay un gran fondo de sabiduria.</i> Dos pasages de S. Agustin.	350
<i>Gramática.</i> S. Agustin. Cinco pasages del Santo.	351
<i>Perifrasis.</i> Tres pasages de S. Atanasio y del Nacianceno.	352
<i>Laconismo.</i> Un pasage del Nacianceno.	353
<i>Paréntesis.</i> Dos pasages de S. Gregorio Nacianceno.	353
<i>Disyuncion y ayuntamiento.</i> Tres pasages del Nacianceno y San Agustin.	353
<i>Utilidad de la lectura de buenos modelos y del estudio de la gramática.</i> Tres pasages de S. Agustin.	354
LECCION XXIII. pág. 131.	355
<i>El conocimiento del language figurado es útil y aun necesario pa-</i>	

<i>ra la inteligencia de la sagrada Escritura.</i> Nueve pasages de S. Agustin.	355
<i>Lenguaje natural, figurado y trópico.</i> Cinco pasages del Crisóstomo y S. Agustin.	357

LECCION XXIV. pág. 135. 358

<i>De la descripcion.</i> Un pasage de S. Basilio.	358
<i>Descripciones.</i> Quince pasages de Lactancio, S. Cipriano, San Basilio, S. Gregorio Nacianceno, S. J. Crisóstomo y S. Ambrosio.	358
<i>Se describe la actitud de un amanuense impaciente.</i> Un pasage de S. Gerónimo.	359
<i>Retratos característicos.</i> Cuatro pasages de S. Atanasio, San Basilio, el Nacianceno y S. Agustin.	359
<i>Hipérbole.</i> Cinco pasages de S. Agustin y S. Juan Crisóstomo.	359
<i>San Agustin censura una hipérbole suya.</i> Dos pasages del Santo.	360
<i>Antifrasis é Ironía.</i> Cuatro pasages del Crisóstomo y S. Agustin.	360
<i>Sinécdoque, metonimia.</i> Tres pasages de S. Agustin y S. Gerónimo.	361
<i>Metáfora.</i> Ocho pasages del Nacianceno, del Crisóstomo y San Agustin.	361
<i>Masillon, Flechier y Bossuet han sido muy elogiados por haber usado algunas metáforas, cuya invencion pertenece á los santos Padres.</i> Diez y siete pasages de Tertuliano, Lactancio, S. Basilio, el Crisóstomo, S. Agustin, S. Gerónimo, San Ambrosio y S. Bernardo.	362

LECCION XXV. pág. 141. 365

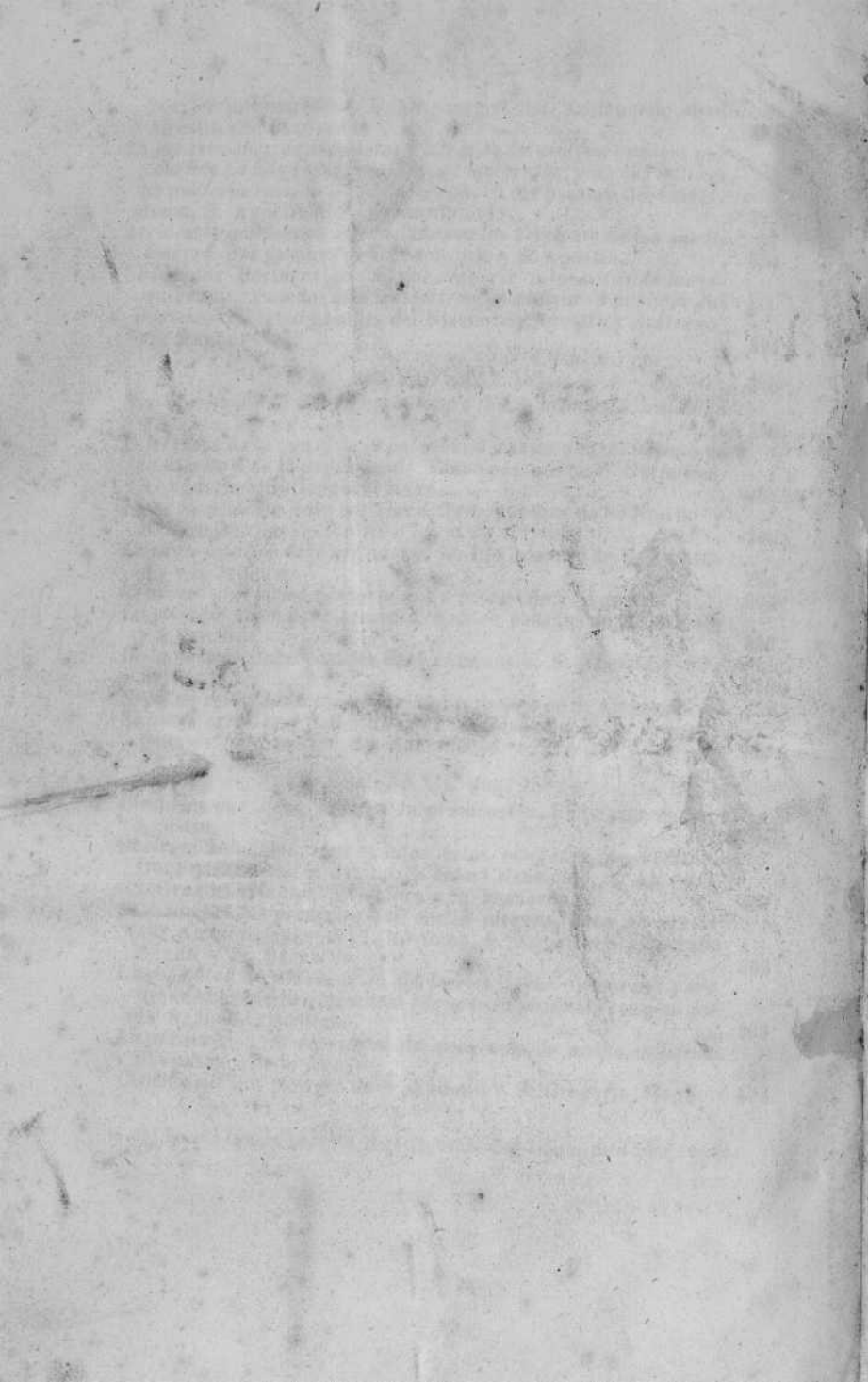
<i>Admiracion, exclamacion, apostrofe: estas figuras se usan á menudo simultáneamente y acompañadas de interjecciones.</i> Ocho pasages del Nacianceno, S. Juan Crisóstomo y S. Agustin.	363
<i>Prosopopeya.</i> Ocho pasages de S. Juan Crisóstomo, S. Gerónimo y S. Agustin.	366
<i>Optacion.</i> Un pasage de S. J. Crisóstomo.	368
<i>Imprecacion, conminacion.</i> Dos pasages de S. Efren y S. Agustin	370
<i>Adjuracion.</i> Tres pasages de S. Agustin.	370
<i>Se han de predicar las verdades austeras de la religion, pero con mucha caridad: las precauciones caritativas son mucho mas necesarias cuando nos dirigimos á los que han abandonado la Iglesia y naufragado en la fé.</i> Quince pasages de S. Cipriano, S. Gregorio Nacianceno, S. Juan Crisóstomo y S. Agustin.	371
<i>Obscuracion.</i> Tres pasages de S. Agustin.	372
<i>Diversas formas y exquisitas precauciones que la caridad inspiraba á los santos Padres.</i> Siete pasages de S. J. Crisóstomo.	372
<i>Elocuencia noble y familiar á la vez.</i> Cuatro pasages de S. Basilio, del Nacianceno y de S. J. Crisóstomo.	372
<i>La caridad enseñó á los santos Padres el gran secreto de hablar de sí mismos convenientemente, cuando era necesario.</i> Cinco pasages del Nacianceno, S. Agustin y S. Gregorio Magno.	373
<i>Dubitacion, suspension ó expectacion, correccion, pretericion,</i>	

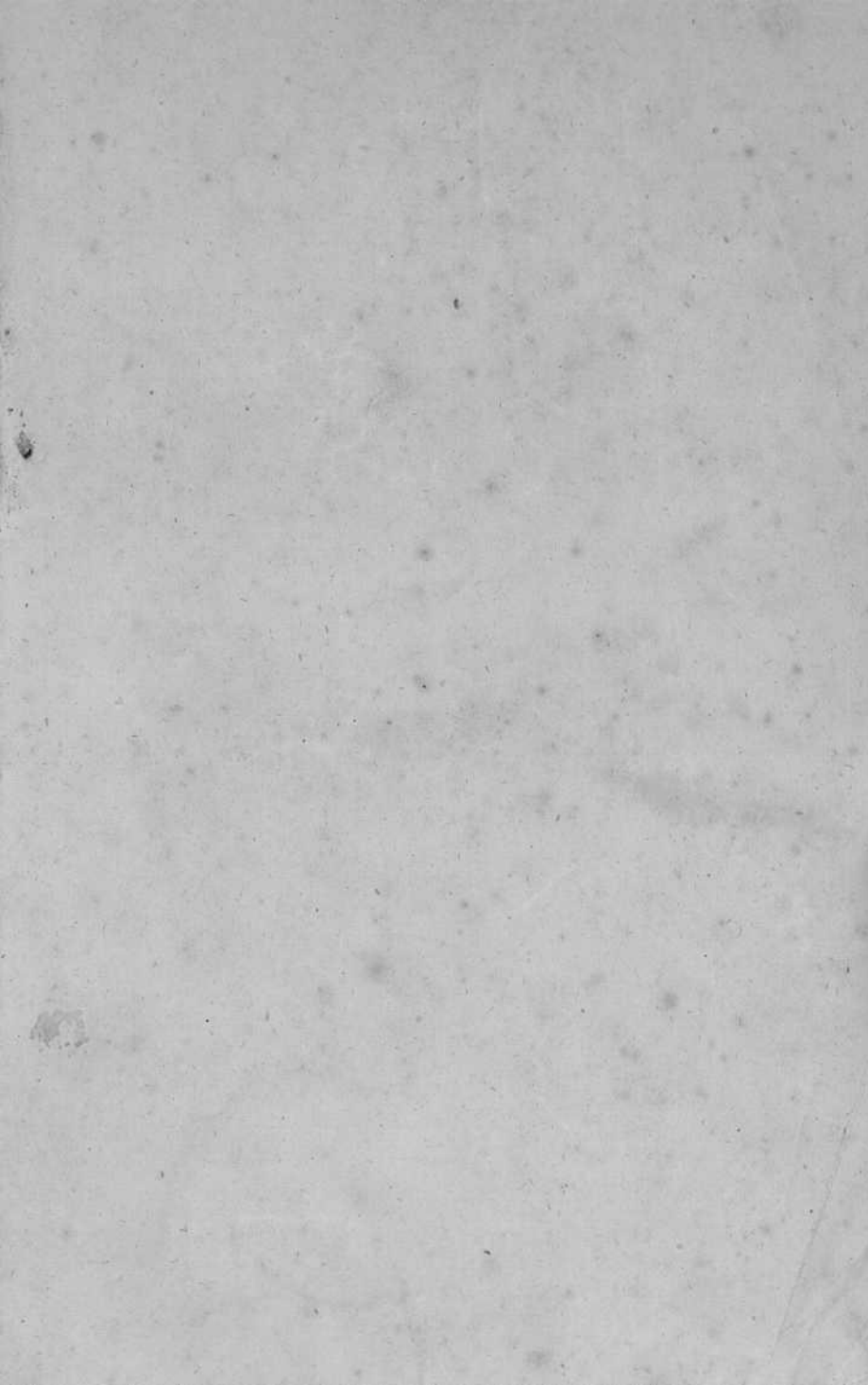
<i>permision, concesion.</i> Trece pasages de S. Basilio, S. Gregorio Nacianceno, S. J. Crisóstomo, S. Agustin y S. Hilario.	373
LECCION XXVI. pág. 149.	374
Cinco pasages de S. Efrén y S. Agustin.	374
<i>Et arte debe ocultarse.</i> Un pasage de S. Gerónimo.	374
<i>Anécdota.</i> S. Gerónimo y el Nacianceno: se reprende el abuso del lenguaje figurado. Cinco pasages de S. Juan Crisóstomo y S. Gerónimo.	374
<i>Simil de S. Agustin y crítica de un pasage de S. Cipriano.</i> Cinco pasages del Nacianceno y S. Agustin.	376
LECCION XXVII. pag. 155.	377
<i>De los tres géneros de estilo.</i> Cinco pasages de S. Basilio, San Ambrosio, S. Gregorio Nacianceno, S. Juan Crisóstomo y S. Agustin.	377
<i>Estilo sumiso.</i> Doce pasages de S. Cipriano, S. Basilio, S. Juan Crisóstomo y S. Agustin.	378
<i>Estilo templado.</i> Diez pasages de S. Cipriano, S. Basilio, S. J. Crisóstomo, S. Ambrosio y S. Agustin.	379
<i>Estilo sublime.</i> Doce pasages de S. Cipriano, S. Basilio, S. J. Crisóstomo y S. Agustin.	380
LECCION XXVIII. pág. 165.	382
<i>Teoria y práctica.</i> Un pasage de S. Agustin.	382
<i>Dificultades de la composicion.</i> Un pasage de S. Bernardo.	382
<i>Lectura é imitacion de buenos modelos.</i> Dos pasages de S. Agustin	382
<i>De la manera de traducir.</i> Un pasage de S. Gerónimo.	383
<i>Crítica literaria de un pasage de Amós. S Agustin.</i> Un pasage de S. Agustin.	385
<i>Los jóvenes no deben descuidar enteramente en sus composiciones lo que llaman los literatos el número, cadencia, ó música en las clausulas; pero tampoco han de atender á ello con exceso.</i> S. Agustin. Un pasage del Santo.	389
<i>Utilidad de las composiciones trabajosas.</i> Un pasage del Nacianceno.	389
<i>Lamentábase S. Agustin de que en las composiciones en que, sobre las obras de la creacion, se ejercitaba á los niños en la escuela, no se procuraba que levantasen su espíritu al Criador.</i> Un pasage del Santo.	389
LECCION XXIX. pág. 170.	390
<i>Necesidad de preparar los discursos.</i> Tres pasages de S. Juan Crisóstomo, y S. Agustin.	390
<i>Predicar de concepto.</i> Cuatro pasages de S. Agustin.	391
LECCION XXX. pág. 174.	391
<i>Los santos Padres predicaban ordinariamente de concepto.</i> Veinte y un pasages de S. Basilio, S. Ambrosio, S. Juan Crisóstomo y S. Agustin.	391
<i>Los sermones de los santos Padres se han conservado por la diligencia de los taquígrafos, que los escribian cuando aque-</i>	

<i>Los los pronunciaban. Ocho pasages del Nacianceno, San Agustín y S. Bernardo.</i>	393
<i>En los sermones de los santos Padres se encuentran pasages que solo han podido conservarlos los taquigrafos, pues sus autores no pudieron escribirlos de antemano. Tres pasages del Crisóstomo, S. Agustín y S. Bernardo. (1).</i>	393
<i>Accidentes que leemos intercalados en los sermones de los santos Padres. Dos pasages de S. Ambrosio y S. Agustín.</i>	394
<i>Los santos Doctores tenian que recurrir á las notas de los taquigrafos, cuando querian poseer, rectificar ó publicar sus sermones. Cuatro pasages del Niseno, S. Agustín y S. Gregorio Magno.</i>	394
LECCION XXXI. pág. 181.	
<i>San Agustín dá la preferencia entre todos los sentidos al de la vista y al del oído. Seis pasages del Santo.</i>	395
<i>Diferencia de la voz y de la palabra; del gesto y de la acción; de lo escrito y de lo pronunciado. Cinco pasages de S. Jerónimo, S. Agustín y S. Gregorio Magno.</i>	395
<i>La pronunciación debe ser clara. Tres pasages de S. Basilio y S. Agustín.</i>	396
<i>La pronunciación debe ser adornada. Dos pasages de S. Ambrosio y S. Isidoro.</i>	396
<i>El acento provincial desagrada. Un pasage de S. Agustín.</i>	396
<i>La pronunciación debe ser apta. Cuatro pasages de S. Agustín y S. Isidoro.</i>	397
<i>De la acción. Ocho pasages de S. Ambrosio, S. Agustín y San Bernardo.</i>	398
<i>Se ha de evitar toda chocarrería. Un pasage de S. Ambrosio.</i>	399
<i>Se ha de estudiar é imitar á los que accionan natural y expresivamente. Un pasage del Nacianceno.</i>	399
LECCION XXXII. pág. 189.	
<i>Disgustos que lleva consigo la predicación. Un pasage de San Agustín.</i>	400
<i>Doctrina saludable para cuantos estan obligados á predicar. Once pasages de S. Basilio, S. Juan Crisóstomo, S. Agustín, S. Gregorio Magno, S. Isidoro y S. Bernardo.</i>	401
<i>Se disuelven los pretextos que suelen alegarse para no predicar. Ocho pasages del Crisóstomo, S. Agustín, S. Gregorio Magno y S. Bernardo.</i>	402
<i>La dificultad de alcanzar la perfección, debe alentarnos para llegar al grado de elocuencia que nos sea posible. Tres pasages de S. Juan Crisóstomo.</i>	403
<i>La predicación es necesaria; la elocuencia de mucha utilidad. Dos pasages de S. Agustín.</i>	404
<i>Conclusion. Dos pasages de S. Agustín y S. Gregorio Magno.</i>	404

(1) En esta lección, pág. 180, línea 13, donde dice Valerio, debe decir Aurelio.





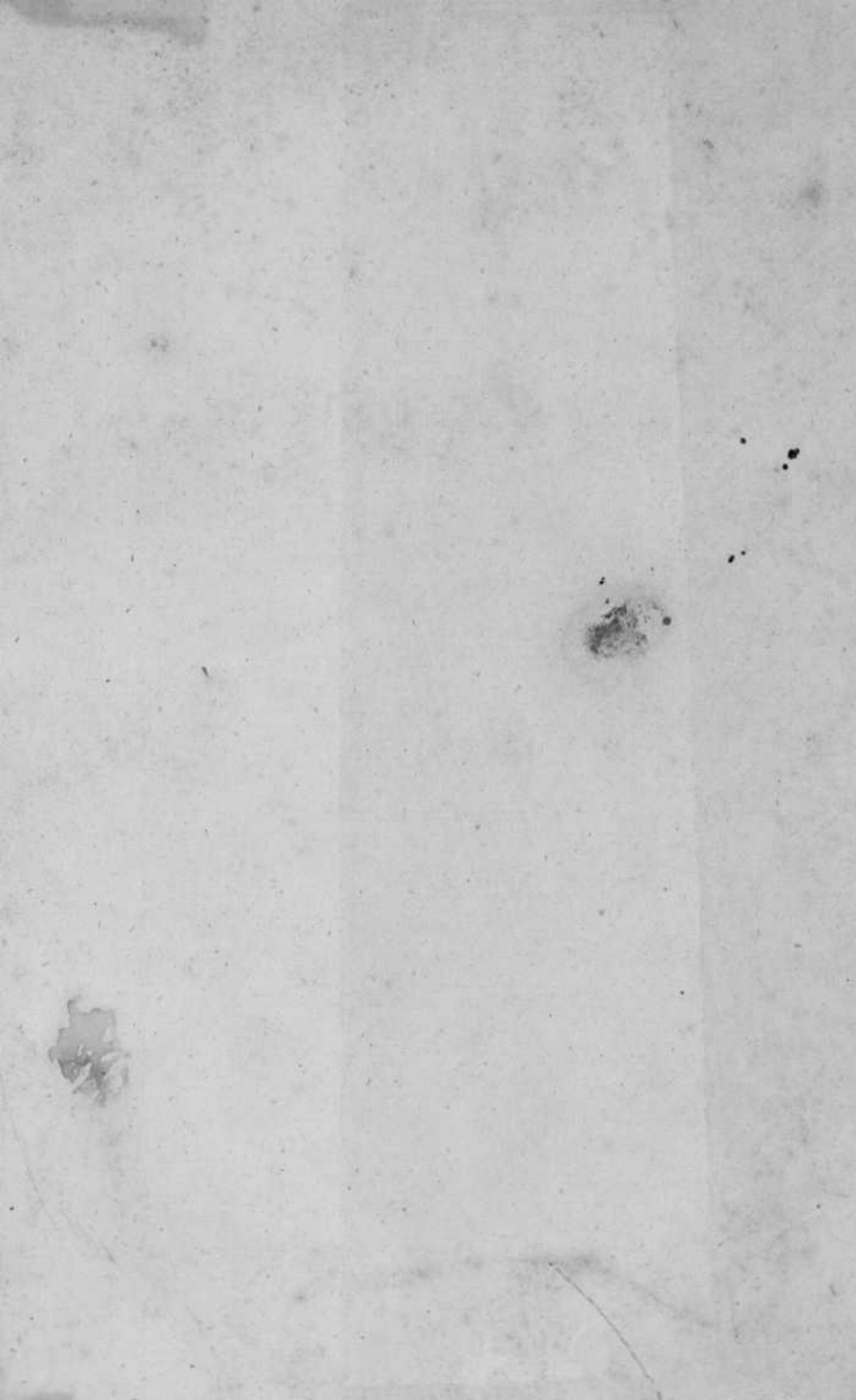


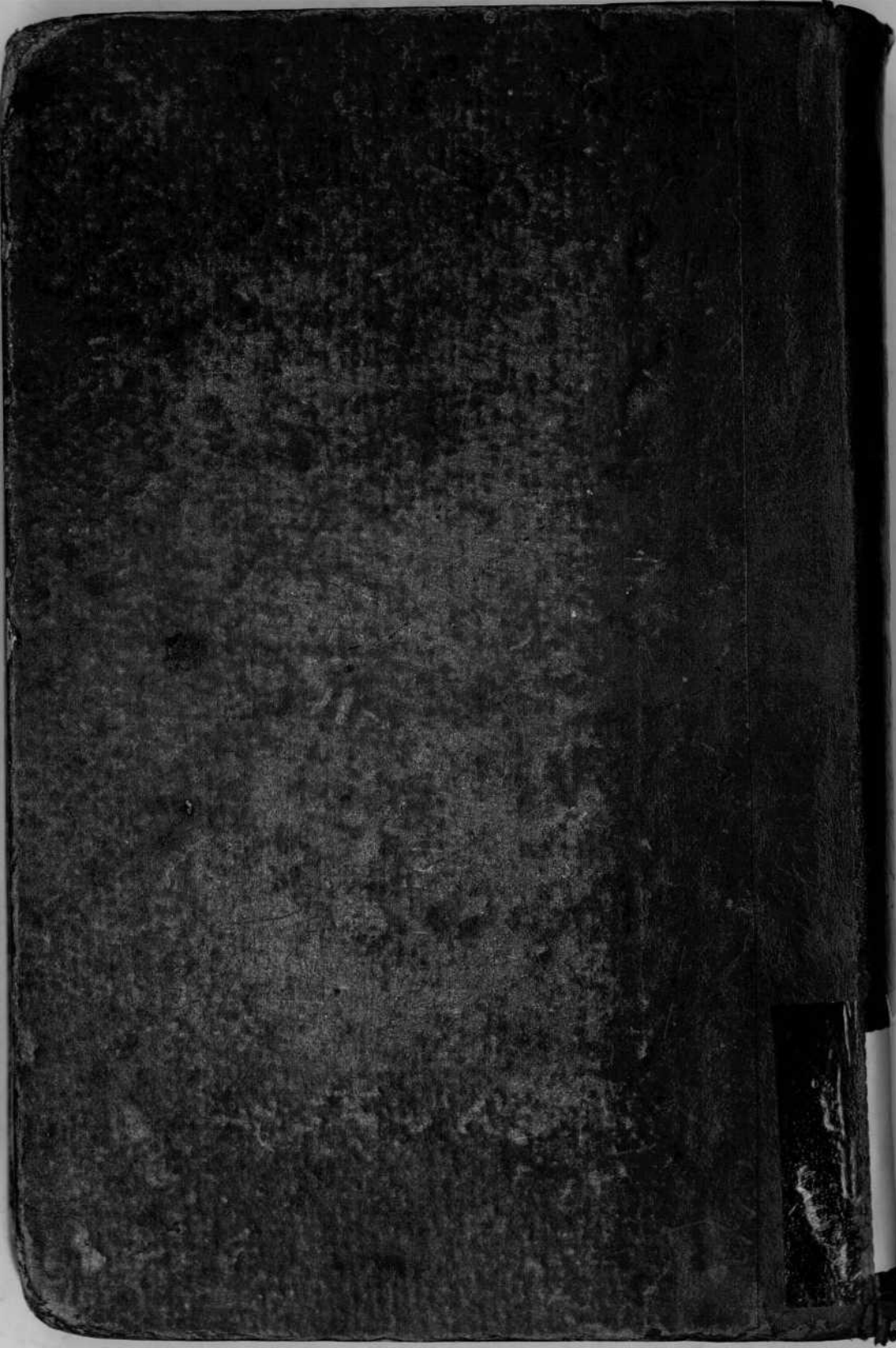
3/10/18

- 1.000









G 14875

WALDEN
CALIFORNIA
SEP 1911